3 1761 08158663 8

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 310

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

OCTUBRE 1914

141933
2113/17.

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 26
no. 310-12

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

IV

Istúriz.—El motín de la Granja.—Calatrava y Mendizábal.—Jura de la Constitución de 1837.—Los carlistas en Torrelodones.—Incidentes políticos.—Bardají, el Conde de Ofalia, el Duque de Frías y Pérez de Castro.

Istúriz era la personificación del partido *liberal moderado*, y su exaltación al Ministerio fue mal recibida por los elementos revolucionarios que venían transigiendo con Mendizábal, ante la esperanza de conseguir el restablecimiento de la Constitución de Cádiz.

Encontró en las Cortes el nuevo Ministerio (1) una fuerte oposición, debida a la solidaridad que a Mendizábal había ofrecido Caballero, con sesenta Procuradores amigos; y en vista de que la mayoría se le presentaba hostil, no tuvo más remedio que disolver las Cortes.

Demasiado comprendía Cristina que la determinación era violenta, y para disculparse hizo redactar a Istúriz un Manifiesto explicando los motivos de la disolución. En el documen-

(1) El Gabinete Istúriz duró desde el 15 de Mayo al 13 de Agosto de 1836.

to, que lleva la fecha de 22 de Mayo de 1836, hace la Reina, en breves párrafos, la historia de su gestión al frente del Estado, y en este punto Istúriz debió, indudablemente, ceñirse a las indicaciones de Cristina, resultando, por lo tanto, fiel expresión del pensamiento de aquella mujer.

Dice así:

«Españoles: Desde que, por fallecimiento de mi amado esposo (Q. E. E. G.), quedé encargada del gobierno de estos reinos durante la menor edad de mi muy cara y augusta hija la Reina Doña Isabel II, dediqué todos mis conatos a mirar por vuestra felicidad y asegurarla en cuanto me fuese posible. Convencida de que *la mayor fuerza del Trono consiste en tener por apoyo la verdadera opinión pública ilustrada e independiente*, fue mi principal cuidado, tanto en la elección de Ministros, cuanto en la adopción de las providencias que me proponían aquellos en quienes había depositado mi confianza, adquirir un cabal conocimiento de las necesidades, de los *justos deseos* y del *bien entendido interés del pueblo*, cuyo gobierno me está encomendado, para *satisfacer* las primeras, *acceder como conviniese* a los segundos, y por estas vías promover y afianzar sólidamente el tercero. Al convocar las Cortes por el Estatuto Real de 10 de Abril de 1834, obrando con arreglo al consejo de quienes formaban entonces el Ministerio, traté de dar a las leyes fundamentales de la Monarquía, en lo tocante a los Cuerpos coparticipantes de la potestad legislativa, una composición y forma muy semejantes a las hoy admitidas en naciones ilustradas y felices, y, según la más fundada presunción, muy convenientes al estado de España.

»Recompensó por algún tiempo la satisfacción pública mi afán y desvelo por vuestro bien; juntas las Cortes, a su espíritu e índole estuvo atemperada la conducta de mi Gobierno, porque así era mi inclinación y mi idea de lo que más convenía al Estado.

»Pero, de repente, irritados los ánimos por los sucesos de la guerra civil, y engendrando la irritación desconfianza, ocu-

rrieron movimientos, alteraciones y disensiones, cuyo crecimiento fue rápido y terrible. Atenta yo siempre al bien público, sin ceñirme a las rígidas formas legales, cuando vi a la Nación deseosa de ciertas reformas en su legislación política, me apresuré con gusto a seguir y mandar llevar a efecto los consejos de quienes, *sin sacrificios grandes y perniciosos de la prerrogativa Real*, me propusieron medio de conciliar opiniones desavenidas, de sentar sobre nuevos cimientos la paz y las esperanzas de vuestra felicidad venidera.

»Deseando, sobre todo, la conservación de bienes tan costosamente adquiridos, cuando recelé nuevas conmociones en el Estado puse, por medio de la disolución de las Cortes, a la Nación por árbitra de la diferencia de opinión ocurrida entre mis Consejeros responsables y los Procuradores del pueblo.

»Cuanto llevo enumerado he hecho yo, españoles, por vuestro bien, por el de mi augusta hija, que es el mismo, por *el interés del Trono y de la Nación, que es indivisible;* y lo he hecho con el placer más puro, y lo haré, si necesario fuese, de aquí adelante. Guiada por estos deseos, cuando habiendo salido fallidas muchas esperanzas, y no pudiendo yo satisfacer a propuestas cuyo fundamento no era a mis ojos la justicia ni la conveniencia pública, su inseparable compañera, me vi en el caso de aceptar la dimisión de los que entonces componían el Ministerio, y elegí por sus sucesores a hombres cuya vida política les había granjeado la confianza de los amantes de la libertad más apasionados.»

Después de esto, y aquí entra ya el criterio de Istúriz, se acrimina la conducta de la mayoría del Parlamento, movida, *no por amor de justicia, sino por aversión a personas*, pretendiendo demostrar que la disolución de las Cortes había sido un acto realizado en beneficio del país.

Hemos subrayado algunas frases del Manifiesto para que el lector se fije en ellas por su marcado sabor absolutista, de mal efecto en aquellas circunstancias, como se verá más adelante; pues cuando el elemento liberal exaltado suspiraba, acertada-

mente o no, por la Constitución de Cádiz, no era ocasión propicia para desilusionarle.

Efectivamente, el 25 de Julio se sublevó Málaga, y a poco siguieron su ejemplo Granada, Cádiz, Sevilla, Córdoba, Huelva y Zaragoza, donde nada menos que el General D. Evaristo San Miguel fue nombrado Presidente de la Junta revolucionaria.

***

El 12 de Agosto de 1836, a eso de las nueve de la noche, después de haber acostado a sus hijas, hallábase Cristina en una de las habitaciones del Palacio de la Granja, entreteniendo la velada en hacer comentarios sobre la guerra civil, que era, naturalmente, la preocupación de la Reina Gobernadora. Formaban la tertulia D. Miguel Barrio y Ayuso, Ministro de Gracia y Justicia; el Duque de Alagón; el Marqués de Cerralbo, Caballerizo mayor; el Conde de San Román, Comandante general de la Guardia provincial, y algunas otras personas de la alta servidumbre de la Real Casa.

Aun teniendo cerrados los balcones, pues suele obligar a ello por las noches el fresco húmedo que producen los jardines, percibieron hacia la parte de la población un murmullo confuso, como de gente amotinada, que se iba acercando con cierta celeridad, y que producía en el ánimo de Cristiua y sus contertulios la consiguiente alarma. A poco rato, apareció delante del palacio un grupo numerosísimo de soldados dando vivas a la Constitución y disponiéndose a forzar las puertas de hierro que dan entrada a los jardines, como lo consiguió en breve espacio de tiempo. Eran los granaderos del primer regimiento de Provinciales de la Guardia, sublevados contra el Gobierno y que pretendían imponerse a Cristina, obligándola a restablecer la Constitución de 1812.

San Román, comprendiendo el peligro que la Reina corría en aquellos momentos, bajó precipitadamente al vestíbulo, y,

exponiendo su vida al mezclarse con los sublevados, trató en vano de impedir que subieran al piso principal; pero pudo lograr que no se presentaran en tropel, sino que nombrasen una comisión, compuesta de cabos y sargentos, a fin de que conferenciase con la Gobernadora.

Cristina, en pie, teniendo a su espalda las personas que hemos nombrado al principio, y que experimentarían en aquel caso insólito cierto recelo respecto de las intenciones que animaban a los individuos de la comisión, recibió a ésta, demostrando una tranquilidad que seguramente no sentiría. Iba a la cabeza de los amotinados el sargento Higinio García, quien expuso, con premiosas e incorrectas frases, pero claras y categóricas, que el Ejército y el País pedían el restablecimiento de la Constitución de Cádiz.

Contestó la Gobernadora, dando a su voz un timbre indefinible de dulzura, que el asunto era privativo de las Cortes, próximas ya a reunirse, y que ellas, como representación del País, lo determinarían; pero no satisfizo a la mayoría de la comisión tan vaga promesa, y, después de sostener un altercado con Cristina, ésta tuvo que acceder a la petición de los sublevados, prometiendo expedir el Real decreto que solicitaban, a reserva de que en su día lo sancionase el Parlamento.

Quedaron conformes, al parecer, sargentos y cabos con la proposición de la Reina; mas ya en el piso bajo, algunos hicieron presente su recelo de que la promesa se pudiera desvirtuar al correr de los días, estimando que se debería haber exigido de la Gobernadora el Decreto firmado, única solución positiva que podía tener el alzamiento revolucionario, por lo que se acordó en definitiva volver a subir y recabar el anhelado Decreto, sin contemplaciones ni distingos.

Se escaparon algunos tiros de entre la fuerza sublevada, que impaciente esperaba en los jardines el resultado de la conferencia con la Reina, y ésta, naturalmente, alarmada, se apresuró a disponer la traslación de sus hijas a una habitación interior, pues la alcoba donde dormían no ofrecía seguridades

para el caso de que el edificio fuese tiroteado por la tropa insurrecta.

Mala impresión debió recibir Cristina cuando se encontró segunda vez en presencia de los sargentos; pero supo dominarse, y les recibió afable, como siempre, accediendo, después de discutir con García, con otro sargento llamado Juan Lucas y con un tambor de Provinciales, a firmar el documento, redactado delante de todos por Izaga, el alcalde del Real Sitio, a causa de que Barrio y Ayuso, el único Ministro que allí se encontraba, había presentado la dimisión de su cargo.

Decía así el Decreto:

«Como Reina Gobernadora de España, ordeno y mando que se publique la Constitución del año 1812, en el ínterin que, reunida la Nación en Cortes, manifieste expresamente su voluntad, o dé otra Constitución conforme a las necesidades de la misma.» Y la Reina lo firmó con pulso sereno.

Acto seguido, prestaron los juramentos de rúbrica los jefes de Palacio; el regimiento sublevado hizo lo propio a la puerta del cuartel, frente a su bandera; y Cristina, segura ya de que la población estaba tranquila, se retiró a descansar.

Eran las cuatro de la madrugada.

El día 14, por la tarde, celebró Cristina en Palacio una junta, a la que asistieron el embajador de Inglaterra, Mr. Villiers; el enviado extraordinario de Francia, M. Boix Le-Conte, por hallarse gravemente enfermo el conde de Bayneval (1); Barrio Ayuso y el Ministro de la Guerra, Méndez Vigo, que minutos antes había llegado de Madrid. Todos aprobaron la conducta de la Reina, cuya voluntad había quedado anulada ante la imposición de los sublevados.

Como los sargentos entraban y salían con entera libertad en Palacio, el día 14, a media noche, habiendo sabido que el Ministro de la Guerra iba a tomar el coche para Madrid, en aquellos momentos, acudieron a S. M. protestando del viaje,

(1) Falleció el día 16.

si no lo verificaba Méndez Vigo acompañado de dos individuos escogidos entre los sargentos sublevados. Hubo que transigir con todo; pero lo más curioso es que habiendo Cristina hecho la indicación de que uno de los acompañantes fuera el Higinio García, éste, vivamente emocionado, se excusó en estos términos:

«Señora: después que yo he sido el que ha hecho la revolución, pues ya se puede decir no se fían de mí, porque dicen que estoy de complot con V. M. para engañarlos.» Y se dejó caer sollozando en un sillón. La Reina tuvo que reirse de la simplicidad de aquel pobre hombre.

El General Rodil, que había llegado a la Granja, se puso *motu proprio* al mando de las fuerzas militares, y salió con ellas llevando a su lado al sargento García, que no quiso ceder el puesto preeminente que le correspondía.

A la Reina también se la permitió venir a Madrid con sus hijas, y habiendo alcanzado en Torrelodones los coches de la comitiva real a los batallones insurrectos, quisieron los soldados que Cristina hiciera con ellos su entrada en Madrid; pero desistieron de su propósito al exponerles verbalmente la interesada, con aquella sonrisa angelical constantemente dibujada en sus labios, las molestias que le iban a hacer sufrir, obligando a llevar los carruajes al paso de la tropa.

La Gobernadora y sus hijas llegaron a Madrid el día 17, a las seis de la tarde.

*
* *

No hubo más remedio que nombrar un Ministerio francamente liberal, y, con buen acuerdo, Cristina entregó los poderes a D. José María Calatrava (1), hombre sensato, cuyos antecedentes no podían inspirar sospechas a los constitucionales. Había sido diputado en las Cortes de Cádiz, por lo que Fernando VII le tuvo ocho años en el penal de Melilla; durante

(1) Fue Presidente desde 14 de Agosto de 1836 a 18 de Agosto de 1837.

la época revolucionaria de 1820 a 1823, volvió a figurar en las Cortes y fue Consejero del Supremo; desterrado al venir la reacción, viajó por Inglaterra y Francia hasta la regencia de Cristina, quien le abrió las puertas de la patria. Tenía a la sazón cincuenta y cinco años, y era orador notable aun al lado de Martínez de la Rosa, del Conde de Toreno, de Alcalá Galiano y de D. Joaquín María López.

Calatrava encargó la cartera de Hacienda a Mendizábal, y ya tuvimos otra vez a este hombre siendo el árbitro de la política española, porque sabía imponerse a sus compañeros por la firmeza de su carácter y su inquebrantable propósito de reformas.

Durante su tiempo se decretó una quinta de 50.000 hombres, con la exención a metálico de 3.000 reales; la movilización de los milicianos nacionales de diez y ocho a cuarenta años, solteros y viudos sin hijos, también con exención a metálico de 1.500 reales para Infantería y 2.000 para Caballería; se pidió un *anticipo* de 200 millones de reales, con el interés de 9 por 100 anual, pagadero por cuartas partes de Octubre a Enero, y reintegrable de 1837 a 1840 por medio de pagarés que se admitían en pago de contribuciones; y se estableció una rebaja gradual en los sueldos de los empleados públicos, desde el 3 al 25 por 100 (1).

El estado de la Hacienda era cada vez más aflictivo, pues en el presupuesto de 1837 ascendieron los gastos a 1.570 millones de reales, llevándose sólo Guerra 774. El déficit pasaba de 1.000 millones de reales.

Como Mendizábal había vivido su primera época dedicado a los negocios, han supuesto algunos que aprovechó su estancia en el Ministerio para realizar operaciones ventajosas en beneficio suyo particular. Javier de Burgos, en su obra *Anales del reinado de Isabel II*, se hace eco de estas murmuraciones, llevado de su apasionamiento político; pero la Historia debe

(1) Ese buen recuerdo deben guardar de Mendizábal los funcionarios públicos.

reivindicar el buen nombre de Mendizábal en este concepto, habiéndose demostrado que dijo la verdad al manifestar en una sesión del Congreso, hacia Mayo de 1837, «que había perdido la fortuna con su elevación al poder, y que no dejaría a su familia otra herencia que las lágrimas». Javier de Burgos era un hombre de talento y de gran ilustración, pero vanidoso; así es que, según su libro, en aquella época no hubo en España más que un hombre político de valía: él. La crítica de este escritor adolece de falta de imparcialidad, aun dando de bueno lo difícil que nos es a todos sustraernos a la influencia de nuestras convicciones o nuestras conveniencias.

***

La pesadilla de Cristina, en 1837, era la Constitución de Cádiz, y deseaba a todo trance que desapareciera legalmente, formando otra que modificase algunos de los puntos del Código de 1812; pero el Gobierno estaba rehacio para acometer la empresa, por temor a producir recelo entre las masas populares. Sin embargo, tales debieron de ser las instancias de la Gobernadora, que los Ministros se decidieron a presentar el proyecto de Constitución, y habiendo comenzado a discutirlo en 30 de Marzo, quedó aprobado en cuarenta días.

Satisfecha Cristina del resultado, quiso prestar en seguida el juramento al nuevo Código político, y señaló para realizar este acto solemne el día 18 de Junio. Un escritor, contemporáneo de aquellos sucesos, poco afecto a Cristina, describe con notoria espontaneidad la ceremonia, y a su descripción nos atenemos copiando los párrafos que hemos conceptuado de más interés (1):

«Cuando llegó el 17 de Junio, y cundió por Madrid la nueva de que la Gobernadora iba en el siguiente día a prestar *libre y espontáneo* juramento a la nueva ley fundamental, ya todo se olvidó; los liberales no volvieron la vista a examinar

(1) *Galería militar contemporánea.* Madrid, 1846.

la anterior conducta de Cristina, y sólo conocieron actualmente en ella la dispensadora de un gran beneficio. Cobraron expansión los ánimos, el júbilo se apoderó de los corazones, y sólo la ansiedad y la impaciencia podían ponerles límites.

»Llegó el día 18; un sol puro y radiante arrojaba torrentes de luz por todo el disco horizontal; un gentío inmenso discurría por las calles y plazas; el entusiasmo público había adquirido creces y mayores medros. Eligióse para la ceremonia del juramento el salón de las Cortes, y la carrera desde este sitio hasta Palacio estaba lujosamente colgada y entoldada, cubriéndola la guarnición y Milicia nacional en toda su extensión. Desde las nueve y media, un inmenso gentío se agrupaba alrededor del edificio de las Cortes, ansioso de ocupar las tribunas destinadas al público espectador, y apenas se abrieron las puertas, cuando todas las localidades se vieron inundadas por los concurrentes.

»A las doce y media el Congreso estaba reunido, siendo su Presidente el Sr. D. Agustín Argüelles. El continente grave y reposado de los Diputados anunciaba una especie de felicidad concentrada e intensa. Un silencio casi religioso, solemne, dominaba en aquel recinto; a poco rato, el Portero mayor entregó al Presidente una carta autógrafa de S. M. la Reina Gobernadora; esta novedad llamó la curiosidad de los Diputados y espectadores; hacíanse largos comentarios sobre el contenido de aquel escrito; la zozobra, el temor y la inquietud habían herido rápidamente el corazón de los circunstantes, cuando el Presidente disipó las dudas y recelos leyendo la carta. En ésta la Reina Cristina manifestaba al Congreso *que el juramento que iba a prestar a la Constitución de 1837 era de su real agrado, que sería la primera en respetarla y sostenerla, y que en el caso que faltase a alguno de sus artículos no quería ser obedecida*. Al concluirse la lectura, el Sr. Argüelles, con los ojos bañados en lágrimas, exclamó: «¡Qué Reina tan magnánima!» Esta expresión y el halagüeño contenido de la carta produjeron una sensación tal en el ánimo de los Diputados y en el de

los concurrentes, que les hizo prorrumpir en vivas a Cristina.

Las dos era la hora señalada para efectuar la ceremonia, y a la una y media salió Cristina del Real Palacio, en la *carroza de los dos mundos*, llevando consigo a la inocente Isabel (1), quien se presentaba por primera vez en los actos públicos. Precedíanla los Infantes D. Francisco de Paula y D.ª Luisa Carlota, y una brillante comitiva con lujo y esplendor dignos del más poderoso monarca. Al verse rodeada Cristina de tanta pompa y magnificencia, de un pueblo tan entusiasta y leal, y de un Ejército y Milicia nacional tan numerosos, debió experimentar las ideas más halagüeñas y lisonjeras para el porvenir, porque, al parecer, aquel pueblo olvidaba sus precedentes, y la tributaba la inestimable ofrenda de sus cordiales afectos. Además, Cristina en aquel tiempo estaba en el apogeo de su belleza (2), y esto le daba poder para dominar y arrostrar hacia sí recónditas simpatías del corazón humano.

»Luego que la regia comitiva llegó al Palacio de las Cortes, salió a recibir a SS. MM. la Comisión nombrada al efecto, y al entrar en el salón fueron saludadas por los Diputados y concurrencia con estrepitosas aclamaciones.»

El discurso contiene esas generalidades, esos lugares comunes que se han utilizado siempre en este género de escritos; pero sobresale entre sus párrafos uno curioso que no podemos resistir la tentación de copiar.

«La Reina de las Españas, aunque en edad tan corta, debía asistir a este solemne acto. Ya los albores de la razón comienzan a rayar en ella, y un espectáculo tan noble y tan grandioso se imprimirá con más viveza en su tierna fantasía, al paso que su inocencia y sus gracias añadirán interés, y darán, si es posible, mayor fuerza a nuestros recíprocos juramentos. Colocada en medio de la Representación nacional, amparada y de-

(1) Tenía seis años y ocho meses.

(2) Tenía treinta abriles, y bien se puede afirmar, porque había nacido en el mes de Abril.

fendida por la lealtad española, es como si estuviese en presencia de todo su pueblo, como si alzada fuera y proclamada en el antiguo escudo de los reyes sus antepasados. Acostúmbrese desde ahora a vivir entre vosotros, a oír vuestros consejos, a penetrarse de vuestro bien, a procurarlo con todas las potencias de su alma. Ella es la heredera que el cielo concedió a los votos de los españoles; ella es la *alumna de la libertad*, educada a la sombra de sus leyes protectoras; que su primer sentimiento sea venerarlas, su principal deber cumplirlas, su incesante anhelo defenderlas.»

La nota cómica del discurso, pues entonces, como hoy, los actos más solemnes habían de dar motivo al humorismo, fue la ocurrencia de llamar *alumna de la libertad* a la Reina niña, y parece que la gente de buen humor le sacó punta a la frase.

*
* *

Las cosas de la guerra andaban muy por lo mediano, sin que uno ni otro bando obtuviese ventajas positivas de la fortuna; pero la prolongación del alzamiento carlista constituía ya un aliciente para los partidarios de D. Carlos.

Allá por el mes de Julio, el cabecilla Zariátegui formó una división con objeto de internarse en Castilla y llegar hasta la Corte, si encontraba compostura favorable; consiguiente a este propósito se presentó, el 4 de Agosto de 1837, a las puertas de Segovia, que no pudo defenderse, y cayó, por lo tanto, en poder del ejército carlista, saqueándola horriblemente.

Ya supondrá el lector el mal efecto que la noticia produciría en Madrid, y el pánico que causaría en sus habitantes, conociendo todos que la población no tenía condiciones de defensa, ni fuerzas militares suficientes para impedir el asedio (1). Pero era necesario prepararse, y, al efecto, se distri-

(1) Del Ejército no había aquí más que un batallón del regimiento de la Reina Gobernadora, un escuadrón de Lanceros y dos baterías de Artillería.

buyeron las compañías del Ejército y de la Milicia nacional en los puntos estratégicos, formándose, para conservar el orden en el interior de la villa, unos retenes de *vecinos honrados*, a fin de infundir cierta tranquilidad a los que no eran hombres de armas tomar. A la cerca que en algunos puntos existía de tiempo atrás para impedir la entrada clandestina de los artículos que devengaban *derechos de puertas*, se le concedieron los honores de muralla, lo mismo que a las tapias del Retiro, Moncloa, Casino de la Reina y otros jardines resguardados de igual manera por la parte que daba al campo; y al efecto, en estos muros se abrieron aspilleras a proporcionada altura para disparar los fusiles contra los sitiadores. Nosotros, en nuestra niñez, hemos tenido ocasión de ver aun abiertos los boquetes de 1837.

Los Generales Méndez Vigo y Azpiroz, que operaban en Castilla, se unieron para cortar el paso a Zariátegui, y Espartero se aproximó a Madrid, viniendo por Guadalajara; de suerte que el plan ideado por los carlistas iba a tener para ellos un fatal y triste desenlace; sin embargo, la situación era verdaderamente crítica, y la Reina experimentaba la angustia y el decaimiento moral consiguientes al desarrollo de los sucesos, poco favorables a la causa de Isabel II.

Conjeturando que Zariátegui tenía que venir por el camino de Segovia, constantemente había en los balcones altos de Palacio algún empleado observando, con un anteojo de larga vista, el campo que media entre Madrid y la sierra de Guadarrama, en la seguridad de descubrir las fuerzas carlistas, merced a la situación que ocupa el Real Alcázar.

El día 11 de Agosto se divisaron los soldados del ejército liberal, que se situaban entre las Rozas y Torrelodones, formando parapetos y baterías a cubierto para contener el paso de los carlistas. Avisada Cristina, subió anhelante al balcón que servía de observatorio terrestre, y pudo apreciar por sus ojos la situación de las tropas que la defendían.

A eso de las tres de la tarde vió que venían, como de To-

rrelodones, los carlistas, y que rompieron el fuego, haciendo retirarse a los soldados de las avanzadas, que se replegaron hacia las Rozas.

Este primer movimiento llenó de consternación a la Gobernadora, pues supuso que las fuerzas liberales no iban a ser suficientes para contener el ímpetu de los soldados de Zariátegui; pero cerca del anochecer volvió a brillar la alegría en el semblante de Cristina, viendo que los carlistas abandonaban el campo y retrocedían a Torrelodones.

Méndez Vigo y Azpiroz habían hecho desocupar las primeras posiciones, a fin de traer al enemigo a un terreno en donde podía jugar satisfactoriamente la artillería. Zariátegui, comprendiendo el ardid preparado por los Generales isabelinos, se vió obligado a desistir de su propósito de venir sobre Madrid, y se replegó otra vez en Torrelodones, emprendiendo luego el camino de las provincias del Norte.

Espartero entró en Madrid al día siguiente, y el conflicto quedó conjurado; pero Cristina se había llevado un susto de marca mayor.

* * *

La desunión de los liberales se acentuaba cada vez más, en perjuicio de la causa común que defendían. El 16 de Agosto de 1837, a raíz de los sucesos que acabamos de referir, los Oficiales de la división que se había situado en Aravaca y Pozuelo para contener el avance de Zariátegui, se sublevaron, pidiendo la destitución del Ministerio por medio de una manifestación escrita, dirigida a la Reina, que se vió obligada a condescender, encargando la Presidencia del Consejo a D. Eusebio Bardají y Azara (1), un catalán muy listo y muy ilustrado, ya hombre de sesenta y un años, que había sido Diputado doceañista y *corrido Cortes*, como se decía entonces, por haber estado de Secretario de nuestra Legación en Viena, y

(1) La desempeñó desde 18 de Agosto a 16 de Diciembre de 1837.

de Embajador en Turín y en Londres. Bardají resultaba un buen Ministro de Estado; pero no tenía talla política, ni condiciones para dirigir el Gobierno en aquellas difíciles circunstancias.

Cristina se había percatado de que iba perdiendo popularidad; por esto le dijo a D. José Landero en aquellos días: «Si mi presencia a la cabeza del Gobierno puede ser motivo de disturbios, o causar algún embarazo a que la Nación marche por la senda de su bienestar, estoy pronta a separarme.» Conviene que el lector no olvide estos conceptos, que deberá recordar al leer los acontecimientos de 1840.

Seoane calificó duramente en el Congreso la conducta de los Oficiales sublevados en Pozuelo, y éstos le exigieron una reparación en el llamado terreno del honor, teniéndose que batir aquel Diputado con un tal Manzano, en representación de sus compañeros (1).

Espartero publicó un manifiesto rebatiendo, o procurando rebatir, los cargos que Seoane había lanzado contra los Oficiales, lo cual produjo en los maliciosos la sospecha de que el General quizá no fuera del todo ajeno a la conspiración.

La marcha de la política iba tomando mal aspecto para la Reina Gobernadora. Primeramente, unos sargentos imponen su voluntad a Cristina, haciéndola cambiar el Ministerio, y luego unos Oficiales se sublevan con iguales pretensiones. Siguiendo en progresión—debió pensar ella,—la escala de la jerarquía militar, el día en que se subleve un General, no se contentará con la destitución de los Ministros, y pedirá mi destierro.

Bardají, sin embargo de sus excelentes prendas personales, carecía de simpatías entre los elementos liberales exaltados, y no contaba con mayoría en las Cortes, por lo que tuvo

(1) Fueron padrinos: el Coronel Córdova (hermano del General), por Manzano; y el ex-Ministro de la Guerra, Conde de Almodóvar, por Seoane. Resultó éste levemente herido.

que presentar la dimisión, reemplazándole D. Narciso de Heredia, Conde de Ofalia (1), que venía a ser la segunda edición de Bardají, pues tenía hasta la misma edad, y pertenecía también a la carrera diplomática, habiendo estado de Secretario en la Embajada de los Estados Unidos y de Embajador en Londres y París.

Cristina no ignoraba que el nuevo Presidente del Consejo de Ministros tenía un criterio contemporizador. Hallándose Ofalia de Embajador en París durante los últimos años del reinado de Fernando VII, deseaba inclinar el ánimo del Rey en favor de las reformas políticas, pues había tenido ocasión de apreciar la evolución que iban sufriendo las ideas de gobierno entre los estadistas conspicuos de Europa. A este fin, pretextando una consulta diplomática, vino a Madrid y celebró varias conferencias secretas con el Monarca, a las que no sería ciertamente ajena la Reina Cristina; pero Calomarde, percatado del complot, tomó cartas en el asunto, y ordenó al embajador que saliese con viento fresco para su Embajada. Lo extraño es que Fernando VII, conociendo el criterio político del conde de Ofalia, le nombrase Secretario del Consejo de Gobierno que dejó instituído en su testamento para que asesorase a la Reina Gobernadora en los asuntos de importancia.

Las reformas que deseaba Ofalia en tiempo de Fernando se habían realizado con creces; de suerte que su cometido como Presidente del Consejo de Ministros se reducía a sostenerlas o quizá a restringirlas. Véase por dónde el antiguo *progresista* se había convertido en moderado sin cambiar de opinión.

El problema político se iba enmarañando cada vez más; la guerra civil no se podía dominar, a causa del apoyo que a los carlistas prestaba, forzoso es confesarlo, gran parte del país; la masa revolucionaria, numerosa también, ansiaba reformas radicales a todo trance, y las arcas del Tesoro se hallaban

(1) Desde 16 de Diciembre de 1837 a 6 de Setiembre de 1838.

exhaustas. Aquí hacía falta una inteligencia superior, un hombre prestigioso, de carácter enérgico, que supiera encauzar el desbordado torrente de las pasiones políticas; pero la veleidosa fortuna no quiso otorgar este favor a los españoles. Ofalia, dotado de una buena fe, que todos estaban prontos a reconocer, podía hacer poco, y además, para colmo de desdichas, se le presentaron contrariedades de difícil resolución, tanto para él como para cualquier otro que hubiera ocupado el Poder.

Cuéntase que la Infanta Doña Luisa Carlota, aquella que por afecto a Cristina había dado una bofetada a Calomarde, como recordará el lector, hubo de enemistarse con su hermana por causas que no están positivamente descubiertas; pero se decía entonces, y un escritor verídico lo afirma (1), que Cristina había escrito, en 1836, una carta, en italiano, a la Doña Luisa Carlota, manifestándola que *su augusto esposo, al morir, la había recomendado mucho casase a Isabel II con un hijo de Don Francisco, y que estaba muy dispuesta a llevar a efecto su voluntad.* Cuéntase también que Cristina, por efecto de circunstancias desconocidas, había cambiado de modo de pensar, y en la época que vamos historiando tenía otros proyectos de matrimonio para su hija, a los que no era extraño Luis Felipe de Francia (2). Quizá todo fuera invención, quizá fuera cierto; lo que no ofrece duda es la desavenencia surgida entre Cristina y su hermana, hasta el punto de que Doña Luisa Carlota y su esposo fueron desterrados de España, dándoles los pasaportes el Conde de Ofalia. Veamos la causa, que es curiosa. Veía la luz, por entonces, un periódico titulado *El Graduador*, que publicó

(1) Pirala: *Historia de la Guerra civil y de los partidos liberal y carlista.*

(2) Ya por Agosto de 1835 corrieron voces de que, por mediación de Lord Elliot, se había convenido el casamiento de la Reina Isabel con el hijo mayor del Pretendiente; pero la *Gaceta*, en un suelto oficioso, dijo: *Estamos autorizados para desmentir de la manera más explícita esta patraña, tan absurda como ridícula.* No sabemos lo que haya de verdad en el asunto.

algunos artículos, no ya contra el Gobierno, sino también contra la persona de la Gobernadora; tan descaradamente hostiles a ésta, que fue preciso suspenderle; y como las autoridades no se andaban con paños calientes, encarcelaron a los redactores (1). El periódico estaba protegido por los citados Infantes, quienes se habían puesto de parte de los liberales exaltados, dando un mentís a las conjeturas de la lógica, pues el Infante Don Francisco de Paula era el único individuo de la Familia Real que por las Cortes de Cádiz había sido excluído de la sucesión a la Corona de España. Probada la intervención que, más o menos directamente, había tenido dicho señor en las inspiraciones que recibía la publicación, se creyó oportuno alejarle de España en compañía de su esposa. Los murmuradores se pusieron de parte de los expatriados, dedicando a Cristina las mas acervas censuras.

El Gobierno, la entidad que lleva este nombre, venía careciendo de prestigio desde Zea Bermúdez, esto es, desde los primeros momentos de la Regencia, sin que se pudiera atribuir la causa a determinadas personalidades. Ofalia no supo o no pudo rehacer la opinión, que estaba ya predispuesta justificadamente en contra de todos los Ministros que, durante cinco años, habían dirigido la gobernación del Estado, y se encontraba, por lo tanto, envuelto en el anatema. La desastrosa acción de Maella (Aragón), donde los soldados de Cabrera consiguieron una victoria indiscutible sobre el ejército liberal, dando muerte al valeroso General Pardiñas, vino a colmar la impopularidad del Ministerio, y un motín, que se desarrolló en las calles de Madrid, durante la noche del 29 de Agosto de 1838, pidiendo la destitución de Ofalia, hizo que éste presentara la dimisión.

Le reemplazó D. Bernardino Fernández de Velasco, Duque

(1) No hemos encontrado en las bibliotecas de Madrid el periódico *El Graduador*, y, por lo tanto, no podemos saber qué es lo que dijo de Cristina.

de Frías, de Uceda y de Escalona; Marqués de Villena, de Berlanga, de Caracena, de Frechilla, del Fresno, de Frómista, de Jarandilla, de Toral, del Villar y de Viana; Conde de Haro, de Alba de Liste, de Alcaudete, de Colmenar, de Deleitosa, de Fuensalida, de Luna, de la Puebla de Montalbán, de Oropesa, de Peñaranda de Bracamonte, de Pinto y de Salazar.

Había sido Capitán de Dragones de la Reina, Coronel del regimiento de Pavía, y luego Embajador en Londres y en París. Era un cumplido caballero, ilustrado y amable. Todas estas condiciones no bastaban para ser Jefe de un Gabinete en circunstancias excepcionales; así es que el Duque, atribulado un día, después de cambiar impresiones con los ex-Presidentes del Consejo, Martínez de la Rosa, Mendizábal, Istúriz, Calatrava, Bardají y Ofalia, quienes, sin duda alguna, le matarían las ilusiones que pudiera abrigar, presentó la dimisión a los tres meses de ejercer el cargo (1).

Aquí de los apuros de Cristina. Espartero no quería ser Ministro, rechazando siempre el cargo cuantas veces se le había ofrecido (2), y, sin embargo, excitaba indirectamente las pasiones de militares y paisanos en contra de todos los Ministerios. Frente a él, apareció el General Narváez, entorpeciendo también la marcha de los Gabinetes y removiendo los elementos díscolos del país. El partido *liberal-moderado* prescindió del primer adjetivo de su título, y reorganizado por Martínez de la Rosa y el Conde de Toreno, prestó su incondicional apoyo a Ofalia, aunque sin resultado positivo, pues los elementos progresistas, vencidos en el Congreso, apelaron a los motines de las calles, con el fin de derribar al Ministerio, según hemos visto.

---

(1) Se le había nombrado en 6 de Setiembre de 1838, y dimitió en 9 de Diciembre siguiente.

(2) Una nota equivocada nos hizo decir, en nuestro libro *Isabel II, íntima*, que Espartero había llegado á desempeñar la cartera de Guerra con anterioridad a 1840. Sirva esta nota de rectificación.

Para defender sus ideales el nuevo partido *moderado* formó la *Sociedad Jovellánica*, en que figuraban Martínez de la Rosa, Miraflores, Córdova, Donoso Cortés, Istúriz, el Conde de Clonard, Alcalá Galiano, Castaños, Patricio Escosura y otros personajes políticos menos conocidos. Esta sociedad tenía por objeto: restablecer el Estatuto Real, puro y neto; combatir toda idea o doctrina de libertad popular, y no transigir con el restablecimiento de la Constitución de Cádiz. Su lema era, según el manifiesto impreso que publicó, y que tenemos a la vista:

Nosotros somos los buenos;
nosotros solos, ni mas ni menos.

*
* *

La Reina estaba perpleja, y no sabía con qué carta quedarse, pues comprendía que la unión de los partidos, cuando les separan doctrinas fundamentales y contrarias, es un imposible que no se ha realizado nunca más que para derribar a un Gobierno. Las coaliciones, ni pueden ser duraderas ni definitivas. Cristina, que tuvo en un principio amor a las reformas, llegó, no cabe duda, a cobrarlas miedo, y ante la falta de verdaderos hombres de Estado, se inclinaba, en cierto modo, a los elementos *moderados*, en los que encuentra más facilidad la gestión de cualquier Gobierno.

Después de vacilaciones sin cuento, se decidió por este último sistema, y entregó el Poder a D. Evaristo Pérez de Castro (1), doceañista, hombre de edad madura, pues contaba sesenta y seis años; diplomático acreditado, y uno de los muchos que, siendo liberal en tiempo de las Cortes de Cádiz, rectificaron sus ideas, simpatizando con los *jovellanistas*.

La única gloria del Ministerio Pérez de Castro fue el Convenio de Vergara con que se dió por terminada la guerra ci-

(1) Fue Presidente desde 9 de Diciembre de 1838 a 20 de Junio de 1840.

vil; aunque, en honor a la verdad, la obra se debió única y exclusivamente a Espartero, que la realizó, y a Cristina, que instigaba a todos constantemente para que se acabase, por cualquier medio, aquella lucha fratricida.

Bien conocida es la anécdota que se refiere a una célebre frase de la Reina cuando Alaix, el Ministro de la Guerra, fue a Palacio a presentarla una carta de Espartero, en que pedía seis millones de reales para satisfacer las pagas de los Oficiales y soldados carlistas adheridos al convenio, cantidad que no podía el Gobierno proporcionar con la urgencia que el caso requería. Enterada de ello Cristina, dió orden verbal a Gaviría, su tesorero, para que le entregase al Ministro los seis millones, y volviéndose a éste, le dijo sonriendo: *Hasta la camisa*.

A pesar del favorable acontecimiento del convenio de Vergara, pasada la primera impresión, el Gobierno quedó como estaba, sin fuerza moral y con pocas o ningunas simpatías, por lo que tuvo que cerrar las Cortes para poder vivir.

Así las cosas, el Brigadier D. Francisco Linage, Secretario de campaña del Duque de la Victoria, publicó en el *Eco del Comercio* un comunicado, haciendo, en nombre de Espartero, declaraciones contrarias a la marcha que seguía el Gobierno, y censurando la disolución de Cortes. El documento vino a caer como una bomba en el Ministerio, al punto de que se creyeron obligados sus individuos a presentar la dimisión, que no fue admitida. Aquí ya se traslucieron las intenciones de Espartero, a pesar de haber rechazado varias veces la cartera de Guerra y aun la Presidencia del Consejo: por lo visto aspiraba a más.

Lo peregrino del caso era que el Duque, por boca de Linage, se condolía de la desunión de los partidos, y en este caso venía él a caer en el defecto que censuraba. Pirala, entusiasta de Espartero, defiende el acto realizado por éste; Cristina no creemos que fuese de la misma opinión. Ella, que tantos honores había concedido al General, quizá no esperase una acometida tan brusca e inoportuna.

En 1.° de Mayo de 1838 le había hecho Capitán general, y no le regateamos el merecimiento.

En 11 de Diciembre de aquel año le nombró Comandante general de la Guardia exterior del Real Palacio; pero Espartero, en la idea de que el nombramiento era un ardid para quitarle el mando de las fuerzas que tenía a su cargo, declinó en 21 de aquel mes el honor que se le confería.

En 1.° de Junio de 1839 le hizo Cristina Grande de España de primera clase, con el título de Duque de la Victoria, quedando exento de pagar los derechos correspondientes (1).

En 18 de Enero de 1840 le confirió el mando de las fuerzas militares que operaban en Cataluña, Aragón y Valencia, para exterminar las partidas carlistas que quedaban por aquellas comarcas.

En 3 de Junio del mismo año le concedió el Toisón de oro y el Ducado de Morella.

Y, por fin, en 20 de Agosto siguiente, al dar nueva organización a los ejércitos de Cataluña, Centro y Norte, quedó al frente de todos el Duque de la Victoria, con lo cual puso Cristina en manos de Espartero los futuros destinos de España y la resolución del problema político.

Pero no adelantemos los sucesos.

CARLOS CAMBRONERO

(1) En la misma fecha se concedió al General D. Diego de León un título de Castilla, con la denominación de Conde de Belascoain. Este General, fusilado en 1841 por defender los derechos de Cristina, pagó con su vida el favor recibido. Y fue el mismo Espartero quien le mandó fusilar.

ACEPCIONES NUEVAS

(ENSAYO SOBRE SEMÁNTICA ARGENTINA)

Sabido es que las palabras se comportan como seres vivientes: nacen, crecen, se reproducen y mueren. El germen es la raíz; las palabras que nacen de una misma raíz constituyen una familia; el discurso es la sociedad de las palabras y las letras son los órganos. El neologismo es la palabra naciente o que acaba de nacer; el arcaísmo, el vocablo moribundo, a veces el fósil; el barbarismo es hijo espurio y el solecismo supone una trasgresión de las relaciones o del orden que las palabras deben guardar entre sí para estar en buena sociedad.

Crecen las palabras por la agregación de prefijos o sufijos, por yuxtaposición, por cambios desinenciales y por variaciones de terminación. Crecen también, sin sufrir variante alguna morfológica ni fonética, cuando adquieren distinta significación.

La rama de la ciencia filológica que estudia esta manera de crecer de las palabras ha tomado el nombre de *semántica*. Breal, creador del término, dióle una significación más amplia; en su obra magistral, *Sémantique,* no se reduce al estudio de los cambios de acepción que se operan en las palabras, abarca todos los fenómenos del lenguaje que constituyen manifestaciones de la inteligencia humana. Complementa esta obra la de Darmesteter, *Vida de las palabras*. Los autores alemanes,

Delbrück y Jaberg en primer término, han estudiado detenidamente esta fase del lenguaje, denominándola *semasiología*.

Los retóricos, al observar esta manera de crecer de las palabras y su estrecha relación con el arte de bien hablar, hanle dedicado preferente atención, como que no hay tratado de literatura que no dedique uno de sus capítulos al lenguaje traslaticio, a los tropos. Cicerón y Quintiliano atribuyen esta evolución de las acepciones a la necesidad y al placer; los autores modernos, con más acierto, la consideran hija de la necesidad y de la imaginación. Hay que convenir en que no se anduvieron muy desencaminados los que con Rousseau atribuyeron a las pasiones el origen de los tropos; pues ellas, las pasiones, mueven la imaginación y hacen más evidente la necesidad del lenguaje traslaticio.

Cuando, al exteriorizar una idea, nos falta el término apropiado, recurrimos, para salir del paso, a otra palabra que nos parece tan expresiva como la que nos hace falta; actúa la asociación de ideas, y puédese así sacar a las voces de su verdadera y primitiva significación, la que corresponde a la raíz.

Obra, en ocasiones, el deseo de ser más expresivo, más gráfico o más vehemente; el deseo de dar mayor colorido o más vigor al discurso, mayor novedad o más elegancia; ya es disimulo, ya el afán de ser satírico, o ya simple eufemismo.

Nuestro hombre de campo es de suyo muy dado a emplear el lenguaje figurado, y he tenido oportunidad de admirar, no pocas veces, su fácil ingenio, su mucha habilidad para crear rápidamente tropos y figuras ocurrentes, picarescas las más veces; y mal puede faltar esta facilidad, esta riqueza de imaginación en el hombre de las ciudades, sea docto o inculto.

Ofrece, por tanto, el habla de los argentinos campo fecundo, donde puede espigar abundantemente quien estudie con el debido detenimiento nuestra semántica.

Como una simple muestra de la facundia metafórica que nos es común, permítaseme tomar, para anticipar siquiera un ejemplo, uno de los actos o estados que por desgracia se ven con

más frecuencia que la que fuera de desear, sea la *embriaguez*, y váyanse contando algunas de nuestras muchas maneras de expresarla figuradamente: *estar entre San Juan y Mendoza* (nuestras dos provincias que producen más vino), *hecho una uva, en pepe* (eufemismo), *alegre, achispado, punteado, pasado, picado, chupado, mamado, tomado, bebido, subirse* o *trepar a la parra, empinarse el codo, agarrar una tranca, una turca, una mona, un peludo*... En Colombia, según veo en Cuervo *(Apunt.)*, la colección zoológica resulta más completa, como que allá así se pilla *una mona*, como *un lobo*, o *una zorra*, o *un cernícalo*.

El estudio más detenido y profundo que se haya hecho hasta hoy de la semántica o semasiología castellana, y en especial en cuanto corresponde al habla de los americanos, corresponde al ilustre filólogo Rufino J. Cuervo; está en el capítulo IX, *Acepciones nuevas*, de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

A la luz de tan luminosa investigación, guiado por los autores que dieron norma a Cuervo y a la vez por mis propias vistas, voy a consignar a continuación un ligero ensayo sobre semántica argentina. Muchos de los ejemplos que presento constan ya en las obras de Lafone Quevedo *(Catamarqueñismos)*, Granada *(Vocabulario Riopl.)*, Monner Sans *(Notas al cast. en la Arg.)*, Garzón *(Dic. Arg.)*, Segovia *(Dic. de argentinismos*, etc.), Toro Gisbert *(Americanismos)* y en otros autores. Como debo condensar mi trabajo dentro de los límites de un artículo de revista, obligado me veo a ser conciso y suprimo toda la serie de citas que podría aducir para dar fe de las nuevas acepciones que explico.

Designase una cosa con el nombre de otra que se le parece o que con ella tiene algún carácter común.

Es caso muy frecuente. Se produce las más veces por mera ignorancia del término apropiado: el que desconoce la palabra que corresponde, de algún modo ha de expresarse; y he aquí que recurre al nombre de la cosa, sér u objeto que más se pa-

rece, que guarda mayores relaciones o que por lo menos ofrece algunos caracteres comunes con aquello que quiere designarse.

Si, atraídos por las más vistosas galas de la Naturaleza, penetramos a un florido jardín, tendrá para rato nuestra investigación filológica con el trastrueque que se produce en la denominación vulgar de las flores; en cada provincia, si no es en cada pueblo, se dan nombres distintos, precisamente porque se aplican a las plantas y flores cuyo verdadero nombre no se conoce el de aquellas que se les parecen, o el de cosas o seres que tienen alguna semejanza. Así resulta, por ejemplo, que se llama *campanilla*, no sólo a las *campánulas,* sino también a las *petunias*, *ipomeas* y otras flores más o menos parecidas. Hay un *acanto* que denominamos *cucaracha,* y se debe tal designación al parecido que fácilmente descubre, no tanto la vista como el olfato, entre este insecto y las florecillas de la planta, florecillas que están dispuestas en alta espiga; *dragón*, dicen otros, y presumo que aplican tal término, no porque se descubra algún parecido con otra planta del mismo nombre, que es de hojas lanceoladas y de primorosas flores, sino porque se habrá advertido alguna semejanza entre las dentadas hojas del acanto y las alas del dragón. A la igualdad de forma deben su nombre los *conejitos* (*antirrhinum*), según otros, *boca de león*. Por la semejanza de forma y color llamamos *botón de oro* a la *sanvitalia* y a otras plantas de flor parecida; en España dase igual designación al *ranúnculo*, *marimoña* o *francesilla*. El aspecto de las flores nos ha hecho bautizar con el nombre de *escarapela* a la planta de jardín que en España conocen como *malvaloca, real* o *rósea (althœa rosea);* y a igual motivo deben su denominación la *flor de papel* (*zinnia*), la *flor de seda* (*portulaca*), la *flor de nieve* (*iberis*) y otras muchas. A la *bellorita* (*bellis perenne*) le llamamos *coqueta;* en España es *margarita;* en la provincia de Buenos Aires damos este nombre (margarita) a la *verbena,* y en las provincias de San Luis y Mendoza, al *nardo*.

Si del reino de Flora pasamos al de Pomona, no faltarán

ejemplos; bien conocido es en toda América con el nombre de *piña* el fruto del *ananá;* pero váyanse con cuidado los que ofrezcan una *piña*, que por estos mundos, como por Santander, «dar una piña» es dar una *puñada*. Convengamos en que no deja de existir alguna semejanza entre la fruta del pino y un puño bien cerrado.

En el reino animal no dejan de abundar estas populares metáforas; los chicos y algunos grandes... de escasa erudición, sin duda, llaman *linternitas* a las *luciérnagas*, *palomitas* a las *mariposas;* los desdentados más conocidos en la provincia de Buenos Aires son el *peludo* y la *mulita*, esta última (*tatu hybridus*) debe su nombre a cierta semejanza, especialmente en la forma de la cabeza, con la *mula*.

Bagre, nombre de uno de los más feos y despreciados peces de la América, es, metafóricamente, *mujer muy fea y despreciable*. Recibe igual o parecido significado esta voz en Chile (Echeverría y Reyes), Perú (Palma) y Costa Rica (Gagini); en Colombia (Cuervo) designa *lo charro y de mal gusto;* en San Salvador (Barberena) y en Honduras (Membreño) equivale a *listo*, *astuto*, *doloso*, *fraudulento*, por lo resbaloso del pez.

Llamamos *andador* a la *pollera*, aparato, de mimbre generalmente, que se emplea para que aprendan a andar los chicos; y, en cambio, sólo usamos esta voz *pollera*, lo mismo que en Chile (Echev. y Reyes), Perú (Arona) y otros países suramericanos, para designar la prenda de vestir que en España recibe también los nombres de *saya*, *falda*, *basquiña*, *brial* o *guardapiés*.

En la Argentina, como en Chile (Amunátegui Reyes, Echeverría y Reyes), son *aros* los *aretes*, *zarcillos*, *arracadas* o *pendientes;* también se les llama *caravanas*, especialmente a los pendientes grandes que antes se usaron, y se les daría tal nombre por estar formados de diversas piezas que van juntas, pendientes unas de otras.

Denominamos *galera*, *galerita*, al *hongo* o *sombrero de copa;* al de copa alta, *galera alta*, o *de pelo*, o *de felpa* y también *ci-*

lindro, como en Madrid; se llamó *cubilete*, como en Colombia y otros países, a los que adoptaban la forma de un cubilete invertido, y *chistera*, a los que tenían el costado arqueado hacia adentro. Supongo que este significado de la voz *galera* ha nacido por comparación con el vehículo que así se designa, debido a la tolda de que está provisto; y más caprichoso y ocurrente resulta el parangón al llamar *tarro de unto* a la *galera alta*, designación ésta que es común en casi todos los países suramericanos de habla castellana.

Pava es, para nosotros, la caldera con pico y asa donde se calienta agua para cebar mate, hacer té o café y para otros usos; ¿nacerá esta nueva acepción de la semejanza que ha podido descubrirse entre el utensilio nombrado y la forma de una pava echada, o proviene del fuelle empleado en ciertos hornos metalúrgicos, fuelle cuyo nombre, *pava*, se deriva del inglés *pipe*, tubo?... En otros países de América llaman *cafetera* a este utensilio de cocina, y en Venezuela (Rivodó) *pava* es sombrero de copa baja y ala ancha.

Aquí, como en Méjico (Ramos Duarte) y Perú (Palma), se *empaqueta*, o *paquetea*, el que se pone ropa nueva o dominguera, y quien tal hace queda *paquete*. Advierte Palma (*Papeletas Léx.*) que esta voz, *paquete*, consta en obras de Fernán Caballero en el sentido de «vestir bien», y debo agregar que se trata de una acepción castiza, anotada en los diccionarios, inclusive el de la Academia, que tan olvidadizo viene resultando. Tratándose de damas, más decimos *emperifollarse* que *empereji-larse*, y hago esta advertencia porque el *Léxico* no menciona el primero de estos verbos.

Nuestro vulgo llama *cajetilla* al *petimetre*, y, en cambio, para designar la cajetilla de cigarrillos se emplean las voces *paquete* y *atado*.

Pito decimos a la *pipa*, lo mismo en Chile (Echev. y Reyes), y de aquí nace *pitar*, vulgarismo equivalente a *fumar*.

Guantón es manotada, golpe de puño con guante o sin él; poseen igual significación *castañazo* y *piña* (ya citado); pero

más corriente es *trompada*, voz que también es común en Chile (E. y Reyes, Ortúzar), Perú (Palma), Colombia (Cuervo), Costa Rica (Gagini), Méjico (Ramos Duarte), Andalucía y otros puntos de habla castellana. El verbo afín es *trompear*.

A fe que no será mucha la semejanza que puede existir entre el *pebete*, canutillo con pólvora que sirve para encender fuegos de artificio, y los chiquillos que con tal vocablo designamos; para apocopar el término, y acercándose más al primitivo *pipe* (del inglés, *tubo*, *canutillo*), se dice hoy con mayor frecuencia *pibe* que *pebete*.

Abra (ensenada o bahía, abertura entre dos montañas) nos sirve para nombrar la abertura o pasaje que está entre arboledas o bosques; si ha sido abierta expresamente para servir de senda, se llama *picada*.

Empleamos la voz *trocha* (vereda) para indicar el ancho de las vías férreas; decimos ferrocarril de trocha ancha o angosta, según sea la distancia que medie entre los rieles.

Como en Costa Rica (Gagini), San Salvador (Barberena), Honduras (Membreño), y otros países de América, hemos dado en llamar *veredas* a las *aceras*.

Llamamos *bañadera* al *baño* (pila para bañarse), *bañista al bañero*, y nuestros *bañados* son terrenos o campos bajos y pantanosos. También se da el nombre de *esteros* a los *bañados*, especialmente hacia el Norte de la República.

Recado, es el conjunto de aperos (*bajeras*, *carona*, *bastos*, *cincha*, *cojinillo*, *sobrepuesto* y *sobrecincha*), especie de albarda, con que ensilla su caballo nuestro hombre de campo.

Bocado, es la atadura que se pone en la boca de las caballerías, especialmente mientras se las doma, y hace las veces de freno.

Rara vez se oye en la Argentina la voz *costal*, decimos *bolsa;* tampoco se usa *saco* en la acepción de *bolsa*.

Damos el nombre de *balde* al *cubo*, generalmente de latón, y más ancho en la boca que en el fondo (de forma de cono truncado invertido).

Aquí, como en Chile (Echev. y Reyes, C. Ortúzar, Z. Rodríguez, Amunátegui, etc.), se llama *lapicera* al *portaplumas;* y lo más curioso es que al *lapicero* lo denominamos *portalápiz.*

Decimos comúnmente *carretillas* por *quijadas;* presumo que proviene esta nueva acepción del parecido que tiene con algunas carretillas la mandíbula inferior de muchos animales. Bien puede ser también que obre la influencia de la voz «carrillo», que designa la parte carnosa de la cara desde la mejilla hasta lo bajo de la quijada, ya que la parte huesosa entra también en función al *comer a dos carrillos.*

Llamamos *chueco* al *estevado;* lo mismo en el Perú (Palma) y en Chile. Según Zorobadel Rodríguez, alude esta significación al palo con que se juega a la chueca, palo que termina a manera de garfio. En Méjico (Ramos Duarte) equivale a *tuerto,* y es atribuído al italiano *cieco,* chueco, tuerto, ciego.

Al pelo enredado como una maza o cachiporra le decimos *porra.*

Al caballo que queda con la cola pelada le llaman *chaira,* por comparación con el instrumento que lleva este nombre.

Especialmente los caballos pequeños, que nombramos *petisos* o *petizos,* cuando son viejos y muy trabajados suelen tener las rodillas abultadas, y se les dice entonces *macetas* (lo mismo en Chile), por la semejanza que viene a tener este abultamiento con la cabeza de una maza. También recibe el nombre de *maceta* una maza chica o mazo que se emplea para clavar estacas.

En la Argentina, como en casi toda la América, llamamos *calcetas* a las aves que según el Léxico serían *calzadas: gallina calceta, paloma calceta,* etc.

Dominamos *taco* al *tacón,* y en cambio, decimos *retacón* por *retaco.*

Dícese, en estas tierras, *tendal* por *tendalera:* «quedó el *tendal* de muertos».

La voz *puesto* nos sirve para designar la casa y dependencias del ganadero que cuida una extensión de campo; y a este

ganadero, que generalmente trabaja a medias con el propietario o con alguna habilitación, se le llama *puestero*.

Brete, cepo o prisión que se pone a los reos en los pies, es, en la Argentina, el sitio donde se acorralan las haciendas para matarlas o marcarlas.

Las haciendas, como los hombres, se *embarcan* en los trenes, y al corral que en las estaciones sirve para hacer pasar los animales a los vagones, se le llama *embarcadero*.

En nuestros campos *se atracan* las personas y cosas, como si fueran embarcaciones; vale este verbo por *arrimarse* o *acercarse*. En el Perú (Arona), *atracarse* a la opinión de uno es *adherirse* a ella.

Llama nuestro vulgo *tumba* a la carne del pucherо, y dice «trabajar por un pedazo de *tumba*», «no ganar ni para la *tumba*»; hay que convenir en que es rara la fúnebre comparación que ha podido originar este nuevo significado, significado que viene perdiendo su valor despectivo, porque el encarecimiento de la carne trae como consecuencia obligada su supresión de la mesa del pobre; hoy día, ganar para la *tumba* es ya mucho ganar, o, por lo menos, es ganar lo suficiente para comer bien.

Son tan comunes en la Argentina, como en Colombia y otros países de América, los siguientes ejemplos, presentados por Cuervo (*Apunt.*): *carátula*, por carpeta, forro, portada; *oreja*, por asa; *cartucho*, por cucurucho; *estampilla*, por sello de correo; *puntero*, por mano, saeta, mostrador, índice; *lavatorio*, por lavabo; *caramanchel* y *sucucho* (términos de mar), por chiribitil; *sequía*, por sed; *chupado*, por escurrido; *mayúsculo*, por descomunal; *rendir*, por cundir, y *planazo*, por cintarazo.

Por mera ignorancia, por desconocimiento del término apropiado, hemos dado en llamar *palo jabonado* a la *cucaña; zapato de goma* al *chanclo*. No será difícil que se eluda el uso de esta última voz por eufemismo, a causa de su parecido con «chancro».

Fácil de advertir es la comparación que nos hace decir *rulo*,

por rizo; *aspas*, por astas; *cuchara*, por llana; *casco*, por gajo de naranja y de otros hesperidios; *tropa*, por convoy de carros o carretas; *lama*, por las plantas acuáticas o camalotes que cubren las aguas cenagosas; *cambista*, por guardaagujas; *rancho*, por sombrero de paja; *mesa de luz*, por mesa de noche, etc.

Generalización y determinación.

Hay casos en que una palabra amplía su significado de tal manera, que viene a expresar ideas o conceptos que no están comprendidos en la acepción primitiva o etimológica. La causa principal de este fenómeno está en que muchas veces aplicamos una palabra para designar otras ideas particulares que tienen alguna relación o semejanza con la que en propiedad corresponde, y luego otras y otras hasta que al fin el mismo término viene a expresar muchas cosas, acciones o cualidades que tendrán atingencia entre sí, pero que las más veces escapan a la idea comprendida en la raíz.

Aquí, como en Colombia y otros países de América, la palabra *agarrar* (asir fuertemente, como con garras), ha tomado para sí todos los significados de coger (que a su vez tomó otros que excuso nombrar); y tanto se *agarra* un toro por las astas, como se *agarra* una violeta para ofrecerla a una niña; y así se *agarra* un resfriado, como se *agarra* para tal o cual parte.

En algunas de nuestras provincias del Norte se *bota la plata*, lo mismo que en Colombia, Costa Rica y otros puntos, con lo que viene a extenderse la significación de *botar*, que equivale a «arrojar o echar fuera con violencia». Es común en toda la Argentina el *cargar anteojos*, *espolines* y otras cosas de menor peso que nada o bien poco tienen de *carga*. Cualquier pedazo de cuero arrugado y duro es para nosotros una *garra*, sea cual fuere el animal de que provenga; y decimos metafóricamente «está hecha una *garra*», o «es una *garra*», para expresar la extrema flacura de una persona. Tenemos por

chambón, no sólo al que es poco habilidoso en el juego, sino en cualquier oficio u operación. Está *pintona*, no tan sólo la uva cuando comienza a tomar color, sino toda la fruta que está comenzando a madurar. Todas estas voces han extendido su significación de un extremo al otro de América, de la Argentina a Colombia, por lo menos, y de algunas, *chambón*, por ejemplo, puede aseverarse que corre también en España con igual amplitud en su acepción.

Agregaré algunos ejemplos.

Caso curioso es que a pesar de ser hoy muy raras las monedas de plata en nuestra circulación monetaria, damos en llamar *plata* al dinero, papel moneda, oro, níquel, cobre o lo que fuere; aquí es *platudo* o tiene un *platal* el que es adinerado, lo mismo en Méjico (Ramos D.), Costa Rica (Gagini), Perú (Palma) y otros países hermanos. Nuestros grandes diarios tienen páginas y más páginas llenas de *anuncios*, pero el término éste nos resulta ocioso, pues la voz *aviso* se ha tomado para sí la tarea de anunciarlo todo. Llamamos *morrudo* al que es musculoso y fornido; y la verdad es que hemos perdido el significado primitivo de esta voz desde que decimos *jeta* al *morro* o *bezo*, de donde viene el llamar *jetudo* al *morrudo*. *Conscripto*, término que nació para calificar al padre que como tal se inscribía en el senado romano, designa en la Argentina, como en el Perú (Palma) y otros Estados, al soldado que entra a servir en el ejército en virtud de la *conscripción* o reclutamiento. De *dragón*, soldado que sirve tanto a caballo como a pie, hemos sacado *dragonear*, desempeñar un cargo que no es el propio; lo mismo en el Perú y en Chile.

Obsérvase operación inversa a la que acabo de analizar, toda vez que la significación de un término se restringe o especializa.

Tal ocurre cuando llamamos *res* a la del ganado vacuno especialmente, y cuando consideramos *gente* sólo a la que tiene decencia. Se produce la misma especialización del término genérico al designar con el nombre de *masas* o *masitas* las pastas

y pastelillos hechos con masa de harina, huevos, dulces y otras substancias. *Tienda*, según el Léxico, es «casa, puesto o paraje donde se venden comestibles y otros géneros»; nuestras *tiendas* venden géneros, pero no comestibles, y nuestros *almacenes* venden comestibles, mas no «cualesquiera géneros, como armas, pertrechos, etc.»; igual o parecida restricción de estas voces se produce en Venezuela (Rivodó) y otros países americanos.

Obra comúnmente la acción de un determinativo que se omite para obtener mayor brevedad en la expresión; otras veces, por el contrario, el término que se calla es el determinado.

Ejemplos del primer caso:

En toda la América, *hincarse de rodillas* queda dicho con sólo mentar el verbo determinado *hincarse*; *levantarse*, equivale a *levantarse de la cama; pararse*, es *pararse en pie*.

Obedeciendo a igual tendencia, el *aparte de ganados* queda entendido en nuestra campaña con la sola voz *aparte;* la *recogida de los animales* diseminados por el campo, acción que precede al aparte, a la hierra y a otras faenas, se llama sencillamente la *recogida*; a la *yerba del mate*, o *yerba-mate*, la llamamos *yerba* y nada más.

Ejemplos del segundo caso:

Aquí, como en Colombia (Cuervo), la *torcaza* o *torcaz*, es *paloma torcaza*, y al hablar de un *remitido*, entendemos que se trata de una *nota* o *comunicación remitida*. En Buenos Aires los coches de *tranvías acoplados*, aunque hace pocos años que corren, son ya *acoplados*; ir al *Botánico*, es ir al *Jardín Botánico*. Las *lonas* o *bolsas bajeras* que hacen de sudaderas en el *recado*, se designan con la voz *bajeras*. La *embarcación chata*, de fondo llano y ancho, baja, usada para carga, se llama *chata*, lo mismo en el Perú (Palma), Chile y Uruguay; igual designación recibe el *carro* de cuatro ruedas, bajo y sin toldo, y también el *vagón* descubierto. Quedó el nombre de *nazarenas* a las *espuelas nazarenas* que usaban nuestros gauchos; se las habrá llamado nazarenas por las grandes puntas de la rodaja,

semejantes a las espinas que coronaron a Cristo. El adjetivo *petiso* o *petizo*, que equivale a pequeño, bajo y rechoncho, se aplicó, como ya he anotado, al caballo de poca alzada, y ya no se dice *caballo petiso*, sino *petizo;* unos escriben *petiso* y otros *petizo*. Garzón (*Dic. Arg.*) consigna las dos ortografías; la etimología pide *z* (supongo que proviene del francés *petit*), pero nuestra pronunciación más común autoriza la *s*.

Voces correlativas.

Se trata de casos de sinécdoque y metonimia, casos en que la misma voz viene a servir para la designación de ideas que, si bien son distintas, están íntimamente relacionadas entre sí.

Tomamos la parte para denominar el todo cuando llamamos, como en Colombia (Cuervo) y otros estados de habla castellana, *fulminantes* a las *cápsulas* o *pistones* de las armas de fuego, *fósforos* a las *cerillas*, *naipes* a las *barajas*, *óleo* al *bautismo* o *bautizo* y *rosa* al *rosal*. Esta última sinécdoque es bien antigua, según lo prueba el mismo Cuervo con citas de Nebrija y Huerta.

En la Argentina solemos llamar *durazno* al *duraznero;* la voz *melocotonero*, nombre genérico que se da a este frutal en España, no tiene aquí uso y sólo he oído emplear la palabra melocotón para designar una variedad del durazno o duraznero, el *melocotón de Zaragoza*; de modo que hemos convertido en nombre genérico el que era específico, y viceversa. Se oye llamar *manzana* al frutal, al *manzano; naranja*, al *naranjo; ciruela,* al *ciruelo*; y si no damos en denominar *pera* al *peral* (*pirus communis*), es porque lo llamamos *pero*, vocablo éste que en España, según reza el *Léxico*, designa una variedad de manzano y su fruto. El *albaricoquero* y su fruto, el *albaricoque*, se designan por estas tierras con los nombres de *damasco* y *damasca*; la primera voz se aplica a las variedades de fruto pequeño, y la segunda a las de fruto mayor, sirviendo indistintamente estas palabras para denominar al fruto o al frutal;

como el damasco es, en España, una variedad del albaricoquero, resulta que hemos venido a emplear el nombre de la especie para designar el género.

Tomamos el contenido por el continente al llamar *parque* al material de guerra; la misma sinécdoque es común en Colombia (Cuervo). *Hacienda* es la «finca rural», y damos en denominar el ganado con esta misma voz. En cambio, haré notar que el aparato constituído por una serie de recipientes superpuestos, tomados por una asa y con un hornillo en el fondo, aparato que se emplea para llevar de una casa a otra la comida, vale decir las viandas, recibe el nombre de *vianda*, como el contenido.

Sabido es que suele tomarse la parte por el todo en la designación afectiva de las personas: los griegos decían «*cabeza* querida»; hoy decimos «*corazón* de mi vida». Me toca advertir que en Buenos Aires, La Plata y en todas nuestras principales ciudades hase dado en la flor de tomar... pues, nada menos que las *canillas* para mentar afectivamente a los muchachos vendedores de diarios; éstos, que ahora se dan el lujo de tener asilos protectores, ya no son muchachos, son *canillitas*.

Los americanos *cobramos* una cuenta aunque no percibamos un céntimo; nos basta, para *cobrar*, la acción de requerir el pago; según la significación etimológica del término, sólo *cobra* el que percibe o recoge, lo que quiere decir que venimos a tomar la causa por el efecto.

Obsérvase el fenómeno opuesto con la voz *resaca:* ésta expresa, según el *Léxico*, «el movimiento que hace la ola del agua del mar y ríos caudalosos, cuando se retira volviendo de la orilla o playa»; aquí más nos sirve para designar el residuo, especie de mantillo, que queda depositado en la costa por efecto de este movimiento de las aguas. En Cuba (Pichardo) es «paliza, tunda de palos».

Julepe, según el *Léxico*, viene a ser, en sentido figurado y familiar, «reprimenda, castigo»; aquí en la Argentina, en el Perú (Palma), en Yucatán (Ramos Duarte) y en otros puntos

de América, es «susto, temor a un castigo»: «meterle a uno un *julepe*», o «*julepearlo*», equivale a «darle una corrida, asustarlo». En otras regiones de Méjico y en Cuba es «*trabajo, sufrimiento*».

Como se ve que más engruesa el que menos trabaja, dase en decir que *hace cebo* el que «holgazanea».

La *pigricia*, que es «pereza o negligencia», trae escasez, y la escasez o poquedad de las cosas, en especial comestibles, es precisamente lo que nosotros indicamos con la voz *pigricia*: «le echó una *pigricia* de sal a la comida», «me dió una *pigricia* de arroz»...

El *gurrumino* o *gurrumina* (voz onomatopeica, del *gurú-gurú* de los palomos), «individuo muy amartelado y condescendiente con la propia mujer», está, sin duda, expuesto a debilitarse, y de esta circunstancia habremos tomado las acepciones que damos a esta palabra en América: llamamos *gurrumina*, en la Argentina, al que es «raquítico o chiquitín»; en Perú y Bolivia es «persona pusilánime, cobarde»; en Colombia, «tristeza, melancolía»; en Costa Rica, «criatura muy pequeña»; en Guatemala, «molestia, peguijería»; en Méjico, «muchachillo de corta edad, majadería, fruslería». En Honduras, según Membreño, es «persona lista, astuta»; y la verdad es que en tal significado no hay signo alguno de debilitamiento. En bable, *gurrumina* es «arruga, vieja», lo que viene a indicar que también en España sale esta palabra de su significación primitiva.

De la correlación que existe entre el *dintel*, parte superior de las puertas y ventanas, y el *umbral*, parte inferior, contrapuestas, que forma escalón, nace el que se confunda el valor de estas dos voces en forma tal, que nos encontramos frecuentemente, tanto aquí como en otros países de habla castellana, con «personas que se paran o se posan en el dintel», ni más ni menos que si fueran pájaros o insectos; quizá no haya libro sobre barbarismos que no deje de impugnar este trueque incorrecto de acepciones; con todo, no deja de producirse, lo que

demuestra que forman legión los descuidados e ignorantes en materia de bien hablar.

Pásase de lo material a lo inmaterial.

Este traslado de acepciones, común en todos los idiomas, nos trae otra vez a los dominios de la metáfora.

Abundan en todo léxico significaciones figuradas, palabras de una o más acepciones de orden físico, puramente material, que agregan o pasan a expresar otras de orden inmaterial, sensitivo o moral. Cuervo incluye en este grupo el traslado que se produce de un dominio sensitivo a otro; tal ocurre cuando decimos que está *feo* (adj. que debiera expresar una sensación visual) un manjar, porque tiene mal gusto, o porque da mal olor, y cuando advertimos que está *feo* un canto, porque desafina; caso muy semejante ofrecen los adjetivos *lindo*, *duro*, *blando*, etc.

Imposible será consignar todas estas ampliaciones, todas estas maneras de crecer que tienen los vocablos; y no ha de ser nuestra Real Academia, aun cuando se propusiera trabajar de veras y dar fiel cumplimiento al lema que se ha impuesto, no sería ella, digo, la que podría darnos cuenta cabal de tales cambios de significado, la que podría dejar *fijadas* en su *Léxico* todas estas nuevas acepciones, que desde que son de carácter metafórico quieren ser novedosas, y obligan la invención de otras nuevas para ir desechando las que el uso frecuente y el tiempo desgastan. Y si el Léxico no ha podido dar cabida siquiera a los muchos ejemplos que son comunes en España, mal podremos pretender que prohije a todos los que nacen y pululan por estas tierras.

Bien se verá que la metáfora nace del pueblo, que es espontánea: la retórica la estudia como gala del decir, a la filología tócale analizarla como fenómeno del lenguaje, como una de las tantas maneras de crecer que son propias de las palabras.

En los casos que he venido estudiando, el traslado de acep-

ción se produce dentro del mismo orden físico o material: designación de una cosa con el nombre de otra, voces que amplían o determinan su significado, acepciones que nacen por correlación de ideas; en los ejemplos que presentaré en este grupo, el traslado de significaciones va del orden material al orden psíquico.

Hará cosa de ocho años, dióles a los jóvenes de Buenos Aires, a los estudiantes principalmente, por llamar *afilar* a la acción de mirarse amorosamente con las damas o de «pelar la pava»; y tanto ha cundido tal expresión, que ya no hay pueblo de la República donde no se la conozca; ha venido a substituir al anglicanismo *flirtear*, que siempre fue de uso más culto: el *flirt* resulta *afile*, y el *flirteador*, *afilador*... sin piedra, se entiende. Podría suponerse que no se trata de un traslado de acepción, sino más bien de un nuevo término de creación erudita, que habría sido formado teniéndose en cuenta la voz griega *philos* (que ama), que obra como seudoprefijo en muchas palabras de nuestro idioma; mas hay que advertir que los inventores de esta nueva manera de afilar, poco se cuidan de asuntos etimológicos, y es seguro que ha nacido tal significado, por mera asociación de ideas, a la vista del afilador ambulante.

Camote, voz indígena, que significa en toda América la *batata* o *boniato*, ha pasado en la Argentina, Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, Lenz), Perú (Palma), Ecuador (Tobar), Costa Rica (Gagini) y otros países a significar nada menos que enamoramiento»; dícese «tener un *camote*», «¡qué *camote!*», y también «estar *encamotado*». Presumo que este traslado de acepción se debe a una cualidad del camote, la dulzura, que es común en los enamorados. En Méjico (Ramos Duarte) es *camote* el «*bribón* y *sinvergüenza*»; a fe que la dulzura no habrá originado tales acepciones, y toca advertir que por allá también llaman *camote* a la «cebolla». En el mismo Méjico, y en otras naciones del Norte, *camote* es «tonto, bobo», y *tragar camote*, «hablar con dificultad».

Ser un *batata*, es tener mucha timidez, facilidad para turbarse; y con *abatatarse* o *estar abatatado*, se expresa el estado consiguiente.

Bolada, en Colombia (Cuervo), es «partida, pasada, chanada», por alusión al juego de billar; aquí es «oportunidad, suerte favorable»; «aprovechar la *bolada*», es aprovechar la ocasión, casi siempre en mala parte o en aventuras amorosas; de modo que no es muy culto el término. En Chile es «golosina».

Bolearse, equivale figuradamente a «equivocarse, confundirse»; proviene de enredarse en las *boleadoras*; arma formada con dos o tres bolas unidas entre sí con cuerdas, se arroja a las patas del animal (caballo, avestruz, etc.) que se quiere hacer *rodar* (caer en plena carrera, trote o galope); la usaron los indios y nuestros gauchos.

Bolazo, es «barbaridad, disparate, despropósito»; en su sentido material o directo, significa «golpe de bola».

Macana, arma indígena, o *macanazo*, es, figuradamente, mentira, despropósito (en Chile, «estupidez, tontería», según E. y Reyes); *macanear*, disparatar; *macaneador*, el que disparata; *macanudo*, muy bueno, grande, notable. Hay en *macana* y *macanudo* otra traslación de significado (puede leerse en el *Tesoro de catamarqueñismos* de Lafone Quevedo, en el *Dic. argentino* de Garzón, etc.), que habría yo explicado en el primer grupo de este ligero estudio filológico, si no fuera por el cuidado que pongo en eludir todo cuanto esté en pugna con la decencia; a tal acepción deben estas voces su mucha vulgaridad, resultan muy chocantes en boca de personas cultas.

Bolsear, o *dar un bolsazo*, es por estos mundos «dar calabazas». En Aragón *bolsear* es «hacer bolsa la ropa, tapicería, etcétera»; en Méjico (Ramos D., Icabalzeta), Guatemala (Batres Jáuregui) y Costa Rica (Gagini) equivale a robar a uno el bolsillo.

Gancho, *hacer gancho*, es facilitar un noviazgo, y resulta

ganchero el que se toma esta tarea. En Chile es *ganchero* el que se ocupa en trabajos aislados; en el Ecuador (Tobar) dan este nombre al caballo que montan las señoras, debido a que llaman *gancho* a la montura o silla que ellas emplean.

Para nuestras damas es un *cascote* todo hombre casado, que ya no puede festejarlas o no es casadero.

Es un *cataplasma* el individuo cargante, que da la lata o que se deja estar de visita, molestando con su presencia.

Está o es *consentido*, por acá, no el cornudo, sino el vano, tonto, presuntuoso o mimado.

Darse *corte*, es darse importancia.

Tener *cuñas*, buenas *cuñas*, es tener quien proteja y ayude para la obtención de un empleo.

Ser *chichón*, es ser bromista, guasón; el verbo derivado es *chichonear*.

Empacar, sólo consta en el Léxico con el significado de «empaquetar, encajonar», como en Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, etc.), Perú (Palma) y otros puntos de América; *se empaca* la bestia que no quiere andar, que resulta *empacadiza, empacadora* o *empacada;* en sentido figurado decimos que *se empaca* la persona que se atufa y que no quiere hablar o no continúa su tarea.

Aplastar se aplica figuradamente a las caballerías para expresar el cansancio extremo que las imposibilita para continuar andando. «Se me *aplastó* el caballo»; se me cansó tanto, que no da paso. En Méjico (Ramos Duarte) significa «derrotar, vencer, maltratar».

Es un *palangana* el descarado y pedante (lo mismo en Chile y Perú); *palanganada* y *palanganear* derivan de esta acepción.

Pasmado: sin gracia, corto de genio, torpe; consta en Gagini, y es común en casi toda la América.

Tupido, por cerrado de mollera o estúpido, úsase también en Chile, Venezuela, Costa Rica, etc. Quizá no se trate de un traslado de significación, sino más bien de una aféresis de la

voz *estúpido*, que podría haberse formado por influencia del francés *stupide* que salva el inconveniente del acento.

Pavo es «tonto, sin gracia», cualidades muy propias de la gallinácea que lleva este nombre; *pavada* es «tontería, necedad, cosa sin importancia», y *pavear*, fisgar (lo mismo en Chile). En Colombia (Cuervo), Venezuela (Rivodó) y Costa Rica (Gagini), *comer pavo* es «no bailar por falta de compañero»; esto se designa en la Argentina con el verbo *planchar*, muy significativo por cierto.

Tener *parada*, es tener apostura; hacer la *parada*, desafiar; ser pura *parada*, es ser fanfarrón.

Ser *mulita* (*tatu hybridus*, desdentado inofensivo y disparador), es «ser gallina», flojo, pusilánime.

Rabonear, *hacer la rabona*, es «hacer novillos»; en Colombia (Cuervo) se dice *capar*.

Tanto aquí como en Chile y Perú, *pifiar* una persona o *pifiarse* de ella es fisgar, burlarse; *pifia* es fisga, burla.

Fregar es fastidiar, incomodar; lo mismo en Chile (Z. Rodríguez, Ortúzar, etc.), Perú (Palma y Arona), Ecuador (Tobar), Colombia (Cuervo), Costa Rica (Gagini), etc. Es un *fregado* el que fastidia o incomoda; en Yucatán (Ramos Duarte) equivale a «bellaco, perverso».

Pechar o *dar un pechazo*, es petardear; igual significación corresponde a *sablear* o *dar un sablazo*, lo mismo en el Perú (Palma).

Calzonudo es, entre nos, el calzonazo, hombre muy flojo y condescendiente.

Coludo, por «provisto de cola, de cola larga», también lo dirán por España, aunque el Diccionario omita la noticia; mas ignoro si aplican por allá esta expresión familiar al importuno y olvidadizo que deja sin cerrar la puerta que abre para darse paso.

Está *fiambre* una reunión o fiesta cuando falta animación, vale por fría o friona.

Arribeño, en lenguaje familiar y figurado, es el que anda, come, bebe o se divierte *de arriba*.

Sacar el cuero, *descuerar* o *descuerear* a una persona, es hablar mal de ella.

Excéntrico, por extravagante o raro, y sus derivados *excentricidad* y *excentricismo*, son de uso corriente en la Argentina, Chile y Perú; prosperan estas nuevas acepciones, aunque han sido condenadas como galicismos.

Empecinado no es, en América, sólo «el que saca, fabrica o trata la pez», sino el que *se empecina*; *empecinarse* es encapricharse, obstinarse; y *empecinamiento*, terquedad, obstinación.

Falta en el Léxico la acepción figurada de *lata*, «charla larga e insulsa»; y tenemos como *latero* al individuo que «da la lata». Reparando en el significado que ha tomado esta voz, puede suponerse que se trata de una apócope del adverbio *latamente*: «con extensión, larga y difusamente».

Echar o dar una *raspa* es regañar, vale por reprimenda.

Muñequear, «jugar las muñecas» en la esgrima, es, para los argentinos, «porfiar, gestiones con empeño»; resúltanos *buena muñeca* o «persona *de muñeca*» el que es de mucha capacidad, resuelto y tenaz. También decimos, como en Chile (E. y Reyes), que *muñequea* el maíz cuando despuntan las mazorcas.

Háblase de *bagaje* intelectual para dar a entender el caudal de conocimientos que posee una persona.

En la clasificación adoptada por Cuervo va colocado en primer término el grupo de los *parónimos*, palabras en que se confunde el significado, a causa de la semejanza de forma y sonido. Es aquí tan común como en Colombia el trueque de las acepciones que corresponden a las voces *abrogar* y *arrogarse*, *actitud* y *aptitud*, *adaptar* y *adoptar*, *apóstrofo* y *apóstrofe*, *deferir* y *diferir*, *desecar* y *disecar*, *posesión* y *posición*, *ratificar* y *rectificar*, *competer* y *competir*, *péndola* y *péndula*, *achicharrar* y *achucharrar*, *arenoso* y *harinoso*, *borde* y *bordo*, *espuela* y *espolón*, *machacar* y *machucar*, *florear* y *florecer*, etcé-

tera. Extensa sería la lista si me propusiera anotar todos los parónimos que dan lugar a confusión; quien tenga sus reparos, quien quiera estar exento de las faltas de propiedad y de los errores de ortografía que motivan frecuentemente tales confusiones, trate de estar seguro de la acepción que corresponda a cada una de las voces que dé en emplear, recurra a los diccionarios o a los tratados especiales que, como los *Parónimos* del doctor Victoriano E. Montes, compilan y explican detenidamente todas las palabras de esta índole.

Entre las voces *mal entendidas*, cita Cuervo éstas: *sendos* (nuestro único adjetivo distributivo), que se usa indebidamente por «grandes, descomunales, repetidos»; *blondo* (significa «ondulado») por «rubio», *reasumir* (volver a tomar lo que antes se tenía o se había dejado; tomar una autoridad superior las facultades de todas las demás) por «resumir», *a fuer* (a manera, a uso) por «a fuerza», y algunas otras que no son, en la Argentina, de uso tan común como éstas. Así como hay palabras qne cambian de acepción por ser mal entendidas, otras cambian de forma por ser mal oídas, y adquieren entonces las nuevas voces significados que no les corresponden. Para nuestros chicos, el «juego de *rescate*» es *rascate*, y muchos chicos y grandes al «*desternillarse* de risa» se *destornillan*, como si algo tuvieran que hacer las ternillas con los tornillos y destornilladores; otros se *descostillan*. La voz *batacazo* (golpe fuerte y con estruendo que da alguna persona cuando cae) expresa, figuradamente, en el juego de carreras, el triunfo del caballo que menos probabilidades tenía de ganar, triunfo inesperado que suele dar enormes dividendos al ganador; tanto aquí como en Chile, por confusión auditiva, muchos llaman a esto *batatazo*; no son, por cierto, las personas más leídas ni los de mejor oído.

Hay *acepciones que parecen nuevas*, sólo porque la Academia las ha omitido o las explica en forma deficiente; faltan en el Léxico; pero, en cambio, están abonadas por la tradición literaria o por el uso popular. En este caso vienen a encontrar-

se muchas de las voces que he venido presentando. Cuenta Cuervo en este grupo una serie de palabras que se usan aquí con el mismo significado que tienen en Colombia y en casi toda América, significado que en España sólo resulta desconocido para los señores académicos y para algunos lexicógrafos. Ofrécese este caso en *apeñuscar*, *aporcar*, *capellada*, *cobija*, *patada*, *a patadas*, *rancho*, *rastrojo*, *rodaja* (de espuela), *tocino* y otras voces.

Ejemplos se presentan en que tanto la acepción como la palabra misma parecen ser nuevas, y no son más que ligeras variantes de términos y acepciones castizas. Tal ocurre con la voz *carcahuesal*, argentinismo que es de uso frecuente en la provincia de Buenos Aires para designar terrenos pantanosos, especialmente los formados de carcavones o por pisadas de animales, que al desecarse dejan el suelo muy desparejo; se trata sin duda de la palabra *carcavuezo* (de *cárcava*, hoya que suelen hacer en la tierra las avenidas impetuosas de agua); la modificación que ha sufrido el término es fácil de explicarse si se tiene en cuenta que tales terrenos *cascan* los *huesos* de quien se atreve a pasar por ellos sobre algún vehículo, y, por otra parte, hay que contar que la *s* vale por *z* en nuestra pronunciación habitual. *Guadal* es el terreno de dunas o el pantano arenoso, aparentemente seco, donde caminan con dificultad los animales (véase Lafone Quevedo y D. Granada); aunque los léxicos españoles no traen el término, mal puede resultar desconocido, dado su origen árabe. Y ya que estoy metido en terrenos, he de advertir también que los sitios cenagosos, secos en la superficie, pero temblantes y tan peligrosos que puede hundirse el que se interna en ellos, toman el nombre de *tembladeral*; son semejantes al *tremedal*, *tremadal* o *tembladal* que define el *Dic. Ac.*; hacia el Este de la provincia de Buenos Aires, en las cercanías de la costa, se alternan estos parajes con los *cangrejales* (terrenos bajos y húmedos, socavados por los cangrejos), que resultan igualmente intransitables.

Interesante es la sección que Cuervo (*Apunt.*) y Toro (*Ame-*

ricanismos) dedican a las nuevas acepciones que adquieren algunas voces para eludir palabras que se consideran, por mera gazmoñería las más veces, pornográficas o indecentes; esta clase de *eufemismos* varían en ocasiones de una provincia a otra. Omitiré los muchos ejemplos que podría agregar; mas séame permitido dejar apuntado que los que exclaman *caramba*, *carambolas, caray, caracho, canario, cáscaras, caracoles, canasto*, etc., substituyen, quizá sin darse cuenta de ello, una voz que, por cierto, se guardarían muy bien de decir; y se me ocurre esta indicación porque no hace mucho me preguntaba una niña si era feo decir *caramba*... ¡vaya si lo es!

Con todo lo dicho hasta aquí no he hecho más que trazar un ligero esbozo: he tratado de mostrar algo de lo mucho que puede recoger quien quiera cosechar de veras en los campos abundosos de nuestra semántica; hay tanto que decir, que habría materia para un voluminoso libro.

Quédanme aún, dispersas entre muchas papeletas, no pocas acepciones nuevas, que es difícil agrupar; tales, por ejemplo, las que ofrecen las voces *angurria* (afán por comer, avaricia; en Costa Rica, según Gagini, «egoísmo, avaricia, mezquindad»), *angurriento* (insaciable, muy interesado), *compadre* o *compadrito* (individuo fanfarrón, procaz; es nuestro chulo), *tópico* (tema o título de un escrito, proposición), etc.

Piden también un lugar en estas notas, y sea el último, muchos modos adverbiales, dichos y refranes que tienen acepción metafórica; son expresiones figuradas, más o menos ingeniosas, siempre agudas, a las veces picarescas, que llenarían muchas páginas. Quien quiera hacer cosecha abundante, recurra al *Dic. Arg.* de Garzón. Sólo presentaré algunos ejemplos que acuden a mi memoria en este momento, ejemplos que son comunes por estas tierras y que aún no han tenido cabida en el *Léxico* académico, helas aquí: *a patadas* (a rodos), *en cabeza* (en cabello), *apretarse el gorro* (huir), *alce ese trompo en la uña* (replique a esa pulla), *andar* o *estar* una cosa *como la mona* (desorganizada), *calentar agua para que otro tome mate* (traba-

jos o empeños que otro aprovecha; suele tomarse en mala parte, ante todo por el doble sentido que adquiere en la Argentina el primer verbo), *ser bravo como un ají* (muy bravo), *no dar alce* (sin descanso), *llevar* a uno *el apunte* (corresponderle, prestarle atención), *tener banca* en alguna parte o con alguna persona (merecer confianza), *de día beata y de noche gata* (hipócrita, que aparenta virtudes que no tiene), *irse al bombo* (fracasar), *darle* a uno *un café* (una reprimenda), *cantar para el carnero* (morir), *colgarle* a uno *la galleta* (despedirlo del empleo), *al que nace barrigón es al ñudo que lo fajen* (cada uno es como debe ser), *salir como rata por tirante* (escapar de un apuro aprovechando cualquier recurso), *sacarse el lazo con mano ajena* (salvar una dificultad o un peligro con ayuda de otra persona), *no tener* uno *donde caerse muerto* (estar pobrísimo, en la miseria), *hacerse el chancho rengo* (hacerse el imposibilitado), *el que quiere pescado, que se moje...* (se atribuye al tirano Rosas; no se toman truchas a bragas enjutas, o a quien lo quiere celeste, que le cueste), *estar a partir un confite* (muy amigos), *no largar la teta* (no dejar el empleo, vivir del presupuesto), *alégrate pato, que mañana te mato* (aprovecha la oportunidad o la diversión, que pronto te la suprimiré), *recibir* a uno *con una piedra en cada mano* (en disposición de regañar o pelear), *gastar pólvora en chimangos...* (en gallinazos, dicen en Colombia; trabajo o gasto sin provecho, porque se trata de un ave que no se come).

JUAN B. SELVA,

Profesor en Dolores (República Argentina).

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

III

Chardogne.

—¿Cree usted que van a esperarnos en el campo de Châlons?

—Así lo creo, porque si el mariscal Mac-Mahón hubiera querido dejarnos libre el camino de París, no hubiese concentrado en Châlons su nuevo ejército, sino detrás de las fortificaciones de París.

—Tal vez tenga usted razón; poco importa de todos modos que los franceses se detengan allí o allá, con tal de que se detengan.

—Muy de lamentar sería que, a consecuencia de las batallas de Metz, se hallen tan quebrantados que piensen ya en la paz.

—No lo tema usted; los franceses sabrán cometer faltas a millares, pero estoy seguro de que no rendirán las armas tan pronto.

Así hablábamos el 25 de Agosto de 1870, mientras que seguíamos la carretera que va de Loissey a Bar-le-Duc, por Silmont. Hicimos alto cerca de esta última localidad, en medio de una vasta y linda pradera; la división formó inmediatamente un inmenso cuadro, en cuyo centro se erigió un altar.

Habíamos de celebrar allí, y de una manera completamente militar, el santo de nuestro rey, Luis de Baviera.

A guisa de dosel, desplegamos las banderas de nuestros regimientos, cuyos leones bávaros, desde lo alto de las astas, miraban altivamente todo el país conquistado.

Terminado el servicio divino, el oficiante nos dirigió una breve alocución; luego, las bandas de la división tocaron el himno nacional y el *Te Deum*; por fin, la oración por el rey, que fue acompañada de salvas. Fue un espectáculo emocionante el de aquella ceremonia religiosa en plena Francia, durante la guerra.

. . . . . .

Reanudamos la marcha, atravesando Longueville, y poco después, Bar-le-Duc, población muy linda y muy bien situada. Al cruzar la calle principal, tuvimos la satisfacción de desfilar ante nuestro venerable jefe, el general von der Tann.

Los que no hayan conocido aquella hermosa figura tan digna, aquel perfecto caballero, aquel gran capitán, aquel admirable filántropo, no pueden comprender el entusiasmo que inspiraba a todo el 1.er Cuerpo bávaro. Le conocíamos tan bien nosotros, que, de haberlo él ordenado, nos hubiéramos lanzado sin vacilar sobre una batería que vomitase metralla.

Al pasar frente a él, erguíamos la cabeza y nos considerábamos como suficientemente recompensados si acertábamos a leer en los ojos del anciano que estaba satisfecho de nuestro aspecto.

Pasamos por Fain, Verney, y llegamos al medio día a Chardogne, término de nuestra marcha de aquel día.

Yo fuí alojado con dos compañeros, el capitán de Estado mayor Xylander y el teniente barón de Aufsess, en casa de un campesino llamado Mateo, donde estábamos, relativamente, bien. Al día siguiente, por la mañana, supimos con mucho contento que la jornada se consagraría al reposo, a fin de permitir que nos alcanzasen los cuerpos de ejército rezagados.

Por la mañana, al dar una vuelta por la población, encontré a un sargento de mi compañía, aunque no de mi sección; le pregunté si estaban bien alojados él y sus cabos, a lo que me contestó:

—Admirablemente, mi teniente; estamos en una granja que se halla a ocho minutos del pueblo, en casa de una viuda joven y rica. Hay allí, a más de los mozos de labranza, unas guapas muchachas que nos tratan como si fuésemos sus compatriotas; lo único que sentimos es no saber francés.

—¿Y es guapa la viudita?—pregunté.

—Sí—me contestó el sargento,—y no tiene más que veintidós años. Mi teniente debería ir a alojarse a esa finca; se está mucho mejor que en el pueblo.

—¿Pero hay todavía sitio?

—Muy suficiente; he visto una amplia habitación desocupada que estaría muy bien para mi teniente.

La proposición me sonrió; presentía una aventura en la que me holgaba de entrar.

Ordené en seguida a un soldado que pasaba por allí que encargase hacer la maleta a mi asistente y le dijera que estuviese preparado para mudarnos de casa.

Hecho esto, me dirigí a la granja, acompañado por el sargento; debo decir que éste no había exagerado nada; la casa era excelente; la dueña, bonita y muy amable. No me costó trabajo darle a entender que el pueblo estaba atestado y que me habían designado para alojarme en la granja; ella aceptó de buen grado mis explicaciones, y me enseñó el cuarto que ya conocía yo por la descripción del sargento. Apenas me hube instalado, cuando la señora X... (el nombre no hace al caso) me trajo, para regalarme, queso, manteca fresca, pan, miel, acompañado todo de una excelente botella de vino del país; la encantadora manera con que me ofreció todas estas buenas cosas y me sirvió vino, deleitáronme en extremo.

A los cinco minutos, mi corazón de veintiún años estaba completamente inflamado. Declaré a mi gentil patrona que el

agasajo sería más completo para mí si consentía ella en compartirlo; no se hizo rogar demasiado y, a los pocos momentos, charlábamos los dos alegremente como si fuésemos antiguos amigos. Diferentes veces manifestó el deseo de ir a la cocina para preparar el almuerzo de mis hombres y el mío, a lo que me oponía yo con toda la energía de que era capaz. Tuve, sin embargo, que dejarla marchar, pero con la condición de volver en cuanto su trabajo hubiese terminado.

En cuanto salió de la habitación, no pude yo estarme quieto; me puse a acecharla, a espiar su vuelta; miraba por la ventana y al fin la vi en la huerta cogiendo un magnífico melón, y ya no la perdí de vista.

Volvió y se puso a preparar concienzudamente nuestro almuerzo. Aproveché la ocasión para manifestar terminantemente a la linda francesa que estaba en absoluto decidido a no aceptar nada de ella si no se servía hacer por sí misma los honores del almuerzo, y no se decidía a compartirlo conmigo.

Accedió ella, quieras que no, diciéndose, probablemente, que más valía no indisponerse con un enemigo, y se manifestó muy amable durante el almuerzo.

Hablamos de una manera encantadora. Nadie hubiera creído, y espero al hacer esta confesión que nadie sospechará de mi patriotismo, que nuestra conversación era entre un oficial alemán y una patriota francesa; un extraño, que nos espiase, no hubiera oído más que a un joven como los otros, diciendo galanterías a una joven, sin asomos de alusiones políticas. ¿Y no era yo ante todo un tenientillo, mozalbete, y Amelia (supe al fin su nombre) la gracia en persona?

Poco a poco, nos habíamos hecho verdaderos amigos, hasta el punto de que, en mi contento, me hubiera olvidado de la hora y de lo demás, si, por fortuna o por desgracia, no se hubiese puesto a dar la una y cuarto; me acordé entonces con estupefacción de que a las dos tenía que asistir a una revista en el pueblo. No pareció agradarle a Amelia esta noticia; en cuanto a mí, he de confesar que nunca servicio alguno se me

antojó más largo que el de aquel día, en Chardogne. Y para colmo de desdichas, al capitán se le ocurrió utilizar la jornada de reposo para pasar revistas de todo género: revista de material de ambulancia, revista de víveres en conserva, de cartuchos, de mochilas, etc.

Eras las cuatro dadas cuando nos despidió.

—¿Y cómo están ustedes alojados, señores?—nos preguntó.

—No mal—mi capitán;—puede pasar.

—Si les agrada, les invito a que me acompañen ahora a mi alojamiento; tengo un cuarto muy bonito y no faltará vino.

—Muchas gracias, mi capitán—le contesté yo;—pero deseo descansar bien esta noche, y voy a acostarme pronto; tengo también que escribir unas cartas.

—Como usted guste, querido.

—¿Y ustedes, señores?

—Con mucho gusto—contestaron mis compañeros.

El capitán añadió:

—No se sabe nada todavía respecto a la marcha de mañana, a no ser que se tocara llamada una hora después de diana. Formaremos en el mismo sitio que hoy. Adiós, señores.

—A sus órdenes, mi capitán.

Por fin estábamos libres.

Me desembaracé no sin trabajo de mis compañeros, y emprendí sin tardar el camino de mi alojamiento, esforzándome en andar todo lo despacio posible, mientras que pudiera ser visto; en cuanto estuve lejos, eché a correr hacia la granja, hacia ella, hacia mi querida Amelia.

No pareció que le desagradara volverme a ver, lo que me puso muy orgulloso.

Al poco rato, me traía un excelente café; la supliqué que lo tomase conmigo y me hiciera compañía, a lo que accedió con la mayor gracia del mundo, y nos pusimos a charlar alegremente como antiguos amigos... Empezó ella por contarme toda su historia..., que su marido había muerto en tal fecha, etc., etc. Llegamos incluso a hablar de política, y esto me

permitió oír todas las historias más o menos extraordinarias que se habían inventado, antes de la guerra, sobre nosotros los bávaros, para uso del buen pueblo francés.

—Sabemos muy bien—decíame ella—que ustedes se han visto obligados a marchar, y que a la primera victoria francesa, se hubieran puesto de nuestra parte.

Era inútil contradecirla; ella estaba enterada de cosas nuevas e increíbles.

—Es evidente—me decía ella para concluir—que ustedes no pueden ya tener las primeras intenciones, porque los prusianos no dejarían de darles el golpe de gracia, pero no teman; a pesar de todo, llegarán ustedes a ser nuestros aliados, porque los alemanes van a ser derrotados cerca de Châlons, y entonces se verán ustedes muy contentos si queremos aceptarles por amigos.

¿Qué podía yo hacer? Tratar de convertirla y de modificar su manera de ver, me parecía casi imposible.

Además, ¿para qué? Hallé el asunto harto poco interesante para insistir más en él, y me esforcé, lo que fue bastante difícil, en cambiar de conversación, entonando un canto a la belleza de sus ojos.

Y verdaderamente lo merecían aquellos ojos. Lo animado de la conversación entablada les había dado un extraordinario brillo, que me produjo una impresión muy fuerte, con gran contentamiento de la dama.

Hablábamos de nuevo desde hacía unos minutos cuando, como joven teniente que era, me hice de pronto más insinuante, con palabras al principio encubiertas, para llegar por fin a manifestar abiertamente el deseo... de recibir un beso, con la sola intención, dije, de sellar una amistad recíproca. Pero Amelia no quiso entenderlo así; el proverbio alemán: «Nadie tiene derecho a hurtarse a un beso de honor», no la decidió, como tampoco la enumeración de todos los usos y costumbres practicados aquí y allí, como el «beso de Pascuas» en Rusia, y otros por el estilo.

Hubiese abandonado la partida, si no me hubiera dicho que un soldado no tiene el derecho de batirse en retirada, que debe siempre mantenerse en las posiciones conquistadas, y esto tanto más, cuanto que ahora no parecía que el enemigo quisiera resistir en realidad...

Cuando bruscamente se abrió la puerta y mi asistente se precipitó en el cuarto, gritando:

—Mi teniente, están tocando a generala en el pueblo.

Como electrizados nos pusimos en pie Amelia y yo, sin que al pronto se me ocurriese palabra alguna.

—Es de urgencia, mi teniente, sin duda vamos a ser atacados.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que vamos a ser atacados? ¿Pero te has vuelto loco?

—Oiga usted mismo, mi teniente.

Y en efecto, oíase tocar a generala en el pueblo, y hasta el corneta que había en la granja se puso a repetir el toque.

¿Qué podía significar todo aquello, puesto que no había un enemigo en los alrededores?

Las cornetas volvieron a sonar; ya no había duda posible.

—Toma, Hans—dije;—ahí tienes la llave de la maleta; mete todo a escape y vente en seguida.

Y volviéndome a Amelia:

—Adiós—le dije;—tengo que marchar y dejarla; mi sueño ha sido demasiado hermoso, no podía realizarse. Piense en mí de vez en cuando, si me ocurriera caer en tierra francesa. Adiós.

Y volviéndome desde la puerta, añadí:

—Pero ¿verdaderamente he de marcharme sin ese beso?

Ella no contestó, pero sus ojos consintieron. Entonces la estreché en mis brazos y la besé; luego tomé mi sable, mi casco y me dirigí a salir. Al volver una vez más la cabeza, vi que me saludaba con la mano, como para demostrarme que no la había ofendido mi atrevimiento. Y dijo con tristeza, como si le apenara mi brusca marcha:

—¡Qué triste es la guerra!

A lo que contesté como soldado:

—Sí, pero ¿qué se ha de hacer? En la guerra como en la guerra. Adiós, Amelia, adiós.

En dos saltos bajé la escalera; en la puerta, los cazadores estaban ya listos.

—Paso gimnástico, ¡marchen!

A los cinco minutos formábamos con el batallón, y daban las seis cuando nos poníamos en marcha hacia Bar-le-Duc, de donde habíamos llegado ayer.

Volví a ver la granja al pasar, del otro lado de la carretera; le envié con el pensamiento un postrer saludo, mientras que murmuré en voz baja: «hasta la vista»..., en vano, sin duda, porque han pasado treinta años y no he vuelto a ver Chardogne ni a la encantadora Amelia.

. . . . . .

. . . . . .

Muchas contrariedades nos estaban reservadas en la jornada aquella; en primer término, el no saber adónde íbamos, ni por qué nos habían puesto en camino tan rápida y misteriosamente.

A las dos horas de marcha cruzábamos Bar-le-Duc por segunda vez; pero, cosa rara, mientras que ayer el pueblo nos había parecido completamente desierto, hoy todos los habitantes estaban en sus puertas y nos dirigían palabras más o menos irónicas o burlonas.

—Si queréis ir a París—nos gritaban,—es por allí;—y al mismo tiempo nos indicaban la dirección opuesta a la que seguíamos; o bien:

—Buen viaje a Berlín, señores alemanes, daos prisa.

O:

—Los prusianos están vencidos; van a ser exterminados.

Todas estas reflexiones nos crispaban los nervios, y ya no dudábamos de que las cosas habían ido mal cerca de Metz; toda la columna fue presa de un gran malestar.

No choque, por lo tanto, que, en tal estado de espíritu, un veterano se arrebató hasta el punto de dar a uno de aquellos burlones, más atrevido y más tenaz que los otros, un fuerte culatazo que le dejó sin conocimiento.

Seguíamos siempre la misma dirección; de pronto, cuando ya empezaba a anochecer, llegó la orden de tomar más hacia el Norte.

«¡Ah!—pensó cada cual;—nos remontamos hacia Metz; con tal de que lleguemos todavía a tiempo...»

Y continuábamos, en medio de la oscuridad, infatigables, pasando sucesivamente por Naives, Rigmont, Bilotte, Villedevant-Belrain, Nicey.

Varias veces fuimos alcanzados por la artillería, que nos obligaba a hacernos a un lado del camino, y más de una vez tuvimos que echar una mano para ayudar a desatascar alguna pieza.

Por fin hizo alto la columna; se oyó un llamamiento: «¡Señores oficiales!...» al que, como se puede suponer, se contestó pronto; todo el mundo estaba ávido de noticias.

—«Señores—empezó nuestro jefe,—digan a sus soldados que va a ser preciso, en los días que van a seguir, hacer marchas forzadas hacia el Norte. El mariscal Mac-Mahón, con el ejército de Châlons, ha dejado el campo de Mourmelon, y se dirige hacia Rethel, para desde allí tratar de libertar el ejército de Bazaine, encerrado en Metz.

»Nosotros debemos ir a su encuentro, atacarle en cuanto le encontremos y cerrarle el paso. Podemos alcanzarle de aquí a muy pocos días, y tener entonces la ocasión de entablar victoriosamente furiosos combates. Debo añadir, señores, que en Metz todo va bien.»

Estas palabras nos entusiasmaron. Algunos soldados, los más próximos, las oyeron. Como un relámpago, se propagó por todas las filas la noticia de que íbamos al encuentro de Mac-Mahón para combatirle, y que en Metz todo iba bien.

Fue un verdadero regocijo: nadie sentía ya cansancio ni

desaliento; los oficiales se felicitaban recíprocamente, los soldados lanzaban gritos de alegría, toda la columna estaba emocionada, y no se deseaba más que seguir adelante para poder acercarse cuanto antes al enemigo.

Tuvimos que esperar más de una hora larga, para que la artillería, que iba delante, pudiera pasar un río.

Por fin reanudamos la marcha, cruzamos por el pueblo de Pierrefitte para, a eso de las dos de la madrugada, llegar a Longchamp, donde habíamos de pernoctar.

Por mucho tiempo me acordaré de semejante lugar: cinco oficiales de nuestra compañía, doce hombres y dos caballos se hallaban alojados en una casucha campesina de un piso, muy sucia, habilitada por un matrimonio viejo, el tío y la tía Amelot, dos seres raros, parientes, sin duda alguna, de los brujos del Blockberg. La mujer tenía una voz insoportable, la más chillona que pueda haber; por añadidura, no cesaba de dar vueltas, de quejarse, de jurar; iba del cuarto en que nosotros estábamos al de nuestros hombres, removía constantemente el fuego en la chimenea; en una palabra, no nos dejó dormir hasta que, para calmarla, la amenacé con encerrarla en la pocilga; pero me hubiera sido harto penoso tocar a aquella vieja, llena de roña.

¡Ironía de la suerte! Aquel monstruo se llamaba también «Amelia».

Haber sido, horas antes, el huésped de Amelia G..., en Chardogne, y verme alojado ahora en casa de la tía Amelot... todavía me estremezco al pensarlo.

En cuanto al hombre, que se me excuse hacer su retrato; tenía gota, reuma y se pasaba el tiempo escupiendo en el suelo.

Permanecimos en aquel infierno, alrededor de un mezquino fuego, hasta las ocho de la mañana, en que tomamos la carretera de Dombasle y de Verdún.

Por la noche vivaqueamos; gracias a Dios, no había de volver a verme nunca en un alojamiento semejante al de aquella Amelia Amelot...

. . . . . .

A los pocos días encontrábamos al ejército francés; luego fue Beaumont y Sedán.

En cuanto a la gentil Amelia, no sé si vive aún, ni si, de tiempo en tiempo, piensa todavía en nuestro buen encuentro, seguido de aquella brusca marcha tan tristemente significativa.

IV

La primera batalla.

En realidad, podíamos perfectamente afirmar que habíamos asistido a la batalla de Wörth, puesto que nos encontrábamos durante el ataque en primera reserva y que, poco después, tomamos parte en la persecución.

Y, sin embargo, no teníamos la impresión de haber recibido allí lo que se puede llamar el bautismo de fuego. Pasaron, es cierto, algunas granadas por encima de nuestro batallón, pero sin probarle suficientemente; ahora bien, las pérdidas son indispensables en este género de bautismo, como el agua en la ceremonia religiosa, sin la cual no es regular.

Hasta el día siguiente no se nos había de permitir tomar verdaderamente parte en la fiesta.

¿No habéis observado nunca, durante una campaña, que siempre, antes de algún acontecimiento, empiezan a correr rumores que no se sabe de dónde vienen? Se propagan rápidamente hasta el último de los soldados, y como por lo general tienen fundamento, todos los repiten con convicción; los unos los creen, los otros son escépticos; háblase de ello; algunos oficiales jóvenes apuestan en pro y en contra, y para terminar, todo el mundo espera los acontecimientos.

Solamente el pobre tren de campaña no sospecha nunca nada, a lo que parece.

¿Es esto verdad? No lo sé, puesto que nunca he servido en él, gracias a Dios.

Así, pues, las noticias circulaban numerosas aquella noche en el gran vivac, cerca de Sommerance.

—Ya verán—decía nuestro ayudante mayor—cómo mañana llegamos a las manos; los franceses no pueden estar lejos; no estamos más que a dos jornadas de marcha de Bélgica. En cuanto a haberlos pasado, podría llevarse el diablo a toda nuestra caballería si semejante cosa hubiese ocurrido.

—Esté tranquilo, no será así—dije a mi vez;—mañana se harán oír vuestros fusiles; lo sé por el capitán Xylander.

—El capitán Xylander sabe lo que nosotros, no puede hacer más que suposiciones; no se sabe nada positivo, ni en el Estado mayor de la brigada.

Lo que siguió, sin embargo, dió la razón al capitán, y a las veinticuatro horas, nuestros fusiles hablaban tanto y tan bien, que los franceses hubieron de perder la vista y el oído.

Sea como fuere, a partir de aquel momento, no hubimos de hablar mucho, porque verdaderamente carecíamos de tiempo.

. . . . . .

He estado en muchos vivaques antes y después de aquel 29 de Agosto, pero no hay uno que me haya dejado un recuerdo parecido al de aquel día, cerca de Sommerance, infinitamente grandioso y soberbio de extensión.

Nuestra división se encontraba en las proximidades del pueblo; a nuestra izquierda, la primera división bávara, luego el 5.° cuerpo prusiano; ante nosotros y a la derecha, la brigada de coraceros bávaros; por todos lados soldados, soldados por todas partes.

Admirable espectáculo que hacía que cada uno de nosotros sintiese la confianza que podía tener en los jefes que nos mandaban, los cuales comprendían perfectamente su misión; sabían, durante la marcha, espaciar sus tropas para que no se entorpeciesen unas a otras, y sabían reunirlas antes de la batalla, a fin de que fuesen siempre, y sucediera lo que quisiese, más fuertes que el enemigo, al que se trataba de derrotar.

Nos ocurrió, cierto es, más adelante, en el Loire, ser casi

siempre inferiores en número; pero esto no nos impidió arrollarlos, porque habíamos adquirido la costumbre.

Acabábamos, pues, de instalarnos lo más confortablemente del mundo en nuestro nuevo vivac, tan confortablemente como es posible al aire libre y en país enemigo. Pero, a falta de comodidad, ¿no teníamos otras y numerosas ventajas? Aunque no fuera más que no ver, apenas hecho el alto, llegar a nuestro oficial de administración, seguido de su eterno carro con pan, paja, cerveza y víveres, que no oír gritar al mozo del casino, aun antes de habernos podido quitar los sables: «Los señores están servidos, ya ha empezado.» Y luego, no estábamos espiados por una turba de campesinos que trataban de saber si nuestros soldados habían roto la mitad de una hoja de lechuga; no encontrábamos, a cada centenar de pasos, un poste que parecía vigilar, aquí un patatar, allá un sembrado de coles; y no había por todos lados esas miradas que inquieren si algún soldado se ha comido al azar una manzana o una ciruela.

Nuestro vivac era confortable, en el sentido guerrero de la palabra, lo que quiere decir más confortable ciertamente que a la manera vulgar de las maniobras.

Ya nuestros cazadores habían descubierto serias provisiones de patatas; habían encontrado agua; el bosque próximo había proporcionado leña a discreción; había pan y sal; los agujeros estaban hechos para cocinar; todo estaba listo; no faltaba más que una cosa: la carne.

No se hizo esperar demasiado, y poco después el destacamento encargado de las requisiciones estaba de vuelta.

A nosotros nos correspondía un soberbio toro. El carnicero estaba allí, dispuesto ya a herirle; disponíase a blandir el hacha, cuando el animal, asustado, logró escapar; derribó en su carrera a un soldado y le causó una herida en la cabeza; después se lanzó en derechura a nuestra compañía.

—¡Cuidado! ¡un toro!—gritó un hombre.

—Va a ocurrirnos un tonto accidente—dijo nuestro capitán.

—No hay peligro—pensó el veterano cabo Mögete,—no tengan miedo.

Y, muy fríamente, se echó el fusil a la cara, apuntó, y ¡paf! el animal rodó, agitó un momento los pies y quedó inmóvil.

Cuando el carnicero del batallón y su ayudante, que echaron a correr, vinieron a buscar la pieza, no fueron acogidos precisamente con palabras cariñosas; pero la tempestad pasó pronto; el certero tiro de Mögete había alegrado a todo el mundo, oficiales y soldados, y además, hay que decirlo, todos nos moríamos literalmente de hambre.

Unos diez hombres engancharon al toro que ya no daba señales de vida, y lo arrastraron tras el parque de los vehículos, en donde se pusieron inmediatamente a despedazarle en cientos de trozos; al poco rato, le vimos alegremente cocer en las marmitas de nuestros soldados.

El cazador que fue derribado no sentía ya nada; la cabeza le zumbaba aún terriblemente, pero la herida no le causaba inquietud alguna.

—Oye, Tanera, el capitán pregunta qué trozo tendremos hoy.

—Descuidad—contesté;—puedes decir al capitán que mi asistente ha conseguido una vez más hacerse con la lengua; pronto estará cocida. ¿Tenéis vino?

—Bastante, pero anda listo; ya sabrás que nos hemos instalado allá delante.

En aquella época, me confiaban todavía, de vez en cuando, en nuestra compañía, el cuidado de organizar la manducatoria de los oficiales; pero no tardaron en retirarme aquellas delicadas funciones, a causa de mi poca competencia, para entregárselas a uno de mis compañeros.

Nuestra comida terminó a las tres; habíase compuesto de sopa, pan, lengua de buey (o más bien de toro), patatas, sal, vino, vino y más vino.

Si me ha ocurrido en mi diario escribir muy a menudo la palabra «vino», y hasta subrayarla, es porque... yo me entien-

do y todos los que entonces estaban conmigo lo entienden también.

. . . . . .

Al llegar la noche, se puso a tocar nuestra charanga; hacía un tiempo magnífico; estábamos entre compañeros y hablábamos de los proyectos del día siguiente.

Ya nadie dudaba de que se combatiría; habíase adquirido la certeza al poner mano en un oficial de Estado mayor francés que llevaba órdenes escritas al 8.° cuerpo, las cuales nos dieron a conocer muchas cosas útiles.

Fuimos a acostarnos tarde; el vino que habíamos ingerido nos hacía desear vivamente la cama, si se puede dar este nombre a cualquier surco en el campo, y allí, a pesar de nuestro gran deseo de dormir, no gustamos sino un sueño de los más agitados, turbado por los pensamientos que sugieren las vísperas de batalla.

Mis ojos, sin embargo, se cerraron bastante pronto; mi conciencia limpia podía no ser una almohada muy blanda, puesto que descansaba sobre terrones de tierra; pero era la razón de una gran tranquilidad de espíritu, lo que para mí bien valía algo.

Desde el amanecer empezó el trajín. Hay siempre en un campamento hombres que experimentan la necesidad, a despecho de sus compañeros, de gesticular y de agitarse apenas despiertos; andan sobre las piernas de los que duermen, derriban algo al pasar, encienden fuego sin necesidad, se llaman unos a otros, hacen todo lo que se necesita para exasperar a los que todavía tienen necesidad de sueño.

Hoy no había tales gentes, porque mucho antes de que el sol hubiere aparecido sobre el bosque, al Este de Sommerance, todos estábamos ya en pie, impacientes por ponernos en marcha.

Pero tuvimos que esperar bastante rato; hasta las cinco y treinta no empezó a andar la vanguardia, formada, desgraciadamente para nosotros, por la 4.ª brigada. Nuestro batallón

seguía detrás con el grueso del que formaba la cabeza; el itinerario pasaba por San Jorge, Champigneules, Verpet, hacia Busancy.

Mi compañero Schmeckenbecher y yo marchábamos juntos entre nuestras dos secciones.

—Mira—me dijo—esas inscripciones francesas en las persianas, que indican acantonamientos.

Miré; los franceses habían, en efecto, procedido exactamente como lo hacíamos nosotros, y podía leerse que el 27 de Agosto, el regimiento 12.° de cazadores de caballería y el 4.° regimiento de cazadores de Africa hubieran debido pasar la noche en aquella localidad, si los ulanos sajones y los jinetes del general Pilsach no hubiesen venido a desalojarles de una manera nada amistosa.

Inmediatamente a la salida del pueblo nos encontramos con un tren de bagajes, que pertenecía al 4.° cuerpo prusiano, y sin duda también a la 6.ª división de caballería. Había allí tal variedad de uniformes de todos colores, que nuestros cazadores quedaron maravillados; pero se extasiaron, sobre todo, ante los húsares rojos de Zieten, a los que veían por primera vez.

Más adelante, en el Sur, hiciéronse muy amigos de los compañeros de aquellos del mismo color, llamados de Blücher, pero en aquel primer encuentro los húsares rojos eran todavía nuevos para ellos.

Frente a Busancy hicimos alto en formación de espera; un oficial de órdenes pasó ante nosotros a caballo; le reconocí en seguida; era el teniente Lobenhofer, cuyo puesto había yo de ocupar más adelante cuando él fue herido.

—¿Qué hay de nuevo?—le grité.

—Vamos a atacar.

—¿Pronto?

—No lo sé.

Y siguió adelante.

Así, pues, íbamos a atacar, pero ¿dónde y cuándo? No se veía rastro de enemigos por ninguna parte.

Y, sin embargo, allí estaban, bien cerca de nosotros, a menos de 10 kilómetros, y nosotros no lo sospechábamos y empezábamos a desesperar.

Por todas partes recorrían las posiciones oficiales de Estado mayor y ayudantes; delante de nosotros se había detenido el general von der Tann, rodeado de su séquito; varios emisarios partían al galope en todas direcciones y volvían; ninguno quería hablar; no tenían tiempo, y nosotros permanecíamos así en la incertidumbre, no sabiendo más sino que íbamos a atacar.

Cuando llegó por fin la orden de deshacer los pabellones, nuestros hombres habían ejecutado ya por sí mismos el movimiento. Se morían de impaciencia y de ganas de seguir adelante para ir a enseñar a los pantalones encarnados cómo sabían tirar los soldados bávaros.

Tomamos la dirección de Sommanthe; de minuto en minuto nuestra cadencia se hacía más acelerada; empujábanse literalmente adelante; los regimientos que venían detrás tenían que correr a cada momento para alcanzarnos; pero ¿qué nos importaba a nosotros, cazadores?

Nos pasó al trote un regimiento de dragones prusianos, luego una batería de artillería.

¡Qué lástima, pensábamos, que no podamos trotar nosotros también!

—¿Pero qué ocurre allí? Están desenganchando.

Desengancharon, en efecto, pero no se decidieron a abrir el fuego.

Y nosotros seguíamos avanzando, cada vez más de prisa.

—Oid, tiran.

Y verdaderamente sí, había tiros por la derecha; entonces la batería que vimos tomar posiciones a nuestra izquierda se animó; la pieza de la derecha empezó el fuego, siguieron las otras, vimos pasar las granadas por el aire y desaparecer tras

una colina que nos cerraba la vista. ¿Adónde iban? Lo ignorábamos, pero no dudábamos de que buscaban al enemigo.

Seguíamos avanzando. ¡Qué sentimiento tan particular se manifiesta cuando se marcha así al combate. Se piensa más de prisa que de costumbre; se ve todo, se oye todo; todos los sentidos están alerta, el corazón late con más fuerza; todo el sér vibra; quisiera uno desdoblarse, para estar en todas partes a la vez y enterarse de todo.

Por desgracia, estaba escrito que seguiríamos sin saber ni ver nada.

El tiro de la artillería se había hecho cada vez más violento; acompañábale ahora una especie de chisporroteo sordo, que tomabamos con razón por el ruido de la fusilería.

Mi buena madre, un día en que estuve a punto de perecer a consecuencia de una apuesta ridícula, me decía:

«Está bien; ya conocerás alguna vez el miedo en la vida, y si te encuentras en una batalla en la que verás aparecer cien veces la muerte, pedirás a Dios que te proteja.»

Mi madre se equivocó; aquel día, no tuve más miedo que cualquiera de mis compañeros, y he de confesar que no pensé un momento en Dios. Mi pensamiento estaba harto acaparado por las cosas que se desarrollaban a mi vista.

Acabábamos por fin de llegar a la cresta de la colina que hasta entonces nos había ocultado celosamente toda visión.

¡Espectáculo inolvidable! Todo el campo de batalla de Beaumont y Thibaudine se presentaba ante nosotros.

A nuestros pies, a dos kilómetros apenas, era un ir y venir extraordinario, especie de hormiguero confuso, en el que se hubiera agitado un palo.

A derecha e izquierda, las cumbres de las colinas parecían escupir fuego; en el valle, a lo largo de la linde del bosque, una crepitación seca, parecíase bastante al ruido que hace el granizo al caer sobre los cristales de un invernadero.

La artillería francesa estaba al otro lado en una altura, y tronaba hacia nosotros; no tardaron en llegarnos sus saludos;

pero no nos hizo otro daño que salpicarnos arena y barro.

Atravesamos el pueblecillo de Sommauthe. Pasadas las últimas casas, vimos, a la derecha del camino, erguido sobre un peñasco, a nuestro capellán; colgábale sobre su sotana una blanca estola, tenía en la mano un crucifijo, y nos daba, al pasar, la bendición.

En aquella época queríamos mucho aún a los eclesiásticos; no eran entonces los sembradores de discordias y los grandes enemigos del Estado que llegaron a ser más adelante, y nosotros les teníamos el más profundo respeto.

Los cánticos de nuestros cazadores resonaban alegremente; nunca les oí vibrar más fuertes que aquel día, entre el pueblecillo de Sommauthe y el bosque próximo.

«¡Viva nuestro rey!—cantaban delante,—¡y vivan nuestros generales y nuestros oficiales! ¡Viva nuestro príncipe Leopoldo! Somos alegres bávaros.

Y detrás contestaban:

«¡Duro, duro sobre los chassepots!»—Luego venía la antigua canción.

«¡Ataque la caballería! ¡Tire la infantería! ¡Avancen los cazadores con armas y bagajes!»

«¡Por el flanco derecho! ¡Haced sitio!»

Y nuestra artillería nos pasó.

—¡Hurrah, los artilleros!

—¡Hurrah, los cazadores! ¿Es, pues, para hoy?

—Sí, y vamos a mostrarles lo que somos.

«¡Avancen los cazadores con armas y bagajes!»

«¡Silencio! ¡Carguen!...»

Ya no había duda, el instante era serio; se hizo el silencio al momento, como si cada cual hubiera sentido la solemnidad de aquel minuto; ya no se oía sino el manejo de los fusiles.

No veíamos nada de la batalla; pero, en cambio, oíamos perfectamente todos los ruidos que nos llegaban, hasta el pun-

to que no creíamos haber asistido nunca a una cosa más formidable.

Y, sin embargo, ¿qué era todo aquello al lado de Sedán, al lado de Orleans, de Coulmiers, de Loigny, de Beaugency?

Dimos un rodeo y pasamos por un sendero del bosque próximo; había de conducirnos a una batería francesa, cuya presencia observamos, hacía un momento, por los tiros de caballos blancos. Llegamos, sin dejar de andar, a un claro, en el que por primera vez percibimos una ambulancia en pleno funcionamiento; ya los médicos se entregaban a su horrible tarea; así fue que nos alegramos mucho de entrar de nuevo en el bosque, impresionados vivamente por el espectáculo de toda suerte de operaciones, y sobre todo, de una amputación que se acababa de practicar a un suboficial del regimiento número 10.

Nuestra compañía marchaba a la cabeza del batallón; seguíamos un camino que se ensanchaba poco a poco para llegar a un nuevo claro.

—¡Dios mío! ¿qué ocurre? Son los nuestros que se baten en retirada.

Era, en efecto, el 10.° que había sido cogido de flanco; nuestra vanguardia, atacada por toda una división enemiga, se exponía a ser completamente envuelta.

—Señores—exclamó nuestro capitán,—cerrad las secciones; es preciso pasar a toda costa.

Jamás hubiese creído que la voz de Zúmmer, de ordinario tan débil, se hiciese tan poderosa.

Prontamente corrimos a nuestras secciones.

—¡Adelante! ¡Apretad filas! No dejar pasar a los hombres del 10.° ¡Al enemigo! ¡adelante, paso de carga, adelante!

Ni uno de los nuestros se detuvo; toda la compañía, con irresistible impulso, logró abrirse pasó, mientras que a nuestra derecha las primeras compañías seguían el movimiento, y la cuarta nos apoyaba como sostén.

El ejemplo produjo su efecto; todos los hombres del 10.°, a cualquier grado que perteneciesen, se unieron a nuestro impulso; pronto ya no hubo nadie delante de nosotros.

El bosque aclaraba cada vez más.

—¡En guerrillas!

Apenas podía desplegarse las alas por lo de prisa que avanzaba el centro; todo el mundo corría ahora.

—¡Calen bayonetas! ¡Adelante, cazadores, adelante!

Eran incomparables aquellos bravos. ¡Cómo les perdonaba ahora todas las contrariedades y todos los pequeños disgustos que me ocasionó en ocasiones su temperamento flemático del Allgau.

Llegábamos al final del bosque; ante nosotros se extendía un campo libre de unos 200 pies de anchura; en la linde opuesta se alzaba lentamente una línea de humo blanco, a través del cual el sol iluminaba unos pantalones rojos.

Por fin los teníamos delante.

Empezaron a silbarnos en los oídos, con un ruido raro, las balas de los chassepots; no hicimos caso, pensando que aquello no podía durar, y ni siquiera contestamos.

—¡Adelante!—gritaba nuestro capitán.

—¡Adelante, cazadores!—le contestábamos nosotros, lanzándonos vigorosamente a la zona descubierta.

Algunos compañeros cayeron; habían tropezado sin duda con alguna raíz... o con plomo.

—¡Hurrah, hurrah!

¡Cómo nos enardecía este grito en aquellos instantes!

—¡Hurrah, hurrah!—exclamó toda la compañía, y de un salto se precipitó en medio de los otros, que hubieron de imaginarse que caíamos del cielo para exterminarlos.

Había un foso pequeño, en el que nos esperaba echada la primera línea enemiga. Saltar por encima fue para mí una bagatela: además de ser un muchacho en aquella época, era un buen gimnasta y un buen espadista; detrás de mí venía el cabo de nuestra ala derecha, Bux, bravo y guapo mozo, al que

he perdido completamente de vista después; luego seguían nuestros cazadores.

La mayoría de los franceses huyó cuando llegamos junto a los cañones de sus fusiles; de haber querido, les hubiera bastado disparar para mandar más de un buen mozo al lugar en donde son bien acogidos los bravos, pero adonde no van sino a su pesar.

Sin embargo, una parte de los enemigos se mantuvo firme; se defendió valientemente, pero en vano. Los cazadores y los hombres del 10.° seguían llegando cada vez más numerosos.

Todavía oigo hoy al bravo teniente Zer-Rhein dirigirse a un mocetón que le apuntaba, y gritarle: «¡Suelta el arma!» Y veo todavía caer el fusil de manos de aquel mozo, como si de repente le hubiera quemado el cañón.

Y aquel otro, un francés alto y delgado, que iba a tomar mi cráneo por blanco, cuando acudió uno de mis cazadores, el bravo Moser, que le hundió tan terriblemente la bayoneta en el pecho, que el otro, al caer, lo arrastró consigo, y a Moser le costó ímprobo trabajo sacar del cadáver el arma doblada; el tiro fue al aire, sin alcanzarme, por fortuna.

Y veo aún a un sargento mayor francés, al que le hice soltar el sable, y que me pidió perdón como un niño.

Todo esto no duró más que un relámpago: matar o hacer prisionero a lo que todavía quedaba, fue cuestión de un instante; los demás volvieron las espaldas y escaparon a todo correr.

Nos permitieron entonces disparar, a nuestra vez, los fusiles; debo decir, que no hacían tanto ruido como los chassepots, pero afinaban bien, que es lo que pedíamos. Luego nos echamos en persecución de los fugitivos, pero menos de prisa que hacía un momento. Cierto es que hasta una locomotora concluye por perder aliento, y con mayor razón un hombre que no tiene más que pulmones y lleva una carga a cuestas.

Llegamos, en fin, al extremo del bosque, en donde nos detuvimos; fue entonces un verdadero tiro al blanco sobre todos

aquellos desdichados que corrían por el campo, aniquilados y literalmente muertos de cansancio.

Muchos de ellos descansaron para siempre; hoy los compadezco con toda mi alma; pero entonces, mi única preocupación era si mis soldados apuntaban bien y hacían buenos blancos.

Cuando ya no tuvimos nada que tirar, seguimos adelante, unidos esta vez con los otros compañeros, a los que una conversión a la izquierda había retrasado un poco.

El teniente coronel Schmidt, nuestro «buen viejo», se había lanzado a nuestra cabeza; blandía su sable que era un portento, y daba, en aquel instante el más formal mentís a todos los que verdaderamente hubieran podido tenerle por viejo.

¿No era siempre joven nuestro viejo, siempre que se trataba de realizar un esfuerzo, de afrontar fatigas, de atacar al enemigo? Tan pocos llegaban a igualarle, que nadie podía jactarse de aventajarle.

Nos mandaron hacer alto en pleno campo; delante de nosotros, a menos de 500 pasos, al Norte de Varniforêf, estaba instalada una batería enemiga que acababa de acogernos a cañonazos. ¿No era lo mejor contestarle a tiros de fusil? Esto es lo que inmediatamente hicimos, mientras que nuestra 4.ª compañía se desplegaba por la izquierda y se dirigía directamente al pueblo, con objeto de llegar más pronto al enemigo. Entretanto, no queríamos dejar a éste tranquilo; tirábamos mejor, puesto que ya no estábamos sofocados, y nuestro fuego sostenía poderosamente a los nuestros, a la par que facilitábamos el ataque de la 4.ª compañía.

Los artilleros franceses resistían de una manera admirable; uno de sus oficiales, montado en un caballo blanco, no cesaba de trotar de un lado para otro.

—Tiradle—gritó alguien,—parece un oficial superior.

Varios tiros le fueron destinados, ninguno le dió.

—Kraus—dije,—dame tu fusil.

—Tome usted, mi teniente.

Apunté dos veces sin tirar, porque no estaba seguro de ha-

cer blanco; la tercera vez hice fuego; el oficial alzó los brazos y cayó al suelo, mientras que su caballo, en libertad, huía al galope.

Parecióme entonces que la batería deseaba vengar a su jefe herido; digo «herido» porque no habíamos de encontrar su cadáver cuando, al poco rato, nos apoderamos de la posición; y trataba de vengarle, sin duda alguna, porque a partir de aquel momento sus granadas nos llegaron más numerosas, pero siempre sin causarnos mucho daño. Mientras tanto, la 4.ª compañía había ganado bastante terreno.

El «Viejo» se puso a nuestro frente.

—¡De pie y adelante, adelante!

Y como habíamos reparado nuestras fuerzas, la carrera se reanudó briosa.

Al acercarnos, los franceses no opusieron resistencia alguna y huyeron con toda la velocidad de sus piernas, no lo bastante de prisa, sin embargo, para impedir que la 4.ª compañía los alcanzase, los cogiera dos piezas con sus tiros y sirvientes, y, como no se defendían, los hiciesen prisioneros.

Llegamos a nuestra vez; pero la cuarta, en esta ocasión, se había reservado el puesto de honor; no nos sentimos celosos, puesto que ya habíamos tenido nuestra parte de triunfo.

Los otros no tardaron en estar fuera de alcance, lo que aprovechamos para reunirnos de nuevo y volver, todo lo rápidamente posible, a nuestras formaciones primeras. Vimos entonces que estábamos completamente aislados de las otras tropas, que se habían quedado muy detrás de nosotros.

No nos restaba más que felicitarnos e interrogarnos unos a otros, como es el caso general en tales circunstancias.

Nuestro «Viejo» (que me perdone llamarle siempre así) irradiaba de contento y gozo; sus cazadores habían sido tales como él los había educado: duros a la fatiga, resistentes, animosos, enérgicos, incomparables en el combate.

Alguien gritó, no sé quién, creo que un cabo: «¡Viva nuestro Viejo! ¡Viva el teniente coronel Schmidt!» Y todo el bata-

llón, oficiales y soldados, contestó: «¡Viva, viva nuestro teniente coronel!»

Jamás hubo entusiasmo más sincero; el Viejo lo comprendía así; y se emocionó, hasta correrle las lágrimas, que no trató de recatar, y que nos lo hacían más estimable; era grande nuestra emoción al ver llorar a un hombre que pasaba por no haberse reído nunca.

Fue lo suficientemente afortunado en lo sucesivo para llegar al mayor grado a que puede aspirar un oficial en tiempo de paz; fue elevado a la cumbre de la jerarquía militar; pero, ¿tuvo nunca aquel mismo sentimiento de alegría y de satisfacción interior que experimentó el día acabado de relatar, después de la batalla? Lo ignoro; se lo deseo, bien seguro que de su parte no ha olvidado a sus cazadores.

La batalla había terminado; sólo nos quedaba ya ocupar nuestros puestos y contar los ausentes; éstos, por desgracia, eran más numerosos de lo que al principio hubiéramos pensado; pero, ¿era pagar demasiado caro el gran triunfo que habíamos alcanzado?

Por este vigoroso ataque del 1.º de cazadores bávaros recibimos muchas felicitaciones y muestras de estimación; las que más profundamente nos afectaron fueron las dirigidas directamente a nuestro «Viejo», al que Beaumond le otorgó la más alta recompensa militar de Baviera: la Orden de Max-José.

Las otras partes de la brigada se reunieron poco a poco a nuestro alrededor; emprendimos entonces el camino del Besace, donde acampamos.

No supimos ya nada del enemigo, si no es que fue perseguido por nuestra caballería y toda nuestra primera división; en esta ocasión no debíamos ser de la partida, contentos de aprovechar un reposo bien ganado.

No habíamos tomado alimento alguno durante la batalla; no habíamos de ser más afortunados por la noche, y empezá-

bamos a desesperar, cuando un bravo compañero, Baumgârtner, si mis recuerdos son exactos, nos trajo un enorme pote de manteca de cerdo, sobre el que había puesto mano. Hicimos, con harina de la que uno había descubierto un saco, una especie de papilla, que preparamos, desgraciadamente, sin sal.

Y aquello nos pareció muy bueno, sobre todo cuando un suboficial vino a traernos varias botellas de champaña que había reunido para nosotros. ¿No somos como el «Señor en Francia», felices con reír y bromear?

¿Y no teníamos en nuestro haber la primera batalla y la primera victoria?

V

Audrecourt y Remilly (31 Agosto 1870).

Sabe el lector, por el capítulo precedente, cuál era nuestro estado de ánimo en la noche del 30 de Agosto.

Teníamos una idea de nosotros mismos, que todavía había de modificarse cuando, a la mañana siguiente, muy temprano, salimos de nuestros mezquinos lechos de paja.

¿No éramos ya soldados aguerridos? ¿No habíamos vivido toda una batalla, alcanzado y pagado con nuestra sangre la victoria? ¿No éramos ya, en una palabra, probados guerreros?

Con tales pensamientos, el espíritu se eleva y tonifica. Yo me sentía, desde aquel 31 de Agosto, y a pesar de mi juventud, un hombre completamente maduro; me estimaba sin discusión al igual de los paisanos de mucha más edad que yo; había dado mis pruebas en la medida de mis fuerzas.

Conocía ese sentimiento del orgullo por haberlo experimentado ya el año anterior, cuando salí por primera vez por las calles de Munich, con mi sable de oficial colgante, y mirándome de reojo a derecha e izquierda mis charreteras de moda en aquella época.

¿No fuí lo bastante atrevido el día aquel, para subir a casa de mis futuros suegros y solicitar, sin resultado, por lo demás, la mano de la que más adelante habría de ser mi mujer, y que a la sazón no era más que una chiquilla?

Pero todo lo que se puede experimentar como oficial recientemente promovido, no es nada al lado de la alegría que se siente después de la primera batalla ganada, después de la primera victoria; porque entonces solamente puede uno darse cuenta de la grandeza de la misión realizada y se tiene conciencia de ser un verdadero defensor del trono y de la patria.

Tales son las consideraciones que nos hicieron olvidar, aquella mañana, que en nuestro café faltaba el azúcar y que la leche brillaba también por su ausencia. Hubimos de tomar el café puro, muy divertidos al ver la triste figura del bravo Lind, teniente de la landwer, niño mimado por su madre, a quien le parecía harto frugal el desayuno.

Iba a alejarme de mis compañeros para ocuparme de mis soldados, cuando el cabo Kuiele se me acercó, y sacando misteriosamente una botella de champaña, me la tendió, diciéndome:

—«La puse aparte ayer, mi teniente, para que tuviera usted también hoy algo que beber. Si no lo hubiese hecho, esos señores se la hubieran bebido seguramente.»

Le di las gracias, encantado del obsequio; luego, vertiendo en una marmita de campaña el contenido de la botella, bebí concienzudamente y entregué el resto a mi fiel cabo, muy satisfecho de ir a compartirlo con sus compañeros; hizo así las delicias de nuestro buen sargento mayor, Renner, que estaba cerca, y que tenía fama, cuando se llevaba alcohol a los labios, de hacerse súbitamente muy conservador, sin perjuicio de permanecer siempre muy correcto.

Durante la noche se nos habían agregado las patrullas diseminadas en el transcurso de la batalla, y al emprender la marcha estábamos casi completos.

Faltábanos, sin embargo, el bravo Sttummvoll, mi compa-

ñero y vecino, teniente de la landwer, al que los pantalones rojos habían atravesado la mano de un tiro, y que desgraciadamente hubo de ser conducido a una ambulancia.

Había perdido también algunos hombres de mi sección; de todos, el que más me dolía era uno llamado Rench, infatigable bromista que sabía conservar su buen humor en las circunstancias más graves y no cesaba de animarnos a todos.

Duerme ahora cerca de Varniforêf.

. . . . . .

Nuestra división se puso en marcha detrás de la primera, los cazadores a la cabeza. Llegamos sin incidente a Raucourt, donde nos detuvimos.

Oíase claramente el ruido de la fusilería en la región de Remilly. ¡Ah! otra vez están habiéndoselas con la primera división; de nuevo van a ser sacudidos, y, si esto dura, pronto no quedará ni uno.

¡Qué pronto se habitúa uno a todo!

Cuando el 4 de Agosto último, cerca de Langenkandel en el Palatinado, oímos por primera vez el cañón de Wissemburgo; luego cuando el 6 de Agosto nos precipitamos en el campo de batalla de Wörth, y cuando ayer, en fin, tomamos por asalto las alturas de Sommanthe, apenas éramos dueños de nosotros.

Hoy nuestros nervios están aún un poco excitados, pero ¡qué diferencia ya con entonces! Más adelante, cuando diariamente teníamos que oír el ruido del cañón, no habíamos ya de prestarle atención si no era para orientarnos en la batalla, guiándonos el ruido sobre su dirección y violencia.

Puede decirse, y hablo aquí de nosotros los oficiales jóvenes y de nuestros hombres, que al principio de la campaña lo percibíamos todo con nuestro temperamento, mientras que más adelante con nuestra razón.

Tuvimos, digámoslo de paso, que tomar parte en dos especies de guerras: una leal, caballeresca, hecha por caballeros al ejército imperial francés; otra salvaje, cruel, mortífera, guerra

de exterminio contra el pueblo sublevado al Sur de París, guerra de cuchillo contra las masas de la República, contra ciudadanos extraviados que se creían obligados a defender su patria con las armas en la mano.

De pronto se hizo oír la voz grave de nuestro jefe:

—¡Teniente Tanera!

—Presente, mi coronel—y ya estaba a su lado a la cabeza del batallón.

—La primera división—me dijo—está batiéndose cerca de Remilly y Bazailles; la segunda la sigue de reserva. La caballería nos informa que no hay ya fuerzas importantes en la orilla izquierda del Mosa; pudiera ser, sin embargo, que algunas patrullas aisladas, y hasta compañías, se encontrasen aún en esas alturas frondosas.

Tome usted su sección, vaya a recorrer el bosque de Cognenx, el de Chenois, el poblado de Antrecourt, y diríjase a lo largo de las crestas que bordean el Mosa hacia Remilly. Esas crestas forman el flanco derecho de la división; no hay caballería. Cuando esté usted en Remilly, verá de unirse al batallón. ¿Tiene algo que pedirme?

—No, mi coronel.

—Esta bien, puede usted marchar en seguida.

Me dirigió una mirada amable; di media vuelta y volví a escape a mi sección, diciéndome para mí que el teniente coronel Schmidt sabía elegir bien sus hombres, orgulloso también de la misión seria y llena de responsabilidades que acababa de confiarme.

Al elegir así, no al de más edad de sus oficiales, sino a un jovencillo teniente, nuestro jefe estimulaba el amor propio de éste, hasta el punto de hacerle aportar a su misión, por muy flemático que fuese, y para justificar la confianza depositada en él, todas las fuerzas de que era capaz.

Nuestro jefe tenía en grado supremo el dón de alentarnos cuando nos pedía algo de particular. Nunca nos dirigía pláce-

mes; pero sabíamos adivinar cuándo estaba satisfecho, y nuestra mayor alegría era poder ver en una mirada de aquel digno hombre que habíamos cumplido con nuestro deber.

Su principio era pedir «lo imposible», para obtener lo «posible»; muy difícil de contentarse, ocurría a veces, sin embargo, obtener de él un signo de aprobación; pues, severo, pero siempre justo y benévolo, seguro estoy de que ninguno de sus hombres hubiera consentido en cambiar su puesto con otro compañero, por privilegiado que fuese, porque todos sus cazadores sabían que un signo de cabeza del «Viejo» era más difícil de ganar que con otros jefes el más soberbio homenaje; ¿y no tenía esto su valor?

Cuando dije a los de mi sección la honrosa misión que se acababa de confiarnos, experimentaron, como yo, un gran sentimiento de orgullo; los otros pobres compañeros, menos afortunados que nosotros, y que habían de quedarse en el valle, nos siguieron con envidiosas miradas cuando nos vieron trepar por las pendientes abruptas de la colina.

Llegamos pronto al bosque que nos había indicado el plano; era, como todos los de aquella región, muy frondoso.

Destaqué en seguida mis patrullas, formé la sección en guerrillas, y prudentemente, con el arma apercibida para hacer fuego, nos adentramos en la maleza.

Nuestros cazadores estaban en su elemento. Muchas veces habíamos recorrido día y noche los bosques y las montañas que bordean las dos orillas del Iller, yendo así hasta las murallas de piedras de la montaña alta, hasta el Rottachberg y hasta la parte superior del Wertachtal.

Así se veían hoy recompensados nuestros esfuerzos; avanzábamos sin el menor trabajo, sin siquiera ayudarnos con la voz, sin silbidos, sin hacernos señales.

Nada hubiera acusado la presencia de seres humanos en aquel bosque tranquilo, a no ser de vez en cuando el chasquido de una rama seca.

De repente sonó una detonación hacia mí, a la derecha;

luego otra, después otra, y todo volvió de nuevo a la calma. Mis cazadores, como gentes bien aleccionadas, se habían inmediatamente transformado en estátuas de mármol, con el dedo en el gatillo, el fusil casi a la cara, la mirada escrutando la maleza, el oído al acecho. No se oía más que el gorjeo de los pájaros.

Hice señal a los hombres que tenía próximos para que se ocultaran; los otros hicieron lo mismo, y yo me dirigí hacia la dirección de donde habían partido los tiros que escucháramos.

No tardé en encontrar a uno de mis hombres que me enviaban del ala derecha; me informé que en una línea a trescientos pasos delante de nosotros había sido vista una patrulla francesa, compuesta de cinco o seis hombres, la cual había disparado tres veces, replegándose hacia el Este, perseguida por un grupo de tres cazadores.

A una señal mía, todos mis hombres se dirigieron adelante. Felicité al cabo Zink, que mandaba la fracción de la derecha, por no haber mandado tirar inútilmente, y en adelante me mantuve mucho más cerca de él.

Pronto llegamos al lugar en que habían sido vistos los franceses; no encontramos más que una hoguera que chisporroteaba aún alegremente, y en cuyas cenizas se asaban unas cuarenta patatas. Los que pasaron cerca arramplaron con ellas, y continuó la persecución.

En la conjunción de un sendero que conducía a Autrecourt perdimos de vista el rastro de los franceses; en cambio, encontramos una gran cantidad de mochilas, fusiles, kepis y sables abandonados en el suelo; todo demostraba claramente que el enemigo había pasado derrotado por allí, y que se había desembarazado, para aligerarse de cuanto podía molestarle, a fin de buscar a escape su salvación al otro lado del Mosa.

A eso de las dos llegamos al linde este del bosque de Chenois; a nuestros pies estaba el valle del Mosa, el pueblo de Autrecourt y la aldea de Villers ante Mouzon.

—Mi teniente, allá abajo, en ese parque, hay franceses.

Oculto tras un árbol, observé el parque con ayuda de mis gemelos; unos treinta o cuarenta hombres, vestidos con un raro uniforme negro, tocados con kepis, circulaban en todos sentidos; detrás de un bosquecillo veíase una bandera roja: sin la menor muestra de armas.

—Desde allí, mi teniente, se ve muy bien una bandera en un palacio.

Seguí al que me daba esta noticia, y vi, en efecto, flotante al viento, una gran bandera blanca, en la que se destacaba la cruz roja de Ginebra.

—¡Ah!—pensé,—tenemos frente a nosotros un hospital de campaña francés.

Iba a dar la orden de avanzar tranquilamente, cuando uno de los hombres de la patrulla que había enviado en persecución del enemigo, vino a anunciarme que los franceses, en número de cinco, habían desaparecido en el pueblo de Autrecourt.

La razón nos aconsejaba ser prudentes. Decidí enviar una patrulla hacia el pueblo, con orden de detenerse a unos cien pasos del parque y observar muy atentamente; yo había de seguir el movimiento con el resto de mi sección, basando mi conducta eventual sobre los tiros que pudiera oír.

Todo pasó como lo había previsto; no hubo la menor alerta, y, cuando estuve bien seguro de que todas mis patrullas estaban en sus puestos y acechaban, como zorros, todas las salidas del pueblo, avancé seguido con toda mi línea de tiradores.

Apenas aparecimos en una parte de terreno descubierto, cuando del parque, que se había súbitamente animado, salieron unos cuarenta individuos en dirección nuestra, con la bandera roja al frente. Vi sin dificultad, a pesar de la distancia de unos 600 metros que nos separaba, que aquellas gentes no venían animadas de ningún sentimiento hostil, y dejé que mis cazadores avanzaran tranquilamente.

Los hombres de uniformes negros hicieron lo mismo.

De repente, como si se hubiera tirado una piedra a una bandada de gorriones, se dispersaron en todos sentidos, y los más se volvieron corriendo al parque. Allí se juntaron de nuevo, se pusieron en filas y se dirigieron otra vez hacia nosotros.

Comprendí entonces que hacía un momento hubieron de ser sorprendidos por una de mis patrullas que había avanzado hasta su flanco, y que debieron de asustarse al ver a mis cazadores marchar sobre ellos, con las armas dispuestas a hacer fuego, como lo ordenaba la ordenanza.

Un personaje de muy buen aspecto avanzó hacia mí. Paré inmediatamente a mis hombres; los extranjeros hicieron lo mismo. Pude entonces distinguir claramente que todos llevaban brazales con la cruz de Ginebra.

En un alemán más que extraño, el jefe de la tropa me explicó que tenía ante mí un equipo de enfermeros voluntarios belgas, puestos bajo la protección del derecho de gentes, a los que no se debía hacer prisioneros ni molestar.

Le contesté en francés que todos esos convenios me eran conocidos y que no se le molestaría en manera alguna.

Púsose entonces muy amable, me declaró que era yo el primer alemán que veía tan cerca, me dirigió de paso algunos cumplidos y me dijo que, hasta entonces, se había formado una idea muy distinta de los adversarios de los franceses.

No obstante todas estas protestas de amistad, creí oportuno mandar algunas patrullas al pueblo, y yo fuí al palacio para cerciorarme de que, realmente, no había allí más que heridos.

Conocí al propietario, el Sr. Pasquier, hombre muy afable y muy bien educado, que, con suma amabilidad, me dió todos los informes que deseaba. Cambiamos nuestras tarjetas, y supe entonces que era amigo de unos parientes míos, que vivían en Bélgica.

Siguióse más adelante, durante mi estancia de seis meses en Sedán, una serie de visitas que me permitieron pasar allí, en el seno de su familia, algunas horas muy agradables.

No tardaron en estar de vuelta mis patrullas; no habían observado nada anormal en el pueblo, pero habían visto a los exploradores franceses encontrados antes en el bosque, que atravesaban el Mosa y se dirigían hacia Doncy; no creí que debía permanecer más tiempo en Autrecourt, y, trepando de nuevo por las pendientes del Mosa, me dirigí hacia el Norte sobre Villers, ante Monzon y Petite-Ramilly.

No encontramos ni la sombra de un francés en los bosques próximos a esas localidades, pero el suelo estaba sembrado de equipos y de armas.

Recorrimos también el bosque de Damas y nos detuvimos, en fin, en la granja de Saint-Pierre; vi desde allí que un barranco muy profundo, siguiendo el valle, pasaba junto al molino de Petite-Ramilly.

Me puse a observar más detenidamente con mis gemelos: vi que en aquel barranco, a la salida de Ramilly, había un pesado vehículo enganchado a dos caballos, de los que el uno estaba en pie y el otro echado a través del camino.

Me apresuré a enviar una patrulla, a fin de darme cuenta de lo que pasaba allí; uno de los hombres volvió pronto, y me dijo:

—Ese camino está lleno de furgones, mi teniente; están en fila unos tras otros, varios enganchados todavía; no hay rastro de franceses; es todo un tren enemigo abandonado ahí.

Sin perder tiempo, instalé algunos puestos en las alturas circundantes y despaché unas patrullas al pueblo de Petite-Ramilly y sus alrededores; luego fuí en persona con el resto de mi sección al camino donde estaban los furgones.

Había siete; reconocí por las inscripciones que llevaban que habían pertenecido al tren del 1.er regimiento de húsares franceses. La casualidad había hecho que uno de los caballos del primer furgón cayera y se rompiera un miembro, cuando el coche iba a salir del barranco, mientras que los otros venían detrás. Toda la columna se encontró, pues, bloqueada, pues ninguno de los furgones podía ya avanzar ni retroceder; los

conductores, en su precipitación, ni siquiera habían tenido sangre fría para dejar libre el paso, y se habían limitado a cortar las correas para huir con los caballos ensillados, abandonando a su triste suerte a los otros animales, algunos mulos y todo el material.

Yo quería darme cuenta de lo que podían transportar aquellos furgones: en el primero estaban amontonadas las maletas de los oficiales; algunas estaban entreabiertas y dejaban escapar los objetos que contenían; es de presumir que los fugitivos, antes de huir, habían tenido tiempo, sin embargo, de hacerlas una visita.

Había varias tarjetas desparramadas; cogí algunas que llevaban el nombre de príncipe de Beauffremont, coronel del primer regimiento de húsares; puse también aparte, como recuerdo, el pompón tricolor del coronel; todavía adorna hoy mi gabinete de trabajo.

El coche siguiente contenía calzado, pan en abundancia y ropa blanca.

Hice enganchar el caballo válido, y después de haber hecho que matasen al animal herido y poner a un lado el primer furgón, hice que sacasen del barranco el vehículo. Los otros coches no contenían más que uniformes y una porción de objetos sin ninguna utilidad para nosotros.

Fueron muertos también varios mulos que no podíamos llevar, así como un caballo blanco en malísimo estado; en cuanto al furgón de pan, nuestros cazadores completaron su cargamento con algunas maletas de oficiales, y di la orden de marchar hacia Ramilly.

Creo deber señalar aquí un hecho curioso: nuestra cuarta compañía, que recibió también la orden de dirigirse por el flanco derecho de la división, dió como nosotros con los furgones abandonados; encontró en ellos la enorme suma de unos 90.000 francos, de la que se apoderó.

Este dinero pasó a las cajas del Cuerpo de ejército; correspondió una parte a nuestro batallón, de la que cada hombre,

cada herido, cada oficial, recibió, si no me engaño, 20 francos, 40 francos, 10 francos, según los casos.

Yo he llevado mucho tiempo mi monedita de oro sujeta a mi reloj; la he llevado hasta Tivernon, cerca de Toury, al Norte de Orleans. Allí la perdí, el 13 de Noviembre, en la cochera del alcalde, con el reloj y la cadena y otros recuerdos.

Volví de Toury, a las pocas horas, con la esperanza de encontrarle; pero fuí recibido por unos coraceros franceses, que me saludaron con sus pistolones, y no volví a ver ni mi reloj ni mi moneda.

. . . . . .

El grueso percherón blanco que habíamos enganchado al vehículo del pan trotaba tan alegremente, que apenas podía contenerle el soldado que le guiaba. El pobre animal, cuyo vientre llevaba varios días vacío, se imaginaba sin duda volver a su cuadra.

Volvió pronto la patrulla que había mandado a lo alto de la colina; me anunció que nuestra división había acampado en la vertiente opuesta a menos de 1.000 metros de nosotros: supe también, por mis exploradores, que el pueblo de Ramilly-sur-Meuse estaba ocupado por fracciones de nuestra 1.ª división.

Decidí enviar noticias mías a mi batallón; en respuesta recibí la orden de volver a mi compañía, lo que hice al punto y de buena gana.

Mi primer deber fue presentarme a nuestro teniente coronel y a los oficiales superiores, muy satisfecho de hacerles contemplar el botín que traíamos triunfalmente.

En todo el batallón resonó un grito de alegría cuando se descargaron, una tras otra, todas las hermosas piezas de pan francés. Los hombres que, desde la víspera por la mañana, no habían tomado más que carne, acogieron aquel pan como el más hermoso de todos los hallazgos.

Cada cual recibió mucho más de lo que necesitaba, y los míos, cuyas mochilas estaban ya llenas, no fueron los que peor salieron en la repartición.

Distribuyóse también el calzado; a mí me correspondió un par de botas, que durante diez meses me hizo un excelente servicio.

Mientras tanto, nuestro jefe de administración había llegado con vino, lo que colmó de contento a nuestros hombres.

Eran las seis y media, poco más o menos, cuando terminó la visita de todas las maletas; halláronse tarjetas y cartas, que guardamos porque nos podían ser de cierta utilidad; luego nos repartieron la ropa blanca, de la que me correspondieron tres lindos pañuelos.

Peor acogida obtuvieron los uniformes y otros objetos del mismo género. Algunos soldados, sin embargo, se apoderaron de ellos, se los pusieron y empezaron a recorrer el campamento vestidos de oficiales de húsares franceses, mientras que otros se disfrazaban de maneras diferentes más o menos grotescas.

Hubo jaleo y baile hasta bien entrada la noche; el regocijo se hizo general cuando llegó nuestra 4.ª compañía, trayendo también con ella las maletas que habían cogido. Desarrolláronse escenas absolutamente teatrales y en alto grado cómicas, en las que no faltaba a la verdad, y no se podía echar de menos, sino el elemento femenino.

No olvidaré nunca a un soldado de la 4.ª compañía que imitaba tan perfectamente a un soldado francés jactancioso, que por poco nos morimos de risa; ni al teniente barón de Aufsess, que, de una manera finísima y satírica, nos divirtió locamente, vestido con el uniforme de coronel francés, que, además, le sentaba a maravilla.

Los otros batallones de la división se habían quedado sin pan, por lo que, naturalmente, recibimos su visita, y pronto nos convertimos en el punto de reunión de todo el vivac; hasta muy tarde continuamos riendo y bromeando.....

.....

A menos de 800 metros de nosotros, en Ramilly, estaban reunidos los heridos llevados después de la batalla. Entre ellos

se encontraba mi primo, el barón Donnersberg, del 4.° batallón de cazadores.

Ignoraba yo por complelo su presencia en aquel lugar, y, cuando más adelante quise visitarle, había muerto ya, y no pude hallar sino su tumba.

¿No es esto una imagen palpitante de la guerra? De un lado, la alegría; del otro, la tristeza y el duelo; «hoy, fresco y rosado», como dice la canción; «mañana, muerto»; tal es la suerte de la guerra; hoy las alegres veladas de Ramilly, mañana las lágrimas derramadas sobre los compañeros muertos en la batalla.

¿Y no es una dicha para la mayoría de nosotros no conocer lo porvenir, por favorable que sea? ¿No es una obligación para nosotros el ocultar a nuestros hombres todas las eventualidades posibles, y mantenerles constantemente en bueno y alegre humor?

Muy bien lo comprendía así nuestro teniente coronel, guerrero incomparable, que sabía siempre cerrar los ojos cuando sus hombres, fuera del servicio, se ponían un poco más alegres que de costumbre, y más exuberantes de lo que hubiera permitido algún sér neurasténico o gotoso.

Cerró los ojos en Ramilly, como en otras partes, lo que no impidió que sus cazadores le probasen al día siguiente, en Bazeilles y en la Moncelle, que, cuando era preciso, podía contar con ellos.

Y tan verdad era esto, que después de la campaña, cuando quería hablar alguien de una tropa escogida, citaba siempre a los cazadores bávaros, y, entre éstos, a los del 1.er batallón, los del batallón de Schmidt.

VI

La batalla de Sedán (1.° Setiembre 1870)

Si me fuese permitido comparar las batallas con edificios o paseos, diría que la batalla de Sedán, en su grandeza, podía

parecerse a un palacio suntuoso, ornado con los más valiosos objetos de arte, rodeado de magnificentes parques.

Las batallas de Loire se parecían más bien a esas minas que se extienden hasta perderse de vista bajo las montañas, y que, por la potencia de las máquinas que encierran, son la brillante prueba de la superioridad del género humano.

El recuerdo de Sedán, sublime, está, en cierto modo, impregnado de alegría y orgullo; el de Loigny, de Orleans y de Beaugency es grato también, pero mezclado, no obstante, de horror.

¿Quiere esto decir que no hubo en Sedán algunas escenas abominables? No, y harto lo sabemos nosotros, los que estuvimos en Bazeilles, en la Moncelle y en las alturas de Daigny; otros tantos recuerdos que se me presentan como espantosas imágenes en medio de otras, como podría aparecérseme el infierno de Rubens, en medio de algunas de esas magníficas obras maestras que no se olvidan nunca, gracias a su belleza sublime, como la *Madona della Sedia*, de Rafael; la *Santa Magdalena*, del Tiziano; la *Cleopatra*, de Guido Reni, y otros cuadros de Perugino, Andrea del Sarto y Tintoretto.

He visto muchas de esas obras de los grandes maestros en el palacio Pittí, de Florencia, deliciosas como las que acabo de nombrar, o terribles como la *Infiel*, de Mazzolini.

Así se me aparece la batalla de Sedán, soberbia, llena de arrogancia y distinción.

. . . . . .

Estábamos en pie desde el amanecer, y muy bien dispuestos, como si hubiésemos presentido los triunfos que íbamos a alcanzar. No se había disipado aún la noche cuando ya habíamos oído relatos de los combates de la víspera, librados por los batallones de cazadores 4.° y 9.°

No tardamos en saber que Bazeilles y las alturas circundantes estaban ocupadas por importantes tropas enemigas; en Bazeilles había Infantería de Marina, tropa selecta que, ciertamente, no nos cedería con facilidad el paso.

Supimos también, por oficiales de órdenes y por ayudantes, que se trataba hoy, para nuestros enemigos, de una lucha por la vida, y que iban a jugar la última carta. En cuanto a nosotros, nuestra misión era batirlos, derrotarlos para siempre y arrojarlos al otro lado de la frontera belga, a fin de hacerlos inofensivos y alejarlos definitivamente del teatro de la guerra.

¿Podíamos esperar entonces que íbamos a hacer más que esto, y que los llevaríamos prisioneros con armas y bagajes? Ciertamente que no; muy lejos estábamos de sospecharlo en la mañana del 1.° de Setiembre, y he de añadir que aún no lo sabíamos en la noche misma de la batalla.

La intención de los franceses era abrirse un paso hacia Metz, y dar la mano al mariscal Bazaine.

El camino de Sedán a Metz pasa por Bazeilles. Los bávaros debíamos apoderarnos de aquella localidad, así como de sus alrededores, y mantenernos allí hasta que los prusianos de los cuerpos 5.° y 11.° hubieran logrado coger al enemigo de flanco y cerrarle el paso del Oeste; mientras tanto, nuestro segundo cuerpo, la Guardia, el 4.° cuerpo prusiano y los sajones debían dirigirse al Este y al Sur, a fin de que no le quedase al enemigo, sino una línea de retirada posible, la del Norte, hacia Bélgica.

Y podíamos decir, por adelantado, que nuestra participación en la batalla iba a ser de las más importantes, puesto que íbamos a tener que resistir victoriosamente, cosa nada baladí, el choque de todo un ejército impulsado por la desesperación. Pero sentíamos que nos encontrábamos a la altura de nuestra misión; habíase exigido ya tanto de nosotros, que habíamos salido engrandecidos. ¿No habíamos ya demostrado lo que sabíamos hacer, en Wörth y en Beaumont, y no estaba allí el general von der Tann, el cual tenía que salir infaliblemente bien de cuanto emprendiera?

En filas, no conocíamos nada de la magnífica organización de aquella batalla de gigantes; no sospechábamos la minucio-

sa precisión con que Moltke, aquel maestro de estrategia, sabía llevar al combate a los regimientos en el momento preciso; en nuestro reducido valle de Ramilly, no sabíamos nada de la colocación que podían tener los otros cuerpos de ejército.

Pero lo que sabíamos era que el veterano general Moltke, así como su Estado mayor, tenían en su mano todas las tropas; que no las abandonarían en combates superiores a sus fuerzas, y que, si se hacía necesario, vendrían en nuestra ayuda los prusianos, aun cuando no pudiéramos verlos.

Y en Sedán se comportaron como en el Loire, acusando así una fraternidad de armas que se repitió en todos los campos de batalla de Francia, y que deberá perpetuarse en lo futuro.

El 1870 fue la confirmación de que prusianos y bávaros podían tener mutuamente confianza.

Había niebla aún en el valle en cuyo fondo habíamos acampado cuando después de haber apagado nuestras hogueras, nos equipamos, en espera de la orden de ponernos en marcha.

Un mismo pensamiento animaba a toda la tropa, desde el más antiguo de los oficiales al más joven de los soldados; todo el mundo estaba serio y tranquilo; cada cual se apercibía en silencio.

Los hombres ajustaban su correaje, soplaban en las luces de sus fusiles para darles aire; uno ensanchaba la cápsula de un cartucho, a fin de poder ponerlo más fácilmente sobre el pistón; otro probaba el resorte; un tercero desprendía su bayoneta para poder desenvainarla pronto. Los oficiales se orientaban en sus planos, armaban sus revólvers; y más de uno, en aquellos momentos, daba instrucciones a un compañero, para el caso de una desgracia posible.

Por mi parte, terminé pronto mis preparativos; habíame entendido desde hacía tiempo con mi mejor amigo, el teniente

Schmeckenbecher, y habíamos convenido la manera de comportarnos mutuamente, en caso de accidente.

Poseíamos uno y otro las señas de nuestros padres respectivos, a fin de poderlos prevenir; además, debíamos coger y conservar los recuerdos del que sucumbiera, para entregarlos a los supervivientes, que ciertamente habían de tenerlos en mucha estima.

No nos quedaba ya nada más que limpiar nuestra conciencia, a fin de poder presentarnos al Soberano Juez, si así había de ser.

Pero debo decir que ni esta preocupación nos atormentaba nada: un bravo soldado, que cae en el cumplimiento de su deber, no debe temer que «allá arriba» le pidan cuenta de sus pecados.

Como lo afirma la antigua creencia militar, la sangre derramada en el campo de batalla borra todas las manchas, incluso las que pudieran sombrear nuestra conciencia.

Habíamos también considerado el caso en que muriéramos ambos, y llevábamos las señas de aquellos a quienes cualquier compañero debía hacer presente que habíamos cumplido hasta el final con nuestro deber.

Afortunadamente, no fue necesario nada de esto: Schmeckenbecher volvió a su casa sin haber recibido la menor herida; fue, sin embargo, uno de los raros oficiales que siempre estuvieron en primera línea en los combates dirigidos por von der Tann, uno de aquellos bravos que recibieron como recompensa la orden del «Mérito Militar», la cruz del «Mérito Meklemburgués» y la «Cruz de Hierro».

Veinte años después murió de enfermedad; en cuanto a mí, tuve un brazo roto, pero esta herida nunca puso en peligro mis días; ni siquiera quedé lisiado, puesto que hoy todavía me sirvo cómodamente del miembro herido, aunque le tenga algo más corto que el otro y un poco torcido...

....

Eran las cuatro y media de la mañana, cuando escuchamos

los primeros cañonazos; era nuestra artillería que había ocupado posiciones en las alturas al Oeste de Ramilly, y que, gracias al combate de la víspera, conocía exactamente la distancia que la separaba de Bazeilles; había podido, pues, abrir el fuego, a pesar de la densa niebla que envolvía aún por completo todo el valle del Mosa.

Nosotros pudimos ponernos en camino a eso de las cinco; formábamos la punta de la segunda división, con la que cruzamos el Mosa sobre puentes que los ingenieros habían colocado durante la noche al Nordeste de Ramilly. De noche era todavía cuando se dislocó la primera división.

Ninguna estrella brillaba en el firmamento; el cielo estaba nuboso; como persistía la niebla, hubo que poner linternas en las puntas de algunos fusiles para señalar las cabezas de las compañías.

Paramos en un prado a fin de desplegarnos en orden de batalla. Ante nosotros se oía con violencia el fuego de la infantería, al mismo tiempo que tronaban algunas piezas.

Ahora estábamos seguros de que la primera división había debido de penetrar en Bazeilles.

Entre nosotros reinaba el silencio de la espera; llegó un oficial y entregó una orden a nuestro jefe.

Este se volvió y exclamó con su voz sonora:

—¡Hijos míos! (así nos llamaba desde Beaumont), el momento es serio. Estoy cierto de que haréis cuanto es humanamente posible. Portaos como en Beaumont, y estaré orgulloso de vosotros. ¡Adelante por el rey y por la patria, adelante!

Tales fueron, poco más o menos, sus palabras, que nos llegaron derechamente al corazón.

Un oficial de la Landwer, que estaba a mi lado y conocía poco aún a nuestro jefe, me dijo:

—Nunca hubiera creído que este hombre tan frío, tan huraño de ordinario, pudiese inflamaros como lo acaba de hacer con sus palabras y con su ejemplo.

Y era verdad; sabía cautivarnos hasta el punto de hacernos

ir, con el corazón ligero, hacia una muerte cierta; comprendía tan bien el sentimiento del honor militar y de la bravura, que se cumplía con el deber con todo el entusiasmo de que se era capaz.

Era un guerrero en toda la extensión de la palabra...

.....

El batallón avanzó en filas cerradas. De pronto se disipó la niebla, y apareció ante nosotros un riente paisaje.

Todos se empinaron entonces para ver lo que pasaba.

Atravesamos la línea férrea, nos dirigimos hacia el parque tan pintoresco del castillo de Monvillers, al Norte de Bazeilles.

¿Cuáles eran los pensamientos que, durante esta marcha, hacia adelante, podían animar nuestros espíritus?

A deciros verdad, eran pocos; ¡estábamos tan emocionados, teníamos tantas cosas que ver!, y además, el fuego, cada vez más furioso, de los cañones y de las ametralladoras, el ruido de la fusilería, nos ensordecían y acababan por aniquilar nuestros sentidos.

«¡A la gracia de Dios!» Tal era, probablemente, el pensamiento dominante de cada uno de nosotros.

Cruzamos la carretera de Carignan a Sedán.

—¡ Atención a esa rama que cae!—gritó alguien. Era, en efecto, una rama tronchada por una granada; ni siquiera la oímos crugir, por el estrépito que reinaba a nuestro alrededor.

Vimos marchar adelante la batería de Sigmundo para tomar posiciones en una altura, al Este del Moncelle, al lado de una batería de la primera división.

—¡Columnas de compañías por intervalos! Las 2.ª y 4.ª a la cabeza. Dirección: el ángulo Norte del parque de Bazeilles.

Las compañías de cabeza tomaron el paso gimnástico; las otras (1.ª y 3.ª) siguieron.

—¡Demontre! Todo el parque está ocupado por los franceses. ¿Oís el ruido que hacen ahí dentro?

¡Hola! nos alcanzó una primera granada y cayó en medio de nosotros con un ruido sordo, sin estallar oportunamente.

Luego cayó otra.

—¡Cuidado!, echaos a un lado, está humeando.

Estalló formidablemente; brotaron relámpagos a derecha e izquierda entre una nube de humo; un soldado cayó de bruces, dió una vuelta y quedó inmóvil; otros dos rodaron con las piernas rotas; varios recibieron heridas más o menos graves.

—¡Apretad filas! ¡Haced que salgan los camilleros! ¡Adelante, cazadores, paso de carga!

Las compañías siguieron; pasábase sobre los compañeros caídos, tropezábase en los muertos... ¡Qué importa! Ya no sufrían. He aquí que ya las primeras líneas de tiradores se lanzaban al asalto con «hurrahs» frenéticos. Como en Beaumont, ni siquiera habían tenido tiempo de preparar con fuegos preliminares aquel vigoroso ataque; salió bien, sin embargo, y todo el mundo siguió.

Pero he aquí que el parque está rodeado por un foso de un metro cincuenta poco más o menos, cuyos bordes están amurallados. No es esto para detener a los cazadores bávaros, un salto para bajar, dos pasos en el foso, las manos en el borde opuesto, otro salto, y ya están nuestros bravos al otro lado.

Sin embargo la infantería de marina no huye. ¿Es que no tiene suficiente espacio tras ella? No se mueve de su puesto hasta que nosotros llegamos frente a frente.

Los desgraciados, ni siquiera tienen tiempo de cargar sus fusiles; éste cae, con el cráneo roto por una culata bávara, antes de que pueda cerrar su chassepot; aquél pierde la vida, atravesado por una bayoneta; aquel otro no consiente en soltar su fusil, agarrado nerviosamente, hasta que uno de los nuestros saca un cuchillo; un oficial, que acaba de desarmar a uno de nuestros hombres, muere estrangulado, como un zorro cogido por un lobo.

En pocos minutos, toda la linde del bosque era nuestra.

Las compañías 2.ª y 4.ª tomaron entonces la dirección de Bazeilles, las 1.ª y 3.ª las de Moncelle, unido con el parque por el Norte.

Hubimos de repasar el foso que acabábamos de franquear, y seguimos su borde, apresurándonos todo lo posible. Más de una bala silbó en nuestros oidos. Llegamos por fin a espaldas de un muro.

—¡Alto! descansad un instante.

—Va a ser preciso que todas las compañías se dirijan hacia esas casas, al interior de Moncelle, para marchar desde allí a las alturas del Norte de Bazeilles.

—Comprendido, pero eso va a obligarnos a cruzar la carretera.

—Mi capitán, allá abajo, a menos de seiscientos pasos de nosotros, veo varias baterías francesas.

—Sí, ¿pero tiran sobre nosotros, o sobre nuestra artillería?

—Todavía no nos han visto.

—Pues bien, entonces, a la carrera, detrás de esa casa alta, que me parece desocupada.

Atravesamos por secciones el vasto espacio que de ella nos separaba; íbamos de prisa, pero los franceses iban más de prisa todavía; en cuanto la cabeza de una sección aparecía en el camino, hacían fuego con sus malditas ametralladoras. Estas, de ordinario, no valían nada; pero eran por extremo prácticas en momentos como aquél; allí no era necesario apuntar; bastaba mantenerlas en la dirección tomada y girar la manivela.

Algunos tiros quedaban demasiado cortos, rebotaban en el duro suelo, y nos llegaban al vientre con arena y tierra.

La cosa no tenía nada de agradable.

Nuestras primeras secciones habían tenido relativamente suerte, porque el tiro de los franceses no había adquirido aún la distancia exacta; pero no fue lo mismo para las que siguieron, y la mía era la penúltima.

Nuestros hombres parecían aterrados.

Para animarlos, me dirigí en persona y al paso hasta en medio del espacio abierto, me erguí cuanto pude y di la orden de avanzar.

Debo añadir que mi acción no era extraordinaria, porque

yo era para los franceses un blanco harto insignificante, solo en aquel lugar; pero logré excitar así a mis hombres, que en aquel momento reflexionaban más o menos, y prontamente toda la sección pasó. Hasta el gordo R..., que era el más perezoso de la bandada, corrió como un galgo.

¡Qué buena suerte tuve! De toda mi sección solamente cayó un hombre, alcanzado por dos balas que le atravesaron la mochila; quedó inmóvil.

Pero cuando cesó el fuego de los franceses se levantó, y de un salto estuvo detrás de la casa que nos protegía. No tenía más que una herida superficial, de la que curó pronto; así, pues, el peligroso paso no me costó ningún hombre.

No ocurrió lo mismo con las otras secciones, que perdieron unos doce, bien muertos éstos, alcanzados por 15 y 20 balas y atravesados de parte a parte.

Teníamos ahora que llegar a las casas más alejadas del pueblo, que se hallaban al pie de la altura.

Hombre por hombre, corríamos de un lado a otro.

Quien hubiera observado, no hubiese creído nunca que aquellos ágiles mocetones eran nativos del Allgau, del Pfront, del Hinterlangental y de los altos Alpes. No ofrecían señales de aquella flema tan característica de las gentes montañesas.

No pedían todos otra cosa que seguir adelante hasta encontrar un buen sitio desde el que pudiera verse bien; tenían el mismo pensamiento que su compañero Richard, un individuo de Allgau y uno de mis mejores soldados. Richard decía:

—Si no encuentro un sitio en el que pueda tumbarme para tirar a gusto sobre todos los franceses que se presenten, la batalla no tendrá ningún encanto para mí.

Pronto hallamos en abundancia sitios de ese género.

Al otro lado del valle, a unos 400 pasos de nosotros, a una veintena de metros de la cresta, una trinchera bordeaba la vertiente de la colina; estaba ocupada por tropas de infantería; en la altura estaba la artillería, que arrojaba, por encima de aquéllas, granadas y schrapnels.

Los oficiales no nos preocupábamos mucho de las primeras, de las que apenas estallaba la mitad, y menos todavía de los schrapnels, que reventaban en los aires a demasiada altura y no podían hacernos ningún daño. Pero no les ocurría lo mismo a nuestros hombres, a los que impresionaban mucho aquellas masas que caían al suelo, esparciendo en todos sentidos arena y piedras.

Las balas de los chassepots eran mucho más de temer.

El que las recibía no prevenía su llegada; pero de pronto parecíale que le arrancaban las entrañas; caía, desgarrado por atroces dolores, y no dudaba ya de que se hallaba mortalmente herido. Otros no sentían más que una ligera picadura; pero inmediatamente, la sangre se les subía a la boca; tenían el pecho atravesado. Había algunos que, en su carrera, caían pesadamente como si hubiesen tropezado con algún obstáculo invisible. En cuanto a los heridos en el corazón o en la cabeza, caían y no hacían ya movimiento alguno.

Así murió como héroe nuestro bravo teniente Ulmer, con una muerte digna de ser cantada por un poeta.

La 4.ª compañía echaba de los boscajes, al Sur del parque de Montvillers, todo lo que aún había allí; avanzaba de fronda en fronda, llenando el aire de alegres hurrahs.

Entre la linde del bosque y el camino de Bazeilles, cerróle el paso un ancho foso.

Ulmer iba a unos ocho pasos delante de la sección; cuando vió el foso, tomó impulso, y de un salto formidable, con el sable en alto, un hurrah en los labios, pasó al otro lado.

No había contado con el pérfido pedacito de plomo que, mientras que saltaba, recibió en pleno corazón. Cayó de golpe y no volvió a moverse: su mano empuñaba aún el sable que dirigía hacia el enemigo; su boca estaba abierta para seguir gritando; ¡ay! no había de cerrarse más.

Caer como Ulmer es bello y digno del proverbio latino: *Dulce est pro patria mori.*

. . . . . .

Para nosotros empezaba ahora la parte más ruda de la jornada. Los franceses habían reforzado su línea de infantería; nosotros mismos habíamos atraído, poco a poco, a nuestra cadena de combate a los regimientos 3.° y 12.° A las nueve, toda nuestra brigada ocupaba una sola línea de tiradores, que hacían fuego todo lo que los fusiles podían dar de sí, sobre los franceses, detenidos a unos 360 pasos de nosotros.

Por nuestra izquierda combatía toda nuestra 1.ª división, que disputaba al enemigo las casas de Bazeilles; algunas secciones de nuestra 4.ª compañía se habían unido a ella. En este momento, las primeras piezas de nuestra artillería divisionaria lograron, afortunadamente, establecerse cerca de Moncelle, prestando así mano fuerte a la débil batería de Sigmundo, que ya no podía más, aniquilada por el fuego próximo de seis baterías francesas. Quedamos así libres de los obuses que nos lanzaban los cañones enemigos, ocupados ahora en defenderse contra nuestra artillería.

Amparados por ella, pudimos acercanos a unos 280 pasos de los franceses, colocarnos en un foso y, desde allí, tirarlos sin interrupción.

—No lo entiendo—me dijo de pronto Lang, uno de mis cazadores, que estaba tumbado junto a mí y apuntaba con la mayor calma;—tres veces he tirado sobre ese individuo cuyo kepis mire usted brillar, y no acierto a darle.

—Dame el fusil—le contesté;—apenas está a trescientos pasos, tengo que darle.

Apunté lentamente y tiré: nada se movió; no sabía yo si había acertado.

—¿Has visto adónde ha ido el tiro?

—No, mi teniente.

—Quizá ha sido demasiado alto; voy a apuntar más bajo.

Tiré de nuevo.

—Mi teniente, esta vez ha sido demasiado corto.

—Así lo pienso yo también; he tirado más bajo de lo largo

de una mano; pero entonces el tiro anterior debió de ser bueno. Dame otro cartucho.

Tiré, nada cayó.

—¡No lo entiendo!—exclamé.—Debe ser un oficial; un kepis de soldado no brilla así.

—Prueba otra vez, Lang; observaré con los gemelos.

Tiró el soldado, vi la bala dar exactamente, pero el francés no se movió.

—Ya sé lo que es, Lang. Ese mozo está muerto desde hace tiempo; elige otro.

Aquella misma noche, después de la batalla, mi hombre fue a enterarse; encontró a un teniente francés cuyo cráneo estaba atravesado por cinco o seis balas.

Habíamos, pues, apuntado bien, pero en pura pérdida desde el segundo tiro.

—El capitán manda a decir a mi teniente que marche con la tercera sección camino de Daigny, y éntre en contacto con la 1.ª compañía, que ya ha salido en esa dirección.

Silbé; unos seis soldados me oyeron; les di la orden de reunirse detrás de una casa que les indiqué, y que lo dijeran a sus compañeros de derecha e izquierda.

Se reunieron uno a uno; a los diez minutos podía ponerme en marcha con una treintena de hombres. Los que no acudieron a mi orden estaban muertos o heridos.

Avancé prudentemente; a eso de la una y treinta llegué a Petite-Moucelle sin haber encontrado ni a la 1.ª compañía ni al enemigo; así es que empecé a ponerme de muy mal humor.

¿Dónde estaba aquella 1.ª compañía? ¿Había de ser yo el que marchara en su busca, en vez de quedarme con mis compañeros, batirme con ellos contra el enemigo y derrotarle después entre hurrahs?

Continuamos la marcha. De vez en vez, alguno de mis soldados se entretenía en tirar sobre algún francés que asomaba al otro lado del valle. No se lo impedía.

Atravesé el Givonne, registré la fundición de Daigny, la granja de la Rapaille, pero en vano. Ni la sombra de un francés, ni rastro de la 1.ª compañía.

Llegamos a Daigny, encontré sajones, pero no la 1.ª compañía. Fuí más adelante, hacia Haybes; observé, durante el trayecto, que el combate en la altura de Daigny, después de haber calmado un poco, recobraba bríos.

Fue una suerte para mí que no me alcanzase ninguna bala en aquel momento, porque iba jurando en mi interior tan formidablemente, que, sin duda alguna, San Pedro me hubiera dado con la puerta en las narices, si me hubiese presentado de tan mal humor en el umbral del paraíso.

Llegué al fin a Haybes; mi punta encontró por azar la de un batallón sajón del regimiento 101; así como unas patrullas de un batallón de cazadores de la Guardia prusiana. Pregunté a un oficial adónde iba.

—Vamos a tomar por asalto esa altura—me contestó.

Se acercó un teniente sajón.

—¿Qué se va a hacer, querido compañero?

—Apoderarnos de esa altura; debe haber en ella un ataque general.

Se me había acabado la paciencia: «¡Que el diablo se lleve a la 1.ª compañía!»—me dije.—No la buscaré más.

Y dirigiéndome a mis hombres:

—¡Cazadores! Los sajones van a subir al asalto a esa altura, iremos con ellos.

—¡Bien por nuestro teniente! ¡Adelante, adelante!

Vi venir a un jefe de Estado mayor sajón, a caballo.

—Mi coronel—le dije,—estoy encargado de buscar una compañía de mi batallón, pero no la encuentro en ninguna parte. Permítame tomar parte con mis cazadores en el asalto que se va a dar. Me llamo Tanera.

—Con mucho gusto, mi querido compañero; soy el coronel Schimpff.

—Mil gracias, mi coronel. ¿Dónde he de ponerme?

—Aquí, a la izquierda de la sección de vanguardia.

—A sus órdenes, mi coronel.

Me dirigí a mis hombres:

—Vamos, cazadores. Demostremos a los sajones y a la Guardia prusiana cómo saben conducirse los cazadores bávaros. ¡Adelante!

Fue una verdadera alegría. Estábamos desplegados en guerrillas al lado de la vanguardia sajona.

Mi sargento mayor, Renner, había desenvainado su sable, y, a pesar de su edad, habíase lanzado muy de prisa al frente del ala izquierda de la sección, mientras que el sargento Kisling tomaba el ala derecha; yo conservé a mi lado a los cornetas Mathes y Spät; trepamos así por las abruptas pendientes con la mayor facilidad, como estábamos habituados a hacerlo en los Alpes.

Pero lo que había sido para nosotros un juego de niños (ni siquiera había rocas), fue para los sajones una grandísima dificultad, a pesar del ardimiento de que dabau pruebas; lo mismo les sucedió a los cazadores de la Guardia prusiana, guapos y robustos mozos, y a los granaderos del regimiento «Emperador Franz», igualmente de la Guardia.

Es que en su país, llano, no habían tenido ocasión de trepar a menudo, mientras que nosotros encontrábamos ya, en las proximidades de Kemplen, murallas de más de 160 pies de altura; podíamos, en el trascurso del menor servicio de campaña, tener que escalar, a orillas de Iller, montañas de 3.000 y 4.000 pies.

¡Cuántas veces había hecho yo la ascensión del Stuiben, de 7.000 pies, como simple paseo de tarde!

¡Y el Grüntenberg, y el Hauchenberg, y el Marienberg, y el Pfänder, sencillas excursiones para mí!

Lo mismo les ocurría a mis hombres; el tiempo de contar tres, y ya estábamos arriba; los primeros disparos partieron de los «Podevils», y fueron hechos por mis cazadores, cosa de la que siempre he quedado orgulloso.

Los otros no tardaron en juntársenos; apenas tuvieron tiempo de respirar cuando todos reanudábamos la marcha. Y os ruego que creaís que los cazadores no eran los últimos; así lo reconocieron luego los sajones.

Caímos tan de prisa sobre los franceses, que ni siquiera tuvieron tiempo de tirar; la tempestad que se les venía encima les hizo perder la cabeza. Rindiéronse en gran parte, los otros huyeron, la altura estaba tomada.

*
* *

Tuve entonces una suerte extraordinaria; a mi izquierda, no lejos de mí, percibí el borde superior de una de esas canteras tan abundantes en la región.

Miré; estaba llena de franceses; los desgraciados, sorprendidos, no podían salir; la sola salida les hubiera conducido al valle, es decir, a nosotros.

Envié al punto a algunos hombres al lugar aquel, con orden de tirar sobre los que trataran de evadirse; luego me asomé con los otros hombres al borde superior de la cantera, y grité:

—¡Rendíos!

Algunos no quisieron obedecer en seguida, pero prontamente fueron vueltos a la razón por sus oficiales cuando vieron asomar los cañones de los fusiles de mi tropa.

Declaráronse prontos a rendirse.

No me quedaba más que hacerlos prisioneros, cosa que podía realizar, puesto que allá arriba ya no me necesitaban; el combate parecía terminado, y no juzgue útil tomar parte en la persecución de los franceses que huían a todo escape.

Hice que algunos de mis hombres se quedasen en el borde de la cantera, y vigilaran a los que en ella estaban encerrados.

—Si observáis que están decididos a resistir—les dije,—tirad, pero solamente en este caso. ¿Habeís comprendido?

—Sí, mi teniente.

Corrí, con la mayor parte de mi sección, abajo, a la salida, en donde estaba ya el tercio de mis hombres.

Luego dije a los franceses que se me acercasen sin armas, y les hice salir uno tras otro.

¡Qué gozo! Seguro estoy de que el general von der Tann no experimentó el mismo sentimiento de orgullo cuando ganó la primera batalla de Orleans, que yo aquel día, cuando reuní mi tropa de prisioneros, compuesta de cuatro oficiales y setenta y uno clases y soldados.

Mis cazadores también rebosaban satisfacción; nuestra misión había terminado; allí estaban los franceses, vencidos, rodeados solamente de dos sargentos, dos cornetas y veintiún cazadores del primer batallón bávaro.

Tomé los nombres de todos, y los inscribí, a fin de poder dar cuenta; cambié mi tarjeta con los oficiales e hice que les devolviesen los sables que habían dejado en la cantera.

Debo decir que tales oficiales y sus hombres se condujeron en aquellas circunstancias de una manera perfecta; indudablemente, los primeros debían tener a sus soldados en la mayor disciplina, porque éstos se comportaron de la manera más digna, obedeciendo ciegamente a sus jefes. Aquellos franceses tenían derecho a toda nuestra consideración; habíanse mostrado, en la adversidad, como hombres que saben soportar animosos el destino desgraciado.

Los nombres de los oficiales eran los siguientes: capitán Lacomer, capitán Langlois, teniente Santiago Bolyert, subteniente Eduardo Bolyert; estos dos últimos eran hermanos. Todos pertenecían, así como los sargentos, cabos y soldados, al regimiento 55 de línea.

Ya no tenía más que hacer sino despedirme de los sajones.

No me costó trabajo encontrar al coronel Schimpff, que me había autorizado a tomar parte en el asalto; le pedí que se sirviera certificarlo por escrito, a fin de poder dar cuenta de ello a mi regreso al batallón; me estrechó ambas manos,

y no se cansaba de felicitarnos; otros oficiales sajones y prusianos me demostraron también su más sincera admiración.

El coronel me entregó su tarjeta, con unas frases amables, y me pidió la mía en cambio. Se la di, pero pienso que hubo de perderla después, y he aquí por qué: en 1875 apareció, en un trabajo del Estado mayor general, la narración de la batalla de Sedán. Lo leí ciertamente con febril atención, como todos los que conmigo asistieron a ella. Hallábase el relato de cierto ataque cerca de Haybes, pero no se me nombraba. En la página 1.254 decíase que a los batallones 1.° y 3.° del regimiento 101 se habían unido, además de los cazadores de la Guardia, una fracción de la 3.ª compañía del 1.er batallón de cazadores bávaros.

Y más adelante, en la pág. 1.257, en una descripción del asalto principal, se decía: «Fracciones del 1.er batallón de cazadores bávaros y de cazadores de la Guardia prusianos se unieron al ataque.»

Esto era todo. ¡Oh, cuánto hubiera dado por que se dijese, por ejemplo: «Fracciones del 1.er batallón de cazadores bávaros, mandados por el teniente Tanera, y cazadores de la Guardia prusiana, etc...»

Con gusto me hubiera dejado cortar por los franceses dos o tres dedos de la mano, con tal de que mi nombre estuviese en el trabajo del Estado mayor, en el que figuran tantos otros que no han hecho más que yo. Pero el coronel Schimpff perdió mi tarjeta, y supongo que por esto no me nombró en su relato.

No me tildes de orgulloso, querido lector; ¿no le está permitido serlo un poco a un soldado cuando tiene la sinceridad de reconocerlo?

Despedíme, pues, cortésmente de los prusianos y de los sajones, y volví a mis cazadores, así como a mis prisioneros.

Nuestra alegría era tanto más completa, cuanto que en todo este episodio no habíamos tenido más que un herido leve; eran las cuatro y media; el combate había cesado al Norte

de Sedán; no se oían más que algunos cañonazos al Sur y al Oeste.

Tomé el camino de Moncelle, sin grandes precauciones, y pasé por Daigny con mis prisioneros.

Eran las cinco y cuarto cuando llegamos a la plaza de Moncelle, que hubimos de atravesar por la tarde, bajo el fuego tremendo de las ametralladoras. Presentaba ahora una animación extraordinaria; toda nuestra brigada estaba reunida allí; los soldados cocinaban como podían; los comandantes y capitanes redactaban sus partes; los ayudantes y sargentos primeros hacían la lista de las bajas, y los tenientes charlaban y se contaban las escenas vividas.

Mi primer cuidado fue ir a presentarme a mi jefe, el capitán Zimmer; pero supe con pena que estaba en la ambulancia gravemente herido.

Le había reemplazado en el mando de la 3.ª compañía mi antiguo amigo el teniente primero Zu-Rhein.

Inútil decir que hice gran sensación con mi tropa de franceses; la brigada apenas había hecho prisioneros, y así se reservó a los míos la más calurosa acogida.

Nuestro teniente coronel, al que me presenté, entregándole la tarjeta de su colega sajón, me prodigó muchas felicitaciones, así como a mis soldados, quedando todos nosotros muy satisfechos.

Los cuatro oficiales franceses fueron invitados a compartir nuestra modesta comida; en cuanto a sus hombres, fueron los huéspedes de los nuestros, que les atendieron de la manera más cordial.

Poca cosa teníamos que ofrecerles, pero no por falta de buena voluntad.

Después las conversaciones versaron sobre los acontecimientos de la jornada; supe con mucho sentimiento que habíamos tenido grandes pérdidas por nuestra parte; así nuestro alegre compañero, el barón de Aufsess, que la víspera nos había divertido tanto, disfrazado de coronel de húsares france-

ses, se encontraba bastante gravemente herido en el castillo de Moncelle. Corrí en seguida impaciente por verle; tenía un pie completamente destrozado por un balazo, hasta el punto que más adelante tuvo que dejar el servicio. Perdimos en él al mejor compañero de nuestro batallón; visité también a uno de mis amigos de la Escuela de Guerra, el teniente Gravéneuth, al cual un tiro había hendido el cráneo; pero no había de morir hasta diez años después, y de una manera bastante desgraciada. Vi también otros heridos transportados a los hospitales de campaña.

Volví a mi batallón, escribí una tarjeta postal a mi casa, contando que había asistido a una nueva batalla, y luego fuí a conversar de nuevo con los oficiales franceses.

Aún no conocíamos nada del resultado de la batalla.

Era cierto que habíamos sido victoriosos en Bazeilles, Moncelle, Daigny, Haybes, y que habíamos tomado las alturas circundantes, en las que nuestros cañones, detrás de nuestras vanguardias, miraban a Sedán con aire amenazador.

Pero ignorábamos por completo lo que había ocurrido al Oeste de nuestra posición; nada grave seguramente, porque de otro modo, nos hubieran venido a buscar para marchar sobre Sedán.

El profano no comprende hasta qué punto sabe poco el oficial de filas, de lo que ocurre en una batalla; no conoce más que lo que ve; es decir, casi nada. Otra cosa ocurre en las maniobras, porque allí les indican de antemano todas las condiciones del combate, porque los frentes son menos extensos, los efectivos menos importantes y las críticas se apresuran a ponerlos al corriente.

Cuando más adelante fuí oficial de órdenes, pude darme cuenta de las situaciones generales; pero como jefe de sección no sabía nada, y tenía que atenerme ciegamente a la autoridad superior.

Pasamos la noche los cuatro oficiales franceses y yo en la sala de billar de un cafetín del pueblo.

Al amanecer estábamos en pie.

Entonces fueron llegando una a una las noticias de nuestra victoria.

—El ejército enemigo está completamente envuelto—nos anunciaron primeramente.

—Si no se rinde, será aniquilado—nos dijeron después.

—El Emperador Napoleón está con él.

—No es posible.

—Así es. Y hasta ha enviado a uno de sus generales al rey de Prusia, para entregarle su espada.

—La Guardia y los cuerpos 5.° y 11.° han cortado a los franceses el camino de Bélgica.

—Entonces se van a ver obligados a entregarse todos.

Y así ocurrió.

Supimos, en efecto, durante la mañana, que todo el ejército francés, con el Emperador a la cabeza, había depuesto las armas y se había rendido al ejército alemán victorioso.

Lector, si no has tenido la fortuna de combatir con nosotros en Sedán, no puedes comprender el sentimiento de bien legítimo orgullo que experimentamos al tener esta noticia; pero tú, compañero que fuiste nuestro, debes recordar cómo latieron nuestros corazones, y todavía debes revivir a menudo aquel instante inolvidable.

.....

En la mañana del 10 de Setiembre tuvimos que cumplir el piadoso deber de enterrar a nuestros muertos, transportar a los hospitales a los heridos abandonados y desembarazar todo lo posible el campo de batalla.

Tuvimos que abrir muchas fosas; en la mayor parte enterramos de diez a doce cadáveres, procedentes de todas las armas al azar. En una de ellas, situada entre Moncelle y el parque de Bazeilles, reposan juntos 500 bávaros. Más adelante hablaré de esa tumba, así como del monumento que se elevó después.

Cuando enterraron al teniente Ulmer, tuve que ir hasta Bazeilles.

¡Qué espectáculo, Dios mío! Nada más que ruinas humeantes, cadáveres medio carbonizados, paredes derrumbadas, árboles cortados, caballos y ganado quemados en las cuadras, charcas de sangre, armas, equipos, muertos.

Ni una casa del pueblecito estaba en pie; solamente lo estaba la casita de campo Bunmann, situada en el exterior, pero acribillada de granadas y balas.

Bazeilles sufrió espantosamente, no sólo por la destrucción de sus casas, sino también por la desaparición de gran parte de sus habitantes que, antes de la batalla, huyeron a Sedán o a otros puntos. Los que se quedaron perecieron en las bodegas y cuevas, quemados o aplastados por los techos que se derrumbaban.

Hubo algunos que tomaron parte en la lucha cegados por la ira; éstos sufrieron la suerte de todos los paisanos que toman las armas sin ser llamados, fueron muertos en el campo de batalla o fusilados después.

Podría relatar aquí escenas bien penosas, pero ¿para qué? Eran el resultado de un fanatismo irreflexivo, cuyas víctimas fueron cruelmente castigadas.

¿Serán más razonables los franceses en la próxima guerra? No lo sé; pero en fin, conocen el precio de su imprudencia.

. . . . . .

A eso de las diez de la mañana tuvimos que separarnos de nuestros prisioneros. Creo que ellos fueron los primeros en lamentarlo. ¿Sabían qué suerte les esperaba en otra parte?

Aquí, por lo menos, les habíamos ayudado a soportar pacientemente su desgracia.

Pasamos otra noche en Moncelle.

Al día siguiente por la mañana partimos de Sedán en dirección de Glaires, en donde nuestro cuerpo de ejército, así como el 11.° prusiano, recibieron la orden de custodiar al ejército francés prisionero en una isla.

Tal fue la parte que tuve el honor de tomar en la batalla más importante de la gran guerra.

Diez y nueve veces he entrado en fuego durante la campaña; he asistido, a orillas del Loire, a situaciones más críticas; pero siempre pienso en Sedán emocionado, en el parque de Bazeilles, en Moncelle, en Haybes; allí alcancé mis mejores laureles, al hacer prisioneros a cuatro oficiales franceses y setenta y uno de sus hombres.

Y estoy orgulloso también de haber tomado parte en una victoria que hizo derrumbarse un imperio, sobre cuyas ruinas se alzó otro, el imperio alemán, «Alemania bajo el emperador Guillermo el Grande».

Fusilamiento de caballos franceses el 9 Setiembre 1870.

Desde el 3 de Setiembre acampábamos ante Glaires, a lo largo del canal que cierra el rizo del Mosa, al Oeste de Sedán.

Montábamos la guardia alrededor de aquellos pobres diablos a los que se había agrupado en una isla, y que esperaban, con la desesperación en el corazón, su vez de formar en una columna que partiese para Alemania.

¡Cuántas desgarradoras escenas se desarrollaron en aquel puente!

Un general anciano, con los ojos llenos de lágrimas, daba su postrer adiós a su Estado mayor, que no podía seguirle. No había querido separar su suerte de la de sus tropas, y prefería compartir el cautiverio que verse libre bajo palabra, y no poder ya asistir sino como impotente espectador a la suprema lucha que iba aún a desarrollarse en Francia.

¡Cuánto nos conmovió aquel espectáculo! Saludamos al veterano militarmente; nos lo agradeció con la más profunda dignidad.

Más lejos, un coronel dirigía un supremo adiós a lo que

restaba de su regimiento; era algo teatral en sus maneras, como lo son generalmente todos los franceses; pero sabía llegar al corazón de sus hombres. Hablábales en términos a veces pomposos, pero no les decía sino cosas muy sensatas, como éstas, por ejemplo: «Mostrad, hasta en el cautiverio, que sois soldados disciplinados, que sois franceses. ¡Viva Francia!»

Los hombres acudían de todas partes, le rodeaban, le tendían las manos, hasta el punto que le costó trabajo desprenderse cuando tuvo que reunirse con el destacamento a que pertenecía, compuesto únicamente de oficiales con sus asistentes.

Fuimos apenados testigos de muchas escenas desgarradoras.

Pocos excesos, pocos borrachos.

Fueron, ante aquel campamento de prisioneros, los únicos incidentes penosos que turbaron momentáneamente nuestra habitual alegría.

¿No éramos los combatientes y vencedores de Wörth, de Beaumont y de Sedán?

¿No teníamos la perspectiva, una vez cumplida nuestra misión de escoltar a los vencidos, de poder continuar victoriosamente nuestra marcha triunfal hacia el interior de aquella hermosa Francia, hacia su capital, hacia París?

Ante este solo pensamiento, ¿podía subsistir algún sentimiento de tristeza? Evidentemente, no. Y, sin embargo, estábamos profundamente tristes, porque, desde hacía seis días, llovía, llovía sin interrupción.

Había logrado, a fuerza de muchas precauciones, conservar mis bolsillos relativamente secos, pero esto no podía durar; habiéndome dormido en lo que me servía de tienda, me desperté, naturalmente, llenos de agua los bolsillos.

Salí chorreando de mi palacio, cuyo piso de arcilla estaba hecho una papilla.

—¡Teniente Tanera!

—Presente, mi capitán.

—Va usted a marchar en seguida con 48 hombres a Fres-

noy; allí se presentará al mayor Ott, que le dará instrucciones para la ejecución, mañana por la mañana, de algunos cientos de caballos.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Sargento B., reúna en seguida mi sección; avíseme en cuanto esté.

El sargento, volviéndose hacia los hornos de cocinas, gritó con todas sus fuerzas la formación de la sección segunda.

Mientras tanto, ponía yo en orden mis asuntos, silbé a mi asistente y, como quería que mi cabeza por lo menos estuviese presentable, le mandé que me peinase, cosa que yo no podía hacer a falta de espejo, y me dispuse a marchar.

A las dos horas y media, estaba con mis 48 hombres ante el castillo de Bellevue, adonde me había mandado con instrucciones al mayor Ott, a quien encontré en Fresnoy.

¡Qué espectáculo!

La altura en que se encontraba el castillo terminaba en pendiente abrupta por el lado del Noroeste, formando una especie de muralla en medio círculo, que no podían escalar los caballos.

Al pie de esta escarpadura había habido en otro tiempo una pradera que no era hoy sino un lodazal peor todavía que el que formaba el suelo de nuestro campamento. Y en aquel lodazal, en aquel reducido espacio, situado entre las rocas y el río, estaban reunidos algunos miles de caballos medio muertos de hambre; rebaño confuso, que chapoteaba, se enfangaba, corría, relinchaba, coceaba, se movía como un mar de cuerpos vivos agitado por un violento huracán.

Eran los caballos de aquella apuesta caballería francesa y los del tren de campaña, tan orgulloso hacía doce días.

Habíanse repartido algunos miles entre el ejército victorioso; otros fueron vendidos a comerciantes alemanes y belgas; algunos fueron robados por los astutos campesinos franceses; muchos yacían inanimados en el campo de batalla.

Los que teníamos delante se habían dispersado y recorrido

en grupos o aisladamente los campamentos, donde causaron muchos daños; hubo que cogerlos y llevarlos adonde estaban actualmente prisioneros.

Ahora bien; ocurría que los comerciantes alemanes no quisieron molestarse en comprarlos, por la imposibilidad en que estaban de encontrar forraje para alimentarlos; súpose, de otra parte, que los compradores belgas los revendían en seguida a los franceses. En consecuencia, se dió la orden de matar a todos los caballos que tuviesen cierto valor militar y que no pudiesen ser destinados a alguna tropa alemana.

Tal era la suerte reservada a los pobres animales reunidos ante nosotros. Pero más les valía.

Llevaban nueve o diez días sin probar bocado; en los primeros tiempos pudieron comer la hierba de los prados y lo que encontraban en los campamentos; pero desde hacía tres o cuatro días faltaba todo, hasta el punto de que unos caballos de artillería, traídos del parque de Tarcy, y que llevaban cuatro días con los arreos puestos, habían concluído por comerse recíprocamente las crines y las colas.

Nuestro oficio de verdugos debía empezar a la mañana siguiente.

La noche era fría, y convenía encender fuego; nuestros hombres estaban deseosos de secarse sus uniformes mojados, pero no había leña en ninguna parte; entonces, uno de mis cazadores descubrió, detrás de una posada de Fresnoy, en el camino de Sedán a Donchery, una carreta que no tenía más que tres ruedas.

La arrastramos en un momento. Pero no habíamos contado con el propietario, que llegó corriendo para defender su propiedad, aunque no le sirvió de nada; le contestamos que era imposible servirse de un vehículo de tres ruedas, y le prendimos fuego.

Desgraciadamente, no ardió más que unas horas; no era media noche cuando ya no quedaba nada de él.

Mis soldados tuvieron que ir por segunda vez en busca de

combustible; no tardaron en volver con la mitad de una puerta de granja; ésta duró más que el carricoche, y tuvimos fuego hasta la mañana. Uno de mis soldados vino entonces a traerme la cuarta rueda del vehículo del que ya no quedaba sino el recuerdo; el astuto campesino la había escondido en su granja, para que el carro no fuera utilizable en el caso de que los alemanes lo embargaran para sus transportes.

Como no lo hicieron, el campesino no tuvo motivo de queja.

Llego ahora al asesinato de los pobres animales.

Debo decir, de paso, que el puente del ferrocarril de Mezières, destruído después, atravesaba el río en aquel lugar cuyas orillas estaban muradas en forma de muelle.

Procedíase de esta suerte: un cazador de caballería (luego fue un húsar) enlazaba con una cuerda al caballo más próximo, conducía al pobre animal, jadeante y tembloroso, al borde del muelle, y le vendaba un ojo.

Entonces un soldado ponía el cañón del fusil al oído del caballo, disparaba y el cadáver caía al río, muy profundo en aquel lugar, de donde era arrastrado por la corriente en dirección a la frontera belga.

Un poco más lejos, en el puente de piedra de Donchery, una compañía de ingenieros estaba encargada de impedir el amontonamiento de los cadáveres que acarreaba el río.

Las autoridades belgas tuvieron, sin duda, que tomar precauciones contra aquellos regalos que les llevaban las aguas; pero nosotros, para protegernos de las epidemias, no teníamos más remedio que alejar cuanto antes de la región de Sedán aquellos cuerpos de animales.

«Cada cual para sí», tal era en aquel momento la divisa de cada uno.

A veces, un caballo caía al agua con vida aún.

Entonces unos soldados, especialmente designados a este efecto, lo remataban a tiros.

Cerca de las doce, llevábamos exterminados doscientos cin-

cuenta y cuatro, cuando nos relevó en nuestra odiosa tarea una compañía de infantería de línea.

¡Cuántos ejemplos de la inevitable fatalidad hubo entre aquellos mártires!

Eran nobles caballos padres, que pertenecían a oficiales cazadores de Africa, que no pudieron ser admitidos en el ejército alemán, por su calidad de caballos padres, caballos normandos, caballos bereberes de spahis y cazadores de Africa, que, medio muertos de hambre, permanecían indomables, y caballos de dragones procedentes del centro de Francia, todos mezclados, consagrados a la muerte y sepultados en las profundidades del agua.

Nunca olvidaré una yegua inglesa, ligeramente herida en el lugar de la silla, lo que sin duda la impidió ser aceptada por uno de nuestros regimientos; de aquella herida hubiera curado al cabo de tres o cuatro semanas, y el animal hubiese recobrado su valor de 800 a 1.000 talers... un relámpago, una detonación, cayó al río.

También nos trajeron algunos caballos alemanes que llevaban la marca de un regimiento; sin duda hubieron de ceder el puesto a algún caballo enemigo de más valor y sacrificarse en su lugar.

Así concluyó la pobre vieja *Liese* de mi capitán, que ya en 1866 fue juzgada impropia para una campaña; la sustituyó un hermoso caballo, al que, como recuerdo, llamamos *Sedán*.

Mucho me alegré de entregar a otro la tarea ingrata y llena de responsabilidades que acababa de realizar, afortunadamente sin contratiempos.

Pero pronto olvidamos nuestro desagrado, merced a un episodio de los más cómicos, al que tuvimos la suerte de asistir, antes de nuestra marcha.

Conviene decir de paso que, durante el día, los ingenieros habían tendido un puente de barcas para permitirnos llevar cierta cantidad de caballos a la otra orilla, donde había aún hierba.

La travesía se efectuaba así: unos soldados de caballería ligera empezaban por separar de la masa 200 o 300 caballos, a los que luego empujaban hacia el puente; delante abrían marcha seis jinetes, en apretada fila, seguidos por el rebaño salvaje que, al ver ante él hermosos pastos verdes, se apresuraban a alcanzarlos; varios caballos cayeron así al agua, y procuraron ganar a nado la otra orilla.

Se comprenderá fácilmente que la misión de los jinetes que iban a la cabeza no era de las más fáciles; sin ellos, toda la tropa se hubiera lanzado al galope, ¿y qué habría sido entonces del puente?

En cuanto llegaban a la orilla opuesta se apartaban y hacían sitio; los caballos entonces corrían a escape, haciendo que el desdichado puente crujiese por todas partes.

Habían pasado ya dos tandas; iba a ponerse en camino la tercera.

En este momento, vimos venir hacia nosotros, montados en buenos caballos, dos ingleses, el amo y su criado, semejantes en todo a los que representan las caricaturas.

El amo era, como después supe, el corresponsal de un gran periódico inglés, agregado a nuestro cuartel general; llevaba un sombrero gris de copa con una gasa verde alrededor, una levita gris, pantalón de montar amarillo, botas altas, grandes gemelos, una enorme pitillera, un amplio cartón de dibujo; el criado vestía una librea oscura; iba provisto de un importante saco de provisiones, y llevaba un paraguas a la manera de una carabina.

Ambos querían alcanzar el camino de Donchery y pasar a caballo el puente de barcas. Ya desde lejos, el inglés se había puesto a gritar y gesticular, queriendo darnos a entender su deseo de pasar antes que una nueva tanda de caballos franquease el puente. Pero los soldados no le comprendieron, o más bien, digámoslo, no quisieron comprenderle, estimando, con justa razón, que hubiera podido seguir otro camino.

Además, nadie hubiera sido capaz de detener el paso de

aquel turbión; los jinetes pasaban la pena negra para no ser derribados o empujados hacia adelante más de prisa de lo que hubieran querido.

Apenas acababan de entrar en el puente, seguidos ya de los primeros caballos, cuando el inglés se lanzó a su vez con su criado detrás.

Llevó su caballo entre los otros, pensando que pasaría así con ellos. Pero en aquel momento, como los jinetes de cabeza hubieran avanzado algunos pasos, produjose un violento empuje por parte de los caballos que seguían, y nuestros dos ingleses fueron transportados, como por milagro, y bien a pesar de ellos, al medio del puente.

Fue entonces una cosa única: las invectivas y los juramentos ingleses se mezclaron con los relinchos de los caballos, el ruido de las herraduras en el puente, y las risas y los gritos burlones de los soldados.

Apenas los jinetes de cabeza hicieron sitio, toda la banda de caballos se precipitó en masa con galope furioso, arrastrando con ella a los dos buenos ingleses, el amo un poco echado sobre la silla, sin que les fuese posible escapar ni por la derecha ni por la izquierda. Debo reconocer, sin embargo, que no se comportaron mal a caballo.

Cuando terminó el furioso arranque, y nuestros héroes, vueltos a ser dueños de sus caballos, pudieron volver atrás, estaban descubiertos; sus sombreros caídos, pisoteados por los caballos, eran algo informe; faltaba también a la lista el hermoso paraguas.

Poco después, el inglés, furioso, seguido de su criado mudo, llegó a nosotros, y, mitad en alemán, mitad en inglés, trató de descargar su mal humor sobre el capitán de caballería ligera.

Se equivocó de dirección; el capitán le contestó de tal manera, que el quejoso no tuvo más remedio que callarse y emprender de nuevo el camino, gruñendo para sí, siempre seguido por su eterno Sancho.

Me es imposible describir de qué modo imitaron nuestros hombres a los dos personajes de aquella escena cómica, y las frases que en seguida les dirigieron. Era antiguo bávaro auténtico, sin la menor traza de intención aduladora, naturalmente.

El capitán y yo nos reímos de tal manera, que se nos saltaron las lágrimas.

Y así terminó la ejecución de aquellos pobres caballos franceses.

CAPITÁN TANERA

LAURA DE DIANTI

El nombre de Laura de Dianti, llamada también Eustoquia, y después de muerta Laura de Este o Estense, la amiga, y, según una tradición no muy fidedigna, la esposa de Alfonso I de Este, Duque de Ferrara, es conocido del vulgo por el cuadro del Tiziano, que se conserva en el Louvre, llamado también *La Maitresse du Titiain.* La denominación aplicada a la dama, que constituye la principal figura de este cuadro, es hoy casi generalmente rechazada, no porque existan retratos de reconocida autenticidad que la contradigan, sino porque la figura de su caballero no tiene las facciones marcadas y firmes de Alfonso, ni es verosímil que el altivo Este, que a la muerte de su primera esposa tenía ya cuarenta y cuatro años, se hubiese hecho retratar en el papel de enamorado y bajo la apariencia de un peluquero.

La denominación referida se debe a Stéfano Ticozzi. Este sesudo autor de un libro sobre la familia de pintores Vecelli (Milán, 1817) vió en Venecia una variante del cuadro del Louvre, procedente de Ferrara, que le pareció obra del Tiziano (1).

(1) Hay, además, otra copia sin el caballero, que, bajo el nombre de *La Cadorina*, fue reproducida en grabado por Vicente Bella Bruna, y que fue propiedad de Federico de Leyen Bioemersheim. El cuadro antes conocido también con el nombre de *Titian's Mistress*, en Althorys, es un París Bordone (Waagen Treasures, III, 456). También la *Santa Justina*, de Moreto de Viena, fue tenida mucho tiempo por Laura.

En este segundo cuadro había, al lado de la joven, completamente desnuda, un caballero cuyas facciones le recordaban un retrato de Alfonso, publicado en el libro *Ritratti ed elogi dei Capitani Illustri*, Roma 1646. Acaso por esta indicación infiriese la procedencia ferraresa. El cuadro fue comprado entonces por el confiado Lord como obra tizianesca; pero la Academia de San Lucas, de Roma, consultada acerca de su autenticidad, declaró no ser obra del Tiziano, atribuyéndoselo, para consuelo del inglés, al Giorgione, del cual se tenía entonces una idea aún más vaga que del maestro de Venecia. Lord Stuart reclamó entonces la devolución de la suma que le había costado. El famoso cuadro se ha perdido. Pero su nombre se transmitió al cuadro de París, y fue incluído en el Catálogo. Entretanto, el lienzo comprobatorio, rebajado en su valor y visto de pocos, cayó en el olvido. La causa de que una denominación basada sobre cimientos tan endebles se haya conservado durante tanto tiempo, no estriba solamente en el deficiente método de investigación que por entonces se seguía en esas materias. Deseábase vivamente poder dar un nombre a un cuadro tan interesante como aquél, acerca de cuya época y circunstancias en que se produjo nada decía la tradición, y ese deseo engendró la fe en testimonios que no eran nada concluyentes. Ese exceso de credulidad salta a la vista no bien se repasa la biografía del gran maestro. El vago e insulso dictado de *Maitresse*, *Bella*, había caído en desgracia. De la misma época y del mismo ambiente procede la denominación de «Duquesa Leonor de Urbino», aplicada por Cicognara a la hermosa regiamente ataviada del Palacio Pitti; lo que es aún más raro tratándose de los Uffizzi, donde hay un cuadro del mismo Tiziano, verdaderamente auténtico, y que no concuerda con aquél por la edad, y que hubiera podido servir como término de comparación. Entonces se engendró en la fantasía de Moritz Thausing la conocida novela iconográfica que aún encuentra lectores crédulos. En esta ocasión se trataba, sin embargo, de un retrato patente, lo que no ocurre con el cuadro del Louvre.

Se podría suscribir las palabras de Gustave Blanche: «El retrato de su amiga no será nunca para mí la reproducción literal de un sér viviente.» Pocas cabezas de mujer habrá pintado el Tiziano, en efecto, en las cuales resalte tanto el valor ideal de las facciones. La pintura de aquella edad de oro no llegó acaso en ningún otro lienzo a aproximarse tanto al sentimiento helénico de la forma. Quien haya recorrido la planta baja del Museo, antes de llegar al sitio en que se halla este cuadro, no podrá menos de acordarse de la *Venus de Arlés*. Son las mismas formas con las cuales la escultura había familiarizado a los pintores venecianos. Mas no se crea, sin embargo, que hay allí esa frialdad marmórea con que los antiguos suelen pagar tan alto parentesco. Las formas plásticas han pasado a ser pictóricas, pero con tal vida que se podría tomar esas figuras por retratos. *La Maitresse du Titiain* es todo un tipo que se repite en otros cuadros, como constituyendo una variante libre en *La Flora*, donde tenemos el mejor testimonio que nos dé la idea que los venecianos de aquel tiempo se formaban de la belleza femenina. Este tipo no es invención del Tiziano. Esas mismas líneas de noble sencillez, de helénica pureza, pero de modelado algo más blando, casi fundido (*morbidezza*), las tienen los bustos femeninos de Palma el Viejo, con el cual estuvo el Tiziano en relación estrecha. También se encuentra en Palma el festivo tema de la *Toilette*, en la muchacha de la galería de Leopoldo Guillermo, número 185, grabado por J. Troyen.

Laura era hija de un sombrerero (de ahí el sobrenombre de *La Bertara*), y Alfonso de Este, a la muerte de su segunda esposa, no se sabe cuándo a punto fijo, contrajo con ella relaciones íntimas. Alfonso era hombre que no podía pasar sin mujer, y en su edad ya madura no se avenía a tolerar que le perturbasen la paz doméstica. Ya que de joven, cediendo a las promesas y amenazas del Papa y a los apremios de Luis XII, no por cierto sin viva resistencia, había tomado por esposa a una mujer de larga y agitada experiencia (había sido ya mu-

jer de tres maridos), cercano ahora a la vejez, acaso apeteciese una criatura cuyo interior era aún una hoja en blanco. *La Bertara* tuvo un pabellón destinado a estancia suya sobre el jardín del Palacio; y ella hizo al Duque padre de dos hijos, Alfonso y Alfonsino, a los cuales hizo legitimar después. Uno de ellos murió, y el otro, Alfonso, fue el jefe de la rama, que a la muerte del tío de Lucrecia, Alfonso II, el amigo del Tasso, que no dejó herederos, continuó la dinastía. Esta se extinguió completamente en 1803, y con ella acabó el poderío de la Casa de Este, que durante nueve siglos prevaleció pujante en el Norte de Italia. Laura, según el decir de sus contemporáneos, fue una hermosa y amable criatura, que por su irreprochable conducta, inteligencia y modestia se apoderó por completo del corazón de Alfonso. Este le aplicó el epíteto *Eustoquia* (Evstoxia); ¿quería aludir con esto a la que lanza dardos de amor o a la «vencedora en el combate de la luz», de la fábula? A la muerte del Duque siguió viviendo en Ferrara, rodeada de consideración y respeto, y llevó desde entonces, de acuerdo naturalmente con los sucesores de Alfonso, los nombres de Laura de Este, Laura Estense. Bien pronto hubo de divulgarse el rumor de que poco antes de su muerte había legalizado Alfonso aquellas relaciones con bendiciones de la Iglesia, añadiéndose que habían sido testigos de la boda los dos Dossi, sus pintores de Cámara. Esta opinión la compartieron *Vasari* y el *Aretino*, según carta de Octubre de 1542, dirigida a Laura Estense. En ella habla el poeta de la dicha de aquélla al verse rodeada de *Nipoti*, de sangre ducal y fruto de legítimas nupcias.

Vasari tuvo ocasión de conocer un retrato de Laura Estense, obra del Tiziano. «Pintó también a la Signora Laura, que fue después esposa de aquel Duque, e hizo una obra estupenda» (1), pero esta expresión refleja su opinión personal. Precisamente en el cuadro del Louvre se ha querido ver este

(1) Similmente ritrasse la Signora Laura che fu poi moglie di quel duca; che e opera stupenda. Vasari, XIII, 125.

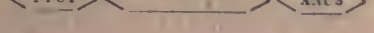
estupendo retrato. Pero a mí me parece que la hija del sombrerero de Ferrara nos la debemos imaginar de otra suerte, como una belleza plebeya, y no con aquellos cabellos rubios y adobados con cosméticos y preparaciones químicas que requerían largo tiempo ante el espejo. Pero ¿qué se hizo, pues, de aquel retrato de a Signora Laura, pintado por el Tiziano?

Ni en los Inventarios ni en los Catálogos, así como tampoco en los libros de historia y de viajes, se hace mención de él; sólo *Muratori* habla de un cuadro de Módena que pasaba por aquel retrato. A un abogado de la curia, que contra el matrimonio de Laura objetaba la circunstancia de que el Duque la hubiese hecho retratar *in abito di donna lasciva*, argüía Muratori: «quien haya visto el retrato pintado por el Tiziano, sabe que esta observación no tiene fundamento de verdad» (1). Por desgracia, hasta ahora no se conoce ni se tiene noticia de ningún retrato auténtico de la Signora, hecho por otro artista. De los retratos de Agustín Stirling y de Baciacca, mencionados en un Catálogo del Príncipe César Ignacio de Este, del año 1685, se han perdido. Al cuadro de la Galería Leopoldo Guillermo, que lleva el título de *Una corpulenta rubia*, y que está catalogado como obra de Palma, cuadro que nos es conocido por *Venturi* (pág. 89), según un ejemplar de Módena, se le ha dado una denominación hipotética.

Pero ha existido un retrato de mujer, debido al Tiziano, que, bien por la persona retratada, bien por su mérito artístico, hubo de ser muy estimado, como lo demuestra el haberse sacado de él seis reproducciones o copias en lo antiguo. Y si por ellas fuera lícito inferir el mérito del original perdido, habría que convenir en que éste fue una *opera stupenda*. Esas copias se hallan diseminadas en Roma (donde hay dos), Módena, Venecia, Londres, Stockolmo. En el ejemplar de Módena, que se atribuye a la escuela de los Carracci, puede leerse

(1) Chi a veduto il ritratto fatto da Tiziano sa che non e appoggata al vero questa obsservazione. Muratori: *Annali Estensi II*, pág. 463.

el nombre del pintor, al parecer tal como se hallaba en el original, según la escritura antigua, *Ticianus*, sobre la sarta formada de piedras preciosas—verde oscuro y anaranjado—que resalta en la manga derecha.



El ejemplar veneciano, perteneciente al Conde Luis Sernagiotti, se hallaba en el Palacio Giustiniani, Canal Grande. El de la Galería Borghese (núm. 154) es sólo de busto y de proporciones más pequeñas, con pinceladas turbias en los ojos. En Abril de 1899 se descubrió otra copia en la almoneda de los cuadros del Palacio Sciarra. Trátase del conocido retrato, hasta las rodillas, de una matrona suntuosamente ataviada, con arreglo de las italianas distinguidas de la primera mitad del siglo. La mano izquierda tiénela apoyada en el hombro de un negrito, de abigarrado traje, encargado de llevar los guantes, y que tiene vueltos a ella los ojos con sumisión canina. Al primer golpe de vista se ve que aquello es un retrato. Aquella dama no pertenece a la clase de las *bellas*, ni de las figuras ideales, como «La Flora», ni es tampoco una cortesana idealizada. Las facciones no corresponden a ninguno de los tipos copiados del Tiziano. La retratada pasó ya de la primera juventud. El rostro, bien proporcionado, deja ver, sin embargo, detalles de escaso mérito. Acaso el cuello sea algo corto y apretado, acaso la boca demasiado grande y prominente; la barba es casi esférica. La mitad superior del rostro es de rasgos más nobles; los ojos respiran bondad; las manos, en cambio, son grandes, si bien de dedos afilados.

Los ojos oscuros, y la magnificencia del negro y ondulado cabello; el color aceitunado, sin rubicundez en las mejillas, revelan una belleza de raza por refinar; no habiendo tampoco en su actitud y expresión nada del frío y comedido decoro que las damas reinantes de aquel tiempo solían afectar en los retratos. La leve inclinación lateral de la cabeza y los ojos suavemente arqueados trascienden una gracia natural.

El traje, por el contrario, es el de una dama de encumbrada posición, y nada tiene que envidiar al que ostenta en sus retratos aquella Isabel de Este, Leonor Gonzaga. El traje, de seda azul turquí, muy acabado y partido en numerosos pliegues, con mangas muy huecas, se halla recogido por trencillas. Sobre los hombros va suelto un chal de gasa, color oro oscuro con listas oscuras también entrecruzadas. Sobre la tonalidad profunda del conjunto resalta la deslumbradora blancura del canesú de la camisa y de las mangas, abullonadas y guarnecidas de blondas, según la moda. Como aquellas princesas, lleva también el peinado en forma de turbante, según la moda antigua del *Balzo*. Los cabellos oscuros van recogidos en un rodete y ceñidos de sartas de perlas (1). En la mayoría de los ejemplares corona la frente un *agraffe* en forma de medallón elíptico (una figura de hombre con un niño al lado), del cual irradia una estrella, formada de seis hilillos de perlas en forma de lanceta. En el ejemplar de Stockolmo hay una diadema de piedras preciosas, de la cual arrancan cuatro hilillos de perlas, semejando las puntas de una corona, en cuyo hueco va encajado el rodete.

Sólo para un protector muy principal o muy espléndido, pudo el Tiziano derrochar tanto arte, tantas bellezas y tanta escrupulosidad en los detalles.

Que la dama en cuestión vivía en Ferrara y en la Corte de los Este, confírmalo casi la procedencia de estas copias; una se guarda aún en la Galería de los Este, en Módena; otra se la envió César de Este al Emperador; pero los cuadros de la Galería Borghese de Roma fueron recogidos, en parte, en vida del Cardenal Scipión, de los palacios e iglesias de Ferrara.

En cuanto al traje, no puede dudarse que corresponde a la alta jerarquía de la «magnífica madonna Laura Eustochia» (como se la llamó hasta 1534). En aquel atavío deslumbrador

(1) Il Balzo fatto di rame, et rotondo a guisa di diadema; et sopra questo metterano una cuffia tessuta d'oro et di seta. Cesare Vecellio, Hábiti Antichi. I, 77.

debió vislumbrarla el Ariosto en aquella escena (en el prólogo del último canto de su *Orlando*, *XLVI*, 5), donde él, a punto de tocar el suspirado puerto, ve pobladas sus riberas de nobles dámas y caballeros, lectores y admiradores suyos, que se aprestan a festejar su desembarco; es decir, la feliz terminación del poema. Entre ellos divisa él a Laura en compañía de Bárbara de Brandemburgo, esposa de Ludovico Gonzaga, llamado «El Turco».

«Veo a la bella, aun más sabia y honesta
Bárbara Turca. Laura está a su lado.
El Sol una pareja mejor que esta
Desde el Indo hasta el Mauro no ha alumbrado.
Y a Ginebra, la cual de Malatesta
con su valor, la casa tanto ha ornado,
que nunca los palacios imperiales
pudieron ostentar adornos tales.»

El más antiguo testimonio de este retrato es un grabado en cobre de Egidio Sadeler, grabador que fue luego del Emperador Rodolfo II, en Praga, el cual encontró en Venecia el original, en el curso de un viaje por Italia. Cavalcaselle vió allí, probablemente, el mismo cuadro en casa del Sr. Schiavone. El grabado de Sadeler es algo tosco, por exceso de dureza y minuciosidad. Aquella sonrisa es más propia de una tabernera que de una duquesa. Las damas que en los catálogos de los Museos llevan los nombres generales de *La Moretta*, *La Schiavona* (La Eslavona), *La Turca*, *Una Sultana*, son, a juicio de Sadeler, la misma Lucrecia Borgia. Este interesante nombre debió ser causa de que se hiciera aquel grabado (1). Después, *Ridolfi*, apoyándose probablemente en los datos de esta hoja, consideró este cuadro como retrato de Lucrecia al trazar la vida del Tiziano (1648). Todos sabemos hoy que no hay nada de tal cosa. Las facciones de Lucrecia nos son conocidas hoy por las medallas; llevaba el cabello, muy rubio, lar-

(1) Este nombre se encuentra en algunas copias; otras sólo llevan la dedicatoria.

go, según la moda de principios de aquel siglo. Acaso aquel retrato llevase en Venecia la inscripción *Duquesa de Ferrara*, y no se pararon a pensar que pudiera ser otra que la hija de Alejandro VI. Pues Laura, en los círculos alejados de la Corte ferraresa, era más conocida como la amiga de Alfonso I, bien que en Ferrara, desde 1534, se la tuviese por su esposa y se la diese el título de Duquesa, que llevó hasta en las exequias de Alfonso II. El color moreno del rostro parecía convenirle a la hija del «Catalán», del «Marrano». Es de notar que Ridolfi no mencione ningún retrato de Laura entre las obras del Tiziano, mientras que Vasari, que escribió un siglo después, tampoco habla para nada del retrato de Lucrecia.

Pero Ridolfi, a propósito del retrato, hace una observación que *no* pudo copiar de la hoja de Sadeler. Cuenta que el príncipe César de Este, tío de Laura Dianti, envió al Emperador Fernando II (1) como presente el cuadro de que Sadeler sacó un grabado. El Emperador debió incorporar el cuadro a la Pinacoteca Rudolfina, del Palacio de Praga. Ahora bien; en los catálogos de la misma no figura ningún retrato con el nombre de Lucrecia Borgia ni de Laura Eustoquia; pero en el inventario más antiguo, de principios del siglo XVII, de la época, por lo tanto, de Rodolfo II, el cuadro descrito por Ridolfi se halla con esta inscripción: *Una turca con un morito, del Tiziano* (2). A esta presunta turca se la puede seguir la pista hasta nuestros días. Después del asalto de Praga por Koenigsmark, en Junio de 1648, pasó a poder de la Reina Cristina de Suecia, y se le menciona en un catálogo de la Galería que por aquel

(1) Mandó il signor Dusa, Cesare di Modena alla maestá Cesarea di Ferdinando II per regalato dono il gia descritto della Duchessa di Ferrara, che or possiede l'Innittissimo Ferdinando Imperator regnante, etc. *Ridolfi*, I, 177.

(2) Catálogo de las cosas encontradas en el Palacio Real de Praga, en el Tesoro de S. M. Imperial Romana y en la Cámara de Arte (Biblioteca palatina, 8.196. Reproducido en el tomo VII de los *Informes y Comunicados*.

tiempo había aún en Roma 1648 (1). A la muerte de la soberana heredó el cuadro el Cardenal Arzolini, yendo más tarde (1792) por el Príncipe Odescalchi al Regente Felipe de Orleans. En la Galería de los Orleans llevó el nombre de *La Eslavona*, según un grabado de Malœure. Luego que en 1792 enajenó Felipe Igualdad su Galería, la sección italo-francesa pasó a la City, donde tres magnates ingleses hicieron con ella una especulación felicísima. El Duque de Brigewater, el Conde de Carlisle y el Conde de Gover, le compraron en 43.000 libras; escogieron los cuadros que tuvieron a bien (tasados en 39.000 guineas) y prepararon luego una exposición de la Galería, ya diezmada, con los precios de venta ya marcados. Lo que al cabo de seis meses no se había vendido, pasó a la subasta. La cantidad recaudada casi igualó a la suma que había costado la Galería (2).

La Eslavona no se encontraba entre los cuadros que los tres compradores aportaron. En la Exposición, donde se la ofrecía por 200 guineas, no encontró comprador. En la subasta fue adjudicada (1800) por 80 guineas. Actualmente se halla en Richmond, en la galería Cook, y allí la vió el autor de estas líneas en 1879. El cuadro, algo deteriorado, no hacía, sin embargo, la impresión de una copia de épocas posteriores (como el ejemplar de Módena). En lugar de aquel hilillo de piedras preciosas pulimentadas, en la manga derecha, con el nombre *Ticianus*, se ve allí una cadena de oro. Recientemente, los que creen que este cuadro es una obra original formaban mayoría. Es indudable que el retrato que Sadeler reprodujo en un grabado como el de Lucrecia, y que Ridolfi describe con este

(1) Un quadro di un ritratto di una donna vestita d'azurro con velo giallo alle spalle, che mostra parte della camiscia nel petto e nelle braccia, con la mano destra sostiene la sua gonna e possa la sinistra sopra la spalla di un moretto che la sta guardando, di Tiziano, in tela in piedi alta p. mi quattro e due tersi e larga p. mi tre e tre quarti con comice dorata liscia alla romana. *Campori*, Cataloghi, p. 342.

(2) W. Buchanan. *Memoir of painting*. London, 1824, I, 17 s. 114.

nombre, se encontraba realmente en la Galería Imperial, y era un regalo de César de Este al Emperador. De ser, pues, exacta la hipótesis de que dicho retrato representa a Laura Dianti, el presente del Duque hubiese tenido una significación notable.

Ridolfi nombra a Fernando II como habiendo recibido el regalo ducal. Pero *Campori*, apoyado en un dato de la Crónica de *Spaccini*, referente a algunos cuadros de Rafael y del Tiziano, enviado en 1599 al Emperador Rodolfo, cree que éste, y no Leonardo, fue el que recibió el retrato. Y esta afirmación suya confírmase por la mención que trae aquel inventario. Ahora bien; los Este tenían motivo de sentir particular gratitud hacia Rodolfo II. Alfonso II, el nieto y último descendiente de Alfonso I y de Lucrecia Borgia, no tuvo hijos; al aproximarse su fin, resolvió dejar por heredero a su primo César, nieto de Laura de Dianti. Poco tiempo antes (1594) le había dado el Emperador para ello. Pero el Soberano de Ferrara, el Papa, le discutió este derecho. El 23 de Diciembre de 1598 declaraba Clemente VIII a César como hijo de Alfonso, nacido fuera de matrimonio, aunque legitimado luego por el Legado Cibó, incapaz para recoger la sucesión de los Duques de Ferrara. De este modo trataba el Pontífice de buscar una ocasión para reunir este feudo a los Estados de la Iglesia. Ya Julio II, y después de él Clemente VII, de la estirpe de los Médici, habían procurado esto mismo en otro tiempo; y sólo por la mediación del Emperador logró Alfonso II entonces salvar a su heredero. Y no bien hubo cerrado los ojos Alfonso II (27 de Octubre de 1597), penetró el Legado Escipión Aldobrandini en los Estados de Este y guarneció Ferrara con sus tropas; César, que ya había sido aclamado por el pueblo, tuvo que retirarse a Módena. Allí le confirmó Rodolfo II en su sucesión al feudo del reino (1598). Los Este sólo eran ya señores de Módena, Reggio y Campi.

Pero César había contado con obtener mayores frutos de su apelación a la Corte Vienesa. Había reunido cuantos docu-

mentos justificativos había que probaban el matrimonio de su abuela, y se proponía obtener su legitimación formal. A poco de su muerte (11 de Diciembre de 1628) obtuvo, en efecto, su nieto Francisco I un decreto de Fernando II en ese sentido. El documento va anejo al acta de su investidura, fecha de 10 de Noviembre de 1629 (1). Por lo dicho puede vislumbrarse ya la relación de este retrato de Laura Eustoquia con la investidura de Módena y el reconocimiento más tarde solicitado y obtenido de la línea modenesa de su abuela, como legítima esposa de Alfonso I y Duquesa de Ferrara (2).

Quizá, al llegar aquí, se le haya ocurrido al lector una objeción que parezca amenazar la solidez de este edificio, sobre menos indicios sustentado.

¿Cómo se explica el que al pie del presunto retrato de Laura de Este, regalo del Duque César, falta este histórico nombre en el Palacio de Praga, como en los inventarios imperiales? ¿Por qué Rodolfo II no lo mandó poner allí, ni lo comunicó tampoco a la Administración de la Galería? ¿Por qué, finalmente, el misterio que envuelve este retrato? Cuestiones son estas que no pueden resolverse de ligero.

Ahora bien; hay una base segura, y esa la tenemos en el carácter mismo del cuadro. Pues a despecho de la distinción del traje, que podría convenirle perfectamente a una duquesa o marquesa de la primera mitad del siglo XVI, hay algo, no obstante, en la figura que no se ajusta a la etiqueta observada, aun en aquel tiempo, en los retratos de princesas reinan-

(1) Donus Alphonsus... ex Illu. Alphonso I Ferrariae Mutinae Regiique Duce et Donna Laura Eustochia Cive Ferrarensi dum ambo solubi existerent, natus et per matrimonium inter praelatos Ducen Alphonsum I et Donnan Lauram ilius genitoris celebratum vere legitimus evassit. Muratori: *Annali Estensi II*, 510, s.

(2) De una correspondencia mencionada por Venturi (pág. 27) se desprende que César hizo buscar, en 1610, un retrato de su abuela en Módena, y *Mosdoni* encontró uno de Bastianino. Acaso como compensación al que había regalado.

tes. Ya los negros cabellos se salen, por decirlo así, del tipo de la raza. La actitud de la dama, que parece recibir a una visita de confianza (1), su desembarazo y *desinvoltura*, se apartan del grave continente, de la fría mirada y de las manos ociosamente caídas de aquellas Princesas de Urbino y Mantua. Hay en esa actitud algo de espontáneo, de romántico; diríase que se siente el rumor del roce del vestido, que aquel busto respira demasiada voluptuosidad, y que el paso es demasiado libre, al menos si se atiende al concepto del decoro, que con el transcurso del tiempo había prevalecido en aquellas cortes timoratas y españolizadas. ¡No se había hecho capuchino en el Tirol el biznieto del primer Alfonso, el tercero de este nombre, tras un corto reinado! Desde que Ferrara vió proclamada la legitimidad del hijo de la Dianti, se hizo extremadamente puntillosa para cuanto pudiera recordar la antigua equívoca posición de la Duquesa Laura. En este sentido, el cuadro del Tiziano vino a ser un estorbo. Precisamente, el abogado de la curia, que había puesto en tela de juicio esa legitimidad, citó como argumento contra el presunto matrimonio secreto un retrato que en Módena pasaba como de la Duquesa. *Muratori*, el celoso defensor de la rama segunda, refutó ese argumento. Pero aun cuando fuese disparatado hablar de un *dbito di donna lasciva*, con todo, aquel cuadro despertaba siempre el recuerdo de que la rama dominante, como aún se la llamaba en el testamento dictado por Alfonso I, un año y un mes antes de su muerte, procedía de una *donna soluta* (2), y por ella había heredado el trono de Ferrara. En ese retrato todos veían a la *amica* que el Duque solía visitar en su pabellón contiguo al jardín del Palacio. Así podría explicarse que en Praga no pusiesen al pie del retrato el nombre de Laura, y que con el

(1) Teneva la mano sinistra nulla spalla di un moretto in atto di avanzarsi con dignitosa affabilitá verso il Duca. *Ticozzi*, Vite, pág. 40.

(2) Alfonso I en este testamento llamaba a sus hijos *Alfonso* y *Alfonsino nati da se soluto e da una donna soluta*. (*Muratori*, O. m., página 418.)

tiempo cayese en el olvido. Probable es también que en la corte vienesa procediesen así por consideración al Pontífice.

Pero los escribientes palatinos que el Inventario redactaron atuviéronse a lo que veían. El traje, que ya había pasado de moda, daba a la figura un aspecto exótico. Los negros cabellos, el color aceitunado, el negro pajecillo, el tocado en forma de turbante, *el balzo*, que César Vecellio, en su *Obra sobre indumentaria*, publicada en 1590, considera ornamento de las mujeres en la antigüedad (1); todos estos exóticos detalles inducían a las personas poco avisadas a ver en ella una dama oriental. Pero su belleza no tiene nada oriental, ni por el tipo ni por la sangre (como Cavalcaselle vió muy bien) (2), ni tampoco por el traje. Con esto cae por tierra toda relación con una dama del Sultán, retratada por el Tiziano. Las modas turcas eran conocidas en Venecia. Pero en el citado libro de indumentaria (II, 375 s. 378 s. 392), entre las mujeres turcas, de la favorita para abajo, en vano se buscaría un traje que recuerde lo más mínimo el de esta supuesta «morita» del Tiziano.

No faltan, por último, del todo vestigios de una tradición que viene en apoyo de nuestra hipótesis. En el ejemplar de Stockolmo, que Gustavo III († 1792) llevó a la Colección regia de dicha capital, se hallaba inscrito en el siglo anterior el nombre de Laura de Este. Esta denominación, según comunicado del Dr. G. Goethe, de Stockolmo, habíasela dado probablemente el erudito y concienzudo intendente von Iredenheim (3). Crowe y Cavalcaselle parecían ignorar esto, al hacer la observación de que «no estaba comprobado que aquella obra maestra (*Laura*, del Tiziano) fuese el retrato de la dama con el pajeci-

(1) Vecellio llama al *balzo*, I, 64, habito di donne antiche.

(2) Cavalcaselle observa: «How improbable it is that sadaler's plate should represent a sultaness; since the person represented bears no trace of oriental blood» (I, 187).

Campori la había relacionado con *La Sultana*, perdida, del Tiziano.

(3) Georg Goethe: «Notice descriptive des tableaux du Mussée National de Stockolm», 1893, I Mai. Maitres etrangers, 327, núm. 202.

llo etiope» (1). En este estado, la cuestión del tiempo, que de antiguo goza fama de sacar a luz la verdad (supuesto que la crítica le ayude), debemos esperar el fallo en este pleito. Acaso un día pueda demostrarse que la hermosa cuanto enigmática obra del Tiziano, después de haber llevado durante tanto tiempo el ambiguo nombre de *La Eslavona*, *La Moretta*, que le dieron los *noveleros* italianos de la índole de Giraldi, y de haber vagado así por los salones de los grandes, pueda ostentar, con justicia, el nombre de la fundadora de la rama segunda de la casa de Este, o, en otros términos, que la falsa Lucrecia es una Laura auténtica.

(1) It has not been suggested, though it may be, thas this masterpiece was the portrait of a lady with am Ethiopiam, page 8 (Titiain I, 266).

GARCILASO DE LA VEGA

Entre los retratos de la Galería de Kassel, donde hay tal abundancia de ellos, figura uno que representa a un joven, número 447 (1,5 : 0,78), y que ha sido siempre un enigma. Por su hidalga virilidad y elegancia de líneas, por su expresión de inteligencia, parece el retrato de un personaje de alta alcurnia. La cruz de caballero que ostenta ya tan joven, nos dice que debió ceñir su frente de tempranos laureles y gozar del favor especial del soberano. Pero ni sobre la persona y nacionalidad del modelo, ni sobre el maestro que le retratara, han podido, hasta ahora, ponerse de acuerdo los inteligentes. Ya en el Suplemento al Inventario principal de la Galería, del año 1749 (núm. 1.110), se le menciona como un *Pontormo;* pero esta denominación no parece exacta por ningún concepto. Italianos como el Dr. *Frizzoni* le han encontrado al cuadro algo de exótico, de flamenco; cierto comedimiento y frialdad convenidas, que entre los cincuecentistas sólo a *Angel Bronzino* podrían atribuírsele. *W. Bode* cree que su autor fue un pintor español; pero no hay ninguno al que por el estilo le convenga.

En la idea del cuadro, en la actitud de la figura, pueden encontrarse reminiscencias de la escuela florentina. El altivo continente, la caída de los largos brazos y manos, se ajustan a la etiqueta que entonces se observó en los retratos.

Pero la impresión de que no se trata de una obra de autor italiano no nace tanto del estilo del cuadro, como del carácter del personaje allí representado. En el mirar de soslayo y en la actitud se advierte que, a través del pincel italiano, algo ha pasado al lienzo de la solemne exterioridad, de la afectada flema de los españoles allí donde ostentaban una representación oficial. Este *sosiego* no falta en ningún retrato español, al paso que difícilmente se le encuentra en los italianos o flamencos, a menos que la permanencia en España les haya contagiado. Es este un detalle que caracteriza sus retratos y hace que se les pueda distinguir de los italianos, como se diferencia, por ejemplo, el estilo epistolar de unos y otros.

Para el autor de estas líneas, el modelo del retrato en cuestión debió ser uno de tantos capitanes que, durante la campaña del Emperador Carlos V, antes o después de la expedición a Túnez, pasaron a Flandes. Y hasta creería haber visto aquella cara en otra parte: en el retrato de Garcilaso de la Vega, que *Carderera* trae en su Iconografía española (1).

El lienzo al óleo, del cual—como se asegura que hizo con los que vió en Madrid—sacó *Carderera* un dibujo fiel, era propiedad de los Condes de Oñate, a cuyo poder había llegado por herencia, y al hacerse las particiones, a la muerte del último Conde, fue enviado a Pamplona. Como antiguo retrato de familia, proporciona la única base firme para juzgar de su semejanza con el poeta.

La casa de Oñate posee también una parte de su biblioteca y algunos fragmentos de su armadura de acero, cuyo actual poseedor, el Conde de Valencia de Don Juan, casado con una dama de aquella familia, los cedió para que figuraran en la Exposición Histórico-Europea, que en 1892 se celebró en Madrid.

Pero, según el mismo *Carderera*, el retrato en cuestión no era un lienzo original, pues le califica de «casi contemporá-

(1) *Carderera*: Iconografía española.

neo». Acaso fuese obra de un pintor adocenado, que, no obstante su buena voluntad, al reproducir las facciones de un verdadero hidalgo, imprimióles un sello de hinchada afectación.

Pero, a pesar de las diferencias de estilo y de dibujo, en lo esencial concuerda este retrato con el lienzo de Kassel. Sólo que este último nos presenta a un hombre algo más maduro, cuyas facciones llevan la huella de azarosos trances, y parecen harto enérgicas para quien no contaba sino treinta y tres años a lo sumo (pues de esta edad murió Garcilaso).

Distinto también es el corte de la barba. En la Iconografía, ésta es larga y partida en dos puntas; esta moda germánica, que imperaba en la Corte de Carlos V, fue seguida también por los españoles que formaban su séquito. En nuestro cuadro, la barba es corta y redondeada. Antes de esa época, los grandes españoles, como Gonzalo de Córdova, Hugo de Moncada y el Rey Fernando mismo, no habían llevado barba.

Pero en el conjunto y en lo característico de las facciones, ambos retratos hacen relación a un mismo modelo. Sólo que en el uno lo vemos afinado, según el estilo florentino, y en el otro embastecido a la española. En primer lugar, la nariz, aquella nariz aguileña, larga y acaballada, indicio para el fisonomista de un carácter ambicioso, inclinado a las armas o a la política. Esa nariz, ancha en su arranque triangular, se acaballa luego con marcado realce para estrecharse después cerca de su base. Además, los labios anchos, algo salientes, no están muy «bien rimados» para ser los de un poeta.

El color del cabello (que en nuestro cuadro va cubierto por el birrete) y de las cejas, es negro en el diseño de *Carderera*, oscuro el de los ojos, bermejo el de la barba y trigueño el de la faz.

La cabeza muestra un innegable aire de familia con el de su tío Lorenzo Suárez de Figueroa (tomo I, pag. 71), si bien las facciones del anciano diplomático son más adustas y severas.

Como signo especial de identidad, es de gran peso la pequeña insignia de la Orden de Alcántara que lleva al pecho el retrato. Garcilaso era Caballero de esta Orden. Sería verdaderamente una rara coincidencia el que dos hombres tan parecidos, de la misma edad y de la misma época, habiendo visitado uno y otro la Italia, estuviesen ambos también en posesión de la misma Orden española. Por lo demás, la forma de las insignias que llevan uno y otro nos ilustra acerca de sus gustos. En el cuadro de *Carderera*, así como en los grabados existentes, vemos la gran cruz verde de la Orden, de seda o paño, cosida al lado izquierdo del justillo; en el nuestro, el personaje lleva la insignia en la forma ornamental de medallón, a que se da el nombre de venera. Esta palabra designa propiamente la concha de los Caballeros de la Orden de Santiago; esa concha iba adornada con la cruz roja en forma de espada. El nombre juntamente con la forma se aplicó luego a la insignia pectoral de las otras dos Ordenes más importantes. La cruz de Alcántara, verde, tiene idéntica forma que la roja de Calatrava, con sus cuatro largos brazos, terminando en flores de lis. La venera se estilaba con incrustaciones de perlas y diamantes, y se la llevaba suspendida de una cadena de oro, según se la ve en los retratos del Secretario del Emperador, Francisco de los Cobos (*Carderera*, tabla 73). En nuestro cuadro la cruz lleva incrustaciones de volutas de oro, como la cruz de Calatrava del Comendador y General D. Luis Quijada. *Carderera* vió todavía en casa del Conde de Oñate el collar de diamantes engarzado en oro, del cual llevaba Garcilaso suspendida su cruz en las ocasiones solemnes (1).

También los comentaristas de Garcilaso y los escritores nos han dejado el retrato del poeta. Fernando de Herrera (1580) le describe como de estatura más bien alta que baja y bien proporcionado. Otro escoliasta, *Tamayo de Vargas*, de Toledo, en

(1) Vestido, pues, el pecho, túnica Apolo de diamante gruesa. (*Góngora*: Cancionero fúnebre.)

su verbosa descripción, nos dice que unía la gravedad a la gracia. La expresión de sus faciones era *apacible con gravedad*; la frente, ancha y majestuosa; los ojos vivos con sosiego; todo el conjunto revelaba una gran distinción. Una verdadera belleza varonil. El cuadro de Kassel—no así el retrato de familia—refleja claramente la doble naturaleza del hombre, sobre todo en los ojos. Aquella mirada firme es la de un político, y al par la de un soldado, pero ciertos matices revelan también a un hombre de sensibilidad exquisita.

Cienfuegos, en la *Vida de Francisco de Borja*, amigo de juventud de Garcilaso, dice: «Era garboso, y cortesano, con no sé qué magestad embuelta en el agrado de el rostro, que le hazía dueño de los coraçones, no mas que con saludarlos; y luego entraban su eloquencia, y su trato a rendir lo que su afabilidad y su gentileza habian dexado por conquistar. Ningun hombre tuvo mas prendas para arrastrar las almas, aviendo dispuesto la naturaleza un cuerpo galan, y de proporcionada estatura para Palacio de la Magestad de aquella alma» (1).

También los trajes son parecidos en uno y otro retrato. En el de familia, el justillo negro cubre una chaquetilla, cuyas mangas, de seda amarilla, van cortadas a trechos iguales por cintas blancas caladas. En el cuadro de Kassel el justillo va pespunteado; esta labor se advierte en los cuadritos formados por blancos hilillos de seda, cuyos puntos de intersección adornan rosetas de cuatro perlas. Las mangas son aquí de un paño color amarillo muy claro, que en los dobleces da un tornasol rojizo. El birrete, liso con una pluma, cuyo arranque no se ve y que cae hacia atrás, cubre los cabellos, que en el otro cuadro son negros y cortos. La mano derecha, que sujeta los guantes de piel amarillos, descansa sobre el tapete rojo. El pulgar de la mano izquierda lo tiene suspendido en el cinto de la espada.

---

(1) *Alvaro Cienfuegos*: La Heroyca Vida, Virtudes y Milagros del Grande San Francisco de Borja. Libro II, pág. 49. Madrid, 1717.

Esta cabeza la divulgaron, aunque algo alterada, desde el siglo anterior, los grabados y portadas de las obras del poeta.

Esos grabados parecen referirse a un original de la época de Felipe II. En vez del sencillo cuello plegado, con que se contentaban los contemporáneos del poeta, lleva éste en dichos grabados la lechuguilla, de época posterior. El grabado de Manuel Salvador Carmona, que trae el *Parnaso español*, de *Sedano* (T. VIII, 1774), es el mejor de todos y fue copiado por Blas Ametller.

También el lindo retratito que encabeza la pequeña edición (de Orea) con las consabidas escenas bucólicas al pie, según el diseño de Rivelles, grabado por T. L. Enguidanos, se hizo según el de Carmona. El más conocido es el retrato hasta la rodilla que figura en la obra *Españoles ilustres*, trasladado por B. Vázquez, según un dibujo libre y punteado como muchos retratos de esa colección. En este fantástico cuadro se halla el poeta sentado ante su mesa de despacho, en actitud de tomar un libro de su biblioteca. Al valioso artículo biográfico de *Navarrete* va unida una tosca litografía, tomada de la misma fuente.

Si la denominación del cuadro de Kassel es exacta, esta galería podría vanagloriarse de poseer un raro lienzo. Sería el suyo el único retrato original de Garcilaso, pintado en vida del poeta, y uno de los poquísimos retratos de poetas españoles de los siglos XVI y XVII, de positivo mérito artístico. Pues aquellos otros que se ofrecen a nuestra admiración como efigies de Cervantes, Calderón y Lope, no son sino cuadros medianos desde el punto de vista artístico, que cuando más, tan sólo nos dejan presumir una tosca semejanza exterior con el modelo. El único buen retrato de poeta que conocemos, es el que hizo el Tiziano de su contemporáneo Diego Hurtado de Mendoza.

En la accidentada vida de nuestro poeta no faltan períodos, en los cuales pudo ser retratado por un pintor italiano. Para los que visiten la Galería de Kassel, quizá resulte interesante reproducir algunos datos de esa breve existencia.

Garcilaso de la Vega era hijo segundo del Comendador de León del mismo nombre, señor de Los Arcos y Cueva, Regidor de la ciudad de Toledo y Alcaide de Gibraltar; nació en 1503 en Toledo; su madre Sancha, señora de Batres, procedía de la antigua casa de los Guzmán. El nombre de Lasso de la Vega pertenecía a una familia disuelta hacía ya tiempo, que tuvo su solar en las montañas de Asturias, cerca de Santillana. El *Ave María gratia plena* que llevaba en sus armas ha dado pie a una romántica leyenda que se ha referido muchas veces. El último de los Vega cayó en la batalla de Nájera (1367); su hija Leonor casó en segundas nupcias con D. Diego Hurtado de Mendoza, Almirante de Castilla, y desde entonces el nombre de Lasso de la Vega aparece en la casa de Mendoza (1). La hija del Almirante se llamó Elvira Laso de la Vega, y uno de sus nietos D. Pedro Laso de la Vega. Por el matrimonio de Gómez Suárez de Figueroa, señor de Zafra, en Extremadura, con dicha Elvira, se introdujo también su nombre en esta casa. Su segundo hijo, D. Pedro Suárez de Figueroa, hermano menor del primer Conde de Feria, fue el padre del Comendador Garcilaso y el fundador de esta segunda rama. El primitivo nombre patronímico Suárez de Figueroa lo llevó su hermano, aquel Embajador del Rey Fernando en Venecia, Lorenzo Suárez de Figueroa.

La casa solariega de los Garcilaso se alzaba en una eminencia de la colina que cubre el mar de casas de Toledo, en un antiguo barrio habitado por los nobles. *Navagero* nos hace la descripción de esas casas solariegas, espaciosas, pero enclavadas en un laberinto de callejas sin plazas ni jardines, apretadas unas contra otras. Sobre cimientos de edificios árabes, visigodos y judaicos, levantábanse esas casas, por lo general de un solo piso, herméticas en su exterior, sin fachada ni balconaje, y hechas, en gran parte, de barro. El interior de esas

(1) D. Alonso Núñez de Castro: *Historia ecclesiástica y seglar de Guadalaxara*. Madrid, 1653, pág. 135.

viviendas sorprendía, sin embargo, al visitante, por la magnificencia de sus polícromos azulejos moriscos, de sus artesonados techos y de sus puertas *de lazo*. Los aposentos se hallaban dispuestos en torno del patio que daba luz a la casa y que recubrían ricas baldosas de mármol. Poco queda hoy de toda esa grandeza; conventos, iglesias, hospitales, han extendido sus altas y pesadas tapias de ladrillo por aquellos lugares, sacrificando muchas de esas casonas para ensanchar su recinto.

Del padre de Garcilaso poco hemos de hablar aquí. Figuró desde muy pronto en Palacio, primero, como Maestresala, y más tarde, como miembro del Consejo de Estado. Entretanto, surgió la guerra de Granada. Pertenecía el prócer a esa legión de escogidos magnates, impuestos en las artes políticas del soberano que, con motivo de la campaña que Carlos VIII había emprendido en Italia, fueron enviados como embajadores cerca de las Potencias. Desde 1496 hasta 1501, el padre de Garcilaso fue embajador de su Monarca en la Corte del Papa Alejandro VI. Era este cargo de gran importancia en una época en que la lucha por la posesión de Nápoles estaba en toda su crudeza, y hubo momentos en que la situación del embajador fue harto comprometida. Durante este tiempo, Federico de Nápoles le pasaba una pensión anual de 6.000 ducados sobre los ingresos de la Aduana. Más tarde, S. M. Católica le llevó consigo a Flandes (1506). Allí mantuvo estrechas relaciones con Felipe el Hermoso, y al regreso del Rey, detúvose al lado de aquél, cosa que el monarca castellano no le perdonó nunca, retirándole desde entonces su privanza. Murió en 1512, cuando su hijo, nuestro poeta, contaba nueve años.

Este pasó su primera juventud en la ciudad donde, según el testimonio unánime de los españoles, se ha hablado siempre el castellano más puro, que puede servir de modelo a las demás regiones. Allí, a los diez y siete años, empezó para él una azarosa vida que apenas le dejó tiempo para aprender latín, por lo que resulta muy dudoso que fuese en Toledo donde adquirió su cultura de humanidades. En ninguna familia de la nobleza

castellana se habían cultivado, empero, con mayor estima estos estudios, ni desde más antiguo que en la de Mendoza. El nombre del Marqués de Santillana se conservaba allí como un ejemplo que imitar, y el recuerdo de su hijo D. Pedro, el gran Cardenal de España († 1495), manteníase aún vivo en Toledo.

Muy cerca de la casa solariega hay una gran plaza, a la que no hace mucho se dió el nombre de Plaza de Padilla. En la época de la juventud de Garcilaso se alzaba en su lugar el grandioso palacio de la antigua casa de Padilla. Al ser sofocada la sublevación de los Comuneros y a la muerte de Juan de Padilla en el cadalso, el palacio fue arrasado, sembrándose de sal el sitio que ocupara. El hermano primogénito de Garcilaso, Pedro Laso, noble con arreglo al severo derecho de Castilla la Vieja, fué enviado en 1520 por los toledanos descontentos para que expusiera sus quejas ante el Rey, y había sido ya el alma de la resistencia en las Cortes de Santiago, por lo que se le impuso pena de destierro.

Las vidas de ambos hermanos tomaron rumbos muy distintos. El menor aplicóse a seguir las huellas de su padre, y Carlos le tomó de buen grado a su servicio. El mancebo, que tenía entonces diez y siete años, siguió a la Corte en su viaje de Barcelona a Galicia. El 26 de Abril de 1520 le nombró el Monarca, estando en la Coruña, *contino de su Real Casa*, título ideado por Don Juan II, que llevaba aneja una pensión de 45.000 maravedís (1). Por el mismo tiempo nació, según se cree, su amistad a Juan Boscan, ex-preceptor del joven Duque de Alba, que tan provechosa fue para entrambos (2). Garcilaso combatió contra los Comuneros y luego contra los franceses cuando la incursión de Francisco I en tierras de Navarra. En Olías recibió su primera herida. El Emperador, que ya estaba de re-

(1) Vida de Garcilaso, en la *Colección de documentos inéditos*, XVI, 1850, por Eustaquio Fernández de Navarrete, según los materiales reunidos por D. Martín Fernández de Navarrete.

(2) Las obras de Juan Boscan. William I. Knapp. Madrid, 1875, página XI, 1.

greso, le nombró en 1.° de Octubre de 1523 *gentilhombre en los libros de la casa de Flandes*. En 1526 casó con Elena de Zúñiga, de una familia navarra, dama de honor que había sido de Leonor, la hermana del Emperador, viuda de Manuel de Portugal, y después Reina de Francia. En Toledo fue, y en aquel mismo año, donde Boscan le presentó a Andrés Navagero. Durante la larga detención de la Corte en Granada, exhortóle el veneciano a trasplantar a España las formas exóticas y los temas de la lírica italiana. Boscan, a quien como a hijo de Cataluña le eran igualmente familiares el toscano y la lengua de Castilla, fue el primero que abandonó la antigua métrica. En aquel mismo año además, fué de Nuncio a Granada Baltasar Castiglione, cuyo *Cortesano* tradujo luego Boscan a instancias de Garcilaso.

Al entrar Garcilaso en la corte imperial, quedó fijado ya su porvenir. Como arrastrado por una corriente impetuosa le vemos desde entonces metido en todas las empresas, que sucesivamente acometió el Emperador. Esa vida de tráfago respondía a su innato afán de lances y aventuras, a su anhelo por ver nuevas gentes y países, sobre todo, Italia. Pero había, sin embargo, ocasiones en que le torturaba el sentimiento de su dependencia, y del vacío en que se encontraba, y así ocurría cuando se acordaba de su casa y de doña Elena. De estas horas de abatimiento nos habla más de una estrofa, llena de melancolía y desesperanza, de sus rimas petrarqueñas. Como aquella que dice:

«Entre las armas del sangriento Marte
hurté del tiempo aquesta breve suma
tomando ahora la espada, ahora la pluma.»

O como esta otra:

«Yo, como conducido mercenario
voy do fortuna a mi pesar me envia
si no a morir; que aquesto es voluntario.»

Garcilaso siguió nuevamente a Carlos V cuando éste em-

barcó en Barcelona en 28 de Julio de 1529, con rumbo a Génova, para ir a coronarse en Bolonia; y a su lado estuvo en el asedio de Florencia (1530) (1). En Agosto le envió la Emperatriz a la corte de Francia, con cartas para su cuñada Leonor, bien que llevase la comisión secreta de ver por sí mismo en qué condiciones se hallaban las fronteras. Al año siguiente, después de haber pedido inútilmente, en un acceso de nostalgia, el cargo de regidor de Toledo, entró en relaciones con Fernando Alvarez de Toledo, que tenía entonces veinticinco años, y que, habiéndole cobrado afecto, quiso llevárselo consigo a Alemania. Se trataba de la defensa de Viena contra Soleimán. Pero entretanto, surgió un incidente inoportuno. Una distinguida joven, Isabel de la Cueva, sobrina del Duque de Alburquerque, se había prometido, contra la voluntad de sus parientes y del Emperador mismo, a un sobrino de Garcilaso, el cual era sabedor de ello. Prisión y destierro a la isla de Schuett fue el castigo. Garcilaso tomó la cosa más por lo trágico de lo que convenía. Dióse a sí mismo «en poder, y entre las manos de un hombre que puede hacer cuanto se le antoja». «En una hora se ha destruido todo lo que constituyó el objeto de mi vida.» Así escribía él al borde del Danubio, *río divino*, cercado de parajes de eterna primavera, donde resonaban trinos de ruiseñores, según da a entender en la canción tercera.

Los ruegos de D. Fernando consiguieron del Emperador que el poeta fuese agregado a su servicio y al de su tío (2), D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca, durante su viaje a Nápoles. La última parte de la segunda égloga está dedicada a la alabanza del Alba, y en ella describe el poeta su palacio de Alba de Tormes, y cómo a su nacimiento asistieron las

(1) En aquella ocasión se le señaló una pensión vitalicia de 80.000 maravedises, pagaderos cada tres años, sin obligación de recibir ni servir en la corte. *Documentos inéditos*, XVI.

(2) No el padre del Duque Fernando de Alba, como dice Ticknor (*History of spanish literature*, I, 491), sino el hermano menor del padre de éste, Don García.

Tres Gracias cubiertas de transparentes velos. El joven Alba parecíale a Garcilaso una criatura extraordinaria, y le aplicaba aquella frase del Ariosto en el *Orlando*, X, 84:

«Natura il fece e poi ruppe la stampa» (1).

El viaje se hizo por Roma. El 4 de Setiembre de 1532 llegó el nuevo Virrey a Nápoles, llevando a Garcilaso entre las personas de su séquito. Allí, en compañía de Alonso de Avalos, Marqués del Vasto, que tenía su misma edad, y compartía sus aficiones, pasó él los más felices y provechosos años de su vida, «en la ciudad de las sirenas».

Aún estaba vivo por doquiera el recuerdo de Sannazaro, que acababa de morir, cargado de años, y Garcilaso entregóse con avidez a la lectura de sus poesías. El Virrey trató de introducirle en la carrera diplomática, le empleó en su correspondencia secreta con el Emperador, y de buen grado hubiérale sujetado al reino como castellano del Palacio de Rijoles. La campaña de Túnez (1534) le llevó a Africa. Allí figuró su nombre entre los de aquellos doce que ante los muros mismos de la ciudad osaron atacar con temerario brío a 80 jinetes númidas. Esta proeza le valió dos lanzadas, una en la boca y otra en la mano derecha. Fernando Carafa y el Emperador acudieron con sus hombres de armas en ayuda de los comprometidos campeones, y Carlos mismo sacó a Andrés Ponce de entre los pies de los caballos. Lleno de orgullosos ensueños volvió el poeta a Sicilia. En *La Goleta* compuso un soneto dedicado a Boscan (33). En él se imagina restablecido en Africa el Imperio romano, y recuerda la frase del Petrarca al hablar en la canción XVI del *Antiguo valor italiano* no extinguido. Su perspicaz talento le sugiere, sin embargo, graves dudas sobre

(1) Su descripción contrasta con la concisa expresión del Ariosto.

Una obra sola quiso la natura
hacer con éste, y rompió luego apriesa
la estampa do fue hecha tal figura.

el fruto de aquella victoriosa campaña. Y el joven oficial que tenía entonces treinta años, era español, y se había coronado de laureles en una atrevida y venturosa empresa, pensaba y escribía a su regreso con la franqueza y energía del genio:

«¿Qué se saca de aquesto? ¿Alguna gloria?
¿Algunos premios? ¿O aborrecimiento?
Sabrálo quien leyere nuestra historia;
veráse allí que como el humo al viento,
así se deshará nuestra fatiga.»

Al presentarse nuevamente en Nápoles con el ejército victorioso, disfrutó claros días. Su gran cicatriz sobre el carrillo y su habla tartajosa hacíanle aún más seductor para las bellas.

En esta época, cuando tenía treinta años, debió hacerse nuestro retrato, en Florencia o en Nápoles. Si poseyésemos el documento en que se le confería la Orden de Alcántara, podríamos precisar la fecha de su producción. Garcilaso era tan simpático a los italianos como a los caballeros españoles de la Corte. Su digna conducta, su ingenuidad, su delicadeza conquistaba los corazones. Tenía también ribetes de músico, pues tocaba la guitarra y el arpa. *Bembo* decía no haber conocido, entre tantos españoles como afluían a Nápoles, ninguno que fuese tan querido y honrado (1). Su amigo Alonso Dávalos dió ocupación a muchos pintores italianos, además del Tiziano, como a Lucas Penni y a su discípulo Leonardo, apellidado «Il Pistoja». Probable es que quedasen en Nápoles retratos suyos. El poeta Mazini poseía, a principios del siglo XVII, uno que formaba parte de su notable galería de retratos, a la que dedicó un comentario poético (2).

(1) Omnium neapolitanorum qui te novissent, sermonibus attestationibusque confirmari, his temporibus, quibus maxime Italiam vestrae nationis referserunt, quem omnes plane homines te uno ardentius amaverint, cuique plus tribuerint illam ad urbem ex Hispania venisse porro nullum. *Bembo* a Garcilaso, VII Kal. Sept. 1534.

(2) La Galeria del cavaliere Marino distinta in pitture e sculture. Napoli, 1620, pág. 210:

El desgraciado accidente que sufrió el Emperador en la Provenza (1536) fue también funesto para Garcilaso. En su marcha hacia el Norte, estando en Roma, resolvió Carlos V hacer la guerra al enemigo en su propio país, y así formalmente lo declaró. En el trayecto de Roma a Siena y Florencia, fué el poeta formando parte del cortejo imperial. En 4 de Mayo fue encargado de llevar instrucciones a Doria y Leiva, que se encontraban destacados en Génova y Milán. El Emperador promovióle al puesto de Maestre de Campo. Aunque no faltasen inquietudes y malos augurios, la campaña era esperada con viva impaciencia. A fines de Mayo llegó el Tiziano al campamento imperial, establecido en Astí. Su protector estaba tan ocupado, que costó trabajo al artista obtener una audiencia. «Todos se preparaban ya para el ataque en dirección a Francia, deseosos de ponerse a la obra; no se oye otra cosa que el estruendo del tambor.» La certeza del triunfo consistía en que se esperaba poder combatir en seguida con las huestes de Francisco I. Pero éste, por consejo del condestable de Montmorency, había acordado mantenerse a la defensiva, y, después de sufrir incontables molestias en el devastado país, tuvo el Emperador que resignarse a emprender la vuelta. En su retirada pasó ante la torre de Muey, a cuatro leguas de Frejus, que estaba guarnecida por campesinos belicosos. Había que tomar aquella torre, y Garcilaso se lanzó al asalto de los primeros, sin detenerse a coger las armas (1). Una piedra arrojada por los sitiados le hirió gravemente en la cabeza. El Emperador, que antes había sido para él un amo demasiado duro, mostró en la ocasión aquella en cuánta estima le tenía. Fuera

---

Del poético giorno
Aperse al clima ispano i primi albori
Il raggio matutin de' miei spendori, etc.

(1) Para más detalles sobre este suceso, que ha sido contado de diversos modos, véase el tratado de las campañas de Carlos V, por Martín García Cerezeda, en los *Bibliófilos Españoles*. Madrid, 1874, II, 196. Wi Knapp en el Prólogo a su Boreau XXII.

de sí por efecto del dolor y de la cólera, dispuso que toda la guarnición enemiga fuese colgada de las almenas, ofreciendo de este modo al amigo un sacrificio expiatorio que recuerda las hecatombes de Aquiles en Homero. Garcilaso fue trasladado a Niza, y allí falleció a los pocos días. A su muerte hallóse presente el Marqués de Lombay, Francisco de Borja; y la impresión que de aquel triste espectáculo recibiera debió influir en su ánimo para que adoptase aquel propósito de renunciar al mundo que dos años después, conmovido a la vista del cadáver de la Emperatriz Isabel de Portugal, de cuya traslación a Granada se le había encargado, llevó a cumplido efecto ingresando en la Compañía de Jesús, de la que fue General tercero, por orden cronológico. El cadáver de Garcilaso fue inhumado en Santo Domingo, en Niza, desde donde se le trasladó luego a Toledo. Dejó el poeta dos hijos: uno, que llevó su nombre y murió, veinte años más tarde, en el sangriento asedio que Brissac puso a Vulpiano, y otro, que ingresó en la Orden de Predicadores con el nombre de Fray Domingo de Guzmán. Dejó también una hija, Sancha, que casó con un Portocarrero.

De este modo quedó destruído un porvenir del que sólo pudo mostrar Garcilaso brillantes esperanzas. De la senda que conduce a las altas cumbres de la gloria, y que tan pronto se había abierto para él fácil y despejada, cayó precipitado en los hondos abismos del sepulcro, lejos de su patria y de los suyos. Hasta las dolorosas circunstancias de su muerte parecieron, a quienes las presenciaron, un accidente lamentable, originado de su temeridad e imprudencia. Ya en todo el apogeo de su juventud y de su dicha, había sentido el poeta cernerse sobre él las frías tinieblas del olvido. Tanto él como sus juveniles hazañas habrían quedado oscurecidas, a no ser por el librillo de versos que dejó en herencia a su amigo Boscan, y que la viuda de éste editó, en 1543, en Barcelona, como cuarto tomo de las poesías de su marido. Su título de gloria se cifra en haber sido él quien introdujo en la métrica castellana las formas petrarqueñas, o, como dicen los españoles, *el verso*

largo, dotándolo de una elegancia a la que no llegó ninguno de sus contemporáneos.

A muchos parecerá asombroso que el atrevido caballero, cumplido cortesano y no mal diplomático, sólo haya pasado a la posteridad como autor de poesías bucólicas y elegías imitadas de ajenos modelos. Pero este contraste nada tiene de extraño, y se da en la vida de todos los grandes guerreros. De Goethe acá nos hemos acostumbrado a considerar la poesía como expresión del hombre y de su experiencia. Pero en otro tiempo era un refugio, al que se acogían los hombres de acción para descansar de las hazañas que de ellos nos refiere la Historia. La mirada que durante largo tiempo sólo había visto sangrientas escenas en los campos de batalla, natural era que buscase con avidez el matiz verde, complementario, de las florestas arcádicas.

Hoy día no suscribiría nadie el juicio de Garcilaso, cuando decía que «hasta ahora no se ha escrito en lengua castellana nada cuya falta pudiera lamentarse». Muchos se pronunciarán por su enemigo Castillejo, que anatematizaba el petrarquismo introducido en Castilla, considerándole como una traición al espíritu popular, como una herejía anabaptista. Sus contemporáneos llamáronle *Príncipe de la Poesía Española*; pero ya Lope de Vega pretendía limitar a su época, muy de atrás olvidada, este principado asignado al poeta «de mil laureles coronado» por su comentador Herrera:

«... la fuente,
que en medio del invierno está templada»,
y en el verano más que nieve helada.
Pasan los siglos, y en distintas musas,
naciendo vidas se renuevan plumas,
águilas y fenices.»

Y Calderón habla de los «recuerdos largo tiempo borrados» de Boscan y de Garcilaso.

Preciso sería hablar como propia una de las lenguas más

hermosas del mundo, o haber vivido en aquel siglo, para comprender la impresión que en el verso castellano, aún bronco y rudo en aquel tiempo, hicieron las creaciones de un poeta dotado de un dulce temperamento elegíaco—su contemporáneo Camoens le llama *O brando e doce Laso castellano*, octava primera, 215—y de una pureza de estilo que recuerda la égloga virgiliana, y para poder saborear la cristalina transparencia, la armonía de los períodos y el ajustado ritmo de los versos. Se ha hecho notar que no hay en sus poesías ni una palabra ni una frase que haya dejado de ser hoy puramente castellana, lo que no puede decirse de ningún otro escritor tan antiguo (1). Por esto perdurarán sus versos mientras se hable castellano, al menos mientras haya un oído español capaz de sentir las perfecciones del instrumento léxico.

Sus continuas peregrinaciones por el extranjero le proporcionaron, a más de cuchilladas y lances de amor, materia de inspiración para sus versos. El genio, bajo el disfraz del acaso, le condujo a los sitios donde podía escuchar las voces del pasado. Hizo su romería a Vaucluse,

do nació el claro fuego del Petrarca.

Al pie del Etna el evocador de las musas sicilianas escribió la segunda elegía, dedicada a su amigo. Junto a la tumba de Virgilio y de Sannazaro sacudió de sus libros el polvo de la escuela. Las frases tomadas de otros, y que sus comentaristas han catalogado concienzudamente, se nos muestran revestidas de otra significación cuando se las considera como una peregrinación espiritual. La vida mental del género humano rara vez marcha en línea recta, siendo lo más frecuente que describa grandes círculos. No hay nada, por mucho que valga, capaz a detener la marcha incansable de la evolución (que no crea nada, limitándose a sacar a la luz):

(1) *Tickus:* O. c., I, 495.

Lo que en el libro del tiempo
quedó grabado una vez,
Si está bien, no ha de faltar
quien lo repita después.

Los restos de Garcilaso fueron inhumados en Toledo, en el panteón de familia, en la iglesia de San Pedro Mártir, de la Orden de los Dominicos. Su viuda erigióle un mausoleo. La referida iglesia fue edificada a principios del siglo xv (1407) en estilo gótico, cuando los Dominicos trasladaron su convento de la antigua iglesia de San Pablo, en la parte baja de la población, ante la Puerta Nueva, al centro de la misma, asentado en lo alto. En 1589 fue remplazada por una nueva edificación muy espaciosa. La tradición señala una capilla de la nueva iglesia, a la derecha del altar mayor, U. L. F., ornada de una guirnalda de rosas, como el lugar de enterramiento de la extinguida familia. Según las descripciones de Toledo, las dos figuras de mármol que hay en tosca hornacina a la derecha del altar, y que representan a dos caballeros genuflexos y revestidos de sus armas, son las estatuas de Garcilaso y de su padre, el comendador de León (1). Según otros datos, el hijo del poeta muerto en 1555 reposa al lado del padre. Pero estas estatuas parecen apócrifas. Aquellas dos cabezas cuadradas y duras, de parecido tan extraordinario, se desvían del tipo que nos han conservado los retratos; son trabajos de fábrica de principios del siglo xvii. Esa fábrica es la misma de donde salieron las grandes estatuas, de mejor estilo por cierto, del Conde de Fuensalida y su esposa, que se hallan en el muro frontero de la nave transversal. Pero este Conde, D. Pedro López de Ayala, murió en 1599. En la tumba de Garcilaso se inhumaron tambien los restos de su esposa, según se desprende de una poesía de Luis de Gongora.

En su Canción fúnebre celebró Góngora el monumento erigido a la memoria de nuestro poeta, tan distinto a él y casi su

(1) R. Parro: «Toledo en la mano», II, 62.

antípoda en cuanto al estilo, en cuatro estrofas de una abundancia de imágenes retóricas que se acumulan unas a otras hasta casi hacerse daño. Esta poesía lleva por título. «Al Sepulcro de Garcilaso de la Vega, excelente poeta toledano, que está enterrado en Toledo con su mujer.» Las estrofas en cuestión dicen así:

Picadoso hoy celo culto,
cincel hecho de artífice elegante,
de mármol espirante,
un generoso anima y otro bulto
aquí, donde entre jaspe y entre oro
tálamo es mudo, túmulo canoso.
Aquí, donde coloca
justo afecto en aguja no eminente
si no en urna decente
esplendor mucho, si ceniza poca,
bien que, milagros despreciando egipcios,
pira es suya este monte de edificios.

Algo más feliz fue el autor de estas líneas en sus andanzas para encontrar la casa donde nació el poeta. De los vecinos poco hubiera podido averiguarse sin la noticia topográfica que trae Ramón Parro en su libro (1).

Desde la plaza de Padilla, bajando la Cuesta de Santo Domingo y torciendo por la primer bocacalle a la derecha, se encuentra el cobertizo de Santo Domingo. Este nos lleva a la plaza que hay delante de la iglesia de Monjas Bernardas de Santo Domingo de Silos, edificada por la portuguesa María de Silva, y notable por su retablo mayor, obra de Dominico Theotocopuli (1580). En aquel sitio, entre la plaza de Padilla, el cobertizo y la Cuesta de Santo Domingo, se halla un solar ruinoso, sin muros, al lado de una casita antigua; este es el que se llamó en otro tiempo solar de los Garcilaso. El lugar de em-

(1) O. c. II, 625.

plazamiento forma una abrupta pendiente; el corral, que linda con la plaza de Padilla, se une al palacio en forma de terraza. En este corral se encontraban aún restos de finos ladrillos y dos brocales de pozo muy bien conservados. El inquilino de la casita era un modesto mediantín, que había comprado poco hacía la casa y el solar «por haber sido de Garcilaso», y que cultivaba unos cuadros de fragantes flores. Cincuenta años atrás, aún se mantenía en pie el edificio, que servía de vivienda a numerosas familias; y en 1808, cuando la guerra de la Independencia, allí se reunía el batallón de estudiantes voluntarios llamado del Sagrario.

En el muro, fabricado de ladrillos y cantos en capas alternadas, que linda con aquel cobertizo, amplios ventanales dan idea de lo que debió ser el salón de la casa. Allí, en 1498, tuvo alojado el Comendador de León al Rey Manuel de Portugal cuando éste fue a Toledo para su matrimonio con la Princesa española Isabel, heredera del trono por la muerte del Príncipe Juan. SS. MM. Católicas y la novia habitaban entonces en el Palacio de Padilla.

Quien ahora pregunte allí por Garcilaso, acaso no encuentre ya ni estas ruinas.

En la ciudad de Posilipo escribió el poeta un soneto, que consta de dos partes, de entonación muy diferente. Los cuartetos dicen como sigue:

> La mar en medio y tierras he dejado
> de quanto bien, cuitado, yo tenía,
> y yéndome alejando cada día,
> gentes, costumbres, lenguas he pasado.
> Ya de volver estoy desconfiado:
> pienso remedios en mi fantasía;
> y el que más cierto espero, es aquel día
> que acabará la vida y el cuidado (1).

(1) Garcilaso, *Soneto III.*

El resto del soneto es un concepto tan frío como ingenioso, dedicado a una bella desdeñosa.

Los referidos versos de Garcilaso son una variante de aquel pasaje de la cuarta canción del Petrarca (1), parafraseado por Sannazaro (2); pero esta vez la imitación puede recabar sus derechos sobre el original por la verdad del sentimiento.

Así pensaba yo cuando, en una clara y fría mañana de Noviembre de 1892, recorría los lugares que hace siglos inspiraron al poeta aquel soneto. El cansancio de la vida se traduce en añoranzas del sitio donde pasamos nuestra juventud. En la *ciudad de las sirenas*

«de ocio y de amor antiguamente llena» (Elegía II),

esa nostalgia le hacía suspirar por los duros roquedales de la antigua ciudad gótica y por los muros hoy derruídos de la casa paterna. El mausoleo de mármol que el amor y el dolor de los suyos le erigió, no existe ya; pero, ¿a qué buscar una urna aislada en ese monte de sepulcros, en ese colosal panteón de Toledo? Góngora, que aún creía escuchar las melodiosas quejas de sus pastores en el rumor de los juncos del Tajo movidos de la brisa, dijo bien:

«pira es suya este monte de edificios».

CARLOS JUSTI

---

(1) Petrarca en la IV Canción:

Quante montagne ed acque
Quanto mar, quanti fiumi
M'ascondon que due lumi
Che quasi un bel sereno a mezzo l'dia
Fer le tenebre mie, etc.

(2) Sannazaro, *L'Arcadia*, VII (prosa):

«Ed io, per tanto spazio di cielo, per tanta longiquitá di terre, per tanti seni di mare, dal mio desio dilungato, in continuo dolore e lagrime mi consumo.»

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

ISABEL DE LA PAZ

(Isabel de Valois)

Cuando María Tudor yacía moribunda en Saint James, y toda Inglaterra padecía el desasosiego de una próxima mudanza, Feria ingeniosamente apuntaba a Isabel la idea de que podía asegurar la sucesión y consolidar su trono casándose con su cuñado el Rey de España, cuando su hermana muriera. Estimó Isabel tales insinuaciones con amable sonrisa, aunque a nada se obligó. Por espacio de algunas semanas, el principal empeño de Felipe y sus agentes fue perpetuar su influencia en Inglaterra mediante un casamiento con la nueva Reina. Todos se equivocaron en sus cálculos respecto al carácter de Isabel. Feria estaba seguro de que ella se decidiría a casarse con un extranjero. «Sus miradas muy bien podrían volverse hacia Vuestra Majestad.» Y, al fin, después de las deliberaciones engorrosas, que eran tan habituales en él, e interminables plegarias, Felipe asumió el continente de víctima del matrimonio, y encomendó a Feria que ofreciera su mano a la hija de Ana Bolena. Las condiciones que proponía eran ridículas, por desconocer por completo la fuerza de Isabel y el nuevo espíritu nacional del pueblo inglés. Le imponía, entre otras cosas, que se confesara católica y obtuviera la absolución secreta del Papa. «De este modo es evidente que yo hago servicio a

Dios casándome con ella, y que resultará convertida por mi obra.» Isabel agradeció ingeniosamente las galanterías que acompañaban la oferta; pero ni quiso ni osó aceptarla, y se divirtió con el tema hábil y regocijadamente hasta el último momento posible. Pendiente esta cuestión, Felipe mantuvo abiertas las negociaciones de paz con Francia, con el fin de ejercer mayor presión, si triunfaba en sus proyectos matrimoniales, para que fuera restituída a Inglaterra la plaza de Calais; pero luego que se patentizó que había sido burlado por aquella astuta joven, como se divierte el gato con los ratones, dió a entender claramente que emprendería las negociaciones por su cuenta con Calais o sin Calais, y firmó el tratado de Cateau Cambresis en 2 de Abril de 1559, dejando la secular fortaleza inglesa en poder de Francia.

En las negociaciones que siguieron a la subida de Isabel al trono, los consejeros de Felipe no cesaron de encarecer a la Reina la necesidad vital de mantener su influjo en Inglaterra, de grado o por fuerza, si otros medios no bastaban. La nueva Reina, decían, no estaba aún firmemente establecida, y ahora era tiempo de conseguirlo. Felipe comprendía que la amistad de Inglaterra le era de más importancia que nunca, pero odiaba la guerra; y el progreso del protestantismo en Europa, especialmente ahora que Isabel era Reina de Inglaterra, le sugería una combinación que cuadraba exactamente a sus métodos diplomáticos. Cuando se concluyeron las negociaciones de paz, en el verano de 1558, Enrique II de Francia había insinuado el plan de constituir una gran Liga de todas las potencias católicas para atajar los progresos de la herejía en Europa. Tales combinaciones se habían ensayado varias veces, pero jamás se habían proseguido con sinceridad; las tradiciones nacionales, demasiado fuertes, lo habían impedido siempre. Llegó a proponerse, en la efímera tregua de Vaucelles (1556), que se cimentara la amistad de España y Francia, mediante el matrimonio de Carlos, hijo unigénito de Felipe, con la hija de Enrique, Isabel de Francia.

Fracasó la proposición y se rompió la tregua; pero en los comienzos de la paz de Chateau Cambresis se trató una vez más el casamiento, y Felipe lo aceptó en principio. Cuando se vió claro, a la muerte de María Tudor, que Inglaterra, bajo la nueva Reina, se desentendía de todo, y hasta se ponía en oposición con España, Felipe decidió un cambio radical de política que aislara a Isabel, como más conveniente a sus fines que la guerra. Y así, se convino en estrechar la unión con Francia; el nombre de Felipe sustituyó al de su hijo en los tratados, y aquel viudo de treinta y dos años vino a ser el prometido de la princesa más bella y mejor dotada de Europa, la gentil primogénita de Enrique II y Catalina de Médicis. Fue aquello famosa hazaña política, porque no solamente juntaba a Francia con Felipe en su lucha contra la herejía, como se pensaba, sino que además le ponía en condiciones de emprender la tentativa en favor de los aliados, de quitar el trono a Isabel y dárselo a María de Escocia, la más próxima allegada de la familia católica, y prometida en matrimonio al Delfín. Por lo que a Francia se refiere, la substitución de Felipe por el hijo para marido de la Princesa era ventajosa; pues Don Carlos, aunque de la misma edad que la novia (catorce años), era deforme, epiléptico, con pocos años de vida probables para poder pensar en que reinara; al paso que Felipe, en lo más florido de su virilidad, era, en suma, el soberano más poderoso del mundo, y podía, si bien le parecía, ser de grande auxilio para hacer desaparecer de Francia la Reforma.

Isabel de Valois, o Isabel de la Paz, como la llamaron los españoles, era la flor de selección de una estirpe menguada. Alta, graciosa, de bella conformación, ya en su más tiernos años había sido destinada desde la cuna a un espléndido casamiento. «Mi hija Isabel es merecedora de más que un Ducado; ha de tener un Reino, decía engreído su padre cuando su hija Claudia, la más joven, fue desposada, al Duque de Lorena; y el embajador español que describía las magníficas fiestas de su bautizo en Fontainebleau, en Julio de 1546, dice que

«pusiéronle por nombre Isabel por la esperanza que se tenía de su futuro enlace entre ella y el Infante (Don Carlos), pues Isabel es nombre amado en España» (1). Nosotros dudamos de la exactitud de este aserto: el padrino de la Princesa fue Enrique VIII, y probablemente escogió este nombre en memoria de su propia madre Isabel de York.

Isabel se crió al lado de la joven Reina de Escocia; y aunque ésta era algunos años mayor, fueron ambas émulas en el aprendizaje de aquella educación a la moda, que, a la sazón, se imponía a las jóvenes de su rango. Las curiosas cartas didácticas en latín y en francés, escritas por María Estuardo a la edad de diez u once años a su tierna cuñada, aunque atildadas y con afectación, según las ideas de nuestro tiempo, esparcen oleadas de luz sobre la educación sistemática y severa que había de dirigir la futura posición a que estaban llamadas. Dejando a un lado toda la parte de galanterías inevitables en un cortesano como Brantôme, es evidente que Isabel poseía una belleza extremada. «Su rostro era dulcísimo, y sus ojos y cabellos negros formaban tal contraste con la blancura de su tez, y la prestaban tal encanto, que yo he oído decir en España no osar los caballeros mirar a ella por temor de quedar enamorados y ponerse en peligro de suscitar los celos del Rey. Los eclesiásticos, asimismo, se contenían de contemplarla por no padecer tentación, y estar persuadidos de no tener fuerza de voluntad suficiente a dominar su carne, si la miraban.» En 1552 fue prometida a Eduardo VI de Inglaterra, y este peligro para España, que pasó con la muerte de Eduardo, extremó el celo de Felipe y su padre en conservar firme ascendiente en Inglaterra tan pronto como la coronación de María diese margen a una alianza.

Esta era la bella de catorce años, cuyo retrato, hecho por

(1) Da el embajador español un relato curioso de las fiestas espléndidas con que se celebró, al mismo tiempo que el natalicio de Isabel, la paz de Inglaterra. (Véase *Spanish Calendar*, vol. VIII, por Martín Hume.)

Janet, fue enviado a Felipe en los primeros días de 1559. Fue él siempre admirador de las mujeres, y ya por dos veces cumplido y afectuoso marido; pero con su primera mujer se había casado siendo un niño, y enviudó al año; y con María Tudor, como hemos visto, se casó por razones políticas solamente. Doña Isabel de Osorio, que había sido su pública manceba por varios años, y había tenido hijos de ella, estaba ahora retirada en un convento, y, por de contado, ya la había olvidado. La vista de la sorprendente hermosura de la joven francesa parece haber conmovido el corazón de Felipe, hasta aquel grado en que era capaz de sentir (1). Pero aunque la novia era encantadora, y su propia familia agotaba los elogios en su favor, consideróse el matrimonio, por ambas partes, como un acto político de primer orden, si bien, como veremos, fue aún más de lo que se predecía. Era de supremo interés para Felipe tener algún ascendiente en la política francesa, ahora que la amistad de Inglaterra se le negaba; y el tener a su sagacísima hija al lado de Felipe era para el Rey de Francia garantía de que no se había de dar en España paso alguno en contra suya sin su conocimiento, y de que de él dependía la ayuda, o, al menos, la neutralidad de España, si necesitaba habérselas con los protestantes franceses o escoceses, que parecían amenazar las bases de su autoridad. En adelante, la grey católica viviría apartada de la piara protestante en todo el mundo.

Por esto, cuando el severo Duque de Alba, con su séquito de engalanados caballeros fué a París, en 19 de Junio de 1559, a desposar a Isabel por poderes de Felipe, la Corte y la capital, aderezadas con el más espléndido ornato, sintieron gran impresión al saber que aquellas bodas brillantes se destinaban

(1) El obispo de Limoges, escribiendo al cardenal Lorena poco después del desposorio (8 Agosto 1559), dice:

«Nunca príncipe se vió tan encantado con una criatura como éste (Felipe) con la Reina Católica, su mujer. Es imposible encarecer su gozo en los límites de una carta.» L. Paris: *Negociations sous François II.*

a marcar un nuevo rumbo en la política de la Cristiandad. Conducidos por Príncipes de la sangre real de Francia, los españoles y flamencos que representaban a Felipe cabalgaban en lucida comitiva por entre la multitud apiñada y gozosa hacia el Louvre, anunciados por músicas triunfales y recibidos a las puertas por el propio Enrique II y su corte. Apeóse Alba y arrodillóse a los pies del Rey, y cogidos del brazo el apoderado de Felipe y el secular enemigo, entraron en la gran sala, en donde la Reina Catalina y su hija aparecían sentadas, rebosantes de magnificencia y circundadas de sus damas. Al arrodillarse Alba y besarle la orla de su vestido, cuéntase que perdiera ella los colores de su rostro, y levantándose de su asiento, estuvo en pie mientras el Duque leía el mensaje de su señor, y le entregaba un espléndido escriño de joyas, de que le hacía presente. Uno de los regalos era el retrato del novio, hecho en un soberbio broche de diamantes, que Isabel oprimió contra sus labios.

Al día siguiente, 20 de Junio, juntóse en el gran salón del Louvre muchedumbre de príncipes y nobles de Francia, y se verificó la ceremonia de los desposorios, que consistía en dar a Isabel el título de Reina de España, y el jueves 21, desde la madrugada, animó la capital entera la alegría del casamiento. Los franceses y españoles no hablaban de otra cosa que de la hermosura de la novia. El mismo Alba, con lo tétrico que era, no contuvo sus exclamaciones de maravilla por las perfecciones de la nueva Reina, y acertó a ser inspirado como un trovador en los encarecimientos que por carta hacía a Felipe de ella. Isabel, a la verdad, había sido bien aleccionada por su madre, a quien temía y admiraba más que a ninguna otra persona en el mundo. Catalina de Médicis estaba todavía en cierto modo agazapada en la sombra; pues, en rigor, la verdadera Reina era la Duquesa de Valentinois; pero siendo profundamente sagaz, había moldeado excelentemente a su hija predilecta para el papel que debería representar. Isabel misma se daba entera cuenta de la gran posición que estaba destinada

a desempeñar, y se enorgullecía de aquel triunfo, que a nadie más que a ella era debido.

Conducíase en las ceremonias de ensayo con aquella compostura y gracia que comprendía sentar bien a una Reina de España; y según avanzaba llevada de la mano de su padre por el pórtico, suntuosamente adornado, que conducía desde el palacio del obispo a la puerta principal de Nuestra Señora, ofrecía una visión de belleza, realzada con tan pomposa magnificencia, que rara vez se había visto igualada, ni aun cuando el casamiento de su amiga y cuñada María Estuardo, que allí mismo había tenido lugar, no hacía mucho tiempo. La basquiña de Isabel estaba literalmente entretejida de perlas. Ceñía su cuello un collar, del que pendía el retrato de Felipe, y la gran perla periforme que constituía el más precioso tesoro de las joyas reales de España. Su manto, de terciopelo azul, estaba enriquecido con una franja bordada, de un pie de ancho.

La cola de su espléndida falda llevábanla su hermana Claudia, Duquesa de Lorena, y María Estuardo, Reina de Escocia, y, como ella la llamaba en broma, Reina de Inglaterra. Isabel ceñía corona imperial, que, según dicen, despedía de sí una aureola de luz al andar; tal refulgían las joyas de que estaba formada (1). Alba, con manto de oro e insignias reales, representaba a su señor ausente, y en nombre de él fue desposado por el Cardenal de Borbón. Parece, en verdad, que en aquella ocasión se llegó al límite de la esplendidez, porque Francia y España, eternas enemigas, trataron de deslumbrarse mutuamente, derrochando magnificencias.

No fueron tampoco escasos los piques y manifestaciones de altanería, porque venía a ser esto el triunfo de la casa de Lorena, y el bonachón Duque de Guisa y sus hermanos no se tomaron el trabajo de disimular su engreimiento, mientras los príncipes de la casa de Borbón, los Montmorencis y los reformadores estaban llenos de recelos, porque comprendían que

(1) *Elizabeth de Valois*, por Miss Freer, cit. por Godefroi.

sus enemigos tenían abierto el paso de los Pirineos para recibir ayuda del más poderoso monarca de la tierra. La Reina Catalina, con todo su clericalismo, se sonreía con malicioso gesto, porque no profesaba amor ninguno a la casa de los Guisas. Prosiguiéronse las fiestas por algunos días; mascaradas y banquetes, bailes y torneos, se sucedían sin tregua, con esplendidez que hastiaba, pues otra Princesa de Francia, Margarita, fue desposada en aquel tiempo con el Duque de Saboya, y aquellas dobles nupcias reclamaban doblados festejos.

Pero la flor de estas vistosas fiestas tuvo lugar bajo la sombra de los muros de la Bastilla, casi junto a la puerta de San Antonio, el 30 de Junio. En pomposas tribunas, bajo doseles de seda bordada, estaban sentadas las Reinas de Francia y España, Catalina y su hija predilecta; y las Duquesas de Lorena y Saboya, con la corte más espléndida de la cristiandad, ocupaban sus asientos en toda la extensión de palcos que circuían el campo de la liza, para contemplar el torneo. Aquellos radicales cortesanos, en medio del gozo que revelaban en sus semblantes, y en sus galantes conversaciones con las damas, bien conocían que lo que aquellas fiestas de bodas celebraban realmente, era un acontecimiento político de primera magnitud. Ello predecía la supresión del protestantismo en Escocia por Francia, una guerra con Inglaterra, y la demolición de la Reforma en Francia misma y en Flandes; porque en lo sucesivo no había de existir funesta rivalidad entre Felipe y su nuevo suegro, y aquel suceso erigía a los Guisas en dueños de Francia.

Pero nadie hubiera augurado que el golpe que iba a poner en movimiento todos estos acontecimientos iba a ser tan pronto asestado. Enrique II, presuntuoso y envanecido por su indiscutible superioridad en los deportes caballerescos, cabalgaba por la liza en disforme corcel de guerra, adornado, como el jinete, con divisas blancas y negras cruzadas con medias lunas, que eran el emblema de Diana de Poitiers, Duquesa de Valentinois. El Rey de Francia estaba determinado a probar

en presencia de los grandes de España que él, por su parte, no era, como era su rey Felipe, caballero por las exterioridades y títulos, sino por esfuerzo propio, y así empezó a justar victoriosamente con príncipes y nobles, hasta que la claridad del día fue acabándose. Catalina, deseando dar fin a tan peligroso juego, envió recado de la tribuna para pedir a su marido que no contendiese más por aquel día. Enrique sonrió con desprecio por tan tímido consejo. Estaba comprometido a justar una vez más con el caballero franco-escocés Montgomerie, Sieur de L'Orge. Al primer encuentro, la lanza de Montgomerie se llevó por delante la visera del Rey; los hierros se rompieron con la fuerza del golpe, y una larga y aguda astilla penetró en un ojo y en el cerebro de Enrique de Valois, que al cabo de tres días murió.

Toda la situación política cambió en un día. El nuevo Rey, Francisco, y su mujer, María Estuardo, no eran ya niños, y los tíos de la joven Reina, los Guisas, habrían de dominar en Francia, si no querían ser tiranizados por Catalina en su propio país. A ella se le iba a presentar ahora la ocasión, o estaba ya presente. Había consentido sin murmurar, por espacio de varios años, que la amiga del Rey tuviera el cetro; mas si lograba hacer una coalición de todos los enemigos de los Guisas, vendría a ser Catalina soberana en Francia. No se podía pensar en utilizar la alianza de España con el solo objeto de destruir el protestantismo, pues esto, en parte, equivalía a dar favor a los Guisas; pero si por la diplomacia y los esfuerzos de su hija se podría atraer la ayuda de España para defender sus intereses personales, no podría menos de triunfar de sus enemigos. Necesitaba, como veremos, consumada habilidad y marrullería, y a la postre no tuvo éxito, pues Felipe, naturalmente, propendía a simpatizar con los Guisas, enemigos declarados de la Reforma, aunque se dejara influir también por su mujer.

De esta suerte, la misión que incumbía a Isabel de Valois al casarse con Felipe había cambiado en un momento por ins-

trumento de la fatal lanza de Montgomerie, y se convirtió, de misión nacional y religiosa, en personal y política, pues era Felipe hombre difícil para ser manejado por otros; lo que él había pretendido era la neutralidad de Francia para sofocar la herejía, y no tenía interés ninguno en favorecer los planes de una italiana ambiciosa a quien detestaba; aunque al principio existía precisamente un elemento que le inducía a poner buena cara a Catalina, por muy dudosa que fuera la ortodoxia de esta mujer. Y es que la Reina de Escocia y Francia era la heredera de Inglaterra dentro del partido católico, y los Guisas estaban ya disponiéndose a utilizar la fuerza de Francia para despojar a Isabel en favor de su sobrina. Esto Felipe no podía consentirlo; más le convenía una Inglaterra protestante que una Inglaterra francesa; de esta manera se sobreponían nuevamente los intereses nacionales a los religiosos, y antes de que la tinta con que se firmó el tratado de Cateau Cambresis estuviera seca, el espíritu que lo informó estaba tan muerto como el Rey que lo había concebido.

Cuando llegaron a Felipe las nuevas de la muerte de Enrique II, seguía en Gante suspirando por volver a su amada España, y lleno de ansiedad más que nunca, porque la detestada herejía levantaba cabeza tan pronto como él estaba ausente. A sus súbditos de Holanda era menester enseñarles también sumisión. Isabel de Inglaterra se portaba de modo ostensible insolentemente con él, y si España aflojaba en la ortodoxia, podía tener su pleito por perdido. Su más apremiante necesidad, en consecuencia, era, por el momento, conservar intacta la alianza con Francia para el próposito que tenía en su mente, mientras restringía la actividad de los Guisas en Inglaterra a favor de su sobrina María Estuardo. Al principio marchaba todo a maravilla. Los Montmorencis y los príncipes de Borbón fueron destituídos de su poder político; el partido ultra-católico gozaba del predominio, y aun la misma Reina madre, Catalina, laboraba en aparente armonía con los Guisas. Pero para asentar firmemente su mano sobre Francia, nece-

sitaba Felipe tener a su lado lo más pronto posible a su joven esposa. Seguía Isabel en riguroso retiro, a causa del luto, al lado de su madre, y Felipe la instaba incesantemente a que apresurara el viaje para ir con él, cuando en Julio el Embajador francés, el Obispo de Limoges, del partido de los Guisas, dijo al impaciente esposo que la Princesa sólo aguardaba ya las instrucciones de Felipe para comenzar el viaje hacia la frontera española.

Como de costumbre, estudió y discutió Felipe hasta el más mínimo pormenor, con su Consejo en Gante, la elección de confesor para la Reina, la escrupulosa etiqueta que había de emplearse para la recepción de Isabel en territorio español, y además de esto, el número de franceses que habían de formar la comitiva, el total de bagajes que ella y el séquito deberían llevar, y hasta la manera exacta de cumplimentar ella a los españoles que fueran a recibirla. El 3 de Agosto escribió Felipe, desde Gante, al Cardenal Arzobispo de Burgos, para que se dispusiera con su hermano, el Duque del Infantado, a marchar a la frontera para recibir a la nueva Reina tan pronto como él llegara a España. Pero la partida de Isabel no pudo aparejarse tan presto. Había de prepararse un ajuar prodigioso, tan enorme, por cierto, que causó desaliento en los servidores españoles que tenían a su cargo su conducción a través de los Pirineos y por ásperos caminos de España; también a Catalina repugnaba dejar marchar a su hija sin aleccionarla de todo en la nueva tarea que había de desempeñar en España, e hizo insistencia porque aguardara a la coronación de su hermano Francisco II, que había de tener lugar en Reims hacía mediados de Setiembre.

Felipe, siempre impaciente por la llegada de su esposa, llegó a España embarcado el 8 de Setiembre de 1559, y señaló su arribo con el gran auto de fe de Valladolid, con que pareció querer indicar a Europa que la herejía empezaría a ser exterminada en los dominios del Rey católico. Henchido de trascendentales planes religiosos, porque le era necesario si quería

asegurarse de Francia, le era más que nunca indispensable la presencia de Isabel, y así despachó en Octubre un enviado especial, el Conde de Buendía, a Francia para pedir que la Reina se pusiera luego en camino: «Primeramente, por el ferviente deseo de Su Majestad de ver y tener a la Reina católica en su reino lo más pronto posible, y así pedía a su cuñado el Rey Cristianísimo y a la Reina Catalina para que arreglaran todo de manera que la Reina, en cualquier caso, partiera y estuviera en Bayona a fines de Noviembre» (1). Y aun escribió el Rey, para el mismo efecto, otra carta a Isabel misma, y ella, en contestación, prometió por el Embajador francés en España no dilatar más su partida.

Pero siguieron semanas y semanas, y la esposa no venía. Llegaban a ella espléndidos presentes y amables mensajes de parte de Felipe, a que respondían cariñosas cartas de Isabel y su madre. Mas ya la intriga había encizañado la corte francesa, y Catalina intentó obtener promesas de Felipe de que la ayudaría en contra de aquellos que, según decía, alborotaban el reino de su hijo. Buscábanse toda clase de pretextos de retener a Isabel, mientras Felipe no soltara la promesa que de él se requería. Encontráronle no más que cortés, y, al fin, ya muy entrado el invierno (17 Diciembre), Isabel, con su madre y hermano y un gran séquito de cortesanos, dejaron a Blois para emprender su largo viaje al Mediodía. La servidumbre de la nueva Reina, designada por su madre, era en extremo numerosa, a pesar de las advertencias de los agentes de Felipe de que no se le consentiría permanecer en España. Tres príncipes de la casa de Borbón: Antonio, Duque de Vendôme, marido de Juana Albrit, Reina titular de Navarra; su hermano el cardenal de Borbón, y el príncipe de Roche sur Yon, habían de acompañarla a la frontera, que era buen pretexto para sacarlos de París, y dos Princesas de Borbón, la Condesa de Harcour

(1) *Documentos Inéditos*, vol. III. Felipe a Francisco II, desde Valladolid.

(Madame de Rieux) y su sobrina Ana de Borbón, irían con ella a España.

Todos estos grandes personajes y docenas de otros menos importantes que completaban las listas de servidumbre y trenes de bagajes, se requerían para aquel viaje, harto largo y fastidioso, a causa de la nieve de los caminos; aunque se había prevenido la mayor dificultad tocante al transporte de la enorme impedimenta que necesitaban Isabel y sus damas, pues se envió mucho por mar, y llegó a España después de largo tiempo, con gran disgusto de las damas, que a toda costa querían presentarse en las ceremonias de la corte magníficamente aderezadas. La novia desfallecía según se iba acercando el momento de decir adiós a su madre. Amaba a Francia fervientemente, con pasión que no disminuyó hasta el último momento de su vida, y el pueblo francés la recompensaba de ello con su afecto. A lo largo de los caminos, hasta llegar a Chatellerault, se detenían las muchedumbres llorosas, invocando bendiciones para aquel ángel que iba a ser sacrificado en el ara de la paz. Francia y España habían estado en guerra durante varias generaciones: el porte altivo y frío de Felipe, que tan mala impresión había producido a los flamencos, era igualmente desagradable para los franceses, y los cuentos que circulaban sobre la sombría rigidez de su corte monástica llenaban de pavor el corazón de la bella joven.

Permanecieron algunos días madre e hija en Chatellerault, con el sinsabor de tener que despedirse; mas al fin, en 29 de Noviembre, ya no se dilató más la partida, y con el más profundo quebranto se separaron madre e hija llorando sin consuelo. Habíase iniciado Isabel en la escuela poética en que cantó Ronsard, y no había cortesano que no supiese rimar sus cuitas. De esto dió durante toda su vida innúmeras pruebas María Estuardo, y aconteció otro tanto a Isabel. Ella y su madre se habían cambiado cartas poéticas durante la temporada del luto, y continuaron haciéndolo en lo sucesivo; en su viaje solitario desde Chatellerault, se consolaba Isabel dictando una

carta en verso para su madre, de quien acababa de separarse. Como poesía, deja bastante que desear. El poema es muy largo para poderse citar entero: en él, parangona la escritora el deseo de ver a su marido con el amor natural, incomparablemente mayor que siente por su madre, de quien dice es para ella padre, madre y marido todo junto. La epístola termina así:

«Tantost je sens mon œil plorer puis ryre,
Mais la fin est toujours d'estre martyre,
Qui durera sans prendre fin ne cesse,
Jusques à tant que je reprenne adresse
Pour retourner vers vous en diligence:
Lors oblyant la trop facheuse absence
Je recevrai la joye et le plaisir,
Et joyrez de mon parfait desir
D'ensemble veoir père mère et mari» (1).

El siguiente día trajo a Isabel un poema semejante, de adioses desconsoladores de su madre, y algunos versos realmente poéticos de María Estuardo, entre los cuales se leen éstos:

«Les pleurs font mal au cœur joyeux et sain,
Mais au dolent, ils servent quasi de pain:
Car si le mal par les pleurs n'est allegé
A tout moins il en est soulagé.»

Proseguía la luenga cabalgata lentamente su camino por las tierras nevadas de la Francia. Interminables cuestiones de etiqueta, motivadas por la soberbia y celotipia de ambos lados, daban ocupación a los oficiales franceses y españoles mientras tanto. Felipe, como de costumbre, paraba atención en el más mínimo detalle. El altivo Cardenal Mendoza se oponía a dar precedencia al Rey de Navarra, pues no era Rey en

(1) Bibliothèque Nationale, «Fonds François», núm. 7.237, donde hay una colección considerable de poemas de la madre y de la hija sin publicar aún. Miss Frere cita algunos versos de Catalina a Isabel, pero no los precedentes.

rigor, y el Dux de Venecia mismo había cedido siempre su lugar al Cardenal. «El Príncipe de Roche sur Yon puede ser llamado «señoría», porque es de sangre real; pero no puede tener más privilegios que un Embajador en España.» La condesa de Ureña, que sería camarera de Isabel y era dama ensoberbecida con la intimidad de Felipe, se asignaría a la compañía de la Reina para decidir sobre todos los puntos de etiqueta femenil; y López de Guzmán, nombrado Mayordomo mayor de Isabel, había de prevenir todo lo concerniente al servicio de mesa, con arreglo al ceremonial español. Al Cardenal Mendoza se le ordenó que fuera él quien se adelantara el primero a saludar humildemente a la Reina, y a su hermano el Duque se acercara a besar su mano, aunque ella mostrara resistencia. Todas las mañanas iría el Cardenal a visitarla, y ella había de recibirle en pie y ordenar que trajeran un sillón para él, en que se sentaría mientras ella permanecería de pie durante la visita. El Duque del Infantado, jefe de los Mendozas, sería el único a quien recibiría la Reina en pie, la primera vez que fuera a visitarla, y a él se le habría de poner un escabel tapizado de terciopelo rojo; mas se prevenía al Duque que este privilegio era duradero hasta que acabase el viaje, y cesaría tan pronto como la Reina se juntara con su marido (1). Y así sucesivamente se habían ido estudiando todos los pormenores, teniendo en cuenta los distintos grados de la jerarquía cortesana, lo cual de suyo era bastante para aterrorizar el ánimo de una joven de quince años que había pasado su vida en la placentera corte poética de su padre.

Cruel ironía fue la de enviar al ilusorio Rey consorte de Navarra, Antonio de Borbón, a hacer entrega de la consorte francesa al efectivo Rey de Navarra, en la frontera del reducido reino montañoso, y si aceptó esta misión, probablemente fue sólo con la esperanza de que en las interminables negociaciones pendientes se le adjudicase alguna compensación, como

(1) *Documentos inéditos*, vol. III.

la del título de Rey de Cerdeña, pues la ocasión se prestaba. Felipe mantuvo las ilusiones del pobre fatuo en tanto que a él le convino, pero sin la más remota intención de satisfacer a la Casa de Navarra. Cuando llegó la comitiva de la Reina por entre profundas barranqueras nevadas a la población fronteriza de San Juan de Pie de Puerto, en el último día del 1559, y se dejaron la Francia tras sí, Antonio y los demás Borbones estuvieron alerta, por si atisbaban algún rumor sobre lo que podían esperar de los españoles en el asunto mentado. El cambio de acompañamiento de la Reina por la enviada de parte de Felipe había de verificarse en un lugar emplazado entre San Juan y el pueblecillo español de Roncesvalles; pero la inclemencia del tiempo, con la abundancia de nieve, hizo imposible llegar al lugar convenido; y durante tres días, Isabel y su séquito se vieron bloqueados por el temporal en San Juan. Por primera vez vistió a la usanza española y recibió algunos servidores de esta nación. El 3 de Enero de 1560 volvió grupas hacia la frontera, porque no quería entrar en su nuevo reino en litera, y de este modo, con un verdadero ejército de sirvientes y de bagaje, hubo de caminar por aquellos agrestes caminos del valle de Valcarlos en España.

El frío era intenso, y por los altos caminos de las sierras soplaban furiosamente los ventisqueros; mas ella avanzó animosamente para poder ganar el refugio de la iglesia de Nuestra Señora de Roncesvalles. Fue esto buena determinación para los franceses, y Antonio de Borbón no hubiera pasado la frontera antes si no hubiera sido por la insistencia de Isabel y la imposibilidad de llevar adelante el programa ceremonioso de hacer entrega de la Reina en un paraje de los Pirineos, en medio de un espantoso temporal de nieve. No pensaba ir más allá de Roncesvalles ni aunque fueran dos leguas, distancia a que estaba el Espinal, en donde se alojaban el Cardenal y el Duque con toda su comitiva. A las puertas del monasterio de Agustinos, donde el Rey de Navarra ayudó a apear a la aterida Reina, se presentaron, además del Prior y otras dignidades,

un grupo de nobles españoles que habían ido a caballo desde Espinal para saludar por cuenta propia a su nueva Reina; acabadas las ceremonias religiosas y rezos en la iglesia lindamente decorada, aquellos nobles, con su servidumbre, estuvieron a punto de venir a las manos con los de la comitiva francesa. Al dejar Isabel la iglesia para entrar en el aposento que se había prevenido para ella en el monasterio, los españoles, celosos de que en su propio país sólo franceses asistieran a la Reina, se agruparon sin orden de nadie en torno de ella y hubieron menester de separarlos de allí a la fuerza (1).

Dominaban los recelos y suspicacias en ambas partes. Se había convenido tras de mucho engorro cortesanil, que la transferencia de la Reina a la comitiva española había de hacerse precisamente en un lugar situado entre Roncesvalles y el Espinal; Antonio se opuso, haciendo del mal tiempo una excusa—razonable por cierto,—para excitar a los españoles a llegar a Roncesvalles antes que exponer a la Reina y a ellos a verificar una larga ceremoniá a campo raso sobre la nieve acumulada a una altura de tres pies. Pero el del Infantado, turbado ante la idea de que a él y a su hermano se les exigiera dar un paso más que a los franceses, se negó. Alegó sus razones Antonio, pero en vano; y así pasó Isabel en aquel monasterio del valle pirenaico dos días más, esperando a que cediera la terquedad de uno u otro. Por fin, perdió la paciencia. Tenía tan a pecho como nadie la honra francesa, pero comprendía que el éxito de su misión dependería de si sabía ganarse los afectos de los españoles, por lo que mandó el 5 de Enero llamar al de Navarra, y le dijo que su intención era ir al lugar convenido para la transferencia. Los nobles franceses se enojaron, y en un principio pensaron en retornar, pero Isabel, con

(1) La relación del viaje de Isabel y su recibimiento se ha sacado, en su mayor parte, de relatos hechos por testigos oculares que entran en la correspondencia publicada por L. M. Paris en sus *Negociations sous François II.*

ser tan joven, supo mostrarse imperiosa e insistió, y entre torrentes de agua y nieve con las ropas del ceremonial enlodadas, se disponía ya a partir la gran comitiva, cuando llega la grata noticia del Espinal de que el Duque y el Cardenal se habían apaciguado y estaban ya en camino de Roncesvalles para obedecer, según decían, a la voluntad de la Reina.

Siguióse a esto enorme confusión, porque casi todo el bagaje, con colgaduras, guarniciones y aderezos, había sido embalado y gran parte había sido expedido ya, especialmente los mejores vestidos y adornos de la multitud de damas que acompañaba a Isabel, cosas destinadas a usarse un solo día. La luz iba acabándose en el desapacible día de invierno en que el Cardenal Mendoza y su hermano, precedidos de sesenta nobles españoles galanamente vestidos, subían en filas al salón iluminado por las antorchas; al fondo se alzaba un dosel bajo el cual se aparecía el Cardenal de Borbón rodeado de nobles y eclesiásticos franceses. Bajo un pabellón blasonado con los lises de Francia, se cambiaron los poderes de los emisarios, leyéndose los textos alusivos; y luego, con gran prodigalidad de saludos atildados y ceremoniosos, fueron conducidos los nobles españoles a una sala en que aparecía sobre un trono Isabel acompañada del rey Antonio y las dos damas de la casa de Borbón. Aquel lugar, emplazado en un monasterio solitario era poco adecuado para ceremonias de corte; y los españoles, tan solícitos por presentar sus homenajes a su nueva Reina, pronto perdieron toda conveniencia y en precipitada multitud llenaron la sala, tratando cada español de ocupar el mejor sitio y desalojando rudamente al francés que lo viniera ocupando, y aun a las mismas damas francesas, hasta que no quedaron más que ellos solos.

Isabel permaneció serena y digna, determinada a no decir nada que pudiera ofender a los españoles; pero cuando se adelantaron los Mendozas y se verificó el cambio de escolta, y en pie recibió sus saludos, se pintó de palidez su rostro. Durante los interminables discursos que acompañaron la ceremonia de

la transferencia siguió tranquila, hasta que el de Navarra hizo entrega de la custodia de la Reina a los españoles, diciendo: «Esta Princesa, que yo he tomado de la casa del Rey más grande de la tierra, va a ser entregada al más ilustre Soberano de ella.» Dicho esto, los Príncipes de Borbón se adelantaron para arrodillarse ante ella y decirle adiós; la fuerza de Isabel se debilitó y comenzó a llorar amargamente. El Cardenal Mendoza, para aprovecharse de la circunstancia, se adelantó y cantó el versículo *Audi filia et vide et inclina aurem tuam*, a que respondió cantando otro sacerdote español: *Obliviscere populum tuum, et domum patris tui.* Isabel amaba a su pueblo y el hogar de sus padres tiernamente; y ahora había de ir, casi niña, a pasar el resto de su vida entre extranjeros que habían sido los enemigos de su Casa durante tantas generaciones, para casarse con un hombre a quien nunca había visto, pero del que había oído contar tanto mal. Al cantar el sacerdote las palabras del versículo, parecíale oír a la quebrantada doncella la sentencia de su condenación, y anegada en llanto, se echó en brazos de Antonio de Navarra y de su hermano. Tomóla de la mano suavemente el Duque del Infantado, y la reprendió cariñosamente de que tal libertad usara una Reina de España con el Duque de Vendôme. En medio de su pena, replicó ella con agudeza que si así lo hacía era por orden de su hermano y como Princesa de sangre real, y según la usanza de aquella nación a que hasta entonces había pertenecido (1). Y sin dejar de llorar la bellísima doncella, fué conducida a la litera española que aguardándole estaba, y empezaron a caminar, siempre nevando, al són de infinitas trompetas y clarines, hasta llegar al mísero pueblo de Burguete, donde habían de pasar la noche; allí reposó bien, provista de ropas de camas, colgaduras, hachas, alimentos y delicadezas que en-

(1) *Negociations sous François II*, pág. 173.

viaron los franceses para abastecer aquellas pobres jornadas (1).

No hay aquí espacio para seguir a la Reina paso a paso, por su nuevo reino, hasta juntarse con su marido. Aumentaron los celos y acritudes entre los franceses que aún siguieron acompañando a la Reina, y los cortesanos españoles. En Pamplona, donde la compañía pasó tres días, Isabel hechizó los corazones de todos con su gracia y belleza, al pasar entre la muchedumbre, apiñada en el trayecto desde la Catedral al Palacio Real, en que había de alojarse. En lo alto de la escalinata estaba una dama de cincuenta años, altiva y seca en apariencia, pero por entonces toda sonrisas con que acompañaba el acto de besarle la mano y entregarle una carta del Rey Felipe. Era la Condesa de Ureña, hermana de los Alburquerques y Toledos, y una de las señoras más ilustres de España, a la que Felipe había elegido para que sirviera de guía, consejera y amiga a su nueva consorte. Miró con ceño a las dos Princesas de Borbón, que tenía obligación de saludar. Al partir de Pamplona, después de tres días de regocijos, Isabel, con ánimo de obsequiar a la Condesa, le ofreció un sitio en su propia litera. Pensó tal vez que no lo aceptaría; pero precisamente se perecía por encontrar una ocasión en que mostrar su precedencia con respecto a las otras; tan luego como la comitiva se puso en movimiento, los lacayos de la de Ureña echaron violentamente a un lado el equipaje de la primogénita de Borbón, Madame de Rieux, y de la sobrina soltera, y pusieron el de la Condesa en su lugar. Resultó de ello, como es natural, una pendencia, y el apelar a la Reina, que decidió tranquilamente en favor de la sangre real de Francia, hasta que el Rey Felipe mismo diera sus órdenes, lo que él hizo con arreglo al dictamen de su esposa, colocando a la Condesa entre Madame de Rieux y la sobrina. Pero la altiva dama guardó en el fondo del alma la memoria del menosprecio, y no pocas horas de sinsabores acarreó a Isabel este incidente.

(1) Más necesidad sentían de estos regalos, según se dice, las pobres doncellas de honor, cuyo bagaje y camas se habían extraviado.

Puede decirse que ahora comenzaba la vida de la joven Reina en España, y ya había mostrado tacto y diplomacia extraordinarios para una mujer de quince años. Su ascendiente sobre el afecto de los españoles fue irresistible desde el primer día, debiéndose, en parte, claro es, a su gran belleza y dulzura, mas también a su pronta adaptabilidad y respeto a las costumbres españolas.

Desde su niñez había estudiado el español, y a las muy pocas semanas de su entrada lo hablaba fácilmente. Pero nunca olvidó su país ni su lengua. «A los franceses hablaba siempre francés»—escribía Brantôme,—y no se permitió nunca interrumpir su uso, leyendo siempre en francés los libros más bellos que se producían en Francia, que tenía gran empeño en poseer. A los españoles y a los otros extranjeros hablaba en español correctísimamente. En suma, era la princesa en todo perfecta, y además, tan espléndida y generosa como nunca otra se vió. Nunca llevaba un vestido dos veces, sino que después de haberlo puesto una vez, lo daba a sus damas, y Dios sabe cuán ricos y espléndidos eran; tan ricos y soberbios, en verdad, que el menos bueno había costado sus trescientos o cuatrocientos escudos, pues el Rey su esposo se mostraba con ella sumamente pródigo en estas cosas. Cada día tenía el suyo, como me contó a mí su propio sastre, que llegó allí pobre y fue luego riquísimo, como lo he visto yo con mis propios ojos. Eran las ropas de Isabel magníficas y le sentaban a maravilla; entre otros vestidos, sobresalían unos con mangas acuchilladas con lazos, y su tocado correspondía tan bien, que no había más que pedir. Los que la veían en pintura, quedaban pasmados; pensad ahora cómo quedarían los que la veían cara a cara con aquella su dulzura y gentileza... Cuando iba fuera, o a la iglesia, o a los conventos, o bien a los jardines, era tal el concurso de gente que se reunía para contemplarla, que era punto menos que imposible poder andar, y cierto, se tenía por dichoso el que tras mucho trabajo podía decir: «Yo he visto a la Reina.» Nunca hubo Reina tan amada en España, ni aun la

misma Reina Isabel la Católica. La gente la llamaba la Reina de la paz y de la bondad, y nuestros franceses la llamaban *Rama de Oliva* (1).

Aguardaba Felipe en Guadalajara, ciudad de los Mendozas, la llegada de su prometida, con toda impaciencia. Desde Toledo había ido con él su hermana Juana, desolada en su viudez, y al saber, en fin de Enero de 1560, que la comitiva de la Reina se aproximaba, se hizo saber que el Rey gustaba de que se hicieran esfuerzos especiales para que la ciudad recibiera dignamente a su novia. Entre floridos bosquetes artificiales, que retenían cautivos multitud de pájaros y otros animales; por entre hileras de cabañuelas lindamente adornadas, en que se encontraba abundancia de provisiones, para que sin gasto pudieran refrigerarse los de la comitiva, y entre una calle de personajes principales arrodillados, vestidos de terciopelo carmesí y raso blanco, y un concurso de gente embelesada, entró Isabel en la ciudad, teniendo a sus lados al Cardenal Mendoza y al Duque del Infantado.

A la puerta del renombrado palacio de los Mendozas, en que Felipe se alojaba, estaba la Princesa Juana, que hizo acción de arrodillarse y le besó en la franja de su vestido; luego la condujeron por la mano al amplio zaguán, en cuyo fondo habían alzado un suntuoso altar. Ante él, en silla de oro, estaba sentado el esposo de Isabel, grave de aspecto, aún más de lo que requerían sus treinta y tres años. Saludó a su novia ceremoniosamente, y terminada la misa se llevó a efecto el casamiento, bendiciéndolo el Cardenal Mendoza.

La impaciencia de Felipe porque Isabel viniera había sido más política que personal, pues necesitaba, ante todo, estar seguro de Francia, y en un principio hubo poca cordialidad entre los recién casados. La primera tarde, estando los soberanos presenciando la corrida de toros y los juegos de cañas que se celebraban en la gran plaza de Guadalajara para festejar las bodas,

(1) Brantôme: *Dames illustres*.

la aterrada joven miraba tan fijamente al rostro de su marido, que éste se disgustó, y, volviéndose a ella, le dijo con amabilidad: «¿Cómo así me miráis? ¿Es para ver si tengo el pelo entrecano?» (1). Durante las fiestas monótonas que siguieron, pareció que el matrimonio no prometía buenas consecuencias. Era Isabel muchacha sin formar, inexperta, y le agobiaba con pesadumbre la misión que su madre le había confiado. En torno suyo rugían incesantes rivalidades, no sólo entre la Condesa de Ureña y las damas francesas, sino entre éstas mismas, y fue menester toda la autoridad de Catalina de Médicis y el temor que inspiraba a su hija para mantenerse Isabel en el justo medio entre las facciones que se peleaban.

Las cartas que se cambiaron entre ellas manifiestan cuán absoluto era el dominio que al principio ejercía Catalina sobre su hija, dominio que más tarde fue substituído en vasta proporción por el de Felipe. Isabel, en las riñas de sus damas francesas, se había inclinado en favor de Madame Vimeux, contra Madame de Clermont; y, como niña, había hecho amistades con algunas de sus doncellas francesas más jóvenes. Sobre este asunto le escribía la madre: «Parece muy mal, en la posición que ocupáis, dar a entender que sois una niña todavía, pues dais mucha importancia a las doncellas en presencia de la gente. Cuando estéis sola en vuestras habitaciones, podéis entreteneros y jugar con ellas cuanto os plazca; pero ante la gente habéis de reverenciar a vuestra prima (2) y a Madame de Clermont. Hablad con ellas y haced caso de lo que os digan, porque ambas son de juicio, y otra cosa no buscan que vuestro honor y bienestar; en cuanto a esas otras muchachuelas, nada os pueden enseñar, como no sean necedades e inconveniencias. Así que, haced lo que os digo, si queréis dejarme

(1) Brantôme dice que oyó esto de una de las damas de compañía de Isabel, que estaba presente.

(2) Ana de Borbón Montpensier.

contenta y que os tenga amor, y demostrarme que me amáis como es debido» (1).

De Guadalajara pasaron Felipe y su consorte a Toledo, para completar las fiestas y presentar a su hijo Don Carlos a las Cortes y recibir su vasallaje como heredero de la corona de Castilla. La capital recibió a la Reina con pompa inusitada, y acabada la recepción pública se retiró Isabel a sus habitaciones con sus doncellas favoritas francesas, que, por divertirla, bailaron delante de ella. Pronto la Reina, contenta y animada, se levantó y danzó varias veces. Advirtieron algunas de las damas de más edad que el color de su cara era más encendido que de ordinario, instruídas como estaban por Catalina que vigilaran atentamente por su preciosa salud. A la mañana siguiente, halló Felipe que su joven esposa tenía fiebre, y pronto se manifestó como causa la viruela.

Hasta entonces, Felipe no había usado demostraciones particulares de afecto para con su esposa, y ella no había superado el terror que la inspiraba. Pero aquella enfermedad peligrosa le consternó, así como a la madre: uno y otro estaban determinados a servirse de ella para mantener mutuo ascendiente, y su muerte amenazaba ser de efectos desastrosos para entrambos; pero, aparte de ello, la madre estaba tiernamente prendada de Isabel, y Felipe empezaba a amarla como no había amado a persona en el mundo, excepto, años después, a su hija mayor, por recuerdo de ella. A todo escape se enviaron correos de Toledo a París y de París a Toledo, a saber noticias diarias de los progresos de la enfermedad. Ni el temor por la propia salud, ni los consejos de sus cortesanos pudieron persuadir a Felipe a separarse del lado de la enferma, y durante muchos días, en los procesos más peligrosos del mal, siempre estuvo junto a ella. Catalina casi puede decirse que lo estaba también, a causa de la ansiedad. Todo dependía para ella de la influencia que supiera ganar la hija sobre su mari-

(1) *Négociations sous François II*, pág. 706.

do, y para Felipe era ya tan necesaria la belleza de Isabel como su misma vida. Se vió que el mal era leve, y pronto estuvo la paciente fuera de cuidado. Catalina no dejaba de acosar a las damas de servicio con preguntas y más preguntas, y con innumerables consejos para hacer desaparecer las huellas de la enfermedad. Entre los muchos remedios que mandó, parece, según cuenta Brantôme, que el que dió decisivo resultado, haciendo desaparecer los estragos que en su belleza había hecho la viruela, fue aplicar clara fresca de huevo en los puntos de la piel. Aunque Isabel estuvo pronto fuera de peligro, su convalecencia fue larga y fastidiosa; los muchos pormenores que nos revelan las confidencias de Catalina y Clermont sobre las condiciones físicas de la Reina, pormenores de tal franqueza que rayan en la indecencia a veces, nos hacen ver cómo iba aumentando el interés de Catalina por atraerse la simpatía del yerno para sostenerse a sí misma en aquella guerra de intereses que iba comenzando a desgarrar a Francia.

Las irregularidades de que tan frecuentemente daba cuenta Madame Clermont sobre la salud de Isabel, parecen haber sugerido a la madre que aquel desorden provenía de la espantosa enfermedad que había heredado de su abuelo Francisco I. Catalina, con este motivo, asaeteaba a la hija con reprensiones, estimulándola a la circunspección, y lo hacía en forma que Isabel llegó a temblar de terror cuando abría alguna de las cartas de su madre (1). «Recordad—escribía—cuanto os he dicho antes de separarnos. Bien presente tendréis cuán necesario es que ninguno se entere de la enfermedad que os domina; si vuestro marido lo supiera, no querría acercárseos más» (2). Francia había abandonado casi todas las otras preocupaciones en la paz de Cateau Cambresis, a fin de obtener la ayuda de España contra la reforma religiosa, y a Catalina le parecía que su hija podía ser instrumento decisivo en todo caso. Dependía

(1) Brantôme: *Dames illustres.*
(2) *Négociations sous François II.*

ello de que supiese cautivar a su experto marido y guiarle a su acomodo. Cierto es que Felipe ahora estaba enamorado de ella, mas lo es también que su política se basaba en un principio inconmovible, a saber: no dejarse dominar nunca por afectos personales; e Isabel era tan incapaz de moverle como todos los demás que lo intentaran.

Catalina había estimulado particularmente a su hija a que usase de todas sus artes para estrechar más íntimamente la alianza entre España y Francia, efectuando el matrimonio de su hermana Margarita (1) con Don Carlos, o por lo menos, oponerse resueltamente al casamiento con una prima austriaca, y, aun si fuera necesario, consentir que se casara con su tía Juana. Cuando fué Isabel a Toledo, vió por primera vez al heredero de Felipe. Era, con pocos meses de diferencia, de la misma edad que ella, cojo, epiléptico, semiidiota, vicioso y díscolo. Cuando se acercó a su madrastra por vez primera, estaba él pálido y minado por fiebre intermitente, y se notó que ella le acariciaba más de aquello a que estaba acostumbrado, pues nunca había conocido madre. A aquel muchacho, lleno de pasiones y mal acondicionado, se le había dicho un año antes que aquella joven hermosa sería su mujer, y ahora, al verla esposa de su padre, a quien temía y odiaba, sintió su corazón lleno de hiel. Durante la enfermedad y convalecencia de la Reina no dejó él de preguntar solícitamente por su salud. Cuando estuvo bien y le fue dable volver a hacer la vida de familia, solía ella hablar con él y agasajarle. Fue ésta, probablemente, la única influencia femenil que conoció, pues su tía Juana, viuda, por quien alternativamente sentía repugnancia o adoración, era una beata mística y malhumorada, con bastante edad para poder ser su madre; al paso que Isabel, no sólo era de su edad y bella, con los atractivos de las francesas,

(1) Era esta Margarita de Valois la Reina Margot, que después se casó con Enrique IV el Bearnés, en la víspera de San Bartolomé, y fue luego abandonada por él.

sino que, además, ponía empeño, para favorecer los proyectos de su madre, en utilizar todos sus encantos para captarse su voluntad.

La historia romántica, que nos la presenta enamorada de aquel pobre enfermizo, hay que desecharla como falta de fundamento; pero sí es probable que sus hechizos, sumándose con los celos y aborrecimiento al padre, motivaran en él enamoramiento. Las cartas que Isabel escribía a su madre en aquel tiempo, hablan siempre de Felipe como de un esposo afectuosísimo, y de Don Carlos sólo con lástima por su desdichada salud, y Catalina, en sus respuestas, insiste constantemente en predisponer a su hijastro al casamiento con Margarita: «Seréis la más desgraciada del mundo si vuestro marido muere y el Príncipe (Don Carlos) tiene por mujer otra que no sea vuestra hermana Margarita.» Por desventura, no pudo el joven disimular su pasión extravagante por su madrastra, y bien pronto las damas francesas hacían guiños y movimientos significativos que comentaban la novela que estaba pasando ante sus ojos, que Isabel probablemente apenas si comprendía.

Más necesitada que nunca se vió Catalina de utilizar su poder personal en España al ocurrir la muerte de Francisco II, en Noviembre de 1560. No había ya temor de que Francia estuviera de nuevo en guerra por la causa de María Estuardo; pero, en cambio, esta Reina viuda podía casarse ahora con Don Carlos y llegar a ser, por los esfuerzos de los católicos ingleses, Reina de la Gran Bretaña, con lo que Francia quedaba de nuevo aislada (1). El Cardenal Lorena y María misma trabajaron vigorosamente por este casamiento; pero aunque Felipe nada dijera en pro ni en contra, Carlos era, y él lo sabía, inepto para el matrimonio. Contestando a las constantes excitaciones de Catalina para persuadir a Carlos de que se casara con Margarita, Isabel repetidas veces le aseguraba que ella ponía de

(1) Pormenores de estas intrigas se pueden leer en la obra de Martín Hume *The Love Affairs of Mary Queen of Scots.*

su parte cuanto podía, y parece haber hecho una especie de alianza con su tía Juana para que se encargara ella de proseguir el negocio si la causa del matrimonio con Margarita resultaba imposible.

La hermana de Felipe, mujer de Maximiliano y heredera del Imperio, escribió a Isabel a principios de 1561, pidiéndola su ayuda para la propuesta que entonces vivamente le hacía el Embajador imperial de casar a Carlos con una de sus primas austriacas, la Archiduquesa Ana (1). Isabel, dando noticia de esto a su madre, le decía que había enseñado la carta a la Princesa Juana, que había recibido también una semejante, y que claramente le había manifestado, enojada, que este plan iba directamente contra ella. En esto convenía Isabel: «He hablado con el Rey sobre el asunto, diciéndole que la Reina de Bohemia había hecho una excepción (antes de qne las pretensiones en favor de su hija fueran dadas a conocer), y yo hago dos, a saber: en primer término, mi hermana, y en segundo, la Princesa (Juana). Ha contestado él, que su hijo era todavía tan joven y de tales condiciones, que había tiempo por delante para pensar en ello, aunque el Príncipe está ahora libre de su cuartana» (2). Al Embajador imperial insinuó Felipe que la enfermedad de su hijo, tanto de cuerpo como de espíritu, le incapacitaban para tratar seriamente de matrimonio; pero Catalina no se dejaba convencer fácilmente, y su hija la secundaba decididamente.

La Reina madre, al enviar su propio retrato y el de su hijo el nuevo Rey de Francia, Carlos IX, a su hija, incluía en el pliego una miniatura de Margarita; una de las doncellas de Isabel da testimonio de la alegría que experimentó Isabel al contemplar la pintura de su queridísima hermana, y dice que, después de haber recitado sus oraciones en la iglesia, se retiró a su aposento y allí las volvió a rezar delante del retrato de

(1) Casó ésta después con Felipe mismo, siendo su cuarta mujer.

(2) *Négociations sous François II.*

su madre. Cuando se desenvolvieron los preciosos retratos estaba presente la Princesa Juana, que no dejó de admirarlos, e incontinenti entró Don Carlos. Preguntáronle: «¿Quién es la más linda?» Y él, naturalmente, contestó: La *chiquita* (1). A lo que una de las damas quiso sacar miga diciendo: «Sí, es cierto; pues la más a proposito para vos.» A esto prorrumpió él en risas (2). Isabel escribió gozosa a su madre que a Carlos había agradado el retrato de Margarita, y que había repetido tres o cuatro veces, riendo, que «la chiquita era la más guapa, si era parecida al retrato»; a esto aseguraba Isabel que estaba *bien faite,* y la oficiosa Madame Clermont añadía por su cuenta que haría buena esposa para él, a lo que el muchacho, aunque afectado, no replicó. Felipe también debió decir, para agradar a su mujer, que el retrato de su hermana era muy bello; pero lo que pudo muy luego advertirse es que durante estas intrigas, ya tan públicas, empezó a rendir ostensibles muestras de atención a su hermana Juana, cuyo matrimonio con Don Carlos le ofrecía siempre coyuntura para deshacer otras combinaciones matrimoniales que no fueran de su agrado.

Estableciéronse ahora las más tiernas relaciones entre Felipe y su consorte; y aunque habitualmente estaba plenamente entregado a las ocupaciones del gobierno, hasta en sus más mínimos pormenores, no era el de la vida de Isabel insignificante para él. Los dos hijos de Maximiliano, Rey de Romanos, el futuro Emperador, y María, la hermana de Felipe, fueron llevados a la Corte de España; y aunque seriamente dedicados a sus estudios, se les permitía ir a ver a Isabel y a sus damas, por las tardes, para danzar y juguetear a su gusto. Carlos también aprovechaba cuantas ocasiones se le ofrecían para hacer compañía a su madrastra, y el ilustre joven Don Juan de Austria, entre-hermano de Felipe, y Alejandro Farnese, su sobrino, hacían frecuentes visitas, rebosando todos ellos de

(1) En español, en el texto.

(2) *Négociations sous François II.*

vida juvenil, excepto el infeliz Carlos, consumido por la fiebre, entristecido su desvariado espíritu con inquieto amor y despecho impotente.

El verano de 1561 trajo las esperanzas de que la Reina iba a colmar uno de los más caros deseos de su marido, haciéndole padre de otro hijo, siendo la alegría del Rey infinita a tal perspectiva. Hizo construir una silla de manos, de plata maciza, para llevar en ella a su mujer a Madrid, y la sofocaba a obsequios. Mas, por desgracia de Isabel, las esperanzas eran engañosas, y Felipe empleó toda clase de solícitas atenciones para consolarla de su disgusto. «Il avait toute la peine de la consoler et lui tenir beaucoup plus privée et plus ordinaire compagnie que n'avait jamais fait, de manière qu'il n'a été que bon que tous deux ayent eu cette opinion. Il me fit l'honneur de me prier que je l'allasse consoler et lui dire qu'elle lui volust donner ce contentement et plaisir de ne s'enfachier, et mesme quand on seroit a Madrid, que ma femme le lui allast aussi dire, et user de tous ses bons offices qu'elle sçavoit bien faire en son endroit. Elle est aujourd'hui, Madame, en tel estat pres du roy son mari, que Votre Majesté et tous ce qui aiment son bien et sommes affectionés a son service, en devront remercier Dieu» (1).

En medio de esta vida feliz y bien entonada en España, la joven Reina, con la mayor prudencia, hacía cuanto estaba a su alcance para obedecer a su madre y servir a Francia, que siempre le había inspirado afecto; pero era inevitable que, con el correr del tiempo, la influencia de su marido sobre ella fuera en aumento y adquiriera cierto interés más exclusivamente español en los asuntos. La muerte del joven Francisco II y la caída de los Guisas había hecho la amistad entre Francia y España más difícil que nunca, porque las profundas divisiones religiosas en Francia imponían la posibilidad de usar el poder

(1) Carta del Embajador francés en España a Catalina de Médicis, citada en la *Vie d'Elisabeth de Valois*, por el Marqués du Prat.

nacional, como se había previsto en la Paz de Cateau Cambresis, para destruir la herejía en dondequiera que retoñara; mientras que ahora, la retadora amistad de Catalina con los Borbones y el partido de la Reforma, mediante lo cual esperaba contrabalancear a los Guisas, enojaba profundamente a Felipe, su yerno. Felipe, sin embargo, estaba entonces lleno de ahogos: sus propios holandeses se agitabán en la revuelta; había sufrido tremenda derrota, inferida por los turcos, en la costa de Túnez (Febrero de 1560), y el poder cristiano en el Mediterráneo ya no dominaba sin rival. Isabel de Inglaterra estaba también más obstinada que nunca en sus simpatías con la política anticatólica, ahora que la fuerza del partido hugonote en Francia desterraba el temor de una coalición católica entre su país y España en contra de ella. Por mucho que fuera el mal humor de Felipe, e Isabel aconsejara, según los dictados de la madre, el Rey de España no estaba en disposición de hacer la guerra en Francia, y por algún tiempo le fue forzoso estar en disentimiento con la suegra. Con lo que, si seguían así las cosas, la paz de Cateau Cambresis había sido un fracaso e Isabel había sido sacrificada inútilmente. Francia y España no podían hacer causa común contra el protestantismo, ni Isabel ganar a Don Carlos para su hermano, ni hacer de su astuto marido instrumento para los planes de la madre, a pesar de lo muy enamorado que estaba de su hermosura y juventud.

En lo tocante al matrimonio de Carlos, Isabel prosiguió infatigablemente en su porfía, pero el príncipe estaba ahora más empeorado que nunca. En la primavera de 1562, de estudiante en Alcalá, al bajar por una escalera oscura para recibir una cita secreta, se cayó y se abrió la cabeza. Felipe y su mujer estaban en Madrid cuando recibieron la noticia, y el Rey, a toda prisa, se puso en camino, viajando aquella misma noche lleno de ansiedad por su hijo. Hallóle sin sentido y con parálisis parcial. Los médicos, ignorantes en grado inconcebible, le trataron de modo tal, que en nuestros días sus remedios nos parecen otros tantos asesinatos. Purgas, sangrías, unturas, exor-

cismos... y para postre, metieron en el lecho del paciente, que no había recobrado el sentido, la momia del santo Fray Diego. Todo en vano, hasta que, por fin, un cirujano de Italia se atrevió a efectuar la operación de separarle el hueso del cráneo, que se le había hundido en los sesos, y Don Carlos recobró el conocimiento. Pero si hasta entonces había sido semi-idiota, resultó después de este accidente con una manía homicida que á intervalos le salteaba. El príncipe mismo y los que le rodeaban atribuyeron su mejoría a la momia del fraile, y se ofreció, en reconocimiento del milagro, dar cuatro veces el peso en oro del paciente. Cuando se le pesó para este fin, se halló que, con tener diez y siete años, no pesaba más que setenta libras.

Pero sin importarles que Don Carlos fuera enclenque o vicioso, no le dejaron de la mano Isabel y su madre, por un lado; por otro, los austriacos y la Princesa Juana, su tía, como candidato permanente de que podía disponer Felipe para desvirtuar las pretensiones de los otros. Apenas había pasado el accidente de Carlos cuando la misma Isabel se puso tan enferma, que pareció iba a morir. Cuando ya los médicos la desahuciaron (Agosto 1562), envió Felipe al Duque de Alba con un largo mensaje para el embajador francés, del que éste sacó también copia para Catalina. Empieza su carta diciendo que la Reina era verdaderamente un lazo de unión para la paz, puesto que ella «possède le roi son mari, et cet aujourd'hui en toute privauté et autorité avec lui». El mensaje era para advertir que siempre había sido ley que las Reinas de España, cuando estaban enfermas, dictasen sus últimas disposiciones con tiempo. Respecto al grande amor y extremo afecto que Felipe sentía por su mujer, no permitía que ella hablase en tan grave situación como era aquélla, para que no se abatiese o alarmase. Porque tenía, por cierto, muy buenas razones para amarla tiernamente y dedicarle todo cuidado, y que si llegaba a fallecer con este motivo, podría decir que aquélla sería la pesadumbre mayor de su vida y la que más agudamente traspasaría su corazón, viendo las espléndidas virtudes y preclaras

cualidades de que su esposa estaba adornada; mas puesto que los médicos decían que había llegado a tal extremo su salud, que ya no había que pensar en que se prolongara su vida (1), sentía que su amor por ella y su tristeza por su fallecimiento se encontraran enfrente del deber que ella tenía por su posición y fama de hacer pública su última voluntad. Aseguraba al embajador francés que su amistad para con su cuñado y con su madre no habían de disminuir por la muerte de Isabel, y proponía que ella dejase los dos tercios de su hacienda a la madre, y el resto se empleara en obras piadosas y en galardonar a su numerosísima servidumbre (2). Esta carta es de gran interés para demostrar cuánto amaba y respetaba Felipe a su joven esposa, y todo atestigua que según avanzaba el tiempo,

---

(1) Hablando de esta enfermedad, escribe circunstanciadamente Brantôme:

«Elle tomba malade en telle extrémité qu'elle fut abandonnée des medecins. Sur quoy il y eut un certain petit médecin italien qui pourtant n'avoit grande vogue a la cour, qui se presentant au roy, dit que, si on le vouloit laisser faire, il la gueriroit, ce que le roy permit: aussi estoit elle morte. Il entreprend et luy donne une médecine, qu'après l'avoir prise on luy vit tout a coup monter miraculeusement la couleur au visage et reprendre son parler et puis après sa convalescence. Et cependant toute la cour et tout le peuple d'Espagne rompaient les chemins de processions, d'allées et venues qu'ils fasoient aux eglises et aux hôpitaux pour sa Santé, les uns en chemise les autres nuds pieds, nues testes, offrans offrandes, prières, oraisons et intercessions a Dieu par jeusnes, macerations de corps et autres telles sainctes et bonnes devotions pour sa Santé.»

Brantôme llegó á España poco después de la curación de Isabel, y describe con vivacidad la alegria y gratitud de la gente por la convalecencia. La vió, dice, por primera vez en su coche ir a dar gracias a la Virgen de Guadalupe, y asegura que le pareció más bella que nunca, según se asomaba a la portezuela del carruaje para saludar al pueblo. Iba vestida de raso blanco con guarnición de plata, y el semblante descubierto. «Mais je crois que jamais rien ne fut veu si beau que cette reine, comme pris l'hardiosse de luy dire.»—(*Dames Illustres.*)

(2) L'Aubépine a Catharine. *Bibliothèque Nationale*, impresa en un apéndice del libro de Du Prat, *Elizabeth de Valois*.

aumentaba el afecto de entrambos, aunque en torno suyo, todas las cosas de su vida pública y privada estuvieran henchidas de amargura y zozobra. Don Carlos iba siendo cada vez más insolente, sin que se le diera ya nada de la decencia y el respeto, y más que una falta de Isabel parecía atemorizar al Rey la desgracia de un matrimonio sin hijos.

Pero la fuente de más poderosas inquietudes para Isabel era en este período ver cuán terrible azote estaba castigando a su país. La primera guerra de religión en Francia había terminado con la muerte de Guisa y de Antonio de Navarra, y la promulgación del enfático edicto de Ambois que diera Catalina, concediendo tolerancia a los hugonotes en ciertas ciudades. Fue este golpe tremendo para Felipe y su causa; intentó pararlo a su manera con la ayuda del partido de Guisa. Juana de Albret y su hijo (después Enrique IV) se habían retirado a llorar la muerte de Antonio en su castillo de Pau. Enrique era el heredero de la corona de Francia después de los hijos de Catalina, y su madre era rígida calvinista; así que el partido católico proyectó secuestrar, con ayuda de Felipe, a Juana d'Albret, Reina de Navarra, y al hijo de sus esperanzas para prevenir el peligro de que un hugonote llegara a ser Rey de Francia. Trazóse todo para el golpe de mano cuando el principal conspirador, el capitán Dimanche, cayó enfermo en una ruin hostería de Madrid. Isabel había tenido siempre costumbre de allegar buena información sobre todos los hechos de agitación entre sus compatriotas en España, y habiendo oído de sus criados que un francés estaba enfermo y desamparado, lo hizo traer desde su posada a la casa de uno de sus servidores, para que fuera asistido en forma por sus propios médicos. Dimanche, en el curso de su enfermedad, divulgó el asunto de su conspiración al huésped, que, aunque católico, oyó con notable desagrado el plan perverso, y se lo contó a un alto oficial, y después a Isabel, de quien sabía era amiga afectuosa de Juana d'Albret. La Reina oyó el relato horrorizada, y clamó con lágrimas en los ojos: «No permita Dios que tal crimen

se cometa.» Y pronto salió un correo confidencial a todo galope a llevar las noticias de Isabel a su madre, de cómo el partido católico y España tramaban conspiración para arruinar la casa de Navarra y trastornar el equilibrio de Francia. Advertidas así por Isabel, Juana d'Albret y su hijo escaparon de Pau hacia el corazón de Francia.

Quizá Felipe no supo nunca que Isabel había echado por tierra un proyecto que tanto prometía; pero que la intervención de ella no fue debida a simpatía por el Protestantismo, lo prueba bien a las claras las cosas que después hizo. Su catolicismo era, por cierto, más español que francés por su carácter, y que su astuta madre llamara a sus conciliábulos gentes de dudosa ortodoxia, teníalo, según parece, por cosa francamente abominable, aunque por breve tiempo después de la primera guerra de los hugonotes, se había esforzado Catalina por obtener una apariencia de armonía entre las dos grandes facciones francesas. Pero Condé, jefe de los Borbones, después de la muerte de Antonio, estaba exacerbado y arrogante, y en desavenencia personal con Catalina. El Cardenal Lorena volvió a Francia desde el concilio de Trento, a principios de 1564, sediento de vengar el asesinato de Guisa, su hermano, y pronto toda la corte francesa hervía en intrigas.

Isabel escribió a su madre una carta extraordinaria en esta ocasión (en el verano de 1564), inspirada evidentemente por Felipe, y que constituía parte de las intrigas de Lorena para atraerse a Catalina al partido ultracatólico «Si queréis—escribía—que los franceses vivan como buenos católicos, no hay nada que pidiéndolo a mi marido se os niegue. El os suplica que no hagáis causa común con la mala gente, sino que la castiguéis severamente. Si os asusta su número..., podéis contar con nosotros, y os daremos cuanto poseemos, y ejércitos para defender la religión. Si vos misma no castigáis a esas personas, no os ofendáis de que el Rey, mi marido, escuche las demandas de los que su ayuda requieren para propugnar la fe, y les dé cuanto soliciten. Está obligado, por cierto, a hacerlo así, por-

que le corresponde más que a ningún otro. Si Francia se convierte al luteranismo, Flandes y España no se quedarán muy atrás» (1). Y así, en todas las páginas de tan larga epístola, Isabel continúa excitando a su madre a que aplaste a los hugonotes de una vez para siempre. Catalina gustaba de la intriga y de los caminos tortuosos; y, aunque no entraba en su plan tener un partido solamente en Francia, temía menos a los Guisas, ahora que el Duque había muerto, e indudablemente le parecía estar en la mejor sazón para, estrechando amistad con España, efectuar el matrimonio de su hija Margarita con don Carlos, y obtener alguna ventaja por el matrimonio, o por cualquier otro medio para su hijo entrañable Enrique (el Duque de Orleans).

El efecto de la acción del Cardenal Lorena dejóse sentir muy pronto en el largo camino que del Norte al Mediodía de Francia emprendieron Carlos IX y su madre. Catalina había intentado, ya desde la muerte de Francisco II, arreglar una entrevista con Felipe II, y hacerle experimentar su influencia personal, sin que él mostrase repugnancia a discutir sobre el objeto de ellos; pero ahora que la corte de Francia, manejada por Lorena, iba a visitar el Sur, parecióle que algo se ganaría con llevar a efecto, cuando menos, lo que en el tratado de Cateau Cambresis se había dejado de cumplir. La corte salió de París en la primavera de 1564, y en Nancy se sometieron por primera vez las líneas generales del plan de Lorena para formar una Liga Católica que obtuviera la supresión de la herejía. No era el Rey más que un muchacho, y, según parece, se alarmó a la idea de aquel plan; pero entretanto, se llevaban a toda prisa las negociaciones para inducir a Felipe y a su esposa a entrevistarse con Catalina, cuando se acercaba a la frontera acompañada de su hijo. El embajador francés en España era resuelto partidario de los Guisas y trabajaba infatigablemente

(1) Isabel a Catalina. Bibliothèque Nationale, núm. 39. Impresa en el Apéndice de la obra *Elizabeth de Valois*, de Du Prat.

por que se llevara a cabo la conferencia, lo que hacía Isabel también, que quería entrañablemente á sus allegados y anhelaba abrazar a su madre de nuevo. Felipe tenía afán por que se consiguiera la formación de una Liga Católica; pero desconfiaba de Catalina, y después de muchas negociaciones consintió en la ida de Isabel hasta Bayona para que abrazara a su madre; mas la negociación política fue confiada por entero al Duque de Alba.

No sentía Felipe entusiasmo, pues sabía que Catalina iba rodeada de «políticos», y estaba resuelto a que no se pudiera decir que le habían engañado, si no sabía nada de aquella negociación. Decía que no quería hacer gastos en aquella ocasión ni que se hicieran vestidos de oro y plata, ni por unos ni por otros. La Reina había de guardar la más estricta etiqueta aun en la propia comunicación con su madre y hermano. Salió ella de Madrid con gran séquito de cortesanos, en Abril de 1565, llevando poderes de su marido para ratificar los acuerdos que el Duque de Alba había preparado. Estos acuerdos pueden verse en el memorial que dió Felipe al Duque para su gobierno (1). El objeto propuesto era una Liga en que cada parte había de comprometerse a emplear toda su fuerza y recursos para sostener la ortodoxia católica; a no permitir tolerancia alguna a ninguna otra religión, en público ni en privado, y a expulsar a toda persona no católica de sus reinos en término de cinco meses, bajo pena de muerte y confiscación de sus bienes; a publicar y dar fuerza a las decisiones del Concilio de Trento; a purificar todos los oficios, gobiernos y empleo de toda sospecha de herejía, y a privar de sus dignidades, títulos y autoridad a toda persona que no fuera firmemente adicta a la fe.

Con esta misión fatal caminó Isabel lentamente hacia el Norte, pasando por Burgos en la primavera de 1565. Tenía en su comitiva más de sesenta nobles españoles, acompañados de

(1) Archives Nationales, París C. K. 1.393, citado en la Introducción al *Spanish Calendar of Elizabeth*, editado por Martín Hume.

sus respectivos servidores bizarramente engalanados. Y, a pesar de las órdenes de Felipe por lo que tocaba a la ostentación de trajes que fue obedecida, no faltaron valiosos atavíos. En el 14 de Mayo, con un calor tan excesivo, que murieron a causa de él muchos soldados, Catalina y su hijo, con la corte francesa, caminaban al romper el día saliendo de San Juan de Luz hacia el pequeño río del Bidasoa, que separa a España de Francia. Por espacio de dos horas aguardó la comitiva real descansando bajo una verde fronda de la ribera, mientras la gente española al servicio de los bagajes hacia pasar a éstos en lanchas por el río. A punto de ponerse el sol, las trompetas de los heraldos anunciaban la llegada de la Reina de España. Desde el antiguo castillo de Irún podía verse la procesión real descendiendo el collado que domina la orilla y la litera en que llevaban a la Reina. Catalina entonces entró en un bote preparado al efecto, y los veloces remos la llevaron a la orilla española, en el momento preciso en que Isabel llegaba a ella. Ambas Reinas estaban fuera de sí con la alegría. Isabel se inclinó a besar la rodilla de su madre; pero ella la levantó y la besó tiernamente una y mil veces, y luego, vencidas por la emoción, rompieron las dos en llanto de irreprimible gozo, que no cesó hasta que el bote que las conducía las dejó en la opuesta orilla, en donde Carlos IX las esperaba entre el estruendo de los disparos de mosquetería que las saludaban (1).

No hay para qué entretenerse en dar cuenta de los vistosos regocijos, torneos, comedias, bailes y banquetes que siguieron en San Juan de Luz y Bayona; el esplendor con que cada Corte trataba de deslumbrar a la otra, y las graves conferencias políticas habidas entre el Duque de Alba y los Ministros de Catalina; pero lo que no puede omitirse es la interesantísima pintura que hace Brantôme, testigo ocular, de Isabel misma, en aquella memorable entrevista: «Al entrar en Bayona cabal-

(1) Bibliothèque Nationale, Colbert, vol. 140. *Bref discours de l'arrivée de la Reine d'Espagne à St. Jehan de Luz.*

gaba en una hacanea muy soberbia y ricamente enjaezada, con cubierta completamente guarnecida de un bordado de perlas, que había pertenecido a la Emperatriz y solía llevar en altas ceremonias de Corte cuando entraba en las ciudades. Decíase ser su valor de cien mil escudos y aun más. Iba arrogantísima en su caballo, y era un placer contemplarla, pues era tan amable y tan dulce, que a todo el mundo embelesaba. Ordenósenos a todos que la fuéramos a buscar y a acompañarla... y más graciosa estuvo cuando nos contestó a nuestros saludos dándonos las gracias de una manera encantadora. Conmigo en especial, fue bondadosa y cordial, porque yo me había despedido de ella en España hacía cuatro meses, y me impresionó sobre manera que ella así quisiera favorecerme más que a los otros... Mostróse también familiar con las damas y doncellas de la Corte, lo mismo cabalmente que cuando era soltera, y pidió noticias sobre los ausentes o que se habían casado; y sobre los que habían venido a la Corte, desde que ella salió de Francia, también hizo muchas preguntas.»

En las discusiones con los ministros políticos, pudo convencerse Catalina, como ya probablemente lo había previsto desde un principio, de que lanzarla enteramente en los brazos del partido extremo católico como Felipe deseaba, sería desastroso para ella y quizá también para el trono de su hijo. Pero no le convenía ponerse a mal con su poderoso yerno o enviar a su hija, sin haber hecho nada, á Madrid, después de tanta entrevista convocada al són de trompetas de los heraldos; así que, habiendo firmado un convenio que, al parecer, unía a España y Francia para una acción religiosa común, tuvo buen cuidado de dejar cantidad suficiente de cabos sin atar para hallar, en caso necesario, una malla por donde escapar. Cuando volvió a París, pronto empezó a suscitar dificultades sobre la ratificación, y escribió al Embajador en Madrid (Fourquevault): «Je lui dis que en faisant ces mariages, et donnant quelque état à mon fils d'Orleans, qu'il nous falloit tous joindre ensemble: c'est à savoir le Pape, l'Empereur, et ces deux vois, les Allo-

mands et autres que l'on avisera: et que le roi mon fils n'etait pas sans moyens pour aider de sa part, à ce que serait avisé quand les dits mariages servient faits, et la dite ligue conclüe.» Vese aquí que ella ponía tantas condiciones para hacer imposible del todo la formación de la Liga. No sólo la hija Margarita había de casarse con Carlos, y su hijo Enrique con una hija del Emperador, y dotado de un Estado independiente, sino que habían de coligarse todas las demás potencias católicas antes de que Francia se comprometiese a hacer algo.

Es cierto que el poder de los hugonotes y de los nobles «políticos» en Francia, la antigua rivalidad entre ésta y España, juntamente con las persecuciones de la Inquisición contra los residentes y forasteros franceses en España y el degüello que el año siguiente se hizo de los expedicionarios franceses a la Florida, hacían impracticable la cooperación sincera de los dos países para tal Liga (1); y aunque se salvaron las apariencias en Bayona, pudo Felipe reconocer claramente, al volver a abrazar a su mujer, que el asunto de la Liga católica era un sueño. «Je ne fis qu'arriver hier (escribe el Embajador francés a Catalina después del regreso de Isabel), de baiser la main de la Reine, la quelle j'ai trouvée si joieuse et contente de la bonne venue du roy son mari; et de la demostration de la bonne afection et amitié qu'il lui fait.» Aunque el afecto personal entre marido y mujer no era empañado por ninguna nube, es seguro, sin embargo, que los resultados políticos del matrimonio fueron insignificantes. Isabel lidió bravamente por obtener alguna satisfacción al ultraje de los franceses en la Florida, más sin éxito; Coligny, con gran indignación de Felipe, se iba ha-

(1) Se admite comúnmente (y entre otros, el P. Flórez en *Reinas Católicas*), que el asesinato de San Bartolomé en París, siete años más tarde (1572), fue deliberado en esta conferencia. Sin embargo, no hay nada que lo pruebe. Felipe y los españoles alabaron exageradamente esta enormidad, es cierto, pero fueron muchos los años que transcurrieron entre la conferencia de Bayona y la matanza de San Bartolomé para hacer derivar ésta de aquélla.

ciendo cada vez más poderoso en el Gobierno de Francia, y veíase que la segunda guerra de religión sería inevitable, lo que ya hacía calcular dificultades entre Felipe y sus súbditos holandeses, pues todos estaban comprometidos a agruparse para resistirle hasta la muerte.

En medio de tantos sucesos políticos que causaban congoja en el ánimo de Felipe, experimentó el júbilo extraordinario de saber que su esposa, de edad ahora de veintiún años, iba a ser madre probablemente (1). El Rey, como de costumbre, dispuso todo, hasta el más mínimo detalle de «le régime dont elle devoit user pour conduire son fruit a bon port»; y sus demostraciones de cariño y satisfacción hacia su mujer, juntos con el júbilo que del próximo cumplimiento de sus esperanzas se prometía, vencieron por esta vez su congénita frialdad y aire desdeñoso aun en presencia de la gente. No sentía menos placer Catalina, porque si la criatura era un varón, el suceso sería de la más alta importancia, en vista de la incapacidad, cada vez mayor, de Don Carlos; y envió también, por M. de Saint-Etienne, un paquete a su hija: «Oú il y a tout plein de recettes, dont elle peut avoir de besoin», y escribió personalmente al médico de su asistencia, instándole a que hiciera uso de aquellos medicamentos que tenía seguridad habían de probar bien a Isabel.

Todos los días se le enviaban noticias por correo de los más mínimos incidentes del estado de la Reina, y Felipe apenas podía separarse de su lado, ocupándose en aquellos menesteres de dirigir toda cosa, que le eran tan caros. Por último, en 1.° de Agosto de 1566 tuvieron una niña en Balsain, junto a Segovia, Felipe e Isabel. Bautizóse a la criatura con el nombre de Isabel, en consideración a la excelsa Reina Católica y a su madre; con el de Clara, por el santo del día, y con el de Eugenia,

(1) Isabel atribuía tal felicidad a sus oraciones ante el cuerpo de San Eugenio que, con mucho trabajo, había conseguido pasar a España, por la resistencia de los fieles franceses. Fué llevado con gran pompa de Saint-Denis a Toledo, en donde recibió culto constante de Isabel.

por agradecimiento al cuerpo de San Eugenio, que había obrado aquel milagro, celebrándose las ceremonias del bautismo no sin piques de rivalidad entre el Arzobispo de Santiago y el Obispo de Segovia, sobre a quién le correspondería el honor de celebrar el Sacramento; fue encargado de hacerlo el Nuncio Cataneo, que fue después Papa con el nombre de Urbano VII. Sin duda que habría sido más satisfactorio para Felipe tener un hijo varón; pero con todo, su alegría y gratitud fueron inmensas; como que el Embajador de Francia, escribiendo a Catalina, dice que le había llevado a él mismo a la cámara de la Reina: «Voulant que je visse la fille qu'il avoit plu Dieu lui donner, de laquelle il est tant aise qu'il ne peut le dissimuler, et l'aime, a ce qu'il dit, pour le présent mieux qu'un fils.» Mantuvo el Rey este profundo afecto por su hija primogénita hasta el día de su muerte; y la famosa Infanta destinada por él para ser Reina de Francia e Inglaterra, llegó a ser, por su voluntad, soberana de Holanda, y heredó del padre, no sólo los antiguos dominios de su casa, sino además las miras, procedimientos y obstinación de Felipe.

La Reina estuvo, al parecer, próxima a morir pocos días después de su alumbramiento; pero tan pronto como su vida estuvo en salvo, se emprendió de nuevo el gran proyecto, tanto tiempo discutido, de un viaje de la Real Familia a Flandes, que se había insurreccionado. Felipe había de partir solo, dejando, según esperaba Catalina, de Regente a su mujer; pero Isabel imploró que se le permitiera acompañar a su marido: «Car vraiment, je serois trop marrie de demeurer par deçá aprés lui; je ferai ce qui sera en moi qu'il ne m'y laisse point.» Otro había que deseaba no menos ardientemente ir a Flandes con el Rey: Don Carlos, su hijo. Los excesos de frenesí de este mancebo habían llegado a ser más escandalosos que nunca. Proseguía el empeño en conquistarlo, para secundar con su matrimonio los intereses de la casa de Austria y los de la francesa; pero Felipe seguía dejando a un lado suavemente el asunto, pretextando la mala salud del hijo.

El atribulado padre había hecho lo posible para apartar al Príncipe de su vida de violencias y disoluciones. Felipe, por su parte, había sido un hijo excelente, pronto a sacrificar todo por realizar la misión que se le había confiado, y era grande pesadumbre el ver que éste, su hijo de su juventud, escandalizaba sin reparo la corte con la desobediencia e insolencia para con su padre y señor. Como su bisabuela Juana la Loca, vivía el Príncipe en rebeldía constante contra toda autoridad sacra y profana. Su conducta en el Consejo de Estado, donde su padre le había llevado para acostumbrarle a los negocios, ofendía a todos. Al parecer, en un rapto de locura había expresado descaradamente su simpatía a los holandeses, que desafiaban la voluntad de su padre, y había sacado una semipromesa de acompañar al Rey a Flandes. Si el Príncipe había entrado o no en comunicación con los agentes de la rebelión en Flandes, es cosa que no puede asegurarse; pero si tal medio y la ambición de Carlos por obtener la prematura regencia de Flandes, es lo que había en el fondo, siempre tendremos un mero disfraz de la Historia para representar que él simpatizaba seriamente con las oposiciones de la Reforma, algo más de lo que demostró Juana la Loca cuando se mofaba de la misa y de los símbolos sagrados.

En todo caso, Felipe abandonó su intención, si alguna tuvo de ir en persona a los Países Bajos, y decidió enviar al severo Alba con un gran ejército para que hiciese entrar en razón a aquellos testarudos «mendigos». Cuando oyó Carlos esto, y supo que él había de quedarse en España, su furia no tuvo límites. Intentó apuñalar al Duque de Alba mismo, cuando llegaba éste a despedirse; y al hacer las Cortes de Castilla la petición de que el heredero de la corona no saliera de España, Carlos armó escándalo colosal, y amenazó a los diputados con la muerte.

Por este tiempo, otoño de 1567, quedó Isabel encinta otra vez, y se renovaron en Felipe las esperanzas de tener otro hijo varón. Es claro que la gran misión a que él y su padre

habían consagrado sus activisímas vidas, no podían encomendarse sanamente al Príncipe Don Carlos. El Príncipe era insaciable de dinero, que disipaba en vicios; era descarado con su padre, quien tenía en él el designio de escaparse clandestinamente y unirse a los enemigos del Estado; y no hay duda que si el segundo hijo nacía varón, había de ocupar la sucesión en lugar de Don Carlos. Felipe se excedía a sí mismo en tiernas solicitudes para con su esposa, cuando al fin, en 17 de Octubre de 1567 el hijo que toda Europa esperaba afanosa resultó también una niña.

Desde este punto, la novela de Don Carlos se desarrolla rápidamente. Felipe había sido paciente y sufrido largo tiempo en silencio, con la conducta del hijo; pero últimamente se desesperaba, y su afecto por el heredero se cambió en antipatía y disgusto; especialmente cuando los médicos le aseguraron que sin género de duda su linaje acabaría en Don Carlos (1). El Príncipe, por su parte odiaba a su padre acerbamente, y causaba a impertinencias a su tía Juana, a quien primeramente amaba, y a sus primas las austriacas, aunque ya estaba formalmente prometido a una de ellas, Ana. La única persona que influía aún sobre él era Isabel: «Il faut semblant de trouver bon tout ce que la Reyne votre fille fait et dit, et n'y a personne qui dispose de lui comme elle, et c'est sans artifice ni feinte, car il ne sçait feindre ni dissimuler» (2).

Llegó la cosa a su colmo al terminar el año 1567. Felipe e Isabel habían ido a pasar la Navidad al palacio, recientemente construído, de El Escorial, cuando Carlos resolvió poner en ejecución su pensamiento, hacía días concebido, de escaparse de España. En 23 de Diciembre susurró al oído de su tío el joven Don Juan de Austria, que necesitaba su ayuda para proveerse de caballos; y Juan, reconociendo lo grave de la si-

(1) El Embajador francés a Catalina, Junio de 1567. *Bibliothèque Nacionale*, núm. 220. Du Prat.

(2) Fourquevault a Catalina, ibid.

tuación, se puso inmediatamente en camino de El Escorial, recorriendo a galope tal distancia para enterar al Rey. Como en todas sus grandes calamidades, Felipe permaneció con flema, y aunque tomó sus medidas secretamente para impedir la fuga, no volvió a Madrid hasta el día prefijado, que era el 17 de Enero de 1568. Al día siguiente fué con Carlos a misa; pero no hizo la menor señal de que conociera sus proyectos. Mientras tanto, el Príncipe había intentado matar al mismo Don Juan de Austria; y ya era tiempo que el padre empezara a obrar para prevenir una tragedia mayor, porque Carlos había manifestado a su confesor que sentía un impulso indomable de matar a un hombre.

«¿A quién?»—le había preguntado el confesor.—«Al Rey»—había él replicado.—Decidióse a obrar Felipe enérgicamente de una vez, cuando con Ruy Gómez y otros consejeros de su confianza deliberó lo que había de hacerse. Llegada la noche, cuando el Príncipe dormía, el atribulado padre, acompañado de cinco hombres armados y doce guardias, entró en el aposento, a despecho de los cerrojos y cerraduras, y cuando el Príncipe, alborotado, saltó a buscar sus armas, no las halló. Rabioso y desesperado, intentó estrangularse; pero le sujetaron, y reconociendo que estaba prisionero sin remedio, se revolcaba en la agonía de su pena sollozando: «No estoy loco, no estoy loco, estoy desesperado.»

Desde aquel instante quedó muerto para el mundo, que no le volvió a ver más. Tal posición era humillante para Felipe; pero se defendía él explicando a todas las Cortes que el defecto mental del Príncipe exigía su reclusión. A sus parientes más próximos no ocultaba su amargura. «No es un castigo—escribía;—pluguiera a Dios que lo fuese, porque así tendría término; mas yo no espero ver a mi hijo reintegrado nunca en su salud. He preferido, pues, sacrificar a Dios mi carne y mi sangre, escogiendo antes su servicio y el bien de todos, que cualquier otra consideración humana.» Se hizo una especie de examen o proceso del Príncipe; pero todo lo que en este particu-

lar se ha contado debe ser acogido con reserva. Cierto es que se le trataría con excesivo rigor, y que se examinaron minuciosamente en secreto los cargos de traición, conspiración, deslealtad y tal vez herejía. Ni a Isabel ni a su tía Juana se permitió ver a Carlos, y a Don Juan se le impidió hasta llevar luto por su fallecimiento. Según todas las relaciones, la enfermedad del Príncipe avanzó rápidamente, y así tenía que ser en tales circunstancias. Como en otros tiempos Juana la Loca, se pasaba días y días sin tomar alimento, y luego, en cambio, devoraba cosas increíbles, se exponía alternativamente a calores horrorosos o a fríos intolerables, y trató más de una vez de atentar contra su vida. Llegó su fin el 25 de Julio de 1568. La inmensa mayoría de los testimonios hacen ver que murió a consecuencia de sus delirantes extravagancias en la dieta y en la higiene.

Cuando comunicó Torquemada a Catalina la noticia de la muerte del Príncipe, escribía también que la Reina sufría de desmayos y jaquecas; pero que era su deseo que se hicieran considerables manifestaciones de luto en Francia por la muerte de Don Carlos, para mostrar al Rey de España que ellos (los franceses) sentían mucho su pérdida: «Porque los españoles conceden mucha importancia a las apariencias.» Isabel, en mal estado de salud, pues volvía a estar embarazada, sufrió profundamente, pues, de la agitación que sentía en torno de ella. El Embajador francés recordaba gozoso a su madre que la muerte de Don Carlos era ventajosa para ella, y a la Reina alababa su belleza, que con el luto había aumentado en gran manera, y la consolaba con las brillantes esperanzas que prometía el nacimiento de un hijo, que esta vez podía ser varón. Pero el corazón de la Reina estaba conturbado, no ya por Don Carlos, sino por las escenas de horror que inundaban de sangre el territorio de Flandes, bajo el látigo del Duque de Alba. Egmont y Horn habían sido alevosamente sacrificados en Bruselas, Montigny en España, y su propia Francia, tan querida, estaba desgarrada en dos bandos, en fratricida guerra. Era

católica sincera, como Felipe; pero su fe no necesitaba de aquellos asesinatos en masa para afirmarse, que la llenaban de temblor y espanto, y languidecía en aquella atmósfera de tenebrosas maquinaciones que envolvían a Felipe.

Catalina escribía a menudo contestando a las inquietadoras noticias de su hija, alentando sus esperanzas del nacimiento de un hijo que a su tiempo pondría orden en todo; pero Isabel, a sus veintitrés años, había ya perdido su sereno temple de ánimo, y el progreso de su embarazo era el de la enfermedad que la extenuaba. Felipe, como siempre, estaba solícito por su bienestar y dicha; lleno de esperanza también de que naciera un hijo, porque en esto había de consistir el remedio de todo. Las historias mentirosas que largo tiempo después urdió el traidor Antonio Pérez, con habilidad infernal, en su seguro refugio de la casa de Essex, acusando a Felipe de celos de su mujer con Don Carlos, y después con un tal Pozo, apenas si merecen más crédito que la novela sentimental de Saint-Real, titulada *Don Carlos*. Pérez, cuyo único deseo era ennegrecer el nombre de Felipe indeleblemente, para complacer a sus enemigos y los señores que le daban salario en Inglaterra y en Francia, apunta la idea de que Felipe mismo tenía tramado el asesinato de su amada esposa por medio del veneno; pero aun cuando las cartas confidenciales de los amigos de ella que tenía en Francia no rechazaran semejantes imputaciones, el hecho mismo de que no habría nada más desastroso para la política de Felipe que la muerte de Isabel, bastaría a darles un mentís.

Isabel llevaba sufriendo meses de achaques del corazón y de otros trastornos físicos; y en 3 de Octubre de 1568, los remedios violentos que los médicos le administraron provocaron un aborto. La pobre Reina conoció su fin cercano, pues cuando a la madrugada entró Felipe con el corazón traspasado de pena, y se sentó junto a su lecho, ella se despidió de él serenamente, encareciéndole que cuidara de sus hijas, y conservase amistad con Catalina y con el Rey Carlos IX y recompensase a las damas de su compañía, que le habían servido tan bien: «Con

otras palabras dignas de admiración, propias para desgarrar el corazón de tan buen marido como el Rey era. Él le contestó también tranquilo, pues no creía en la proximidad del fallecimiento, y le prometió hacer cuanto pedía; después de lo cual se retiró a sus habitaciones acongojadísimo, según me han dicho» (1). La moribunda se había confesado y recibido la extremaunción durante la noche, y a las primeras horas de la mañana mandó llamar al Embajador a su habitación: «Nos conoció en seguida, y dijo: ¡Ah Embajador, bien veis que estoy en camino para otro mundo mejor!... Rogad a mi madre y hermano que lleven esta pérdida con paciencia, y que se consuelen con saber que lo que me satisface más que ninguna otra prosperidad de las que en este mundo he gozado, es ir a mi Creador, donde le serviré mejor de lo que aquí puedo. Yo le rogaré que mis hermanos y hermanas vivan muchos días felices, así como mi madre y Carlos mi hermano; y os pido les supliquéis que miren por su reino y no dejen que la herejía arraigue en él. Tomen todos mi muerte con paciencia, pues yo soy muy dichosa.» «¡Oh!—replicó el Embajador principal,—Vuestra Majestad vivirá largo tiempo todavía, para ver a Francia buena y feliz.» «No, no, Embajador—murmuró ella moviendo la cabeza con lánguida sonrisa.—Espero que así sucederá, pero yo no deseo verlo. Prefiero ir y ver lo que muy pronto ver espero.»

Después de muchas y tiernas pláticas sobre su país y la gente de él, la Reina moribunda se despidió de sus paisanos y oró durante algún tiempo con sus directores espirituales: luego cayó en desmayo por diez minutos. Al medio día «abrió repentinamente los ojos, vivos y centelleantes, y me pareció que me quería decir algo más, porque me miraba fijamente» (2); y luego, Isabel de la Paz pasó quietamente a aquel mundo en que su alma gentil mora para siempre. «Dejamos el palacio todos llorando, porque no hay entre la gente de esta ciudad

(1) Fourquevault a Catalina, 3 Octubre 1568. Du Prat.
(2) Ibid.

ninguno, grande ni chico, que no la llore, pues todos llevan luto por la mejor Reina que aquí ha habido.» Felipe fué a ocultar su pena lejos del mundo, al monasterio de San Jerónimo; pero su misión en la tierra era mayor aún que su pena y su amor. Las esperanzas de la alianza francesa para extirpar la herejía habían fracasado, fracasado de todo punto. Inglaterra, ayudando a los flamencos rebeldes con todo su poder, había avanzado más y más, alejándose de él. En Francia la Reforma iba en auge, y sólo dos vidas—precarias por cierto—mediaban entre el trono y un rey hugonote. No había heredero varón que se pudiera hacer cargo de la espinosa misión de defender la cristiandad ortodoxa en el universo entero. ¿Adónde volvería Felipe con simpatía sus ojos para buscar la madre del heredero que anhelaba? No a Inglaterra ni a Francia, pues en ambas se había estrellado. ¿Dónde, pues, sino entre su propia familia, en Austria? A su sobrina Ana, la prometida de Don Carlos, ahora muerto. Al cumplirse el segundo aniversario de la muerte de Isabel, Ana de Austria se ponía en camino de España para desposarse con su tío Felipe. Isabel de la Paz, políticamente, había vivido en vano.

MARTÍN HUME

ÍNDICE

Pág.

La Reina Gobernadora, por Carlos Cambronero..... 5

Acepciones nuevas, por Juan B. Selva..... 27

La guerra franco-alemana de 1870 y 1871, por el Capitán Tanera 52

Laura de Dianti.—Garcilaso de la Vega, por Carlos Justi..... 120

Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume..... 156

LIBROS PUBLICADOS

POR

LA ESPAÑA MODERNA

que se hallan de venta en su Administración, López de Hoyos, 6.—MADRID

N.º del Catál.º		Pesetas
513-514.	**Aguanno.**—La génesis y la evolución del Derecho civil (Dos tomos).	15
176	— La Reforma integral de la legislación civil..	4
315	**Amiel.**—Diario íntimo..	9
574	**Andreief.**-Los ahorcados	7
178	**Anónimo.**--¿Académicas?	1
179	— Currita Albornoz al P. Luis Coloma.....	1
327-328	**Antoine.**—Curso de Economía Social, 2 vols.	15
180	**Arenal.** — El Delito colectivo.....	1,50
182	— El Derecho de gracia.	3
181	— El Visitador del preso.	3
323	**Arnó.**—Las servidumbres rústicas y urbanas.--Estudio sobre las servidumbres prediales.....	7
172	**Asensio.**—Fernán Caballero.....	1
39	— Martín Alonso Pinzón.	3
184	**Asser.** — Derecho Internacional privado.....	6
569-570	— **Audinet.**—Derecho internacional privado. (Dos tomos).....	12
368	**Bagehot.** — La Constitución inglesa.....	7
391	— Leyes científicas del desarrollo de las naciones en sus relaciones con los principios de la selección y de la herencia	4
416	**Baldwin.**—Elementos de Psicología.....	8
111	**Balzac.**--César Birotteau	3
54	— Eugenia Grandet....	3
112	— La Quiebra de César Birotteau.....	3
62	— Papá Goriot.....	3
76	— Ursula Mironet.....	3
2	**Barbey d'Aurevilly.** — El Cabecilla.....	3
12	— El Dandismo y Jorge Brummel.....	3
131	— La Hechizada.....	3
120	— Las Diabólicas.....	3
124	— Una historia sin nombre.....	3
110	— Venganza de una mujer.....	3
495	— **Barthelemy-Saint-Hilaire.**—Buda y su religión.....	7
130	**Baudelaire.**— Los paraísos artificiales.....	3
163	**Becerro de Bengoa.** — Trueba.....	1
174	**Bergeret.**—Eugenio Monton (Merinos)....	1
552	**Berzeviczy.**—Beatriz de de Aragón, Reina de Hungría.....	7
353	**Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, para uso especialmente de los Institutos técnicos y de las Escuelas superiores de Comercio.....	10
311	**Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César.....	8
380	— La Oposición bajo los Césares.....	7
525	**Bouchot.**—Historia de la literatura antigua.....	6
169	**Bourget.**-Hipólito Taine	0,50
395	**Bréal.** — Ensayo de Semántica. (Ciencia de las significaciones)	5
447	**Bredif.** — La Elocuencia política en Grecia.....	7
399	**Bret Harte.** — Bloquea-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	dos por la nieve.....	2
484	**Brooks Adams.**—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos	7
505-526	**Bryce.** — La República Norteamericana, dos tomos.....	13
556	— El gobierno de los Estados en la República Norteamericana.....	7
558	— Los partidos políticos en los Estados Unidos..	6
367	**Bunge.** —La Educación..	12
185-186	**Burgess.** — Ciencia política y Derecho constitucional comparados *(dos tomos)*.....	14
557	**Burnouf.** — Las religiones, literatura y constitución social de la India	7
547-548	**Buylla.**— Economía *(dos tomos)*.....	10
533-537-542	**Caillaux.**—Los Impuestos en Francia, *(tres tomos)*.....	18
520	**Cambronero.**—Las Cortes de la Revolución..	4
559	— Crónicas del tiempo de Isabel II.....	7
36-37	**Campe.** — Historia de América *(dos tomos)*...	6
156	**Campoamor.**—Cánovas.	1
79	— Doloras, cantares y humoradas.....	3
69	— Ternezas y flores.....	3
317-354-371	**Carlyle.**—La Revolución francesa *(tres tomos)*.....	24
393	— Pasado y presente....	7
102	**Caro.**—Costumbres literarias.....	3
58	— El pesimismo en el siglo XIX.....	3
65	— El suicidio y la civilización.....	3
363	— La filosofía de Goethe	6
293	**Castro.**—El libro de los galicismos.....	3
394	**Colombey.** — Historia anecdótica de El Duelo en todas las épocas y en todos los países.....	6
190-191	**Collins.** — Resumen de la filosofía de Spencer *(dos tomos)*.....	15
437	**Comte.** — Principios de Filosofía positiva.....	2
64	**Coppée.**—Un idilio.....	3
404	**Couperus.**—Su Majestad.	3
361	**Champcommunale.**—La sucesión abintestato en Derecho Internacional privado	10
515	**Chassay.**--Los deberes de la mujer en la familia.	3
40	**Cherbuliez.** — Amores frágiles..	3
26	— La tema de Juan Tozudo	3
93	— Meta Holdenis.....	3
18	— Mis Rovel.....	3
91	— Paula Meré.....	3
297-298	**Darwin.** — Viaje de un naturalista alrededor del mundo *(dos tomos)*..	15
59	**Daudet.**—Cartas de mi molino.....	3
125	— Cuentos y fantasías..	3
13-14	— Jack *(dos tomos)*...	6
46	— Novelas del lunes....	3
540	**Delorme.** — César y sus contemporáneos.....	6
567	**Deploige.**—El conflicto de la Moral y de la Sociología.....	7
536	**Deschanell.** —Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres..	7
425	**Dollinger.**— El Pontificado.....	6
166	**Dorado.** — Concepción Arenal.....	1
33	**Dostoyusky.**—La novela del presidio.....	3
301	**Dowden.** — Historia de la literatura francesa..	9
402	**Dumas.**- Actea.....	2
340	**Eltzbacher.** — El anarquismo, según sus más ilustres representantes.	7
516	**Ellen Key.**—El amor y el matrimonio.....	6
342	**Ellis Stevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, estudiada en sus relaciones con la Historia de Inglaterra y de sus colonias.....	4
326	**Emerson.**—La ley de la vida	5
332	— Hombres simbólicos. .	4
413	— Ensayo sobre la naturaleza, seguido de varios discursos.....	3,50
442	— Inglaterra y el carác-	

N.º del Catál.º		Pesetas
	ter inglés.....	4
459	— Los veinte ensayos...	7
553	**Engels.**—Anti-Dühring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dühring.....	7
155	**Fernández Guerra.** — Hartzenbusch	1
162	**Fernán Flor.**—Tamayo..	1
158	— Zorrilla.....	1
92	**Ferrán.**-Obras completas	3
352	**Finot.**—Filosofía de la longevidad.....	5
534	**Fisher.**—Ecouomía política y geométrica.....	8
357	**Fitzmaurice - Kelly.** — Historia de la Literatura española..... .	10
24	**Flaubert.** — Un corazón sencillo.....	3
390	**Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania..	7
196-197	**Fouillée.** — Historia de la filosofía (*dos tomos*)	12
195	— La ciencia social contemporánea.....	8
194	— Novísimo concepto del derecho en Alemania, Inglaterra y Francia..	7
451-452	—Historia de la filosofía de Platón (*dos tomos*)	12
554-555	— Compendios de los grandes filósofos (*dos tomos*).....	12
333	**Fournier.** — El ingenio en la historia.—Investigaciones y curiosidades acerca de las frases históricas.....	3
198-199	**Framarino dei Malatesta.**—Lógica de las pruebas en materia criminal (*dos tomos*).....	15
509	**Fromentin.**—La pintura en Bélgica y Holanda..	6
302-303	**Gabba.** — Cuestiones prácticas de Derecho civil moderno (*dos tomos*).	15
307	**Garnet.**—Historia de la Literatura italiana....	9
201	**Garofalo.** — Indemnización á las víctimas del delito.....	4
200	— La criminología.—Estudio sobre el delito y la teoría de la represión, con un Apéndico sobre los términos del problema penal, por Luis Carelli.....	10
202	— La superstición socialista.....	5
507	— El delito como fenómeno social.....	4
539	— Justicia y Civilización.....	4
98	**Gautier.**—Bajo las bombas prusianas.....	3
167	— Enrique Heine.....	1
132	— Madama de Girardín y Balzac.....	3
121	— Nerval y Baudelaire..	3
70	**Gay.**—Los Salones célebres.....	3
345	**George.** — Protección y librecambio.....	9
421	— Problemas Sociales..	5
261	**Giddings.**—Principios de Sociología..... .	10
414	— Sociología inductiva.	6
485	**Girard.**—La Elocuencia ática.....	4
546	— El sentimiento religioso en la Literatura griega.....	7
286	**Giuriati.** — Los errores judiciales.....	7
531	— El Plagio...	8
164	**Gladstonne.**—Lord Macaulay.....	1
287	**Goethe.**—Memorias.....	5
538	**Gómez Villafranca.**—Indices de *La España Moderna*, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal..	12
406	**Gonblanc.**—Historia general de la Literatura.	6
21	**Goncourt.** — Germinia Lacerteux.....	3
204	— Historia de María Antonieta.....	7
44	— La Elisa.....	3
61	— La Faustín.....	3
318	— Las favoritas de Luis XV.....	6
6	— Querida.....	3
11	— Renata Mauperín....	3
358	— La Du-Barry.....	4
528	— La Clairon.....	6
543	— La mujer en el siglo XVIII.....	5

(*Continúa.*)

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26 NUM. 311.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

NOVIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

VIII

De Sedán a París (11 al 23 Setiembre 1870)

Ibamos, pues, a dejar la región en que habíamos asistido a tantas cosas notables, a tantos interesantes acontecimientos, pero también a tantas tristezas, por lo que nos felicitábamos de poder al fin volverle la espalda.

La tarea que se nos había impuesto en los últimos ocho días era por extremo difícil; estábamos menos favorecidos que los otros destacamentos empleados en el transporte de prisioneros; aquéllos no estaban obligados a vivir, como nosotros, en una región contaminada por miasmas deletéreos, y donde por todas partes se ofrecía el lúgubre espectáculo de la descomposición; no tenían que contemplar horrores por todas partes, ni, sobre todo, tocarlos con las manos como nosotros, que fuimos designados para limpiar y purificar el campo de batalla.

Con esto, la misión de exterminar varios cientos de caballos se prolongó durante algunos días.

Y, sin embargo, nada teníamos que envidiar a los compañeros encargados de recorrer, con sus hombres, los bosques y los campos para buscar cadáveres, reconocerlos y enterrarlos. Los hallaban todavía, cuatro o cinco días después de la batalla, en los bosques espesos del Garenne o en las ruinas de Bazeilles y de Balau; y hasta pasada una semana se encontraban aún

muchos cadáveres de caballos, pobres animales que, heridos, se habían arrastrado durante algún tiempo, y por fin habían caído muertos y yacían abandonados.

Baste decir, para que se tenga una idea de lo que eran los alrededores de Sedán a principios de Setiembre, que hubo que sepultar más de nueve mil cadáveres de caballos.

El 10, por la noche, supimos que habíamos de marchar el día siguiente, por la mañana, en pos de otros cuerpos alemanes, hacia París, atravesando la Campaña y la Brie.

Los oficiales jóvenes nos alegramos de todo corazón, pero más de uno de nuestros maduros compañeros y más de un soldado hubieran preferido tomar el camino de vuelta después de la gran victoria de Sedán. ¿No habían esperado que tras la caída de la dinastía de los Bonaparte terminaría la guerra?

Pero lo jóvenes tuvimos razón, y con el corazón lleno de gozo nos aprestamos a atravesar la Campaña.

¿No era suficientemente atractiva por sí sola la palabra «Champagne»? ¿No habíamos de esperar que podríamos romper el cuello a más de una botella del espumoso y dorado vino? Y Dios sabe si quedaron defraudadas muchas esperanzas.

El 11 de Setiembre, el mismo tiempo que hasta el día aquél fuera sombrío, con alternativas de chubascos y nubarrones, se puso de nuestra parte, y, con un hermoso sol, emprendimos por la mañana la carretera de Chevanges, Chehery, Chemery, hacia París. Nos entusiasmaba la idea de que, tras de nuestra gran victoria, íbamos a seguir penetrando en el corazón de Francia, hacia su capital, hacia aquel París mágico y fabuloso, tan seductor para un oficial joven.

No pude felicitarme de mi primer acantonamiento, en Mairy, en casa de una señora Chelin; era un albergue pobre y que olía a humo.

Pero no perdí mi buen humor por tan poca cosa, y al día siguiente continué, tan alegremente como antes de nuestra marcha, por Chêne, Neuville-à-Day y Semny.

En esta última localidad recibí la orden de ir en requisi-

ción por la región que se encuentra al Norte del Aisne, y dirigirme en seguida aisladamente a Attiny.

Era la primera vez en mi vida que me incumbía semejante misión; había de traer ocho o diez bueyes, pan en la mayor cantidad posible, harina, avena y vino.

En cuanto llegué al primer pueblecillo, hice venir al alcalde y le expuse muy cortésmente mi deseo.

—No hay nada—me contestó.

La cosa empezaba ciertamente mal.

—Cabo Zuit—grité,—vaya a dar una vuelta por las casas y las cuadras.

El cabo marchó con ocho hombres.

—¿Y pan, señor alcalde?

—Nada.

—¿Y harina?

—Nada.

—¿Y vino?

—Nada, absolutamente nada.

Aquello era demasiado. Lancé a aquel gallo de aldea uno de esos juramentos enérgicos, que comprendió muy bien, y le expliqué que si dentro de media hora no recibía todo lo pedido, me vería en la precisión de emplear los grandes medios.

Me prometió hacer todo lo posible, y le dejé marchar.

Esperé cosa de media hora. Mientras tanto volvió el cabo que envié de reconocimiento, pero no me traía más que dos o tres panecillos, un poco de harina y un tonelito de vino.

Contenía esto lo justo para una sección; no había que pensar en satisfacer al batallón; era como si a un estudiante sediento de Munich se le diera cerveza en una espita de licor.

A todo esto el alcalde no volvía. Mandé en su busca, y supe entonces que, media hora antes, se le había visto marchar en dirección Sur para un asunto urgente.

La cosa era demasiado fuerte. Mi primer pensamiento fue llevarme en rehenes algunos aldeanos; pero después de reflexionar, cambié de idea.

Había otro pueblo muy próximo a nosotros; me dirigí a él, seguido de mis cazadores; mandé llamar al alcalde, como en el otro lugar; pero le hablé esta vez de una manera tan clara e imperativa, que ni por un momento se le ocurrió ocultarme nada; me prometió, por el contrario, procurarme al punto 4 bueyes, 10 sacos de avena, 5 de harina y 300 litros de vino. Tuve la buena precaución de quedarme con mi alcalde, para que no le acometiese, como al otro, el deseo de viajar, y me hice traer por criados y campesinos los géneros que hube exigido.

Todo estaba allí al cabo de unos tres cuartos de hora, incluso un vehículo para el transporte.

Ya no me quedaba más que urdir mi plan de venganza.

Marché tranquilamente con mi sección y mi carro en dirección de Attigny; llegado a un bosque que ya había reconocido en mi plano, me detuve; dejé un puesto de seis hombres con un cabo, así como el producto de la requisición realizada, y me puse en marcha con el resto de mi sección hacia nuestro primer puesto, teniendo cuidado de mantenerme continuamente bajo el amparo del bosque.

Cuando estuvimos cerca de las primeras casas dividí mis hombres en patrullas, y les ordené que ocupasen lo más rápidamente posible todas las salidas del pueblo, recomendándoles bien que no dejasen salir a nadie y permaneciesen allí hasta que tócase llamada; luego despaché a un cabo con cinco hombres, con la misión de dirigirse en seguida a casa del alcalde, prenderle si estaba allí, y conducirle en el acto a la plaza de la iglesia.

—Si, durante la operación—añadí,—recibe el mozo algunos buenos puñetazos, la cosa no tiene ninguna importancia.

Y terminé con esto mis recomendaciones. Salimos a nuestra vez del bosque, recorrimos a la carrera y en pocos minutos los 600 metros que nos separaban del pueblo, que rodeamos en seguida, antes de que ningún habitante hubiera podido dar la menor alarma.

Todo sucedió como lo tenía previsto: al cabo de diez minutos me trajeron al alcalde, vuelto ya de su viaje de asuntos.

La manera y el tono con que le acogí causáronle tal espanto, que se puso a temblar, no pensando más que en una cosa: tomar disposiciones para procurarme el ganado y las provisiones que le pedía. Aterrorizábale, sobre todo, la reflexión que le hice de que me sería muy agradable meter unas onzas de plomo en el cuerpo de algún alcalde recalcitrante.

—Así, pues—le dije,—si quiere usted darme gusto, persista en su obstinación. Tengo mucha curiosidad por saber cómo se comporta un alcalde francés cuando es pasado por las armas; en fin, ya veremos esto dentro de una hora.

Miré el reloj y me fuí.

Produjose entonces un gran movimiento entre los aldeanos que habían escuchado como curiosos. El alcalde, guardado siempre por unos cazadores, les daba a sus administrados toda suerte de órdenes e instrucciones, de tal manera, que pasados tres cuartos de hora tenía ante mí cinco bueyes y vacas, un carro con 30 sacos de avena, otro con 10 de harina, un tonel de 500 litros de vino tinto y unos 40 panecillos. Una mujer me entregó personalmente excelente queso y manteca, mientras que mis hombres recibían por su parte queso, con vino muy ampliamente medido.

Mandé poner en libertad al alcalde y le entregué riendo el «bono» reglamentario; añadí, para confundirle, que si hubiese persistido en no entregarme nada, no le habría mandado fusilar, pero me lo hubiera llevado sencillamente como prisionero.

Puso una cara muy rara y desapareció, no sin que le felicitase todavía por la rápida conclusión de su viaje de negocios.

Dos horas después llegábamos a Attigny, no sin haber recogido nuestro primer carro, y hacíamos entrega del botín, con gran contentamiento de todo el mundo.

Me fuí entonces alegremente a mi alojamiento, a casa de los señores Banart-Morin, donde se me recibió muy bien.

El 13 de Setiembre atravesábamos los poblados de Baux y

de Pauvres, entrando así en la Campaña piojosa propiamente dicha. No me fue dado, sin embargo, tropezar, en casa de la señora Tourette, donde fuí bastante bien alojado por la noche, ni con el menor de esos animalitos que dan tan agradablemente su nombre a toda una provincia.

Pasamos el día siguiente en Bignicourt y en Baine; allí fuí alojado a casa del señor Lundey, quien, en cuanto llegué, me ofreció champaña. Bebí con emoción bien legítima la primera copa de aquel vino espumoso que me servían en el mismo seno de su país.

El día siguiente nos llevó al amable poblado de Ay, en los alrededores inmediatos de Espernay, en donde acantonamos más agradablemente que nunca; vimos luego otras localidades, todas célebres por sus marcas, Sillery, Verzenay, Verzy, y pudimos admirar, a unos dos kilómetros y medio, la ciudad de Reims con su magnífica catedral. Fue para nosotros una sorpresa de las más agradables saber que el 16 de Setiembre iba a ser día de descanso.

No habíamos hecho más que mandar romper filas a nuestros soldados, cuando se nos presentó el alcalde del lugar, que hizo a nuestro jefe la proposición siguiente:

—Ustedes prohiban a sus soldados—dijo—que entren en nuestras viñas; cuiden de qne tal orden sea observada. En cambio, la población les concederá, por hombre y por día, dos botellas de vino corriente, y por oficial y por día dos botellas de nuestro mejor champaña.

Este ofrecimiento, además de ser muy agradable, redundaba en nuestro mismo interés, puesto que el hecho de comer demasiadas uvas, más o menos maduras, podía causarnos dolencias; lo aceptamos, pues, muy gustosos.

Por nuestra parte, cumplimos nuestra promesa y pusimos centinelas, con objeto de impedir que los hombres franqueasen ciertos límites. En cambio, a nuestros cazadores les satisfizo mucho saborear diariamente dos botellas de un vino corriente, cierto es, pero muy agradable; en cuanto a nosotros, bebíamos

un champaña inmejorable, y debo decir que por casualidad nos limitábamos a las dos botellas señaladas por cabeza.

Mi patrón, el señor Alfredo Aesbert, uno de los más ricos fabricantes de champaña de la población, quiso, sin duda alguna, privar al ejército alemán de uno de los más jocundos oficiales de Su Majestad, porque hizo cuanto pudo para ahogarme en el precioso líquido. Con suma amabilidad me condujo a través de sus inmensas bodegas, y me inició en todos los secretos de su fabricación.

Es de creer que entreveía en mí, no un concurrente, sino un buen cliente para lo futuro.

El 17 partimos para Epernay, Brugny y La Chapelle-sous-Orbais; hubo durante este trayecto una serie ininterrumpida de escenas ultra-cómicas.

Hacía muchísimo calor. Nuestros hombres llevaban consigo todas las botellas que les quedaban de Ay, tantas como podían llevar. Veíanse salir de todos los instrumentos cuellos plateados o dorados; los bolsillos de los asistentes de oficiales rebosaban promesas.

Pero no se había contado con que en cada una de aquellas verdes botellas se encontraba escondido un diablejo; yo mismo experimenté más de una vez su poder.

Las pobres botellas, desgraciadas prisioneras, aspiraban también ellas a ver el hermoso sol que con tanta fuerza quemaba la piel de nuestros cazadores en los arenales que atravesábamos; trataban de salir, a pesar de todo; aunaban sus fuerzas; una breve detonación, y se libraban de sus trabas, en busca, a través de los instrumentos, los uniformes y los pantalones, de su camino hacia el libre espacio. Oíanse entonces interminables risotadas. Ocurría que un hombre se burlaba del que tenía delante, a punto de hacer explosión su propia botella, y recibía para sí las burlas que destinaba a su compañero.

Las escenas más divertidas se desarrollaron en el primer alto.

No se percibía el menor rastro de sombra.

Los hombres sacaban las botellas de los lugares en que habían estado relativamente protegidas de los rayos del sol; inmediatamente saltaban los tapones, y eran bebidas por adelantado.

El champaña de los oficiales, de mejor calidad, había soportado algo mejor el calor y las sacudidas, pero se agitaba también y hacía de las suyas cada vez que se abría una botella. Apenas se veía desembarazado de sus alambres, saltaba el tapón y dejaba escaparse, como de un pozo artesiano, el noble líquido, que se lanzaba a describir una amplia curva. Preciso era entonces llevarse la botella a los labios lo más pronto posible, y tragar aprisa para no verse sofocado.

Un compañero hizo el experimento.

En su precipitación, se llevó la botella, no solamente a la boca, sino también a la nariz; penetróle el vino con tal fuerza, que perdió la respiración y hubo de volver en sí gracias a dos amigos que le incorporaron, mientras que otros, con los puños, le tocaban a generala en la espalda.

Pronto comprendimos que no había que contar con llevar muy lejos las botellas llenas que quedaban; era evidente que, dado el calor que reinaba, todas estaban destinadas a saltar.

Bebimos, pues, alegremente y no tardando; más de dos mil botellas indicaban el lugar donde se había detenido nuestro batallón; decir que habíamos vaciado todo el contenido sería exagerado, porque la mayor parte del líquido se perdió en el aire.

No por ello se mostró menos alegre nuestro batallón, y entramos cantando en nuestro acantonamiento, no muy famoso, el día aquel.

El 18 atravesamos la linda localidad de Sezanne. Habíanme enviado delante para organizar el alojamiento; tuve la suerte de encontrar en el camino un cochecillo, que me transportó con mis suboficiales, mientras que mi batallón avanzaba penosamente con lo más fuerte del calor.

El arreglo con el cochero fue de los más sencillos: un pape-

lito, una de cuyas caras representaba, sin duda, un fragmento de carta paterna, y la otra contenía estas palabras:

«Vale por un trayecto de Sezanne a Toulons.

»Primer batallón de Cazadores bávaros.

Teniente Tanera.»

¿Le pagaron a nuestro hombre después de la guerra, a la presentación de aquel papelejo? No lo sé; era asunto suyo.

Habíamos recorrido, hasta entonces, un país desembarazado por nuestras tropas de todo lo que pudiera oler a francotiradores; no ocurría lo mismo desde que avanzábamos al Sur de la carretera que seguían los ejércitos; nos vimos obligados a proteger nuestra marcha, cosa que hasta allí nos había parecido completamente inútil.

En la noche del 19 de Setiembre me ocurrió una aventura que me trajo a la realidad.

Debía ir a buscar a Beton-Bazoches, al cuartel general de la división, órdenes para el día siguiente; a este efecto, requisicioné un cochecillo en Chevru.

El conductor era un hombre sombrío y mal encarado.

Era ya casi de noche; me orienté con ayuda de mi plano y de la estrella polar, que distinguía perfectamente; no me era, pues, posible equivocarme. El francés, al ir, me condujo perfectamente, y al cabo de una hora llegábamos a Beton-Bazoches; recibí las órdenes, y emprendí la vuelta inmediatamente.

Entonces mi conductor me propuso seguir un trayecto más corto. Acepté, y tornamos por un camino al Norte de la carretera.

Al cuarto de hora, llegamos a un gran bosque, en donde tomamos otra dirección: Nordeste, en vez de Noroeste. Pude darme exactamente cuenta de nuestra verdadera posición, cuando llegamos a un claro, en el que se me presentó mayor extensión de cielo.

Hacía más de una hora que nos hallábamos en el pretendi-

do atajo, cuando antes no habíamos empleado más de una por la carretera.

Me decidí pronto: saqué discretamente el revólver de su funda, apunté a la cabeza de mi conductor, lo amartillé, y le dije con tono tranquilo:

—Si dentro de diez minutos no estamos delante de la alcaldía de Chevru, le levanto la tapa de los sesos.

El hombre, al oír esto, se encogió de tal manera, que parecía haber ya recibido el plomo en la cabeza; tiró tan violentamente del caballo, que por poco lo tira; giró, fustigó al pobre animal, que arrancó al galope, y me llevó en sentido inverso por el camino que acabábamos de recorrer.

Miré el reloj a la luz de las estrellas y no volví a hacer el menor movimiento.

El coche continuaba rodando.

Al cabo de ocho minutos estábamos en la carretera, pero bastante lejos todavía de Chevru; yo estaba ya seguro de hallarme ahora en el buen camino; miré de nuevo el reloj.

Al ver esto, el conductor no pudo más.

Con tono suplicante, me pidió que le concediese otros cinco minutos, afirmándose que se había extraviado en el bosque y perdido así el verdadero camino.

Hasta entonces no había proferido una sola palabra, y ahora me llamaba su buen, su bravo oficial; decía que todos los alemanes eran buenos muchachos, etc., etc.

Le contesté con la mayor seriedad que consentía en concederle cinco minutos más; arreó de nuevo a su caballo con todas sus fuerzas; volábamos literalmente.

Apenas habían pasado seis minutos, cuando parábamos ante la alcaldía de Chevru. Dejé apearse a mi cochero y le seguí, con el revólver siempre empuñado; naturalmente, no le entregué ningún «vale»; pero le aconsejé que otra vez tuviera mucho cuidado con el camino, porque podría ser que no todos los oficiales alemanes estuviesen dispuestos a concederle como yo cinco minutos.

Mi buen hombre estaba tan asustado, que no juzgué útil castigarle y mandarle prender. Había también otra razón: no quería privar de su amo al pobre caballo, que estaba allí jadeante y sudando hasta dar lástima.

No me ha ocurrido en lo sucesivo dar en coche un paseo tan rápido; no quisiera, por lo demás, volver a realizar semejante viaje.

Fuimos recibidos, el 20 de Setiembre, en el castillo del Conde de Andrezel, estancia que merece ser señalada. Allí encontramos cuanto podíamos desear tras una larga marcha: buena habitación, buen baño, comida esmeradamente servida por criados de librea, vinos exquisitos, parque magnífico, en el que pudimos hacer la digestión paseando.

No ocurrió lo mismo, el 21, en las avanzadas, al Oeste de Lisses, al otro lado del Sena; no pudimos dormir.

El 22 llegamos a Longjumeau, célebre por la ópera de Ch. A. Adam; allí oímos toda la noche el ruido del cañón, que nos llegaba de París sitiado.

Hubimos de permanecer allí provisionalmente para servir de reserva al ejército sitiador y para ser de nuevo utilizados, si era necesario, en el transporte de los heridos, hasta el momento en que fuésemos reemplazados.

Como no se sabe nunca lo que nos puede reservar lo porvenir, y para atenerme al refrán que dice que la ocasión la pintan calva, resolví ir al día siguiente a los alrededores de París para contemplar, por lo menos de lejos, la capital.

Algunos compañeros decidieron acompañarme, y así, en la tarde del 23 de Setiembre, el teniente primero Golch, mi compañero Schmeakenbecher y yo, en un carricoche de campesino que alquilamos, llegamos hasta Bagneux, en la extrema línea de las avanzadas, después de haber pasado por Antony y Bourg-la-Reine.

Seguro estoy de que si nuestro cochero hubiera sospechado que recorría con nosotros la zona más peligrosamente barrida por los fuertes de Bicêtre, de Montrouge y de Vanves, no hu-

biese consentido nunca en ir tan lejos. Ni siquiera nosotros lo sabíamos, y quedamos muy sorprendidos cuando, al atravesar una granja, oímos pasar sobre nuestras cabezas uno de esos monstruos que, con su mugido característico, hendió el aire para ir a buscar su objetivo más lejos, en las alturas de los alrededores de Sceaux.

Acabábamos de dar vuelta a una casa de Bagneux, en la carretera de Châtillon, cuando se nos apareció, como un mar de piedras, la ciudad de París.

¡Espectáculo inolvidable!

El sol, ya poniente, doraba con sus rayos mágicos las innumerables cúpulas, las torres y los tejados; aquí y allí, algunas manchas verdes indicaban el lugar de los parques, refugios bienhechores del reposo.

Nuestro recogimiento era tal, que nos olvidamos de la realidad y no tomamos ninguna precaución para guarecernos: algunas balas de chassepots vinieron a golpear en una pared cercana a nosotros.

—Los franceses no quieren permitir que se admire su capital; pero, ¿dónde están?

Como oyéramos nuevos disparos, prestamos oído, y el ruido de las detonaciones nos indicó de dónde venían exactamente todos aquellos amables saludos.

Nos disimulamos tras una pared, no por temor, sino porque no teníamos la conciencia tranquila; habíamos emprendido aquel paseo sin permiso, y sabíamos que si alguno de nosotros era herido, se nos castigaría por añadidura.

Las avanzadas francesas se hallaban a unos 700 metros de nosotros, de suerte que podíamos fácilmente, con nuestros gemelos, contar sus hombres.

Hablamos con nuestros compañeros de la primera línea, que no parecieron muy satisfechos de nuestra visita; hay que decir que, forzosamente, unos oficiales de cuerpos extranjeros como nosotros cometían imprudencias por su ignorancia del

terreno, y provocaban así el tiro de las avanzadas francesas, con gran detrimento de las líneas alemanas.

A instancias suyas, nos dirigimos a una granja, desde donde pudimos contemplar por una ventana, sin ser vistos, el magnífico panorama de la ciudad, así como las líneas que la protegían. Estas, alentadas sin duda por el silencio de nuestros cañones y nuestros fusiles, se movían con todo desembarazo, y se mostraban por todas partes sin la menor vacilación, revelándonos así sus verdaderas posiciones. Pudimos observarles con ayuda de nuestros gemelos hasta el anochecer.

Entonces volvimos a Longjumeau, muy satisfechos del interesante viaje, y muy contentos, sobre todo, de que nuestra ausencia hubiera pasado inadvertida.

Habíamos visto París, y podíamos decir, si hubiéramos tenido que volver ya a nuestra patria, que habíamos penetrado hasta el corazón del país conquistado y contemplado su capital.

Lejos estábamos de sospechar entonces que nos quedaba por realizar la parte más ardua, más penosa y más seria de la campaña; todos esperábamos que París se rendiría tras algunas semanas de sitio, y que estaríamos de vuelta en nuestras guarniciones respectivas antes de empezar el invierno.

Las cosas ocurrieron de otro modo.

Durante el invierno de 1870-1871, regamos con nuestra sangre los campos de batalla del Loire; el de 1871-1872 nos encontró en Sedán; en cuanto al de 1872-1873, lo pasamos en las altas mesetas de los Ardennes, cubiertas de nieve, para conservar en prenda este territorio mientras que no fuesen aceptadas todas las cláusulas del tratado de paz.

Permanecí en Longjumeau hasta el 28 de Setiembre, y tuve el gusto de hacer, con los mismos compañeros, otra excursión—a Versalles esta vez,—que fue igualmente grata; luego fui encargado de un reconocimiento interesante, que voy a tratar de referiros.

IX

Reconocimiento de bosques entre Longjumeau y Orleans.

París estaba sitiado desde hacía quince días. Necesitábase al principio, para el abastecimiento de las tropas sitiadoras, y hasta que las comunicaciones con Alemania se restableciesen, hacer en los alrededores de la capital numerosas requisiciones.

La caballería empleada a este efecto hubo de extender cada vez más su campo de acción, porque pronto no encontró ya en los alrededores de París el menor trozo de buey o de carnero, ni vino siquiera; de todo se había despojado a los habitantes, a excepción de lo que habían puesto al abrigo de la caballería alemana en los numerososos bosques, grandes o pequeños.

La población, repuesta al fin de su primer terror, provocado por la aparición de nuestras tropas, comenzaba a tomar una actitud amanazadora, causa de muchos males.

Gambetta, con sus proclamas, había levantado en toda la región Sur de París cuerpos de franco-tiradores, que hacían el país inseguro, urdían emboscadas y tiraban sobre nuestra caballería siempre que la ocasión se presentaba.

Corría también el rumor de la formación de un ejército de socorro al Sur del Loire; confiados en esto los campesinos, se dejaban fácilmente llevar a la resistencia, y se alzaban incesantemente frente a los jinetes alemanes. Estos, que en aquella época no iban aún provistos de carabinas, se encontraban, por lo general, sin defensa en aquel país boscoso; hubo, pues, que pensar en adjuntarles infantería.

Los franco-tiradores y los campesinos recalcitrantes fueron perseguidos hasta en los rincones más apartados de sus bosques; se venció toda resistencia, se demostró a los habitantes de la región que no estaban seguros en ningún escondrijo,

y que el menor acto hostil realizado por un paisano no quedaría impune.

¿Quién mejor que los cazadores para descubrir en los bosques los reductos más apartados?

El comandante general del cuerpo de ejército creó con este fin un destacamento, compuesto de dos oficiales, un trompeta, dos suboficiales y cuarenta y cinco soldados.

Los dos oficiales elegidos fueron el primer teniente Schrenk, un hombrecillo que no hubiera temido al diablo, pero que tuvo la desgracia de caer en los comienzos y estropearse seriamente, y un servidor de ustedes. Cada uno de los cinco batallones de cazadores del cuerpo de ejército proporcionó nueve voluntarios a este destacamento; los suboficiales y el corneta fueron igualmente elegidos entre hombres de buena voluntad.

Puede imaginarse lo que habría de ser una tropa así compuesta; naturalmente, en cada batallón se presentó una banda de bravos; se eligieron los mejores; yo mismo escogí los del primer batallón.

Estoy convencido de que ocho de ellos, sobre todo, fueron cazadores furtivos en nuestras altas montañas; eran hombres, si alguna vez se inutilizasen sus fusiles, capaces de concluir con sus enemigos, lo mismo a cuchilladas que con los puños y los dientes, y de dejarse hacer pedazos antes que rendirse.

Los que nos proporcionaron los otros batallones eran del mismo género; así que, cuando el 28 de Setiembre pasamos revista a aquellos mozos, quedamos satisfechos de nuestra tropa. Con cuarenta y ocho hombres de aquel temple podría atravesarse la mitad de Francia, seguros de que ninguno de ellos cayera vivo en manos de los franceses.

El noveno de mis cazadores, elegido entre los del primer batallón, no era de la misma condición; era un hombrecillo delicado y flacucho, llamado Voetter, que se había alistado para la campaña, y no había llegado a Longjumeau sino con los últimos esfuerzos. Habíase ofrecido también para el reconocimiento, pero me había hecho una rara impresión: sus botas le

estaban demasiado grandes, su uniforme parecía colgado de sus hombros, su casco se le hundía hasta las orejas, su mochila le cubría por entero. Pero mostraba tal energía en sus ojos, que me impresionó—debo decir que rara vez me ha engañado la fisonomía de las gentes.—Tal fue el caso de Voetter, que se comportó muy bien en lo sucesivo. Hablaba además muy correctamente el francés, y podía así prestarnos grandes servicios; esto me dedició a llevármelo.

Nuestras órdenes eran las siguientes: recorrer los bosques en todos sentidos, dar caza a los paisanos armados, traerlos prisioneros y exterminarlos; requisicionar todo el ganado posible, y ponerlo en manos de las tropas más próximas; en una palabra, mostrar y pasear el uniforme alemán en los más pequeños rincones, y, sobre todo, no omitir nada de lo que pudiera aumentar, en todas circunstancias, la seguridad de nuestro ejército.

Se nos dieron también algunas prescripciones de detalle sobre los caminos que debíamos batir y la duración probable de nuestro reconocimiento, pero ni por un instante se trató de nuestras necesidades particulares ni de nuestras personas; suponíase bien que un equipo como el nuestro no estaba destinado a morir de hambre.

Nos pusimos en camino el 28, y, cosa esencial para mí, tuve la suerte de tener caballo. Por la noche se nos juntaron dos jinetes de caballería ligera, voluntarios ellos también, que debían servirnos de ordenanzas.

Llegamos el primer día a Perray, cerca de Epinay.

A la mañana siguiente recorrimos el bosque de Segnigny, en donde no encontramos absolutamente nada, por estar todavía muy próximo al ejército.

Pero por la tarde encontramos, cerca de Bruyères, un destacamento alemán del tren de equipajes, que nos entregó a un campesino, sorprendido por unos ulanos, cuando se disponía a destruir una línea telegráfica. Fue inmediatamente interrogado, reconoció los hechos sin dificultad, y nos explicó

que consideraba de su deber perjudicar a los alemanes por todos los medios posibles.

—¿Eres soldado?

—No, y jamás lo he sido.

—¿Sabes lo que va a ocurrirte?

—No.

—Vas a ser fusilado.

—Me es igual, muero por mi patria; si me ponéis en libertad, volveré a destruir vuestras líneas.

Aquel francés pensaba conmovernos con su teatral indiferencia ante la muerte; se equivocaba.

Le hice comprender (yo era más experto en la lengua francesa que el jefe de nuestro reconocimiento) que iba a ser fusilado, y le pregunté si no tenía algo que confiarnos.

—No.

—¿Quieres que se avise a la familia y, en este caso, quieres darme tu nombre y tu dirección?

—No tengo ni parientes ni domicilio.

—¿Deseas rezar?

—No, no creo en Dios.

—Bien; sírvete poner al lado de ese foso, a orillas del camino.

Le vendé los ojos, seis cazadores avanzaron... «¡apunten!»... «¡fuego!»... Cayó y no movió un dedo; cinco balas le habían atravesado el corazón, otra le había abierto el pecho.

Nos aseguramos de la muerte de nuestro prisionero, echamos sobre él unas paletadas de tierra y continuamos nuestra marcha.

Pasamos la noche, parte en la granja, parte en el castillo Baillot, no sin haber puesto algunos centinelas y hecho saber al guardián o encargado que, si ocurría algo a alguno de los nuestros, no dejaríamos a nadie con vida y quemaríamos todas las casas.

Al día siguiente, nuestro teniente primero, barón de Schrenk, tuvo la desgracia, como ya he dicho, de caerse con

su caballo y herirse, hasta el punto de que no hubo que pensar en que continuase el camino a caballo, ni siquiera a pie.

Pusimos mano en un elegantísimo carruaje, al que enganchamos un caballote gris, y le mandamos así al más próximo acantonamiento.

Por penoso que fuese para aquel oficial valiente y emprendedor tal contratiempo, tuvo que entregarme el mando del reconocimiento y contentarse con indicarnos todas las noches los caminos que se habían de recorrer.

Yo era, pues, por completo independiente y podía cantar con mis cazadores la canción bien conocida: «A través de bosques y llanuras, marcho con el corazón ligero.»

Nuestros dos jinetes y algunos infantes hubieron de quedarse acompañando al teniente Schrenk.

En cuanto a mí, hice pesquisas con mi destacamento por todo el bosque de Biscorne; no tardamos en descubrir un primer escondite, en el que se lamentaban bueyes, vacas, corderos y cabras.

Era algo raro; sin duda nos habían visto los guardianes, que, al acercarnos, huyeron. Dí orden a algunos de mis hombres para que reuniesen todo aquel ganado, a fin de llevarlo más lejos, y continué adelante con los otros; llegué pronto a un claro bastante vasto, sembrado de trigo, cuya cosecha estaba ya recogida.

A unos trescientos pasos de nosotros, dos individuos, los guardianes sin duda, huían a todo correr.

Perseguirlos hubiera sido una locura; yo había dejado mi caballo en la linde del bosque y hecho llevarle a la carretera de Marcousois a Beauvais, en la imposibilidad de que pasara a través de la maleza.

Deseaba, sin embargo, dar un susto a aquellos mozos: tomé un fusil, anuncié que iba a tirar entre los dos individuos, y apunté. Fue morirse de risa. Los dos campesinos se separaron a derecha e izquierda; uno de ellos desapareció inmediatamente en el bosque, el otro continuó corriendo en derechura por

el claro. Me dí el gusto de dispararle hacia el oído; la bala dió en el suelo a cinco o seis metros de él, y levantó una nubecilla de polvo; el individuo cayó a lo largo, probablemente de miedo; se levantó en seguida y reanudó su carrera a más y mejor.

¡Qué aterradora historia contaría a los campesinos cuando llegase a su casa! Quizá hablara de bombas enormes que le rozaron las orejas.

Echamos adelante con nuestro ganado, y lo entregamos a una tropa de requisición que encontramos en Marcoussis; como hasta entonces había trabajado en balde, se mostró muy contenta ante el inesperado regalo.

Los días siguientes fueron empleados de la misma manera.

En cuanto aparecíamos en un rincón cualquiera, suscitábamos un verdadero espanto; por esta razón, sin duda, no encontramos en ninguna parte resistencia armada; no hubo más que unos cuantos palos a ciertos campesinos.

El 2 de Octubre, Voetter, el «Pequeño Voetter», como le llamaban, hizo una gansada. Habíamos puesto mano en Maillecourt, cerca de Oray, sobre unas 1.500 botellas de vino tinto, que enviamos a nuestros vecinos, y de las que no nos quedamos sino con una cantidad pequeña para nosotros. Pusimos nuestra parte en un cochecillo de dos ruedas, que debía servirnos de almacén, y que puse bajo la custodia de Voetter.

Le encargué, de paso, que pusiera aparte unas botellas para mi uso personal, y las disimulase bajo el asiento del coche; puso tantas, que no se podía cerrar.

Frecuentemente, de noche, cuando mis hombres y mi caballo estaban demasiado fatigados para proseguir la marcha, me ocurría hacer en el cochecillo, tirado por otro caballo, algunos reconocimientos suplementarios, y llevarme conmigo al pequeño Voetter.

Esto es lo que hice aquel día.

¡Pero cuál fue mi sorpresa! Al sentarme para marchar, oí un estrépido y miré; en unos cuantos segundos, casi medio pie de vino tinto se había derramado en el fondo del coche.

No quedaba ni una botella intacta. Me quedé sin beber, pero Voetter pagó los vidrios rotos.

Este desagradable incidente me obligó a embargar un buen coche de cuatro ruedas, cuyo conductor, un antiguo cochero de casa grande, hubo de acompañarnos casi hasta Orleans; este nuevo vehículo podía llevar muchas más provisiones que el anterior.

Pronto recorrimos todos los bosques situados entre Longjumeau, Arpajon, Limours y Versalles; encontramos mucho ganado y cosas útiles; pero las gentes con que tropezamos, asustadizas, aterrorizadas, no nos crearon dificultad alguna.

El 5 de Octubre fuí con nuestro teniente Schrenk, que no andaba aún sino trabajosamente y cojeando, a Versalles, en donde tuvimos la suma alegría de ver al rey Guillermo, que volvía de un reconocimiento, rodeado de varios de sus paladines y de un brillante cortejo militar. El anciano monarca se mantenía a caballo como un joven; en sus ojos brillaba siempre el fuego de la juventud.

Era la primera vez que, desde el principio de la campaña, veía a nuestros grandes jefes, y mi impresión fue tanto mayor.

Al día siguiente volvimos a Versalles; no vimos al rey; pero tuvimos ocasión de admirar los juegos de agua tan famosos, y supimos dos interesantes nuevas: la primera, que los franceses habían organizado la leva de la Guardia nacional, y distribuído armas a todas las regiones no ocupadas por los alemanes; la segunda, que el primer cuerpo de ejército bávaro estaba indicado para dirigirse contra fuerzas francesas reunidas en el Sur, en los alrededores de Etampes.

La primera de estas noticias nos abría un nuevo campo de acción en la busca, captura y destrucción de las armas entregadas a la Guardia nacional, y la segunda nos dictaba el dirigirnos en seguida hacia el Sureste, a fin de no faltar a la fiesta, si nuestro cuerpo iba a la batalla.

En unas cuantas marchas forzadas llegamos a la Grange-

aux-Bois, después de haber pasado por Montlhery, Arpajon y Auvers; observamos, a partir de allí, que nos encontrábamos en una región en donde los alemanes no se habían mostrado todavía.

El 9 de Octubre partí, a las tres y media de la mañana; recorrí los bosques de Puissel y de Marais, la selva de Saint-Croix, y llegué a Marolles. Nos habíamos detenido diferentes veces durante la jornada, y no pudimos llegar a nuestro destino, la Grange de l'Orne, antes de la noche. Como podía ser muy difícil descubrir esta granja pequeña en la oscuridad de un bosque, juzgué oportuno ponerme en busca de un guía.

Interrogué a este efecto a varios campesinos, a fin de darme cuenta de su conocimiento de los lugares; observé, al hacerlo, que un maestro de escuela israelita trataba de hacerse notar; pretendía que tal o cual campesino debía conocer el camino, que este camino no era difícil de encontrar, y que él mismo lo había ya seguido de noche; esto era más de lo que yo necesitaba.

—¿Conoce usted el camino?—le dije.—Pues usted mismo va a conducirnos.

El maestro de escuela no esperaba esto; se había esforzado en indicarnos como guías a campesinos cristianos, a fin de preservar a sus correligionarios.

Se defendió cuanto pudo, pero vencióse su resistencia, merced a algunas alusiones a nuestras armas, y emprendimos nuestro camino bajo su dirección.

De vez en cuando, mis soldados se complacían en asustar a aquel israelita; no se lo impedía, porque era tan ridículamente medroso, que resultaba cómico.

Cuando, al llegar, le devolvimos la libertad, echó a correr, y no se creyó seguro hasta que se encontró en su casa, entre sus cuatro paredes.

Al día siguiente, en Abbeville, viví una aventura muy interesante.

Había observado, en la actitud de los habitantes, que nin-

gún alemán había entrado nunca allí; resolví descansar y ver si había armas.

Llegados a la plaza de la iglesia, mandé formar pabellones, puse algunos centinelas, y envié al «pequeño Voetter» en busca del alcalde.

Volvió pronto, en compañía de éste; al mismo tiempo, vimos llegar al cura, al maestro de escuela, a aldeanos de toda especie, así como a numerosas mujeres con sus chicos.

El alcalde tenía mala cara, una de esas caras cuya sola vista puede encolerizar a uno; tenía, como se dice, una cara para bofetadas.

—Señor alcalde—le dije,—¿dónde están las armas destinadas a la Guardia nacional?

—No hemos recibido armas—me contestó.

—Bien; entonces, ¿no sabe usted nada tampoco de la famosa circular que Gambetta, vuestro ministro de la Guerra, ha lanzado, concerniente a la organización de la Guardia nacional, circular que fue transmitida por conducto de los prefectos a cada municipio?

—No, no sé nada.

—En este caso, puedo yo hacerle saber que, a principios de Octubre o fines de Setiembre, se ha remitido a cada localidad, según su importancia, cierta cantidad de armas destinadas a la Guardia nacional. Como Abbeville tiene 309 habitantes, debe haber recibido unos 39 fusiles... ¿dónde están?

—No hemos recibido nada.

—Entendido; puesto que no quiere usted comprender, va usted a anunciar en seguida a sus administrados que dentro de media hora mis soldados visitarán todas las casas del pueblo. Si encuentran en una de ellas el menor fusil, será quemada y su propietario fusilado; ¿no ha comprendido usted?

—Sí, señor oficial; voy a dar a conocer en el acto su decisión por medio de pregón.

Estaba yo a punto de dudar del resultado de nuestro asun-

to, ante la actitud tan decidida del alcalde, cuando vi a Voetter detras de mí, que trataba de hablarme al oído.

—Mi teniente—me dijo,—me hallaba ahora en medio de las mujeres, que hablaban de fusiles y se felicitaban de que éstos hubieran sido escondidos en la iglesia, en donde seguramente los encontraríamos.

Llamé inmediatamente a cuatro de mis hombres y les expliqué que, a una señal mía, fuesen en seguida a la iglesia, para buscar allí los fusiles; después pregunté una vez más al alcalde si, verdaderamente, no sabía dónde estaban.

Persistió en su obstinación y hasta me dejó entender, con sonrisa burlona, que cuando se conociera mi orden se presentaría, sin duda, algún individuo para confesarme que él guardaba los fusiles.

—No mande usted que se lance todavía el pregón—le dije;—antes quiero que mis hombres registren la iglesia.

Al oírme esto, pareció visiblemente contrariado, y perdió mucho de su aplomo.

—Sargento Wilbold, cuide de que nuestro individuo no se escape; voy a ir yo mismo allí.

—Bien, mi teniente.

Los cazadores que había designado se adelantaron a una señal mía y se pusieron a buscar por la iglesia, sin encontrar la sombra de un arma.

—Voelter—grité,—¿no te habrás equivocado?

—No, mi teniente; he comprendido muy bien lo que decían las mujeres.

—Bueno; es preciso que registre yo mismo.

Recorrí la iglesia de arriba abajo, hice arrancar un tabique detrás del altar mayor, subí al granero, visité los menores rincones, ¡nada!

El alcalde, ante nuestro fracaso, volvió a su arrogancia; me dijo si podía ya hacer proclamar mis órdenes.

—Todavía no—le contesté;—quiero antes observar la iglesia desde fuera.

El se sonrió, no le hice caso; di la vuelta al edificio, me di cuenta de su estilo, vi si no había algún anejo invisible desde el interior, miré por las aberturas si no había una cripta oculta, estudié la forma del tejado atentamente; subí otra vez a la torre, penetré en el tejado y miré alrededor.

—¡Alto! He aquí una pared rara. Oblicua desde fuera, es vertical en el interior. ¿Qué quiere decir esto?

Toqué con la mano, la pared estaba todavía húmeda.

—Por fin, aquí está lo que buscábamos. Corneta Huber, toma el pico y quítame una de estas piedras.

Dicho y hecho: miré por el agujero, todo estaba negro.

—Dadme una cerilla.

A la luz de la llama, vi ante mí, correctamente alineados, un número imponente de fusiles completamente nuevos.

Los hice sacar, después de agrandado el agujero, y mientras que mis cazadores concluían su trabajo, bajé del granero y me dirigí en seguida al alcalde.

—¿De manera que no ha encontrado usted ninguna arma?—le dije.

—No, y puede usted mandar registrar todas las casas.

No pude contenerme más tiempo, y di a aquel individuo una bofetada todo lo fuerte que puede darla un joven en la fuerza de la edad, y cuyos músculos no cesan de ejercitarse en la gimnasia.

El alcalde fue proyectado de lado y contenido por unos soldados.

Empezaban a traer los primeros fusiles; nuestro hombre, al que acababa de corregir tan bien, no articuló palabra; permanecía tembloroso, tan cabizbajo como arrogante estaba hacía un momento.

No le dije nada hasta que estuvieron reunidos todos los fusiles, que eran treinta y seis, así como las municiones correspondientes; éstas fueron arrojadas al agua, a fin de inutilizarlas.

En cuanto a los fusiles, sin valor para nosotros en razón de su antiguo sistema «Minié», fueron rotos.

Recuerdo haber encontrado allí balas que debían de producir heridas muy difícilmente curables, y podían ciertamente provocar el envenenamiento de la sangre; he conservado una como recuerdo.

Pero volvamos a nuestro alcalde.

—Va usted a ser fusilado—le dije.

El cobarde temblaba como una hoja; esto no impidió que el cura, el maestro de escuela y numerosos aldeanos, hombres y mujeres, viniesen a implorar gracia.

En realidad, no estaba yo completamente seguro de si tenía derecho a mandarle fusilar; así fue que me dejé convencer de muy buen grado, aunque demostrase lo contrario. Hasta le puse en libertad, para no llevarme el estorbo de un prisionero; pero no me opuse a dejarle maltratar un poco por mis cazadores.

Seguramente no olvidará nunca el espantoso miedo que le hicimos pasar y que fue su castigo.

En cuanto salimos de Abbeville oímos, en dirección Sur, el ruido del cañón; inútil es añadir las piernas que ello daba a mis hombres.....

.....

Seguí adelante, acompañado de mis jinetes, a fin de darme cuenta de lo que ocurría; pero me fue imposible descubrir nada.

Tuvimos que detenernos bastante tiempo en Antruy; hay allí un hermoso castillo, en el que pudimos cocinar; también tuvimos la suerte de poder añadir algún pequeño regalo a la carne de vaca que habíamos requisicionado.

Por desgracia, nuestro almuerzo no fue de larga duración; nos fue preciso seguir nuestra marcha a escape, porque el cañón seguía tronando hacia el Sur.

Bien hubiera querido hallar algunos vehículos para instalar a mis hombres, y llevarlos más de prisa; pero nuestras pesquisas fueron vanas, todo había desaparecido.

No obstante, logré, no sin trabajo, encontrar un caballo

que, enganchamos a un carro de dos ruedas, en el que, por lo menos, pudimos poner las mochilas.

Continuamos así nuestro camino por Allainville, Tarranville hasta Bazoches-les-Gallerandes. Supe allí, por una patrulla de húsares, que la primera división bávara había encontrado al enemigo en Artenay, le había derrotado y debía estar al día siguiente en Orleans.

Era evidente que mis cazadores y yo no podíamos ser de la partida, y por hoy teníamos que detenernos allí.

Habíamos recorrido más de 45 kilómetros, de los que más de 15 por caminos imposibles, entre bosques y malezas; por añadidura hacía mucho calor, y temía, de insistir, abrumar a mis hombres y no hallarlos dispuestos a la mañana siguiente.

Hice, pues, alto al anochecer en Bazoches-les-Gallerandes.

El pueblo me pareció grande y los habitantes muy excitados.

Quería evitar, sobre todo, poner demasiados centinelas, a fin de dar a mis hombres todo el reposo necesario. Procedí de la manera siguiente: me puse a buscar y encontré una hermosa granja completamente aislada, en donde hice que mis hombres se instalaran a su gusto; luego, acompañado de una patrulla de seis números, designé, entre los habitantes, a cinco de los personajes más notables, a los que expresé el deseo de que pernoctasen en medio de mi tropa.

Mandé luego llamar al alcalde, y le dije:

—Si esta noche somos importunados, los cinco compañeros de usted serán enviados *ad patres,* y todas las granjas de los alrededores serán incendiadas. (Estaban llenas de paja y grano.) Tome usted las disposiciones necesarias para que no se nos moleste.

El alcalde era un hombre razonable, y obligó a sus administrados a que velasen toda la noche y cuidaran de nuestra seguridad. Dormimos muy bien, a excepción de uno de los nuestros, encargado de vigilar a los rehenes, y que se relevaba cada hora. Mientras tanto, había llegado el teniente Schrenk,

que nos encontró a pesar de la oscuridad de la noche, y se mostró muy satisfecho de las medidas que yo había tomado.

Así terminó este interesante reconocimiento, en el transcurso del cual me consideré como un pequeño general en jefe, entregado a sí mismo en país enemigo.

Todavía tengo otros recuerdos; no me olvido de una muchacha que me dió espontaneamente un beso, porque, turbado por sus hermosos ojos, le hice restituir tres vacas que le habían quitado.

Pero necesitaría demasiado tiempo para contarlo todo.

Puedo decir que los días durante los que pude circular por los bosques del centro de Francia, provisto de amplios poderes, figuran entre los más interesantes de los tres años transcurridos en país enemigo, y puedo decir también que he conservado el mejor recuerdo de mis compañeros de entonces, verdaderos soldados excepcionales.

Condújeles después a la batalla de Orleans, en la que estuve orgulloso de mis voluntarios; fueron tan bravos frente al enemigo, como astutos e incansables lo habían sido durante el reconocimiento; eran por añadidura hábiles tiradores, habituados desde su infancia a dar en el blanco.

Pero prefiero describir en un capítulo especial lo que nosotros vimos de la batalla de Orleans.

X

La primera batalla de Orleans (11 Octubre 1870.)

Las circunstancias nos impusieron aquel día una tarea en apariencia relativamente fácil; pero bien mirada, dificultosa, a causa del reducido número de hombres a los que incumbió; es justo decir, sin embargo, que, gracias a ellas, se evitó una sorpresa cuyas consecuencias hubieran sido muy desagradables para toda el ala izquierda alemana.

Entonces no di gran importancia a todos los episodios que voy a describir, dado que mis hombres y yo no tomamos sino una parte pequeña en la acción general, y sobre todo, porque los acontecimientos que siguieron, mucho más impresionantes, debilitan el recuerdo de los primeros.

Pero en el momento actual pienso de manera muy diferente. No se me oculta que la aparición de mi reducido destacamento, en el instante favorable, y en el buen sitio, fue más útil para la causa general de las armas alemanas que, más adelante, la brillantísima parte que tomamos en la batalla.

Salimos muy de madrugada.

Nuestro pobre teniente primero, Schrenk, se había fatigado tanto la víspera, que no solamente estaba en la imposibilidad de dar un paso, sino ni siquiera de montar a caballo.

¿Debo decir, para no mentir, que la cosa no me era desagradable? Así podía hacer lo que bien me pareciese y disponer a mi antojo de mis hombres, respecto a la batalla futura, de mi «banda», como la llamaba bromeando alegremente. Sabía además, que ahora nos queríamos bien los unos a los otros, que me seguirían como un solo hombre.

Schrenk llevaba junto a su coche un jinete y dos infantes.

Tomé al otro jinete conmigo, y partí al trote, a fin de informarme; mis hombres seguían detrás la carretera que va por Crottes, hacia Orleans.

Todo estaba tranquilo; no se distinguía, a lo lejos, ni amigos ni enemigos. Pasé al trote por Aschères, y me dirigí hacia Ruan, en donde me detuve para observar la carretera de París a Orleans, que se extendía a tres kilómetros y medio de nosotros.

Vi allí largas columnas que se dirigían hacia el Sur. El oficial de húsares que nos anunció ayer el movimiento de hoy sobre el Loire, no se había equivocado. Volví al Este, hacia el sitio por donde debían llegar mis cazadores; los vi que avanzaban por las alturas de Neuville-aux-Bois, en medio de una vasta llanura donde la vista se extendía hasta lo infinito.

Tranquilizado por lo que a ellos concernía, emprendí otra vez el trote, y llegué a Neuville, en donde no percibí ni la sombra de un soldado.

Me encontré, pues, solo con mis 45 hombres, a unos nueve kilómetros al Este del ejército alemán, en país extranjero y enemigo.

Al reflexionar un poco, no pude dudar de que el objetivo de nuestro ejército era efectivamente Orleans. Podía, igualmente, pensar que los franceses no nos abandonarían, sin defenderlos, el bosque que se extendía al Norte del Loire y la rica ciudad de Orleans.

El camino que seguían mis cazadores conducía también a Orleans; pero se unía lejos con la carretera de París, y distaba aún unos siete kilómetros de su entrada en el inmenso bosque.

¿Qué ocurriría mientras que atravesáramos aquellos bosques, de unos 14 kilómetros de anchura? ¿No me vería cortado de nuestro ejército y puesto en mala situación? ¿Y qué haría entonces si me veía cercado por fuerzas enemigas superiores?

Todavía estaba a tiempo de llegar sin dificultades a la carretera de París y unirme a la columna principal, pasando por Trinay y Buci-le-Roy. Pero al hacer esto, me exponía a quedarme a la cola del ejército o entre las reservas, cosa que quería evitar a toda costa.

Pensé entonces que tenía conmigo a mis cazadores, y ¡qué cazadores! ¡voluntarios y bávaros! Unos mozos como aquéllos sabrían abrir los ojos, y no habría que pensar en que cayesen prisioneros.

Poco nos importaba el que tuviéramos que habérnoslas con fracciones de caballería enemiga.

En cuanto a la infantería, no podía tener mejor vista que nosotros, y, además, seguramente que no soportaría los mismos esfuerzos que nuestros cazadores.

Fuera lo que fuera, ya sabríamos salir del paso como pudiéramos.

Tomé, pues, la resolución de dirigirme hacia Orleans, a través del bosque, confiado en mi atención, en la de mis hombres y en mi suerte.

Volví, pues, a mi destacamento, que continuaba avanzando, infatigable, y comuniqué a mis compañeros lo que había decidido y lo que podía ocurrirnos.

No demostraron ninguna inquietud; al contrario, el lado aventurero de todo aquello les divertía, y siguieron avanzando, más contentos que nunca.

Continué adelante, con mi jinete, para reconocer el terreno; sirviéndome de mis gemelos, no vi nada que pudiera acusar la presencia del enemigo. Juzgué, pues, inútil esperar a mis soldados, que se hallaban todavía a cosa de kilómetro y medio, y entré en el bosque, prudentemente y prestando oído.

A los cinco minutos, al llegar a un claro, vi la importante población de Saint Lyé; no había trazas de enemigos; algunos campesinos solamente, que no me vieron, circulaban por el camino y se hablaban con visible emoción.

Avancé lentamente por el borde del camino, mientras que me ocultaban los árboles; luego, cuando llegó el momento en que de un instante a otro podía ser descubierto, hice que mi caballo tomase el centro del camino, y, picándole espuelas, me precipité al galope al pueblo, seguido por mi acompañante.

Los campesinos se dispersaron como si el rayo hubiese caído entre ellos; oíanse por todas partes gritos de terror: «¡Los prusianos, los prusianos!» Y todo el mundo desapareció en las casas.

Nos reímos mucho de aquella cómica fuga; después, queriendo asegurarnos, por lo menos superficialmente, de que el pueblo no estaba ocupado, lo recorrimos a lo largo; en ninguna parte había huellas del paso del enemigo.

Contuvimos los caballos, y volvimos al paso al centro del pueblo, que contaba unos 825 habitantes.

Vi a un aldeano que miraba por una ventana, le llamé y le ordené que bajase.

No obedeció, le amenacé, pero no hizo caso.

Se me acercó entonces una mujer, y se informó de lo que yo deseaba; la interrogué, y me dijo que nunca había entrado en el pueblo ningún alemán, y que los franceses se habían marchado de allí la noche anterior.

Me expliqué entonces la emoción causada por mi aparición; yo era el primer bávaro que veían los buenos habitantes de Saint Lyé.

Me esforcé en sacar de la buena mujer todos los informes posibles; mientras tanto, el sexo fuerte del lugar había recobrado ánimos, y los aldeanos acudieron poco a poco; al principio llegaron uno a uno, luego por grupos, hasta el punto de que al cabo de un instante nos rodeaban a mi jinete y a mí centenares de aquellas gentes.

Muy pronto empezaron a animarse y a excitarse unos a otros; los que estaban detrás, gritaban a aquellos con quienes yo hablaba que no me contestasen; muy pronto comprendí que a todos les animaba la excelente intención de concluir con nosotros. Nos tomaban, sin duda, por una patrulla de flanco; hasta uno de ellos, mocetón de pelo negro, explicaba a sus comparsas, en voz bastante alta y bastante clara para ser comprendido, que si se nos despachaba, no podríamos ya transmitir informes y que sería una buena obra realizada en interés del ejército.

Sin embargo, como sabía yo que mis cazadores iban a aparecer de un momento a otro, no me inquietaban los amables proyectos de aquellos aldeanos; pero cuando dos de ellos, que parecían más exaltados que los otros, se nos acercaron provistos de hoces, cambié de actitud; saqué el revólver y apunté a aquellos dos individuos.

Alzóse un murmullo general.

Cada cual trataba de excitar a su vecino, pero nadie se atrevía a ponerse frente a mi revólver.

Mi acompañante había desenvainado el sable, y dirigía a los aldeanos miradas tan furiosas, que tampoco se atrevieron con él.

A pesar de todo, nuestra situación no tenía nada de envidiable. Entonces vi, frente al pueblo, cerca del camino, el brillar de un relámpago; comprendí inmediatamente que se trataba del acero de un fusil. No había duda; la punta de mi destacamento estaba allí, en el bosque, muy cerca del pueblo, y el grueso de mi tropa no podía estar muy lejos.

En aquel momento, la agitación de los aldeanos recobraba intensidad.

No vacilé; alcé el revólver, disparé al aire y grité con todas mis fuerzas:

—¡Atención! Ahí llegan mis cazadores; dentro de poco habrá aquí 3.000 bávaros; esto no es más que la vanguardia.

Todas las miradas se volvieron hacia la entrada del pueblo.

Mi sargento mayor, que había ocupado mi puesto a la cabeza de la tropa, había oído la detonación, y, persuadido de que me encontraba seriamente atacado, dejó el bosque en que se hallaba a cubierto, se precipitó al camino seguido de sus hombres, y pronto llegaban todos aquellos bravos clamando por nuestra salvación.

Para demostrarles que no había ocurrido nada grave, levanté la mano y les hice señal de avanzar más despacio.

En cuanto a los aldeanos, es de creer que las exclamaciones alemanas no eran de su gusto, porque se dispersaron al punto y desaparecieron como conejos en sus madrigueras.

Mi primer cuidado fue enviar patrullas fuera del pueblo y poner centinelas en las entradas. Luego mandé llamar al alcalde, que se presentó sin tardar y se informó respetuosamente de los deseos del «señor capitán».

Debo decir de paso que era la primera vez que me gratificaban con aquel nuevo grado que, una vez de vuelta a mi país, hube de esperar más de diez y seis años.

¡Sueño y realidad!

Como no podía detenerme mucho tiempo y no quería llevar estorbos de ganado, me contenté con pedir al alcalde que se me entregase, lo más pronto posible, vino, pan, queso, manteca y salchichas; luego le comuniqué que iba a tener el gusto de recibir a 3.000 infantes bávaros y 500 jinetes, y que seguramente le iría mal si no iba todo de la mejor manera.

¿Cómo se comportó después de mi marcha? No sé, pero lo que no ignoro es que ante mi mentira, que se creyó como es natural, se le pusieron los pelos de punta. Inútil es añadir que recibimos profusamente cuanto pedimos.

Y mientras que comían, mis hombres amplificaban, y yo también, la buena historia de los 3.000 bávaros; luego seguimos adelante.

A eso de las nueve y cuarto, nos encontrábamos a cuatro kilómetros de Saint-Lyé, en el centro del interminable bosque de Orleans; nos faltaban todavía para llegar a la linde Sur unos ocho kilómetros;.íbamos entonces por lo que se llamaba el «camino antiguo de Orleans a París», que había de conducirnos, en línea recta, a la primera de estas ciudades.

De pronto, hacia la derecha de nuestro frente, se oyeron cañonazos a una distancia que calculé de unos cinco kilómetros.

Por segunda vez me encontraba ante una decisión que tomar, y muy embarazosa.

¿Había que tomar por la derecha, a través del bosque, sin seguir las sendas, y dirigirme hacia donde se oían los tiros? Este partido, aunque lleno de dificultades y penalidades, era aceptable; bastaba una brújula para orientarse.

¿Pero a qué? ¿No valía más continuar nuestra marcha hacia Orleans?

Opté prontamente por esto, y seguimos andando con la mayor rapidez posible.

Tenía que relevar frecuentemente mis patrullas de los flancos, por las dificultades que encontraban al avanzar entre malezas mientras que nosotros íbamos por el camino. No nos retrasamos, sin embargo, y a eso de las once no quedaba ya bos-

que alguno a nuestra izquierda, y solamente un poco por la derecha.

Frente a nosotros se alzaba el pueblo de Montarán.

—Mi teniente—exclamó de pronto uno de mis hombres,—allá abajo, entre las casas, veo brillar algo que parece tropa.

—¡Alto!—ordené;—tumbaos y ocultaos.

Me apeé, hice que se llevaran mi caballo a retaguardia, y me puse a observar con los gemelos.

Había, en efecto, caballería, unos dos escuadrones que avanzaban en dirección del bosque.

¿Qué eran? ¿Prusianos? Evidentemente no. Todos se hallaban a nuestra derecha, por donde se oía sin interrupción el cañoneo.

Por mucho que miraba, no podía distinguir, a causa de la excesiva distancia. Sin duda alguna, eran franceses: alemanes, se hubieran dirigido sobre Orleans, y no en sentido contrario, y, además, no habíamos visto ninguno de éstos, ni ayer ni hoy, en toda la extensión situada al Este de nuestra dirección de marcha.

Di mis gemelos a los sargentos, luego a unos soldados; ninguno pudo afirmar nada. Uno creyó ver los pantalones rojos, pero no logró convencerme.

Lo que me persuadió, sin embargo, de que los que tenía frente a mí eran franceses, fue el hecho de que avanzaban al paso todos aquellos jinetes en tales momentos, cuando se oía tan vivo cañoneo cerca de la carretera de París; de ser alemanes, hubieran ido más de prisa.

Tomé prontamente una decisión.

—¿Podéis calcular—dije—la distancia que hay de aquí a allí?

Juzgamos de acuerdo que sería de unos 1.500 pasos. Tal vez hubiera algo más en realidad, porque todo estaba bañado por una atmósfera luminosísima, y teníamos que mirar de cara al sol.

—¡El alza a 1.500 pasos: 1.600 por la mitad derecha! ¡Apunten!... ¡Fuego!

Los tiros sonaron alegremente, repetidos en el bosque por los ecos.

—¡Apunten!... ¡Fuego!

Con sólo observar la marcha de aquellos jinetes, íbamos a poder darnos cuenta de su nacionalidad: si se dirigían a Orleans, seguramente eran franceses; si tomaban el camino del bosque, eran alemanes.

Tomaron la dirección del Loire: eran franceses.

—¡Apunten!... ¡Fuego!... ¡Fuego graneado!

A los dos minutos, toda la tropa había desaparecido tras las casas de Semoy y de las granjas circundantes.

Hice tocar el «alto el fuego». En aquel momento el tiroteo de nuestra derecha se hacía más intenso, y empezaba otro en dirección del Petit-Songis.

Ya no había que pensar en seguir hacia Orleans; me decidí a tomar por la linde Sur del bosque, y me dirigí hacia la carretera de París.

El episodio que acabo de describir tuvo, sin duda alguna, cierta influencia sobre el resultado de la batalla.

Es evidente que la aparición de tres o cuatro escuadrones sobre el flanco izquierdo alemán, o sobre la retaguardia de nuestras tropas, hubiera podido provocar una especie de separación, y hasta producir quizá muy desagradables sorpresas.

¿Y quién sabe si aquellos escuadrones no eran seguidos por otros que, al ver que los primeros eran recibidos a tiros cerca de Montarán, renunciaran a hacer más amplio conocimiento con tan singulares compañeros?

No sé si dimos a algunos, no lo creo, puesto que la distancia era seguramente mayor de la que calculamos al principio; tampoco se me ocurrió la idea de pararme para comprobarlo, ni de debilitar mis fuerzas destacando una patrulla.

¿No era mucho más interesante el cañoneo sobre la carretera de París?

Ignoro lo que hubiera hecho en mi lugar un profano al

oír el tronar aquel; pero estoy completamente seguro de que cualquier compañero militar habría hecho lo que yo.

El fragor del combate atrae como un imán y como si se fuera a encontrar allí una mujer amada; ¡ay!, por lo general, no se encuentra más que una prometida muy fría, cuyo beso os mata, o, lo que es más horrible todavía, os mutila u os estropea.

Se va, sin embargo, se va hacia ese llamamiento misterioso como va el corzo hacia el espejuelo del cazador, donde cree encontrar cosas exquisitas, y en donde, por lo general, le espera espantosa muerte.

Sería muy fácil, si se quisiera, mantenerse alejado de la batalla cuando se está destacado en los flancos, pero no se puede; la sangre que hierve, la mirada agudizada, la atención tendida, realizan cosas sobrehumanas para llegar a tiempo de batirse y no perder nada de la batalla.

¿Es en el hombre un sentimiento bestial, que en semejantes momentos le impulsa hacia adelante? ¿No es más que una manifestación de su instinto batallador, o el placer del homicidio y la matanza?

Seguramente no.

Podéis sostener lo que queráis, señores pacifistas; podéis contar a los niños y a los pobres de espíritu que la guerra hace al hombre más grosero, y que ahoga en él todos los mejores sentimientos.

Nosotros responderemos que eso es falso, archifalso, y que tenemos suficientemente la experiencia de la guerra para poder contradeciros.

Sí, el hombre se hace más rudo; los seres refinados, las gentes de salón, las formas afeminadas desaparecen, así como los vanos títulos y las apariencias engañadoras; de la guerra salen hombres más bravos y más audaces, caracteres más nobles, almas mejor templadas.

En ella se ejerce el verdadero compañerismo; se cultiva, por raro que pueda parecer, el amor del prójimo; en ella nacen,

crecen y prosperan las nobles virtudes que nos hacen amar a nuestros antepasados, el desprecio de la muerte, la sangre fría, el amor del sacrificio; en ella arraigan las cualidades que constituyen la fuerza de un pueblo; el amor de la patria, la fidelidad hasta la muerte a su rey y a su país; en una palabra, en ella se realizan las bellas y grandes acciones, y por esto necesitamos de vez en cuando una guerra, a fin de impedir que caigamos en la molicie, en la pereza y en el lujo, así como en el nepotismo y en el materialismo inmoral y grosero.

Ved Bélgica e Inglaterra con sus apostóles de la paz, y comparadlos con nosotros; leed la historia y la caída del imperio romano, estudiad esos largos períodos de tranquilidad y sus consecuencias, y tratad luego de hablarnos todavía de la paz eterna, de la fraternidad universal, de los tribunales de arbitraje y de todas esas teorías fastidiosas.

Queréis presentarnos ángeles, y son, en vez de corazones leales e íntegros, perezosos, muelles, sibaritas y seres sin caracter.

La guerra es una necesidad; solamente ella forja a los hombres; así ha sido siempre, así es hoy y así será seguramente también...

.....

.....

.....

—Veo allí unas tropas en línea que tiran hacia el Sur, y frente a nosotros unos cañones; seguramente son de las nuestras, puesto que miran en dirección de Orleans.

—Sí—conteste,—son de las nuestras; el enemigo está allá abajo sobre ese talud del ferrocarril que han ocupado... Vamos a poder cojerle por detrás, pero seamos prudentes... ¿Veis esa granja delante de nosotros? Parece abandonada; vamos a ir a ella rápidamente y arrastrándonos. Sobre todo que nadie tire hasta que yo lo mande, adelante, a la granja de ladrillos rojos y ocultarnos todo lo posible.

A los diez minutos, todos mis cazadores estaban reunidos en la aldea de Maillard.

Los franceses estaban a cuatrocientos pasos de nosotros, un poco a nuestra izquierda; ocupaban el lado este del talud del ferrocarril y tiraban en dirección de la carretera de París.

No nos habían visto.

—El alza a cuatrocientos pasos... ¡Fuego a discreción y calma!

A los franceses les sosprendió muy desagradablemente nuestro saludo.

—¡Por vida de...! se escapan ya. Son insensatos... ¿Pero cómo es que no tienen pantalones encarnados?

—No importa; lo esencial es que no sean alemanes, lo que es bien fácil de ver. Seguid tirando... Apuntad más alto... ¡Alto el fuego! Tuvimos que esperar a que se disipara el humo porque no se veía ya.

—Sobre aquel grupo, cerca del paso de nivel, el alza a cuatrocientos cincuenta pasos, fuego a discreción!

Era un verdadero placer; afortunadamente, por la mañana, había repartido mis cartuchos de reserva; teníamos en qué utilizarlos.

—¡Alto el fuego! Ahí avanzan los nuestros... Dirección, los dos álamos cerca del talud del ferrocarril... ¡Paso gimnástico, marchen!

Tras una carrera de dos minutos y medio, llegamos al famoso talud, en donde se encontraban nuestras tropas. Apenas podía dar crédito a mis ojos; la fracción que allí estaba era la tercera compañía del primer batallón de cazadores bávaros; allí estaba mi antiguo sargento Baenner.

—¿Qué ocurre?—le pregunté.

—Tenemos orden de avanzar a lo largo de la vía, con el tercer batallón del doce; ha hecho usted bien en volver, mi teniente.

—¿Dónde está nuestro teniente primero el barón de Rehin? ¿Sigue mandando la compañía?

—Sí, mi teniente; el señor barón está al otro lado del talud.

—¿Quiere usted mandarle decir que estoy aquí? Voy a dirigirme a esas casas que se ven a la izquierda de la vía, y seguiré siempre a la izquierda de la compañía... Envíeme usted también a los hombres de mi sección que estén de más en el talud.

La columna entera, formada por el cuerpo número 12, bajo las órdenes del coronel von Narcin, se dirigía hacia adelante.

—Mi teniente, todas esas viñas están llenas de franceses; tendremos que ir más hacia la izquierda, porque si no nos van a coger de flanco.

—En efecto, están fuertemente desplegados; pero, ¿en dónde está nuestra patrulla de la izquierda?

—Allí abajo, detrás de esa tapia.

—Bien... Dirección, la casita de persianas verdes... ¡En pie, paso gimnástico, marchen!

Llegamos pronto.

Entonces empezó por nuestra parte un verdadero tiro al blanco. Tampoco los franceses se mostraban inactivos, y nos hacían fuego con rara energía; suplían con el número lo que les faltaba de puntería y calma, pero no nos hicieron mucho daño.

Habíamos ocupado todas las casas dispersas y tirábamos por las ventanas y las lucernas, sin dejar ver más que lo justo para poder apuntar.

Las balas francesas se estrellaban en las paredes exteriores; algunas caían a veces en las habitaciones, pero no nos causaban daño.

—¿Dónde está?—gritó de repente alguien que llegaba, haciendo un ruido formidable.

Era mi antiguo asistente Plefferlé, que entraba en la habitación que yo ocupaba; se arrojó sobre mí y me tendió la mano.

—Mi teniente—me dijo,—oí decir que estaba usted aquí; mi puesto está al lado de usted.

El bravo muchacho debía pagar con la vida su afecto a mi persona; fue herido de muerte en las viñas, y tal vez se hubiera librado, de permanecer en el talud del ferrocarril.

Mientras tanto, habían ido llegando varios de mis soldados de la tercera sección; pero no tenía tiempo de ocuparme de ellos, porque los franceses acaparaban toda mi atención.

—Quisiera saber quiénes son esos soldados que llevan pantalones grises, y que se están batiendo muy valientemente...

—Majele, tira a ese oficial que está apoyado en una cruz.

—En seguida, mi teniente; y, dirigiéndose a un compañero, añadió: Tenme la pipa un instante, y, sobre todo, no me la dejes apagar.

—Bien apuntado, Magele; ya está... ¡Alto, no tiréis! Esos hombres vienen para llevarse al que acabas de matar.

—Mi teniente, en el talud todo el mundo se dirige hacia adelante.

Corrí a otra ventana para darme cuenta por mí mismo, y miré a la vía; en efecto, todo el mundo se dirigía hacia la estación de Aubrays.

Mucho me hubiera alegrado poder dar también la orden de atacar. Tenía hormiguillo en las piernas, pero la cosa no podía ser; las viñas que estaban a la izquierda de la estación estaban aun fuertemente ocupadas, y teníamos que impedir a toda costa que se produjera un movimiento envolvente sobre nuestra ala izquierda.

Cada empuje del enemigo hacia el talud del ferrocarril podía comprometer la toma de la estación por nuestras tropas.

Teníamos que permanecer en donde estábamos, y continuar tirando, a fin de quitar a los señores franceses las ganas de dirigirse a la estación.

—¡El alza a trescientos pasos! Apuntad a las rodillas de los que estén de pie; apuntad bajo a los otros.

Tuvimos que sostener, durante cerca de media hora, un

verdadero duelo de fuego; el enemigo, escalonado en las villas, contaba de 200 a 250 hombres, y hubiera sido una locura por nuestra parte intentar un ataque...

Mientras tanto, el tercer batallón del 12 y nuestra tercera compañía habían tomado por asalto la estación.

Ciertamente es penoso ver a los compañeros lanzarse a la victoria, mientras que uno se encuentra inmovilizado y en la imposibilidad de participar del triunfo; pero no se puede ni se debe considerar, en tales casos, sino el interés general. La personalidad de cada cual debe borrarse, no es más que una cifra; no se puede tener en cuenta la voluntad y los deseos íntimos de los individuos; un solo pensamiento debe animar y guiar al soldado, pensamiento que podría traducirse así: «Haz cuanto esté de tu parte para facilitar la victoria, aun cuando te cueste hacerlo.»

La lucha que sostuvimos en la granja no nos causó, afortunadamente, muchas pérdidas; en total, un herido grave y tres leves.

Claro está que no nos cubrimos de gloria; pero debía consolarnos la idea de que habíamos sostenido indirectamente a los nuestros, mientras que realizaban el asalto a la estación, protegiendo su flanco izquierdo de un ataque enemigo.

Cuando se ocupó la estación, y los franceses comprendieron que iban a ser rebasados, abandonaron sus posiciones y se replegaron en dirección de Orleans.

Los perseguí, durante algún tiempo todavía, con nuestro fuego; luego avancé con mi tropa hasta la altura de la estación.

Los franceses la habían puesto en estado de defensa de una manera perfecta, y fortificada con ayudas de empalizadas.

No tardé en descubrir una parte del terreno que, hasta entonces, me había ocultado una colina cubierta de viñas; vi ante mí una fábrica de gas que acababa de atacar un batallón del 12; a su izquierda, más viñas, en las que se amparaba una línea muy extensa de tiradores franceses.

En este momento, tuve que calmar de nuevo el ardor guerrero de mis cazadores; no me pedían otra cosa que unirse a los que iban a tomar por asalto la fábrica, para participar también del triunfo.

Pero me era preciso, como hacía un momento, evitar toda sorpresa desagradable sobre nuestra izquierda; me detuve, pues, y ordené el fuego a 450 pasos. Era evidentemente lo mejor que podía hacer; era, en mi opinión, indispensable.

Permitáseme, no obstante, decir que no me halagaba nada realizar el tiro, cuando hubiera podido subir al asalto y hacer uso de mi sable, como en Beaumont y en Sedán.

En aquella época fuimos verdaderamente afortunados. Creíamos que una batalla no era completa sin un buen asalto; pero tuvimos que hacernos más modestos en lo sucesivo, y contentarnos a menudo con permanecer, como insectos, pegados al suelo, de donde trataban de desalojarnos fuerzas cinco veces superiores.

Era lo bastante soldado, sin embargo, a pesar de mis veintiún años, para reconocer que el abandono de nuestra posición hubiera permitido al ala derecha francesa un rodeo completo de nuestras tropas, lo que era preciso evitar a toda costa.

Mientras tanto, nuestra situación se había hecho, poco a poco, muy desagradable; no estábamos protegidos, y los franceses, aunque inhábiles, al tirar mucho me hicieron sufrir penosas pérdidas.

Hubo que darse cuenta, de otra parte, que el ataque a la fábrica de gas había sido, por lo menos, prematuro y llevado con efectivos insuficientes.

Los franceses tomaban ahora la ofensiva por todas partes con fuerzas muy superiores a las nuestras, y no tardaron en obligar a nuestros bravos compañeros del 12.° a batirse en retirada, a pesar de una resistencia heroica.

Debo decir que las tropas que teníamos enfrente eran muy brillantes; eran, como lo supe por un herido, zuavos pontificios, mandados por un capitán llamado Le Gonidec; no eran

otros que aquellos tiradores uniformados de gris de los que ya he hablado, y que durante toda la jornada nos dieron tanto que hacer.

La retirada del 12 ° continuó desgraciadamente hasta la estación, y el enemigo seguía avanzando, y la misma posición que yo ocupaba, fue igualmente atacada por fuerzas muy superiores.

Comprendí al pronto que no nos sería posible contener a nuestros adversarios, descubiertos como estábamos, en pleno campo, y que pronto, si permanecía allí, me vería envuelto.

No me quedaba nada mejor que hacer que volver al talud del ferrocarril, y seguirle hasta la estación para cooperar a su defensa.

Di en consecuencia mis órdenes, y al poco tiempo toda mi tropa estaba reunida en la vía férrea.

Allí encontré al jefe de mi compañía, el teniente Barón de Rhein, que, con una calma de la que poseía el secreto, dirigía el fuego de sus hombres sobre las viñas de Aides y las situadas al Oeste de la línea ocupada por los franceses.

Como no podía ser útil en aquel lugar, y como, después de todo, no pertenecía aún a mi compañía, me dirigí a la estación, como lo había decidido.

Allí encontré al teniente Barón de Waldenfels, de mi batallón, que acababa de asumir, de la manera más enérgica, la defensa de aquel punto capital.

Ocupamos en seguida los puestos que estaban libres, y tomamos parte con la mejor voluntad en el fuego dirigido contra los franceses, cuyas líneas avanzaban por todas partes.

—¡Oh! ¡buen tiro!

Acababa de recibir un formidable cachete; un proyectil había arrancado un trozo de madera de la empalizada, a cuyo lado estaba yo mirando, y el trozo me dió en la mejilla.

Unas cuantas gotas de sangre, y nada más; a los dos días no me quedaba señal.

No faltaron más, sin embargo, que cinco centímetros para

que la bala se alojase en mi cabeza; me hubiera evitado muchas tonterías que había de hacer más adelante.

¿Fui protegido en aquel instante, por una oración de mi madre? No lo sé, a pesar de estar seguro de que mi madre, no dejó de rezar durante toda la campaña para procurar a su hijo la protección del cielo.

Tal vez pensó en mí en aquel momento tan grave.....

.....

El violento fuego que, desde la estación hacíamos sobre el enemigo, causándole grandes pérdidas, le obligó a detenerse y permitió al 12.° reponerse. Al mismo tiempo, la 4.ª brigada, en un combate de casa a casa, se apoderaba del pueblo de Aides.

Aprovechándose de que el enemigo, frente a la estación de Aubrays, parecía algo quebrantado, el 12.°, á las cinco y media de la tarde, intentó un nuevo ataque contra aquella fábrica de gas que ya tomara una vez.

Como todavía me hallaba independiente en aquel momento, puesto que seguía mandando mi fuerza de reconocimiento, compuesta de hombres de procedencias diversas, y como además había tenido suficiente paciencia toda la jornada, reuní a mis cazadores y me agregué a la columna de asalto.

Fue un alegre empuje, del que, sin embargo, no gustamos sino a medias, porque el enemigo se puso a batirse en retirada antes de que hubiésemos podido alcanzarle a la bayoneta.

Nos apoderamos fácilmente de la fábrica; desde allí perseguimos con nuestro fuego al enemigo que huía ante nosotros hasta que hubo desaparecido por completo... y así terminó para nosotros la batalla.

Por nuestra derecha cesó también prontamente el fuego; nada hubiera podido revelar que allí acababa de desarrollarse un largo y sangriento combate, a no ser por el incendio de las afueras de Orleans iluminando el cielo, mientras que un soberbio ocaso proyectaba sus rayos de oro sobre toda la región.

Pronto supimos, por las patrullas de cabeza, que el enemi-

go había sido completamente derrotado; era, pues, una nueva victoria alcanzada por nuestras tropas, una ciudad rica y poderosa que caía en nuestras manos.

Orleans fue ocupado por toda la 1.ª división, así como destacamentos de la 22.ª división prusiana.

Pensé en escribir de prisa una tarjeta postal a mis padres.

«He combatido en Orleans, todo va bien; os saluda vuestro hijo Carlos.»

Pero el deber me llamó.

Reuní a mis hombres y los conduje, como estaba convenido de antemano, a las ambulancias, en donde había de encontrar a nuestro primer teniente Schrent.

En el camino nos enteramos de que nuestro batallón de cazadores había sufrido bastante en la batalla; tenía dos oficiales muertos, varios heridos y muchos hombres fuera de combate.

Nuestra brigada era la que más había padecido de todo el cuerpo de ejército; éste perdió aquel día 40 oficiales y 537 soldados.

Me afectó mucho la herida de mi compañero de colegio, el teniente Barón van der Tann, a quien una bala le había atravesado la cadera.

Era ya noche cerrada cuando encontré por fin al jefe de nuestro destacamento; al día siguiente me dió permiso para dirigirme al Estado mayor de nuestro Cuerpo, a fin de solicitar la dislocación de nuestra pequeña tropa, cuya misión había ya terminado.

De madrugada, partí a caballo para Orleans.

El espectáculo que se desarrollaba ante mis ojos era de los más pintorescos: columnas de todas armas, trenes de municiones, ambulancias, vehículos de bagajes, caballos llevados de la rienda, tropas en marcha, entre las que no era fácil abrirse paso en las callejuelas de Aides, todavía humeantes, como tampoco después en el barrio Bannier de Orleans.

Llegué por fin a amplios bulevares que formaban, alrede-

dor de la ciudad, un vasto medio círculo; reinaba allí una animación completamente guerrera; batallones, baterías y escuadrones, vivaqueaban bajo los corpulentos árboles; y todas aquellas unidades se ocupaban en arreglar sus armas y sus equipos, a fin de estar de nuevo prestas a continuar la batalla.

En Orleans era un continuo vaivén; oficiales de todas las armas llegaban a la ciudad, el uno con informes, el otro en busca de órdenes; todos admiraban la belleza de las calles y permanecían extáticos ante la magnífica plaza de Martroi, en cuyo centro se eleva, en bronce, la Doncella.

Los habitantes empezaban a salir de sus casas y nos observaban con la mayor curiosidad; había muchos también que nos contemplaban con animosidad visible; seguían con miradas de rabia a sus vencedores germanos, quienes, por su parte, se dedicaban a sus quehaceres tan tranquila y apaciblemente, que se les hubiera creído, no en plena guerra, en medio de una ciudad enemiga y conquistada, sino en las grandes maniobras en alguna amable localidad de su propia patria.

Obtuve, no tardando, las indicaciones que había ido a buscar, y, satisfecho, me volví a mi puesto, no sin haber tenido antes el cuidado de buscar, en el hotel de la Bola de Oro, dos botellas de champaña.

Horas después, mi destacamento se descomponía.

Ciertamente sentí separarme de la mayor parte de aquellos bravos que tuve a mis órdenes en el transcurso del más interesante y más accidentado de los reconocimientos, pero me felicitaba también de volver a mi batallón.

Nuestro buen teniente coronel nos recibió con palabras de afecto; sabía ya, por referencias, que nos habíamos portado bien en la estación de Aubrays.

A medio día entramos en Orleans, al són de la música.

Me alojaron con mis compañeros Scheneckenbecher, Müller y Gullmann, en casa de un señor Bourgeois, en el barrio de Borgoña, bastante medianamente por lo demás.

Pasado algún tiempo, fui nombrado oficial de órdenes en

el Estado mayor de la tercera brigada. Entonces empezó para mí la época más interesante y más instructiva de mi vida de oficial.

A ella me referiría con gusto, si alguna vez quisiera la suerte que tomara parte, en Francia, en una nueva campaña victoriosa, porque, seguramente, una guerra futura no comportará tantos acontecimientos diversos como se presentaron en el transcurso de unas cuantas semanas, de mediados de Octubre de 1870 a principios de Enero de 1871... y, aun admitiendo que esto fuese, ¿quién me dice que había de pertenecer al cuerpo de ejército favorecido por la fortuna?

XI

Orleans y sus alrededores.

«*La Chapelle, cerca de Orleans, 30 Octubre 1870.*

»Mis queridos padres, mi querida hermanita: Aprovecho unos instantes de tranquilidad para escribiros una larga carta, en la que os daré muchos detalles sobre mi estancia en Orleans.

»Primeramente las buenas noticias: he sido nombrado ayudante de órdenes en el Estado mayor de la brigada. Terminadas, pues, las interminables marchas entre el polvo de las columnas, ahora monto a caballo y me paseo por todas partes, delante, detrás, en fin, por donde va el general.

»En mis momentos de ocio, hago excursiones por los alrededores de Orleans, y hubiera ido ya hasta Beaugeney, si no me hubiesen detenido los tiros de unos individuos.

»En suma, mis queridos padres, todo va a maravilla, y espero que lo mismo sucederá en casa.

»Oid ahora la halagüeña vida que llevamos aquí desde el 11 de Octubre.

»Ya sabéis cómo aquel día llegué a la ciudad, después de la batalla.

»Fuimos alojados, los tres oficiales de la compañía y yo, en casa de un tal Bourgeois, un francés desagradable, en donde nunca hemos estado a gusto. Así es, que salíamos todo lo posible para visitar a fondo las curiosidades de Orleans.

»Es una ciudad magnífica de unos 49.000 habitantes; está rodeada casi por completo de amplios y bellos boulevares, que ocupan el sitio de los antiguos baluartes, y que el Loire bordea describiendo una gran curva.

»La joya de Orleans es la plaza del Martroi. Allí se encuentra la más importante de las tres estatuas elevadas a Juana de Arco, la libertadora de la ciudad.

»Hay que mirar detenidamente para reconocer en ella la imagen de una joven, y no la de un general de caballería. Monta según las reglas, al estilo de los hombres, y no está mal sentada, pero sus talones podrían estar un poco más bajos.

»Me he fijado en todo esto, porque desde hace ocho días soy jinete; pero te ruego, hermanita, que no te burles de mí.

»Os decía, pues, que nuestra Juana de Arco monta a caballo como un hombre; mira altivamente hacia adelante, y tiene la punta de la espada inclinada al suelo.

»Mi patrón pretende que inclina el arma ante Dios, en señal de gratitud por la victoria que se sirvió ortorgarle; pero entonces, ¿por qué no baja también los ojos, la cabeza y, sobre todo, la nariz, cuya actitud irrespetuosa carece en absoluto de piedad y resignación?

»Hubo, durante mucho tiempo, aun después de nuestra llegada, coronas alrededor de la estatua, con toda suerte de inscripciones. Una de ellas decía en gruesas letras de oro, sobre ancha cinta: «¡Salvad a la pobre Francia!»

»Inútil es decir que no hacemos ningún caso de estas bromas, y que dejamos a los orleaneses con sus intencionadas plegarias respecto de nosotros.

»Hay todavía en Orleans otras vírgenes, en bronce o piedra, que quiero describiros.

»La segunda se encuentra en el extremo del magnífico puente del Loire, frente al barrio de San Marcelo; es de la misma composición que la primera, sobre pedestal de mármol cerrado de bajorrelieves.

»Esta representa verdaderamente una mujer.

»No monta a caballo, lleva un bonito traje femenino bastante gracioso, y no ofrece un rostro descaradamente masculino, como el general de caballería de la plaza del Martroi. Lleva una bandera en la mano izquierda, y en la derecha una espada, que dirige hacia el suelo y parece señalar el camino a las tropas que conduce a la victoria.

»Su figura no es de un extremo candor; pero debo decir, sin embargo, que el conjunto produce una impresión agradable, casi bella.

»La tercera, que prefiero con mucho, se encuentra en el patio del Ayuntamiento. Esta es verdaderamente una muchacha, no muy bonita quizá, pero digna y recogida; se ha quitado el casco y los guanteletes, tiene las manos cruzadas sobre el pecho, y baja humildemente la cabeza hacia la cruz que forma su espada, para agradecer a Dios las grandes cosas que le ha permitido realizar.

»Esta última imagen no permite bromas; os conmueve, aunque sea la menor y la más modesta de las tres doncellas de Orleans. Las otras nos hacen pensar en parisienses adornadas para un baile de espectáculo.

»Ya os dicho que Orleans es una ciudad encantadora; posee muy lindas calles y preciosas construcciones de estilo «Renacimiento». Entre éstas, la casa de Diana de Poitiers me place particularmente; la del Rey Francisco I, en la calle Reconorance, es muy interesante, así como la de Inés Sorel, en la calle de Taboury.

»Para tener idea de lo que es la calle de Juana de Arco, entre cinco y seis de la tarde, imaginaos una hermosa vía rec-

ta y larga, con amplias aceras y tiendas brillantemente iluminadas, algo como la Maximilienstrasse de Munich; oficiales que se pasean de un extremo a otro, con gran ruido de sables y audaces miradas a las muchachas. Por el arroyo, húsares a caballo, dragones, coraceros, en mescolanza.

»Es la hora en que todos los que han venido á ver la ciudad regresan a sus acantonamientos; de aquí el gran número de jinetes.

»He ido diferentes veces a admirar la magnífica catedral, llamada de Santa Cruz, una verdadera maravilla gótica. No tiene nada de común, por lo que se refiere al estilo, con nuestros templos de la misma época, y auuque de arte diferente, los iguala en belleza.

»Sorprende sobre todo ver los campanarios «rasos», que á primera vista dan la impresión de que faltan las puntas; pero se habitúa uno pronto, y se acaba por hallar completamente natural semejante particularidad.

»La misma observación se aplica también a la catedral de Reims y a Nuestra Señora de París.

»Esto me lleva a referiros una historia muy divertida, que ocurrió, estos últimos días, en Orleans.

»En la tarde del sábado 22 se dió la orden de que al día siguiente habría servicio religioso, y que la música del primer batallón de cazadores prestaría su concurso.

»Grande fue el embarazo de nuestro maestro, porque las principales piezas de su repertorio se encontraban probablemente todavía en Longjumeau con los bagajes de bulto; los músicos no tenían consigo sino cuadernos de bolsillo con marchas y bailables, pero ni el menor trozo religioso.

»La música sabía ciertamente de memoria «la oración después de la retreta»; pero no le era posible, sobre todo ante la guarnición reunida, tocar siempre e indiferentemente la misma pieza, en el introito, en la epístola, en el ofertorio, en el prefacio y en las otras partes de la ceremonia.

»Esterl, como se llamaba nuestro maestro de música, estaba muy perplejo, como podéis figuraros.

»Le sugerí una idea: «Oiga, le dije: haga usted que toquen algunos valses, ya muy lentos, lo más despacio posible. Verá usted cómo todo irá bien, y no se descubrirá la trampa. Aun admitiendo que se note algo, nadie dirá palabra. En estos casos, se hace lo que se puede.»

»Esterl me atendió..., y el domingo nuestra música tocó en la misa mayor unos valses tan deliciosos, que todo el mundo quedó embelesado. Sus melodías, bien cadenciosas, resonaron tan soberbiamente bajo las espaciosas bóvedas del enorme edificio, que yo mismo, que sabía lo que se tocaba, me maravillé.

»Todo el mundo murmuraba después de la función religiosa: «Son el diablo esos cazadores.» Y Esterl recibió más de una felicitación. Solamente el capitán Gries, muy versado en el arte musical, puso una cara muy rara. Llamó aparte al maestro, le habló unos momentos y luego prorrumpió en una carcajada formidable.

»Hasta los franceses, asombrados ya al ver ir a la iglesia a aquellos diablos azules como personas civilizadas, y más a una iglesia católica, quedaron maravillados con nuestra música. No podían dar crédito a sus ojos ni a sus oídos al ver a nuestros hombres seguir tan correctamente la música y al escuchar nuestras imponentes melodías.

»Y bien mirado, podría pensarse que sus defensores de pantalones encarnados no eran capaces de hacer otro tanto.

»Lo que hace a Orleans muy agradable es el Loire. Su gran puente de piedra, con sus macizos arcos, me recuerda en todo el de Ratisbona; no le falta más que el «Gockel» y el San Nepomuceno.

»Tiene el río, particularmente en la orilla izquierda, magníficos muelles, cuyo conjunto, principalmente de noche a la luz del gas, forma un espectáculo delicioso. Algo más allá del puente se encuentra la isla de Carlomagno, cuya vista es también muy agradable.

»El 21 de Octubre se dió la orden de llevar todaslas lanchas y los demás medios de transporte que pudieran servir para el paso de las tropas, a la orilla derecha, y echarlos a pique para inutilizarlos.

»En cuanto a los puentes, todo estaba dispuesto para volar el del ferrocarril y el que acabo de citar, de modo que pudiéramos, en todo momento, si los franceses llegaban por el Sur con fuerzas superiores, hacerles imposible el paso del Loire en Orleans.

»En la orilla izquierda, y muy cerca del puente, había una enorme barcaza, arreglada para establecimiento de baños, con altas casetas; era un verdadero hallazgo para nuestra compañía de ingenieros, encargada de destruir los medios de comunicación.

»No tardaron en atravesar el río con sus canoas y escalar la barcaza en cuestión.

»En la isla se divertía una partida de muchachos; jugaban, sin duda alguna, a ladrones o a la «guerra», porque entre ellos había vencedores y vencidos, siendo estos últimos los alemanes, por de contado.

»En cuanto los chiquillos vieron subir a nuestros ingenieros a la barcaza, se acercaron curiosos y trataron de saber lo que iba a pasar. No tardaron en comprender, al ver las faenas de nuestros soldados y las cuerdas tendidas en la otra orilla, que se tenía la intención de llevar allí su famosa barca.

»Un descarado preguntó si sus compañeros y él podían aprovechar la ocasión para pasar sin pagar. El teniente de ingenieros que dirigía la operación les concedió el permiso, y en seguida treinta francesitos pasaron a sentarse a bordo.

»Una multitud, cada vez mayor, agolpada en el puente y en los muelles, asistía al trabajo de nuestros pontoneros, sin comprender nada.

»La barcaza se puso en movimiento, y los chicos gritaron como una bandada de pájaros.

»De pronto se hizo alto en mitad del Loire.

»El teniente hizo entonces subir a todos los muchachos sobre las casetas, y, una vez hecho esto, ordenó quitar las escalas por las que habían trepado.

»Empezó a reinar un silencio de muerte.

»Mientras tanto, algunos de nuestros hombres habían anclado la barca, otros habían sondado la profundidad del agua y otros estaban ocupados en el puente. De pronto, el oficial y todos sus hombres saltaron a las canoas amarradas a las bordas, y ganaron la orilla a fuerza de remos.

»La barcaza se quedó sola en medio del río con los treinta francesitos.

»Al principio, la risa fue general; sólo los que estaban encaramados en las casetas se mostraban azorados.

»Pero he aquí que de pronto la barcaza empezó a hundirse.

»Los primeros que lo observaron fueron los espectadores franceses que estaban en el puente, donde también me encontraba yo.

»Los gritos que se lanzaron en aquel momento son increíbles.

»Podéis pensar que no nos echaban flores; pero, en verdad, que la cosa nos hacía reír, tanto más, cuanto que nos dábamos perfecta cuenta de que el agua no era lo bastante profunda para sumergir la barca; lo sabíamos por el mismo teniente de ingenieros, quien pretendía que ni siquiera llegaría el agua a la mitad de la altura de las casetas.

»Sin embargo, la barca se hundía cada vez más.

»¡Si hubierais visto a nuestros franceses! Poníanse casi agresivos, y creo que hubieran llegado a las vías de hecho, si la vista de nuestros sables, que brillaban de una manera poco tranquilizadora, no les hubieran infundido respeto.

»Se me acercó un hombre, y con ademán suplicante me preguntó lo que se iba a hacer de aquellos pobres inocentes.

»—Ahogarlos como gatitos—le contesté secamente.

»La emoción era cada vez mayor; me oí llamar prusiano asesino.

»Mientras tanto, los chicos se habían dado cuenta de la aventura, y, naturalmente, tomaban parte en el concierto.

»La algarabía era infernal.

»Algunos hombres quisieron lanzarse contra los pontoneros, sentados tranquilamente en sus canoas; pero, como estaban algo alejados de la orilla, no pudieron hacerlo.

»Hay que decir de paso que unos soldados tenían orden de prestar socorro inmediato a los muchachos que fueran tan imprudentes que se tiraran voluntariamente al agua. Ninguno lo hizo.

»Por fin, la barca cesó de hundirse; el agua no llegaba ni siquiera a la mitad de la altura de las casetas.

»El público, que se había mostrado cada vez más exaltado, no tardó en darse cuenta a su vez de la realidad. Así aprendí a conocer el carácter francés bajo un nuevo aspecto: en cuanto todas aquellas gentes comprendieron la broma, recobraron al punto su buen humor.

»Todos reían a cual más y se burlaban de los pobres prisioneros; se hubiera creído uno sencillamente en el teatro.

»Sólo los náufragos no se divertían; seguían resignados, y varios continuaban llorando.

»Algunos, sin embargo, tranquilizados, se complacieron en adoptar aptitudes teatrales, y parecían decir, arrogantes: «Estamos satisfechos de morir por nuestra patria.»

»Todavía se les dejó bastante tiempo en mitad del Loire; nuestros ingenieros terminaron primeramente cuanto tenían que hacer, y destruyeron todo lo que podía servir para el paso del río.

»Ya tarde, se enviaron canoas para traer a tierra a los abandonados que, en cuanto desembarcaron, echaron a correr, como perros mojados.

»Después se echaron a pique las últimas embarcaciones.

»Dejadme ahora, queridos padres, que os hable de la alegre vida de hotel que llevamos aquí.

»Los tres principales de Orleans están ocupados por nuestros tres cuarteles generales.

»El Estado mayor del cuerpo de ejército se encuentra en la «Bola de oro», establecimiento de los más tranquilos; en cuanto a los Estados mayores de la división, ocupan los hoteles del Loiret y de Orleans, mucho más alegres.

»En el hotel de Orleans, donde yo estoy, he bebido ya más champaña yo solo que durante toda mi existencia en Alemania. Debo decir que poseemos suficiente dinero para que nos permitamos procurarnos cuanto deseamos.

»Me ha ocurrido, hace unos días, en unión de un compañero de la landwer, una historia que me ha debido poner en ridículo.

»Habíamos encargado una buena comida (9 francos por cubierto sin vino), en la que, entre otras cosas excelentes, nos sirvieron alcachofas.

»Yo no había visto nunca estas legumbres en casa, y Prestlé, mi compañero, aunque hombre de campo, no las conocía tampoco.

»El mozo nos trajo, al mismo tiempo, aceite y vinagre, y se fué. Después de contemplar por todos lados aquellas hermosas plantas verdes que se parecían a gruesas peonías abiertas, les echamos aceite y vinagre, y después las cortamos concienzudamente con el cuchillo para comer algunas hojas.

»Pero eran tan coriáceas, que no podíamos tragarlas; tras repetidos ensayos, Prestlé y yo tuvimos que renunciar.

»Mientras que duró esta escena, los mozos no habían hecho más que mirarnos con expresión algo irónica, por lo que comprendí que debíamos de haber cometido una torpeza.

»Quedamos completamente convencidos de ello cuando tres franceses se presentaron también a comer, y se hicieron servir alcachofas.

»Les vimos tomar las hojas con la punta de los dedos, arrancarlas, mojarlas en aceite y vinagre, y pasarlas entre los dientes.

»No nos atrevimos a pedir más alcachofas; pero al día siguiente, en el hotel del Loiret, en compañía de varios oficiales de la primera división, las pedí para empezar, y las saboreé a la moda francesa, con verdadero deleite.

»Uno de mis vecinos, que desconocía también tales legumbres, se asombró de vérmelas comer así.

»—Pues así se toman—le dije.—¿no lo sabía usted;—y me mostré muy asombrado a mi vez de semejante ignorancia.

»—No—me contestó;—en mi país, en nuestros pinares, no se dan esas plantas; las cómo por primera vez.»

«Si le hubiera tratado más, le habría contado gustoso mi aventura de la víspera; pero como no éramos íntimos, me contenté con murmurar:

«—En el Palatinado somos más favorecidos, allí se da todo.»

»Creed, queridos padres, que ya no ignoro cómo se toman las alcachofas a la vinagreta.

»El 23 de Octubre, nuestra brigada recibió la orden de salir de Orleans. Aquel día tuve el gusto de lucirme por primera vez en mis funciones de ayudante.

»Me han dado un magnífico caballo negro, lo que no me impide, si se me antoja, montar otros caballos del Estado mayor.

»No os podéis figurar con qué satisfacción galopo de un extremo a otro de la columna.

»Estoy tan contento, que me parece un sueño.

»Y mi caballo negro—una captura del 11 de Octubre—se porta perfectamente; salta que es una maravilla; le he bautizado con el nombre de Orleans.

»Por el momento, pues, estoy satisfecho de lo que se me ha reservado a los veintiún años, y no deseo más que algunos combates felices en los que me lleve mi bravo «Orleans», y después... ¿quién sabe? Tal vez venga antes de lo que espero. ¿No he oído decir ya que he sido objeto de una propuesta? (1).

(1) Poco tiempo después, recibí, por lo de Sedán, la cruz bávara del Mérito militar.

»Nuestra brigada había de marchar de vanguardia contra el bosque de Marche-noir, en donde parece que había masas de franceses.

»Nuestro Estado mayor se detuvo en La Chapelle, a 3 kilómetros de distancia de la puerta de Santa Magdalena de Orleans.

»Estoy muy bien alojado en casa de un señor Leroy, hombre sumamente amable.

»El pueblo está admirablemente situado. El Loire corre contra el jardín de mi masa, y le bordea un delicioso sendero que le sigue hasta Orleans.

»Debo deciros que hay aquí un gran seminario, dependiente del obispo de Orleans, el célebre monseñor Dupanloup, y era necesario establecer una vía de comunicación práctica entre su palacio de la ciudad y el seminario de la Chapelle; de aquí el excelente camino de que acabo de hablaros.

»Hace días que encontré a ese hombrecillo invisible, de penetrante mirada, y hube de desagradarle profundamente.

»Me habían encargado de llevar un informe a la división, y, como es natural, iba al galope por el sendero episcopal.

»Mientras que caminaba, le vi y le reconocí al punto en su sotana de seda violada.

»Le saludé.

»Hizo, al verme, un gesto de desagrado, y miró con insistencia las pisadas de mi caballo negro.

»Quizá temía que, al pasearme de aquella manera, derrumbase su pulido sendero en las profundidades del Loire.

»Lo único que echo de menos en La Chapelle es mi batallón.

»Mis cazadores se hallan actualmente en la vanguardia, en Hersseau-sur-Maine, en compañía de los húsares de la división de caballería del Conde de Stolberg. Les hago frecuentes visitas.

»A menudo también doy lindos paseos con motivo de los reconocimientos que me encargan al exterior; así, con el fin

de estudiar el terreno para ciertas eventualidades, he recorrido Couluniers, Baccon, Bardon y Menng.

»No siempre carecen de peligro semejantes excursiones; anteayer, por ejemplo, cuando me disponía a pasar por Saint-Ay, en donde se encuentra el 12.°, para llegar a Menng y Beaugency, fui saludado por media docena de individuos, que, desde las alturas de Messas, me enviaron unas cuantas balas.

»Afortunadamente, había entre ellos y yo bastante distancia, por lo menos 600 metros; pero las balas de chassepot me silbaron en los oídos muy desagradablemente, y me hicieron tomar aprisa el camino de casa.

»Entre mis compañeros prusianos de la división he encontrado muy buenos muchachos.

»Una tarde hemos ido juntos a divertirnos a Huisseau; muy felizmente para mí, el caballo conocía el camino.

»Nos divertimos mucho aquel día al ver a nuestro teniente primero, el Barón de Reitzenstein, del 4.° de caballería ligera, presentarse a un teniente de húsares, que se llamaba también el Barón de Reitzenstein.

»Llevaban ambos el mismo nombre, no se conocían, y ni siquiera eran parientes.

»Hay en las avanzadas momentos muy desagradables; diariamente nos enteramos de patrullas que han sido atacadas y, a veces, exterminadas.

»Debo decir que, en general, los franceses son cada día más insolentes. Han tratado de desmontar y matar a mi compañero de colegio Gienanth, de caballería ligera, que es de Hochstein, en el Palatinado, y al que conocéis. Pero se equivocaron.

»Gienanth desenvainó, pegó a derecha é izquierda con tanta fuerza, que varios aldeanos dejaron la piel, luego picó espuelas y se abrió paso entre la muchedumbre.

»Hubiera querido oírle jurar. ¡Lo hace tan bien!

«Pensad que mi pobre amigo, Luis van der Tann, también

antiguo compañero de la Escuela de Guerra, se encuentra gravemente herido en Orleans.

»Recibió un balazo, no lejos de aquella estación en que yo mismo estuve a punto de que me matase un zuavo pontificio; el proyectil le atravesó la cadera, y le produjo graves lesiones internas.

»Al principio se creyó que no saldría; pero parece que hoy está algo mejor.

»Ayer me han enviado a requisicionar. Es una cosa que no me gusta mucho, pero que, sin embargo, tiene que hacerse; por fortuna, se presencian a veces aventuras cómicas, como la que voy a contar:

»Se trataba de buscar avena; no era fácil, porque desde el 11 de Octubre, además de nuestros jinetes bávaros, había tres brigadas de caballería que arramplaban con cuanto hallaban a mano, incluso cebada, que concluímos por dar de alimento a nuestros caballos.

»Marché, pues, sin esperanzas, acompañado por un ordenanza del Estado mayor, el cual, por su parte, era optimista.

»Visitamos sin resultado dos granjas que estaban á orillas del Loire; después llegamos a otra mayor, en la que vimos en seguida dos percherones blancos, gordos y lustrosos.

»Al preguntar si sería posible encontrar avena, se nos contestó, naturalmente, como de costumbre: «No hay nada, absolutamente nada.» Mi ordenanza no se dió por satisfecho; no se tuvo por vencido, porque había observado que en el estercolero de los dos percherones había granos de avena. Pero era preciso dar con el escondite. Visitamos todas las cuadras, todos los rincones, pero en vano; no encontramos nada, ni mi ordenanza, ni el suboficial de la escolta, ni un carrero que nos acompañaba, ni yo mismo.

»El casero sostenía enérgicamente que alimentaba a sus caballos con el heno que habíamos visto en los alrededores, y que nos había parecido demasiado malo para nuestros animales.

»Tal vez, insinué, encontraremos en la bodega lo que buscamos. Al oír la palabra «bodega» el amo de la casa se inmutó visiblemente.

»¿Era esto un indicio?

»Nuestro hombre, sin embargo, a pesar de su azoramiento, tomó la delantera y nos condujo a una hermosa bodega, donde se encontraban alineados respetables toneles de vino.

»Ni un solo saco de avena.

»El dueño, creyendo que iba a hacerle una observación respecto al vino, y bastante agitado, me dijo que el contenido de sus toneles había sido ya embargado y que aquellos estaban vacíos.

»En apoyo de su dicho, se apresuró a abrir varias espitas. Nada salió, en efecto.

»Mi ordenanza no parecía convencido, sin embargo; la sola vista de aquellos toneles le había provocado una sed que le costaba trabajo disimular.

»Tomó de manos del francés la linterna que éste había traído, iluminó cada tonel, abrió él mismo las espitas una tras otra y dió repetidos golpes con la empuñadura de su sable en diferentes sitios.

»El sonido que salió de los toneles no era a vacío, pero tampoco como si contuvieran vino.

»El ordenanza dirigió de repente su linterna al suelo, se bajó y recogió algo; luego vino a mí, y me mostró en su mano varios granos de una magnífica avena.

»Se colocó frente al campesino, le puso la mano bajo la nariz y gritó:—«¡Mira tú, aquí tienes avena!»

»Lo que buscábamos estaba, pues, en los toneles. El propietario no persistió más tiempo en su mentira; en cuanto a nosotros, nos apoderamos de todos los sacos que pudimos encontrar y los llenamos de avena hasta los bordes.

»De ella estaban repletos la mayor parte de los toneles.

»Cuando emprendí el camino de mi acantonamiento, en-

contré en la carretera de Saint-Ay unos compañeros, húsares negros, que volvían de Orleans.

»Preguntáronme al punto en dónde había podido encontrar tanta avena.

»Me guardé muy bien de informarlos, porque pensé que, si habíamos de continuar aún mucho tiempo en aquella región, me convendría más de una vez conocer, para nuestro Estado mayor, un buen almacén de provisiones no aventado todavía por los señores jinetes.

»Tiempo es ya de que termine esta carta, mis queridos padres; no os quejaréis esta vez, os he escrito largo.

»Si tenéis ocasión, mandadme más chocolate, que me agradará mucho.

»Estaremos bien de comunicaciones mientras que permanezcamos en la zona de Orleans.

»Muchos cariños y besos de vuestro

Carlos.»

N. B.—No olvidéis que mis nuevas señas son: «Ayudante de órdenes en el Estado mayor de la 3.ª brigada de infantería bávara.»

CAPITÁN TANERA

LOS COMIENZOS DE EL GRECO

En una colección de curiosidades de Arte hispánico *(Cosas de España)* no podía faltar El Greco; que antes, al contrario, debe figurar en ella en primer término. De los extranjeros que, de pasada o por largo tiempo, pusieron su talento al servicio de España, quizá ninguno ejerciera sobre los españoles tal hechizo, sin echar a mala parte esta palabra.

Fue El Greco una figura internacional si las hay. Era un griego auténtico, y no fue este el menor de los humorismos que presidieron a su nacimiento. Cretense de origen, este precursor de la moderna vida aventurera transfórmase en Italia en veneciano, y habla de sus asuntos a Pablo y a Bassano, para concluir españolizándose en Toledo. Pero, en fin de cuentas, no se parece a nadie más que a él mismo; «yo soy sólo yo». Es el pariente más cercano del héroe de Cervantes, un loco sublime que persigue un ideal con fe inquebrantable y con medios insuficientes. La tenacidad con que apremiaba al mundo, conviértele en espanto de las iglesias españolas, persigue a los viajeros como la virgen de broncíneos pies de Sófocles al hijo de Clitemnestra. Es una pesadilla de espectros; todo en sus cuadros es espectral: la monstruosa longitud de sus figuras, el cadavérico color de los semblantes, los ondulantes trazos de los deshuesados cuerpos, la falta de proporciones del ambiente; y espectral, sobre todo, la premura abocetada, desconocida hasta

entonces, y que con frecuencia nos subleva, con que traslada al lienzo las visiones que le acosan. Aquel mismo cuadro de Toledo que pasaba allí por su obra maestra, y que cuando menos le hizo popular, era también una aparición de espíritus. Nos referimos al *Entierro del Conde de Orgáz,* donde las almas de los Santos Agustín y Estéfano se aparecen al fúnebre cortejo de hidalgos admirablemente retratados, y depositan en la tumba el cadáver del armado caballero.

¿Y de dónde venía este visionario? De la Edad Media cristiana, de Bizancio, de aquella escuela artística en que predominaban la sujeción literal y la ciega obediencia á la tradición. Firmaba sus cuadros en lengua y caracteres griegos, que eran jeroglíficos para los españoles, y en los cuales se apellidaba cretense con gallarda arrogancia, desafiando el odio extranjero. En los templos griegos había recibido sus primeras impresiones y acaso su primera educación artística. Así, cuando llegó a Venecia, pudo creerse en su patria a la sombra de San Marcos, el más grande monumento de la arquitectura bizantina en Occidente. Y reminiscencias innegables de Bizancio hay en sus cuadros, aunque se manifiesten allí en una supervivencia espectral: en la simetría de la composición, en el mirar de frente de las figuras, en el sombrío tono del colorido. De lo que no conserva nada es del suntuoso sosiego, de la desencantada majestad de sus mosaicos. Sus coros de ángeles parecen poseídos de un vértigo báquico, y dijérase que una explosión los ha lanzado en apiñado revoltijo.

El joven griego llegaba a la Venecia del quiniento, y el poder del presente, más que su innato genio pictórico, le advertía de que sólo allí se encontraba la verdadera pintura. El espíritu de su arte le llevaba á extasiarse ante la poesía cromática del envejecido Tiziano, del cual se hizo admirador entusiasta. El Kyriacos se hizo un Domenico, según el aforismo de Gœthe:

«Lejos de mí la rígida frialdad;
El mayor dón del hombre es la emoción.»

Pero el venecianismo no fue su última palabra. El ansia de originalidad no le permitía ningún descanso. En una nueva metamorfosis dió de lado al colorido italiano para producir, en un refinado y calculado sistema de admirables cacofonías cromáticas, el triunfo del arte y la última afirmación de su genio.

La repugnancia hacia el arte petrificado del Oriente le había llevado a adoptar el impresionismo; el anarquismo artístico fué luego su triunfo, la emancipación, no sólo de la tradición eclesiástica y de todo lo convenido, sino también de la verdad de la Naturaleza, de las leyes de la gravedad y aun del decoro. El sistema nervioso prepondera ba en él sobre el buen gusto, la razón y el método. La inspiración le apremiaba con la fuerza irresistible de una alucinación, e impaciente por contemplar sus frutos, despreciaba el orden de la técnica, y con una arrogancia que sólo se encontraría entonces entre los habitantes de Bedlam, abandonábase al placer de indignar a los filisteos.

Suele citarse con frecuencia la frase de un español que, hablando de El Greco, ha dicho que nadie le igualaba cuando lo hacía bien, ni nadie tampoco cuando le daba por hacerlo mal; pero en una misma obra no es raro ver mezclado lo bueno y lo malo en las producciones de El Greco.

Es indudable que en sus obras se vislumbran temas importantes, y que por ellas cruzan relámpagos geniales nacidos del espíritu del asunto y de las impresiones de su greco-veneciana juventud. Parecía poseer un órgano sensitivo para recoger lo individual de las facciones, expresiones y gestos, y esta disposición hubiera hecho de él un retratista, un precursor de Velázquez; pero la desmesurada longitud de las estiradas cabezas y el «color de colérico» que da a las facciones de sus modelos, comunica a sus retratos el aspecto de caricaturas de vástagos decadentes de una raza que toca ya a su fin.

Lanzado de su casa por un problema patológico, impulsado por la suerte a caminos cada vez más ásperos, constituye en la Historia el caso más monumental de degeneración artística,

caso sin igual en su historia y en la del arte mismo. De ahí la asombrosa admiración y hasta el acatamiento que ha hallado en nuestros días.

* * *

Mis estudios sobre este pintor datan de un viaje que allá por Agosto de 1874 hice á Venecia, donde en la Galería Maupin encontré, bajo el nombre de Barocci, aquellas tablas que parecían una copia, cuando no el primer boceto, del célebre *Espolio*, que yo recordaba de Toledo. Pero esta obra me había parecido allí como la más espiritual de la época anterior a Velázquez. ¿Cómo su autor había subido tanto para caer luego tan bajo? De su prehistoria italiana nada se sabía entonces (1). Su reputación había descendido al más bajo nivel por la impresión que hacían las figuras de sus lienzos. Al recorrer yo en 1881 los salones del Museo del Prado, en compañía del excelente pintor y director del mismo, D. Federico de Madrazo, hablóme éste de los Grecos que había allí en una sala retirada, expresándome su sentimiento por no poder arrojar del Museo caricaturas tan absurdas. Y Sir Carlos Robinson, que poseía un ejemplar de *La Purificación del Templo*, pensaba que siempre es demasiado lo que se paga por un Greco. Por último, al mostrarlos yo a distintos directores de Museos el tesoro adquirido en la Galería Maupin, que a toda prisa y sin declararlo había logrado sacar fuera de la frontera italiana, pude notar que me miraban de soslayo. La revista *Graphische Künste*, a la que ofrecí el presente estudio, se negó a publicarlo.

Pero pintores que nunca habían visto ninguna obra de El Greco, reconocieron en el autor de aquellas tablas á un colorista de primera fuerza, casi igual en jerarquía a los grandes

(1) «Tout, d'ailleurs, est demeuré enigmatique de ce qui touche a l'existence de cet artiste.» P. Lefort: *Peinture espagnole*. Paris, 1893, página 114.

maestros venecianos, a los que no iba en zaga en cuanto a la energía de la expresión, arte para coger los detalles característicos y traza para disponer el conjunto. Dediquéme entonces a estudiar las obras suyas, que pasaban casi inadvertidas en los museos italianos, y pude convencerme de que aquélla había sido su época más brillante. ¿Cómo llegó a ser luego el pintor de los *crueles borrones*, que decía Pacheco, y del cual murmuraban los sacristanes de las iglesias españolas que era un loco?

En Venecia.

Desde principios del siglo xv, la colonia griega de Venecia, engrosada por la corriente de emigrantes que el Imperio Bizantino en sus postrimerías lanzaba sobre ella, había ido ganando progresivamente en importancia. En 1498 fundó la colonia una *Scuola* propia para los efectos del culto y de la beneficencia, y á ella se le encomendó el patronato de la iglesia que León X (1514) había permitido construir. Ya en 1539 se puso la primera piedra del nuevo edificio de San Jorge de los Griegos, cuyo plano había trazado Sante Lombardi. Una nueva oleada de inmigrantes afluyó a Venecia en el siglo xvi, á la caída del dominio Veneciano en El Peloponeso y la pérdida de Chipre; y el número de los griegos establecidos en la península se elevó a 4.000. Las imprentas griegas, de las que ya había tres en el siglo xv, tomaron un vivísimo impulso; de esta colonia salió la vivificadora cultura neohelénica, y ella fue la que trazó el camino al renacimiento espiritual de la Grecia.

En el decorado pictórico de la iglesia nacional tomaron parte griegos y candiotas más o menos apegados a sus tradiciones bizantinas. Sabemos, es verdad, que Tintoretto, en 1589, fue consultado para los mosaicos con que se adornó la cúpula, y que también se tuvo en cuenta su opinión para enmendar los planos. Pero en el siguiente decenio fue rechazado un boceto de *El Salvador*, de mano de Palma el Joven, dándole la

preferencia a otro del griego Tomio Batha. Sólo que los más capaces de esos griegos habíanse por completo italianizado; como aquel Antonio Bassillacci, hijo del pescador Estéfano de Milo, nacido en 1556, que en 1571 llegó a Venecia y que tan cerca anduvo del Tiziano. Este Bassillacci pintó algunos episodios históricos de los que adornan la sala grande del Consejo, como *La coronación de Balduíno* y *El asedio de Tiro*, en la sala del Escrutinio, y llenó de su pompa paolesca la iglesia de San Pedro de Casinesi, de Perugia.

Entre los jóvenes a quien el viejo Tiziano atraía a sí y daba ocupación había también dos de origen griego, que llevaban el mismo nombre, no ciertamente helénico, de Domenico. Se comprende que tales *forestieri* hayan sido olvidados; sus nombres pasaban inadvertidos aun en los lienzos donde ponían su firma. Ambos Domenico han sido luego tomados por una misma persona, aunque en la Crónica del Tiziano median tres lustros de uno a otro.

El primero, que se llama a sí mismo *pintor veneciano*, era un famoso pintor: *Domenico dalle Greche* (1), *depentore venetiano*. El segundo, mucho más célebre, solo fue conocido durante siglos en España como *El Griego;* en Italia yacía en el olvido Domenico Theotocópuli.

El nombre de aquel primer Domenico dalle Greche sólo era conocido hasta aquí por un grabado en madera, de 1539, trabajado según un dibujo del Tiziano y compuesto de doce cuerpos. También se le deben las ilustraciones del *Viaje a Palestina,* de Ulrico Prefat von Wilkanan, publicado en 1547, en Praga. A estos dibujos se refieren algunos documentos que, en 1878, encontré en el Archivo de Venecia. Entre aquellas ilustraciones figura una vista de la iglesia del Santo Sepulcro, que recientemente se ha reproducido, y en la que se ven animados grupos de figuras nacionales y exóticas, según el estilo de la escuela veneciana.

(1) Sobrentendiéndose *contrade.*

A juzgar por esto, debió Domenico emprender una peregrinación a los históricos lugares de la Palestina, donde pudo contemplar la *Sagrada ciudad de Jerusalén con todas las estaciones, el templo del Santo Sepulcro, la montaña de Sión con todos sus reliquias, Bethania, el monte de las Olivas y el valle de Josafat, con sus ya casi extinguidos misterios.* A su vuelta encontró en Roma un protector en la persona del español Pedro de Zárate, Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, *scudiere* y comensal de Pablo III. Por sus instancias trasladó aquellas vistas en color, obtuvo el privilegio pontificio en 1 de Abril de 1547, y en 28 de Agosto el de la Señoría.

Quizá sus relatos de aquel viaje por la Tierra Santa sirviesen de estímulo al Tiziano para emprender un boceto del *Faraón.*

La vida del segundo griego Domenico, y sus andanzas por Venecia e Italia antes de su ida a España, estuvieron largo tiempo en el más absoluto misterio. Sin embargo, en 1885 publicó ya Amadeo Ronchini una carta del miniaturista Julio Clovio, la cual vino a arrojar una luz inesperada sobre la juventud del artista cretense. Esa carta, fechada en 16 de Noviembre de 1570, dirigióla el firmante desde el Palacio de Farnesio en Roma, a su protector el Cardenal Alejandro Farnesio, que, como Legado *a latere* de la provincia del Patrimonio, residía en Viterbo, en el Palacio Rocca, que Vignola había restaurado por encargo suyo.

«Ha llegado a Roma un joven candiota, discípulo del Tiziano, que, a mi juicio, es cosa rara en pintura, habiéndose hecho, entre otras cosas, un autorretrato que ha sido el pasmo de todos los pintores de Roma. Celebraría poderle poner bajo la protección de V. E. para que, sin encargarse de su manutención, le diese solamente, por algún tiempo, habitación en el Palacio Farnesio, hasta tanto que él pueda arreglar sus cosas. Suplico, pues, e imploro de V. E. se digne escribir a su mayordomo para que le habilite un cuarto en dicho palacio; V. E. pue-

de estar seguro de que hará con ello una buena obra digna de sí mismo y por la que yo le quedaré reconocido.» (1)

Que Theotocopuli fue discípulo del Tiziano, como por esta carta se comprueba, habíalo ya presumido su biógrafo español Palomino; pero los críticos modernos, y en fecha muy reciente Morelli, han puesto en duda este detalle. Esos críticos sólo conocían las obras que produjo en España, y éstas, a decir verdad, recuerdan más al Tintoretto. Los lienzos que del período de su juventud en Italia se conservan, y que apenas si se tienen en cuenta, hacen pensar, como sus denominaciones indican, en Bassano, en Paolo y hasta en Barocci. Esto dió pie para que se le atribuyese una educación ecléctica, formada a salto de mata. A Clovio hízole el efecto de un joven; la época de su aprendizaje debe colocarse, pues, en el sexagésimo año de aquel siglo. Aquella fue la época en que el Tiziano adoptó el estilo que caracteriza sus últimas obras, y este estilo fue luego para El Greco una obsesión. Aquel ángel que en *El Lepanto,* del Tiziano, del Museo del Prado, vemos lanzado boca abajo, asoma en todas sus visiones. Posible es que Domenico ayudase al anciano maestro en sus miniaturas, por ejemplo, en las que hizo para Felipe II (2), deseoso de demostrar su destreza. A más de esto,

---

(1) Atti e memorie di storia patria per le provincie Moden. e Parmensi III, 270. Módena, 1875.

Es notable la repetición de un juicio semejante en la misma Roma casi tres siglos después.

Mi ricordo varj anni fa di aver veduto a Roma un bel ritratto con armatura, posseduto da un negoziante, che tutti giudicavano di Tiziano, il Restauratore trovó la firma di Theotocopuli.

Así me escribía el 12 de Abril de 1878, hallándome en Venecia, el pintor Cav. Jorge Mignaty, de Florencia, un griego de Corfú.

(2) Acaso fuese el aventajado discípulo que el Tiziano, en carta a Felipe II, alaba como colaborador suyo en el *San Lorenzo*: «non restando di adoprar in questo Oratio mí figliulo et suo servitore insieme *con un altro molto valente giouine mio discepolo*, 2 Decembre 1567».

Crowe: Life of Titian, II, 536.

las maravillas de Pablo Veronese y Tintoretto, que le rodeaban, debieron grabarse en sus ávidos ojos.

Clovio que, según las biografías, era un caballero magnánimo y servicial, ayudó al joven candiota en la medida de sus fuerzas. En el apoyo que le prestó influyó, a no dudar, aparte la recomendación del Tiziano, el origen griego de su protegido. Clovio mismo firmaba sus miniaturas como macedonio *(Julius Macedo fec.)*, y así se apellidaba también en los diálogos de Francisbo D'Hollanda. Su madre era de origen ilírico; pero él había nacido en Grizane, en Croacia. En los grabados en cobre que Cornelius Cort hizo en Roma, según sus cuadros, sobre todo en los años 1567-69, se llama *de Crovatia* y también *Illiricus*. Domenico firma siempre Cretense (Κρής). Fue la lengua griega la que no tardó en reunir a dos artistas tan distintos, anciano el uno, joven el otro, que la casualidad había traído a un mismo punto desde tan lejanos países.

Es un detalle curioso el que Domenico abandonase al Tiziano, y fuése a Roma a presentarse a Clovio el mismo año en que Cort emprendía el viaje inverso. Dijérase que se había hecho un trueque.

Un punto queda aún por precisar, a saber: si Domenico fué a Italia directamente desde Creta o si nació en Venecia de padres griegos. Ni en el registro parroquial ni en el Archivo de la Colonia se ha podido hallar su nombre, según me aseguró, el entonces Prefecto de la Marciana, Giovanni Veludo, que con gran diligencia los había examinado.

Poseía nuestro artista una cultura poco corriente entre pintores; Pacheco, que lo visitó en Toledo, habla de escritos de su puño y letra sobre las tres artes, y parece haberse ejercitado además en la estatuaria y en la arquitectura. La escritura helénica con que firma sus cuadros indica que pasó su juventud en un ambiente griego.

A juzgar por los nombres de artistas cretenses, que no eran raros en esa época (1) en la isla, parece que la Administración

(1) En el año 70 encontramos en la colonia, ocupado en cosas de su

veneciana ejerció una acción favorable a la cultura. Esta presentaba entonces un aspecto totalmente distinto del que muestra hoy después de dos siglos largos de dominio turco. Los intereses de los países sometidos al estado veneciano no quedaban malparados bajo aquel régimen de severa aristocracia. Desde 1204 pertenecía la isla a los venecianos, habiendo formado antes parte del Imperio de Oriente y sufrido a su caída el yugo mahometano. Aunque aquellos *duchi, provedittori* y *rettori* no fundaban academias, veíanse obligados a llevar allí sus instituciones civiles y domésticas. Los viajeros hablan de sus numerosos palacios, de grandes parques y jardines, sin rival en todo Levante. Desde la época de Delmonti, que recorrió estos países por encargo de Cosme de Médicis y permaneció allí tres años, habíase fijado la atención en sus antigüedades; y Jacobo Foscarini, Alvise, Grimani y otros trajéronse obras de mármol griego de los lugares de desolación de la desaparecida εκατόμβολις. Los venecianos allí residentes debieron admitir en sus casas jóvenes aventajados y llevarlos consigo a la ciudad de las lagunas.

Aquel cuadro de la Galería Maupin sirvióme de estímulo también para perseguir las huellas de su autor, no tardando en reunir una serie de cuadros anteriores a su viaje a España, conservados en Galerías italianas e inglesas, y que arrojan gran luz sobre sus comienzos.

El retrato de Julio Clovio.

Del resultado que tuviera aquella carta del anciano Clovio al Cardenal Farnesio, no ha llegado noticia hasta nosotros. Pero nos queda algo mejor: una serie de cuadros, firmados la mayor parte Domenico, que muestran hasta dónde alcanzaban

---

arte, al pintor Miguel Damasceno; el miniaturista Nicolás della Torre fue empleado por Felipe II en El Escorial como copista griego. Ambos eran de Creta.

sus facultades y cómo le fue en Roma. Entre ellos hay tres que estuvieron en poder de la casa de Farnesio, y ahora se encuentran en las Galerías de Nápoles y Parma; otros, diseminados en distintos Museos, debieron producirse también por aquel tiempo. Por ellos podemos imaginarnos al artista en el Palacio de Farnesio, pintando cuadritos originales o reproducciones para el sobrino del Cardenal, y con arreglo a las indicaciones que le daba.

Como él se había dado a conocer a los pintores de Roma con un autorretrato, para responder a las bondades de su protector, hízole un retrato en que resplandecía todo el hechizo y todos los primores de que habían dotado el género los retratistas venecianos.

Este retrato de D. Julio Clovio (nacido 1498, † 5 Enero 1578), que ahora se halla en el Museo de Nápoles, estuvo antes en la *Camera de Ritratti* del Palacio-Jardín de Parma (1), y pasaba allí como autorretrato, aunque lleva la firma de Domenico en letras griegas. Nagler y Kukulgevit, en su estudio sobre su paisano, alegaron este cuadro como prueba de que Clovio ejercía aún la pintura por aquella época tan avanzada. En la *Biografía de Bratley*, pág. 186, se publicó una copia, *the burzon portrait*.

En ese retrato está el pintor sentado ante una pared sencilla, a la izquierda de una ventana abierta; con el índice de la mano derecha señala a un libro abierto, que tiene en la otra mano, y en el que pueden verse dos miniaturas; el tema recuerda el *Strada*, del Tiziano. Acaso aquel libro fuese el *Uffizio della Madonna*, obra que costó nueve años de trabajo, y se pintó para el Cardenal, y que hasta 1859 estuvo en la Biblioteca de Nápoles. El semblante muestra una frente ancha y ele-

(1) Un quadro alto, br. 1 on. 2; largo, br. 1 on. 8. Ritratto di D. Giullo Clovio con barba blanca quadra, fa cenno con la destra ad un libro miniato che tiene nella sinistra, di Giullo Clovio. Camera de Ritratti, Palazzo del giardino in Parma, c. 1734.—Campori: *Raccolta di cataloghi*, pág. 123.

vada, que circundan cabellos grises peinados hacia atrás, una enérgica nariz aguileña y ojos pardos. Estas facciones, así como las manos, son de una factura tan fina como expresiva. La tierna tonalidad amarillenta de la piel, el trazo, recuerdan más bien a Tintoretto. Por la ventana abierta se ve un paisaje movido por el viento, lleno de luz y aire y encendido en los cálidos tonos de un medio día avanzado; cielo azul, lontananza de montañas, dorados celajes; en primer término un árbol caduco con florecimiento de verdeantes retoños. El lienzo se halla cortado bruscamente en el borde superior.

Se conserva, además, en Nápoles un pequeño nocturno: un muchacho encendiendo a soplos una fogata de astillas. Probablemente, estudio para un cuadro de Historia. Este cuadrito también pasaba en Parma como obra de Clovio (1).

La «Curación del ciego de nacimiento».

Dos composiciones de esta época nos son conocidas por varias reproducciones antiguas, lo que demuestra la boga que alcanzaron; nos referimos a la *Curación del ciego de nacimiento* y a la *Expulsión de los mercaderes del templo*. En ambos cuadros aparece bien manifiesto el carácter veneciano, y ambos se hallan dotados con largueza de cuantas buenas cualidades distinguen a la escuela veneciana. Si se lleva a un inteligente delante de estos cuadros, apenas habrá un nombre importante que no recuerde. De *La curación del ciego* hay en la Galería de Parma un ejemplar catalogado, que también estuvo antes (por los años de 1680) en el Palacio del Jardín, donde se le tenía por obra de Pablo Veronese; y otro ejemplar anónimo en el Museo de Dresde, para el cual lo adquirió Rossi en 1741, en Venecia.

Tuve ocasión de ver este último en una visita que hice al Museo en 1874, y advertí en él la mano de El Greco, confir-

(1) Una notte con mezza figura d'un giovine che col soffio accende una picola candela, di Giulio Clovio, br. 1 o 2 ½ o 11. A. a. O., pág. 207.

mándome tres años después en mi suposición al examinar el ejemplar de Parma.

La comparación entre ambos ejemplares resulta provechosa para la mejor comprensión del artista. Aunque el ejemplar italiano es, sin duda alguna, el más moderno, y aunque el pintor, al poner allí su retrato (arriba a la izquierda), a más de la firma, diese a entender que estaba satisfecho de su obra, es lícito, no obstante, preguntarse si esta segunda edición es verderamente la mejor. La impresión que hace es la de una somera reproducción hecha de memoria, a trazos grandes y precipitados. Lo interesante de estas variaciones es que por ellas puede conocerse la dirección en que el genio del pintor se movía. En el cuadro de Dresde se muestra aun completamente veneciano, tanto que pasaba allí por Leandro Bassano.

Estas diferencias, consisten no sólo en algunos detalles, sino también en la manera misma de tratar el espacio. En el ejemplar veneciano la disposición de las figuras es perfecta; todo es allí abierto, claro, diáfano; los grupos de figuras tienen más ambiente y también más sentido.

El asunto del cuadro está tomado del Evangelio de San Marcos 8, 20, y del de San Juan. Según el relato de los evangelistas, Jesús llevóse aparte al mendigo ciego de nacimiento y curóle sin testigos. Mientras Cristo se abandona así a un impulso de compasión, sus discípulos discuten la cuestión teológica de si aquel ciego fue castigado por Dios a causa de los pecados de sus padres o de los suyos propios (San Juan 9, 8). Cristo dice que ni por una causa ni por otra, sino con objeto de que se le manifestara la bondad de Dios, y se aleja con el mendigo ya curado.

Por este pasaje se explica la colocación característica del grupo principal que forman el Salvador y el ciego, aislados de los demás a la izquierda del cuadro. El ciego ha dejado en el suelo su cayado y el zurrón, que su perro lazarillo custodia. Sólo un discípulo, quizá Juan el predilecto, presencia la operación completando el grupo de las tres figuras.

El coro de los Apóstoles empeñados en viva discusión se halla fuera, por decirlo así, de la escena, sin preocuparse del prodigio, pues éste no se realiza verdaderamente al alcance de sus ojos; que de ocurrir así, aquella disputa hubiera sido inoportuna.

Esta relación de los dos grupos dejaba entre ambos un gran trecho, que el pintor llenó con el grupo del anciano y el joven algo retraído, y que marca al mismo tiempo la reparación entre ambos grupos principales.

Esta disposición bella y reflexiva no se observa ya en el ejemplar de Parma. El coro de discípulos está allí encima del otro grupo; las proporciones de las figuras son las mismas, y la supremacía, el aislamiento del grupo en que se halla el Salvador han desaparecido. A más de esto, se ha introducido allí un nuevo grupo de siete figuras, entre ellas, dos desnudas que, aunque tocando con el otro grupo, no parecen enterarse del prodigio que se está realizando. Una inexpresiva figura de payaso, que da la espalda al espectador, forma un contraste sumamente extraño con la figura de Jesús, completando el tercero una cabeza de mujer, primorosamente peinada, que entre los dos asoma.

Se ha dicho que con la unidad de composición salió ganando el cuadro. Lo cierto es todo lo contrario. Con ella privó El Greco al grupo principal de su majestuoso aislamiento, cargándole con una turba que, con estar tan próxima a él, ni ve ni sospecha nada de lo que allí ocurre, resultando su presencia tan inútil como intempestiva.

Con aquel englobamiento resultaba ya innecesario y hasta imposible el tercer grupo del centro; pero, como no lo podía suprimir, redújolo el pintor a proporciones pequeñísimas, y lo colocó a alguna distancia, pintando allí una pareja que no hace nada, y una carroza en marcha que parece una diligencia. Pero las proporciones de estas figuras son demasiado reducidas con relación a las figuras del primer término y al palacio que tienen al costado.

A este empeoramiento de la composición responde el menor mérito de casi todos los detalles. El grupo de los Apóstoles es de ejecución más pobre y descuidada; mientras que en el otro cuadro los rostros de todos los Apóstoles del grupo se ven por entero, aquí se contentó El Greco con pintar la mitad, si bien, ajustándose a la moda bizantina, indemnizó las cabezas de los demás con abundantes rizos.

Se celebra de este cuadro el que Cristo ocupe en él el centro del lienzo; pero esto no era sino abandonar la libertad de composición característica de los venecianos para retroceder a la simetría bizantina. Todavía es menos comprensible la decaída actitud de Cristo y lo apagado de su mirada, tan penetrante en el otro ejemplar.

Tampoco estuvo muy feliz El Greco en las innovaciones que introdujo aquí en la arquitectura. ¿A qué poner esta iglesia gótica en ruinas, en vez de aquel vestíbulo de un palacio del Renacimiento? (que constituía el punto de mira). ¿A qué vino colocar la escena en el centro de una animada capital y borrar la azul perspectiva de los Alpes? No hay manera de explicarse por qué sustituyó el artista aquel paredón liso del palacio que daba al grupo del ciego un fondo claro y tranquilo, por esa sala abierta con columnas, y aquel inquieto juego de luz y de sombras.

Para comprender este extraño cambio hay que tener presente los tiempos posteriores de El Greco. El cuadro veneciano, con aquel orden tan estudiado y oportuno, le parecía un ejercicio académico. Su temperamento nervioso rechazaba esa complicada adaptación de la obra a la verosimilitud y a la medida, a la lógica y al decoro, a los recursos y a la estética del espacio.

«La Purificación del Templo.»

Existen de este cuadro hasta tres ejemplares originales, que se hallan todos en Inglaterra, y de los cuales dos datan de la

época de su estancia en Roma, y el tercero refleja el estilo posterior que se formó en España. Este último, verdadera chapuza, lo adquirió hace poco la National Gallery.

El ejemplar de la Galería del Conde de Yarborough, de Londres, es el primero y el primitivo. Fué llevado a Inglaterra en el siglo XVII, y en la Galería Buckingham ostentó el nombre, luego olvidado, de El Greco (1).

El templo de Jerusalén brindó al joven artista, que, al decir de los españoles, era algo más que aficionado en arquitectura, una buena ocasión para trazar un suntuoso cuadro arquitectónico. La escena se desarrolla en el vestíbulo del templo. A la izquierda, un amplio arco deja ver una plaza circundada de palacios venecianos, de una logia abierta a los cuatro vientos y de un edículo circular. A la derecha, el vestíbulo, sostenido por columnas romanas, conduce al oscuro interior del templo. El punto de vista se halla colocado en este borde del lienzo. El vestíbulo, del que arrancan gradas de mármol, es el teatro en que Jesús cumple su sagrada violencia. Junto a la pared, contra las cuatro columnas, se aglomera una abigarrada muchedumbre: apóstoles, judíos, hombres en ropaje levantino, a través de los cuales se abre paso Jesús. Este aparece erguido ante el hueco de la puerta, casi en el centro del cuadro, esgrimiendo el látigo en la mano derecha, levantada por encima del pecho. Las caras de los espectadores reflejan las impresiones más diversas. Formando contraste con la comedida actitud de los grupos de la derecha, que observan y murmuran, revuélvese la turba de los mercaderes en tumultuoso remolino, derribando al suelo a una mujer, hacia la izquierda, detrás de una muchacha que reposa sentada en la grada más delantera. Esta voluptuosa figura es, a juzgar por la

(1) A Catalogue of the curious Collection of *G. Villiers,* Duke of Buckingham. London, 1758, pág. 3: By. Del Greco. Christ driving the traders out of the temple. There are about 32 figures in this pictures, four wereof are the pictures of Titian, Raphael, etc.

cesta en que se apoya, la de una vendedora de palomas. Otra hermosa joven huye con su hijito desnudo por la entrada de la derecha. Sobre el hombro lleva una ligera vara, como las aguadoras venecianas (*bigolanti*), de la que cuelgan un gallo y una cesta.

Se comprende que los amantes de la pintura de tiempos de Carlos Estuardo pensasen, a la vista de este cuadro, en Pablo Cagliari, cuyo pincel recuerdan la magnífica plaza y algún detalle más. Aunque el joven griego no alcanza sus tonalidades de encantadores matices, y aunque su mirada de pintor parezca menos fina en espesas sombras y blancuzcos colores, por la abundante elección de figuras y características cabezas copiadas de la realidad, de actitudes violentas o comedidas, produce una impresión más enérgica que el Veronese con su distinción y decoro, ajustado a las conveniencias. Por lo demás, Waagen mismo aceptó la supuesta fraternidad del Veronese (1).

En el vestíbulo vacío de la derecha se hallaba el lugar de los cambiantes ya puestos en fuga. Se ve allí una pesada mesilla con patas de esfinge y tapa de suntuoso trabajo, junto a la cual, sobre el marmóreo pavimento, hay caídos puñados de oro, un libro de cuentas, un tintero, una cajita y una balanza. También yace en el suelo un niño desnudo, allí olvidado, que se entretiene con una copa llena.

El grupo de los pintores.

Pero lo más notable que se advierte en el cuadro de la Galería de Yarborough, es el grupo de los cuatro bustos que hay en el ángulo de la derecha. Tres de ellos pueden reconocerse a

(1) Waagen: *Treasures*, IV, 70. Paul Veronese... «The composition is very dramatic, thoug not free from undignified motives. The colouring is clear and warm.»

El cuadro lleva, sin embargo, la firma.

Tamaño: 2′ 9″ × 2′ 2″ (inglesas).

la primera ojeada; para los del Tiziano y Miguel Angel tuvo a la vista retratos conocidos y divulgados; el de Clovio es copia del que él mismo hizo. El cuarto es dudoso. En otro tiempo (1891) se le tuvo por autorretrato del pintor y la mano levantada por la suya, como indicando que él era el autor del cuadro. Pero ya por entonces me escribió Herman Grimm, diciéndome que aquel busto le parecía el de Rafael, a la par que Manuel B. Cossío, de Madrid, me llamaba la atención sobre el anacronismo, que ese busto presenta en el peinado y en el traje. Grimm tenía indudablemente razón. Ya en el Catálogo de la Galería Buckingham, de 1758, se le había tenido por retrato de Rafael. Aquellos cabellos ondulados, partidos en la mitad, cayendo sobre los hombros, serían incomprensibles en un retrato hecho en Roma en 1570; a mayor abundamiento, tenemos, como término de comparación, el autorretrato que introdujo el Griego en el cuadro de *La curación*, que se conserva en Parma, y donde lleva los cabellos cortos y gorguera. Aquella cabeza, por sus facciones, mirada y actitud, es copia de la cabeza de Rafael en la Escuela de Atenas. Esto viene a echar por tierra las quimeras que en ese presunto autorretrato se fundaban; pero al mismo tiempo redime al pintor de la nota de arrogancia que en él hubiera supuesto colocar su propio retrato junto a los del Tiziano y Miguel Angel.

Fácil es imaginarse lo que con estos cuatro retratos se proponía indicar el artista. Tiziano, que abre la serie, había sido su maestro y el más grande colorista de la época. A Miguel Angel le acababa de conocer en Roma y al colocarlo junto al Tiziano, hacía pensar en el refrán que corrió por aquel tiempo y que él había hecho suyo: *il disegno di Bonarroti, il colorito di Tiziano*. Lo que en Miguel Angel se imponía a su admiración era el desnudo heroico y el contraste, pues de su pintura no quería que le hablasen; *un buen hombre, pero que nunca ha sabido pintar*, decía de él a Pacheco. Clovio era su actual protector y patrono, el sostén de su existencia en Roma, en el Palacio Farnesio.

Los bustos del Tiziano y Rafael se muestran completamente despejados sobre el caído embozo de sus mantos, y están tocando uno con otro; entre ambos asoman las cabezas de los otros dos, quedando Miguel Angel en último término.

Causará extrañeza encontrar entre los héroes del Greco a Rafael, que puede ser considerado casi como un antípoda. El gesto de aquella mano (si efectivamente es la de Clovio) puede significar que el macedonio le recordaba a Rafael. Pues de este *piccolo e nuovo Michelangelo* (*Vasari*, XIII, 135) se decía también que reunía al dibujo de aquél el tierno y amable colorido de Rafael; Julio Romano habíale enseñado en Mantua la técnica y la belleza del color, y en el salterio de Pablo III había empleado el estilo grotesco de las logias. Acaso con esta vecindad y parentesco quiso el artista hacer un cumplido a su protector Clovio. Pero ¡a qué tantas suposiciones! El Greco estaba entonces bajo la impresión de su entrada en Roma, en la edad del culto a los héroes, y no es lícito suponerle tan cerrado que no tuviese entonces ojos para apreciar la grandeza de Rafael.

El segundo ejemplar de *La Purificación* adorna la Galería Cook, de Richmond. Es de proporciones mucho más reducidas; en cuanto a la composición, si el recuerdo no me engaña, es igual al que acabamos de describir, si bien el estilo de su pintura, rayano en la miniatura, es muy distinto. En saturación y luz de los colores, hasta casi tocar en lo abigarrado; en el trazo pastoso, como de esmalte, y en el cuidado que de las proporciones revela la ejecución, es ésta una obra única entre todas las de El Greco. Los cuerpos de los hombres relucen como el bronce, los de las mujeres son de una blancura deslumbrante. Se halla además muy bien conservado en su marco de madera antiguo, tallado y dorado. Se le puede considerar como la obra más primorosa y cuidada de El Greco, ya que no sea su obra maestra, pues olvidó en ella su propio carácter. Lleva la firma en griego.

Explícase la índole especial de este cuadro por las relaciones que por aquella época tenía con Clovio y con el Cardena

Farnesio. Es verosímil que por entonces ayudase a aquél en sus miniaturas, y acaso el anciano maestro le sugiriese la idea de ofrecer esta variante como ofrenda, en señal de gracias a su protector el Cardenal. El cuadro en cuestión ha recordado a alguno el conocido boceto de Miguel Angel, que Marcelo Venusti reprodujo primorosamente al óleo, también en estilo miniaturesco. Pero la composición estrictamente central de Miguel Angel, con su agitado remolino en el centro de la rotonda, difiere notablemente, sin embargo, de la creación de El Greco.

Se han descubierto recientemente algunos otros cuadros, que datan de la época de su estancia en Roma. Suponiendo que sean auténticos, nos darían a conocer un período aún más temprano de su labor artística, el período de la gestación, cuando, sometido a las influencias variables de distintos pintores venecianos, aún no se había encontrado a sí propio. Se echa de menos sobre todo en esas obras su temperamento, inconfundible en todas las demás.

EL GRECO EN TOLEDO

De Roma a Toledo.

Desde que abandonó a la *reina de las islas* hasta el punto en que volvemos a anudar nuestro relato, no tuvo el peregrino por qué quejarse de su suerte. Al entrar en el mundo encontró protectores como no los hubiera podido soñar. Maduró su espíritu en el ambiente del hogar tizianesco. Hallaron sus cuadros el aplauso de los grandes. Habitaba ahora a orillas del Tíber, cobijábale el techo del más espléndido palacio de Roma, tenía para pasear a la orilla occidental del río la *villa* de Agustín Chigi, y un poco más allá, al Sur, el Palatino, que Vignola había transformado en la *villa* Farnesio. Los que ya somos viejos, sólo hemos visto en la Ciudad Eterna, la ciudad de los muertos; pero en aquella época debió ser una población animadísima, llamada a nueva vida. Fue aquélla la época de las amplias vías, de las suntuosas fuentes; la época en que Roma adquirió su fisonomía ornamental, de la que solo hemos alcanzado a ver los deformados vestigios, con tal éxito explotados por la moderna barbarie. Edificar era entonces (según expresión del Papa Gregorio XIV) una *carita pública*, con la cual se servía, no sólo al individuo, sino también a la comunidad. Por los cuadros que hemos descrito, se ve cómo entonces la arquitectura pintada con conocimiento de las cosas, era tenida por el más distinguido ornato de la Historia. Domenico pudo

apreciar por sí mismo hasta qué punto gozaban los artistas de la general estimación, pues fue testigo del inaudito cortejo que acompañó al Panteón los restos mortales de Vignola. († 7 Julio 1573.)

Ahora bien; ¿qué impulsó al Greco a marcharse de Roma para buscar lejos de allí una incierta fortuna? Acaso el mismo impulso aventurero que de Creta le llevó a Venecia y de Venecia a Roma. Pero la aventura española, si tal era, debía ser la última de todas sus andanzas. El Greco se iba allá para no volver. Desde la residencia papal, que ahora se elevaba de nuevo dominando al mundo, y en la cual volvía a alzarse sobre el Capitolio la estatua ecuestre en bronce de Marco Aurelio, arribó El Greco a la destronada fortaleza gótica, de la que con la traslación de la corte se había retirado también toda la vida, y los palacios se iban convirtiendo en desmoronadas ruinas. Desde la ciudad cosmopolita, donde, según el dicho de Montaigne, «el extranjero se encontraba en su casa, y apenas existían diferencias de nacionalidades», pasó a la ciudad del dorado Tajo, donde los muchachos lanzaban piedras a los extranjeros, y en ella tuvo encadenado el destino hasta el fin de sus días. No le faltaron allí triunfos, pero tampoco desencantos.

La influencia del lugar y del aislamiento no tardaron en operar en él un cambio. Se hizo completamente otro sér distinto del que su primavera italiana prometía. En vez de un Greco veneciano, del tenor y de la talla de aquellos celebrados artistas, cuyas huellas vemos en los cuadros que pintara hasta entonces, se convirtió en el más extraño artista que registran los anales de la pintura moderna. Como pierden su polvillo las alas de la mariposa, así perdió su paleta el colorido veneciano en el ambiente áspero y seco de aquella montaña castellana. Su genio pobló la ciudad y la provincia de obras sorprendentes, en las cuales, a pesar de un hiperestésico sentimiento de sí mismo, el carácter español de la época de Felipe II quedó reflejado con un sello especial, ora atrayente, ora repulsivo. Como un sueño desvanecióse el recuerdo de lo que antes fue, y

nadie hubiese podido reconocer a este Greco español en las obras tan celebradas de sus años juveniles.

Sobre el motivo que le impulsase a este viaje, sólo se sabe lo que dicen las actas del Cabildo de Toledo: «vino aquí para pintar el altar de Santo Domingo». También pudo haber oído hablar de los copiosos ingresos de la Catedral y del amor al arte que manifestaban sus canónigos. Probable es, sin embargo, que Toledo sólo representase para él una etapa en su marcha hacia la corte de Felipe II. Construíase El Escorial en aquella sazón; el Rey buscaba pintores italianos, habiendo mostrado empeño en atraerse a Pablo Verones. En el año 60, hallándose todavía El Greco al lado del Tiziano, se produjeron allí ante sus ojos, y quizá con su ayuda, aquellos cuadros de El Escorial que llevan por título *La Cena, San Lorenzo, La Magdalena en el jardín*, y *El Adonis*. Puesto que aquel coronado amante de la pintura ponía por encima de todos a su anciano maestro, el joven griego podía pintarle cuadros tan parecidos a los del Tiziano, que inducían a error a quien los contemplaba. Pero el impulso exterior debió producirse del siguiente modo:

Nunca fueron tan intensas las relaciones del clero toledano con la Corte romana como en el decenio de 1566-76. En el año 1559 ocurrió el caso más inaudito que refieren los *Annales eclesiastici de España*: el arzobispo de Toledo, Bartolomé Carranza, el más famoso teólogo español del Concilio tridentino, que había sido la mano derecha de la sanguinaria María Tudor, y al cual llamó el Emperador a Yuste en su lecho de muerte, fue acusado de profesar la herejía luterana, y encarcelado en Torrelaguna por los esbirros de la Inquisición. Era aquélla una mala pasada que le jugaba el gran inquisidor Valdés, que abrigaba la esperanza de ocupar la Sede de Toledo. Después de pasar siete años de prisión preventiva en Valladolid, que su mortal enemigo hubiese querido fuera eterna, una orden del Papa Pío V, apoyada por la amenaza del interdicto, obligó al Rey, que se asustaba ante la idea de ponerse enfrente

del Tribunal de la Fe, a consentir en que Carranza fuese conducido a Roma. El proceso duró aún diez años más. Pío V estaba convencido de la ortodoxia del Primado, pero sus familiares juzgaron más político transigir con el adversario. Entretanto, el Cabildo de Toledo permaneció fiel, para honor de su Iglesia, al Arzobispo, y dos de sus miembros fueron designados para servirle en Roma. Carranza murió a poco de haber firmado una retractación de las proposiciones condenadas, dándosele sepultura en el coro de la iglesia de los Dominicanos de Santa María sopra Minerva.

El Deán de Toledo, Diego de Castilla, fue encargado entonces de cumplir la última voluntad de una distinguida religiosa, y, al mismo tiempo, de velar por la edificación de su iglesia y escoger los cuadros que habían de decorarla. Tan grande fue su interés por esta fundación, que contribuyó a ella con una suma respetable. Aunque no faltasen en Toledo pintores de cuadros religiosos, sus razones tendría el Deán para buscarlos en Italia. Acaso consultase sobre el particular con Clovio, cuyas miniaturas estimaba y adquiría Felipe II, que en 1565 mandó a El Escorial gran copia de ellas; y quizá le recomendase Clovio a su joven paisano.

¡Qué escenario aquél en que Domenico se encontró colocado al mediar el año 70!

Toledo.

Una roca de granito, salpicada por las aguas del verdinoso Tajo, que corre por cauces de ruinas, circuída en tres de sus costados por abruptas murallas de piedra, que se yerguen del lado allá de la corriente; una fortaleza natural que parece destinada a asiento de belicosas dinastías, y a soportar los embates de la lucha de razas; ciudad que desde hace tres siglos tiene ligadas casi todas sus venas vitales, y que sólo se mantiene en la vida por la transfusión de sangre nueva; esa es hoy la

antigua ciudad de los concilios, la capital religiosa de España, el monte Calvario de Castilla, Toledo.

Sobre estas rocas, coronadas en lo alto por una rota guirnalda de muros y puertas arábigas, de iglesias y conventos mudéjares y góticos, consumida por el fuego de un estío agostador, flagelada por cortantes ábregos; sobre esa majestuosa ciudad, que tan admirablemente recorta sus contornos en el aire diáfano, se cierne un encanto de agolpados recuerdos como sobre la ciudad de las siete colinas. Pues esta Roma hispánica tiene también, como la otra, la poesía del abandono y las ruinas, la majestad de la muerte, que ilustran sus monumentos y reliquias acumulados en el curso de más de mil años. La insulsa vida cotidiana del presente no penetra allí con la misma inquietud que en otras partes, reduciéndose a servir de contraste con el pasado, que en las lontananzas del tiempo afecta formas gigantescas, y cuyos símbolos nos acompañan allí por doquiera, empezando por las líneas de aquellos arcos de puentes que se ven abajo, hasta la arrogante mole del Alcázar que allá arriba se eleva; entre los inumerables recuerdos de la belicosa raza que allí campó por sus respetos; de clérigos orgullosos, que allí denominaron y que a todo el mundo civilizado y aun al Nuevo Mundo hicieron tributarios de su *Imperial Toledo*.

La ciudad tuvo a orgullo el haber conservado, durante más de tres siglos en que imperó allí la media luna, su iglesia y su literatura mozárabes; y restaurada la cruz, quiso erigirse en capital del reino cristiano. «Los dueños de Toledo, escribía Navagero en 1526, y sobre todo, de las mujeres, son los clérigos, que habitan casas magníficas y triunfan, dándose la mejor vida del mundo, sin que a nadie se le ocurra censurarlos.» Después de la reconquista de la población (1058), se dieron tal prisa los castellanos a fundar iglesias y conventos, que la ciudad pareció bien pronto (según dice Gamero, cronista de la ciudad), una gran Tebaida. Por esta razón, Alfonso el Sabio (1252-84) juzgó prudente reducir a cinco el número de conventos. Muerto

el gran Cardenal de España, Pedro de Mendoza, que renovó este Edicto, volvieron las cosas al estado antiguo, y desde entonces hasta fines del siglo XVI se sacrificaron en favor de esas fundaciones religiosas cincuenta palacios de reyes, infantes y caballeros, y seiscientas casas de particulares.

Apesar de todo, ha conservado Toledo su intenso carácter árabe, que aun hoy puede reconocerse en el plano de la ciudad. A principio del siglo XVI se conservaba éste, casi intacto. El mismo Navagero encontró en el laberinto de sus estrechas calles, torcidas y pendientes, casas de hidalgos completamente a gusto de los infieles, lisas por fuera, y en el interior con las habitaciones dispuestas alrededor de un patio enlosado de mármol, y las paredes, puertas y techumbre, construídas con arreglo al consabido sistema de los palacios árabes.

Sin embargo, el tiempo en que la vida de El Greco se desarrolla habíase hecho ya muy puntilloso para tales recuerdos. Leemos en la Crónicas que el Gobernador del Arzobispado, durante la prisión de Carranza, D. Sancho Busto de Villegas, mandó borrar las inscripciones arábigas que adornaban los puentes y las puertas de la población, y sustituirlas por otras más devotas. El Arzobispo Quiroga alcanzó del Concilio Provincial de 1580 que prohibiese el uso de la lengua árabe, pues considerábase entonces a la Inquisición como al ángel tutelar de este paraíso, que velaba sobre él con flamígera espada. Y mientras los toledanos, en las Cortes de 1553, rechazaban el plan presentado por el italiano Antonelli para hacer navegable el río, en 1617, reunidos el Ayuntamiento y la Universidad, con todas las corporaciones civiles y religiosas, en la Iglesia de San Juan de los Reyes, juraban solemnemente defender el dogma de la Inmaculada Concepción contra los Dominicos. Cuando Felipe II juzgó llegado el tiempo de mostrarse como un verdadero español, levantó la corte de Valladolid, e hizo en 1559 su entrada en Toledo, prescindiendo por vez primera de su séquito de flamencos, para no llevar consigo más que altos magnates españoles que gozaban tiempo hacía de su confian-

za. Celebró allí el Rey las Cortes de Castilla, en las cuales se prestó juramento al Príncipe y se publicó su matrimonio con Isabel de Valois; y allí convocó el Capítulo de las tres Ordenes caballerescas para preparar la campaña de Orán. En aquella ocasión hubo corrida de toros en la plaza de Zocodover, y en ella tomaron parte quinientos caballeros vestidos a la morisca. Las ventanas del Alcázar, que acababa de ser restaurado en estilo plateresco, refulgieron con el brillo de las antorchas de los bailes cortesanos, en que D. Juan de Austria y Alejandro Farnesio resplandecían como luceros.

Nadie hubiera pensado que éstos fueran los últimos rayos de un sol que se ponía para Toledo. Bien pronto demostróse que los tiempos habían cambiado y que las condiciones de la medioeval población no podían avenirse con las exigencias de la nueva época. El Rey no soportaba ya la altivez de los canónigos. Como para apoderarse de un sujeto llamado Bravo que se había refugiado en la Catedral, hubiese violado el Monarca el *derecho de asilo*, decretó el Clero el *interdicto* sobre la población (1560). El Rey respondió a este reto mandando colgar de una alta horca al condenado. Pero desde que el Monarca trasladó la Corte a Madrid (1561), arrastrando consigo a los diplomáticos y próceres (según Tiépolo, el número de los que le acompañaron a su nueva capital fue de veinticinco mil), la ciudad sufrió tan rudo golpe, que pudo ya augurarse su desaparición inminente. La industria de la seda, fuente hasta entonces de su bienestar, quedó arruinada por efecto de desacertadas leyes. Industrias que poco antes llenaban aún calles enteras (según se hace constar en un memorial de 1617), se extinguieron; las casas situadas en las vías más principales quedaron desiertas; lo que había venido a tierra, no se volvía a edificar más; y los cinco mil vecinos que allí quedaron fueron viviendo con miles privaciones. Tal fue el estado de Toledo durante siglos. Cuando el extranjero vagaba por sus despobladas calles, y de pronto se encontraba en un vasto campo de ruinas, desde donde divisaba montes de ladrillos, podía figurarse que

no estaba lejos el tiempo en que allí había de alzarse la más soberbia catedral de España, como San Apolinar *in Classe* o San Pablo, ante muros, una basílica sin comunidad, una reina del desierto.

Pues una sola cosa había quedado intacta: la iglesia, la sede arzobispal de San Ildefonso, con sus 300.000 ducados de renta. «La iglesia (ha dicho un hijo de la ciudad) ha sido la única causa de que Toledo no haya sido borrada del mapa de España.» Ella impuso su sello a la ciudad. Templos y conventos, unidos como en alianza; dijérase que allí se guardan en depósito los derruídos santuarios de un reino, esperando el tiempo en que la Nación vuelva a ser en ellos bendecida.

Y hay un punto en el que la alta iglesia de Toledo, que en lo antiguo no gustaba de consultar mucho sus cosas ni con el Romano Pontífice, ha mantenido su contacto con el mundo exterior, con la Humanidad. «Toledo (dice en són de elogio el viajero Ponz) ha sido la ciudad donde las artes revivieron; en ninguna otra fueron recompensadas con tanta largueza como en ésta, *Imperial*. En este terreno, aún la circunda hoy una aureola de gloria profana. Desde que en 1227 puso el Rey Fernando la primera piedra de la nueva Catedral, hasta ahora, que entre los campanarios moriscos y los ábsides se eleva la Catedral franco-gótica, esta solitaria, tranquila y soberbia ciudad se ha conservado en comunión con la cultura de Oriente y del Norte por medio de centenares de venas. Al viajero moderno se le presenta como «el sueño de un *anticuario* realizado por la magia de un cuento de hadas.» (Imbert.) Suponiendo que todo cuanto la rodea se fuese a pique en una catástrofe de la cultura (con que parece amenazarnos la moderna barbarie), podríase, sin embargo, reconstituir en compendio lo que fué el arte de siglos pasados en España por los monumentos de Toledo. Mezquitas moriscas, ex-sinagogas y puertas, codéanse allí con la muchedumbre de estatuas de los coros, claustros y retablos góticos; detrás de pórticos ornados de apostólicas figuras afligidas y de pecho encogido, obra de pintores flamen-

cos, ciérnense las incorpóreas sombras de los santos del Ghiotti; paganas orgías en el estilo grotesco del Renacimiento alternan con las figuras de una ternura septentrional de los trípticos flamenco-castellanos; y hasta los conturbados profetas de Buonarroti han encontrado allí hornacinas en que aposentar su inquietud.

El retablo de Santo Domingo.

Doña María de Silva, noble dama portuguesa que a España fué acompañando á la Emperatriz Isabel, a la muerte de su esposo D. Pedro González de Mendoza, Mayordomo de Palacio, resolvió tomar el velo, como lo hizo a los treinta y ocho años de su edad, y a su muerte (ocurrida en 28 de Octubre de 1575) dejó toda su fortuna para que se reedificara la iglesia de su monasterio, que era Santo Domingo de Silos, antigua fundación de Alfonso VI. La iglesia junto a la primitiva parroquia de Santa Leocadia, y el retablo que motivó el viaje de El Greco a Toledo, subsisten aún casi intactos, tal como hace más de tres siglos, y en solo un lustro fueron edificados por Nicolás de Vergara, con ayuda de los mejores artistas de Toledo. La iglesia sólo tiene una nave con un orden de pilastras jónicas; es de elevadas proporciones, muy bien calculadas, y sus formas son las escuetas y lisas de aquel tiempo.

El retablo, cuya escarpada estructura arquitectónica se debe al arquitecto J. B. Monegro, consta de un cuerpo principal dividido en tres partes, y de un anexo central rematado en frontispicio. La gran hornacina cintrada se destinaba a un cuadro de *La Anunciación,* y sobre ésta *La Presentación del Niño;* el frontis curvo encierra una imagen circular de la Verónica; y en pequeñas hornacinas, a los costados, se ven las figuras del Bautista y el Apóstol San Pablo, de San Benito y San Bernardo. Las figuras de San Juan y San Pablo son imponentes, de construcción sólida, de tonos negruzcos y no sin reminiscencias de Miguel Angel. En *La Resurrección* se advier-

ten temas del *Pedro Mártir* del Tiziano y de *La Transfiguración* que hay en San Salvador. Sobre el frontispicio se alzan las estatuas de las tres virtudes teologales, de madera pintada de blanco, y en los extremos del entablamiento central descuellan los Profetas; estos añadidos plásticos recuerdan á Jacopo Sansovino.

«La Asunción.»

El cuadro principal de *La Asunción de María* ha sido sustituído por una copia. El original despertó deseos de poseerlo en el Infante Don Sebastián, en cuya notable Pinacoteca, instalada en Pau, pudo ver el autor de estas líneas, el año 70, esa obra extraordinaria. El fuego del pincel, cargado de color, abocetante; la saturada tinta verde, oro oscuro, ocre amarillo, carmín, índigo, cambiando a veces y traídos a tonos más sombríos por hilillos negruzcos esparcidos por doquiera; aquellas poderosas figuras en amplios ropajes quebrados en duros pliegues por inquietos juegos de luz y de sombra, encantaban los ojos en el lienzo; tan fuera de su sitio allí, y que se hubiera deseado ver en la penumbra de una capilla mayor y entre nubes de incienso. Obra extraordinaria personal. Se adivina que en ella quiso el Griego demostrar a aquellos orgullosos clérigos, caballeros y damas castellanas lo que él era, dando de paso una lección y una advertencia de su insignificancia artística a aquellos pintores toledanos que pintaban cuadros relamidos y fríos, rostros impersonales y actitudes convenidas.

La idea de que se habría de comparar este cuadro suyo con la obra maestra del Tiziano, hizo que El Greco reconcentrara en él todas sus potencias mentales. *La Asunción* de Frari, era un peligroso precedente para quien había salido de la misma escuela. La imitación hubiera sido aquí tan sospechosa como una originalidad rebuscada. Atendido el asunto, era inevitable una semejanza; su dicha consistió en la absoluta diferencia de sus espíritus. El Greco tenía que seguir el camino propio, y

tenía la ocasión para ello. Se podrá pensar lo que se quiera, sentir más simpatías por uno o por otro cuadro; pero *La Asunción* del Maestro no eclipsa la del discípulo.

La diferencia fundamental entre ambas consiste en la concepción de las relaciones internas de los dos grupos que encarnan el atrevido dualismo del cuadro.

En el uno, los Apóstoles son testigos con sus ojos corporales del milagro que se opera; en el otro, el de El Greco, no hacen sino presentirlo ante el enigma del sepulcro vacío. De ahí, en el uno, la violenta mímica de las figuras agitadas por la sorpresa y la alegría, mímica que viene a ser como un himno de gesticulación demostrativa, auténticamente italiana, como una aleluya de Haendel. En vez de la plena luz de la contemplación, escogió El Greco un estado de indecisión crepuscular, en el que la extrañeza y la duda son vencidas por el presentimiento creciente hasta que triunfa la fe consoladora. Este proceso interno se refleja con persuasiva claridad en la mímica de los personajes, presa de honda emoción; y por si fuera menester, nos da la clave de todo aquella figura que, señalando para arriba, se inclina sobre el anciano genuflexo con el libro en que trata de buscar la explicación del suceso.

Pero también la Madonna se ofrece con un oportuno desvío a la contemplación. En el cuadro del Tiziano parece que pisa tierra firme delante de la magnificencia de Dios, que se abre a su vista, abismada en beata adoración. Dijérase que, sin atravesar los sombríos umbrales de la muerte, se ha despertado de un dulce sueño toda transfigurada.

En el cuadro de Toledo, por el contrario, parece hallarse en el último trance de un éxtasis que, como henchida por la propia fuerza de su espíritu, la arrebata a la Tierra del modo como San Pablo se imaginaba su fin (I.ª Tesal. 4, 17). Echada hacia atrás la cabeza, extiende los brazos en una atrevida diagonal, que corta el espacio del cuadro, como si anhelara abrazar el mundo. En el Tiziano, la figura de María se cierne, completamente aislada, sobre el enjambre de angelotes grandes y pe-

queños que a sus pies revuelan, y que simbolizan los espíritus celestes elementales. En el lienzo de El Greco avanza a su encuentro un coro de celestes vírgenes, de formas heroicas casi demasiado profanas y españolas, formando un conjunto de entusiasta bienvenida, y ordenándose por detrás de ella como para servirle de cortejo, pues la elevada figura de María descuella completamente despejada. El artista renunció aquí a trazar el cuadro de la Divinidad aprestándose a recibirla.

De este modo, la parte inferior, tan llena de entusiasmo, forma notable contraste con la turbada asamblea que delibera gravemente allá abajo.

Cristo en el Calvario.

Un cuadro como *La Asunción*, de Santo Domingo, obra de un artista salido hacía diez años de los estudios de Venecia, tenía que causar en Toledo efecto muy distinto del que hubiera producido en Roma. Los pintores toledanos, como Luis Velasco, eran satélites del amaneramiento italiano, y tenían muy mediano talento. El triunfo del Griego fue indudable y le abrió el camino de la Catedral. Este era un honor poco corriente. Un encargo del Cabildo abría a los artistas un porvenir brillante. «La Catedral de Toledo (escribe el embajador veneciano Badoez, en 1565) es más hermosa y rica que otra alguna de la cristiandad.»

El encargo del Cabildo le fue comunicado a El Greco en 1577, y en 15 de Junio de 1579 ya estaba el cuadro concluído. Se le destinó al vestuario del Sagrario, donde, además de los ornamentos de decir misa, se guardaban también reliquias como prendas del guardarropa de la Virgen. Acaso, el asunto del cuadro, fijado con antelación por los canónigos, y que era *El Espolio*, o el despojo de las vestiduras, guardase relación con el destino del lugar en que había de colocarse. Actualmente ocupa el cuadro el lugar principal sobre el altar, en el *gran salón de las vestiduras*, que pertenece al grandioso edificio anejo

que a fines del siglo, y con arreglo a los planos de Quiroga, quedó erigido al Nordeste de la iglesia. Allí se hallan el aposento abovedado (*ochavo*) o relicario, la *Virgen del Sagrario*, la sacristía. En aquel salón están reunidos: *La Traición de Judas*, de Goya; un *Apostolado*, de El Greco, tres buenos cuadros de Orrente, y en el techo el mejor fresco que hay de Lucas Giordano en España: *El milagro de San Ildefonso*.

Para asunto del cuadro se escogió el momento en que los verdugos ponen la mano sobre Jesús delante de la cruz, que descansa en el suelo. Cristo se muestra entre el centurión romano y los sayones, uno de los cuales tiene cogido el borde superior de su túnica. Por detrás, en compacta oleada, la guardia romana y con ella Judas, en un bosque de picas y alabardas. Esta masa vibrante de ruido, de armas y de confusos gritos, no perturba la armonía del conjunto, pues queda apartada de las figuras del primer término, a las que más bien parece servir de comitiva. Para equilibrar la composición, colocó el artista en el ángulo izquierdo, gracias a una libérrima abreviación del espacio, un grupo de santas mujeres: tres figuras de medio cuerpo, que, paradas al pie de la terraza, contemplan con asombro a un sayón, ocupado en barrenar la cruz. Por la nobleza de sus facciones y por el tierno sentimiento de dolor profundo que expresan sus semblantes, dificilmente se encontraría nada igual a estas tres figuras en las pinturas análogas de aquel tiempo. Cristo mismo está colocado como fuera del horizonte sensible. Todo está allí calculado para atraer y fijar sobre él nuestra mirada: su colocación, exactamente en el centro del primer término, de cara al espectador, sin estorbos por ningún lado, hasta el color rojo brillante del manto y de la túnica. Con el rostro y la mirada vueltos hacia arriba, la mano derecha sobre el pecho, la izquierda significativamente extendida hacia la cruz, que yace en el suelo, parece sustraerse a cuanto le rodea, como si estuviese a punto de desvanecerse y desaparecer de la vista de las turbas.

De este cuadro se ha encontrado en Venecia una pequeña

copia de la propia mano de El Greco. Hasta 1874 figuró en la Galería Maupin, pero bajo el nombre de Barocci. En esa copia son de notar algunas variantes. Falta en ella el brazo que sujeta el borde de la túnica; en vez de este detalle, el sayón que hay detrás de Cristo le tiene puesta la mano sobre el hombro; la cabeza (retrato de Longino) denuncia otro modelo, y la cabeza de Cristo es algo más alargada. El dibujo es más cuidado y la ejecución de las manos, por ejemplo, más hábil; en el cuadro de Toledo hay irregularidades notables en el tamaño de las cabezas. Las proporciones son más finas, y todo revela un pincel lleno de premura e inquietud.

¿Cómo pudo esta copia hacer ese viaje a Venecia desde el corazón de España? Aquí se ocurre la cuestión de si no traería el pintor consigo esa composición al venir de Venecia, de igual modo que llevó a Roma la *Curación del ciego de nacimiento*. El cuadro y aun más la copia de Maupin, presentan muchos puntos de contacto con las obras italianas, no despuntando en ellos todavía el estilo que en España empezó a adoptar El Greco. Algunos han creído ver en ciertas cabezas tipos españoles, sobre todo en la del Centurión; en la quijotesca y demacrada cabeza que hay a la derecha, por detrás de Cristo, y que tiende la mano en señal de dar órdenes, y el noble continente de las mujeres, ha recordado a otros los tipos femeninos de Toledo.

Muestra además el cuadro en la composición ciertos rasgos arcaicos, reminiscencias bizantinas, que en los cuadros italianos ya no se advertían. La colocación de frente de las figuras, la simetría con que están dispuestas, aquella oleada de compactas cabezas, cascos y yelmos, que llenan el fondo; la marcha acompasada, a un tiempo violenta y marcial de aquel gentío, son otras tantas reminiscencias hieráticas, que contribuyen a la impresión total. En la Catedral de Monreale se ve una escena idéntica; allí se halla Cristo a la izquierda, sujeto por dos sayones; a la derecha, el centurión con la guardia; en el suelo, un sujeto semiarrodillado, que clava las cuñas que han de afianzar la cruz; *Jesus Christus ductus ad crucis passionem.*

Cualquiera que sea la fuente de donde naciera la idea del cuadro, no hay duda alguna que ésta es la más importante producción de El Greco. En esto concuerdan cuantos vieron el cuadro (1). En aquella época no tenía rival, en cuanto a la habilidad en el trazo, riqueza y brío en los colores, plena percepción de lo característico, intensidad en el movimiento, conmovedores contrastes, encanto del claroscuro surcado de relampagueantes luces, y su carácter personal y profunda comprensión del asunto.

Sería conocer mal a los pintores el extrañar que los artistas autóctonos, movidos de la envidia, hiciesen la guerra a esta obra maestra. Su autor era un extranjero; y, lo que era peor, un griego, de procedencia cismática, cuando no lo fuera él mismo. Ya antes de hacer entrega de la obra manifestóse, en cábalas contra su persona, esta hostil disposición de los ánimos. De pretexto para el litigio sirvieron sus exigencias, excesivas al parecer, y que el representante de la obra de la Catedral no quiso admitir. En 15 de Junio de 1578 comparecen el Canónigo Obrero (más tarde Preceptor de Felipe III y Arzobispo durante seis meses), Don García de Loaisa Xiron, y el artista ante un notario para nombrar sus tasadores, un pintor y un escultor por cada parte. En 2 de Julio de 1577 y en 3 de Marzo de 1578, había cobrado El Greco por junto 150 ducados; ahora, terminado ya el cuadro, el precio que por él pedía y que, por no conocer bien con qué clase de gentes tenía que habérselas, no había convenido de antemano, pareció demasiado caro. Los tasadores, el escultor del Cabildo y maestro mayor de la Catedral, Nicolás de Vergara, y el pintor Luis de Velasco, fallaron que debía pagársele la suma de 2.500 reales (250 ducados), supuesto que prescindían de *algunas impropiedades que*

(1) Palomino dice: «Basta para calificarle, pues hay en él algunas cabezas que parecen del Tiziano.» El italiano Norberto Caimo confirma esto, y va aún más allá, pues dice: «Hà in sè tutta la delicata maniera di Tiziano.» R. Cumberland: «So entirely in the style and manner of Titian, that his reputation would have suffered no injury by its adoption.»

ofuscan la dicha historia y desautorizan al Christo; como tales señalaban: tres o cuatro cabezas que están por encima de la del Salvador: dos yelmos con celadas; y, por último, el grupo de las tres mujeres tan cerca de la cruz, cuando debían estar más alejadas según las palabras del Evangelio: «Miraban desde lejos» (Ev. Marc. XV, 40). Así se las ve en el cuadro de Overbeck.

Los tasadores del artista, el pintor Baltasar Cimbrón y el escultor Pero Martínez de Castañeda, manifestaron que «el cuadro, por su tamaño, arte y asunto, era de los que no tienen precio ni se pueden tasar; pero que, atendiendo a la miseria de los tiempos y *á la estima* en que se tenía entonces tales obras, debería pagarse a su autor por su trabajo, aplicación y desvelos, así como por el tiempo que le había llevado la obra, la cantidad de 900 ducados.»

Como no había avenencia, ambas partes se remitieron al laudo de un juez árbitro (*amigable componedor*, *juez de avenencia* y *transacción*), que lo fué Alejo de Montoja, contraste de metales preciosos, pesas y medidas de Toledo. En 23 de Junio de 1578 pronunció aquél su fallo, empleando expresiones que suenan á mofa: «Teniendo en cuenta que dicho cuadro es de los mejores que yo he visto, y que por sus muchas excelencias debería tasársele tan alto, que pocos serían y quizás no hubiera quien quisiera pagarlo; teniendo también en cuenta el estado de los tiempos y lo que se acostumbra pagar en Castilla por los cuadros de los grandes maestros, deben darse por éste 3.500 reales (350 ducados).» Esta suma se halla respecto a la fijada por los tasadores casi en la proporción de 4 a 3 y 10. Algunos años después le pagó el párroco de Santo Tomás 1.200 ducados por el *Enterramiento del Conde de Orgaz*, pintado más a la ligera. El punto de las impropiedades fue sometido al laudo de los teólogos. El pintor tuvo que conformarse con ceder el cuadro por «aquel precio», y quitar de él lo que debía quitarse.

Quedaba la construcción del artístico marco de madera do-

rada que se puso al lienzo, y se le encargó también de ella en 9 de Julio de 1585. El precio de este trabajo lo fijaron en Febrero de 1587 los peritos—El Greco había designado al célebre escultor Esteban Jordán—en 200.600 maravedís, 138.200 por la obra de talla y 62.400 por el dorado. En total 532 ducados; es decir, que cobró por el marco 182 ducados más que por el cuadro. Estas cifras hablan por sí mismas. Ignorancia y mezquindad teológica, odio al extranjero y envidia se unieron en alianza en este bochornoso mercado (1).

El marco de madera que hiciera el maestro fue sustituído en nuestro siglo, siendo Cardenal D. Luis de Borbón, por otro muy suntuoso de bronce y mármol español de colores.

Felipe II.

Si Domenico, al emprender su viaje a España, lo hizo pensando en Felipe II y en El Escorial, la ocasión aguardada había llegado. Después de varios años invertidos en los trabajos de cimentación, había empezado a levantarse la iglesia con sus cuatro grandes columnas de cúpula. Con tal *furia*, dice un testigo ocular, llevó aquellas obras el Rey, que a los once años de empezadas ya se pudo consagrar el templo. Y con no menor celo se emprendió luego la adquisición de cuadros.

Quién hablara al Rey de El Greco, detalle es que se ignora. Pero ¿cómo hubiera podido escapar a la vigilancia de aquel burocrático monarca, semejante a un Argos de cien ojos, la presencia en Toledo de aquel advenedizo?

Que El Greco tuvo relaciones con la Corte, lo indica un retrato del escultor Pompeo Leoni, en Keir (Escocia), donde se le representa en actitud de modelar una escultura. Por aquella epoca (1571-1578), iba Pompeo mucho a Toledo, donde trabajaba en el sarcófago destinado a encerrar los restos de San

(1) Ellas demuestran—dice Foradada—el incalificable abuso cometido con el insigne pintor, escultor y arquitecto Domenico Theotocópuli.

Eugenio, traídos allí desde San Dionisio. Sobre la mesa se ve un busto en mármol, casi terminado, de Felipe II, que contempla el artista algo echado hacia atrás, como juzgando del parecido. Tiene en la mano un largo cincel de acero, que apoya sobre una varilla de madera, afianzada a modo de palanca, y se apresta a marcar bien la línea divisoria entre el cuello y la gorguera.

En El Escorial hay todavía un notable cuadro, que probablemente le sería encargado por el Rey, a título de muestra, como por la misma época y en el mismo concepto encargó al Mudo *El bautizo de Cristo*. El asunto lo constituye *La adoración del nombre de Jesús por el Universo*, según San Pablo (Carta a los Filipenses II, 10). Lleva ese cuadro los nombres de *La Gloria de El Greco*, *El Purgatorio* y también *El sueño de Felipe* (5′ 1″ 2‴ × 4′). En otro tiempo, estuvo en la *celda del Prior*, y tenía por marco una guirnalda de flores, obra de Mario dei Fiori. «Tú me cuentas mi sueño», Τὸ ἐμὸν ἐμοὶ λέγεις ὄναρ, hubiera podido exclamar Felipe II con Platón, a vista de aquel cuadro. Como uno que leyera en el pensamiento, así había penetrado el artista en su interior, donde todos estos sueños se agitaban con los terrores de la realidad.

Una dilatada estepa, limitada por abruptas sierras, y arriba en lo alto, entre nubes, en caracteres de un oro verdoso, el monograma de Jesús, cercado de una guirnalda de ángeles genuflexos. Desde el fondo de la estepa avanza hasta el primer término del cuadro una compacta procesión de *peregrinos de la Ciudad Eterna*. En el primer término, de rodillas sobre una alcatifa turca y cojines bordados de oro, vemos un círculo de elegidos de la Iglesia militante, entre los que sobresale la sombría silueta del Rey, con negra capa corta, guantes negros y gorguera blanca. Junto a él, visto de espaldas, el Emperador; enfrente, San Lorenzo; más allá, San Mauricio, un Cardenal... En angustiosa cercanía, a la derecha, espumea una corriente de fuego, de la que saca su cabeza el gran dragón, cuyas fauces infernales engullen legiones de pecadores. Por detrás elévase

sobre este Aqueronte un puente del diablo, por el que marcha también un cortejo de romeros, de los que algunos pierden el equilibrio.

En pocas obras habrá tal derroche de fantasía unida a igual maestría en el dibujo y en el colorido. Callot mismo no ha lodido dar a sus figurillas tanta vida en pocas pinceladas.

El San Mauricio de El Escorial.

El cuadro que hemos descrito mereció la aprobación del Rey, y el anhelado encargo para la iglesia de El Escorial no se hizo esperar mucho. El Greco fue encargado de pintar el cuadro destinado al altar de San Mauricio, capitán de la legión tebana.

Entonces ya pudo decir: Hic Rhodus, hic salta. El porvenir parecía estar en su mano. Pero este San Mauricio no tenía buena estrella. A consecuencia del proceso con el Cabildo, se hallaba el artista en un apuro de dinero. En la primavera de 1580 tuvo el Rey aviso de que el artista había suspendido su trabajo por no tener colores ni dinero para comprarlos. Entonces, el Monarca dió la orden para que se le diesen colores finos, sobre todo, ultramarinos.

Al fin estuvo listo el cuadro, y si la intención de El Greco fue asombrar a las gentes, puede decirse que lo consiguió.

Se esperaba de él una escena en que hubiese ruido de armaduras, y en que el capitán romano apareciese con su séquito negándose a adorar los dioses ante el sombrío Emperador Maximiano o exhortando a perseverar en la fe a la turba de cristianos condenados a muerte. Algo por el estilo de *El Expolio*, de Toledo, que había dado pie precisamente para que se le encargara la representación pictórica de esta leyenda.

¿Y qué es lo que había puesto en aquel cuadro? Sólo con trabajo podía adivinarse lo que quería decir el grupo del primer término. Vénse allí reunidos seis hombres de elevada estatura que, con gestos misteriosos y melancólica gravedad, pa-

recen dilucidar un difícil problema, mientras otros personajes detrás de ellos aguardan, todo oídos, el resultado de sus meditaciones. Los personajes son retratos fieles de caballeros toledanos de alcurnia intachable. Si se les colocara de busto alrededor de una mesa redonda con tapete rojo, tendríamos un Consejo de Estado en el palacio de Madrid, que edificaría al historiador. El anciano oficial de la derecha lleva un arnés moderno de planchas y blanca gorguera, y por detrás del grupo asoman alabardas. Pero con aquellas piernas desnudas y aquellos pies descalzos, no hubieran podido presentarse en el Consejo de S. M.; ese traje pseudo-romano, aquella ropilla de armas corta sin nada más, resulta, pues, una mascarada. A no ser que se trate del Estado Mayor en trance de vadear un río.

La clave de todo la dan las escenas del fondo. Aquello es el sacrificio de la Legión Tebana, y sobre ella llama la atención el personaje de la izquierda al oficial que hay en el centro. Esta noble cabeza, llena de profunda melancolía, es la de San Mauricio. Un paje sostiene su yelmo. A las artes oratorias del militar que le habla opone él firme y tranquilo, con un ademán que dice mucho, su deber de cristiano. Por encima de su frente se vislumbra la *sorpresa celeste* que le aguarda; encantadoras figuras de castellanas de rizadas cabelleras negras y ojos melancólicos, que tocan instrumentos de música. Pero lo que más sorprendía en este cuadro era la pintura. ¡Qué se había hecho de aquel griego venecianizado del Palacio Farnesio! En vez de sonoras armonías, advertíanse allí los más crudos contrastes de color, azul marino y amarillo de azufre. En vez de una luz suave emergiendo de una matizada penumbra, ásperas lumbraradas y relámpagos; en vez del cálido y uniforme encarnado, un gris desvaído con semitonos violeta y luces verdosas, surcado todo ello por reflejos amarillos y rojos. Añádase a esto los tristes semblantes y la solemne apostura de aquellos raros personajes que parecen cernerse en el vacío. El artista trabajó aquí como el Tintoretto, con suje-

ción a pequeños modelos de barro pintado, que tenía a la vista mientras trabajaba.

Los españoles se quebraron la cabeza discurriendo sobre esta inaudita música del porvenir; creyeron que su orgullo de artista se había resentido con lo que le dijeron a título del más alto elogio: que pintaba como el Tiziano. Por si era así, había logrado desprenderse de todo parecido con él. En El Escorial se podían hacer comparaciones. Pero aquí no era ésta la política justa.

«El cuadro—escribe Sigüenza—no satisfizo a S. M. Y esto no debe extrañarnos, pues satisfizo a pocos, aunque se decía que había en él mucho arte, y que su autor sabía mucho y podían esperarse de él obras eminentes.» El artista sufrió entonces el desaire más amargo que experimentara en su vida; se le pagaron los honorarios convenidos; pero la obra fue juzgada indigna de decorar el altar de San Mauricio. En sustitución de ella, se le mandó pintar otro cuadro al florentino Rómulo Cincinnati, discípulo de Salviati; y en su obra, bastante floja por cierto, se hallan reminiscencias del desdeñado Greco. El 17 de Agosto de 1584 entregó el Rey al Prior el cuadro de que hablamos. Más tarde figuró en la antigua iglesia. La cédula, con la firma en caracteres griegos, sale de la boca de una sierpe. Tamaño, $15' 11'' 7''' \times 10' 10'' 5'''$.

*
* *

He aquí descritos cuáles fueron los comienzos de aquel hombre que de Oriente emigró a España; los comienzos de estos cuarenta años que residió en Toledo, desde donde enviaba a las iglesias y capillas de Castilla la Vieja las creaciones de sus sueños, cuyos bocetos guardaba reunidos en una sala de su casa.

La impresión que su presencia hizo fue compleja, y a ella correspondió el recibimiento que le dispensaron.

A decir verdad, sus probabilidades de triunfo no podían

ser mayores. Un indudable genio, dotado de facultades casi ilimitadas, criado entre obras maestras en Venecia, familiar luego de la Corte Papal de los Farnesio en Roma, llegaba a un país donde se deseaba tener lo mejor y más grande, y donde entonces sólo daba señales de vida una caduca escuela doctrinaria, un arte frío, importado, que ni siquiera se avenía con el carácter nacional. Una pupila perspicaz para sorprender todo lo vivo y característico; un innato sentido de la luz y el color; un poder casi inagotable de imaginación, parecían predestinarle para ser el precursor llamado a traer desde luego lo que allí no había de producirse hasta más tarde. Pero la transición era demasiado osada. Para aquellos hombres aquel paso audaz venía a significar un afán de lo extraordinario, que, con irreverencias de toda clase, hería todo lo que hasta entonces había tenído por dignidad, belleza y gracia, aquella nación, la más formalista de todas. Y no era él hombre de previsión. Su estrella tuvo a bien guiarle a una ciudad en la que estaba a punto de desvanecerse y momificarse la vida.

Lo que hubiera debido suceder allí se vió luego medio siglo más tarde, en una ciudad abierta a la vida. En Sevilla se encontró el camino, único viable para los españoles, por medio del naturalismo, el camino del espíritu a través de la desespiritualización.

Pero estaba escrito que había de apurar el cáliz del desencanto hasta las heces. Su primer peripecia fue aquel desagradable proceso con el Cabildo. Quedó excluído luego de El Escorial, que era el mayor palenque abierto en España a los pintores. El Rey, que admiraba a su maestro, y que de buena gana hubiese traído toda la pléyade de venecianos, le volvió las espaldas. Llegó hasta padecer apuros materiales.

Tantos reveses debieron influir en su carácter. Sin embargo, a un alma de su temple podían amargarla los sinsabores, pero no despeñarla en la locura. Un alma así sólo podía respirar desdén y despecho. Desdén que se manifestaba en la afirmación de aquello que provocaba repulsas y en el abandono

de cuanto hallaba aplauso. Un ingenioso teólogo ha dicho que todo hombre fluctúa entre su retrato y su caricatura. El Greco empeñóse con todas sus fuerzas en sacar a luz esta caricatura. Así, para sustituír al cálido colorido veneciano, ideó su gamma cruda y fría (lo contrario); a la riqueza cromática de aquélla opuso la negación de su pintura con el blanco y el negro; a la ejecución acabada, su áspero estilo abocetado, y a la dignidad y gracia, los balbuceos y delirios de la locura.

Pero la generación siguiente le vió con otros ojos. Velázquez, en su *Asunción*—único caso en su historia,—no hizo sino reproducir en su lenguaje una creación de El Greco. Y un poeta de aquel tiempo, al contemplar en Toledo su sepulcro de pórfido, en vez de evocar un aquelarre, reconoció tener delante el cuadro de un genio, «que dió vida al lienzo y alma a la madera, y a cuyo mágico pincel habían prestado: Iris los colores, Febo la luz y Morfeo las sombras del Hades» (*Góngora*).

CARLOS JUSTI

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Bellas Artes: Los jardines de la inteligencia.=Filosofía: El karma y el Nirvana.=Ocultismo: Hipnosis y fantasmas.=Impresiones y notas: Las casas hechizadas.—Los perros de Enrique III.—Relaciones entre Francia y Castilla.

BELLAS ARTES

Los jardines de la inteligencia.—Si de toda la historia de Grecia, de todas sus artes, de toda su literatura, no quedaran más que las ruinas del Partenón, bastarían ellas solas para atestiguar que en la colina de la Acrópolis reinó la razón, para revelar que hubo allí un pueblo que supo concebir y realizar la belleza. Si sucediera lo mismo con las artes, la historia y la literatura de Francia, bastarían los jardines de Versalles, como dice en *La Revue Hebdomadaire* Luciano Corpechot, para demostrar la esencia y las cualidades del espíritu francés.

Los jardineros franceses, como los arquitectos atenienses, proyectaron sobre la Naturaleza la forma de su espíritu: el arte de los jardines, como lo entendió y lo practicó Le Nôtre, es propiedad de Francia; no hay ejemplo de semejante concepción hortícola en la historia de nuestra civilización. Los jardineros de otros tiempos sólo se cuidaban de encantar la vista, copiando las gracias y caprichos de la Naturaleza. Le Nôtre se ha cuidado de introducir en la exuberancia de los follajes, y en desordenada efloreseencia del mundo vegetal, un orden

en que nuestro espíritu se complace en descansar. Sus jardines no son sólo una alegría para la vista y una emoción para el corazón, sino una satisfacción para el espíritu: son naturaleza inteligible, como las tragedias de Corneille o de Racine son vida inteligible, son los *jardines de la inteligencia.*

Bacon decía: «Dios omnipotente, plantó ante todo un jardín, y en verdad que es el más antiguo y el más puro de los recreos humanos.» Antes, como hoy, el Oriente vivía entre sus jardines. Pero los paraísos a orillas del Éufrates, los parques de Siria o de la India, parajes encantados que tan magníficamente exaltaron el corazón de los poetas, eran sólo trozos de Naturaleza encerrados entre muros o empalizadas. El asiático no hacía frecuentemente sino cerrar el sitio que más le gustaba, respetando en él el capricho de la Naturaleza; se contentaba con levantar pabellones, trazar caminos, arreglar terrazas, analizar las aguas, aclimatar flores preferidas y cultivar frutales o árboles olorosos. Los jardines de Antioquía, los más renombrados de todos, pueden darnos una idea de ese género de parques: «Antioquía—escribe Renán—tenía dentro de sus murallas montañas de 700 pies de altura, rocas a pico, torrentes, precipicios, barrancos profundos, grutas inaccesibles, y en medio de todo eso jardines deliciosos. Espesos macizos de mirtos, de boj, de laureles, de plantas siempre verdes, rocas tapizadas de claveles, de jacintos, de ciclamores, daban a aquellas alturas salvajes el aspecto de parterres colgados. La variedad de las flores, la frescura del césped, compuesto de multitud infinita de pequeñas gramíneas: la belleza de los plátanos que bordean el Orontes, inspiran la alegría, algo del suave perfume con que se inspiraron los genios de Juan Crisóstomo, Libanio y Juliano.

Esta pintura muestra que aquellos jardines lo tenían todo de la Naturaleza; capaces de derramar en el alma del visitante una embriaguez voluptuosa, le prodigaban los placeres que tienen su asiento en la sensibilidad. Ciertamente que monarcas poderosos, sátrapas opulentos y ansiosos de hallar en el

centro de sus capitales o en medio de cualquier provincia desolada la misma abundancia que en las regiones más ricas, supieron crear campiñas encantadas, haciendo correr ríos, caer cascadas, crecer naranjales, florecer rosas en medio de arenales, entre las rocas más áridas; pero aquellos jardines siguieron siendo en su gigantesco esfuerzo los esclavos de la Naturaleza, y todos sus cuidados consistían en copiarla. Los jardines suspendidos de Babilonia, una de las maravillas del mundo, eran una serie de terrazas escalonadas en un espacio de 120 metros de lado; cada terraza llevaba un bosque indescriptible de plantas, escogidas por su belleza en todos los países conocidos; pero en aquellos jardines, como en los campos de la Persia actual, en que millones de rosas se deshojan para acalenturar todos los sentidos en un delirio dionisíaco, nada hay para el espíritu, nada para las divinidades superiores.

Los griegos, si se hubieran hallado en presencia de paisajes más abundantes y de líneas menos puras, si sus tierras hubieran producido más lujuriosa vegetación, habrían sin duda pensado en imponer a la Naturaleza las leyes de su inteligencia; pero como los dioses se habían cuidado de satisfacer sus nobles aspiraciones, llevaron su genio hacia la arquitectura y la estatuaria, y se contentaron con cultivar hortalizas y árboles frutales, como hacen en Homero, Alcinos y Laertes, o en plantar plátanos en quincuncios o calles de brezos y de higueras, como las del Liceo y la Academia. Más tarde, en Bizancio, los jardineros griegos intentaron introducir perspectivas rectilíneas y arreglar geométricamente la Naturaleza; pero Asia estaba demasiado cerca para que no se bastardease la concepción del cerebro griego.

De modo que en la antigüedad, únicamente Egipto parece haber concebido el plan de un jardín que no sea copia de la Naturaleza. Champollion dice que los jardines egipcios estaban todos plantados a orillas del Nilo o de sus canales: eran cuadrados y cerrados con empalizadas. Una doble fila de palmeras y de árboles de forma piramidal daba sombra a una

vasta calle, y el medio del cuadro estaba ocupado por un cenador rodeado de cuatro estanques. Los egipcios sabían que eliminar constituye el primer principio del arte; pero este tipo hierático de jardín está tan lejos del parque de Le Nôtre como la estatuaria egipcia de la de Fidias.

Los primeros romanos fueron labradores; amaban la tierra, pero no la pedían sino que les enriqueciese; los jardines de recreo les eran completamente desconocidos. Después, cuando el mundo entero fue su tributario, los romanos tuvieron *villas*, cuyas notas se extendían sobre perspectivas incomparables; pero el pueblo más reglamentista del orbe no se cuidó tampoco de ordenar la belleza de sus campos. En sus parques los romanos tenían viveros tan grandes como lagos, pajareras inmensas, jardines zoológicos con bestias de todas clases; pero su modelo estaba en Oriente, y tampoco supieron concebir más jardines que los de la sensibilidad.

Hay que venir a nuestra Edad Media, para hallar un concepto nuevo que sirve de guía al arte de la jardinería. Desde el siglo xv las vitelas iluminadas, la pintura, el grabado y la tapicería nos suministran representaciones abundantes y detalladas de los jardines en que se complacían los contemporáneos. Apenas poseemos imágenes más antiguas; pero las cuentas o la literatura permiten formarnos una idea de los jardines franceses en el siglo xiii y en el xiv, y apuntar el nacimiento de una tradición hortícola nueva. Camilo Eubart, en su *Manual de la Arqueología francesa*, ha dado descripciones muy precisas del jardín que se extendía generalmente ante las grandes residencias de la Edad Media. Entonces gustaban las pelusas de césped cuidadosamente niveladas por el rodillo; esas pelusas y las platabandas de flores describían rectángulos y círculos o ruedas; pero dominaba la forma rectangular, y combinado todo con las calles de arena, el conjunto revestía una simetría absoluta. Los macizos solían estar bordeados de boj, y las calles y, a veces, los canales y los estanques estaban rodeados de barreras de boj o de enrejados, que, a la vez que ser-

vían para ver las flores, protegían las plantas contra los animales que poblaban los parques. En torno de los jardines cuadrados, una amplia calle cubierta, en que las viñas se mezclaban con los rosales, formaban una galería de verdor; en los ángulos o en el centro de cada lado había un pabellón enrejado, y en el centro solía construirse una fuente, circundada de una alfombra de flores. Gustaba también dar formas náuticas a ciertos árboles aislados, tallados en bola, en pirámides o en bandejas superpuestas. El jardín tenía frecuentemente una parte de arquitectura fija, un muro de cierre, una fuente y bancos de mármol o de piedra.

El carácter dominante de este nuevo concepto del jardín es la simetría. El hecho de disciplinar la Naturaleza es una novedad en la Historia. Los jardineros de los siglos XIII y XIV echaron a perder sus obras con lindezas; complicaron sus dibujos, y jugando con las líneas de las calles las embarullaron en laberintos; se complacieron en detalles minúsculos o en realizar monstruosidades hortícolas como las que inventan hoy los japoneses; así, por ejemplo, en el tronco de un roble se introducían por incisión las semillas de la viña y del cerezo, y se obtenía un árbol castaño, de cuyo tronco nacían las más divinas ramas.

La influencia italiana en la época del Renacimiento, exagerando todo lo que era amaneramiento en la Edad Media, estuvo a punto de arrastrar a los jardineros franceses lejos de la naciente tradición. Los italianos no disciplinan la Naturaleza, sino que exageran sus caprichos y fantasías refinándolos. Los árboles están recostados en figuras de animales, los bojs escriben divisas; detrás de las construcciones vegetales hay escondidos juegos de agua para lanzarse de súbito bajo los pies de los paseantes sorprendidos. Las estatuas se animan y tocan la flauta o algún otro instrumento, movidas por ingeniosas máquinas hidráulicas. El genio de la raza triunfó; el gusto francés, por la claridad y el orden, acertó a librarse de aquellos ornatos a la italiana.

Le Nôtre cristalizó, en las formas grandiosas y definitivas del parque de Versalles, el concepto *de los jardines de la inteligencia*. Le Nôtre llevó a la perfección el concepto popular de la jardinería francesa, como La Fontaine se inspiró en los cuentos y tradiciones de Francia, para darles la forma definitiva que las eterniza. Desde las terrazas de Versalles contemplamos un espectáculo verdaderamente nuevo: todas las gracias que habían hecho el encanto de los jardines; la multitud de las flores, el maridaje de sus olores y de sus perfumes; la variedad de las diversas esencias de árboles; su conmovedora delicadeza bajo el cielo del crepúsculo o en la frescura de las alboradas, todas esas voluptuosidades pasan a segundo término, se borran, se anegan en un conjunto de masas severas o de líneas sobrias, que imponen por su majestad, que hablan a la inteligencia, tonificando, exaltando, por encima de toda sensibilidad. La tierra, las aguas, los árboles, que no eran naturalmente para el hombre sino fuentes de emoción rápida y cambiante, nos prodigan en ese paisaje en que todo está lleno de espíritu, placeres de orden diferente; no son ya sólo los sentidos, sino el cerebro el que se encuentra satisfecho.

Le Nôtre concibe los placeres humanos al modo de los clásicos: para agradar a hombres dignos de serlo, para componerles una decoración digna del personaje que ha sabido esclavizar la Naturaleza, le ofrece paisajes en que su espíritu se satisface y se reposa. Su primer cuidado en presencia de la Naturaleza es el iniciar todos los detalles que la hacen incomprensible, dejando subsistir únicamente las líneas y los planos que la mirada puede seguir y el espíritu abarcar. Tiene agua y cielo; todos los elementos del paisaje se reducen a esas tres unidades. Cuando se sale del palacio por el vestíbulo del patio de mármol, y se detiene uno en lo alto de la terraza, se ve todo aquel paisaje relacionado con un eje de modo tan sencillo que, cerrados los ojos, la memoria reconstituye inmediatamente la magnífica decoración. Ningún arquitecto griego ha concebido proporciones más felices.

FILOSOFIA

El Karma y el Nirvana.—Son dos conceptos fundamentales del budhismo, según afirma Pablo Karus. Los filósofos brahmínicos identificaban el alma con el Adman, el Sí, el Ego; el Adman era concebido como entidad metafísica dentro de las sensaciones, pensamientos y demás actividades del hombre. Ahora, cuando los budhistas quieren indicar lo que nosotros llamamos alma, hablan de la mente, substituyendo a la concepción dualística una teoría monística; por donde se ve claro que el budhismo no niega la existencia del alma, y por esto se entienden las ideas, aspiraciones y actividades mentales del hombre.

El sér físico y espiritual del hombre consta de samskara; esto es, de ciertas formas y facultades formadoras, que por la ley del Karma condicionan la continuidad de su existencia en las turbinas de las continuas mudanzas. Los samskara, según Dudelberg, pueden traducirse por acciones, si en esta palabra se comprendiesen al mismo tiempo las acciones íntimas, la voluntad y el deseo. Budha constituyó la noción del alma revoloteadora en busca de nueva morada en otro cuerpo por la de un traslado de samskara, según la ley del Karma. Budha reconoce como irrefragable la ley del Karma, y en ella funde la justicia infalible de la ley moral: «De lejos siguen nuestras acciones, y lo que fuimos hace lo que somos.»

En este punto, Karus afirma, con sorpresa, que no comprendemos del crítico de *Bilychnis*, que los más grandes representantes de la ortodoxia cristiana, como San Pablo, Santo Tomás de Aquino y San Ignacio de Loyola, mostraron fuertes tendencias hacia la teoría del abandono del Sí. Los cristianos, dice Karus, se sorprenden del nihilismo budhístico, cuyas aspiraciones consisten en desarraigar la propia alma, esto es, el Adman o el Sí; pero no le choca que diga San Pablo: «Yo no vivo ya, sino que Cristo vive en mí.»

En cuanto al Nirvana, Karus dice que es una cuestión di-

fícil. Confrontados gran número de pasajes en que figura la palabra Nirvana, no se encuentra ni uno solo en que tenga el significado de aniquilación. Se ha propuesto la idea de que habría diversas especies de Nirvana, pero se ha rechazado por errónea.

El profesor Rhys Davids dice que el Nirvana es la extinción de la pecaminosa y grosera condición de la mente y del corazón, que, según la ley del Karma, es causa de la renovación de la existencia individual. Si se quisiera traducir la palabra Nirvana, no se podría hacer, según Karus, sino adoptando el término santidad. También son sinónimos de la palabra Nirvana: lo Imperecedero, lo Infinito, lo Eterno, lo Supremo, lo Amorfo, lo Pacío, la Cesación, el Reposo, la Verdad, etc. La expresión más negativa es el término Pacío. Los cristianos se aferran a la idea de que en el cielo la personalidad humana es conservada como entidad separada y distinta; con la resurrección se aspira a una conservación del Ego, no de la mente; pero Budha niega la existencia de todo substrato-alma o entidad-Ego. El Nirvana no es la aniquilación del pensamiento; es un complemento y su perfección.

OCULTISMO

Hipnosis y fantasmas.—Existen escépticos, dice en la *Revue Hebdomadaire* Jorge de Dubor, que se niegan a creer en la realidad de los fenómenos hipnóticos sin haberlos estudiado nunca; pero entre sus negaciones y las afirmaciones positivas de sabios como William Crookes, el reputado físico inglés; el profesor Carlos Richet, de la Academia de Medicina; el coronel de Rochas, antiguo administrador de la Escuela Politécnica; el gran astrónomo Flammarión; César Lombroso; los doctores Charcot, Babinski, Bernheim, Lys; el profesor Durville y otros, no hay duda posible, y toda persona de juicio independiente y recto se alistará bajo la bandera de los últimos.

¿Qué es, ante todo, la hipnosis? El estado provocado en un sér humano por el sueño artificial. Es procedimiento practicado siglos antes de la era cristiana en Caldea, en la India y en Egipto; pero el hipnotismo estudiado científica y médicamente, data del Dr. Charcot. La escuela de la Salpetrière contaba tres grados en la hipnosis: el estado cataléptico, el estado sonambúlico y el estado letárgico. Hoy esta doctrina está desechada por inexacta. Antes de llegar al estado cataléptico hay un estado primordial, caracterizado por un sueño tranquilo más o menos profundo, y que se acerca mucho al sueño natural; los párpados están cerrados, y el sujeto acepta generalmente las sugestiones que se le imponen.

Para adormecer un sujeto, el método más sencillo y mejor consiste en mirarle fijamente en la raíz de la nariz, mientras sus ojos están fijos en los vuestros; después de un tiempo, que puede durar de cinco a veinticinco minutos, la primera vez el sujeto cierra los ojos y se duerme; se halla en el primer estado de hipnosis. La mayoría de las mujeres caen fácilmente en el sueño hipnótico; de los hombres, apenas hay la mitad; pero con una larga práctica, y, sobre todo, con larga paciencia, se llega a hipnotizar a la inmensa mayoría de los hombres y de las mujeres. Este primer estado constituye un poderoso factor terapéutico. Dubor refiere que un joven de diez y siete años, que le tocaba de muy cerca, tenía un absceso en una muela, que le hacía sufrir cruelmente, impidiéndole comer y dormir. Muy nervioso y muy impresionable, se negaba a dejarse sacar la muela, y como su médico no quería cloroformizarle, Dubor tuvo la idea de llevarle al Dr. Bérillon, especialista muy conocido por su práctica hipnótica.

Puesto al corriente del caso Bérillon, adormeció al joven, y le dijo durante el sueño hipnótico: «Irá usted mañana por la mañana a casa de su dentista; se sentará usted tranquilamente en el sillón de operaciones, y verá usted qué bueno es el hacerse sacar la muela; no sólo no sufrirá usted, sino que le parecerá a usted eso delicioso.»

Se despertó el joven, que no se acordó de nada; pero que al día siguiente por la mañana aceptó sin dificultad el ir a casa del dentista. Este cogió su instrumento mientras el paciente estaba en el sillón como en el limbo, le hizo abrir la boca y le arrancó de un tirón una enorme muela, completamente caríada, que mostró triunfante al joven; el paciente le miró con estupor, se llevó la mano a la boca, y convencido de la cosa, exclamó: «¡Pero si no he sentido nada, si me parece haber percibido una sensación agradable! ¿cómo es eso?» «No lo sé, respondió el dentista; pero lo que puedo asegurarle es que ahí está la muela.«

El doctor Foire, discípulo de Charcot, ha escrito: «El médico psiquiatra encuentra en el hipnotismo un agente terapéutico de primer orden para el tratamiento de todas las enfermedades nerviosas; el sueño provocado presta minuciosos servicios en los casos de nervosismo, neurastenia, excesos del sistema nervioso y fatiga cerebral.» Y como no hay función del organismo que no esté relacionada con el sistema nervioso, la sugestión hipnótica ejerce su influencia en todas las funciones orgánicas. «Y, en efecto, sigue Foire, comprobamos diariamente que las secreciones glandulares, las enfermedades inflamatorias, hasta las inflamaciones agudas; las diátesis como el artritismo, las enfermedades febriles y hasta las afecciones cutáneas, sufren por la sugestión influencia indudable y salutífera.

Al lado de las curaciones maravillosas, obtenidas por la sugestión hipnótica en enfermedades del corazón, del estómago y otras, el hipnotismo es de gran aplicación en pedagogía, sobre todo en niños prematuramente viciosos o perezosos. Dubor ha ido a la clínica de Bérillon, y ha visto en ella una mañana catorce personas adormecidas, especialmente varios niños, viciosos, precoces, que el Dr. Bérillon atraía poco a poco a las sanas nociones de la existencia, devolviéndoles la salud física y la moral.

Sabido es, por otra parte, que el alcoholismo se cura per-

fectamente por la sugestión hipnótica, lo mismo que el mareo. Esos son hechos precisos, patentes e indiscutibles.

Cuando un sujeto está dormido se puede obtener un sueño más profundo por medio de frases magnéticas. Todos tenemos en nuestras manos, más o menos, un fluido que se desprende y obra sobre un sujeto sensitivo. Por medio de frases prolongadas se puede llegar a sumergir al sujeto en lo que se llama estados profundos de la hipnosis, obteniendo de él resultados maravillosos; pero hasta con los estados superficiales se obtienen fenómenos interesantes.

«La primera vez que dormí yo a una enferma, dice Dubor, fue en las circunstancias siguientes: La mujer de un oficial de Administración de la Intendencia militar me vino a buscar un día muy emocionada, y me dijo:—Han robado un billete de 500 francos en el despacho de mi marido.—¡Ah!, dije. ¿Sospecháis de alguien? ¿Habéis hecho alguna investigación?—Ninguna todavía, y no sé a quién acusar. Tengo dos criadas, sin contar el ordenanza; otros soldados vienen al despacho de mi marido. No puedo acusar a nadie sin pruebas; pero se me ha ocurrido una idea. Si usted me adormeciese, ¿no podría yo acaso conocer al culpable? ¿Qué le parece a usted? — No sé; vamos a ensayar, si usted quiere. — Quiero. Adormecí bastante fácilmente a la joven, y cuando estuvo en el sueño hipnótico la dije:—¿La han robado a usted un billete de 500 francos?—Sí, me respondió a media voz.—Bueno; pues es preciso que usted encuentre ese billete de Banco. Usted sabe dónde estaba, usted lo va a buscar. ¿No sería alguna de las criadas? Mire usted bien a ver si lo encuentra por alguna parte.—Me callé. La frente de la joven se frunció como cuando se tiene una preocupación. De pronto exclamó:—Lo veo, sí, lo veo. Está en el baúl de mi camarera, en medio de unos pliegos de papel de cartas. ¡Oh! Lo veo muy bien.—Después de algunos otros informes que me dió, desperté al sujeto. Le conté cuanto acababa de decirme; volvió a su casa, envió a un recado a su camarera, subió a su cuarto, abrió su baúl, y

en medio de unos papeles encontró el billete de quinientos francos.»

Entre los muchos casos semejantes que podrían citarse, Dubor recoge otro, que, por haber tenido que intervenir en él la autoridad judicial, tiene también indiscutible autenticidad. Se trata de un viejo ciego, llamado Miguel, que vivía en Odessa de limosna, sentado a la orilla del camino, cerca de un tajo de leña. Una noche encontró a una niña de diez años, abandonada; la adoptó y siguió viviendo de limosna, corriendo de casa en casa. Vivían así hacía cinco años, y parecían felices, cuando, habiendo sido cometido un robo en una casa donde habían penetrado, se sospechó de la joven, que fue presa y encarcelada. Pero, cosa extraña, al día siguiente, el viejo había desaparecido, y no se le volvió a ver. Aquella desaparición misteriosa pareció agravar el caso de Powleska; el juez la hizo comparecer y la interrogó:—«Usted debe saber donde está Miguel, la dijo bruscamente.—Ha muerto, respondió ella, deshaciéndose en lágrimas.—El magistrado quedó muy sorprendido con esta respuesta, pues Powleska estaba incomunicada desde hacía varios días.—¿Cómo sabe usted que ha muerto le preguntó el juez?—Lo he visto matar.—Pero, si no ha salido usted de la cárcel.—Lo he visto, sin embargo.—No es posible, explíquese usted.—No sé, lo que puedo decir es que lo he visto matar.—¿Cuándo y cómo?—La noche misma en que he sido detenida. Le han matado con un cuchillo.—¿Quién lo ha matado?—Una mujer. Después de mi arresto, Miguel marchaba lentamente para volver a su casa; llegado a un lugar desierto, una mujer que iba tras él se arrojó sobre el desgraciado, le cubrió la cabeza con una tela gris y le dió por detrás ocho cuchilladas, y luego la mujer echó su cuerpo al acueducto, donde está todavía.

El juez hizo comprobar el hecho, y se encontró, en efecto, el cadáver del ciego, envuelta la cabeza en una tela gris. La joven fue estrechamente vigilada durante la noche. Ella no se acostó, sino que se quedó sentada en la cama, en una especie

de sueño letárgico. Al día siguiente, el juez la hizo comparecer de nuevo:—¿Puede usted decirme cómo Miguel perdió la vida?—Sí, él mismo ha venido esta noche y me ha contado la cosa. Debía contármela la noche en que fue asesinado, y esa fue la causa de su muerte; un hombre nos escuchaba en el momento en que me hizo aquella promesa; se llama Luck; fué a contar a su mujer Catalina lo que acababa de oír, y ésta le propuso asesinar a Miguel, pero él se negó diciendo: «Bastante es haberle quemado los ojos hace quince años.» Entonces Catalina salió, y, habiéndome metido en el bolsillo una pieza de plata para que me prendieran, asesinó a Miguel a cuchilladas.—¿Pero cómo sabe usted eso?—Me lo ha contado Miguel esta noche; antes no sabía nada.—Luck y Catalina fueron presos, y estrechados a preguntas, confesaron sus crímenes. El proceso tuvo gran resonancia, y todo el mundo quería ver a aquella Powleska dotada de tan admirable lucidez.

A otros hechos de sonambulismo provocado o espontáneo pueden referirse los sueños anormales relativos a sucesos presentes, pero desconocidos, o a sucesos futuros. Los casos de telepatía parecen corresponder al mismo dominio misterioso que los fenómenos precedentes. Flammarión ha recogido numerosos ejemplos. Citaremos uno solamente, referido por el teniente coronel francés Esteban Peroz: «Era en el puerto sudanés de Niagassola donde tuve que sufrir durante meses, con mi pequeña guarnición, las embestidas del ejército de Samory. Pocos meses antes de salir de Francia, había visto embarcar para China, en la expedición del almirante Courbet, a un compañero a quien quería mucho el teniente Zaph. Mi vida de peligros había velado un poco su recuerdo, cuando una noche en Niagassola soñé con Zaph, herido y moribundo. Junto a una empalizada pasaba una banda de pabellones negros chinos, peleándose con una compañía de infantería de marina. Yo oía la fusilería y asistía, entre dos nubes de humo, al terrible cuerpo a cuerpo de los combatientes, cuando observé a Zaph, con el sable en una mano y el revólver en la otra, alentando a

sus hombres, y luego, a mi vista, caer herido de varios tiros. Me incliné sobre su cadáver, cuyo rostro estaba ensangrentado, y en su mirada, apagada, parecíame percibir como un «adiós». Me impresionó de tal modo aquel sueño, que al abrir los ojos cogí una pluma, y al margen de mi diario del sitio anoté el sueño que acababa de tener, con la hora y la fecha.» Tres meses después supo que Zaph había muerto en la fecha y en las circunstancias que había soñado.

Hay muchos otros misterios en este orden de ideas, y especialmente los fenómenos llamados de exteriorización de la motricidad, es decir, los debidos a fuerzas fluídicas, que emanan de nosotros, y que son capaces en ciertos sujetos de mover las cosas, levantar mesas, arrastrar sillas, y eso sin ningún contacto.

En 1869, la Sociedad dialéctica de Londres, fundada por Lubbock y compuesta de los más eminentes sabios ingleses, delegó una comisión de 34 miembros para estudiar la cuestión. La primera subcomisión, después de 40 sesiones de estudios, redactó el informe siguiente: «Los hechos que certificamos los hemos visto todos; eran palpables a nuestros sentidos, su realidad podía demostrarse. Las cuatro quintas partes de nosotros habían empezado sus investigaciones con completo escepticismo. Ha sido precisa una evidencia irresistible en condiciones que hacen imposible el fraude, la ilusión o la acción muscular involuntaria; se han necesitado experimentos y pruebas numerosas para que los más escépticos de nosotros fuesen lenta e involuntariamente quedando convencidos de que los hechos eran verdades. He aquí nuestras conclusiones: 1.ª Que en ciertas condiciones físicas o mentales, de una o de varias personas presentes, se produce una fuerza suficiente para mover cuerpos pesados sin la acción de la fuerza muscular, sin contacto ni conexión material de ninguna clase entre esos objetos y el cuerpo de ninguna persona presente. 2.ª Que esa fuerza puede producir sonidos distintamente perceptibles para todas las personas presentes y procedentes de substancias que ellas no tocan

y que no están ligadas de ningún modo visible o material con el cuerpo de ninguna persona presente; que son producidos por las vibraciones de esas substancias. 3.ª Que esta fuerza está frecuentemente dirigida por una inteligencia.»

Y ahora llegamos a uno de los fenómenos más extraños y emocionantes de la ciencia hipnótica, pero que ilustra muchos problemas hasta ahora inexplicables. Hemos dicho ya que prolongando los pases magnéticos sobre un sujeto adormecido, este último llegaba, al cabo de más o menos tiempo, a los grados profundos de la hipnosis, y que entonces su sensibilidad se exteriorizaba, es decir, se refugiaba en las capas fluídicas que le rodean. Si se continúan los pases, esas capas fluídicas se condensan de cada lado del sujeto en dos columnas de vapor, al principio bastante difusas, pero que poco a poco se precisan y forman dos semifantasmas; siguiendo la magnetización, cierta atracción misteriosa les obliga a reunirse; la columna de la derecha se junta con la de la izquierda para formar un fantasma completo. En este momento, esa masa fluídica no se parece todavía a un sér humano; es una masa indecisa mayor y mas ancha que el sujeto. Pero bajo la acción de la magnetización esa masa disminuye de volumen, se hace más luminosa y reviste poco a poco una forma humana; luego se acentúa más y más, y toma la figura del sujeto; es su doble o su fantasma. No sospechado siquiera, al menos entre nuestros sabios, ese fantasma ha sido estudiado al principio, por el coronel Rochas, y luego, por Durville.

El coronel Rochas tuvo ocasión por primera vez de hacer el estudio de este fantasma, estudiando lo ocurrido a la señora Lambert, sujeto de extrema sensitividad, que una noche, al acostarse, observó un fantasma flotando sobre su lecho; medio muerta de miedo, se metió entre las sábanas, sin atreverse a mirar; pero como el hecho se repitiera en las noches siguientes, se acostumbró a él y se atrevió al fin a mirar al fantasma; entonces vió que la aparición era su propio retrato y repetía todos sus movimientos. Consultó el caso con el coronel, que lo estu-

dió con sumo cuidado, comprendiendo que el fantasma no era otra cosa que el doble exteriorizado de la Sra. Lambert. A fines de 1906, Héctor Durville, secretario general de la Sociedad Magnética de Francia, prosiguió las investigaciones de Rochas, publicando sus resultados en 1909 con el título de *El Fantasma de los vivos*.

Formado el fantasma, una especie de cordón fluídico lo enlaza con el sujeto, y por allí pasan los elementos vitales que animan el *doble*. Al seguir magnetizando el sujeto, el fantasma puede alejarse; su aspecto difiere entonces más o menos del sujeto, deja de imitar sus movimientos; se convierte en una especie de personalidad, no completamente independiente, pero que tiene sus caprichos y su voluntad; se lleva la facultad de pensar, de querer y de juzgar, y el sujeto se queda reducido a una masa natural que ni siente, ni oye, ni vive, por decirlo así, más que por su *doble*.

Ese fantasma no está realmente formado más que en su parte superior; los pies y las piernas no existen; no anda, se desliza. Hay fantasmas que obedecen a la voluntad del experimentador; otros, no. El de la Sra. Lambert, por ejemplo, no hacía más que su voluntad. ¿Cómo están vestidos estos fantasmas? En el desdoblamiento natural y espontáneo, los vestidos del fantasma son los del sujeto, y así veía el suyo la Sra. Lambert; pero en el desdoblamiento magnético, los fantasmas aparecen envueltos en una especie de gas fluídico, que sólo deja el rostro al descubierto. El fantasma es luminoso, no para todo el mundo, sino para los sensitivos; aparece azul a la derecha y amarillo anaranjado a la izquierda; sólo en algunos raros sujetos se muestra irradiando una luz blanca muy brillante. El fantasma recoge toda la sensibilidad del sujeto, de tal modo, que por poco que se toque al fantasma, el sujeto siente inmediatamente el contragolpe; y como a los fantasmas les gusta bastante correr y vagabundear, pueden ocurrirles terribles accidentes al sujeto, y es uno de los graves peligros de estos experimentos. El sujeto no percibe por sí mismo ningún sonido

ui ningún olor; si se le pone un frasco de amoníaco a la nariz o se le arrima un reloj a la oreja, no siente nada. Pero si se pone el frasco bajo la nariz del fantasma o se le arrima al oído el reloj, inmediatamente el sujeto siente el olor y oye el tic tac; y no sólo el sujeto, sino las personas sensitivas presentes. Y esta perfección se modifica, no sólo en la proximidad del sujeto, sino a muy largas distancias, pues el fantasma se aleja a veces muchísimo.

Todos estos hechos, así como el desplazamiento de objetos más ó menos pesados, han sido presenciados por Jorge Dubor en las sesiones de Durville, quien afirma seriamente haber sido testigo de ellos, sin tener nada de sensitivo, y habiendo tomado las precauciones posibles para no ser engañado.

Un hecho muy curioso, y que no trato de explicar, es el de que al despertar al sujeto, no sólo éste, sino las personas sensitivas presentes estaban muertas de hambre, sin duda, por el gasto de fuerza nerviosa hecho.

De estos fenómenos y otros semejantes deduce Dubor que en la materialización espontánea el cuerpo del fantasma parece mejor constituído y es visible para todos, lo que no ocurre en la materialización magnética; y en segundo lugar, que el fantasma no siempre toma la forma y el sexo del sujeto, puesto que una joven ha creado un fantasma con apariencias masculinas, cosa que Dubor atribuye a una autosugestión.

IMPRESIONES Y NOTAS

Las casas hechizadas.—En el artículo de *Hipnosis y fantasmas*, de Jorge Dubor, que antes hemos extractado, trata el mismo escritor de las casas embrujadas, apuntando la explicación de estos fenómenos por la presencia de alguien, cuyo fantasma se desdobla produciendo con sus caprichos los hechos hasta el presente inexplicables, que han sido el mejor cimiento para las creencias populares en brujas, trasgos y endemoniados.

El Dr. Durville tenía en estudio un chico de trece a catorce años, Raymundo, que, sin presentar nada anormal, daba ocasión a fenómenos extraordinarios en su casa y en la escuela que frecuentaba. Durville relata los de que él mismo fue testigo, llevando consigo a Raymundo a su casita de campo de Montmorency. He aquí algunos de esos hechos:

A las nueve y treinta de la mañana, Durville cierra el contador de electricidad de su casa; hace salir a Raymundo, y sale tras él, después de asegurarse que todo queda en orden. Al cuarto de hora vuelven, y se encuentran con que el contador está abierto, las dos lámparas encendidas, lo mismo que los cuatro picos de gas de la cocina. Durville lo apaga y cierra todo, y entra con Raymundo en el comedor. En menos de media hora se abrió veinte veces el contador, encendiéndose la luz, sin que Durville lograra dejarla apagada. Cansado Raymundo, por la tarde se echó la siesta, y Durville hizo otro tanto en la misma habitación. De pronto, un cuaderno de dibujo y unas hojas de papel colocadas en una *etagère* son violentamente proyectadas a tres metros hacia la ventana por encima de la cama. Una plancha que había quedado en el mismo sitio, vuela en la misma dirección, cae al suelo, brinca y salta sobre el montón de libros y folletos hacia la ventana. Al ruido se despierta Raymundo, y al vestirse, ve Durville que la plancha salta del montón de libros en dirección a Raymundo, pasando debajo de la cama de Durville.

Son las dos. Ya vestidos, y estando al pie de la cama, ven la ropa de la señora, colgada del portacapas, salir por alto, atravesar la habitación y caer sobre la cama de Durville. Los dejan. Raymundo se acerca a Durville, y de pronto la reja de la chimenea, con cenizas y papel quemado, sale proyectada violentamente, y cae sobre la alfombra del lecho. Durville la coloca en su sitio, y Raymundo se baja para recoger papeles, cuando la rejilla vuelve a levantarse a un metro de altura, y cae rota en el suelo. Empezando a sentirse enloquecidos, van al comedor y cierran la puerta de la alcoba; se enciende en

ésta la luz, ella sola, y la dejan; se oye un ruido; abren la puerta, y ven los colchones y la ropa de la cama en el suelo.

Por la noche, después de repetirse varias veces este último fenómeno, sin que sirviera hacer la cama, pues volvía a deshacerse, no pudieron conciliar el sueño, pues los colchones se revolvían, y toda la ropa se trastornaba. Al cabo de tres semanas, Durville ha interrogado al sér misterioso, culpable de aquellas malandanzas:—¿Eres alguien?—Sí, responde un golpe violento (si se dan dos, es para contestar «no»).—¿Y si eres alguien, estás muerto?—No.—¿Vivo?—Sí.—¿Está aquí tu cuerpo?—Sí.—¿Eres Raymundo?—Sí.—¿De modo que Raymundo y tú sois la misma persona?—Sí.

Está claro para Dubor: aquella fuerza accionante procedía de Raymundo, y lo mismo sucede en todos los casos semejantes.

***

Los perros de Enrique III.—La moda de los perros favoritos es antiquísima. Basta recordar cualquiera de los sepulcros famosos de la Edad Media, en los que tan importante papel decorativo desempeñan los perros, fieles guardianes del sueño eterno de sus amos, para comprender el afecto que en todo tiempo ha tenido el hombre al animal que desde antiguo simboliza la fidelidad.

Enrique III de Francia tenía tres perritos turcos, llamados *Lilina*, *Titi* y *Mimi*. Según una anécdota referida en el *Galois du Dimanche*, aquellos tres perros formaban la guardia íntima del rey. Eran muy inteligentes. Por la noche se relevaban en la guardía, y un reloj les advertía. El que había comenzado el servicio, al oír el despertador, mordía en la oreja a su compañero para avisarle el relevo; el otro ocupaba su puesto hasta que el segundo aviso del reloj le indicaba la hora del descanso. Cuando Jacobo Clement fue introducido en las regias habitaciones, so pretexto de entregar una carta, estaba de guardia Lilina, que era la más pacífica de los tres, pero que saltó de su cesto y se puso a ladrar como si quisiera morder al visi-

tante. El rey, contra costumbre, hizo salir a los perros; pero Lilina, furiosa, ladró más fuerte. En aquel momento caía Enrique III herido por las dos puñaladas de Clement. La perrita, con su maravilloso instinto policíaco, había olfateado al regicida.

*
* *

Relaciones entre Francia y Castilla.—Entre las obras publicadas por la Escuela de Diplomática de París figura la «Memoria sobre las relaciones de Francia con Castilla de 1255 a 1320», del archivero Jorge Daumet.

En aquellos tiempos la diplomacia existía ya, y cada Estado, de los que entonces estaban en plena formación, procuraba sacar el mejor partido para su engrandecimiento con sus alianzas y tratados. Francia, en tiempo de San Luis, y Castilla, en el de Alfonso el Sabio, eran ya dos Estados de importancia, cuyas relaciones eran más íntimas de lo que, por la dificultad de las comunicaciones, podía presumirse. Tendiendo uno y otro a extenderse, se dibujaba ya en ambos reinos la tendencia al imperialismo, que cuajó siglos adelante en Carlos V y en Luis XIV, y que tuvo su más elevada personificación en Napoleón I. Francia se había hecho dueña, por la casa de Anjou, de las dos Sicilias, y la diplomacia francesa tenía por objeto aliarse con Castilla para coger a Aragón entre dos fuegos. La historia de esa tentativa de imperialismo capetil y la resistencia que encontró en el instinto de la nacionalidad castellana, es la que narra el Sr. Daumet.

San Luis era, por su madre Blanca de Castilla, de sangre medio castellana, y primo carnal de Alfonso X el Sabio, el hijo de San Fernando. Alfonso tenía dos hijas, y Luis pensó en que la mayor se casara con su hijo Luis. Los desposorios se celebraron (doce y diez años tenían los novios); pero el príncipe Luis murió a poco; y la reina de Castilla dió a luz un varón, Don Fernando el de la Cerda. El rey de Francia, firme en su propósito de suprimir los Pirineos, gestionó el matrimonio del nuevo príncipe castellano con su hija Blanca, y los despo-

sorios se celebraron. Don Fernando, casado en la cuna, fue padre de los infantes que, muerto él, le sucedieron en sus derechos.

Y aquí viene el drama de familia con sus derivaciones nacionales e internacionales. Don Fernando el de la Cerda tuvo un segundo hermano, el infante Don Sancho, inteligente, ambicioso, acometedor, que no se resignaba al papel de segundón que por su nacimiento le correspondía. Muerto Don Fernando, sus hijos, los infantes de la Cerda, eran los legítimos herederos del Trono. Pero si moría su abuelo, Don Alfonso el Sabio, quedarían bajo la tutela y regencia natural de la madre, Doña Blanca, francesa, influída por las ideas francesas y secundadora de la política de su hermano, el nuevo rey de Francia, Felipe el Atrevido. Don Sancho, por ambición y por patriotismo, comprendió el partido que podía sacar de esta situación. El instinto nacional ponía reparos a la sucesión de los infantes, viendo en su gobernación el triunfo de la influencia francesa. Don Sancho atiza el fuego de aquellos recelos; se forma un partido poderoso; aprovecha la aureola de un triunfo contra los moros, y consigue de su débil padre que le reconozca como heredero del trono, en perjuicio de sus sobrinos. Felipe el Atrevido protesta; Don Alfonso vacila; pero las Cortes, la nobleza, el ejército, todas las fuerzas vivas de la nación se ponen al lado de Don Sancho, y «el instinto *nacionalista*—dice Daumet—estalla y se subleva por primera vez contra el *imperialismo* francés. Don Alfonso rechaza las exigencias de Francia, y si siente alguna vez la veleidad de atenderlas, el pueblo se subleva e impone al padre su hijo rebelde. Todas las tentativas de Francia fracasan, y si bien es cierto que Don Sancho tenía Aragón por aliado natural, hay que reconocer con Daumet que el factor principal y decisivo de sus triunfos fue el nacionalismo castellano, sin el cual, toda la ambición de Don Sancho hubiera sido impotente para cambiar el orden de sucesión en la corona de Castilla.

FERNANDO ARAUJO

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO X

Construcciones viciosas del gerundio.

286. Si hay alguna parte de la oración que han de emplear con parsimonia cuantos se precian de escribir bien, se me ocurre que ha de ser el gerundio.

Tanto se han falseado los genuinos moldes del habla castellana con erradas construcciones de esta parte de la oración, que hasta en algunos de nuestros buenos escritores he tropezado con trasgresiones que son de todo punto imperdonables. Y sépase que gran parte de este mal nos viene del tanto andar a las vueltas con el habla francesa. Con harta facilidad se nos pegan construcciones galicadas, y resulta de ello lamentable mengua y olvido de la propia sintaxis, de suyo más elegante y digna siempre de indiscutible preferencia.

El gramático mejicano D. Angel de la Peña, en su *Tratado del gerundio* y en su notable *Gramática;* el distinguido escritor y gramático D. Miguel A. Caro, en su *Tratado del participio;* el eminente filólogo colombiano D. Rufino J. Cuervo en sus *Apuntaciones* y en las *Notas* puestas a la *Gramática* de Bello; el erudito lingüista P. Cejador, en *La lengua de Cervantes,* y

otros gramáticos y filólogos de nota, han estudiado detenidamente los usos que corresponden al gerundio.

A la luz de tan luminosos trabajos trataré de mostrar las construcciones que más importa conocer, para bien de cuantos quieran cuidarse de los muchos escollos que presenta el uso de este derivado verbal.

287. El gerundio, dado su carácter adverbial, no puede modificar al sustantivo sino por intermedio de otros modificativos; salvo en los muy contados casos que se tendrá ocasión de citar.

Veamos, ante todo, cómo se comporta en la oración.

Si el gerundio se junta al nombre que hace de sujeto para especificarlo, viene a desempeñar un oficio que no le cuadra; origina una construcción que podrá tolerarse en francés, pero que repugna al buen castellano.

La ordenanza MANDANDO construir aceras *(veredas*, solemos decir por estos mundos, con notoria impropiedad) no ha sido derogada. «La ley PROHIBIENDO la venta de ajenjo entrará pronto en vigor», «El decreto ASCENDIENDO a estos militares apareció ayer», «Un empleado CUMPLIENDO con puntualidad sus obligaciones es digno de ascenso», «Un terreno TENIENDO arboleda se vendió en más precio»... y como éstas muchas otras, son frases que abundan por desgracia, y puestas en letras de molde, pero que difícilmente se hallarán en buenos autores.

«La ordenanza MANDANDO», será, en castellano correcto, «la ordenanza que manda», y corresponde corrección semejante en los otros gerundios que anotados quedan.

Sólo podrá modificar el gerundio al sujeto cuando aquél venga a indicar un hecho transitorio o una simple información accesoria: «El ama..., imaginando que de aquella consulta había de salir la resolución de su tercera salida, y tomando su manto toda llena de congoja y pesadumbre, se fue a buscar al Bachiller Sansón Carrasco» (*Quijote*, 2.ª parte, cap. VII, ejemplo citado por Cejador). «Sancho Panza, que vió en el

suelo al fraile, apeándose ligeramente de su asno, arremetió a él» (*Quijote,* 1.ª parte, cap. VII); «el cual (Anselmo), teniendo tantas otras cosas de que quejarse, sólo se queja de ausencia» (Idem, íd, cap. LI); «Facundo, desertando de Buenos Aires, se encamina a las provincias con tres compañeros» (D. F. Sarmiento. *Facundo,* 2.ª parte, cap. 1.°) Como bien lo advierte de la Peña *(Gram.,* págs. 386 y 387), cuando el gerundio expresa un hecho transitorio se puede, sin desvirtuar el sentido, cambiarlo por una frase que contenga la forma infinitiva; así en el primer ejemplo, imaginando vale tanto como decir «al imaginar». Y tendremos, con esto, una manera sencillísima de comprobar el buen uso de estos gerundios.

288. No puede regir el gerundio al nombre que hace de predicado o atributo en oraciones de verbo sustantivo cuando se trata de expresar un hecho habitual o permanente.

He leído por ahí: «La escuela es antorcha ILUMINANDO tinieblas, faro INDICANDO el camino del progreso; póngase *que ilumina, que indica,* y podrá pasar la metáfora.

Si al pie de la figura respectiva se estampara: «Este es San Juan Bautista bautizando a Jesucristo», «Este es el ejército *libertador* cruzando el río Paraná», la construcción resultaría de recibo, pues es dado al arte conceder permanencia a un hecho transitorio. En tales cuadros se verá a San Juan en el instante de bautizar a Jesucristo y al ejército libertador al pasar el río Paraná.

289. De igual manera, tiénese que solamente podrá modificar el gerundio al nombre que haga de complemento (directo, indirecto o circunstancial) cuando el hecho que se expresa o la circunstancia enunciada se considere en el momento de verificarse, y resultará incorrecto tal régimen toda vez que quiera expresarse con el gerundio una modificación permanente a una operación habitual.

Salvá, Bello, de la Peña, Cuervo y otros gramáticos han censurado construcciones como ésta: «envío varios cajones CONTENIENDO libros»; pues aquí el hecho de contener libros nada

tiene que sea transitorio. Viene a estar esta construcción en las mismas condiciones de la ordenanza MANDANDO, ley DISPONIENDO, etc.; pues los nombres ordenanza, ley, etc., que en las oraciones citadas hacen de sujeto, pueden estar colocados también como complementos directos; v. gr.: «la municipalidad dictó una ordenanza MANDANDO... «el P. E. ha expedido un decreto ASCENDIENDO»: necesito un empleado SABIENDO cumplir sus obligaciones. Todos estos gerundios han de ser sustituídos por la forma indicativa o subjuntiva precedida del relativo que (que contiene, que manda, que dispone, etc.), si se quiere hablar correctamente.

Leo en un cuento, que de mal autor ha de ser, lo siguiente: «Les escribí a mis tíos RESIDIENDO en el Rosario.» He aquí una desdichada construcción; el gerundio, que rige indebidamente al complemento indirecto, resulta también incorrecto por su sentido anfibológico, pues queda por saberse quién reside en el Rosario, si los tíos o el infortunado escribidor.

«Cambié esto por un jarrón TENIENDO varias liebres pintadas.»

Claro se ve que las liebres *pintadas* no pueden calificar en esta forma al nombre jarrón que hace de complemento circunstancial; y para colmo de trasgresiones queda uno sin saber quién tiene las tales liebres, si es el jarrón o el poseedor del jarrón.

En las frases «*vi* a los pescadores sacando las redes», «*admiré* rebaños de cabras triscando por aquellos montes», los gerundios pueden modificar al complemento directo (sacando, pescadores; triscando, rebaños), porque expresan hechos transitorios, operaciones que se están ejecutando ocasionalmente en el instante indicado por el verbo (vi, admiré). Tendrá que acompañarse el gerundio, en estos casos, con verbos que expresen sensaciones o percepciones; v. gr: sentir, percibir, ver, oír, observar, distinguir, mirar, advertir, hallar, encontrar, etcétera, o actos de representación, como representar, pintar, grabar, dibujar, etc.

Adviértase con cuánta elegancia y cuán bien puestos están los gerundios de este párrafo, que tomo de un juicio de D. Santiago Estrada sobre Eleonora Duse (Obras de Estrada, Teatro, pág. 1.404):

«Imagínome mal empleado el ingenio derrochado en esa literatura morbosa, y veo surgir, como una evocación placentera, los fantasmas inmortales de la imaginación de Shakespeare; a Ofelia devolviendo sus dones, despreciados por el desvío, al desventurado príncipe de Dinamarca, y coronándose de flores para morir cantando con la razón perdida el perdido amor; a Julieta, especie de mariposa de gayos colores, que dejara el polvo de oro de sus alas y la vida esmaltada de ilusiones, entre las manos rudas, encallecidas por la espada, de los Capuletos y Montaigus; a Desdémona, la sublime calumniada, que amó a Otelo por sus desgracias, murmurando la plegaria de la noche antes de entregarse, agitada por atroz pensamiento, al sueño, o pidiendo al moro el plazo de hoy a mañana para ofrecer la vida al bárbaro que amaba sin saber amar...»

290. Aunque ligeramente, creo dejar apuntadas las trasgresiones más comunes a que da motivo el gerundio al construirse con el nombre en cada uno de los elementos, tanto esenciales como accesorios, de la preposición. Ahora bien; para guía del lector que no sea muy experimentado en esto de distinguir casos gramaticales, sujetos, atributos y complementos, bastará hacer notar el hecho de que comúnmente resulta correcto el uso del gerundio que modifica al nombre cuando puede ser sustituído por la forma infinitiva precedida de la contracción AL; así, en el párrafo de Estrada que acabo de trascribir, donde dice a Ofelia devolviendo sus dones, cabe decir «al devolver» donde está «devolviendo», y será posible sustitución semejante en los demás gerundios que quedan subrayados.

Como muestra de lo mucho que se abusa del zarandeado gerundio, vaya este parrafito, que tomo de un aviso publicado

en *La Nación* como anuncio de una importante revista argentina:

«Edición de lujo en gran formato, CONTENIENDO en todos los números preciosas tricomías y hermosos grabados, REPRODUCIENDO los acontecimientos más salientes de nuestra emancipación nacional, PUBLICANDO retratos de nuestros próceres, documentos, autógrafos, planos, etc.»...

¿Quién reproduce los acontecimientos? ¿quién publica los retratos?... ¿Esa edición de lujo, o son las tricomías y grabados?... El redactor del aviso podrá saberlo; pero bueno es que sepa también que el castellano correcto no admite tales ambigüedades; advierta una vez por todas, que los gerundios no encajan debidamente en tales construcciones, pues se les viene a conceder un oficio de adjetivo que no les corresponde.

Si donde están estos gerundios se hubiese puesto que contiene, que reproduce o reproducen (el número dependerá de lo que quiera significar la persona que redactó el aviso), que publica o publican, ya no oliscaría tan feamente a galiparlismo el anuncio, y quedaríamos mejor enterados de todo cuanto en él quiso decirse.

En prueba de lo mucho que se prodigan en francés los gerundios y de lo fácil que es caer en solecismo si se da en traducir literalmente, trae Baralt en su *Diccionario de galicismos* (pág. 366) este pasaje, tomado a una mala traducción del *Telémaco:* «Las manadas de bueyes *mugiendo* y de carneros *balando*, llegaban en tropel *abandonando* sus pingües pastos, no *pudiendo* hallar bastantes establos para ponerse todos a cubierto.» Capmany censuró este mismo párrafo en los siguientes términos, muy festivos por cierto: «No digo en un establo, sino en una zahurda se metiera uno por no ver tal jerigonza entre tanto *endo* y *ando*, y esto que faltaba el de rebuznando. No sería tierra de burros.»

Hubiera dicho el descuidado traductor: «Las manadas de mugientes bueyes y de carneros que balaban, abandonando sus pingües pastos, llegaban en tropel, sin poder hallar sufi-

cientes establos para ponerse todos a cubierto», y tendríamos siquiera en castellano el pasaje que se tradujo con tanto desacierto.

Se diría que los gramáticos han de mantenerse exentos de los trastornos que aportan a nuestro buen decir estas construcciones galicadas del gerundio; pero he tenido que creer que hasta ellos llega el maléfico contagio, desde que he tropezado, en unas *Notas* de carácter filológico que sacan a la vergüenza pública, algunos de los muchos errores que cometen los argentinos en materia de lenguaje, con las siguientes líneas:

«Leo en una *publicación* oficial, TRASCRIBIENDO discursos parlamentarios»: «*Adhiero* (1) calurosamente a la indicación del señor diputado»... Hubiérase puesto «que trascribe», y ya no cabría la suposición de que el distinguido autor de las *Notas* es capaz de leer trascribiendo.

¿Y qué mucho puede sorprendernos que un señor gramático llegue a construir mal un gerundio, si la docta Academia, donde debe actuar toda una colección de señores gramáticos y filólogos, deja escapar estos gazapos en el *Diccionario*? (12.ª edición):

---

(1) Bien puede aceptarse el uso de adherir que aquí se impugna. Cuervo sostiene que «es indiferente adherir a una idea o *adherirse*». *Apuntaciones*, pág. 222.) Y hasta la misma Academia autoriza tal uso desde que consta esta voz en el *Dic.* Como v. n. en el sentido fig. de «convenir con un dictamen, o una idea, o asociarse a un acuerdo», y se agrega que «U. m. c. r.»

La misma dualidad en sus oficios gramaticales concede el Léxico a casar, por ej.; y está escrito por Cervantes: «que casó con doña Mencía de Quiñones». (*Quijote*, 2.ª parte, cap. XXXI); y por Fray Luis de León: «Casó Nipso con Mopso. ¿Qué mixtura—No templará el amor?... (Egloglo 8.ª). Y por Valera: «Casó con doña Manuela de Lema, celebradísima por lo bien que cantaba.» (Juicio sobre D. V. de la Vega); y por Pérez Galdós: «La otra casó con mi yerno» (*Azorín*, pág. 222...); y con todo, para el autor de las *Notas* faltará seguramente en estos ejemplos el pron. reflexivo que echa menos en adherir.

En Filosofastro.—«Falso ó pretenso filósofo, no TENIENDO la instrucción necesaria para ser considerado tal.»

En graznido.—«Canto desigual y como GRITANDO, disuena mucho al oído.»

Rivodó se base en ellos para pedir la aceptación de «una caja CONTENIENDO», giro que han censurado Bello, Salvá, Cuervo, de la Peña, Cejador y cuanto gramático ha tratado con algún detenimiento los usos del gerundio. Hubiera querido el minucioso autor de *Entretenimientos gram.* ver a esta locución considerada como un modismo digno de aceptación y muy disculpable en el comercio, donde siempre se tiende a procurar la mayor abreviación. Caso es de advertir que dos barbarismos mal pueden autorizar otro barbarismo; lo que hay en esto es que se les quemaron los papeles a los señores académicos, como en tantas otras ocasiones; tiénese, en prueba de ello, que en la 13.ª edición del *Léxico* se corrige el primer ejemplo, que es el peor. En «como gritando» puede considerarse que existe un verbo tácito, verbo que sería modificado por el gerundio; equivale a decir «como si se emitiera gritando», frase donde el gerundio adquiere el carácter adverbial que le corresponde. Con todo, me guardaré de recomendar semejante construcción.

Obra con más tino Rivodó cuando toma asidero, para fundar su reclamo, en la analogía que existe entre el ejemplo que trata de favorecer y las locuciones «agua hirviendo» y «hierro ardiendo». Pero sólo a los gerundios «hirviendo» y «ardiendo» les está dado, en virtud de la fuerza del uso, modificar directamente a un nombre, como si fuesen participios activos que hicieran oficio de adjetivos. Cervantes escribió: «un gran lago de pez hirviendo a borbollones» (*Quijote*, 1.ª parte, cap. L); «pez y resina en calderas de aceite hirviendo» (Id. 2.ª parte, LIII), y no faltan, como éstos, otros ejemplos que conceden autorización suficiente para el uso de estas locuciones.

Téngase, pues, por averiguado que, salvadas las excepciones que nos ofrecen estos dos ejemplos («hirviendo» y «ardiendo»), no puede el gerundio expresar modificaciones estables, como lo

haría un adjetivo. Si a las veces, como se ha visto, puede desempeñar oficio de participio activo y aun de adjetivo mismo, más le corresponde actuar como adverbio; y sabido es que éstos poco se entrometen con los nombres, que otra es su función.

291. El insigne Benot no ha dejado de reparar en las muchas incorrecciones que motiva el gerundio, pues en su *Arquit. de las Lenguas* se lee: «Las personas que escriben bien evitan cuidadosamente esta irrupción de construcciones, que sacan a los gerundios de su significado común *adverbial*, para darles todo el valor de cláusulas enteras e independientes, a veces expuestas a graves anfibologías.» Y a continuación se ofrece esta muestra: «le disparó a boca-jarro un tiro que le entró por la boca, MURIENDO a los pocos instantes...» ¿Quién murió? ¿El tiro? ¿La boca? ¿El hombre?. Ya que se trata de ambigüedades motivadas por el uso descuidado del gerundio, no holgara la transcripción de estas líneas del erudito hablista P. Juan Mir y Noruega: «Condición del gerundio ha sido siempre, en la cláusula, depender de la oración principal y determinar con alguna especial circunstancia la acción del sujeto: así le usaron siempre los autores de la buena edad. Destrabar el gerundio de todo enlace con el sujeto de la oración, es abuso intolerable que engendra confusión y destierra la hermosa claridad. PARTIENDO de tales bases resultan abusos, dice un moderno. ¿Quién es el sujeto de «partiendo»? No se sabe. ¿Qué relación tiene el gerundio «partiendo» con «resultan»? no se ve. ¿Quién no descubre aquí la confusión? «Siempre hay diferencias apreciables entre los vocablos populares... PARTIENDO de elementos tomados por la vista», dice el mismo académico ¿Quién *parte*? ¿Qué tiene que ver el sujeto «diferencias» con el «partir de los elementos»? Averígüelo quien lo entienda. El ingerir en una cláusula dos sujetos, sin determinar con precisión la dependencia que tiene el gerundio, produce algarabía en el estilo. Este defecto radical se va haciendo común en el día. Toma la pluma el escritor, expone su pensamiento como Dios le da a entender, iba a ter-

minar la cláusula, cuando se le ofreció otra idea muy distinta de la que acaba de vestir con palabras. ¿Qué hará? Para que no se malogre la ocurrencia, echará mano del gerundio, y le encajará a tontas y a locas. Tal es el oficio del gerundio en no pocos escritos del día: hacer de trasto impertinente, perjudicial a la claridad del lenguaje».

¿Qué no diría este buen P. Mir, tan dedicado al estudio de los clásicos como amigo del purismo, si leyera algo siquiera de lo mucho que por acá se escribe con lamentable despilfarro de gerundios?...

292. El gerundio, según establece Cuervo (*Apuntaciones*, página 194), expresa un hecho coexistente o inmediatamente anterior al denotado por el verbo que acompaña.

Será, por tanto, incorrecto este ejemplo, que tomo de un librejo que habla de historia patria: «Se repartieron 450 invitaciones el 21, celebrándose el cabildo abierto el 22 con sólo 250 asistentes.» Para emplear debidamente el gerundio en esta cláusula, debió decirse: «*Habiéndose* repartido 450 invitaciones el 21, se *celebró* el cabildo abierto el 22, etc.»

Si se quiere algún ejemplo que indique el uso correcto, véanse éstos de Cervantes: «En esto estaban, cuando entró don Antonio diciendo con muestras de grandísimo contento...» (*Quijote*, 2.ª parte, cap. LXV); «el cual (Don Alvaro), abrazando a Don Quijote y a Sancho, siguió su camino» (Id., íd. íd., capítulo LXXII).

En la primera cita, el hecho expresado por el verbo y el que expresa el gerundio ocurren en el mismo intante; de lo contrario, donde está «diciendo», hubiérase escrito «y dijo». En la segunda, el gerundio denota una acción inmediatamente anterior a la expresada por el verbo acompañante.

293. «No VIENDO la desgracia ajena, mal puede uno condolerse de ella.» «*Hablando* fuerte te entenderán.»

Los gerundios de estas frases, que he recogido al acaso entre la mucha letra que corre impresa, me chocan de veras.

En el *Dic. de Galicismos* (pág. 264) encuentro su condena-

ción terminante. Aunque Baralt haya caído en el extremo de ver con malos ojos todo giro que pudiera corresponderse literalmente con una locución francesa, es innegable que gana, y no poco, la pureza de la frase, y aun su misma propiedad, si se pone «Sin ver» en lugar de «No viendo» y «Con hablar» o «Con tal que» o «Siempre que hables», donde está «Hablando».

294. No creo dejar apuntadas, con lo expuesto, todas las trasgresiones que motiva el gerundio; pero cuéntese que, si no están todas, están muchas—y sin duda alguna las principales—de cuantas conviene que sean evitadas, si se quiere dar en la flor de hablar y escribir con verdadera corrección nuestro bello e imponderable idioma.

CAPITULO XI

Errores de acentuación.

295. Muchas son las trasgresiones de orden prosódico que deslustran nuestra habla. Si nos detuviéramos a estudiar sus causas, caeríamos en la triste cuenta de que no pocas han de imputarse a la propia autoridad que está encargada de legislarnos en materia de buen decir.

Hay que reconocer, ante todo, que no ha obrado con mucho acierto la R. Academia al dictar la reglamentación que rige el uso del acento ortográfico; en el capítulo que trata de la evolución del acento se tendrá ocasión de ver lamentables incoherencias y verdaderas lagunas que dificultan el uso seguro, exacto, que hoy debiera tener el tilde.

Existiendo tal impresión, tal falta de fijeza en algo que debería ya, en verdad, estar bien fijado, no es de extrañar que aún se ande, y se siga andando, a tientas con la prosodia de muchos vocablos; mal puede asegurarse la pronunciación cuando no está aún bien determinado el empleo que al tilde corresponde.

Por otra parte, los señores académicos, que en cuanto atañe a la evolución, al crecimiento del idioma, se han mostrado siempre ultraconservadores, se empeñan con demasiado tesón en mantener el acento etimológico en algunas voces que decididamente lo han variado, ya buscando su adaptación a la índole prosódica que es más propia del idioma, o ya tendiendo a tomar un sonido más onomatopeico o eufónico. Si se reconoce que dentro del mismo latín y aun del griego, como al pasar de esta lengua a la primera o de la latina a la castellana, han llegado a cambiar muchas voces su acentuación primitiva, no puede ser motivo de sorpresa el que haya vocablos que disientan con su acento original, una vez puestos en la corriente de nuestra lengua. Y ya se verá que la R. Ac. no se muestra muy consecuente en esto de conservar el acento etimológico; las más veces es irregular y caprichosa en sus determinaciones.

Es innegable que la acentuación etimológica tiene sus ventajas. Hablando de sus excelencias, dice Bello (*Otología*, Apéndice V): «La importancia de la etimología consiste, ya en que uniforma la pronunciación de la gente instruída, y por este medio la de todas las personas y pueblos que hablan su idioma común, ya en que, disminuyendo el número de las divergencias entre los varios idiomas, facilita su adquisición.» Muy plausible y bienvenido sea lo que tienda a uniformar y a conceder facilidades para la pronunciación; pero si para ello ha de irse contra el uso popular, contra el uso más común, conviene andarse con tiento; que dificultoso es siempre navegar contra la corriente.

Y desde que mucho vale el dictamen académico cuando se trata de imponer tal o cual cambio ortográfico, es lástima que no obre esta autoridad con más tino, con mayor acierto, para que se tengan en mejor miramiento sus decisiones.

296. Entremos a considerar algunos ejemplos.

Si se dice *decámetro*, *hectómetro, kilómetro*, *miriámetro*, *decímetro*, *centímetro* y *miltmetro,* ¿por qué ha de acentuarse como graves a los múltiplos y submúltiplos del *gramo* y del *li-*

tro? ¿Por qué ha de decirse *centigramo* y *centilitro*, cuando se pronuncia *centímetro* y *centígrado*?... Es cierto que Bello pidió tal pronunciación grave, creyendo que con ella se facilitaría la enunciación de estas voces; pero bien se deja ver que no existe tal ventaja, desde que el pueblo, a pesar de lo que manda el Léxico y cuantos se inspiran en él y sólo en él, sigue nombrando como esdrújulas a todas estas medidas, sin excepción alguna.

297. Si para algunos de los vocablos que han tomado la terminación *iaco* o *iaca* ha podido la Academia adoptar la prosodia etimológica que pide el acento en la *i*, anotando en el *Diccionario* (13.ª edición): *afrodisíaco*, *amoníaco*, *cardíaco*, *celíaco*, *cordíaco*, *dionisíaco*, *elefantíaco*, *elegíaco*, *genetlíaco*, *helespontíaco*, *hipocondríaco* (en la 12.ª edición trae *hipocondriaco*), *ilíaco*, *isíaco*, *maníaco*, *olimpíaco*, *paradisíaco*, *peloponisíaco*, *pulmoníaco*, *simoníaco*, *zodíaco*, etc., ¿por qué traslada el acento a la *a* (que tal debe entenderse desde que se suprime el tilde a la *i*) en las voces *austriaco*, *siriaco*, *demoniaco*, *egipciaco*, *heliaco* (1) y otras, siendo que tienen formación semejante?... Si *egipciaco*, p. ej., viene del latín «*aegypciacus*», *elegíaco* viene de «*elegiacus*», latines ambos que tienen la misma prosodia. Menos mal si, como lo pide Rivodó (*Voces Nuevas*), hubiera el *Diccionario* dado puerta franca a las dos prosodias, ya que se hace tan difícil como enojoso el tener que seguir a la R. Corporación hasta en sus caprichosos traspiés. Monlau, en su *Dic. Etimológico*, hace graves a la mayoría de estas voces (*amoniaco*, *iliaco*, *maniaco*, *paradisiaco*, *zodiaco*, etcétera), y otro tanto se ve en el de R. Barcia; en cambio, el *Dic. de la Rima*, por Peñalver, las trae como esdrújulas, y piden esta acentuación, que es la más erudita, el insigne filólogo Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 76) y Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 210). La verdad es que vario, muy vario, re-

(1) La *Gram. Ac.* en el «Catál. de voces de escritura dudosa» y el *Dic.* en su 12.ª ed. traen *heliaco*.

sulta el acento de estas voces entre nuestros clásicos y aun entre los prosistas y poetas modernos, y bien hubiera podido la autoridad académica contribuir a uniformarlo con más acierto.

298. Como bien lo advierte Cuervo (*Apunt.*, pág. 92), la Acad. ponía el acento en la penúltima vocal (a) a todas las voces terminadas en *mancia* (adivinación, en griego), adaptándose con tal prosodia a la concedida por Lope de Vega, Tirso de Molina, Moreto, Alarcón, Calderón y otros autores clásicos, y a la reclamada por Bello (*Ortología*, 2.ª parte, cap. V), por Robles Dégano (*Ort.*, pág. 205) y por Toro Gisbert (*Tesoro*, páginas 32 y 36); pero, para ser inconsecuente una vez más, en el último *Dic.* (13.ª edición) trae *acromancia*, *heteromancia*, *hidromancia*, *migromancia*, *onomancia*, *piromancia*, *quiromancia*, y conserva el tilde en *cartomancía*, *geomancía* y *lecanomancía*.

299. Barcia (*Dic. Etim.*) trae *endósmosis* y *exósmosis*, e igual acentuación se lee en el *Dic.* de Domínguez; voces son éstas de origen griego, que, como todas las de igual terminación (*anastomosis*, *apoteosis*, *cifosis*, *clorosis*, *epandiplosis*, *escoliosis*, *lordosis*, *metamorfosis*, etc.), deben ser graves, según lo *pide Cuervo* (*Apunt.*, pág. 14). El *Dic.*, que pudo favorecer la recta prosodia de estos vocablos, trae *endósmosis*, *exósmosis* y *ósmosis*; y desde que adoptó la acentuación esdrújula para estas voces, hubiera siquiera admitido las dos prosodias de *metamorfosis*, la esdrújula que le corresponde por su origen griego (*es voz proparoxitona*) y la grave que tomó al adaptarse a la prosodia latina, ya que ha hecho otro tanto con *metempsicosis*, y tanto más desde que «*metamórfosis*» ha sido puesta en uso nada menos que por Bartolomé León de Argensola, Gómez Hermosilla, Moratín, Mora, Antonio Alcalá Galiano, Mesonero Romanos, E. de Ochoa, M. de la Revilla (*Tratado de Literatura*), Salvá (*Gramática Castellana*), y es la acentuación que se oye comúnmente por estas tierras.

300. En el *Dic. Acad.* dice *antropofagia* y *adefagia*, y en el mismo se ha estampado *disfagia*. Voces del griego son éstas

que deben darse con el mismo acento desde que tienen formación semejante. Así lo han entendido Bello, Barcia y Monlau; y este último anota también *hipofagia*, voz de mucho uso y muy constituída, que la Ac. no ha incluído aún en su *Léxico*, como tampoco ha dado cabida a *polifagia*, que está muy puesta en razón en los *Dic.* de Barcia y de Domínguez. Al definir la voz «canibalismo» pone la misma Ac. *antropofagia*, con lo que inadvertidamente viene a dejar autorizada la prosodia que más conviene para mayor uniformidad de estos términos.

301. Cuervo se pregunta (*Apunt.*, pág. 14), por qué da el *Dic. cardialgía*, debiendo corresponder a esta voz la misma acentuación que llevan las otras acabadas en *algia* (del griego *algos*, dolor): *cefalalgia*, *gastralgia*, *nostalgia*, *odontalgia*, etc. La última edición de la *Gram.* presenta en el *Catálogo de voces de ortog. dudosa* la palabra *cardialgia*, con lo que queda salvado el dislate.

302. Pide Toro Gisbert (*Apunt. Lexicográficas*) el acento en la *i* para *antinomia*, a fin de uniformar la prosodia de esta voz con las otras de igual formación: *agronomía*, *astronomía*, *autonomía*, etc.; reclama acertadamente para *parenquima* la acentuación esdrújula que se da a *prosénquima* y para *electrodo*, la que tienen *éxodo*, *método*, *período*, *sínodo*; para *hemiplejia* y *paraplejia*, la misma prosodia etimológica que posee *apoplejía*; y advierte que, de acuerdo con la etimología, corresponde acentuar en la *o* a *policromia*, *tricromia*, *fotocromia*, *dicromia* y *litocromia*, voces, estas últimas, que aún no han tenido cabida en el Léxico. ¡Tomen nota de esta indicación, señores académicos!

303. No adivino qué razón podrán aducir estos señores para justificar la inconsecuencia de orden prosódico que salta a la vista al comparar estos otros ejemplos del *Dic.* (última edición): *ambliopía* y *miopía*, *diplopía*, *nictalopía*, etc.; *craneoscopía* y *ostetoscopía*, *hidroscopía*, etc.; *enzootia* y *epizootia*; *crisólito* y *monolito*, *aerolito*, *fonolito*, etc.; *monócromo* y *policromo*; la etimología y el mejor uso imponen para las palabras

que cito en primer orden el mismo acento de las que van en pos. Toro Gisbert es de este mismo parecer (*Apunt. Lexic.* y *Dic.*). Sólo la Acad., y cuantos la siguen ciegamente hasta en sus erratas y traspiés, pueden admitir estas faltas de uniformidad, estas incongruencias que introducen tanta confusión, tanta anarquía en nuestra fácil ortología. ¡Vaya una manera desgraciada de pulir, fijar y dar esplendor a la lengua!

304. Y como todo no ha de ser apuntar incongruencias, cúmpleme reconocer que propende también la docta Corporación, y muy eficientemente, a uniformar la prosodia de algunas voces de igual terminación que andan con diverso o inseguro acento, sin que haya razón capaz de justificar tal irregularidad.

En este caso se encuentran *anagrama*, *diagrama, epigrama, monograma*, *programa*, *pentagrama, telegrama*, etc. Y es de contarse que triunfa el dictamen académico, pues prevalece *telegrama,* aun cuando traen TELÉGRAMA Barcia y Monlau (*Dic. Et.*), y se abre camino *pentagrama,* a pesar del insigne D. José Echegaray, que ha escrito PENTÁGRAMA, según prueba Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 232). Ni el mismo Rivodó, que tanto se inclina a la tolerancia en casos dudosos, permite la acentuación esdrújula que concedemos comúnmente los argentinos y otros americanos a esta voz (a *pentagrama*); sólo ha podido permitirse la defensa de EPÍGRAMA en términos que merecen ser trascritos por lo ocurrentes: «La acentuación de esta voz, aunque se aparta de la de su origen, es más cónsona con su significado que la grave, pues que con la rapidez le comunica cierta cadencia imitativa análoga a las condiciones de lo que representa, que son, cual la abeja, llegar zumbando, punzar con presteza, y desaparecer instantáneamente. Creemos que de esta especie de onomatopeya es que ha dimanado la propensión a volverla esdrújula.» (*Voces Nuevas,* página 224)..., y pudo contar el distinguido gramático venezolano, para corroborar su tesis, a Ventura de la Vega, Alcalá Galiano, Gil y Zárate, Silvela, Guido y Spano, y otros autores que han escrito alguna vez EPÍGRAMA.

305. Para los que, equivocadamente, dicen ACRIMONÍA, estamparé que este vocablo adopta la prosodia que es común a todas las voces que llevan el sufijo *monia* (*ceremonia*, *parsimonia*, *santimonia*, etc.). Cuéntese que *neumonía* y *pulmonía* tienen el sufijo *ía*, y que *armonía* o *harmonía* y *hegemonía* provienen directamente del griego, y conservan su acento etimológico.

306. Las palabras terminadas en el sufijo *gamia* cargan invariablemente el acento en la penúltima *a: bigamia*, *monogamia*, *poligamia*, etc.; y aun cuando Hartzenbusch haya dicho que él «pronunciaba también POLIGAMÍA, recordando una octava de D. Tomás de Iriarte», no hay razón suficiente para pedir con Rivodó que se admita doble prosodia en estas voces. Las acabadas en el griego *gamo* (boda), resultan esdrújulas: *bígamo, criptógamo, monógamo*, *polígamo*, etc.; y guarden recuerdo de esto los que dan en usarlas indebidamente como graves.

307. Para los vocablos terminados en *locuo* (del latín *loquor*-hablar), en los que se cuentan *altílocuo, gastrílocuo, grandílocuo*, *maquílocuo*, *multílocuo, vanílocuo, ventrílocuo*, etc., pide Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 220) que se conceda acentuación grave, alegando que «son forzados los esdrújulos cuando la voz contiene un diptongo después del acento». Encontrarán una disculpa en esto los muchos que entre nosotros dicen VENTRILOCUO.

308. Cuervo (*Apunt.*, pág. 10) apoya la acentuación grave que da la Acad. a *paralelogramo*, como a los múltiplos y sub múltiplos del *gramo*. Creo que esta vez bien puede concederse al uso los derechos que tiene adquiridos, dado que es tan general la pronunciación esdrújula de estas voces. A destiempo se acordó la R. Corporación de campar por los derechos del acento etimológico; después de haber amparado la acentuación esdrújula, la más popular, como que trae *paralelógramo* en la 6.ª edición de su *Dic.*, opta desde 1852 por *paralelogramo*, con poco éxito, pues no demuestra el público, al menos el nuestro, haber notado el cambio.

309. La Academia permite doble prosodia en las muy contadas palabras que se verán a continuación; y a fe que muchas de las que gozan de tal favor podrían de buen grado renunciarlo, que tal ha ocurrido ya con *utopía*, voz que hasta la 12.ª edición del *Dic.* venía con dos acentuaciones (*utopía* y UTOPIA), como puede también verse en los Diccionarios de Barcia, Monlau, Domínguez, etc.; por fin, en la 13.ª edición, resulta desechada la segunda (UTOPIA), no obstante haber merecido la aprobación de Bello y de Bretón de los Herreros, Núñez de Arce y otros poetas de nota que la emplearon. Pongo, en primer término, la que conceptúo de empleo más común, al menos en la Argentina, y van a la par de cada una las autoridades, sean filólogos o poetas, que han dado en preferirlas.

Helas aquí:

Aloe (Barcia, Lope de Vega, Zorrilla) y *áloe* (Monlau, Amunátegui Reyes);

aureola (Monlau, Amunátegui R., Espronceda) y *auréola*;

caduceo (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Valbuena, Hojeda, Burgos, Toro) y *cadúceo;*

cíclope (Barcia, Monlau, Robles Dégano, Amunátegui R., Lope, P. de Oña, Villaviciosa, Martínez de la Rosa, Burgos, E. de Ochoa, Conde de Cheste) y *ciclope* (Bello, Cuervo, Diego H. de Mendoza, Iriarte, Herrera, Montalbán, Saavedra, Quevedo);

cónclave (Robles, Dégano, Hojeda, Lope, Villaviciosa, Jáuregui, Mauri, Eguílaz, Mesonero Romanos) y *conclave* (Salvá, Barcia, Monlau, Cuervo, Amunátegui R., M. de Santillana);

égida (Monlau, Cuervo, Amunátegui R., Hermosilla, Moratín), y *egida* (Barcia, Villaviciosa, Jovellanos, Burgos);

elíxir (Barcia, Amunátegui R., Hartzenbusch), y *elixir* (Monlau, Burgos, Espronceda, Zorrilla).

fárrago (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Zorrilla, Menéndez Pidal), y *farrago* (T. Iriarte, Moratín, Robles Dégano);

médula (Barcia, Monlau, Hermosilla, E. Ochoa), y *medula*

(Cuervo, Amunátegui R., Robles D., Cervantes, Lope, Hojeda, Valbuena, Maury, Montalbán, Quevedo, Calderón);

metempsicosis (Monlau) y *metempsícosis*;

meteoro (Barcia, Monlau, Bello, Domínguez, Amunátegui R., Robles D., Arriaga, Lista, Jovellanos, Duque de Rivas, Valera), y *metéoro*;

mucílago (Barcia, Monlau), y *mucilago*.

orgía (Barcia, Monlau, Bello, Amunátegui R., Zorrilla, Campoamor), y *órgia* (Bello, Hermosilla, Espronceda, Zorrilla, Campoamor, M. Pidal);

pabilo (Bello, Cuervo, Valbuena, Tirso de Molina, Diego de Mendoza, Rojas, Mena), y *pábilo* (Sicilia, Amunátegui, Balaguer);

parásito (Barcia, Monlau, Amunátegui R., Burgos, Bretón de los Herreros), y *parasito* (Bello, Cuervo, Espronceda, Mora);

presago (Bello, Cuervo, Robles D., Barcia, Lope, Jáuregui, Herrera, Góngora, Calderón), y *présago* (Monlau, Domínguez, Amunátegui, Martínez de la Rosa, M. Pelayo);

prócero (Monlau, Barcia, Amunátegui), y *procero* (Bello);

varice (Cuervo, Barcia, Monlau), y *várice* (Amunátegui R., Barcia, Monlau, Domínguez, Toro).

310. En mi crítica al sistema de acentuación ortográfica impuesto por la R. Academia, he tenido ocasión de demostrar que no existe reglamentación alguna para el tilde que puede corresponder en las palabras graves terminadas en vocal que tienen hacia la penúltima sílaba dos vocales capaces de formar diptongo; y existiendo tal laguna, no es raro que lleguen hasta nosotros con incierta prosodia muchas de las palabras que están en tal condición.

Es común por estas tierras que unos digan *transeunte* y otros *transeúnte*. Si bien la primera pronunciación es la más correcta, como que la imponen el *Léxico Acad.* (1), y los Diccio-

(1) Es de advertir que aunque la Academia ha omitido la regla o advertencia correspondiente, marca comúnmente el tilde cuando se desata el diptongo.

narios de Barcia, Monlau, Toro y Gómez, etc., mal puede rechazarse de plano la segunda, que viene en su apoyo el erudito Cuervo (*Apunt.*, pág. 74), quien, fundándose en una cita de Bretón de los Herreros, pide decididamente la separación del diptongo (*transeúnte*); y la misma prosodia reclama Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*, pág. 444), aportando ejemplos del mismo Bretón y de Campoamor. En virtud de la contradicción apuntada, resulta, sin duda, esta voz con mejores derechos a la doble prosodia que muchas de las que anotadas quedan en el cuadro precedente.

311. La Academia, Barcia, Monlau, Domínguez y Calandrelli traen *balaustre* en sus diccionarios. Y la pronunciación indicada por esta forma (*balâustre*), merece la preferencia de Cuervo (*Apunt.* pág. 66), de Sicilia (*Elementos de Ortología y Prosodia*, parte 2.ª, lección 11); de Rivodó (*Voces Nuevas*, página 229), y consta en Valbuena, Arriaga, Trueba y otros autores de mérito. Con todo, el insigne Benot condena tal prosodia diciendo que es barbarismo, y tiene de su lado a Lope y a Calderón que han usado *balaústre*, a Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 200), y pesa también en pro de tal manera de acentuar el hecho de que, como lo recuerda Cuervo, acentúe la *u* la voz correspondiente, en portugués, italiano y francés.

312. Cuervo, de acuerdo esta vez con la Acad., y apoyándose en citas de Ercilla, Valbuena y Forner, desata el diptongo que pudiera formarse en *baraúnda*, y consuenan con esta pronunciación Benot (*Prosodia*, tomo 2, pág. 29), Robles Dégano (*Ortología*, pág. 200), de la Peña (*Gram.*, pág. 541) y Toro Gisbert (*Tesoro*, pág. 35). Queden avisados los que, malamente, dicen BARAUNDA, si bien pueden contar en su defensa los diccionarios de Domínguez y Calandrelli.

313. Paréceme que en América más se dice SAUCO (1) que

(1) Impugnan esta pronunciación: Ramos Duarte (*Dic. de Mejicanismos*, pág. 453), Batres Jáuregui (*Cast. en Amér.*, pág. 178), Gagini

saúco. El *Léxico* académico impone *saúco*; no obstante, vese SAUCO en la 12.ª edición, en las definiciones de «*electroscopio*» y de «*piel*». Barcia trae *saúco*; Monlau, SAUCO, y Rivodó reclama las dos acentuaciones, pedido que no deja de ser atinado.

314. Tan común y molesto, como es común y molesta la enfermedad que designa, es el decir REÚMA. Llévese en buen hora el acento a la *e*, que así (*reuma*) escribieron esta palabra Tirso, Valbuena, Quevedo, etc.; y así la quiere la Acad., y con ella el buen decir.

315. No es sólo trasgresión del vulgo el formar diptongo indebidamente con las vocales concurrentes de *alicaído*, *bilbaíno*, *caída*, *cocaína*, *creíble*, *descreído*, *desleído*, *distraído*, *engreído*, *heroína*, *increíble*, *leído*, *oído*, *paracaídas*, *paraíso*, *recaída*, *retraído*, *sonreído*, *sustraído*, *vizcaíno*, etc.; voces son éstas que han de llevar irremisiblemente el tilde sobre la *í* para estar según manda la corrección, y débese tener cuidado de pronunciarlas de acuerdo con tal ortografía. En iguales condiciones está *retahíla;* pero la interposición de la *h* hace innecesario el tilde.

316. La misma prosodia corresponde a los infinitivos *desleír*, *desoír*, *engreír*, *freír*, *oír*, *refreír*, *sofreír*, *sonreír*, *trasoír*, y a todos los terminados en *uir*, como que deben decirse con sus vocales adyacentes bien desligadas; pero ocurre que la Academia ha omitido el tilde que debieran llevar sobre la *i*, contraviniendo con ello su propia reglamentación del acento ortográfico. Cuervo ha dado en acatar la regla y no el uso académico, pues marca el tilde a todas estas voces.

317. Es común, aun entre gente muy leída, la errada tendencia a retrotraer el acento en voces terminadas en *ía*, vi-

---

(*Barb. y Prov. de Costa Rica*, pág. 542), R. Uribe y U. (*Dic. abreviado de gal. prov.*, etc., pág. 253), Ortúzar (*Dic. de loc. viciosas*, etc., página 296), Echeverría y Reyes (*Voces usadas en Chile*, pág. 227) y otros filólogos americanos.

niéndose a emitir estas vocales como si formaran diptongo. Tal ocurre en *abogacía*, *acedía*, *afonía* (= sinfonía), *atonía* (= monotonía), *canturía*, *hipocondría*, *homilía*, *jauría*, *letargía*, *necrología*, *oftalmía*, *peonía*, *primacía*, *profecía*, *psiquiatría*, *sandía* (1), *supremacía*, etc. Y aun cuando Zorrilla ha podido decir HOMILIA, y anda así trastrocado el acento de algunos de estos vocablos por no pocos poetas y en ciertos léxicos, debe primar la acentuación que dejo anotada, que es la que pide el mejor decir y es la consagrada por el *Dic.* de la Acad. en su última edición.

318. En cambio, no pocas son las voces que por obra y gracia de la ignorancia y del error pierden su diptongo final, y es indudable que tal trasgresión y la consiguiente incertidumbre prosódica nos viene del poco acierto y del mucho abandono con que ha venido usándose el acento ortográfico.

Están en tal caso, entre otras muchas, las palabras siguientes: *acrimonia*, *albuminuria*, *antonomasia*, *autocracia* (= *aristocracia*, *democracia*, etc.), *autoplastia*, *autopsia*, *Babia*, *bacteria*, *demagogia*, *diplomacia*, *estadio*, *estereotipia*, *galvanoplastia*, *holgorio* (o *jolgorio*), *insania*, *periferia*, *represalia*, *salmodia*, *tauromaquia*, etc.

No faltan quienes discutan aún con algunas de estas acentuaciones. Así, Barcia (*Dic. Et.*) trae GALVANOPLASTÍA, con evidente inconsecuencia desde que anota después *autoplastia*, voz de formación análoga que requiere, sin duda alguna, la misma colocación del acento.

Raro es que *demagogia* conserve esta acentuación desde que todos los vocablos de terminación idéntica (*anagogía*, *analogía*, *fisiología*, *geología*, *hidrología*, *necrología*, *pedagogía*, *zoología*, etc.) desatan uniformemente sus últimas vocales con tilde sobre la *i*. Toro Gisbert (*Apunt. Léx.*, pág. 21) pide igual acento para todas estas voces.

(1) Es de advertir que en esta voz, como en *Ambrosia* y *ambrosía*, *Amelia* y *Amelía*, *arteria* y *artería*, *penitenciaria* (adj.) y *penitenciaría* (sust.) etc., el cambio de acento importa variación en el significado.

319. Creo que podría tolerarse tanto *disenteria* como *disentería*, tal como lo pide Rivodó. Si bien esta acentuación (*disenteria*) consta en las últimas ediciones del *Léxico* académico y es la empleada por Monlau, aquélla (*disenteria*) está en Barcia, es la más oída y es decididamente preferida por Bello (*Ortología*, 2.ª parte, cap. 3.°), por Toro (*Apunt. Léx.*, pág. 27), y por Cuervo (*Apunt.*, pág. 20), quien expresa, aparte de otras razones muy atendibles, lo siguiente: «Aunque la Academia desde 1884 ha decretado que *disentéria* es disparate, persistimos en no creerlo y en apoyar esta acentuación, que ella misma sancionó durante siglo y medio, siendo seguida, sin citar a otros, por su ilustre Secretario Bretón de los Herreros.» Y vayan para mayor corroboración, aun cuando en mérito de la brevedad hemos venido omitiendo en lo posible citas y transcripciones, estos versos del distinguido poeta español Juan de Castellanos:

«Morían en grandísima miseria
Del mal de flujo dicho *disenteria*.»

320. Y ya que vengo tratando casos en que se da como diptongo lo que no es tal y viceversa, consideraré, antes de pasar a otro punto, algunas voces que del mismo pie cojean.

La Acad. anota como esdrújulo a *etíope*, y así han acentuado este vocablo Lope de Vega, Villaviciosa, Góngora, Rojas, Calderón, Jovellanos, Gómez, Hermosilla, Zorrilla, Monlau (*Dic. Etim.*), Domínguez (*Dic.*), Toro y Gómez (*Dic. Encicl.*) y Cuervo (*Apunt.*, pág. 75). Barcia (*Dic. Et.*) lo trae como grave (ETIOPE), y no está sólo, que así lo han usado el mismo Villaviciosa, Burgos, el C. de Cheste y N. de Arce, según se comprueba en ejemplos que trascribe Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*). Demás está decir que hay mayoría en pro de la primera acentuación.

321. Muchos dicen PERIODO (PERIÓDO), pero se trata de un barbarismo prosódico. Si se halla en ocasiones tal acentuación en poesía, es como licencia; lo correcto es *período*.

322. He oído decir PECIOLO (PECIÓLO), hasta a profesores de Historia Natural, a pesar de traer *pecíolo* la Botánica de García Purón y otros textos. Sépase que este término, como las voces precedentes, debe ser esdrújulo, y como tal está presente en el *Dic.* académico.

323. En la misma condición prosódica están *olimpíada* y *olimpíade*, aunque algunos den en usarlas como graves, entre ellos Monlau y Barcia (*Dic. Et.*), que no marcan su tilde a la *i*. Como esdrújulas tendráse también a *dríada* y *dríade*, que están contestes en ello la Acad., Monlau y el uso concedido por Clemencín, Maury y otros autores; lo que basta para obtener primacía, ya que sólo podrá señalarse la acentuación grave de estas voces (DRIADA, DRIADE) en poesías de Mora, Menéndez Pelayo (citadas por Amunátegui Reyes) y algún otro contado autor. Las *híadas* e *híades* se andan, como las driadas, algo salidas de quicio en su prosodia; pero, aun cuando Lista (*Viaje de Virgilio*, trad. de Horacio) y Burgos (trad. de la *Oda* 3, libro 1.° de Horacio) las hayan escrito como graves, esdrújulas deben ser, que como tales las consignan el *Dic.* y distinguidos autores; y ante todo, así lo pide la uniformidad, ya que igual acento corresponde a las voces *hamadríada* o *hamadríade*, *heliada*, *olimpíada* u *olimpíade*, *miríada*, y a todas las derivadas del griego que terminan en *íada* o *íade*.

*
* *

324. El afán de pronunciar como esdrújulos a vocablos que no lo son, no es sólo achaque nuestro; que ya dieron en criticarlo insignes autores de la madre patria, en todos los tonos, y así en prosa como en verso. Y ya que los renglones cortos son de más fácil recordación, pásese vista por esta estrofa de Bretón de los Herreros (*Desvergüenza*, canto VII):

«¿Será tal vez que rutinaria y crédula
La caterva que ha dado en tal manía,

Toma aquel *breve, breve* por real cédula
Que prosodia alteró y ortografía?
¿Es galope el de *epígrama* y de *médula*
Que dé brío a la lengua y energía,
O es que nada estudiaron, ni pretéritos,
Los que pronuncian hóstiles y péritos;»

y por estas dos que dan comienzo a la fábula *El Sastre y el Avaro*, de Hartzenbusch:

«Hay gente que dice cólega
Y epígrama y estaláctita,
Púpitre, méndigo, sútiles,
Hóstiles, córola y áuriga.
Se oye a muchísimos périto,
Y alguno pronuncia mámpara,
Díploma, erúdito, pérfume,
Pérsiles, Tíbulo y Sávedra.»

Sea de provecho la versificada advertencia que trascrita queda; y trataré de ampliarla anotando algunas otras palabras que indebidamente se dan como esdrújulas.

En esta cuenta tenemos las siguientes: *acedo*, *aerolito*, *cabila*, *clorofila*, *cofrade*, *concolega*, *cuadrumano* (1), *epiceno*, *estalagmita*, *expedito*, *intervalo*, *omoplato* (Campoamor escribió OMÓPLATO), *oriflama*, *plebiscito*, *pedicuro*, *protocolo*, *rapsoda*, *sincero*, *ucase* (2), *valaco* (3), *vampiro*, *zafiro*, etc.

325. Como no se trata de una palabra vulgar, y conviene, por lo mismo, que quienes den en usarla no muestren con ella la hilacha, revelando su flojedad en materia de prosodia, vamos a deslindar con algún detenimiento el acento de *opimo*,

(1) Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 144) quiere que se diga CUADRÚMANO, BÍMANO, como *centímano*, *longímano* y *monómano*.

(2) Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 456) trae ejemplos de Bello y de Pí y Margall en que se dice ÚKASE.

(3) Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 222) pide doble prosodia, fundándose en que más se oye VÁLACO que *valaco*.

ya que son tantos los que lo hacen esdrújulo, engañados por su analogía con *óptimo*. Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*, página 312) cita, en favor de la acentuación grave, ejemplos de F. J. Reinoso, Vargas y Ponce, Mauri, Duque de Rivas, M. J. Quintana, V. de la Vega y Tamayo y Baus; con las dos acentuaciones, a J. J. de Mora; y con acento esdrújulo, a E. de Ochoa. Cuervo (*Apunt.*, pág. 15) trae, en defensa de la pronunciación grave, versos de L. L. de Argensola, Jáuregui, Mora y A. de Saavedra, y agrega: «En latín es *opímus*, y no hay razón para desviarnos de la norma. El error ha provenido de que los demás en *imo* sacados del latín son esdrújulos: *íntimo, máximo, legítimo*, etc.» Hartzenbusch, en carta dirigida a Cuervo, y Monlau, en su discurso académico sobre neologismos y arcaísmos, tienen ocasión de condenar el uso de esta voz como esdrújula. Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 231) opta por la acentuación grave. Y creo que están por ella la mayor parte de los escritores americanos; para comprobarlo, vayan estos ejemplos que entresaco de mis papeletas:

«Del incógnito clima
¡Oh rey de Lusitania! los portentos.
Y la mies áurea *opima*»
(*A Cristóbal Colón*. R. M. Baralt);

«El premio rinde *opimo:*
No es a la podadera, no al arado
Deudor de su racimo»
(*La agricultura de la zona tórrida*. A. Bello);

«Y la viña feraz que amarillece,
Ve que el fecundo otoño sus *opímos*
Y dorados racimos»
(*A Elvira*. C. Guido y Spano);

«Sus frutos *opimos* nos brinda la paz»
A Balcarce. R. Obligado).

326. Aunque el Dic. de la Acad. da como anticuada la

acentuación esdrújula de *cantiga*, por acá y hasta por España parece que se anda aún muy lozana entre las pocas personas que tienen ocasión de mentar esta voz. Hay que esperar que el tiempo se encargue de dar razón a la docta Corp., ya que los diccionarios de Barcia, Monlau y Calandrelli, Zorrilla (en *Ira de Dios*), Balaguer (en *Oda a la pacificación de Cataluña en 1849*) y otros autores, bien modernos, no se cuidan de concedérsela, pues escribieron *cántiga* cuando ya declinaba el siglo XIX; y para no dejar de traer a colación un poeta americano siquiera, anotaré el ejemplo siguiente:

«Y del bosque los dulces trovadores
Le entonaron su *cántiga* postrera»
(*A la noche*. Abigaíl Lozano).

327. *Cuadriga* pide la Acad., y se ve esta acentuación en los diccionarios de Monlau, Barcia, Domínguez, Toro, etc., y en *Acent. Viciosas*, de Amunátegui, reforzada con ejemplos del Duque de Rivas, Conde de Cheste, de Arriaza y Menéndez Pelayo. No quedan, con todo, desamparados los que dicen CUÁDRIGA, que viene en su apoyo Rivodó (*Voces Nuevas*), al pedir doble prosodia para esta voz, y no les faltará un poeta excelso que les preste arrimo:

«Igneo sol que levanta
Su *cuádriga* de luz entre centellas»
(F. G. Pardo. *La Gloria del Libertador*).

328. Los diccionarios de la Academia, Monlau, Domínguez y Toro dicen *hipogrifo*; en cambio, Barcia (*Dic. Et.*) estampa HIPÓGRIFO, y es muy común esta acentuación, aun cuando no sea tan autorizada como la primera. Amunátegui (*Ac. Vic.*) atribuye al ejemplo que trae el primer verso de *La Vida es Sueño* (*Hipogrifo* violento) el hecho de que circule en Chile este vocablo como esdrújulo; pues el metro no indica cómo acentuó Calderón, y ocurre que en los textos de literatura más traqueados por los chilenos (*Poética* de Martínez de la Rosa, *Re-*

tórica de Gil y Zárate, *La elocuencia al alcance de todos* por Balaguer, etc.) se pone HIPÓGRIFO al trascribir este verso. Lo explicado basta para mostrar que han tenido sobrado motivo Rivodó (*Voces N.*) y de la Peña (*Gramática Cast.*) al reclamar doble prosodia para esta voz.

329. Mandan las últimas ediciones del Léxico que se diga *peritoneo*, y Monlau condice con tal pronunciación (*Dic. Et.*), pero tienen cómo disculparse los que hacen esdrújula esta palabra pronunciando PERITÓNEO, que así lo trajo en anteriores ediciones el *Dic.* académico, así consta en el *Dic. Et.* de Barcia y en el *Dic.* de Domínguez, y así la escribió Bello.

330. Ha de decirse *polipero;* exigen esta acentuación el *Dic.* de la Acad., el *Enciplopédico* de Toro y Gómez y otros léxicos, y es la que se ve en la *Zoología* del Dr. Juan García Purón (págs. 208 y 210), y en la del distinguido pedagogo argentino D. Víctor Mercante (pág. 115), textos éstos de los más usados en nuestra enseñanza secundaria y normal. No faltan textos que digan POLÍPERO; en este caso hállanse la *Zoología* por Milne Edwards, traducción de Elías Zerolo (pág. 609, y la *Historia Natural* por Langlebert (pág. 366); y sépase que tal manera de acentuar está amparada por Barcia (*Dic. Et.*) y Domínguez (*Dic. Clásico*).

331. Los que dan en hacer esdrújulo a *poligloto y poliglota*, como a *polipero*, y es de contar que son muchos, no hacen más que plegarse a la prosodia adoptada para otros compuestos de origen griego formados con el mismo elemento inicial *poli* (*polífono*, *poligama*, *polígono*, *polígrafo*, *polímita*, etc.); con ellos están Sicilia (*Ortología*), que tacha como galicada la acentuación grave de estas voces; Domínguez (*Dic. Clásico*), y Rodríguez Navas (*Dic. Cast.*, Madrid, 1906), que han puesto a la par de POLÍGLOTA A POLÍCROMO (Barcia también acentúa POLÍCROMO), que debe ser grave; y ha trasladado el acento a la *i* en *políglotо*, nada menos que el muy erudito D. Marcelino Menéndez Pelayo. Esto no obstante, ha de primar la acentuación grave (*poligloto* y *poliglota*), que la piden los diccionarios más

autorizados, entre ellos el de la Acad. y los de Barcia y Monlau, y otros autores que merecen fe, como el P. Isla, Scío, Moratín, E. de Ochoa, Bello, de la Peña (*Gramática Castellana*), pág. 544) y Toro Gisbert (*Tesoro* y *Dic.*).

332. Aunque los dicionarios de Barcia, Domínguez y Rodríguez-Navas dicen saxífraga, debe primar el acento grave (*saxífraga*), tal como consta en la Acad.

333. Barbarizan los que pronuncian como esdrújulas a *tifoideo* y *tifoidea*.

334. En los párrafos precedentes he tratado de voces que indebidamente se dan como esdrújulas; pero, así como toda medalla tiene su reverso, mal puede este caso prosódico dejar de tenerlo, y he de continuar ahora con las palabras que siendo esdrújulas se pronuncian equivocadamente como graves.

En tal condición pueden contarse las siguientes: *ábaco*, *acídulo* (el adjetivo), *acrópolis*, *ágape*, *albúmina*, *álcali*, *alícuota*, *alúmina*, *alvéolo*, *ánade*, *ápside*, *árcade*, *areófago*, *ázoe*, *bátavo*, *bólido*, *cántabro*, *dínamo*, *epíteto*, *eúscaro*, *éxodo*, *hemeópata*, *micrófono*, *micrótono*, *náyade*, *necrópolis*, *ómnibus*, *orquídea*, *présbita*, *prístino*, *pródromo*, *prótasis*, etc.

335. *Sánscrito* aparece inserto por la Acad. desde la 12.ª edic. de su *Dic.* La acentuación grave de esta voz fue prohijada en el mismo *Léxico* hasta la 11.ª edición, y en la 12.ª manteníase aún en la definición de *bengalí* y en la de otras palabras. Bello optó por el acento grave, y es éste el que trae Barcia (*Dic. Et.*). Concesión muy atinada sería el permitir las dos acentuaciones tal como lo recomienda Rivodó (*Voces Nuevas*), ya que anda tan vacilante la prosodia de este vocablo.

336. Salto y grande, es el que da el tilde de los esdrújulos *ínterin* y *tílburi*, que de la *i* primera se pasa en ocasiones a la última. Para INTERÍN pide favor Rivodó (*Voc. N.*), y con justicia, pues resulta a todas veras forzado el acento esdrújulo de este adverbio latino. El mismo Rivodó, muy inclinado siempre a la tolerancia, solicita igual merced para TILBURÍ, acen-

tuación afrancesada que usó Bretón de los Herreros y que anota el novísimo *Dic.* de Rodríguez-Navas; poco se oye por América tal decir, al menos en la Argentina predomina la pronunciación esdrújula *(tílburi)*, que es la que mejor se ajusta a la del inglés «*Tilbury*», nombre del inventor de este carruaje, de donde proviene el vocablo.

337. *Ileon* (parte del intestino delgado) es otra voz esdrújula que, indebidamente, tórnase aguda; y debe, a mi ver, este trastrueque del acento a la influencia de Ilión, nombre que designa á Troya. Barcia no marca tilde en la *I* al anotar en su *Dic.* a *íleon*; pero al tratar del sentido etimológico de este término, escribe como corresponde (*íleon*). En la Acad., como en Monlau y otros diccionarios, se tiene *ileon*.

***

338. Réstame considerar, siquiera sea someramente, algunas voces graves que por error se dicen como ayudas.

Comenzaré por advertir que *fútil*, *mástil*, *núbil* y *túnel* tienen muy puesto en razón su tilde, y que muy descaminados se andan los que acentúan la última sílaba.

339. Para algunos profesores de Historia poco versados en prosodia, un ASPID puso fin a los días de la bella y fastuosa Cleopatra. Cuenten que sería un *áspid* ó *áspide*.

340. *Colon*, nombre que designa una parte del intestino grueso, conviértese, por obra y gracia de la ignorancia, en homónimo del insigne descubridor de América. Es triste cosa esto de dar a un pedazo de tripa el nombre del gran *Colón*, y ¡cuidado! que los más expuestos a caer en infracciones de tal laya son los que no andan muy al tanto con los usos del tilde.

341. Los que dicen SIMIL (SIMÍL), y no son pocos, podrían, con la misma frescura, y para barbarizar en regla, pronunciar VEROSIMIL e INVEROSIMIL. Demás estará el aportar citas para que se caiga en la cuenta de que ha de decirse *símil*, como *verosímil* e *inverosímil*.

342. La olorosa *reseda* abunda en estas regiones con nombre masculino, y carga el acento en la *a*, muy a la francesa. Pide pase Rivodó para las dos acentuaciones (*reseda* y *resedá*), y será menester atenderle, si es que ha de tenerse en alguna cuenta el uso más popular.

343. *Fiat* y *réquiem*, voces netamente latinas, no tienen por qué perder su prosodia; fueron, son y serán graves hasta que hablistas o gramáticos prueben lo contrario.

*
* *

344. Veamos ahora el caso recíproco; es decir, voces agudas que erradamente se dan como graves.

Tal ocurre con *astil*. Poetastros hay que dicen ÁSTIL para tener oportunidad de consonar con *mástil;* les resulta un barbarismo prosódico tan reprobable como el que cometen con *sutil* los que creen que esta voz es cónsona de *fútil*.

345. *Cenit* da motivo en ocasiones al mismo trastrueque del acento, pero con mejor suerte se anda desde que poetas de renombre autorizan el uso de CÉNIT como una licencia poética.

He aquí un ejemplo:

«¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan
Del aire trasparente por la región azul?
¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan
Del CÉNIT suspendiendo su tenebroso tul?»

(*La Tempestad*. José Zorrilla.)

346. *Eclesiastés y pentecostés* bien pueden andar con acento grave sin avergonzarse, que para ello tienen a Scío, Bretón de los Herreros, Hartzenbusch y Menéndez Pelayo, que han escrito *pentecostes*, según citas que trascribe Amunátegui Reyes (*Ac. Vic.*, pág. 335), y a otros autores de nombradía, los que hubieran también acentuado como grave a *eclesiastés* en caso de usarlo. La 11.ª ed. del *Léxico* traía PENTECOSTES; y

Cuervo no desdeñó esta acentuación (*Ap.*, pág. 16). Con razón y justicia se atreve Rivodó a reclamar doble prosodia para estas dos voces (*Voc. N.*, pág. 221).

347. Algunos americanismos ruedan por ahí con su acentuación a mal traer, y no es asunto éste que pueda resolver de por sí la R. Acad.

Ya que su *Léxico*, como los de Barcia, Moulau y todos, o casi todos los que se han impreso en España, estampan *anana* o *ananas* como voz grave y femenina, hubiérase siquiera dado cabida a los dos géneros y a las dos prosodias, como pide Rivodó (*Voces N.*, pág. 222), ya que lo más común en toda la América española, y más especialmente en las regiones que producen y que más consumen esta deliciosa fruta, es nombrarla *ananá*, *ananás* o piña. Hasta en el Brasil predomina esta acentuación. Protestan contra el acento grave que da la Acad. varios diccionarios de americanismos, entre ellos el *Vocabulario Rioplatense*, de D. Granada (página 83), y el *Dic. de locuciones vic. y de correc. de lenguaje*, por C. Ortúzar (pág. 29). La docta Corporación presenta esta voz como proveniente del peruano *nanas;* pero bien puede venir del guaraní, que llamó y sigue llamando a esta fruta *ananá*, dando a las dos últimas sílabas una pronunciación gutural-nasal. Y para mayor comprobación del verdadero acento y del género más apropiado, vaya este ejemplo:

«Para tus hijos la procera palma
Su vario feudo cría,
Y el *ananás* sazona su ambrosía
(La agricultura en la zona tórrida. A. Bello).

348. El *Dic.* de la Ac., en su 11.ª edición, daba a *cóndor* como agudo (CONDOR); y en la 12.ª, aun cuando se presentaba esta voz con acento grave, persistía la acentuación aguda en la definición de «buitre». Como lo reconocen Cuervo y Amunátegui Reyes, este CONDOR fue de uso muy común a principios del siglo XIX; y así sin tilde alguno, lo que equivale a

considerarlo como agudo, lo anotan los diccionarios de Barcia y Monlau, y otros léxicos publicados en España. La *Zoología* del Dr. J. García Purón (impresa en N. York, 1906) nombra a este rapaz «CONDOR o buitre de los Andes». De alguna de estas fuentes habrá tomado Echegaray ese CONDOR que se ha posado sobre un verso de su *Haroldo el Normando* (Acto I, esc. 4.ª) para aconsonantar con «amor»; valga como licencia poética, y en la misma cuenta pondremos este ejemplo de Salvador Díaz Mirón:

«Se eleva... como el reptil
Asido por el CONDOR,
El fuego exterminador
Trueca la arena en cristal» *(Preludios)*.

Y no ha debido desconocer este muy sentencioso cuanto inspirado vate mejicano la correcta denominación, desde que la ofrece en su bello poema a *Víctor Hugo*, donde se lee:

«¡El *cóndor* gigantesco de los Andes,
El buitre colosal de orlado cuello,
No ha batido jamás alas tan grandes
Ni ha visto tan de cerca un sol tan bello.»

Y para que no quede duda alguna con respecto a la prosodia que toca en suerte al muy cantado rey de los Andes, recordemos que en *El nido de cóndores*, majestuosa poesía de Andrade, sólo se habla de *cóndores;* de *cóndores* graves, bien graves, si están en singular; esdrújulos, si están en plural; y así anda esta palabra por todos o casi todos nuestros poetas; y si alguien pudiera ponerlo en duda, ate estos cabos y tendrá sobrada comprobación de nuestro aserto:

«Tú que en las nubes tienes aéreo nido,
Tiendes tu vuelo, *cóndor* atrevido.
(*Al Cóndor de Chile*. B. Mitre);

«Que va en pos del ideal,
Como el *cóndor* á los cielos»
(*La muerte del payador*). (R. Obligado);

«¡Y fué la libertad! ¡Y el pensamiento,
Tomó las alas del nativo *cóndor*!»
(*Echeverría*. R. Obligado);

«*Cóndor* potente á quien prestó sus alas
El sol del Inca y el ingenio hispano»
(*El bardo proscripto*. A. Margariños Cervantes);

«Escucha, amigo *Cóndor*, mi exorcismo»
(*Al Cóndor de Chile*. A. Bello);

«Recuerdo las calvas rocas
De los abismos guarida
Y en cuyas cimas anida
El *cóndor* meridional»
(*Patria y Hogar*. S. Vaca-Guzmán);

«Así place al destino. ¡Oh! Ved al *cóndor*,
Al peruviano rey del pueblo aéreo.»
(*La Victoria de Junín*. J. de Oviedo);

«Ni el *cóndor* de los Andes que alza el vuelo
Desde su nido a la región azul»
(*La locomotiva*. C. A. Salaberry);

«Y el *cóndor* gigantesco fijo mira
El almo sol y entre sus fuegos gira»
(*A. C. Colón*. R. M. Baralt);

«Y excelso monte en cuyas densas brumas
Cierne el *cóndor* gigántico sus plumas»
(*La gloria del libertador*. Francisco G. Pardo).

349. *Quichua* y *quechua* cuentan en su apoyo más autoridades que *quichúa* o *quechúa*; y ya que el *Dic.* académico ha elegido esta acentuación, justo será que dé también cabida a la que primero consigno (*quichua* o *quechua*), la más oída y que bien merece preferencia. Opta por ella, con notable acopio de citas y autores, Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*), que tan solícito se muestra por sostener las decisiones de la docta Corporación; empléala la misma Acad. al definir en su Dic. (12.ª y 13.ª ed.) la voz «cuzma»; y consta en las obras de Barcia (*Dic. Etim.*), Salvá (*Dic.*), Serrano (*Dic.*), Cuervo (*Apunt.*), Zorobadel Rodríguez (*Dic. de Chilenismos*), Echeverría y Re-

yes (*Voces usadas en Chile*), Paz Soldán y Unánue (*Dic. de Peruanismos*), etc.

En nuestras provincias del Norte, y muy especialmente en Santiago del Estero, se habla mucho hasta hoy la lengua *quichua*, y es común que se la llame *quichua*, y no *quichúa*, como manda el *Léxico* Ac.; y aquella acentuación, y no otra, léese en la *Gramática Quichua* del P. Miguel A. Mossi, escrita en Altamizqui (S. del Estero) en 1889, y en el *Tesoro de Catamarqueñismos* (pág. 272) de S. Lafone y Quevedo, erudito conocedor de las razas indígenas del setentrión argentino y de sus lenguas.

Juan B. Selva,
Profesor en Dolores (República Argentina).

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

ISABEL DE BORBÓN

Tuvo Felipe II de su mujer y sobrina varios hijos, de los cuales sólo uno, débil, sobrevivió para heredar la agobiadora corona del padre. Ana era mujer de alma sencilla, de gustos caseros, amiga de devociones, sumisa y obediente a su marido, siempre ocupada en labores y trabajos del hogar, y, como los demás miembros de su casa, dominada por la grandeza y majestad de la misión confiada por los cielos al jefe de ella (1). En el viaje a Portugal, en 1580, Felipe cayó enfermo en Badajoz, y cuando Ana, desesperada de su salvación y en sus oraciones, pedía frecuentemente que el Rey curase, aunque para ello hubiese de morir ella, fue oída su plegaria: el marido, de

(1) El Padre Flórez refiere de ella que en una ocasión se vió a las puertas de la muerte, por su repugnancia en tomar alimento; como todos los remedios del mundo fueran inútiles, el Rey mandó llamar al bienaventurado P. Orozco. El fraile dijo a la Reina que poseía un remedio, recomendado por su abuela, que la curaría si lo quería tomar. La Reina consintió en ello, y el fraile luego aderezó una perdiz con tocino, en presencia de ella, recitando versículos del *Magnificat* a cada vuelta del asador. Cuando el guiso estuvo pronto, presentólo el fraile a la Reina y dijo: «Comed, señora, en nombre de Dios, pues el solo olor del manjar abriría las ganas a un muerto.» Inútil decir que la Reina lo comió y se curó.

cincuenta y tres años ya, recobró su salud, y Ana, en sus treinta, enfermó y murió, dejándole a Felipe en quebranto y desolación para todo el resto de su cansada vida, empleada únicamente en sus trabajos. La lucha por evitar la victoria de la Reforma en Francia, que ocupó sus últimos años y consumó la ruina de su país, hacía imposible que se volviera ni a pensar nuevamente en una alianza entre las naciones vecinas, excepto conquistando a Francia, lo que muchos años de guerra inútil mostraron a las claras ser imposible, mientras el cínico y bravo Rey de Navarra mantuviese en sus manos la bandera nacional como centro de una unión que agrupara a todos en contra del invasor extranjero.

Felipe, amargamente despechado, volvió su vista, cuando ya era demasiado tarde, a Inglaterra, en la esperanza de atraerla a su campaña por la fuerza, si otros medios, como la intriga, el soborno y el asesinato faltaban; pero también se frustró esta esperanza con la derrota de la Armada Invencible; y ahora ya no era posible otra cosa que buscar, como esposa de su hijo Felipe III, a una prima suya de la casa de Austria, y ya no era factible otra política que la de continuar amistad íntima con los Habsburgos alemanes descendientes de Juana la Loca. Cierto que el Emperador se había visto obligado a tolerar a sus príncipes luteranos; pero él y su casa hicieron causa común con los Felipes, cuando Francia puso sus miradas codiciosas en la Flandes católica y en Italia. Margarita de Austria llevaba al matrimonio con el escrofuloso y raquítico Felipe III un cuerpo anémico y un alma embotada, con lo que puede calcularse qué tal descendencia podía esperarse. Ella imploraba a su madre apasionadamente que la salvara del terrible honor de compartir el sombrío trono de su primo, porque en su casa de Estiria hacía vida de monja, consagrada únicamente al humilde cuidado de los pobres y de los enfermos de su propio país; pero se la contestó severamente que debería sacrificarlo todo al supremo deber de la familia; y desde entonces vivió en aquella tétrica atmósfera de abnegación

religiosa, que era el sello de sus parientes españoles (1). Y en esto pasaron sus vidas su marido frailuno, y ella en ñoñas devocioncillas y en frívolos pasatiempos; sus hijos, que tuvieron varios, todos degenerados, de vitalidad apagada, de exagerado prognatismo y ojos marchitos, fueron educados en aquella invariable tradición pática de que a ellos y a España—¡pobre España la de esos tiempos, arruinada, hecha una desolación!—estaba confiada la misión sacrosanta y el envidiable honor de mantener la ortodoxia religiosa en todo el mundo y a cualquier coste.

En lo que Enrique IV fue Rey de Francia, aun después de haber asistido a aquella misa del apotegma, la unión íntima con España no fue posible; pero en aquel día fatídico de Mayo de 1610, en que la daga de Ravaillac, en una callejuela de París, atravesó el corazón del «Gran Bearnais», cambiaron por completo las cosas. La Reina Regente de Francia era de los Médicis, familia papal, imbuída, como todos ellos, de la tradición que afirmaba la ortodoxia de España y su poder incontrastable. Su matrimonio con Enrique había sido un triunfo del partido católico extremo; pero mientras Enrique vivía, la reacción no asomó cabeza. Ahora que ya no existía, ni sus tradiciones hugonotes, pensóse que Francia y España se unirían en liga católica y juntas impondrían su fe en el mundo, por la fuerza o por presiones políticas. Era este plan insensato e impracticable, porque los franceses estaban ya demasiado adelantados para dejarse utilizar en el juego de una España impotente y en bancarrota, grande únicamente en su orgullo y en sus tradiciones.

Pero Jacobo I de Inglaterra había estado arrastrándose como un reptil y haciendo toda clase de humillaciones para ganarse el auxilio de Felipe en favor de su yerno el palatino, y sin duda pareció un buen golpe político a España y Francia

(1) Fué muy amada de todos, especialmente en Madrid. Murió en El Escorial en 1611.

dejarle sólo con sus luteranos. Como quiera que fuese, no se perdió tiempo, y antes de que el cuerpo de Enrique IV hubiera reposado en su tumba de Saint-Denis un año, se concertó casar a la Infanta española Ana con Luis XIII de Francia, y a Isabel o Elisabeth, hija mayor de Enrique IV y de María de Médicis, con Felipe, Príncipe de Asturias, hijo y heredero del Rey de España. Todos los prometidos eran muy niños aún, y se convino en diferir los desposorios hasta que la Infanta tuviera los doce años (1613). Embajadas pomposas y espléndidas fueron la introducción a aquella farsa solemne de rendir homenajes a las niñas como Reina de Francia y Princesa de Asturias respectivamente. El Duque de Mayena, de la casa de los Guisas, se pavoneaba por Madrid con una Embajada tan costosa en 1612, que el coste de su entretenimiento empobreció a la capital por muchos años; y fue tan acentuada la emulación en vestidos y ostentación durante las interminables fiestas con que en Madrid se celebraron los dobles desposorios, que algunos nobles españoles llegaron a acuchillarse en el palacio mismo por causa de ello.

En París, el Duque de Pastrana, hijo de Ruy Gómez, correspondió con fiestas semejantes a aquella niña de nueve años, de negros cabellos, prometida al joven Felipe, heredero de España, de dos años menor que la novia. Otros tres habían de pasar aún, a pesar de la impaciencia de los franceses, antes de que el regreso de la pequeña Infanta Ana (Octubre de 1615), con una pompa y extravagancia que se avenían malamente con las escaseces del reino de su padre, fuese acompañado hasta la frontera de Francia, en donde se aguardaba a la vez a Isabel de Borbón, prometida del padre (1). El 9 de Noviembre de 1615, toda la caballería de España y Francia veíase nuevamente congregada en una y otra orilla del Bidasoa, que hace frontera de los dos países. El lujo devorador y vana

(1) Puede leerse la interminable relación de las fiestas de entonces, cuya responsabilidad recae principalmente en el favorito Duque de Lerma, en *Documentos inéditos*, LXI.

magnificencia fueron despilfarrados insensatamente por los nobles españoles, decididos, como siempre, a abochornar a los franceses. En Behovia, lugar en que debía verificarse la ceremonia, se habían dispuesto suntuosísimas salas de banquete, en sendas almadías amarradas a las orillas del río, y en medio de él otra almadía sostenía un pabellón espléndido, cubierto de terciopelo y paño de oro, y revestido con valiosísimas alfombras de seda del Oriente. En él hizo entrega el Duque de Guisa, al Duque de Uceda, de Isabel de Francia, en cambio de Ana de Austria, que en lo sucesivo había de ser Reina de Francia. La historia romántica y turbulenta de esta última va referida en otra parte; aquí narraremos las fortunas de la hermosa niña de doce años, de negros rizos, que, como Isabel de la Paz cincuenta y cuatro años antes, dejó su país natal para fundar la alianza católica entre España y Francia (1).

Las circunstancias eran harto distintas, pues la libertad religiosa en Europa había ganado en realidad la batalla, aunque la fe ciega y la vanidad de Felipe III siguieran negándose a reconocerlo así, de la misma manera que no daban crédito a su penuria e impotencia. La Reina Regente de Francia, por otra parte, era persona muy distinta de su pariente católica. No se trataba de dar satisfacción a sus intereses, tanto como de hacer el juego de los astutos italianos que la dirigían, y bien pudo verse, cuando Richelieu, que los franceses de entonces no se dejaban atrapar en campañas de ambiciosos extranjeros. Isabel, aunque tan niña, tenía corazón animoso y espíritu levantado, como convenía a hija de tal padre. No le faltaban deseos de ser reina en el trono de más fuste de Europa; pero no se sentía con inclinación al martirio, y, como veremos, su matrimonio influyó menos en asegurar paz duradera y cooperación entre Francia y España, que el de Isabel de Valois.

(1) Para demostrar cuán inciertas seguían siendo las relaciones entre los dos pueblos, un testigo de vista de las ceremonias aludidas menciona como cosa admirable que no hubo riña ninguna entre españoles y franceses.

De Fuenterrabía, San Sebastián y Vitoria prosiguió Isabel su viaje a Burgos, donde había de encontrar a su novio infantil. Vestida a la manera española desde que salió de Vitoria, conquistó los corazones de todos con su jovialidad y gracia; y, como dice un testigo de ella: «Si tenía sangre francesa en sus venas, tenía el ingenio español.» Felipe III y su hijo encontraron a la novia a una legua de Burgos, y se cuenta que el Príncipe, de edad entonces de once años, quedó tan deslumbrado con su belleza, que no pudo articular palabra ante ella. Al día siguiente, Burgos entero respiraba la animación de las fiestas en obsequio de la forastera, que entró en la ciudad en blanco palafrén con silla de plata y jaeces de terciopelo y perlas; y así, de ciudad en ciudad, sonriente y feliz, fué caminando la niña lentamente, hasta hacer su entrada en Madrid, acompañada de soberbia y engreída corte. En la tarde del día 19 de Diciembre de 1615 volvía Isabel desde el monasterio de San Jerónimo (1), recorriendo la distancia de toda la villa hacia el palacio que se levantaba sobre la altura que domina la vega del Manzanares. Un testigo describe su paso según iba por las estrechas calles del viejo Madrid, rebosando de gente, bajo arcos triunfales, dejando atrás miles de corredores henchidos de espectadores y adornados con colgaduras, y en todas partes músicas y aclamaciones de bienvenida. «Su Alteza venía vestida a la moda francesa, con falda entera de raso carmesí bordada de abalorios, con una gorrita guarnecida de diamantes y gorguera ricamente bordada al estilo francés, y con un ceñidor y broche de diamantes de gran tamaño. Caminaba, radiante y vivaracha, respirando júbilo. Su cara fina se deshacía en hoyuelos de risa, y sus ojos refulgían, parándose en todas partes, con gran deleite de la gente» (2).

Cinco años después, o sea en 25 de Noviembre de 1620,

(1) No queda de este edificio más que la Iglesia, próxima al Museo del Prado, en que justamente se verificaron también las bodas de los actuales Reyes de España.

(2) De un Ms. inédito del Museo Británico. Add. 10.236.

empezaron a vivir en el palacio de El Pardo, su vida matrimonial Felipe e Isabel. Felipe no tenía aún más que diez y seis años cuando (en Marzo de 1621) la apagada vitalidad de su padre se extinguió del todo, y el monarca aquel, cortado para fraile, salió, entre alternativos paroxismos de temor y éxtasis de esperanzas, de aquel mundo en que creía haber vivido tan bien y había hecho tanto mal. La corrupción y ruina bajo Lerma y su turba de parásitos había sangrado a España hasta la última fibra, y la miseria más acabada era ahora el único patrimonio de poblaciones enteras. La tradición de las riquezas del Rey, que con tanta dificultad se había venido sosteniendo, apenas encontraba creyentes, y esos que a la caída de Lerma se había hecho soltar cuantiosa presa a algunos de los ladrones más temibles. El Rey había sido amado y reverenciado por su santidad, pero todos veían la desolación a que su perezosa entrega en manos de los favoritos había dado lugar. España tenía puestas ahora sus esperanzas en aquel muchacho de cara larga, pálido, de cabellos lasos y estoposos y ojos azules mortecinos, que tenía que salvar de la miseria al pueblo. Y no ya a él, sino también a la persona que estaba a su lado, contemplaba con la misma expectación. Era un hombre huesudo, corpulento, de unos treinta y tres años, de gran cabeza angulosa, poderosos hombros, negros ojos dominadores, brillantes como ascuas, en un rostro trigueño; sus retorcidos mostachos añadían algo a la altivez imperiosa de su continente. Era aquel hombre Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares y Duque de Sanlúcar, que hizo pronto limpieza general de toda aquella podrida ralea que había engordado sobre España, los Rojas y los Sandovales, y los reemplazó con gente suya. Felipe, como su padre, tenía buena intención y aun más capacidad natural; pero era negligente, amador de los placeres e incapaz de resistir a la tentación por modo pasional, en términos que siempre sus constantes transgresiones de la moral iban seguidas de punzantes remordimientos que daban lugar a nuevas faltas.

Siguiendo las exhortaciones de Olivares, intentó arreglar la situación empezando por reducir los gastos, en lugar de cambiar el sistema de contribuciones, y toda la política financiera y la «briosa política extranjera» que acometió luego le envolvieron en nuevos gastos, que remataron la decadencia del país. Los antiguos sueños insensatos de obtener la unidad de la fe católica con la fuerza de las armas españolas, le indujeron otra vez a la guerra con Holanda, mientras los indios arrasaban las costas y comercio de España, y ésta y Francia volvían a acometerse, ahora que María de Médicis y su camarilla habían desaparecido de la escena. En vez de reconocer los hechos y humillarse para recuperar lo perdido, Olivares y Felipe, seguidos de toda la nación obcecada, ostentaban tanto boato y altanería como sus predecesores en los días en que España era poderosa. El indigno poltrón que reinaba indignamente en Inglaterra, seguía pronto a humillarse a esta fuerza ilusoria. Había sacrificado Releigh a los mandatos de España, había sido utilizado desdeñosamente por Lerma y Felipe III cuando se propuso casar a su heredero con una Infanta de España, y con astucias se le había excluído de una alianza con Francia, dejándose pagar con esperanzas y medias promesas. Pero el Palatinado seguía sin ser repuesto, y al morir Felipe III, Jaime hizo otra tentativa cerca del nuevo Rey para obtener la amistad de España mediante un casamiento.

El viaje relámpago del Príncipe Carlos y de Buckingham a Madrid para conseguir la mano de la Infanta, y con ella la alianza de España, ha sido cuento tantas veces, que no hay para qué contarlo una vez más aquí sino en muy breves palabras. El Príncipe apareció súbitamente disfrazado, en la embajada inglesa en Madrid, el 7 de Marzo de 1622, y al día siguiente, con gran espanto de Olivares, era conocida en todo Madrid aquella visita inhábil. El y Felipe hicieron lo posible por desembarazarse de tan mal negocio. Abandonar el Austria y el Palatinado por la protestante Inglaterra, no podía convenirles, pero podían mostrar cortés atención. Todos los edic-

tos que recientemente se habían publicado imponiendo economías en el vestir, en las comidas y en el lujo, quedaron en suspenso, y mientras Carlos estuvo en Madrid se desató una verdadera tempestad de despilfarros. Isabel y la Infanta desempeñaban su papel en la farsa, con temor y repugnancia, porque la primera sabía que la alianza solicitada se procuraba en contra de Francia, y la Infanta se horrorizaba a la idea de casarse con un hereje. Pero conservaron en cuanto les fue dable las apariencias, especialmente Isabel, que trató a Carlos con mucha afabilidad. El día después de su llegada, Felipe, su mujer y su hermana, esta última con una cinta azul al brazo para que pudiera ser distinguida, paseaban en coche hacia la iglesia del Prado, y Carlos casualmente, no hay que decirlo, las encontró a la ida y a la vuelta con gran satisfacción suya. Poco después envió Isabel al Príncipe inglés como regalo una bata de dormir ricamente labrada y varios cofres olorosos, con llaves de oro, llenos de objetos de tocador, adivinando tal vez que en tan rápido viaje no habría tenido tiempo de llevar tales primores; y luego, en la gran corrida de toros que se celebró en la Plaza Mayor, en honor del Príncipe, estaba ella sentada en el bello mirador de la Panadería, con vestido de raso oscuro, bordado de oro, y miraba cómo Carlos, vestido de terciopelo negro y adornado de blancos airones, cabalgaba en rico alazán por la liza, al lado de Felipe, para ocupar asiento en un palco próximo.

Antes de empezar el baile de máscaras que el domingo de Pascua dió, en obsequio de Carlos, el Almirante de Castilla, Isabel, vestida de raso blanco cuajado de piedras preciosas, comió en público, y luego, cambiando su vestido de color por otro negro y oro, esperó a que el Príncipe la acompañara al baile. Durante estos pasatiempos, y en otras diferentes ocasiones, sentábase él a la derecha de la Reina bajo el dosel real, y Felipe a la izquierda; el Conde de Bristol, de hinojos ante ellos, interpretaba sus breves conversaciones, muy acomodadas a sus fines. Y de esta manera, con comedias, torneos, cañas, ban-

quetes y bailes, Carlos y Buckingham estuvieron embromados por Olivares lo menos seis meses, hasta que la farsa se acabó por consunción, y Carlos tuvo que regresar a su casa como prometido de la Infanta nominalmente, pero en realidad chasqueado, y su nación escarnecida. Suavizóse el fracaso con muchas y lisonjeras palabras, y espléndidos regalos de Felipe y sus cortesanos al Príncipe inglés; y no deja de extrañar, que al partir Carlos le diera Isabel regalos por el estilo del primero, a saber: ropa blanca, cincuenta coletos de ámbar, doscientas cincuenta bolsas perfumadas para pañuelos, una gran suma de monedas de plata y otros objetos por el estilo (1).

Felipe y su esposa habían vuelto a su vida normal en la corte más brillante de Europa. Era entonces el siglo augusto de la literatura española; el drama y la pasión febril por las comedias y por los versos satíricos se habían apoderado de la afición de los españoles bajo la influencia del Rey y de la Reina, entusiastas los dos del teatro y de diversiones de toda clase. Isabel, como su marido, era devota por convencionalismo; daba para el culto constantemente, y asistía con asiduidad a las ceremonias y fiestas de la Iglesia (2). Pero en su devoción no había nada de aquel sello monacal, sombrío, que había afligido a la familia de su esposo. Y el vivir social de los cor-

(1) De un Ms. de Diego de Soto, de Aguilas. Real Academia de la Historia, Madrid. G. 32, y otra copia en el Museo Británico, Add. 10.236.

(2) El Padre Flórez y otros escritores eclesiásticos traen muchos ejemplos de su liberalidad en obras piadosas, y en *Reinas Católicas* se menciona la acción de desagravio de Isabel en ocasión en que «un hereje había ultrajado al Santísimo Sacramento, en este mi convento de San Felipe» (en 1624). Para completar la serie de cultos reparadores que se hicieron en todas las iglesias, la familia real hizo tal fiesta como nunca se vió, en proporción con el insulto que se había hecho al mayor de los misterios. Las galerías de Palacio se adornaron con las joyas más bellas y costosas de la Corona, y se erigió un altar separado, en nombre de cada personaje real. El de la Reina atraía la atención de los visitantes por el gusto en él mostrado y el inmenso valor de las joyas pertenecientes a Su Majestad. El valor de ellas no se estima en menos de tres millones y medio de reales.

tesanos y de la gente de las ciudades había ya experimentado un cambio profundo en este respecto. Las maneras de la Reina eran, a la verdad, tan francas y desembarazadas, que podían dar nacimiento a algún rumor escandaloso sobre su fidelidad para con el marido. Madrid era perfecto semillero de chismes; todo se consideraba a propósito para inspirar versos satíricos, y como éstos corrían generalmente anónimos y manuscritos, no estaba segura de ataques la reputación de nadie alto o bajo.

La reacción contra la rígida formalidad de los reinados anteriores condujo a la corte de Felipe IV a tal desenfreno, que maravillaba con escándalo a los extranjeros. Gran parte del día se gastaba en pasear arriba y abajo en coches la calle Mayor, y muchas de las noches de verano, en recreos que tenían lugar en los arenales del Manzanares. Estuvo en moda el galanteo, y las damas, lejos de ofenderse, recibían con agrado los intencionados cumplimientos y atrevidos donaires que les dirigían en las calles personas extrañas (1). El Palacio mismo, especialmente la nueva casa de recreación del Buen Retiro, edificado en el Prado para Felipe por Olivares en 1632, era famosísimo foco de enredos, alentados por el ejemplo de Felipe mismo, que era con mucho el más disoluto de los reyes de su casa. Desde sus primeros años había encontrado gran placer en representar como actor, y bajo el pseudónimo de «Un Ingenio de esta Corte», escribió comedias, y experimentó gran contentamiento con la compañía de actores y actrices.

Isabel era tan apasionada del arte dramático como su marido; como que así que pasaron los últimos días de luto por la muerte de Felipe III, se consagró a esta su diversión favorita en sus propias habitaciones. Desde Octubre de 1622, todos los domingos y jueves, así como en los demás días festivos del invierno, se representaban comedias en su teatro particular por

(1) *Voyage d'Espagne.* Aersens van Sommerdyt y otros muchos viajeros atestiguan esto. Véase también *Relatione dell'Ambasciatore di Venetia*, Museo Británico. Mss. Add. 8.701.

actores profesionales. Pueden dar idea de los gustos de la Reina en estas materias algunas comedias como éstas: *Los milagros del desprecio*, *La perdición de España* y *Los celos de un caballo*, representadas por Pedro Valdés, y por cada una de las cuales pagó Isabel 300 reales; el precio anterior había sido de 200. *Ganar amigos*, *El poder de la ocasión* y *El villano en su rincón*. *La vengadora de las mujeres* y *El marido de su hermana* se representaron también en el Palacio, siendo el número de las representadas en él, durante el invierno de 1622-23, 43, que costaron 13.500 reales (1).

Mientras estuvo el Príncipe de Gales en Madrid tuvieron buena temporada los teatros de Palacio y los dos públicos de la villa. Jaime Howell, que escribía desde Madrid entonces, decía (2): «Hay muchas composiciones poéticas excelentes aquí, desde la llegada del Príncipe, que son demasiado largas para poderse copiar en cartas. Quiero, sin embargo, daros a conocer esta estrofa de Lope de Vega:

«Carlos Estuardo soy,
Que siendo amor mi guía,
Al cielo de España voy,
Por ver mi estrella María.»

Los cómicos van una vez por semana a Palacio, donde, debajo de un dosel grande, se sientan: la Reina y la Infanta en medio, nuestro Príncipe y Don Carlos a la derecha de la Reina, el Rey y el pequeño Cardenal (o sea Fernando, hermano, aún niño, del Rey) a la izquierda de la Infanta.»

La infidelidad famosa y escandalosa de Felipe para con su mujer, a la que, sin embargo, profesaba cariño, no le impidió llegar a estar furiosamente celoso de ciertas apariencias de homenaje galante a su belleza y encantos. En uno de los grandes juegos de cañas que celebraban su subida al trono, en el

(1) B. F. Schak: *Historia del Arte dramático en España*.
(2) Howell: *Familiar Letters*.

estío de 1621, hubo noticia de que Juan de Tassis, Conde de Villamediana, iba a caballo con su escolta de jinetes por el arenal, llevando una sobrevesta cubierta de reales de plata, y campeando como divisa estas palabras: «Mis amores son *reales*». El Conde era desdichado poetastro, ni joven ni bien parecido, pero finchado y presuntuoso; y los desocupados de la capital que presenciaban el desfile en el llamado *Mentidero* (1), empezaron a murmurar: «esto es una declaración de amor a la Reina»; y que el Rey, cuando su esposa había advertido que Villamediana apuntaba bien, replicó: «Sí, pero apunta muy alto.» Lo que resulta averiguado es que el homenaje de Villamediana no se dirigía a la Reina, sino a otra dama llamada Francisca de Javara, con la que el Rey tenía enredos en aquel tiempo (2); y con toda su acostumbrada jovialidad y franqueza, no hay fundamento para suponer que Isabel alentara en lo más mínimo a Villamediana.

Mas en la siguiente primavera de 1622, estando la corte en Aranjuez, tuvo lugar un suceso que produjo resultados más trágicos para Villamediana. Celebrábase con grandes fiestas el décimo-séptimo cumpleaños de Felipe, y uno de los espectáculos era una escena improvisada, con lona y palos, en el «Jardín de la Isla», hermosamente adornado, en la que había de representarse una comedia en verso, escrita por el Conde de Villamediana y dedicada a la Reina. Tenía por título *La gloria de Niquela*, y a Isabel le correspondía representar el personaje de la diosa de la hermosura. Toda la corte estaba reunida: el Rey en su sitial con sus hermanos y hermana, y la Reina en las habitaciones retiradas detrás del escenario. El interior de aquella ligera construcción estaba iluminado, no hay para qué

(1) Las gradas de la iglesia de San Felipe, en la calle Mayor, se llamaban así.

(2) V. Discurso (publicado) de D. J. Eugenio Hartzenbusch, en la Real Academia de la Historia, Madrid 1861, en donde se discute ampliamente este asunto.

decirlo, con candelas y lámparas, quedando a oscuras los frondosos jardines que la circundaban; cuando, de repente, en el momento en que el prólogo acababa, se oyó un grito detrás del telón, y luego se vió aparecer una lengua defuego, a lo que siguió el incendio total del escenario. Apoderóse el pánico de aquel elegante y regocijado concurso, y hubo sus dificultades y tropiezos para ponerse en salvo. El Rey se abrió paso entre el tumulto, y se dirigió hacia la parte posterior del teatro, en busca de su mujer. Allí estaba Villamediana teniendo en sus brazos medio desmayada a la Reina.

Cualquiera que fuese la causa del suceso, no tardaron en divulgar malas lenguas por todo Madrid que Villamediana había trazado todo aquel negocio, y que de intento había dado fuego al teatro para tener ocasión de abrazar a la Reina. Aconteció esto en 8 de Abril de 1622, y cuando en Agosto del mismo año fue asesinado Villamediana en su coche en la calle Mayor, cuando ya hacía oscuro, y a pocos pasos de su propia casa (1), todos los dedos señalaban a Felipe como instigador del crimen. Y el dicho, atribuído generalmente a Lope de Vega, en que se afirma que *el impulso fue soberano* (2), reflejaba la opinión del pueblo sobre este asunto. Mas no por ello hay motivo de censura para Isabel, ni el mismo Felipe dejó de amarla y considerarla como antes.

Era verdadera hija de su padre: prudente en el consejo, resuelta en el obrar; pero con tal vivacidad de espíritu, que hacía considerar muchas veces sus placeres como frívolos y pecaminosos. Más española que los mismos españoles, era aficionada a las corridas de toros y al teatro, con tal intensidad, que entusiasmaba a los súbditos de su marido, apasionadísimos de ambas diversiones; pero en su loca vivacidad llegaba a imaginar algunas para su solaz, que ahora nos parecen harto impro-

(1) Casa de la propiedad del Conde de Oñate, cerca de la Puerta del Sol. (Hoy destruída.)

(2) En español en el original.

pias. Gustaba, por ejemplo, de presenciar riñas de mujeres del pueblo o alborotos nocturnos a la luz de las antorchas en los jardines del Retiro o de Aranjuez, dispuestos para que ella los viese; otras veces, por orden suya, se arrojaban al pavimento de un teatro lleno de gente culebras u otros reptiles peligrosos, que, como es natural, causaban gran confusión entre los espectadores, y la Reina se reía a carcajadas contemplándolo desde su palco proscenio. La corte, durante los primeros años, era cosa alegre, no obstante las devotas ostentaciones; y aunque Olivares más de una vez instaba al soberano a tomar parte más activa en el gobierno y reducir el tiempo consagrado a las diversiones, los enemigos del ministro, que eran muchos, aseguraban que lo que él en realidad pretendía era ver al Rey sumergido en los placeres, para de este modo ser él el efectivo soberano (1).

Isabel misma, que era tan dada a diversiones, empezó a sentir inquietud, viendo cómo se acumulaban las dificultades en la propia casa y fuera de ella, por el completo abandono de los negocios públicos, y a instar a Felipe muy seriamente a que concediera más tiempo a sus deberes. Tenía muchas razones para desconfiar de él, porque veía cuán débil era Felipe para no ceder a sus tentaciones. Los asuntos amorosos eran legión, y, como acontecía a los más de sus cortesanos, el galanteo llegó a ser hábito en él. Uno hubo, no obstante, que dió más inquietud que todos a su mujer. Olivares, según se dice, en conformidad con su sistema, tenía agentes en toda España que le enviasen a Madrid los actores de más talento y las actrices de más atractivos que pudieran hallarse: en 1627 apareció, entre los que constituían la compañía que trabajaba en el «Corral de la Pacheca» (2), una muchacha de diez y seis

(1) Es lo cierto que Olivares apremiaba a Felipe muy vivamente a que atendiese a los negocios de su gobierno en los primeros años de su reinado. Véase mi capítulo sobre Felipe IV en la *The Cambridge Modern History*, vol. IV, con una carta de Felipe sobre la materia.

(2) En donde está ahora el Teatro Español, en la plaza de Santa Ana.

años, llamada María Calderón. No era una gran belleza, pero tenía una gracia extraordinaria fascinadora, y una voz tan suave y un hablar tan embelesador, que cautivaba los corazones de todos. Felipe la vió en la escena, y quedó al punto enamorado de ella. Llamáronla a la habitación que daba al patio que servía al Rey de palco secreto, para que pudiera oir más de cerca la excelencia de su voz dulcísima, y el corazón inflamable de Felipe quedó con esto rendidamente prendado. Desde el Corral al Palacio no había más que un paso, si a Felipe se le antojaba, y, en efecto, «la Calderona» llegó a ser la amante reconocida del Rey. La colmó de obsequios y regalos, y ella, orgullosa de su posición, miraba con sequedad a los otros amantes, pues no necesitaba, como decía, otros favores que los favores reales.

El 17 de Abril de 1629 tuvo un hijo del Rey, lo que causó a éste inmenso júbilo. El niño, Juan de Austria, era el individuo más hermoso de la familia, y el afecto de Felipe hacia él fue, desde un principio, sin igual, para mayor pesadumbre de Isabel, que también dió a luz, seis meses después, un hijo (1). Pero desde que entró la digna Calderona no tuvo más rivales que temer. Luego que la actriz quedó libre del parto fue a buscar al Rey, y, arrojándose a sus pies, imploró licencia humildemente para que le permitiese consagrar el resto de sus días a la religión en un convento, ya que había sido honrada con la gracia de tener un hijo del Rey. Felipe, que seguía amándola, vaciló en acceder; pero ella se negó firmemente a vivir más tiempo con él, y, con pesar suyo, la dejó ir. Y así la Calderona se hizo monja (2).

Los hijos de Isabel fueron varios: cinco que murieron en seguida o poco después, siendo precedidos estos nacimientos

(1) Felipe había tenido otro hijo de una dama de Palacio, tres años antes, en 1626. Se da cuenta de esto, utilizando fuentes inéditas, en la obra de Martín Hume, ya citada, *The Year after the Armada*.

(2) De una relación inédita del tiempo, en italiano. Museo Británico. Add. 8.703.

del de Don Baltasar Carlos, el presunto heredero de España, nacido en 1629. Es éste aquel principito fuerte, mofletudo, que hace revolver su gordísimo caballo en el lienzo inmortal de Velázquez. Los gustos de boato del Rey y de la Corte fueron agasajados en toda su plenitud, con motivo de las fiestas del bautismo de Baltasar Carlos. La Condesa de Olivares, que dominaba en Palacio como su marido en el país, tuvo a la criatura ante la pila bautismal, sentada, según dice un testigo del suceso, en «un asiento de cristal de roca, que era el mueble más valioso que se hubiera visto nunca en Europa», y los regalos con que literalmente inundaron a la comadrona llegaban a valer trece mil ducados. Luego que la Reina pudo salir, se celebró el natalicio (21 de Noviembre) con tal magnificencia como jamás se había conocido. Mascaradas a caballo, paseos de antorchas, juegos de cañas, toros, sin darse tregua unos pasatiempos a otros; y en todos ellos, el Rey hacía ostentosa presentación con su hermano Don Carlos. La Reina, que había dado un heredero a la corona, fue colmada de honores y loas.

Esta Corte espléndida, que, altiva y vana en sus vistosas galas, estaba a punto de precipitarse por la pendiente que llevaba a España a su ruina, tuvo el privilegio de ser inmortalizada en el lienzo por el pintor más grande de retratos que ha existido, y dada a conocer hasta lo más íntimo del sér por algunos de los satíricos más agudos que han dado gloria a las letras. Las partidas de caza, que tanto agradaban a Felipe y su consorte; la cacería de ciervos en un coto, se nos representan luminosamente en el gran cuadro de Velázquez, que ha copiado tal escena (1). Es el parque de Aranjuez. El sol de la tarde se tamiza por entre las frondas, cuyo verdor sombrío se acusa en la claridad de un cielo sin nubes. Los ciervos, espantados, huyendo del acoso de los monteros a caballo, encuentran cada vez más limitada salida; en el fondo de una calle de árboles,

(1) Colección Ashburton.

único escape de la caza, están apostados los caballeros debajo de una especie de templete, hecho con verdes ramas, cubierto de roja alfombra, en donde se ven sentadas las damas, y sentada en almohadón carmesí, desde el lugar más a propósito, se ve a Isabel de Borbón, vestida de una falda amarilla, y teniendo en su cabeza un arco blanco, que le da semejanza de Diana. Al pie del dicho templete aguardan el ímpetu de los corzos Felipe y sus dos hermanos, Carlos y Fernando, sin faltar, claro está, el Duque de Olivares. Con sus cuchillos de caza acometen a los ciervos que ante ellos pasan; de ellos matan, de ellos desjarretan, dejando los demás a la diligencia de los perros, que más adelante acechan. El terreno de junto al templete está empapado en sangre caliente de las degolladas bestias; la sonrisa de las damas muestra cuánto les complace el feroz espectáculo, y en los grupos de caballos, criados y monteros se adivina que comentan las proezas del Rey.

Otra escena, algo menos chocante a nuestras ideas modernas, es la famosa *Caza del jabalí* de la Galería Nacional de Londres. En este cuadro se representa como lugar de la escena el soto del Pardo. Felipe, con su fogoso caballo, está asestando precisamente su venablo en los ijares de un jabalí que por allí corre; a su lado están los cortesanos y compañeros de cacería, y Olivares casi a su lado. En el sitio de la lucha vense carruajes pintados de azul, con ventanas medio cubiertas por cortinas, sin cristales, excepto por delante, y en uno de ellos aparece la Reina Isabel. Las mulas de su coche, como es natural, están desenganchadas y puestas en lugar seguro; pero como los jabalíes son impetuosos y feroces, y es cosa conocida que asaltan los coches, las damas mismas están armadas de ligeros venablos para rechazar los asaltos de las fieras. No ha descuidado el gran pintor ni un pormenor de aquella vida de placeres de la Corte: las damas y caballeros, con su tono y manera de vida; los enanos y bufones, que solazan a la Corte; los palacios, en que se intriga; y como acompañamiento inevitable de todo ello, formando contraste, el hastiado y tétrico

semblante del Rey acusando un intermedio entre la juventud y la madura edad.

Rubio y linfático, con ojos azules, mortecinos, descolorido rostro, Felipe había heredado la tradición aquella de que en toda presentación pública el Rey de España no podía sonreír; y con ser como era esclavo consagrado insensatamente al placer, no había de mover un músculo que manifestara con el gesto ni placer ni aburrimiento, si personas lo veían. Isabel era más espontánea, y no había sido poderosa la etiqueta a dominarla en este punto. Pero, pasando días y juntándose nubes de infelicidad para la próxima borrasca de su vida, se fue haciendo más grave la expresión de su rostro, sus ojos tristes. Velázquez hizo muchas veces su retrato, aunque sólo queda uno, en el Museo del Prado, aquel en que se la ve a caballo, pintado en el tiempo mismo del nacimiento del Príncipe Baltasar, antes que los infortunios empezaran a acibarar la vida de la Reina. Otra pintura de Isabel, que está ahora en Hampton Court y fue hecha diez años más tarde (1638), nos muestra el cambio que en ella obraron las tribulaciones; pero en todas las representaciones de Velázquez vemos las mismas notas características: los ojos grandes, negros, llenos de expresión; la frente amplia, espaciosa; las mejillas recias de los Austrias; y aunque el conjunto de sus facciones más se aproxime a la vivacidad de la madre que a la figura concentrada y cautelosa del padre, el rostro de Isabel rebosa finura de inteligencia. En los últimos retratos, la gravedad del rostro va en aumento; su parte inferior es más flácida y prominente; pero en todos los retratos que de ella hiciera Velázquez, siempre se nos aparece la misma mujer, y no una idealización sensual suya, como en el pintado por Rubens, que se encuentra hoy en el Louvre.

Si el pintor nos representa, merced a su genio, la reflexión exacta de aquella Corte, de una manera que nos la hace revivir más que ninguna otra quizá, Quevedo y sus imitadores, y en especial Vélez de Guevara en su *Diablo cojuelo*, nos han dejado con su prosa mordaz recuerdos no menos fieles de sus pasa-

tiempos, sus locuras y sus crímenes. A esta luz que nos ofrecen los satíricos contemplamos una sociedad en extrema decadencia, precipitándose, desde el Rey abajo, en una ciénaga de abatimiento insensible, en que, no esperándose alivio a las cosas, todos porfían por gozar cuanto se pueda, extrayendo de la vida el placer por medios honestos o torpes, antes de que la catástrofe universal los aniquile. La fe había decaído, dando lugar a tímidas sugestiones, mezcladas con irreverentes chanzonetas; la pereza dominaba sin rival; la pobreza y la miseria buscaban modo de disfrazarse con los exteriores de la nobleza, con el fin de reclamar los privilegios de saqueo que ahora poseían la Corte y la Iglesia nada más, y el trabajo era menospreciado por aquellos que se consideraban súbditos de un Rey tan rico y poderoso como les parecía el Rey de España, si bien la realidad evidenciaba lo contrario. Era una sociedad hinchada, vana, en que todos luchaban por lograr alguna merced del Estado, olvidando que éste nada posee, sino lo que los ciudadanos individualmente le aportan.

Y las pretensiones no se limitaban a la posesión de honores y riquezas. El ilustre satírico y poeta hizo una pintura mordaz de aquella gente de letras que con sus laboriosas lucubraciones llenaba de admiración a la Corte, y más cuando llevaban apellido ilustre; las ciudades hormigueaban de fingidos estudiantes, que mascullaban torpemente rancios latinajos y que mendigaban entre el tumulto de aquel mundo escolar, que no se adaptaba, por ajeno, a sus maneras. El Rey, harto de fastuosas fiestas, y falto ya su marchito ingenio del acicate que el gusto por las comedias le aplicaba, aún encontraba placer en presidir en su palacio academias y certámenes poéticos, llenos de pedantería y afectación. Declamábanse improvisaciones preparadísimas y conceptos destilados con pompa digna de los discursos proféticos, y la rebusca de la frase iba estrangulando y corrompiendo el habla noble de Castilla, dando lugar a la bastarda *Latiniparla* de que el gran Quevedo se burla, sin que por ello aparezca menos contagiado a veces.

Era aquella una Corte de ficciones vanas y miserables esplendores, y en que, salvo lo externo, todo estaba podrido. Esta pompa de lo externo puede verse muy bien en los numerosos relatos de fiestas de la corte que han llegado a nosotros. Son, por lo general, listas insoportables de vestidos y ornamentos de los nobles cortesanos y favoritos que en ellos con toda ostentación se declaran (1); pero no estará demás presentar algunos pormenores de dos grandes fiestas en que Isabel tomó parte principalísima, para por ellos conocer las diversiones de la época. Una fiesta dada a los soberanos por la Condesa de Olivares en los primeros días de Junio de 1631, en el jardín de su hermano el Conde de Monterrey, sugirió a Olivares toda clase de medios para llevarla acabo cumplida. El tiempo era escaso, pues el día fijado era la víspera de San Juan. Se habían escrito para aquella ocasión dos comedias, y el fecundísimo Lope de Vega se había comprometido a hacer una en tres días; Quevedo y Antonio de Mendoza, azuzados por la facilidad de Lope, escribieron entre los dos otra en un solo día, y Olivares robaba algunos momentos a sus infinitas ocupaciones de Estado para poder vigilar les ensayos.

Como por arte de encantamiento, en pocos días se alzó en los jardines (2) un espléndido pabellón, desde el cual el Rey, la Reina y los cortesanos de más confianza pudieran ver la representación de las comedias. Enfrente se dispuso un teatro al aire libre, lleno de arañas de cristal y flores peregrinas, y en todo alrededor tribunas para otros invitados, músicos, etc. A las nueve de la noche, Felipe e Isabel se apearon de su coche,

(1) Soto de Aguilar, gentilhombre de cámara de Felipe IV, escrió larga noticia de todas las festividades de su tiempo (Ms. de la Real Academia de la Historia). De una copia de él se han aprovechado aquí muchos detalles.

(2) Era uno de ellos el de Monterrey, al que en esta ocasión se agregaron otros dos contiguos, que en total ocuparon el espacio comprendido entre la calle de Alcalá y la Carrera de San Jerónimo, llamado el Salón del Prado.

y fueron recibidos por Olivares a los sones de suave música. Cuando se hubieron sentado, Felipe en trono Real e Isabel en un monte de almohadones, se les ofrecieron canastillas de regalos, perfumes, pañuelos bordados olorosos y esencias en redomas de cristal (1). A Isabel se le ofreció además un abanico italiano, realzado con pedrería. Representóse primero la comedia de Quevedo, *Quien más miente, medra más*, después de un prólogo musical y una salutación en verso a Isabel, recitada por la famosa actriz María de Riquelme. La primera representación duró dos horas y media, según cuenta un contemporáneo: «Durante la cual se ejecutaron primorosos bailes; aunque los actores, habiendo tenido poco tiempo para prepararse, no lograron reproducir toda la invención ingeniosa de los versos, pues es cierto que en muchas comedias juntas no podría hallarse la abundancia de donaires y agudezas que en esta sola, bastándole a D. Francisco de Quevedo el trabajo de un día para componerla.»

Cuando hubo acabado la representación de esta comedia, Felipe e Isabel fueron conducidos al jardín próximo del Duque de Maqueda (2), donde habíanse alzado dos arcos de ramas y flores, con gran número de farolillos de colores. Estos dos arcos, uno para el Rey y otro para la Reina, se unían por una galería de follaje y estaban guarnecidos de construcciones parecidas para el acompañamiento, y en cada uno había una mesa provista de refrescos. En el del Rey había un azafate que contenía una ropa de brocado oscuro, adornada en su mar-

(1) Entre otras chucherías ofrecidas a las damas en esta fiesta, se mencionan los *búcaros*, que se hacían de kaolín perfumado, y que era moda de las mujeres en aquella época comer. Madame D'Aulnoy da noticia curiosa de los malos efectos que producía este extraño comestible. También habla de la chocante costumbre que había en Madrid entonces, entre la gente de alto copete, de arrojarse unos a otros cáscaras de huevos conteniendo aromas, cuando se encontraban en el teatro, en los paseos, en coche. Felipe mismo gustaba de ello.

(2) Estaba este jardín en el ángulo que forma la Carrera de San Jerónimo con el Prado, ocupado después por el Palacio de Villahermosa.

gen con labores de rizo y plata, botones macizos del mismo metal, así como las presillas. A todo esto hacía compañía un sombrero de trencilla con plumas oscuras, y un airón blanco y una valona de puntos (1), que algunas veces se llevaba en lugar de la golilla que casi todos usaban. A los hermanos del Rey se les hicieron obsequios parecidos; el canastillo ofrecido a la Reina contenía un espejo, una capa de lana oscura, bordada con hilos de seda negra y plata, que pasaban el entramado, y que se ajustaba también con macizos botones y ojales de plata. En la capa había franja de seda del mismo color, floreada de negro y plata, y, juntamente con ella, una hermosa mantilla de lazos, cuello trenzado y un sombrero blanco adornado con plumas negras y blancas y lentejuelas. A toda la Corte se proveyó de mantos y tocados, para preservarse del relente nocturno. Sirvióse una ligera cena de extremada delicadeza en las mesas de las glorietas, y toda la compañía, a guisa de mascarada, fué a presenciar la segunda comedia. La Reina, con su singular atavío, «añadía a su belleza y maravillosa gracia naturales un hechizo extraordinario con lo caprichoso de su vestir, sin por ello perder un átomo de la dignidad que en su Majestad brilla, no menos que las otras sus admirables virtudes y perfecciones». Afírmase también que aquellos insólitos sombreros y vestimentas que llevaban el Rey y sus hermanos no fueron tampoco poderosos a despojarlos de la dignidad de su porte, «pues ellos juntan estas cosas que la vulgar censura porfía en separar: la jovialidad y la majestad». El autor de este relato que aquí citamos, receloso de que alguno pudiera pensar que aquellos disfraces algo menguaban a la majestad del Rey, tiene buen cuidado de advertir que a esta fiesta sólo se admitía a muy selecta concurrencia (2).

(1) Con esta valona está representado Felipe en el retrato de Velázquez que se guarda en Dulwich Collège.

(2) Confiesa, con todo, que cuando la mayor parte de los invitados se retiraba y comenzaba a alborear, se encontró mucha gente del pueblo escondida entre los matorrales.

Representóse luego la *Noche de San Juan*, comedia de Lope de Vega, también al aire libre. Siguióse un concierto musical, después del cual fueron conducidos los Reyes a una galería cubierta de flores, construída en otro jardín contiguo (1). Allí, después de la media noche, se distribuyó otro refrigerio, que sirvieron a los Reyes el Conde y la Condesa de Olivares. De manera tan perfecta se había organizado el banquete, que todo se servía sin faltar en lo más mínimo a las reglas de Corte, dirigiéndose el servicio por los sones de una suave música que animaba el festín. Al despuntar el día entraron los Reyes en su coche, y, después de dar algunas vueltas por el Prado, se fueron a reposar a su Palacio. Olivares fue ensalzado hasta el cielo por la organización de aquella fiesta suntuosa, y se cuenta como algo prodigioso el que las turbas, que en gran número frecuentaban el Prado, aquella noche sentían tal reverencia por el Rey, que en el jardin cercano estaba, que no osaron cometer el menor desorden ni alboroto.

Esta fiesta, a pesar de su magnificencia, fue bien pronto eclipsada por otra que tuvo lugar, casi en el mismo sitio, dos años después (1633), con gastos enormes y expropiación de la propiedad ajena. Fue esta fiesta cuando Olivares, en un breve período que sustrajo a sus ocupaciones políticas para consagrarlas a los solaces de su Rey, edificó y alhajó suntuosamente el Palacio del Buen Retiro, destinado a las diversiones regias, que pasó a ser residencia favorita de Felipe, donde se podían celebrar y representar con más propiedad y conveniencia que en el sombrío y semi morisco alcázar que se alzaba en el extremo opuesto de la Villa, comedias, sermones poéticos, academias y bailes de máscaras. La deleitosa mansión permaneció por una semana entera destinada a una serie monótona de pasatiempos, en que la invención y la prodigalidad se agotaron. Pero esta serie no fue sino la primera de las muchas que con el más menudo pretexto se sucedieron.

(1) En el sitio en que ahora está el Banco de España, y que ocupaba antes el palacio y jardines del Marqués de Alcañices.

En Enero de 1637, por ejemplo, cuando Felipe supo que su cuñado Fernando había sido problamado Rey de romanos y futuro Emperador, ordenóse la preparación de una fiesta colosal en el Buen Retiro. Tres mil hombres empezaron a trabajar en allanar una colina, respetada, según dice Pinelo en sus *Anales,* «desde que el mundo es mundo», para edificar allí un palenque de 608 pies de largo y 480 de ancho. Cuatrocientas ocho tribunas o palcos de gran capacidad rodeaban aquel vasto espacio; estaba pintada la cerca, por defuera imitando obra de fábrica y por dentro colgada de tapices de seda, y la delantera de los palcos con cenefas de plata. Novecientos candelabros gigantescos, «con cuatro luces cada uno», iluminaban la plaza; el palco real tenía columnas y techumbre doradas, y en sus muros verde y oro, espejos que deslumbraban con la luz que de las antorchas se reflejaba en ellos. En todas partes blasones, coronas reales e imperiales, escudos de armas e «ingeniosas divisas». Cuando Felipe, con gran ceremonia, acudió a la fiesta y pasaba por la Carrera de San Jerónimo, en donde hizo su presentación entre filas de gente con antorchas, que se apretaban para poder contemplarlo, decían todos que fiesta tan espléndida como la de entonces no se había visto jamás en España.

Precedidas de bandas militares iban 16 compañías de nobles, ocho a cada lado, todos vestidos de igual manera: terciopelo negro y argentado. En una mano llevaba cada uno un cirio encendido, mientras con la otra gobernaba su corcel. Al término de estas compañías iban los de Olivares y el Rey, vestidos como los otros, pero con ornamentos más ricos; y luego grandes carrozas triunfales, de dibujo fantástico y prodigioso, hechas por el ingenioso Florentino Cosme Lotti. Cada una era de 30 pies de largo y 46 de ancho, iluminada con 100 antorchas, y contenía innumerables figuras, y representaciones y bandas de música; siendo su peso tan grande, que se necesitaban 24 bueyes para arrastrarla. Iban éstos también adornados de paño carmesí, y acompañados de hombres vestidos a la

usanza oriental, que llevaban antorchas plateadas. Detrás iban 40 salvajes, que en vez de mazas llevaban antorchas. Al pasar la gran comitiva por ante el palco de la Reina Isabel, empezaba a sonar una charanga, y la gente a aclamar a su soberana; formaron luego todos un círculo completo, enfrente del palco real, y actores disfrazados representaron en los carros un coloquio de *La paz y la guerra*.

La banda de nobles que acompañaba a Felipe con sus músicas y evoluciones complicadas, excedían en mérito a todas las demás. El Rey, aclamado como el mejor jinete de su reino, se acercó al palco de su esposa para depositar ante ella el galardón de sus proezas y presenciar a su lado el resto de la fiesta. Siguieron durante diez días los regocijos y alardes, comedias, conciertos, banquetes, bailes, juegos en el estanque, iluminación de florestas, corridas de toros nocturnas, justas poéticas y cucañas; celebróse un baile de figuras, en que las parejas se disparaban cáscaras de huevos con perfumes, y mil y mil invenciones para prodigar el dinero y el tiempo (1) y hacer olvidar a Felipe los severos asuntos de gobierno, encomendados ahora del todo a aquel hombre moreno, de cabeza enorme y levantados hombros, a quien la mayor parte de la gente aborrecía por sus maneras imperiosas y su ambición, el Embajador del Rey como algunos le llamaron, el segundo Rey de España, el Conde-Duque de Olivares.

Las brillantes esperanzas de paz y modestia en el vivir que habían acompañado al advenimiento de Felipe, fueron defraudadas todas. La unión católica con Francia, representada por los matrimonios de Felipe con Isabel y de Luis XIII con la Infanta Ana, había fracasado antes de que los mismos casamientos tuvieran lugar; pues los proyectos ambiciosos de Fe-

(1) Apéndice de *El antiguo Madrid*, de Mesonero Romanos. Se da noticia de esta fiesta, aunque menos detallada, en las cartas de noticias de la época, publicadas por el Sr. Rodríguez Villa en *La Corte de España en 1636 y 1637*.

lipe II revivieron por obra de Olivares, quien soñaba una vez más que España, tan hundida en el polvo como estaba, podría aún poseer la hegemonía de Europa y dictar a la cristiandad los artículos de su fe. Era aquél ensueño vano e insensato en las circunstancias actuales, pues no sólo había sido desposeída España de su fuerza material, sino del innegable secreto de su predominio breve y de la firme convicción de ser un pueblo divinamente elegido e invencible en sus campañas sacrosantas. El país, políticamente, tan heterogéneo como cuando más, había perdido aquella unidad de miras que le había prestado anteriormente la exaltación religiosa; y, sin embargo, mientras su rival, la Francia, iba progresando en solidaridad nacional y en capacidad contributiva bajo la gobernación de Richelieu, España era empujada por Olivares a un verdadero furor de conquistas y a la arrogante afirmación de sus añejas reclamaciones burladas.

El empleo de tropas españolas para hacer incursiones por el Palatinado y reducir la Bohemia, y la recrudescencia de interminable guerra con los holandeses había enlazado las dos ramas de la casa de Austria con más vigor que nunca, y dado inmensa fuerza al Imperio. Veíase claramente que si Richelieu no atacaba rápido y con decisión, volvería a estar la Francia, cuando Olivares quisiera, encerrada en un círculo de enemigos. Francia y Saboya, alarmadas con el resurgir de las pretensiones españolas, hicieron causa común con las naciones protestantes, y pronto estuvo toda Europa en guerra. España estaba arruinada; pero los nobles y la Iglesia eran ricos, y el orgullo nacional excitado en grado máximo. Hízose la guerra, primero contra Francia. Isabel de Borbón era tan altivamente española como si su padre no se hubiera llamado Enrique el Grande, y ella misma dió el primer ejemplo de abnegación. Vendiéronse las joyas que tanto amaba para costear los gastos del ejército; las damas, que de Isabel tomaban ejemplo, hicieron otro tanto; los nobles, cuyo orgullo se estimuló, contribuyeron voluntariamente con un millón de ducados para la

guerra; y la Iglesia abrió sus cofres de par en par, ofreciendo con que sostener veinte mil hombres de guerra. Todá la propiedad francesa que había en España fue confiscada, y la guerra por algún tiempo se prosiguió con tal ardor, que se recordaban los grandes días de Carlos I. Al principio, españoles y austriacos arrollaron cuanto se les puso por delante. Tilly en Alemania, Espínola en Flandes y Fadrique de Toledo, en los mares, revivieron las glorias de la casa de Austria; y la soberbia española tornó nuevamente a su arrogancia insensata. Felipe el Grande, el Rey Planeta, eran los títulos que ahora se daban a aquel joven inerte, a quien Olivares adulaba y regía. Pero cuando pasó el primer sabor del entusiasmo, evidencióse que España no podía levantar caudales para proseguir la guerra en el Continente y en el mar, y así hizo la paz con Inglaterra; Saboya fue ganada, y desde entonces la guerra se convirtió en un duelo entre la Casa de Austria y la de Francia, entre Olivares y Richelieu.

Durante años enteros siguió la campaña con vario suceso en lo que toca á lo militar; pero con el resultado inevitable de empobrecer absolutamente a España, donde el hábito del trabajo no se conocía. Ensayábanse arbitrios de todo género para obtener dinero, y todos eran inútiles. Impuestos exorbitantes sobre la producción, recorte de la moneda, confiscaciones y rapiñas eran medios debilísimos para que pudiera mantener tanta guerra, y en el extranjero un Estado en bancarrota; y aunque Olivares no confesase la quiebra, más dinero era menester. Las Cortes de Castilla no podían remediar la pobreza nacional; pero las de Aragón, Cataluña y Valencia seguían en pleno vigor, y resistieron a que con su voto se les sacaran recursos, y sólo tras de mucho porfiar se dejaban exprimir algo. Olivares se había dado cuenta clara, como los Reyes Católicos, de que para contender con Francia era menester disponer por entero de los recursos de toda España. A aquéllos había áyudado la comunidad de miras en religión. Ahora esto no representaba nada, y para traer la unión de toda España era

excesivo ir debilitando el poder de las instituciones autónomas de los Estados contiguos.

Este fue el plan de Olivares: juicioso, sin duda, si se hubiera emprendido en tiempos de paz, con perseverancia y cautela, en una política de reformas interiores. Pero Olivares, como aconteció a Fernando el Católico, necesitaba la unidad nacional aprisa para obtener recursos con que combatir á Francia, no para hacer de España nación homogénea y pacífica (1), y sus fracasados intentos de sacar recursos para la guerra contra Francia, atropellando los privilegios autonomistas de Cataluña y Portugal y extrayendo impuestos sin contar con la voluntad de las respectivas Cortes, apresuró la ruina que de hacía largo tiempo amenazaba. En Junio de 1640 estalló en Barcelona una revolución contra Castilla, y bien pronto toda Cataluña y parte de Aragón y de Valencia repudiaron la soberanía de Felipe e hicieron causa común con Francia. Seis meses después, en Diciembre del mismo año, Portugal, por razones análogas, proclamaba Rey al Duque de Braganza y sacudía para siempre el yugo de España.

Felipe, sumergido en deleites, como hemos visto, estaba a oscuras de todo. Los insurrectos catalanes eran para él no más que cuadrillas de amotinados como le aseguraba Olivares, y que pronto serían puestos a raya; y cuando Portugal proclamó su libertad, el valido tuvo la desfachatez de entrar en el aposento de Felipe con semblante alborozado, y felicitarle de que hubiera entrado en posesión de su nuevo ducado y de vastos dominios. «¿Cómo así?» —le preguntó el Rey.—«Señor—le contestó Olivares,—el Duque de Braganza se ha vuelto loco y se ha rebelado contra Vuestra Majestad; de suerte que sus posesiones ha perdido y son ahora vuestras.» Pero Felipe lo entendió de otra manera, y por una vez perdió su serenidad mar-

(1) Expónese con amplitud la política y proyectos de Olivares en *Spain, Its Greatness and Decay*; de Martín Hume, en *Cambridge Historical Series*.

mórea. Golpe tras golpe caían sobre él. Sus súbditos, en la miseria; el comercio, paralizado; el Tesoro, vacío, y sus reinos más ricos, en rebelión; esos eran los resultados de sus veinte años de gobierno, y todo ello le manifestaba lo vano de la gloria que alcanzaron tantas batallas reñidas por motivos que no le importaban.

Era de buen natural y amaba de veras a sus súbditos; pero nunca había sabido gobernar, pues no lo había hecho con sus propias pasiones ni había enderezado sus inclinaciones torcidas; y cuando fue conociendo poco a poco la verdad, entró en desesperación. Súplicas desconsoladoras, lágrimas y votos de enmienda, eran en él lo acostumbrado cuando se veía estrechado por la desventura; pero había otras personas a su lado más prácticas y determinadas que él. Años enteros había oprimido el yugo de Olivares, y su esposa el cuello de Isabel. Aficionada a placeres como era, tenía temple de persona de gobierno. El amor por el hijo de sus esperanzas, Baltasar, de trece años a la sazón, y el orgullo heredado de sus padres, habían aguzado su ingenio al considerar qué inmensa herencia se le escaparía de entre las manos si seguía encomendada a la dirección de un ministro por quien sentía disgusto personal a causa de sus rudas maneras para con ella misma (1). No se cansaba de instar a Felipe a que se portara como hombre, poniéndose al frente de sus ejércitos en el campo de batalla. Felipe, aunque sin ganas, estaba dispuesto a hacerlo; pero Olivares no quería ni aun oír hablar de ello, haciéndose así más vasto el abismo abierto entre el valido y la Reina. Olivares era aborrecido de la mayor parte de los nobles y de los eclesiásticos. Su política guerrera tenía que pagarse con el saqueo de ellos, pues las otras clases sociales estaban reducidas a la miseria, y todos aquellos elementos de desagrado se fueron agrupando en torno a Isabel.

(1) Olivares era notoriamente desatado para con las damas. En una ocasión en que Isabel daba su opinión sobre asuntos de gobierno, dijo él a Felipe que los frailes se dedicaran a rezar y las mujeres a parir.

Por fin, los requerimientos de Isabel se sobrepusieron al consejo del Ministro, y Felipe decidió firmemente capitanear sus ejércitos para rescatar a Cataluña de la dominación francesa. Olivares no dejó piedra sin mover para derrotar a la Reina. Médicos sumisos a él dictaminaron que aquel viaje haría mal a la salud del Rey, y Consejos captados votaron contra los riesgos que amenazarían la vida del Monarca en la guerra, y no faltaron letrados que interpretaran las Constituciones del Reino declarando que no era conveniente que el Rey partiera. Felipe, harto ya, tomó una ponencia del Consejo de manos del Protonotario, que estaba presente, y desgarrándola, dijo: «Basta de relaciones sobre mi viaje a Cataluña; prevéngase todo al efecto, porque es mi voluntad.» El confesor real—hechura, claro es, del Conde-Duque—añadió sus reconvenciones; pero Felipe le atajó diciendo que si Olivares no necesitaba ir, podía permanecer, y que si no se encontraba en Aranjuez cuando el Rey pasase, marcharía sin aguardarle.

La resolución del Rey fue una gran victoria para Isabel y presagio de la caída de Olivares, pues éste no se atrevería a dejar sin su compañía al Rey, y, en consecuencia, quedaba ella de Regente en la capital. Imagináronse multitud de dilaciones al viaje del Rey. Faltaba el dinero, y cuando se allegaba por violentas exacciones, a veces encarcelando a sus posesores, se dilapidaban en pomposas prevenciones para el viaje que no tenían fin. Se consideró necesario para la campaña adquirir nueve coches de ceremonial, seis literas y ciento tres caballos de silla, con multitud de cortesanos; y a todo grande de España se previno que había de escoltar al séquito real, así como a todo noble con título. Después de innumerables visitas a los altares, se despidió Felipe de su mujer en Vaciamadrid, en Abril de 1642, y aún hubo de invertirse varias semanas en fiestas rumbosas, partidas de caza y frivolidades de todo género, hasta que llegó a Zaragoza. En aquella sazón ya había sido invadido Aragón por las tropas francesas, y Felipe, que pudo al fin darse cuenta de la condición terrible de las cosas, empezó a

mostrar ojeriza a su valido, quien aún encontró medio para retener al Rey aislado en Zaragoza, a gran distancia del teatro de la guerra, en fatal inacción.

Mientras tanto, Isabel en Madrid, libre de la terrible presencia del valido, organizaba el partido de sus adversarios. Siempre había gozado el favor del pueblo por su llaneza de maneras; pero ahora se hizo dueña absoluta de los corazones de todos, porque todos comprendían que iba contra aquel hombre que dejaba a sus espaldas tan gran cosecha de daños. Isabel visitó los cuarteles y puestos de guardia, revistó los regimientos, y les dirigió arengas exhortándoles al cumplimiento de sus deberes de lealtad con su Rey y con España. Vendió otra vez sus galas, se dedicó a cuidar a los soldados, costeó de su caudal un nuevo regimiento en nombre de su hijo, presidió los consejos e infundió más actividad y entusiasmo en la Administración de la que se había visto en muchos años.

Isabel de Borbón entró en escena muy a tiempo. Hasta entonces había vivido como un adorno principal entre los esplendores de la Corte de un Rey inerte; ahora, con el cargo de Regente y el favor del pueblo, vino a ser la personalidad más potente de España. Sus cartas al Rey muestran valentía y vigor; y él desde aquellos días empezó a tratarla con más consideración, como si hasta entonces no hubiera empezado a comprender que su esposa era mujer de talento y animosa. Felipe seguía inactivo en Zaragoza, apartado de su ejército y de sus nobles, meses enteros. Una vez que tomó la iniciativa y nombró un nuevo Comandante general, el Marqués de Leganés, pariente de Olivares, no hizo sino equivocarse. En los primeros encuentros, el ejército de Felipe fue derrotado junto a Lérida, y según el invierno se acercaba, las tropas, mal alimentadas, sin pagar, desganadas; los jefes en perpetua discordia y las mejores provincias en poder de Francia, Felipe se volvió a Madrid con el corazón dolorido, al terminar el año de 1642.

Halló que la vida de su palacio era muy diferente de cuando él lo dejara. Había cuatro mujeres que poseían ascendiente

sobre Felipe y aborrecían a Olivares la Reina, Ana de Austria (Reina de Francia y hermana de Felipe), la Duquesa de Mantua (Margarita de Saboya), su prima, que había estado en el virreinato de Portugal, y había sin ambajes apostrofado al valido como causante de la pérdida de aquel país; a esto se juntaba el agravio de haber estado medio prisionera en Ocaña por órdenes del Conde Duque; y Ana de Guevara, la vieja nodriza del Rey, que había sido también molestada en la Corte, por recelos de su influencia. Todas estas damas estaban en comunicación recíproca, no sólo entre ellas, sino además con todos los nobles enemigos de Olivares, acaudillados por los Condes de Paredes y Castrillo. «Mis buenas intenciones y la inocencia de mi hijo, deberán servir al Rey de ojos, porque si viera más tiempo por los del Conde-Duque, pronto quedaría reducido a ser un mísero Rey de Castilla.»

Una semana o dos después de la vuelta del Rey, Isabel dió el golpe mortal al favorito. La primera señal del combate fue la escapatoria de la de Mantua de su reclusión de Ocaña, y su llegada a Madrid por la noche, tras un viaje a caballo de cuarenta millas, y bajo un temporal de granizo. Olivares, furioso estuvo aguardando cuatro horas, y meditando poner a la Duquesa en uno de los conventos reales, donde le designaría dos mezquinas habitaciones. Pero Isabel la recibió en sus brazos a la mañana siguiente. Luego, la nodriza expulsada, Ana de Guevara, apareció en Palacio como desafiando a Olivares. Aquella misma tarde, Felipe visitó a Isabel en sus aposentos, y ella, teniendo en brazos al niño Baltasar, le suplicó, por la salvación de su hijo, que despidiera a aquel mal Ministro, antes de que fuera demasiado tarde para redimir a sus reinos de la ineptitud que los había perdido. En un torrente de palabras desbordó Isabel cuantas quejas había reprimido en silencio durante varios años; las guerras que habían arruinado a la nación, la miseria del pueblo, las provincias perdidas, la disipación y frivolidad que habían enseñoreado sus vidas, los insultos y desconsideraciones de que ella había sido objeto por par-

te de Olivares y su mujer, y lo torpe que era entregar un Rey a otros hombres la tarea sacrosanta que Dios había confiado a sus manos.

Felipe quedó fuertemente impresionado, aunque nada dijo; mas al salir del aposento de la Reina se encontró en el callejón con su amada nodriza, Ana de Guevara, de rodillas a sus pies. También ésta hizo la acusación de Olivares con palabras apasionadas, y Felipe sólo pudo contestar; «Es verdad, es verdad.» Luego, la Reina y la Duquesa de Mantua estuvieron por dos horas encerradas con Felipe. Ganóse la victoria (1). En aquella misma noche (17 de Enero de 1543) fue despedido Olivares. Porfió algunos días por volver a cobrar la confianza del Rey, pero en vano; porque Felipe, como la mayor parte de los hombres débiles, era terco en la resolución que había una vez tomado, y de esta suerte el Conde-Duque, arruinado y degradado, salió de la Corte que había regido, y perdió la razón, y murió dejando a Isabel de Borbón dueña de la situación, y como «único Ministro del Rey, como decía él cuando pedía a las monjas carmelitas descalzas que oraran por «su Ministro».

Madrid mostró embriaguez de gozo con la caída de Olivares. «Las Isabelas han salvado siempre a España», exclamaba la gente cuando los Reyes, acompañados de la Duquesa de Mantua, se encaminaban a la Iglesia en acción de gracias; «Felipe es, finalmente, Rey de España, y salvará a su país.» Pero no era con exclamaciones con lo que se había de salvar a España. Felipe, aguijoneado por su mujer, desplegaba más energías que nunca. Quiso ser en lo sucesivo su único Ministro y emprender la campaña en cuanto llegara la primavera, para arrancar a Cataluña de las manos de Francia. Antes de que pudiera ponerlo en práctica sufrió el ejército de Felipe en Flandes la más espantosa derrota que se había conocido, de

(1) *Relatione dell'Ambasciatore di Venetia* (Ms. del Mus. Británico, Add. 8701), y también una noticia atribuída (dudosamente) a Quevedo, e inserta en el vol. III del *Semanario Erudito*).

cuyo golpe la reputación de aquella infantería española tan famosa quedó postrada para no volver a reponerse. El Cardenal Fernando, joven hermano del Rey, había muerto hacía dos años, y su puesto en Flandes había pasado al noble portugués Mello. Era éste buen soldado, pero Conde, a pesar de su mocedad, le eclipsó; la batalla de Rocroy acabó de afirmar que en lo sucesivo Francia, y no España, tendría la hegemonía de Europa.

Aún había que pensar en rescatar el suelo de España del poder de los invasores; y nuevamente Felipe luchó con energía por recobrar su dominio perdido, mientras Isabel, como Regente; desde Madrid organizaba, dirigía y alentaba con tal decisión y ardor que conquistaba el ferviente afecto de los súbditos leales de su esposo. Aguardábanle algunos triunfos, y llegó á recobrar Lérida del poder de los franceses; pero la guerra era una sangría terrible, y en la campaña del siguiente año (1644) menudearon los fracasos.

El corazón del Rey, fatigado, infeliz y casi destrozado con tantas tribulaciones y revueltas, vino a encontrar refugio y alivio en el trato de una santa mujer, que hasta el fin perseveró: la venerable monja Sor María de Agreda, cuyas exhortaciones y preces le sostuvieron en las pruebas difíciles que los días siguientes le trajeron. Felipe estaba en Zaragoza a principios de Octubre, cuando tuvo noticia de que su mujer estaba enferma. Enviando a su nuevo valido, D. Luis de Haro—pues se ha de saber que sus buenos propósitos en este particular no duraron mucho,—para que se pusiera a la cabeza del ejército y diera cuenta del motivo de su partida, púsose inmediatamente en camino para Madrid.

El 28 de Setiembre de 1644 había sufrido un a modo de ataque coleroso, con mucha fiebre. La habían sangrado copiosamente por los brazos, y parecía haber mejorado; pero pronto se le presentaron síntomas violentos de erisipela en el rostro; el mal le invadió el cuello, que casi se le obstruyó como si tuviera difteria. La paciente fue sangrada otras ocho veces, y,

como solía practicarse en los tratamientos de aquel tiempo en España, cuando las sangrías no daban resultado, se acudía a los exorcismos de la Iglesia. El 4 de Octubre se le administraron los últimos sacramentos, y se llevó el cuerpo de San Isidro al aposento de la enferma. Como tampoco surtiera efecto, se llevó otro remedio aún más sagrado: la milagrosa imagen de la Virgen de Atocha, que fue llevada en procesión desde su santuario, en el convento de Santo Tomás, de Madrid, con el designio de colocarla junto al lecho de Isabel, para que allí recibiera adoración. Cuando se le pidió permiso a la Reina, se negó ella, so pretexto de que no se consideraba digna del honor de tal visita, y en vez de esto el Príncipe Baltasar visitó la imagen, implorando arrodillado que la vida de su madre fuera salva. «No había iglesia ni convento en Madrid de que no se sacaran en procesión los crucifijos e imágenes más veneradas, para impetrar la salud de la Reina, y toda la gente hacía oración y rogativas para obtener la salvación de la vida de su soberana» (1).

El 5 del mismo mes, la moribunda trató de redactar su postrera voluntad; pero estaba tan postrada, que sólo de palabra pudo comunicar sus intenciones al Rey. Al medio día mandó que le trajeran una *fleur de lys*, que formaba uno de los ornamentos de su corona, y en que estaba encajado un fragmento de la verdadera cruz, por quien ella sentía gran devoción. Fuéronle llevados a su presencia sus dos hijos, Baltasar y María Teresa, pero no permitió que se le acercasen, para no comunicarles el contagio, y los bendijo desde lejos. «Hay multitud de reinas para España, suspiraba; pero príncipes y princesas, pocos.» Al día siguiente, al sonar el gran reloj del Palacio las cuatro y cuarto de la tarde, exhaló Isabel su último aliento, a los cuarenta y un años de su edad. Vestido de hábito franciscano su cuerpo, fué llevado de noche al Real Convento

(1) Carta de noticias del 11 de Octubre, en el *Semanario Erudito*, volumen XXXIII.

de las Descalzas; y al día siguiente, en ataúd de plomo, encerrado en otro cubierto de brocado, la tornaron al Real Palacio, en cortejo fúnebre, entre hachas encendidas, penachos de pluma y toda la pompa y circunstancia de rigor en un luto regio.

Mientras tanto, Felipe salía acelerado de Aragón, presa de la más viva inquietud. En Maranchón, a cincuenta millas de la capital, donde el Rey se había apeado para reposar en un miserable albergue, llegaron las noticias de la muerte de la Reina. Los ministros y cortesanos cuidaron de no decírselo en seguida, porque le veían rendido de las penalidades y afanes, y «acababa en aquel momento de comer». Pero, poco más adelante, se le comunicó la noticia al llegar a Almadrones. Una explosión de dolor, y el ordenar que le dejaran solo con su tristeza, dió a entender suficientemente que Felipe, con todas sus flaquezas, no dejaba de estar enamorado de su esposa; y luego, antes de entrar en la población en que yacía el cuerpo de Isabel sin vida, tornó atrás a buscar la soledad en el Pardo (1), donde llegó en seguida el Príncipe Baltasar, mientras que se verificaba, con la acostumbrada pompa y lentitud, durante la noche, la conducción del cadáver de la Reina por la desolada meseta castellana, para ser depositado bajo las nuevas bóvedas de jaspe de El Escorial, que en vida no se atrevió ella a visitar jamás por temor.

Tres días después de la muerte de Isabel, en las visiones místicas de María de Agreda, apareció, según se asegura, la imagen de la Reina, que se le presentaba para pedirla oraciones a Dios que la libertaran de las penas que estaba sufriendo en el purgatorio, por los vanos esplendores y goces que habían rodeado a su vida (1). Llegaron a la monja los ayes de aflicción y arrepentimiento de Felipe, que a todas las otras cosas del mundo hizo desde entonces semblante austero. El 15

(1) Matías de Novoa: *Memorias*. Era Novoa uno de los gentileshombres de cámara de Felipe.

(2) *Vida de Sor María de Agreda*, citada por el P. Flórez.

de Noviembre escribía... «Desde que el Señor se ha servido quitarme la Reina, que goza ahora en los cielos, he sentido necesidad de escribir a Vuestra Merced; pero la mucha pesadumbre en que vivo y los negocios que sobre mí pesan me han impedido hacerlo hasta hoy. Me veo agobiado de incomportable tristeza, pues en una sola persona he perdido cuanto perder podía en este mundo. Y si no conociera por fe que Dios nos envía aquello que nos es mejor y más conveniente, no sé qué sería de mí. Pero con pensar esto, y no más, llevo mi pena con harta resignación en Dios; y debo confesar a Vuestra Merced que he habido menester mucha ayuda de lo alto para llevar mi cruz con paciencia. Tengo que pedirle que ruegue a Dios muy fervientemente por mí en esta terrible tribulación y me ayude a pedirle me conceda la gracia de ofrecer mis pesares a El, y que me sean de provecho para la salvación de mi alma» (1).

Más terrible prueba hubo de sufrir dos años después; y con más quebranto en el corazón hubo de pedir la intercesión de las oraciones de la santa monja para que le apartara Dios de incurrir en desesperación y rebeldía contra su destino avieso, cuando al afligido Monarca se le moría su único hijo en lo más florido de su edad, dejándole a él, envejecido por la edad, el triste encargo de buscar en nuevo matrimonio un heredero en quien resignar la corona de tristezas que punzaba sus sienes.

Isabel de Borbón murió valerosamente como había vivido. Fue una francesa que se desposó para aportar la amistad entre España y Francia, y los dos países estuvieron en guerra continuamente desde que el matrimonio se llevó a efecto hasta el último día de su vida. En sus tiempos, el sol de España de-

(1) *Cartas de la Venerable Madre Sor María de Agreda*, editadas por F. Silvela. Durante los dos años que siguieron a la muerte de Isabel, prohibieron todas las comedias y representaciones escénicas, por instigación de Sor María; pero en 1648 Felipe las permitió de nuevo.

clinaba mientras que en Francia aumentaba la claridad del día; pero ella jamás se congratuló con los éxitos del país de su nacimiento, y se mantuvo fiel hasta el fin a su España bien amada. Sería fuera de lugar atribuirle un ánimo tan ilustre y elevado como el de las otras Reinas homónimas que le precedieron; mas, con todo, era el suyo un corazón animoso, confiado, que aceptaba las cosas como eran, si no podía remediarlas, y, como su padre, gozaba en lo posible cumpliendo con su deber animosa y diestramente.

MARTÍN HUME

(Continuará.)

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Dizionario legale. Diritto civile, commerciale, penale, militare, marittimo. Leggi complementari coordinate con le opportune referenze e richiami, pel Dott. Sebastiano Tringalli.—Ulrico Hoepli, editore; Milano, 1914.—Un vol. de XVI-1.386 págs., 12 liras.

«Desde los tiempos de Bacon, y aun antes—dice el autor en el prólogo,—se lamentaba la excesiva multiplicidad de las leyes [igual hacía entre nosotros Cerdán de Tallada, ya en el siglo XVI], las cuales han aumentado a estas horas de tal manera, y son, además, frecuentemente tan contradictorias y oscuras, que no sólo suele ser larga y fastidiosa su busca, sino que a veces es hasta dificilísimo saber cuáles de entre ellas están vigentes.

»*La ignorancia de las leyes no se presume* [*ni excusa de su cumplimiento*], es un canon, seguramente justo, de nuestro derecho; pero si se quiere que tal presunción jurídica sea un tanto racional y hasta algo humana, es de necesidad absoluta e improrrogable el hacer del conjunto de las leyes vigentes una revisión sistemática y una sabia coordinación.»

Sin duda alguna, aun para las personas poseedoras de cierta práctica legal, no es siempre fácil encontrar las disposiciones mismas vigentes, y es imposible tener a mano la indicación de cuanto se contiene en el enorme arsenal legislativo, y sorprender, a primera vista, los preceptos que regulan una determinada materia.

El autor de este libro, el Dr. Tringalli, funcionario de la Administración pública italiana, ha contribuído con él, de un modo eficacísimo, a remediar semejante situación de cosas, por lo que a su país se refiere. Pues, en efecto, su *Diccionario legal* abarca toda la vasta mole legislativa, reuniendo y coordinando las disposiciones esparcidas en las distintas leyes y reglamentos, y presentando de tal modo, en forma fácil para la consulta, todo cuanto puede interesar al hombre de ley o de negocios, al empleado de cualquier administración pública o privada, al estudiante de derecho y, en general, a cualquier ciudadano.

La materia se halla dispuesta en orden alfabético, y debajo de cada palabra agrupa el autor, no solamente la significación léxica y la legal del vocablo, sino también las indicaciones y referencias correspondientes a todas las leyes que tengan con el asunto directa o indirecta relación, puntualizando detalladamente (por el número de su articulado, etc.), los preceptos de aquéllas, con lo que quien consulte la obra, además de saber el valor que tiene cada palabra, se entera de cuáles sean las disposiciones legales que regulan aquel punto.

El *Diccionario* se presenta completo para cuanto concierne al derecho civil, al mercantil, al penal, administrativo, internacional, militar, marítimo, eclesiástico y financiero y a los respectivos procedimientos; sin que falten tampoco algunas indicaciones históricas cuando las noticias de esta índole se estiman necesarias para dar una exacta noción de una institución determinada.

Haría obra buena entre nosotros quien, tomando ejemplo del Dr. Tringalli, publicara un análogo *Diccionario legal español*, en forma manual como éste, barato como éste, condensado y a la vez completo como éste, el cual, ni es una verdadera Enciclopedia jurídica, ni tampoco un nuevo Vocabulario, sino una cosa intermedia.

P. Dorado

ÍNDICE

	Págs.
La guerra franco-alemana de 1870 y 1871, por el Capitán Tauera	5
Los comienzos de El Greco.—El Greco en Toledo, por Carlos Justi.	66
Revista de revistas, por Fernando Araujo.....	109
Guía del buen decir, por Juan B. Selva.....	130
Las Reinas de la España antigua, por Martín Hume.	165
Notas bibliográficas, por P. Dorado.	204

Año 26 1.º Diciembre 1914 Tomo 312

LA ESPAÑA MODERNA

SUMARIO

LA REINA GOBERNADORA: Crónicas políticas de 1833 a 1840.—Decretos curiosos de la época de Cristina, por **Carlos Cambronero**.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871: La batalla de Coulmiers. El combate de Thiron-Gardais (21 Noviembre 1870).—Una comisión de Estado mayor.—Algunas anécdotas.—Châteaudun y Varize (27 al 29 de Noviembre), por el **Capitán Tanera**.

REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA: Mariana de Austria, por **Martín Hume**.

GUIA DEL BUEN DECIR: Estudio de las trasgresiones gramaticales más comunes, por **Juan B. Selva**, Profesor en la República Argentina.

LA ESTATUA ECUESTRE DE FELIPE IV.—LA ESTATUA ECUESTRE DE FELIPE III.—El caballo de bronce.—Transporte y colocación, por **Carlos Justi**.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS: *Manuale coloniale*, pel Dott. Paolo Revelli, por **P. Dorado**, Profesor en la Universidad de Salamanca.

ÍNDICE por orden alfabético de autores.

LIBRARY
DEC 4 1914
UNIVERSITY OF TORONTO

Acabamos de publicar los Indices de Materias y Autores de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 a 264, Enero de 1881 a Diciembre de 1910, por R. Gómez Villafranca, Oficial del Cuerpo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos. Un gran volumen de [illegible] páginas, doce pesetas. Indispensable para el manejo de la Revista.

DIRECTOR: J. LAZARO
LOPEZ HOYOS. 6
MADRID

LIBROS PUBLICADOS POR "LA ESPAÑA MODERNA"

que se hallan de venta en su Administración,

calle de López de Hoyos, 6, Madrid.

Aguanno.—La Génesis y la Evolución del Derecho Civil, 2 tomos, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación Civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Andreief.—Los Ahorcados, 3 pesetas.

Anónimo.—¿Académicas?, 1 peseta.—Currita Albornoz, 1 peseta.

Antoine.—Curso de Economía social, 2 tomos, 15 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pts.—El visitador del preso, 3.—El Delito Colectivo, 1,50.

Arnó.—Servidumbres rústicas y urbanas, 7 p.

Asensio.—Vida de Fernán Caballero, 1 peseta.—Pinzón, 3 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pts.

Audinet.—Derecho internacional privado, 2 tomos, 12 pesetas.

Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 ptas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.

Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 ptas.

Balzac.—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El cabecilla, 3 pesetas.—El dandismo, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Barthelemy-Saint-Hilaire.—Buda y su religión, 7 ptas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 p.

Becerro de Bengoa.—Vida de Trueba, 1.

Bergeret.—Vida de Monton (Mérinos), 1 pta.

Berzeviczy.—Beatriz de Aragón, 7 ptas.

Boccardo.—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 ptas.

Bolssier.—Cicerón y sus amigos, 8 pts.—La Oposición bajo los Césares 7 pesetas.

Bouchot.—Historia de la literatura antigua, 6 ptas.

Bourget.—Vida de Taine, 50 céntimos.

Bréal.—Ensayo de Semántica, 5 pesetas.

Brédif.—La elocuencia política en Grecia, 7.

Bret Harte.—Bloqueados por la nieve, 2 ps.

Bryce.—La República Norteamericana, dos tomos, 13 ptas.—El gobierno de los Estados en la República Norteamericana, 7 ptas.—Los partidos políticos en los Estados Unidos, 6.

Brooks Adams.—La ley de la civilización y de la decadencia de los pueblos, 7 ps.

Bunge.—La Educación, 12 ptas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 ptas.

Burnouf.—Las religiones, Literatura y Constitución social de la India, 7 pesetas.

Buylla, Neumann, Klelnwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía política, 2 tomos, 10 pesetas.

Caillaux.—Los impuestos en Francia, 3 tomos, 18 pesetas.

Cambronero.—Las Cortes de la Revolución, 4 ptas.—Crónicas del tiempo de Isabel II, 7 pesetas.

Campe.—Historia de América, dos tomos, 6 p.

Campoamor.—Vida de Cánovas, 1 peseta.—Ternezas y flores: Ayes del alma: Fábulas, 8 pesetas.—Doloras y humoradas, 8 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 ts., 24 ps.—Pasado y presente, 7 pesetas.

Caro.—Filosofía de Goethe, 6 pesetas.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Costumbres literarias, 3 pesetas.

Castro.—El Libro de los Galicismos, 3 ps.

Champ communale.—La Sucesión Abintestato en Derecho Internacional privado, 10 pts.

Chassay.—Los deberes de la mujer en la familia, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas.—La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6

Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Comte.—Principios de Filosofía positiva, 2.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Conperus.—Su Majestad, 5 pesetas.

Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Daudet.—Jak, dos tomos, 6 ptas.—Novelas del lunes, 3 ptas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 ptas.

Delorme.—César y sus contemporáneos, 6 p.

Deploige.—El conflicto de la Moral y de la Sociología, 7 pesetas.

Deschanel.—Lo malo y lo bueno que se ha dicho de las mujeres, 7 pesetas.

Dœllinger.—El Pontificado, 6 pesetas.

Dorado Montero.—Vida de Concepción Arenal, 1 pta.

Dostoyuski.—La novela del presidio, 3 p.

Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.

Dumas: Actea, 2 ptas.

Eltzbacher.—El Anarquismo según sus más ilustres representantes, 7 pesetas.

Ellen Key.—El amor y el matrimonio, 6 p.

Ellis Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.

Emerson.—La Ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la Naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ptas.

Engels.—Anti-Dhüring o revolución de la ciencia, de Eugenio Dhüring, 7 ptas.

Fernández Guerra.—Hartzenbusch.

Fernan-Flor.—Vida de Zorrilla, 1 peseta. De Tamayo, 1 peseta.

Ferrán.—Obras completas, 5 pesetas.

Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 ptas.

Fisher.—Economía política y geométrica, 8.

Fitzmaurice-Kelly.—Historia de la Literatura española, 10 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 ptas.—La Ciencia social contemporánea, 8 ptas.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 ptas.—La Filosofía de Platón, 2 tomos 12 ptas.—Compendios de los grandes filósofos, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pts

Framarino.—Lógica de las pruebas, 2 tomos, 15 pesetas.

Fromentin.—La Pintura en Bélgica y Holanda, 6 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, 2 ts., 15 ptas.

Garnet.—Historia de la Literatura italiana, 9 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La superstición socialista, 5 ptas—El delito como fenómeno social, 4 pesetas. Justicia y Civilización, 4 pesetas.

Gautier.—Vida de Heine, 1 peseta.—Las bombas prusianas, 3 pesetas.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madame de Girardin y Balzac, 3 pesetas.

Gay.—Los salones célebres, 3 pesetas.

George.—Protección y librecambio, 9 ptas—Problemas sociales, 5 pesetas.

Girard.—La elocuencia ática, 4 ptas.—El sentimiento religioso en la Literatura griega, 7 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.—El Plagio, 8 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 26. NUM. 312.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1914

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»
Calle López Hoyos, 6
MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de Valentín Tordesillas, Tutor, 16. Madrid.—Teléfono 2.042.

LA REINA GOBERNADORA

CRÓNICAS POLÍTICAS DE 1833 A 1840

V Y ULTIMO

Decretos curiosos de la época de Cristina.

Apegados, por instinto, los españoles, a las costumbres tradicionales, miraban con recelo toda reforma que venía a lesionar, en poco o en mucho, intereses creados, aunque favoreciese el interés general de todos o de los más; así es que el espíritu público no demandaba transformaciones radicales en la administración, y los Gobiernos, aprovechando este estado de opinión, procuraban no desviarse de la antigua rutina administrativa, que facilitaba grandemente su política, sin ofrecer nuevos puntos de estudio y sin las dificultades inherentes a la implantación de reformas.

No obstante, en los últimos tiempos de Fernando VII, los *Secretarios del Despacho,* hoy llamados Ministros, hubieron de abrir la mano a las innovaciones, aun venciendo la resistencia que a ello oponía al criterio del Rey, y consiguieron modificar la organización de alguna dependencia.

Merece mención, en este sentido, el Real decreto de 9 de Noviembre de 1832, por el cual se creó la Secretaría del Despacho de *Fomento*, segregando de la de *Estado* los servicios que hoy corresponden a los Ministerios de Gobernación, Fomento e Instrucción pública.

Esta fue una disposición acertadísima; porque el Secretario de *Estado* tenía a su cargo tantos asuntos, que necesariamente habría de descuidar algunos por falta de tiempo material para su estudio y conocimiento.

Muerto el Rey, por otro Real decreto de 13 de Mayo de 1834 se dió a esta Secretaría de nueva creación el título de lo *Interior*, tomándolo del francés.

No hizo buen efecto la frase, y por Real decreto de 4 de Diciembre de 1834 se dispuso que se denominase, en adelante, de la *Gobernación del Reino*.

Este año (16 Junio) se creó el cargo de *Subsecretarios del Despacho*, a fin de que los Secretarios (Ministros) pudiesen asistir a las sesiones de Cortes, sin que quedasen desatendidos los asuntos de su departamento, por cuanto el nuevo empleado les suplía legalmente cuando aquéllos faltasen de la dependencia.

Consiguiente al desarrollo natural que había de darse a la nueva *Secretaría de Fomento,* vino, en 23 de Octubre de 1833, el nombramiento de los *Subdelegados principales* de este ramo, quienes, por otro Real decreto de 13 de Mayo de 1834, recibieron la denominación de *Gobernadores civiles de provincia*. Véase cómo aquella mera distribución de servicios, separando de *Estado* lo que entonces se llamaba *Fomento*, trajo a la política y a la Administración pública un factor tan importante como el Gobernador civil.

Mas no pararon aquí las consecuencias de la reforma. Los *Subdelegados de Fomento* hicieron ver al Gobierno la necesidad de una nueva división territorial, y al efecto, por Real decreto de 30 de Noviembre de 1833, un mes después de la muerte de Fernando VII, la Reina Gobernadora mandó formar la división territorial de España en 49 provincias, que tomaron el nombre de sus capitales respectivas, excepto las de Navarra, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya, las cuales conservaron las denominaciones que tenían.

Según el censo de población de aquella época, la provincia

que más habitantes contaba era la de Barcelona (442.273), y la de menor Alava (63.523), dando entre todas un total de 12.286.941 habitantes.

La nueva división territorial obligó a organizar en cada provincia los servicios de la Administración del Estado, y a este efecto dirigió el Ministro D. Javier de Burgos, a los *Subdelegados*, en 30 de Noviembre de 1833, una *Instrucción*, que es modelo en su género, y que revela el conocimiento que su autor tenía de las necesidades de las provincias relacionadas con la Agricultura, la Industria, el Comercio, los Municipios, la Instrucción pública, la Beneficencia, las Cárceles, los Caminos, los Espectáculos y la Estadística.

Las subdelegaciones de Fomento determinaron en la historia de nuestra Administración una mejora de trascendencia, pues lograron entonces, como cosa nueva, poner en contacto diverso las provincias con el Gobierno, y hacer llegar a éste directamente el clamor de las necesidades de los pueblos, y la demanda de protección para su desarrollo en el Comercio, en Industria y en la Agricultura.

Como consecuencia de la división territorial, por Real decreto de 26 de Enero de 1834 se hizo una nueva distribución de Audiencias para la administración de justicia, quedando establecidas las de Madrid, Valladolid, Granada, Coruña, Sevilla, Oviedo, Canarias, Cáceres, Burgos, Albacete, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Mallorca y el Consejo Real de Navarra. Inmediatamente se realizó (21 Abril 1834) la subdivisión de las provincias en partidos judiciales.

Las modificaciones se imponían. El Real decreto de 23 de Junio de 1835 suprimió los *oficios* de Regidores, Veinticuatros, Jurados, Alféreces, Escribanos y Alguaciles, cargos que se llamaban *enajenados a perpetuidad o de por vida*, porque habían sido enajenados o vendidos mediante una cantidad que sería indemnizada a expensas del Estado o del Municipio, según procediese la egresión de uno o de otro.

Por este Real decreto, el cargo de Regidor, que antes era

vitalicio, duraría cuatro años, renovándose parcialmente los Ayuntamientos cada dos; los individuos que cesaban no podían ser reelegidos hasta pasados dos años. Para figurar como elector se necesitaba pagar una cuota de contribución directa, y para ser elegido constar en la lista de mayores contribuyentes (1).

Estos ensayos, no mal recibidos, y favorables a la reorganización administrativa, decidieron a las Cortes, en 15 de Octubre de 1835, por iniciativas de D. Joaquín María López, a promulgar una ley restableciendo la de 3 de Febrero de 1828 sobre el gobierno económico-político de las provincias, en la que se deslindaban las atribuciones de Ayuntamientos, Diputaciones provinciales y Jefes políticos (Gobernadores civiles), dando a estas corporaciones y cargos la nueva forma que el sistema constitucional imponía.

*
* *

«Persuadida de que ningún Estado puede florecer sin industria—decía Cristina en su Real decreto de 21 de Octubre de 1837,—y que esto no puede lograrse habiendo fábricas privilegiadas, que tal vez no bastan a las necesidades del consumo, y le dificultan o circunscriben por la escasez o por la carestía de sus productos; que este mal se ha experimentado particularmente con respecto al surtido de cristales en Madrid y en sus inmediaciones, donde, en favor de la manufactura de San Ildefonso (La Granja), perteneciente al Patrimonio Real, estuvo prohibida hasta ahora la fabricación y la introducción de este artículo, sin beneficio de la fábrica misma, que no ha prosperado, y con perjuicio de los habitantes, a quienes el privilegio otorgado a la Fábrica Real ha privado de las ventajas

(1) El art. 312 de la Constitución de Cádiz disponía que los Regidores y demás oficios perpetuos de los Ayuntamientos cesasen en sus cargos, que habían de proveerse por elección.

del surtido y de la baratura; he venido en mandar que sea libre en Madrid y sus inmediaciones la fabricación y la introducción del cristal como en las demás provincias del Reino.»

De esta manera práctica y desinteresada inauguró Cristina la serie de disposiciones que preparaba en beneficio de la industria y del comercio.

En 10 de Diciembre de aquel año concedió libertad en la venta de pescado, seda, sosa, barrilla, trapo, lino y cáñamo, anulando los privilegios otorgados a los abastecedores por la Novísima Recopilación.

En 20 de Enero de 1834 declaró libre el comercio de artículos de comer, beber y arder, y la venta de cereales, harinas y toda clase de granos y semillas, pagando únicamente los comerciantes los derechos establecidos por el Estado o por los Municipios.

En 20 de Febrero de 1834 mandó que los cosecheros de uva de todas las provincias de la Península pudieran dar principio libremente a la vendimia, en la época y forma que estimasen más conveniente, sin que las Justicias de los pueblos pudieran intervenir en estas operaciones, bajo pretexto de costumbre ni por otra razón.

En 6 de Abril de 1836 se concedió libertad pare establecer fábricas y ejercer cualquier industria útil.

Esta serie de disposiciones podrá dar idea al lector de las trabas y dificultades que el comercio, la industria y la agricultura tenían al hacerse cargo de la gobernación del Estado la Reina Doña María Cristina, y del buen deseo que la animaba en beneficio de la prosperidad de la nación.

La *Real Compañía de Filipinas* ejercía el monopolio de muchos artículos, sin ventaja para el Estado y en perjuicio del comercio, por lo que el Conde de Toreno, Ministro de Hacienda, tuvo la buena ocurrencia de aconsejar a la Reina la disolución de aquella sociedad. Cristina, que había ya dado el ejemplo, cerrando su *Fábrica de cristales de la Granja*, aprobó lo propuesto por el Conde, y con un Real decreto de 6 de Se-

tiembre de 1834 hizo pasar a la Historia la *Real Compañía de Filipinas*, que estaba establecida en su casa propia de la calle de Carretas, núm. 14.

Conocedora Cristina de la buena acogida que había tenido la *Exposición de productos de la industria española*, celebrada en 1828, ordenó, por un Real decreto de 3 de Marzo de 1834, que estos certámenes se verificasen cada tres años, inaugurándose el primero de su Regencia el 19 de Noviembre de aquel año, día en que la Reina niña celebraba su fiesta onomástica.

Distinto en aquella época el concepto que hoy se tiene formado de las asociaciones gremiales, o, hablando con más propiedad, distinto el espíritu que las informaba, la Gobernadora, por Real decreto de 20 de Enero de 1834, dictó reglas para contener los abusos que estas asociaciones producían en perjuicio del público.

Por último, inspirada Cristina en un criterio esencialmente democrático, declaró, por Real decreto de 25 de Febrero de 1834, dignos de honra y aptos para obtener cargos del Estado a los que ejercían artes u oficios mecánicos.

***

La Gobernadora tenía afición a las Bellas Artes. Había nacido y pasado los primeros años de su juventud en un país de gran intuición artística, y ella, mujer de imaginación espléndida, y en determinados casos romántica, se recreaba contemplando los cuadros de los buenos pintores, y discutiendo sus bellezas o equivocaciones. Aprendió, como hemos dicho, dibujo y colorido en Nápoles, con vocación de aficionada constante, ya que no de maestra, de tal suerte, que robando tiempo a los quehaceres que su cargo le imponía, buscaba ratos perdidos para dedicarlos al cultivo del arte, y pintaba, generalmente, copias de los grandes maestros, llegando a presentar algunas en las Exposiciones que anualmente celebraba la Academia de San Fernando. Este antecedente sirve de explicación

a la Real orden de 2 de Setiembre de 1836, que fue muy comentada en tertulias y cafés.

La viuda del Embajador de Francia embaló, para remitir a París, una colección de cuadros, entre los que había algunos lienzos antiguos, adquiridos en España; y denunciado el hecho, no sabemos cómo, se detuvo el equipaje, pasando los cajones de cuadros a la Academia de Bellas Artes para que informase. Esta manifestó que varios retratos y otras pinturas de artistas modernos, como D. Federico Madrazo, Bejarano y Alenza, podían salir del territorio español; pero que los lienzos antiguos hallados en el equipaje de la viajera deberían ser detenidos. Así lo hizo Cristina, y se mandó formar un expediente, cuya resolución desconocemos.

Quizá, como consecuencia de este hecho, se dió la Real orden de 28 de Abril de 1837 prohibiendo extraer fuera del reino pinturas, libros ni manuscritos antiguos, basándose en otras Reales órdenes de 2 y 4 de Setiembre de 1836, 14 de Octubre de 1801 y 16 de Octubre de 1779.

Entonces no se conocían medios para proteger en general las Bellas Artes, y el Rey sólo podía hacerlo individualmente, nombrando pintor de cámara al artista que deseaba favorecer. Las Exposiciones de pinturas que organizaba la Academia de San Fernando tenían poco aliciente, pues ni el local escogido para ello reunía condiciones apropiadas, ni se otorgaban premios; de modo que los expositores lo hacían platónicamente, por amor al arte, como podemos decir empleando la frase en su verdadera acepción.

Tampoco había mucho donde escoger: Jenaro Villaamil, Vicente Camarón, Leonardo Alenza, Rafael Tejeo, José Elbo, Antonio Esquivel, los Madrazo (José y Federico), Vicente Carderera, Carlos Luis Rivera y el veterano D. Vicente López. La pintura española se hallaba en decadencia; pero también es verdad que el Estado, siguiendo la rutina oscurantista, nada hacía en pro del fomento y desarrollo del arte.

La Gobernadora prestó su apoyo a la *Colección litográfica*

de los cuadros del Rey de España, publicación dirigida por D. José Madrazo, destinada a reproducir los lienzos del Museo de Pinturas. Es un trabajo muy estimable, que consta de tres tomos en folio marquilla.

Por Real orden de 13 de Marzo de 1834 declaró libre el arte de la litografía, exceptuando la reproducción de los cuadros del Real Museo destinados a figurar en la obra anteriormente mencionada.

El Reglamento de Imprenta, de 4 de Enero de 1834, suprimió la censura para las obras que tratasen puramente de oficios mecánicos y arte, literatura, matemáticas, astronomía, navegación, agricultura, comercio, geografía, materia militar, botánica, medicina, farmacia, física, química, mineralogía, zoología y demás ciencias naturales y exactas, y materias económicas y administrativas. Esto representaba un adelanto en el camino de la libertad de imprenta.

Habiendo pretendido el arzobispo de Sevilla prohibir las representaciones que en Carmona estaba dando una compañía de cómicos, se desautorizó al prelado, y por Real orden de 13 de Enero de 1834 se mandó dejar en libertad a estas compañías para dar representaciones públicas, siempre que cumpliesen con las leyes y reglamentos del ramo de Teatros y de Sanidad.

La Iglesia fue siempre contraria al arte escénico: ella hizo desaparecer la mitad de las obras de nuestro gran teatro del siglo XVII, llevada de un espíritu piadoso mal entendido. ¿Qué haría hoy aquel arzobispo, si pudiera ver el estado de nuestros coliseos del género chico?

Una Real orden, beneficiosa para los escritores dramáticos, se dió en 5 de Mayo de 1837, al prohibir representar en los teatros de la Península ninguna obra, aunque estuviera impresa, sin permiso del autor o propietario de ella. La disposición no favorece el concepto que pudiéramos formar de aquellos empresarios.

* * *

Ya que no hagamos un estudio completo de la organización administrativa del tiempo de la Regencia de Cristina, porque esto cae fuera de nuestro cometido, vamos a presentar una relación de algunas disposiciones dictadas en su tiempo, para que, con las demás noticias que en este mismo capítulo ofrecemos, pueda el lector formar idea del carácter de aquel período.

1833, 22 Diciembre. Ordenanzas generales de montes.

1834, 3 Febrero. Organización de los establecimientos de baños y agnas minerales de España.

13 Febrero. Reglas para la construcción de cementerios. Por Real orden de 30 de Octubre de 1835 se concedió que las religiosas fallecidas pudieran ser enterradas en los atrios o huertos de sus conventos; pero de ninguna manera en los coros bajos ni en las iglesias.

14 Abril. Ordenanza general de los Presidios del Reino. Contiene 371 artículos, en cuya redacción se tuvieron en cuenta las necesidades y circunstancias de estos establecimientos.

3 Mayo. Ley de Caza y pesca.

1836, 8 Setiembre. Real decreto restableciendo el Reglamento general de Beneficencia de 6 de Febrero de 1822.

26 Noviembre. Creación de un impuesto a los agraciados con las cruces de Carlos III e Isabel la Católica, de 1.000 a 6.000 reales, según la categoría de la cruz.

1837, 29 Junio. Se mandó formar el censo de población, publicándose una Instrucción detallada e interesante para llevarla a efecto.

6 Setiembre. Represión del duelo. Esta es una Real orden de las muchas que en España quedan sin cumplir.

10 Setiembre. Abolición de las antiguas Ordenanzas de Montes y Plantíos, declarándose que el disfrute de caza y pesca en los predios de los particulares correspondía primativamente a éstos o a quien tuviese permiso del dueño o del que hiciere sus veces.

6 Noviembre. Creación del Cuartel de Inválidos.

1 Diciembre. Circular de Gobernación determinando la forma y datos que deberían consignarse en las partidas de nacimiento, matrimonio y defunción en los Registros de esta clase.

1838. Reorganización de las llamadas *Gracias al sacar*, que consistían en emancipaciones, legitimaciones de hijos naturales, dispensas de edad para los jóvenes o de tiempo para las viudas que deseaban pasar a segundas nupcias, y otras exenciones que venían a alterar reglamentos vigentes.

13 Julio. Prohibición de insertar en los *Boletines oficiales* noticias políticas ni artículos de este género. Dice la Real orden que los *Boletines* fueron establecidos para comunicar a los pueblos con celeridad las órdenes del Gobierno, librándolos del oneroso gravamen de las *veredas* (1).

28 Diciembre. Determinando que las oficinas públicas se estableciesen en edificios pertenecientes al Estado, donde los hubiese, y donde no, en aquellos que pudieran adquirirse a cambio de los que existían en otras partes.

29 Diciembre. Reorganización del personál de la Judicatura y Magistratura.

1839, 8 Enero. Real orden para que se publicase mensualmente en los periódicos oficiales el producto de la recaudación de las rentas y contribuciones, y su inversión en las obligaciones de la nación.

1839, 25 Abril. Distribución del servicio de *Celadores de caminos*, a fin de que éstos se hallasen siempre en buen estado.

13 Agosto. Mandando que ningún reo de delitos comunes fuera sentenciado a servir en el Ejército, pues no debía considerarse como pena un deber tan honroso para el ciudadano. Esto ya lo había mandado José Bonaparte el 12 de Julio de 1880.

(1) En lo antiguo se tenía asalariado un hombre, con el encargo de transmitir a los alcaldes de los pueblos las órdenes o avisos que había necesidad de comunicarles por la autoridad inmediata superior.

8 Noviembre. Real orden promoviendo la instalación de *Salas de asilo* o *Escuelas de párvulos,* reiterando otra de 22 de Agosto de 1836, que no se pudo llevar a efecto por las circunstancias en que se hallaba el país con motivo de la guerra. Sin embargo, la Sociedad Económica Matritense, con el celo que siempre la había distinguido, logró, en 15 de Julio de 1838, constituir una asociación con recursos particulares, y en Noviembre de 1839 tenía establecidas en Madrid cinco escuelas, a las que concurrían 500 niños.

***

Sin hacer declamaciones vulgares contra las corridas de toros, y respetando una afición genuinamente nacional, no más censurable que otras de que alardean naciones cultas, declaramos que la creación del *Real Colegio de tauromaquia,* de Sevilla (1), realizada por Real orden de 28 de Marzo de 1830, no es una página de honor para la historia del Rey Fernando VII; así es que nos complacemos en hacer constar que la Reina Gobernadora tuvo a bien suprimir ese *instituto docente,* por otra Real orden de 15 de Marzo de 1834.

«Considerando—decía el preámbulo de la disposición—que, sin más enseñanza que la práctica, y sin otro estímulo que las crecidas gratificaciones y la celebridad que proporciona tan arriesgada profesión (*la del torero*), ha habido siempre en España lidiadores de agilidad y destreza; y que, debiendo el Gobierno destinar fondos a diferentes enseñanzas, existen otras infinitamente más útiles, que reclaman de preferencia los auxilios hasta ahora dispensados a la de lidiar toros; y están mal dotados muchos establecimientos de Beneficencia, que reclaman diariamente la protección del Gobierno, queda suprimido el Real Colegio de tauromaquia de Sevilla» (2).

(1) La idea partió del Conde de la Estrella. Se nombró director á Pedro Romero, con 12.000 reales anuales de sueldo.

(2) El arbitrio de 200 reales por cada corrida de toros en las capitales

El plan general de Instrucción pública, formado por el ilustre Duque de Rivas, y publicado por Real decreto de 4 de Agosto de 1836, base de las reformas que en este ramo realizaron más adelante D. Pedro José Pidal, en 1845, y D. Claudio Moyano, en 1857, es, sin ningún linaje de duda, una página gloriosa de la Regencia de Cristina.

El Duque de Rivas dió el primer paso para la organización de la enseñanza, en armonía con lo que reclamaban ya las exigencias de la época. Dividió y clasificó los estudios, desde las escuelas de Instrucción primaria, hasta las Facultades; determinó los métodos de enseñanza, las matrículas, las pruebas de curso y, en una palabra, el funcionamiento de las Universidades; creó el Consejo de Instrucción pública y Comisiones dependientes de él en cada provincia y en cada pueblo; estableció la *Instrucción secundaria*, que hoy llamamos segunda enseñanza, donde había de estudiarse Gramática, Lenguas vivas, Matemáticas, Geografía, Historia, Historia Natural, Física y Química, Mecánica y Astronomía física, Literatura, Ideología y Religión y moral.

Organizó las Facultades de Teología, Jurisprudencia, Medicina, Farmacia y Veterinaria; las Escuelas especiales de Caminos, de Minas, de Agricultura, de Comercio, de Bellas Artes y de Artes y Oficios; y los *Estudios de erudición* siguientes: Antigüedades o Arqueología, Numismática y Bibliografía.

Como todo estaba por hacer, el autor del *Moro expósito* tuvo que prevenirlo todo, dejando con el plan de Instrucción pública una prueba patente de su buen deseo, de su cultura, de su criterio pedagógico, menos conocido y alabado que sus versos, pero altamente beneficioso para el país, porque las reformas posteriores fueron más fáciles de acometer trabajando sobre una primera materia de buena calidad.

---

de provincia, 160 en las demás poblaciones y 100 por cada corrida de novillos que se celebraba con destino a aquel Real Colegio, se destinó luego, por mitad, á la Enseñanza primaria y a los Establecimientos de Beneficencia.

Claro es que se inspiró en la legislación francesa; pero esto, entre nosotros, es lo común y corriente.

Le censuraron que había suprimido el estudio del latín en la segunda enseñanza; y el cargo tiene fundamento, aunque con los distingos oportunos.

Nadie puede negar la bondad de los monumentos literarios de los latinos, ni la importancia en que pusieron a contribución su ingenio y su talento poetas como Virgilio, Horacio, Tíbulo, Cátulo y Propercio; dramáticos como Plauto y Terencio; satíricos como Juvenal y Marcial; oradores como Cicerón y Quintiliano; historiadores como Salustio, Tácito y Tito Livio, y didácticos como Columela, Pomponio Mela y Plinio el Viejo; pero siglos después, en plena Edad Moderna, cuando las lenguas llamadas neolatinas, el italiano, el francés y el español, estaban en la plenitud de su desarrollo, y todavía los naturales de estas naciones escribían libros en latín, como si este idioma fuese el peculiar de sus compatriotas en los usos de la vida. Debe anotarse que la preponderancia del latín se debe, en gran parte, a la Iglesia católica, que sostiene esta lengua en sus ritos como en los primeros siglos del Cristianismo, cuando era popular. Aun hoy día no se podrá encontrar orador sagrado en España que no intercale frecuentemente alguna frase latina en el sermón, a seguras de que sus oyentes no han de traducírsela. Así habremos de dar la razón a Voltaire cuando aconseja, para producir efecto, hacer citas en un idioma que nadie entienda.

«El conocimiento de la literatura latina—decía un doctor de la Universidad de Salamanca, en 1846—es sumamente útil al teólogo, al jurisconsulto, al médico, al historiador, al literato y a todas las personas que se dedican al estudio de algún ramo del saber humano: en ella se encuentran los fundamentos de todas las ciencias; en ella tenemos archivados los tesoros que los sabios de todos los siglos legaron a la posteridad, y, finalmente, su estudio ha contribuído y contribuirá a los progresos de la civilización.»

Este panegírico, reflejo fiel de los encomios que para el latín tenían sus apasionados, nos da la medida del irreflexivo amor que los guiaba; pues si al teólogo, al historiador y al literato es de necesidad el estudio de esta lengua, a las demás profesiones, que en abundoso número constituyen en la vida moderna el desarrollo de la actividad humana, les resulta de poco provecho efectivo, y sin aplicación práctica dentro de la esfera de acción de cáda una.

En España hizo crisis la preponderancia del latín en los comienzos del siglo XIX. Don Pedro José Pidal, Ministro de Fomento que lo era en 1845, nos lo dice en el preámbulo de la ley que dictó referente a Instrucción pública:

«En lo antiguo fijaba casi exclusivamente la atención el estudio del latín que, con algunos conocimientos de filosofía escolástica, venía a constituir nuestra segunda enseñanza: echáronse luego de menos las ciencias exactas y naturales, cuyo abandono ha sido tan funesto a la industria española, y después de varios ensayos hechos con no muy feliz éxito, cayóse en el extremo contrario, abandonándose casi del todo el estudio de las humanidades, y pretendiendo convertir a los jóvenes puramente en físicos y matemáticos. ¿Qué ha resultado de aquí? Sin conseguirse lo último, se han perdido los estudios clásicos, y nuestra literatura actual se resiente, por desgracia, de tan fatal abandono.»

No se hallan ajustadas a la razón todas las aseveraciones del Ministro, pues la segunda enseñanza no tiene, no debe tener, el fin de formar literatos, sino el de proporcionar a los jóvenes, conocimientos elementales, útiles en todas las esferas de la vida.

Además, el concepto de que la literatura latina es la única fuente de buen gusto en que deben saciar su sed los escritores españoles, pudo admitirse hasta los comienzos de la Edad Moderna; pero después que los siglos XVI y XVII produjeron aquel inmenso tesoro literario con Lope, Cervantes, Tirso, Calderón, Moreto, Rojas, Alarcón, Vélez de Guevara, Quevedo, los Ar-

gensolas, Fray Luis de León, Saavedra Fajardo, el P. Rivadeneyra, Ambrosio de Morales, el P. Mariana, Melo, Vicente Espinel, Garcilaso, Céspedes, Fernando de Herrera, Roja, Santa Teresa de Jesús, Ercilla y otros muchos que al correr de la pluma no recordamos, es inútil buscar en Roma mejores modelos que los de la Edad de oro de nuestra literatura.

El Duque de Rivas, imbuído por este espíritu, y para huír del abuso que se había hecho del latín, hasta el punto de que la gramática para estudiar esta lengua se escribía en el mismo idioma que se iba a aprender, determinó suprimir los cursos del idioma que hasta aquella fecha había ejercido la preponderancia, dando preferencia a otros conocimientos de más útil aplicación.

En Noviembre de 1850, siendo Seijas Lozano Ministro de Fomento, decía en el Congreso defendiendo este criterio:

«Supónese que se infunden en los jóvenes de corta edad multitud de conocimientos que no pueden digerir y, de consiguiente, que no pueden alcanzar ni progresar en ellos. Este es, señores, el argumento que en las calles, en las plazas, en los periódicos, se hace contra estos planes de estudios. Nosotros teníamos un sistema de enseñanza en que éramos los únicos en Europa, sobre todo en los ramos que constituyen la segunda enseñanza, esa enseñanza que es una necesidad en nuestra época, de nuestra civilización, de nuestras actuales instituciones. Seguidamente demostró que con el plan llamado entonces moderno no se pretendía formar literatos, ni médicos, ni abogados, sino difundir cierto género de conocimientos de Astronomía, de Historia Natural, de Química, etc., necesarios al hombre en todas las clases de la sociedad.

La ley de Instrucción pública de 1857, o, mejor dicho, las disposiciones provisionales dictadas por el Ministro D. Claudio Moyano, en 23 de Setiembre de aquel año, para la ejecución de su famosa y celebrada ley, se atiene en un todo, respecto del latín, a lo que había establecido Pidal, introduciendo, además, el estudio del griego, que había de hacerse en dos cursos, tiem-

po escasísimo para conocer, siquiera sea medianamente, esta hermosa, pero difícil lengua.

Bien está que en 1772 recomendase a Carlos III una junta de doctores, la conveniencia de sostener y fomentar en la Universidad de Alcalá de Henares las lecciones de las tres lenguas: hebrea, griega y latina, imprescindibles para el estudio de la Teología, de la Filosofía y aun de la Jurisprudencia en aquel tiempo; y bien está asimismo que hoy se la dedique atención preferente en la Facultad de Filosofía y Letras; pero fuera del radio en que gira esta última agrupación científica, las ventajas que pueda ofrecer el dominio de las lenguas muertas no compensarán ciertamente las dificultades que origine el desconocimiento de los idiomas en uso, cuya posesión es de patente resultado en el estado actual de las ciencias, de las artes, de la industria, del comercio y en todas las relaciones que el hombre tiene con la sociedad, desde cualquier punto de vista.

No siendo todos los jóvenes igualmente aptos, ni poseyendo el mismo grado de facultades morales, el Estado no debe obligarles, en esta enseñanza general, a recargar su inteligencia con el estudio de asignaturas que no han de serles de utilidad inmediata en las diversas orientaciones que han de tomar al concluir este período de preparación, y, por lo tanto, el latín, cursado en dos años como ahora aparece en el plan de estudios vigente, consideramos que no responde al concepto que informa en nuestro país el grupo de conocimientos comprendidos en la *segunda enseñanza*.

En la Facultad de Filosofía y Letras convendría establecer cuatro o más cursos de latín; pero en el Bachillerato debe modificarse su estudio, conduciéndole por otros derroteros de los seguidos hasta el día.»

Previo algunos elementos de lengua latina, madre del castellano, debería estudiarse en el Instituto las etimologías de las palabras de nuestro idioma, las permutaciones de letras, los cambios de acepción, el mecanismo de la transformación, lenta, pero fatal, que experimentó el latín al convertirse en cas-

tellano, o, según otros, al modificarse el primitivo lenguaje de Castilla, merced a la influencia poderosa del latín. Esto hubiera sido más provechoso que traducir incorrectamente las *Georgias* de Virgilio o las *Epístolas* de Cicerón con su enrevesado hipérbaton; pero si aun hoy no nos damos por convencidos, ¿cómo querríamos que el Duque de Rivas llevase a cabo una reforma tan trascendental en 1836? Bastante hizo con romper valientemente una lanza en defensa de la educación moderna, arrostrando el anatema de los latinistas furibundos.

***

Son notables y requieren mención especial las disposiciones siguientes:

Creación de la Escuela de Ingenieros de Minas (23 Abril de 1835); de la de Ingenieros Geógrafos (1.° Mayo 1835); de la de Ingenieros de Bosques (de igual fecha que la anterior); constitución del Cuerpo de Ingenieros civiles (30 Abril 1835); de la Escuela Lancasteriana (31 Agosto 1834); del Colegio Científico (19 Noviembre 1835).

Reglamento de la Escuela Normal de Instrucción primaria (27 Mayo 1837).

Reorganización del Museo de Ciencias Naturales (11 Setiembre 1837).

Creación del Colegio Nacional de huérfanos de patriotas muertos en defensa del trono de Isabel II (29 Octubre 1835 y 28 Marzo 1839).

Y téngase en cuenta que todas estas disposiciones se dieron hallándose exhaustas las arcas del Tesoro y encendida la guerra civil, que absorbía la atención del Gobierno y del espíritu público.

También se mandó (22 Marzo 1837), siendo Ministro don Joaquín María López, que se entregase a la Biblioteca Nacional un ejemplar de cada una de las obras que se imprimiesen, disposición que sigue cumpliéndose.

La idea, en honor de la verdad, no era nueva, pues ya la había establecido la ley II, título 19, libro 8.° y las leyes XXXVI a XXXVIII, título 16 del mismo libro, comprendidas en la *Novísima Recopilación*.

***

No cabe duda de que somos apegados a las prácticas antiguas; y maestros de 1834, no queriendo ceder ante la evolución que la cultura había experimentado en su época, seguían empleando el castigo de azotes, que de tiempo inmemorial constituía, según ellos, el mejor correctivo para los niños díscolos u holgazanes. Cristina, por Real orden de 25 de Agosto de aquel año, prohibió «el castigo de azotes en los colegios y casas de educación, exhortando a los maestros para que corrigiesen los defectos de los alumnos por medios que no pudieran producir funestas consecuencias en lo físico ni en lo moral».

Lo triste del caso es que esta disposición la habían ya dado como ley las Cortes de Cádiz, en 17 de Agosto de 1813, y los maestros, al venir la reacción política de Fernando VII, volvieron a sus antiguas prácticas, por considerarlas más saludables y beneficiosas para sus discípulos.

Pero hay otra circunstancia más triste aún, y es que la Real orden de Cristina hubo necesidad de reproducirla en 31 de Enero de 1837, sin duda por efecto de que los encargados de la enseñanza no querían prescindir del antiguo axioma que decía: «La letra con sangre entra.»

En otro orden de ideas, pero con el mismo criterio de cultura, por Real orden de 31 de Enero de 1837 abolió Cristina la prueba llamada *limpieza de sangre*, necesaria para emprender algunos estudios y carreras; y más adelante (24 Febrero de 1840) tuvo el buen acuerdo de derogar la cláusula del Reglamento del Colegio de Medicina y Cirugía, que exigía el certificado de la legitimidad en la matrícula de los alumnos.

Todavía usaban los estudiantes, en tiempo de Cristina, el

traje talar, que resultaba anacrónico, antiestético y, lo que es peor, sucio, porque la clase estudiantil, en aquellos tiempos, no pretendía, desgraciadamente, alardear de limpieza, y así era más respetado el que más deteriorados llevaba los manteos.

Decía el periódico *El Artista*, no sospechoso, toda vez que lo dirigían D. Eugenio de Ochoa y D. Federico Madrazo:

«Con las prácticas y tradiciones escolares de tiempos no muy ilustrados, han conservado el traje (los *estudiantes*) de sus mayores; traje ridículo, emblema de la esclavitud de las disciplinas, reminiscencia de la férula eclesiástica. Pocas cosas me parecen comparables, en punto a ridiculez, con esos sombreros de forma enigmática, que cuanto más mugrientos y despedazados, pasan por más galanos, y esos manteos siniestros, ajenos de una institución civil.»

Esta reforma, que debía haberla realizado Fernando VII, estaba reservada a Cristina, y por Real orden de 3 de Octubre de 1835 dijo:

«Convencida de que el traje talar, usado actualmente, no está ya en armonía con las costumbres del siglo; de donde resulta que, lejos de presentar la economía que se habían propuesto en su origen, aumenta hoy inútilmente los gastos de los jóvenes, y los acostumbra al desaliño y desaseo, impropios de las personas bien educadas, he tenido por conveniente prohibir a los alumnos de las Universidades, exceptuando los que estuviesen ordenados, el uso de la ropa talar.»

La Real orden había que cumplirla, porque las costumbres lo reclamaban; pero lo que decidió el éxito fue la traslación a Madrid de la Universidad de Alcalá, por otra Real orden de 29 de Octubre de 1836, siendo Ministro del ramo D. Joaquín María López. Una vez en Madrid, el estudiante de Facultad tuvo que acomodarse a las exigencias del medio en que vivía, cambiando los manteos por el gabán entallado y el sombrero de copa.

La Universidad se instaló provisionalmente en el *Seminario de nobles*, un edificio que estaba situado en lo que hoy es

Laboratorio de Ingenieros militares, en la calle de la Princesa; después se establecieron algunas cátedras en el Convento de Salesas Nuevas (calle de San Bernardo), cuya iglesia se convirtió en Paraninfo, y, por último, pasó aquel centro docente a ocupar el ex convento del Noviciado de Jesuítas, en la misma calle donde hoy se encuentra, aunque reconstruída la finca.

CARLOS CAMBRONERO

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA DE 1870 Y 1871

XII

La batalla de Coulmiers.

¿Por qué los bávaros del cuerpo de ejército de von der Tann hablan tan gustosos de Coulmiers?

¿Por qué, entre más de diez y ocho encuentros felices, figura esa batalla que perdimos entre los mejores recuerdos, y por qué mis hombres y yo nos glorificamos de ella más que de una gran victoria?

¿No nos batimos en retirada (¡la única vez, a Dios gracias!), abandonando al enemigo el campo de batalla, y dejando a su merced nuestros muertos y nuestros heridos?

Es porque en Coulmiers demostramos que sabíamos combatir contra fuerzas superiorísimas, y que, conducidos por un jefe incomparable como von der Tann, éramos capaces de realizar las mayores cosas que sea posible pedir a unos soldados: defenderse con la convicción de que a cada momento puede ser cortada la retirada, luchar todo un día contra efectivos cinco veces superiores, batirse luego en retirada, en buen orden, como en unas maniobras, a pesar de las fatigas y privaciones anteriores, suficientes por sí solas para desalentar a los más intrépidos.

Todas estas dificultades las vencieron los bávaros de von der Tann y los jinetes prusianos del conde de Stolberg.

Así, pues, hay que descubrirse ante la batalla de Coulmiers.

El lector comprenderá ahora por qué gustamos de recordar ese día memorable.

Pensé al principio, para comenzar este capítulo, hacer una descripción detallada y esencialmente militar de la batalla; pero abandoné este proyecto, reservándome el enviar, a los que quieran estudiar más detenidamente la cuestión, a la obra de Hellwig: *El primer cuerpo de ejército bávaro durante la guerra de 1870-1871*, y a las notas del Estado mayor.

Allí leerán que tuvimos que soportar durante todo un día los asaltos de fuerzas superiores en 75.000 hombres a las nuestras, bajo las órdenes de Aurelio de Paladines, y que nos vimos obligados a retirarnos al Norte sobre Toury, lo que no fue a consecuencia del combate sostenido cerca de Coulmiers, frente al Oeste, sino únicamente porque quisimos evitar un nuevo choque de 35.000 franceses mandados por Martín de Pallières. y que venían del Sureste sobre nuestra retaguardia.

Con esta retirada evitamos ser encerrados en la red.

Aquellos a quienes pudiera interesar la táctica seguida por los franceses, no tienen más que echar una ojeada sobre mi libro: *El primer ejército francés del Loire*.

Mis compañeros, para los que están escritas estas líneas, y que las han igualmente vivido, se alegrarán seguramente de conocer las impresiones de otro, y me perdonarán que hable otra vez de mí...

. . . . . .

El 7 de Noviembre tuvimos ya un ligero saboreo de lo que iba a pasar.

Los franceses no habían cesado de renovar sus ataques contra nuestras patrullas en el bosque de Marchenoir; nuestros jinetes tropezaban en todas partes con tropas enemigas, cuya actitud ofensiva debía hacernos reflexionar, ya al Sur, sobre el Loire, cerca de Beaugeney, ya al Oeste de Orleans, cerca de Cravant, Charsonville, Prenouvellon, o al Nordeste de nuestra posición, en la carretera de Châteaudun.

Los mismos informes nos llegaban del Este y del Sur, de los alrededores de Gien y del Sologne, todos de acuerdo para confirmar que en torno de nosotros se formaba una ruda tormenta, que no tardaría en estallar en los alrededores de Orleans.

Esperarla tranquilamente no convenía a von der Tann ni al general de caballería Stolberg.

Este último recibió la orden de ir a hacer un reconocimiento tras la cortina de las avanzadas enemigas, en el bosque de Marchenoir.

Tomó consigo dos regimientos de húsares silesianos, el primer batallón de cazadores, un batallón del 13.° de infantería bávara y dos baterías de artillería, y marchó animosamente, dejando de reserva los coraceros bávaros.

El destacamento pasó por Ouzouer-le Marché, avanzó hasta Chantôme, y allí se encontró con siete batallones de la brigada de Bourdillon, con la caballería del general Abdelal y con un cuerpo de cazadores. Habíanse juntado a estas fuerzas algunos franco tiradores, satisfechos, ellos también, de atacar a nuestros débiles efectivos.

Evidentemente, no se acercaron demasiado; nuestros húsares, nuestros cazadores y los hombres del 13.° se mostraban de tal manera decididos a no dejarse arrollar, que los franceses, tras algunas tentativas fracasadas, renunciaron a entablar más amplio conocimiento con semejantes bravos.

A pesar de todo, nuestro destacamento hubo de volverse; su misión había terminado; sabíamos que el enemigo era numeroso y que, por haberse mantenido así vigorosamente, era indudable que tenía intenciones ofensivas.

Nosotros—aludo al Estado mayor—estábamos a retaguardia en la Chapelle con el 3.er regimiento de línea.

Por la tarde del 7 dimos un paseo a Chaingy y más allá, a fin de darnos cuenta de si el destacamento de Stolberg tenía necesidad de ayuda.

Como la necesidad no se hacía sentir, volvimos a nuestro acantonamiento, al que llegamos a las nueve.

Tuve la suerte, en cuanto llegué, de verme obligado a montar de nuevo a caballo; ardía de impaciencia por conocer cosas más precisas sobre el combate.

Recorrí en una galopada los once kilómetros que hay de la Chapelle a Huisseau-sur-Mauve, me enteré de lo que quería, y a las once y media estaba de vuelta en mi campo.

—Oiga, Tanera, tiene usted que llevar estos datos a la división; yo no tengo tiempo de ir, porque aún he de escribir el informe acerca del combate de hoy.

Así me recibió el ayudante mayor de la brigada.

Dicho y hecho; mandé sacar de las cuadras un corpulento bayo, un caballo de servicio, y le hice trotar hasta Orleans. Allí me entregaron órdenes para el día siguiente, que me llevé, y a las tres de la mañana podía por fin meterme en la cama.

De ella me sacaron demasiado pronto, porque había mucho que hacer.

A las siete y media de la tarde llegó repentinamente la orden de concentrar en seguida la brigada en Chaingy.

A partir de aquel momento, empezaron horas inolvidables, horas de ruda tarea, como no había de encontrar más, ni siquiera el 2 de Diciembre, en que, sin embargo, las viví duras.

El general von der Tann había decidido, en la mañana del 9 de Noviembre, dirigirse inmediatamente al encuentro de las tropas francesas que se hallaban al Oeste de nuestra posición; quería obrar bruscamente mientras que aquéllas estuvieran todavía solas, a fin de evitar el ejército que se mantenía al Este y ser cogido en una ratonera.

Los franceses debían tener la idea de imponernos allí algún Sedán de su gusto.

Pero nosotros no les habíamos prestado nuestro Moltke, y Tann comprendió prontamente las tales intenciones, con lo que desbarató las más gratas esperanzas del enemigo.

Me enviaron, desde el principio de la acción, a una de las alas, mientras que mis compañeros del Estado mayor se dirigían a otros puntos; nos encontramos a media noche en

Chaingy, al mismo tiempo que nuestra brigada, a la que estaban adjuntos dos escuadrones y tres baterías.

Solamente los cazadores estaban de vanguardia.

Me alojé como pude en el acantonamiento, y me disponía a llevar mi caballo a una cuadra, cuando de pronto nos llegaron noticias muy importantes de la caballería de las avanzadas.

Siguió una orden prescribiendo a la división la inmediata marcha sobre Château Montpipeau y la granja de Descures.

La noche era la más negra que se puede imaginar; caía, por añadidura, una lluvia fina, y el frío empezaba a sentirse.

—¡Tanera! Tiene usted que llevar inmediatamente estas nuevas órdenes a la división, la cual debe de hallarse actualmente en Ormes; si, por casualidad, no hubiese llegado, la encontrará usted seguramente entre Ormes y Orleans. Todo lo de prisa que pueda su caballo.

Esta misión me la confió el jefe de Estado mayor de la brigada, el capitán Xylander, un jefe a quien quería y estimaba mucho.

Cuando me dijo: «Todo lo de prisa que pueda su caballo», la cosa tenía que ser seria, porque no acostumbraba a exagerar.

Me orienté en mi plano a la luz de una mala linterna, monté a caballo y piqué espuelas.

Todo fue bien al principio, hasta el momento de entrar en los viñedos de Ingré; allí los caminos empezaban a entrecruzarse, al mismo tiempo que la oscuridad iba en aumento.

Por fortuna, había por allí, diseminadas a derecha e izquierda, bastantes casas de campo.

Entré en una y llamé al dueño, el cual no tardó en acudir completamente vestido, a pesar de lo avanzado de la hora: era la una de la mañana.

Tal vez esperaba a los «libertadores», y quedó desagradablemente sorprendido al ver un oficial alemán.

—¿Cuál es el camino de Ormes?—le pregunté.

Vaciló.

—Si no me contesta usted en seguida, le meto una bala en la cabeza.

Y empuñé el revólver.

Al oír esto, mi hombre salió de un salto, me condujo a una encrucijada y me enseñó muy complacientemente el camino.

Habíase hecho bien, al principio de la campaña, en prender fuego a algunas granjas; esto contribuyó a hacer a las gentes dóciles y obedientes; bastaba hacerse comprender y hablar claramente.

Continué al galope; pero no tardé en detenerme de nuevo; el camino que acababa de tomar estaba lleno de tropas: era la 4.ª brigada, que se dirigía a Coulmiers.

Tuve que desgañitarme para que hicieran sitio.

Con esto, la oscuridad se había hecho mayor, la lluvia me tapaba la cara; los hombres, como en todas las marchas de noche, eran tardos, y no se movían hasta que los empujaban.

Luego fue la artillería. La maldije, en aquel momento, más que en toda mi existencia.

Concluí por pasar, a pesar de todo, y encontré por fin al Estado mayor, que no hacía veinte minutos que había llegado, y cuyo cuartel general estaba indicado por una débil linterna.

Las noticias que le llevaba anunciaban la llegada de numerosas fuerzas al Sur de Coulmiers, por la carretera de Blois a Orleans. Un oficial de la división comunicó inmediatamente esta importante nueva al Estado mayor del cuerpo de ejército.

Hube de esperar órdenes, en consecuencia, para llevármelas.

Mientras tanto, el jefe de Estado mayor me hizo diferentes preguntas sobre la situación de la brigada.

Le contesté tanto más solícito, cuanto que, después de todo, era él quien mandaba la división. El jefe de ésta se hallaba ausente y enfermo; su substituto se hacía llevar en un coche; mi interlocutor, el teniente coronel Muck, era, pues, el único y verdadero jefe.

Tenía una manera peculiar, breve y concisa, de hablarnos; podía ser, según los casos, de una grosería inaudita o de una amabilidad extrema, conservando siempre el aire de un quimerista de la época de Wallenstein; muy preciso en sus palabras y en sus actos, sabía tomar en todas las circunstancias una decisión rápida.

No era a mí solo al que imponía, sino a todos, y hasta el punto de que después del general von der Tann y de nuestro «Viejo», era el jefe por el que más gustosamente me hubiera arrojado al fuego por la menor felicitación.

La respuesta del cuerpo de ejército llegó a eso de las dos.

—Aquí tiene usted, Tanera, la orden para su brigada; léala y llévela, lo más pronto posible, a su coronel (1).

Cuando Muck había dicho con su voz profunda: «lo más pronto posible», era que, realmente, no había que perder tiempo.

Había de tener en la vuelta menos dificultades que en la ida, tanto más, cuanto que nuestra brigada debía haber llegado a Montpipeau, y que para encontrarla no tenía que seguir siempre la carretera de Morée.

No fue como una seda, sin embargo, porque en la dicha carretera estaba ahora toda la 1.ª división, la artillería y lo demás; y, por añadidura, estaba todavía más obscuro que antes, si era posible.

Tuve que pasar por entre todas aquellas tropas al galope, y llegué, sin embargo y a pesar de todo, pero ¡cómo!

Las interpelaciones e injurias que oí durante el trayecto no me es posible relatarlas aquí; la colección es única.

(1) El jefe de nuestra brigada, el coronel Roth, no fue nombrado general hasta el día siguiente de Coulmiers, el 10 de Noviembre.

Un jefe de batallón, cuya sección de cabeza desbaraté por no hacerse a un lado pronto, me mandó parar y darle mi nombre. No hice caso; antes de que hubiera él podido darse cuenta, me encontraba ya lejos, había dejado atrás el batallón que le precedía, y estaba fuerá de su alcance, harto cuidadoso como iba él para no átropellar a nadie. No conocía yo al jefe aquel; pero sus juramentos olían tanto al «antiguo bávaro», que ciertamente debía de ser de Munich.

Hasta las tres y media de la mañana no encontré a mi brigada; iba a entrar en aquel momento en Montpipeau.

Nuestro alto en esta localidad fue de corta duración, porque, apenas llegados, recibimos orden de dirigirnos más al Sur hacia Huisseau-sur-Mauve y Château-Préfort.

Mientras que marchábamos, oíamos el fragor de la batalla cerca de Baccon y de La Renardière; sin duda alguna, la jornada se anunciaba ruda.

De nuestro lado, la calma era absoluta.

Apenas instalados en Préfort, pusimos el pueblo en estado de defensa, y esperamos muy impacientes a los señores franceses, decididos a tributarles una acogida de las más calurosas.

Pero parece que sospecharon nuestras intenciones, y la brigada de Rebillard, que evolucionaba de vanguardia en nuestro frente, no quiso aventurarse a trabar conocimiento con nosotros.

Nos hallábamos a más de 11 kilómetros de nuestro cuerpo de ejército, sin ningún contactó con él; así es que continuamente iba uno de nuestros oficiales a la división para transmitirnos las órdenes que nos estaban destinadas. Por mi suerte, hube de hacer tres veces ese trayecto durante la batalla; me servía, ya de mi caballo negro, ya del bayo de servicio; pero, extenuados los pobres animales, no lograba hacerlos galopar en aquellas tierras blandas y labradas.

A la una nos ordenaron ir inmediatamente sobre Coulmiers, a fin de dar un poco de aire a la 1.ª brigada, que estaba a punto de ser literalmente sofocada. Marchamos al pun-

to, y confiamos a la caballería ligera la misión de cubrirnos contra la brigada francesa que se encontraba delante, misión que realizó, debo decirlo, lo más perfectamente del mundo.

En aquel momento no veíamos todavía nada del campo de batalla, oculto por los bosquecillos de Huiseau y de Creux; pero estábamos suficientemente informados por todo lo que oíamos; y, además, las nubecillas de blanco humo, cada vez más numerosas, que aparecían en el aire para disiparse pronto, nos decían bastante; las conocíamos por experiencia y, desde hacía mucho tiempo, no ignorábamos nada de los famosos shrapnels franceses.

A las tres, habíamos contorneado el bosque cerca de la Tuilerie y nos dirigíamos sobre Bonneville.

Nos hallábamos por fin en medio del campo de batalla.

Jamás, y, sin embargo, hemos visto muchas cosas, he asistido a semejante lluvia de proyectiles de toda especie. Ciento cincuenta cañones franceses formaban a nuestro alrededor un medio círculo de fuego, y parecían querer cubrirnos de hierro.

El general von der Tann permanecía con su Estado mayor en medio de aquella granizada; algo más delante estaba el Estado mayor de nuestra división.

El 3.er batallón del 12.°, que marchaba a la cabeza, se lanzó inmediatamente al parque de Coulmiers, a fin de tener a raya a la división francesa Barney, puesto que nuestra 4.ª brigada, atrozmente combatida, no podía ya contenerla en su avance.

El 3.er regimiento de línea y el 1.° de cazadores que, desde el amanecer se estaban batiendo en Baccon y otras partes, fueron a ocupar la linde Oeste del bosque de Montpipeau, y la batalla se reanudó ruda.

Mientras tanto, nosotros, los del Estado mayor, corríamos de derecha a izquierda, y transmitíamos órdenes todo lo rápidamente que lo permitían aún las piernas de nuestros caballos. Asistí a una escena penosa.

También nuestra impedimenta había salido poco a poco del bosque y avanzado a la carretera.

Cayéronle encima varios obuses franceses, destrozando bastantes vehículos, derribando a tres o cuatro caballos y matando a algunos conductores.

¡Con qué rapidez dió media vuelta! Jamás hubiese creído tan ligero al tren de bagajes; en un abrir y cerrar de ojos, desapareció de nuevo en el bosque.

Tampoco olvidaré a un escuadrón de húsares negros.

Tres veces cayeron los obuses en sus filas; un ruido sordo, unos relámpagos y luego unos trozos dispersos, con espantoso destrozo de jinetes y caballos.

Tranquilamente y al paso, el escuadrón se adelantó unos metros, para no tener en medio el informe montón de hombres y animales confundidos.

Dos húsares solamente se apearon, por orden de su jefe, para socorrer a los que habían caído. Aparte de esto, nadie se movió, todo el mundo estaba alineado como con un cordel.

Esta escena se reprodujo tres veces, pero ni uno se movió de su puesto en el escuadrón.

Con semejantes jinetes se puede sacar al diablo del infierno; hoy comprendemos por qué en la jornada de Coulmiers huyeron ante sus ataques los franceses tan desesperadamente.

El estrépito era indescriptible. Los hombres, exaltados hasta el delirio, no habían asistido nunca a semejante prueba; sus nervios estaban por extremo sobrexcitados.

Dos personajes comunicaban con su actitud una impresión de calma sobrehumana a cuantos les rodeaban: el general von der Tann y el jefe de Estado mayor de nuestra división, el teniente coronel Muck.

Este último, sobre todo, debía tener aquel día nervios de acero; lo que decía nos parecía tan claro y preciso, se mostraba tan tranquilo, que hubiésemos podido creernos sentados a la mesa en la Herzog-max-Burg de Munich, alrededor de un Kriegspiel que él hubiera dirigido.

Y, sin embargo, lo que le ocupaba en aquel momento no tenía aspecto de juego.

Con seis débiles batallones tenía que defender Coulmiers, Ormetan y Beaurichard, contra los veinte batallones de las brigadas enemigas de Aries, Gaulard y Berard, hasta que nuestra ala izquierda se viese completamente desembarazada de los acosos de la división francesa Peytavin y de la brigada de caballería Boerio.

Y se mantuvo firme; no vaciló en pedir a sus tropas aquel gigantesco esfuerzo, convencido como estaba de antemano de que no flaquearían; y no flaquearon. Los bávaros se mantuvieron firmes con él; ahí está para decirlo el cementerio de Coulmiers, y nosotros estamos orgullosos con justa razón.

El estruendo era cada vez mayor en Coulmiers y en la dirección Sur, cuando se produjo, procedente del Norte, un nuevo ataque contra nuestra ala derecha.

Era el almirante Jáureguiberry, que con su división, compuesta de trece batallones, esperaba cortarnos la retirada por el Sur.

Pero no pensó en todo; no pensó en la caballería del Conde de Stolberg, tan solícita en la transmisión de noticias, ni en el general von der Tann, que sabía dar las órdenes a tiempo, ni en el general van Orff, que estaba de reserva con cuatro batallones, y empezaba a impacientarse por haber permanecido tanto tiempo en una inacción forzosa.

Este último, percibiendo la ocasión de un ataque afortunado, corrió a von der Tann.

—Mi general—le dijo,—permítame vuecencia que me lance al encuentro de la división enemiga y la arrolle.

El general reflexionó unos instantes; parecíale difícil suprimir sus reservas, pero concluyó por conceder el permiso pedido.

Orff se puso inmediatamente en marcha; se lanzó resueltamente al encuentro de los franceses de Jaureguiberry, cuatro veces superiores en número, y los obligó a detenerse tan bru-

talmente, que se vieron obligados a ir a reponerse algo atrás, dejando en el terreno numerosos muertos y heridos.

Este avance de la brigada Orff tuvo por resultado esencial impedir que el enemigo nos atacase por el Norte y nos cortase la línea de retirada; no bastaba, sin embargo, para darnos la victoria; la superioridad numérica de los franceses, sobre todo en artillería, era excesiva.

Hay que reconocer de paso que su artillería tiraba el día aquel perfectamente bien; sus obuses caían sobre nuestras tropas como una granizada y sin interrupción. No era posible hallar en el campo de batalla el menor rincón para escribir una nota, sin verse en seguida salpicado por el polvo y el lodo que enviaban los fragmentos de obuses.

Para siempre me quedará grabada en la memoria una espantosa imagen.

En una piedra de los campos, cerca de la granja l'Hôpiteau, al Norte de Bonneville, estaba sentado, sostenido por uno de sus soldados, el mayor Mecher, del 20.° de infantería; sujetaba con ambas manos los restos de su vientre, desgarrado horriblemente por un obús.

Tuvo todavía fuerzas, gracias a su enérgica voluntad, de dominar sus atroces dolores y dictar a su compañero diferentes cosas, cartas a su familia probablemente, luego cayó y murió...

. . . . . .

Nuestra artillería defendíase esforzadamente; pero, ¿qué podía contra fuerzas cuatro veces superiores? Tuvo por fin que ceder.

Nuestros artilleros hicieron verdaderos prodigios, no solamente con sus cañones, sino como soldados; así, ciertas baterías, en el momento de abandonar sus posiciones, formaron líneas de tiradores para contener al enemigo, hasta que los conductores hubieron puesto las piezas a salvo.

Dice esto la resistencia de que la artillería bávara dió prue-

bas frente al enemigo; afortunadamente, poco antes había sido dotada de cincuenta fusiles Chassepot por batería.

¡Qué sorpresa tendrían los franceses cuando sintieron que les agujereaban la piel sus propios proyectiles!

Es probable que en esto, como en otras cosas, gritaran: ¡traición!

En este duelo de los artilleros cayó, mortalmente herido, mi bravo compañero Laszberg.

A eso de las cuatro, el combate pareció moderarse un poco; sólo los cañones franceses continuaban con la misma fuerza segando nuestras filas, ya bien claras.

La enorme superioridad numérica del enemigo había de aumentar aún: noticias procedentes del Este nos informaban de que el general Martín des Pallières avanzaba a toda prisa con 35.000 hombres, en dirección de Orleans y por nuestra espalda.

¿Había llegado el momento de pensar en la retirada?

Ciertamente, hubiéramos podido seguir combatiendo durante mucho más tiempo aún, y hasta el agotamiento. Pero, ¿para qué?

Hoy nos batíamos frente al Oeste contra 75.000 franceses; mañana tendríamos que defendernos de 85.000 hombres de tropas de refresco, procedentes del Este, y von der Tann no tenía más, en todo y para todo, antes de la batalla, que 14.543 infantes, 4.450 jinetes y 110 cañones, disminuídos además con las pérdidas sufridas.

Todos los que conocieron a nuestro general, aquel hombre de corazón, el caballero sin miedo y sin tacha, el vencedor de Hoptrup en Silesia, el que siempre nos condujo a la victoria en Worth, en Beaumont, en Remilly, en Sedán, en Artenay, en Orleans, pueden formarse una idea del valor que necesitó para tomar la decisión suprema.

Fue lo bastante fuerte para dominarse (¿no es esto también una victoria?), y dió la orden de retirada.

Por mi parte, me siento tan satisfecho y tan orgulloso de

haber participado de esta última parte de la batalla, que no quisiera por nada del mundo cambiar de puesto con algún compañero que no hubiese tenido la suerte de batirse en retirada en Coulmiers.

Por raro que esto parezca, así es.

Nos la habían pintado en la Escuela de Guerra como la peor de las calamidades: las tropas a la desbandada, en todos sentidos, sin orden ni concierto, indisciplina, pérdida de armas, pillaje de los convoyes, etc., etc., otros tantos horrores que se complacían en describir ante nuestros jóvenes espíritus.

Ahora bien; a nosotros nos ocurrió precisamente lo contrario; imposible comportarse mejor en un campo de maniobras que como se comportaron, el 9 de Noviembre, las tropas de von der Tann y los jinetes de Stolberg cuando se replegaron ante el número, acosados por los obuses que caían en sus filas.

Primeramente se alejó nuestra ala izquierda, la 1.ª brigada; luego el centro, la 3.ª y la 4.ª; por último la brigada Orff, que resistió a la brigada Jaureguiberry, hasta que todo el mundo se hubo replegado. Retirada brillante.

Cada batallón aguardaba su vez, hacía entonces una postrera descarga, dejaba lentamente la línea de fuego, se reunía de nuevo frente al enemigo, daba media vuelta y echaba a andar con las armas al hombro, con paso tan cadencioso, que el suelo hubiera resonado de no estar tan mojado.

¡Qué orden! Nunca he visto a nuestros bravos cazadores tan disciplinados como entonces. Era la primera vez que los encontraba desde el principio del combate; el batallón había estado constantemente suelto.

El «Viejo» seguía. Me pareció más agigantado que de costumbre. Cuando caía un obús en sus filas, ni siquiera se tomaba el trabajo de volver los ojos para medir los efectos del desastre.

Los hombres tenían expresión de todo menos de miedo; estaban exasperados, y, de no haberles contenido el deber de la obediencia, se hubieran vuelto gustosos contra Coulmiers y

Baccon, decididos a acabar con el enemigo a toda costa, si no con sus fusiles, por lo menos con sus cuchillos, sus puños y sus dientes.

Conveniente era que en aquellos momentos no se encontrase uno de los nuestros con tres franceses en cualquier punto del campo de batalla; los hubiera estrangulado, sin otra forma de proceso.

Y así fue como nos batimos en retirada, muy diferentemente, a la verdad, de lo que nos habían dicho en la Escuela de Guerra y de lo que hicieron en realidad los franceses.

Nuestros enemigos no tuvieron la satisfacción de coger uno solo de nuestros fusiles sino en manos de un muerto, ni una mochila ni un casco, como no fuese al lado de un herido incapaz de levantarse para seguir su tropa cojeando.

He conservado, entre otros, el recuerdo de un húsar que llevaba a cuestas todo el arnés de su caballo muerto, y así hizo a pie el trayecto de Toury.

Uno de nuestros mayores pesares fue dejar en poder del enemigo a los compañeros caídos en la batalla.

Había ambulancias que se quedaron atrás para realizar su tarea; pero no impidió esto que fueran muchos los heridos hechos prisioneros por los franceses.

Verdad es que no hicieron otros.

Es decir, sí; me olvidaba de los asistentes de nuestros desgraciados oficiales heridos que cuidaban de sus amos en los hospitales de Orleans.

Estos fieles servidores, entre otros el de mi amigo von der Tann, fueron valientemente hechos prisioneros y transportados a Pau o o la isla de Oleron.

En cuanto a los oficiales heridos, que se las compusieran como pudiesen.

Si hoy me enorgullezco de haber tomado parte en la batalla de Coulmiers, debo reconocer, sin embargo, que en cierto momento de la famosa jornada mi buen humor desapareció un tanto, cosa que se puede comprender: el combate desgra-

ciado, de una parte, y luego, sobre todo, el extremo cansancio.

No me había apeado del caballo ni cesado de galopar, hasta el punto de que los pobres animales que hacía alternar en la faena no podían literalmente más.

Quien no haya hecho semejante jornada no puede formarse una idea de ella.

No había comido, desde hacía veinticuatro horas, sino una onza de chocolate, ni bebido más que un sorbo de aguardiente.

¡Si siquiera hubiéramos tenido la perspectiva de poder descansar y reponernos pronto!... pero nada de eso.

Llegamos a Genigny, luego a San Segismundo.

Aquí, nuestra brigada, que formaba la retaguardia, con la 5.ª brigada de caballería prusiana (general Baumbach), tuvo que detenerse para dar paso a todas las tropas de la 1.ª división.

Aproveché el alto para charlar un poco con algunos oficiales de húsares verdes; pero nuestra conversación duró poco; me rogaron que llevase una orden a nuestro destacamento de artillería.

—Tenemos que volver a andar, mi bravo Orleans—dije a mi caballo.—¡Qué miseria!

Y como no quería que mis compañeros de los húsares viesen lo fatigados que estábamos ambos, salí al paso, y no emprendí el trote hasta que estuvimos completamente al abrigo de sus miradas.

No hubo que pensar evidentemente en galopar.

Durante el trayecto fui el autor involuntario de una equivocación lamentable, que todavía me molesta hoy cuando la recuerdo.

Acababa de encontrar al 1.er regimiento de infantería y reconocer de paso a mi antiguo compañero de la Escuela de Guerra, von Saszberg. Creyendo que sabía ya la muerte de su hermano, me creí en el caso de expresarle la parte que tomaba en su dolor.

—Saszberg—le dije,—recibe mi más vivo pésame; lamento muy sinceramente la desgracia, porque quería mucho a tu hermano.

—¿Qué quieres decir?—me contestó él.—Mi hermano está allí, en medio de su batería.

¡Cómo me dolía el haber revelado tan crudamente la verdad al que no sospechaba nada! Traté de dirigirle palabras de consuelo; pero el infeliz estaba tan afectado, que no me creía; eran dos hermanos que se querían entrañablemente.

Llegaron otras noticias no menos tristes: mi compañero de escuela, von Riedel, había también caído, y, ¡cuántos otros!

.....

Llegué a San Segismundo a las once y media de la noche.

El teniente Lobenhofer, del 12.°, que era el ayudante de órdenes más antiguo de la brigada, me había reservado algo de comer, lo que le agradecí profundamente.

Ya le debía muchas cosas: él fue quien me puso al corriente de mis nuevas funciones; me había dado también más de un buen consejo, y, como compañero de más edad, predicando con el ejemplo, hizo mucho por mi educación militar, mucho más de lo que él mismo se imaginaba.

Pero la buena recepción de mi amigo no llegó hasta permitirme el sueño.

Nuestro cuerpo reanudó la marcha a media noche, y anduvo otros 36 kilómetros, pasando por Saint-Peravy, Romilly, Villardu, L'Encornes, Songy, Murville, Antroches, Artenay, Château Gaillard, Toury y Tivernon.

Nadie nos censurará porque no llegásemos allí perfectamente dispuestos. Llevé mi caballo a la cuadra, y sin tomarme siquiera el cuidado de atarle, me dejé caer a su lado, en la paja, y me quedé al punto dormido.

Cuando, horas después, me desperté, mi caballo dormía junto a mí, completamente embridado y ensillado.

.....

Así terminó para mí la jornada de Coulmiers, la más ruda ciertamente que nunca haya vivido. Tuve que permanecer cincuenta y una horas montado, ya en un caballo, ya en otro, sin recibir alimento o casi nada, al mismo tiempo que obligado a vencer las dificultades más penosas que haya podido encontrar.

Nos repusimos, sin embargo, prontamente.

Permanecimos tres días en nuestros respectivos acantonamientos; el Estado mayor de la brigada, en casa del alcalde de Tivernon, donde fuimos muy bien recibidos.

El 11, todo el cuerpo de ejército había recobrado sus bríos y se hallaba de nuevo en excelente disposición.

Después de haber dormido suficientemente, fortificamos nuestros acantonamientos y nos pusimos a esperar con impaciencia la venida de los franceses.

Pero no vinieron.

El ejército de Martín de Palvières entró en Artenay, pero no se atrevió a aventurarse más; en cuanto al de Aurelio de Paladines, se hallaba aún, el 10, a medio día, cerca de Coulmiers, y fortificaba sus posiciones para no ser desalojado.

Fue un sacerdote, enviado por el obispo Dupanloup de Orleans, quien, durante la mañana, emprendió el trayecto de Saint-Perany a Coulmiers, «como por casualidad», para informar al general de dónde estábamos.

Este no dió crédito a sus oídos; sin embargo, como no veía ya en toda la región ni un bávaro ni un prusiano, tuvo que rendirse a la evidencia.

¡Qué lástima que no vinieran! Hubiera habido un buen jaleo.

Hubiésemos recibido, al amparo de nuestras posiciones fortificadas, a las masas reunidas de los dos ejércitos franceses, compuestos de más de 100.000 hombres, y no lo hubiéramos lamentado ni mucho menos...

Pero lo sabían bien, y no vinieron.

XIII

El combate de Thiron-Gardais.

(21 Noviembre 1870.)

Los días que siguieron a Coulmiers no pertenecen a mis mejores recuerdos.

El cuartel general de Versalles dió crédito a los informes del general von der Tann anunciando la aproximación de un fuerte ejército francés; pero no fue posible distraer ninguna tropa de las líneas que sitiaban a París, hasta que no hubiese llegado el segundo cuerpo pomeriano, que se trajo por ferrocarril después de la rendición de Metz.

Eramos esperados el 10 de Octubre en Toury por la 22.ª división, que mandaba el general Wittich, pero puesta ya bajo las órdenes superiores del general von der Tann.

Aquel mismo día tuvimos la satisfacción de saber la llegada de la 17.ª división mecklemburguesa, que venía de París, mandada por el general Treskow y acompañada de la brigada de caballería Rauch.

El mando de todas las fuerzas del Loire, aumentadas así en cerca del doble, fue entonces confiado al gran duque de Mecklemburgo.

Los franceses, naturalmente, pronto informados del esfuerzo de las tropas alemanas, moderaron considerablemente el ardimiento con que a toda costa querían marchar sobre París.

También esperaban ellos recibir nuevos refuerzos.

El infatigable Gambetta parecía sacar soldados de la tierra; diariamente llevaba al ejército del Loire nuevos contingentes que le hacían crecer como un alud.

Cierto es que estas tropas, poco hechas, no eran peligrosas sino por el número.

El plan de Aurelio de Paladines, el animoso jefe de los cuerpos franceses del Loire, era, evidentemente, avanzar sobre Versalles, tomando una dirección ligeramente más al Oeste.

Pero digamos de paso que a todos los generales franceses los animaba el mismo deseo de atribuirse el mérito de ser el primero en dispersar al ejército que sitiaba a París.

Nuestro principal deber era, por lo tanto, ser un obstáculo a tales proyectos, mientras que no nos llegase de Metz el ejército del príncipe Federico Carlos, que había también de reforzar el del Loire y permitirnos reanudar la ofensiva.

Chartres había sido elegido por el gran duque de Mecklemburgo como centro de sus posiciones de espera, desde donde podría, según los casos y su voluntad, dirigirse al encuentro de los franceses que llegaran de Orleans, de Châteaudun o del Mans.

Entonces empezó para nosotros, mientras que buscábamos al enemigo, aquella excursión de tres semanas, que debió llevarnos finalmente a Orleans después de habernos hecho dar un gran rodeo hacia el Oeste. Ibamos de derecha a izquierda sin tregua ni descanso, encontrando por todas partes tropas frescas, al Noroeste, al Oeste, al Suroeste, al Sur o al Sureste.

Del ejército del gran duque de Mecklemburgo sólo nosotros, bávaros y prusianos, permanecíamos siempre iguales a nosotros mismos, un poco menos numerosos, sin embargo, tras de cada nuevo ataque.

Por añadidura, el tiempo era cada vez peor; y como no teníamos ni tiempo ni medios para renovar los uniformes y el calzado, puede comprenderse que tras la espantosa marcha alrededor de Chartres, más bien parecíamos pertenecer a cualquier cuerpo franco que a un ejército regular alemán.

Pero, ¡qué importa! No por eso cumplimos mal con nuestro deber hasta el final.

El 15 de Noviembre, por la tarde, fui encargado de organizar, en un pueblo llamado Landouville, el alojamiento de la 3.ª brigada de infantería bávara.

Landouville está cerca de Jadainville, a unas cuantas leguas al Norte de Chartres, casi a mitad de camino entre esta población y Dreux y a la altura de París; es uno de los raros

acantonamientos que, en mi diario de ruta, he calificado de «abominables».

En el transcurso del día, mientras que avanzábamos, no se había cesado de oír fuego de fusilería, con gran violencia sobre nuestro flanco izquierdo, en dirección de Dreux; cerca de Archères tuvimos que formar en batalla, no sabiendo si íbamos a tener la ocasión de caer, o bien sobre los franco-tiradores, cerca de Dreux, o bien sobre los marinos, al Oeste hacia Châteaunef-en-Thimerais, o, en fin, al Sur, entre el verdadero ejército del Loire, mandado por Aurelio de Paladines.

En estas condiciones, obligados a acechar tres lados a la vez, constantemente en escucha, no nos quedaba mucho tiempo para ocuparnos de nuestros acantonamientos; no sabíamos, llegada la marcha, en qué lecho podríamos reposar nuestros miembros fatigados, y teníamos que abandonarnos a la suerte con paciencia y resignación.

Aquel día, como he dicho antes, dimos en Landouville, cuyo solo recuerdo me inspira todavía formidable repugnancia.

Eran aproximadamente las cinco y media cuando entré al galope en la localidad; tomé en seguida posesión para mi Estado mayor, que había de llegar dentro de un cuarto de hora, de la casa que me pareció la mejor—¡era una choza de tierra!—y me puse sin tardar a acondicionar el interior de aquel pobre palacio.

Mi primer cuidado fue echar a las gallinas, que llenaban la habitación; hecho esto, me puse en busca de una cama algo decente para nuestro general.

Descubrí una. Por desgracia, examinada bien, vi que era ya el refugio de un gran número de habitantes de seis patas.

A ruegos míos, el ama consintió en dedicarse a la caza, para que nuestro general no fuese saludado, desde su primera ojeada, por aquellos amables compañeros de cama. Y, mientras tanto, inspeccioné los escasos armarios de la cabaña, y acabé por encontrar una sábana, que no me pareció muy usada; la propietaria hasta pretendió que estaba recientemente lavada.

Por fortuna, el general no miraba tan de cerca; esperaba yo que se atuviera a las afirmaciones de la mujer y no discutiese la blancura de la sábana, sobre todo por no haber en la vecindad un color análogo que permitiese hacer comparaciones.

Pero no tenía tiempo que perder.

—Señora, lave usted pronto la mesa; barra la suciedad de las gallinas; abra las ventanas, ¡vamos, pronto! Mientras tanto, yo haré la cama. Y sobre todo, le ruego que no escupa así en el cuarto.

Dicho y hecho; mi asistente preparó a escape para los caballos un espacio en las cuadras de Angias; la señora (el señor se había evaporado) frotaba todo a más y mejor; no me quedaba más que hacer la cama. Y debo decir que el teniente de cazadores bávaros, ayudante de órdenes del general Roth, se comportó como verdadera criada, aquella noche, en Landouville.

Empecé por golpear el colchón con la hoja de mi sable, a fin de alejar a los habitantes no expulsados todavía, y para igualar el espesor de la lana; luego puse la sábana, arreglé de la mejor manera la almohada, y, hecho esto, contemplé con ojos satisfechos el fruto de mi trabajo.

Preparé mi lecho en un antiguo sofá, cuyo respaldo sirvió durante mucho tiempo para otro uso; en cuanto al ayudante y al personal del Estado mayor, les destiné una amplia provisión de paja.

—¡Señor!—gritó de pronto mi patrona,—quieren invadir la casa.

—No se inquiete, viejecita—le repliqué;—no se invade así un tugurio como este, a menos que algún soldado alemán...

—¿Qué queréis?—grité a los que trataban de entrar.

—Mi teniente, buscamos un alojamiento para el coronel Schuch.

—Lo siento mucho, pero aquí se aloja el Estado mayor de la brigada. ¿No hay otra casa?

—Sí, mi teniente, pero son absolutamente inhabitables.

—Lo creo; pero ¿pensáis que la mía tiene aspecto de palacio? Buscad por otra parte.

En el mismo instante oí trote de caballos, y corrí a la ventana.

—Aquí, mi general; éntre usted, es la mejor casa del pueblo.

Entró el Estado mayor, pero aquellos señores no disimularon un gesto.

—No es gran cosa, mi general—añadí;—¿qué quiere usted? Pero con esta lluvia, más vale esto que acampar. Por lo menos, tendrá usted una cama; le aconsejaré, sin embargo, que no se quite el capote ni las botas, porque hay muchas corrientes de aire en este cuarto.

—Tranquilícese—me contestó el general;—no estaré del todo mal; pero ¿hay por lo menos algo que comer?

—En verdad que no lo sé, mi general; no he tenido tiempo de enterarme, pero lo voy a hacer en seguida.

Y salí al patio.

—¡Schwenninger!—grité,—vete a visitar el gallinero; mira también si hay en alguna parte un buen cerdo.

Yo fuí en persona a la bodega; había un poco de sidra, queso y un enorme pote de mermelada; desgraciadamente, ni el menor pedazo de pan.

Schwenninger echó mano a tres gallinas bien vivas, que se apresuró a decapitar y desplumar, con un ardor debido, sin duda, a la secreta esperanza de obtener su parte en el festín en perspectiva.

Pero no fue todo lo de prisa que yo deseara, porque antes de que las gallinas estuviesen cocidas tuve que marcharme para asunto de órdenes, como todas las noches a la misma hora.

—Coma por lo menos un poco de queso—me dijo el general.

—Con mucho gusto—le contesté;—pero entonces, mi general, permítame que pruebe también la mermelada.

—¡Oh!, cuanto usted quiera; creo que por ese lado no tendrá usted muchos concurrentes.

Ataqué, pues, al enorme pote de mermelada, del que no

quedó pronto más que la mitad; pero como no tenía pan, me quedé harto, a pesar de mi gran facultad para resistir lo dulce.

Un vaso de sidra encima, y me encontré completamente listo para ir, al trote, á buscar las órdenes a Achéres, donde estaba el Estado mayor de nuestra división.

Naturalmente, era la una y media cuando volví a mi punto de partida. Era una costumbre, como lo indica mi diario de ruta, que, en el mes de Noviembre, indica todos los días: de vuelta, a las dos de la mañana; de vuelta, a la una y treinta; de vuelta, a las dos y treinta, etc.; de manera, ¡que no dormí mucho durante el período del 7 de Noviembre al 13 de Diciembre siguiente.

Cuando no me ocurría, como en la noche del 17 al 18, sufrir una lluvia torrencial y tener que pararme de vez en cuando y hasta apearme del caballo, para mejor estudiar el cielo, en el que no se veía nada.

¡Oh Landouville, con su mermelada y tan mala cama!

El 18 de Noviembre fuimos a Ecuble, y atravesamos toda la región de Grand-Hanche.

A este propósito recuerdo una divertida historia.

Teníamos por delante a la 4.ª brigada, que evolucionaba en uno de esos lodazales que fueron legendarios después de las lluvias.

En el espacio que la separaba de nosotros, un general prusiano circulaba a caballo; había ascendido en el curso de la campaña; de suerte que todavía llevaba un uniforme de húsares, al que habían adaptado las hombreras de general.

Iba envuelto, como todos nosotros, en un ámplio capote que le cubría de los pies a la cabeza. Mientras que marchábamos, dirigió la palabra a uno de nuestros hombres, del 13.°, según creo.

—Oiga, bávaro—le dijo,—me parece que tu fusil está un poco tomado.

Nuestro infante, un hijo de la antigua Baviera, se conten-

tó con mirar de través al jinete, y luego, en voz fuerte, que todo el mundo hubo de oír, exclamó:

—¡Valiente imbécil! ¿Acaso un húsar entiende algo de nuestros fusiles? Anda de ahí... (y lanzó una expresión muy popular, pero nada elegante).

El general, que comprendió desde luego que el bávaro le había tomado por un simple soldado, se echó a reír de buena gana; luego se adelantó a la cabeza de su brigada, y le contó al general Rodolfo van der Tann, cómicamente traducida en buen alemán, la anécdota que acababa de ocurrirle.

Durante el primer alto, corrió por todo el vivac, donde yo lo supe.

En cuanto a nosotros, no sabíamos de qué reirnos más; si de la manera con que lo dijo el hombre del 13.°, o del modo, aún más divertido, con que lo tradujo en alemán el general prusiano.

A las dos y media el cañón se puso a tronar, más fuerte del lado Suroeste.

Ibamos en formación de batalla, esperando en vano los acontecimientos; no nos llegó ninguna noticia, y por añadidura nos envolvía una de esas nieblas infames, que no nos dejaba ver nada de lo que ocurría a nuestro alrededor.

Con esto tuve naturalmente que salir de reconocimiento.

Me puse en marcha, renegando de una orden más fácil de dar que de ejecutar, y realicé mi reconocimiento, pero Dios sabe cómo.

Empecé por dirigirme, por una miserable senda, hacia donde se oyeron los disparos; no vi ni oí nada; volví entonces sobre mis pasos en busca de la división.

Pero ésta, mientras tanto, había ido no sé adónde; me encontré, pues, solo con mi conciencia y mi desgraciado ordenanza, rodeado de una bruma negra como la tinta, perdido en un rincón del Perche, sin saber nada de mis tropas, que lo mismo podían haberse dirigido, según las circunstancias, hacia el enemigo que al Norte, al Oeste o quizá al Sur—situación muy

desagradable, y más desagradable aún por el hecho de que, desde hacía una hora, no se escuchaba ningún tiro, y ni siquiera se veía ya hacia qué lado se estaban batiendo.

¿Qué hacer?

Hice sencillamente lo que siempre debe hacer un ayudante de órdenes en semejante caso: dejé correr a mi caballo a su antojo, y me confié a la superioridad de su instinto.

Me dió la razón: después de haber vacilado un poco en sus primeros pasos, tornó a la izquierda y continuó en esta dirección; no tardé en oír algo que me permitió reconocer la presencia de cristianos en aquel desierto de niebla.

Avancé escuchando, cuando, de pronto, un mocetón enorme, una especie de gigante, surgió de las tinieblas y me gritó:

—¡Alto! ¿Quién vive?

Tranquilicé al hombre, me acerqué y reconocí a un centinela del 3er regimiento de línea, de estatura corriente y, de cerca, no más alto que cualquier otro.

—¿Dónde está la brigada?—le pregunté.

—Ahí detrás, mi teniente; a unos 200 pasos de aquí.

—¿A qué hora dejasteis el punto de reunión?

—Esta mañana, mi teniente.

—Así es, amigo; pero no te pregunto lo que ocurrió esta mañana; quiero saber cuándo se puso en marcha la brigada esta tarde, después de formar en batalla, a eso de las dos y media.

—No nos hemos movido, mi teniente; la brigada continúa en el mismo sitio.

—¿Cómo? ¿Que la brigada está en el mismo sitio que hace tres horas?

—Sí, mi teniente; hasta se ha comido aquí.

—¡Vaya! ¿De manera que he de ir hacia la derecha?

—En efecto; allí, detrás de nosotros, se halla el puesto; a 150 pasos de él, el vivac de toda la división.

Fue una suerte para mí el haber dado con aquel inteligente muchacho; evidentemente, me había extraviado al volver-

me; estuve seguro de esto cuando, por fin, llegué, no al frente del vivac, sino a su flanco izquierdo; en suma, hube de recorrer a lo largo toda la división, sin advertirlo.

¿Adónde hubiera ido a parar, de no haber tenido mi caballo mejor olfato que yo?

Así, pues, compañeros, si alguna vez os ocurre esto, os aconsejo que digáis una palabra amable a vuestra montura; no os dejará en la estacada.

Cuando vi a mi general, no le dije, naturalmente, ni una palabra de mi error, y me limité a informarle de que no había visto enemigo alguno.

Pero, de todos modos, estaba avergonzado en mi fuero interno de haberme equivocado así.

En la noche de aquel día nos alojamos en Grand-Hanche, casi tan mal como en Landouville; fuí, como de ordinario, en busca de órdenes, y volví a las dos y cuarto, para tumbarme en la paja, al lado de mi caballo.

El 19 fue día de descanso; es de recordar que el pueblo de Grand-Hanche, en donde se encontraba todo el Estado mayor de la división, ardió en gran parte, y que varios de nuestros caballos perecieron en el incendio.

Por la noche marché, naturalmente, en busca de órdenes; mi diario dice, con fecha del 19: «de vuelta, por la noche, a la una y diez»; con fecha del 20: «de vuelta a la una y quince»; con fecha del 21: «de vuelta a las dos y quince».

Necesitábase tener un buen temperamento para poder resistir así diariamente semejante falta de sueño. Pero era fuerte, y el trabajo de aquellos meses de Noviembre y Diciembre no tuvo otro efecto que hacerme adelgazar más y darme así mayor resistencia todavía.

Lo que no impidió que mis padres, cuando, en Enero, fui a casa herido, pretendiesen que yo no era más que un esqueleto.

El 21 tomamos de nuevo la dirección del Sur.

Nuestro acantonamiento en Duplessix-les-Fèvres, al Sur de

Courville, hubo de ser muy mediano, porque no hallo cerca de él ninguna anotación en mi diario de ruta.

Al día siguiente, por la mañana, partimos más temprano que de ordinario; pasamos por la Tourche, Billabon, Saint-Denis-des-Puits, Coimbres, y llegamos a las alturas cercanas de Hautes-Bourgères.

—¡Alto!

—¡Hola! Parece que allí abajo la cosa está que arde; ¿qué será ello?

Observábamos con ojos y con oídos; pronto supimos que la 1.ª división, que teníamos a nuestro frente derecho, se había metido cerca de La Tourche en un asunto serio.

—¿Cuál es ese cuerpo que tenemos delante?

—Sin duda alguna, la 4.ª brigada.

—¡Bueno! Mirad a los nuestros, que entran en línea también; veo moverse la caballería de vanguardia y la punta del 7.° batallón de cazadores, que abre el fuego hacia Thiron-Gardais; y allá abajo un batallón del 10.°, que avanza para reforzar la primera línea.

Nos esforzábamos en seguir la acción con nuestros gemelos; cada cual quería darse exacta cuenta de lo que pasaba.

Por desgracia, nuestra brigada formaba hoy la reserva de la división.

—¿Es muy serio, o no son más que bisoños?

—No importa, con tal de que los nuestros se mantengan firmes hasta que podamos intervenir a nuestra vez; esto es lo esencial. Pero ved que el ala izquierda del 7.° batallón de cazadores se encuentra detenida; también al 10.° le cuesta trabajo avanzar.

Y, en efecto, la violencia del fuego redoblaba de minuto en minuto; todo hacía creer que lo que se desarrollaba ante nosotros iba a ser muy rudo.

Empezábamos ya, en aquella época, a estar muy acostumbrados a los tiros y al olor de la pólvora; no pasaba día sin que uno o varios de nuestros batallones tuviese que romper

alguna resistencia, tomar un pueblo, expulsar al enemigo de su acantonamiento, antes de ocuparlo. No quedaban ya restos de aquella emoción de los primeros tiempos, cuando, al principio de la campaña oíamos la fusilería o el ruido del cañón.

Ahora, nuestro único cuidado era saber, lo más pronto posible, lo que ocurría, a fin de tomar las disposiciones que dictaran las circunstancias.

El día aquel no tardamos en reconocer que no se preparaba nada particularmente grave, porque el enemigo tardaba demasiado en mostrarnos su artillería; sin embargo, comprendíamos bien que íbamos a tropezar con una resistencia mayor que la de los últimos días.

—¡Teniente Tanera!

—¡Mi general!

—Sírvase ir a ordenar al 1.er batallón de cazadores que vaya a la prolongación del ala izquierda del 7.°, y ataque vigorosamente al enemigo cubriéndole. Mientras tanto, el 4.° de caballería ligera cubrirá el flanco de nuestros cazadores.

—Bien, mi general.

Nunca me sentía tan feliz como cuando tenía que transmitir al 1.° de cazadores la orden de atacar; sabía que no podía llevar una noticia mejor a mis compañeros.

En cuanto comuniqué la orden a nuestro «Viejo», su rostro, severo y arrugado, se iluminó con resplandor súbito; luego me dió las gracias con un amable movimiento de cabeza.

No se entretuvo, como de costumbre, en dirigir a sus hombres algunas palabras vibrantes, estimando sin duda que no eran necesarias y que no había necesidad de estimularles el ardimiento.

¿Y qué hubiera podido decirles? «No ir demasiado de prisa; pensad que lleváis en pos hombres de la reserva y de la landwehr, los cuales se alegrarán también de llegar una vez al enemigo.»

Las compañías se desplegaron en un terreno de los más difíciles; por todas partes, cercas y vallados cruzaban los cam-

pos; el suelo, extremadamente accidentado, hacía la marcha difícil; malezas y arbustos molestaban mucho la vista.

El batallón había avanzado unos 600 metros, cuando recibió desde una tapia, de color muy oscuro, nutridísimo fuego. Algunos cazadores cayeron; sin embargo, ni un hombre se detuvo; apretaron con más fuerza los fusiles y avanzaron más de prisa, esto fue todo.

El «Viejo» desenvainó el sable y dió el ejemplo; todo el mundo le siguió, y empezó la alegre cacería lo mismo que en Beaumont, algo menos gloriosamente quizá, porque el enemigo resistió muy poco tiempo; no eran más que bisoños y franco-tiradores, vestidos con blusas negras y tocados con amplios sombreros de anchas alas.

Saltar la primera empalizada fue para nuestros diablos azules un juego de niños; luego corrieron tras aquellos desdichados, tan de prisa, que éstos ni siquiera tuvieron tiempo de ampararse en los abrigos naturales del suelo, y los más próximos fueron inmediatamente hechos prisioneros.

Muchos de aquellos pomposos «vengadores de la patria» o de otros nombres efectistas, hacía pocos días que dejaron sus tiendas o los brazos de la amable Madama H., o P., o L., y no habían tenido aún ocasión de llevar al combate sus vientres de burgueses. Molestábanles hoy tales vientres para saltar las cercas; por añadidura, los toscos cazadores bávaros no tenían ni siquiera la atención de esperar a que M. H., o P., o L. hubiera podido hacerse ayudar por algún compañero complaciente; arrancaban los fusiles antidiluvianos a aquellos desdichados, que caían de rodillas temblando, pobres héroes medio desmayados, y les mostraban con el dedo la retaguardia, a fin de hacerles comprender que la mejor solución para ellos era ir a constituirse prisioneros.

Y los pobres diablos obedecían a escape, muy escrupulosamente, estas órdenes; hasta me ocurrió, en el transcurso del combate, cuando galopaba para llevar órdenes a los cazadores, encontrar toda una tropa de aquéllos, que se me acercó para

preguntarme adónde habían de ir. Les indiqué el campanario de Thiron-Gardais, y continué mi camino.

Hubieran podido escaparse diez veces, porque en aquel momento nadie se preocupaba ya de los prisioneros; pero preferían dirigirse fielmente a Thiron, contentos con haber salvado el pellejo y ser enviados a Alemania, donde esperaban estar más seguros que en su propio país.

Todavía fue más curioso después de la toma de Orleans, el 4 de Diciembre.

Los oficiales encargados de la custodia y conducción de los prisioneros los hicieron vigilar sencillamente por los hombres que escoltaban los carros de provisiones; se les dió todas las facilidades para evadirse, pero ninguno se aprovechó del permiso, pues eran más numerosos por la noche, a la llegada, que al partir por la mañana.

Los cazadores continuaron incansables la persecución, bajando una pendiente para subir otra; en una de ellas había trincheras de tres pisos sólidamente construídas, pero no salió de ellas ningún tiro.

Los pobres voluntarios habían abandonado sus hermosas obras, dejando algunos muertos, anhelosos ante todo de buscar su salvación en la fuga.

Más allá de la cresta, el teniente coronel Schmidt se detuvo con su tropa e hizo perseguir a tiros al enemigo.

Hacíase difícil coger a la carrera a gentes que huían con tal rapidez; de otra parte, era contrario a los hábitos de los cazadores estarse quietos, a lo que no podían resignarse.

También en el ala derecha y en el centro el combate había terminado con un ¡sálvese el que pueda! de los franco-tiradores.

En esta ocasión tuvimos una vez más la prueba práctica de lo que todos sabíamos en teoría, a saber: que ni la buena voluntad ni el entusiasmo mismo sirven de nada, sin trabajo preparatorio y sin disciplina.

El entusiasmo es una bella y buena cosa, pero no basta; la

disciplina es indispensable para combatir al enemigo y derrotarle.

Lo ideal es poder reunir ambas cosas.

.....

Aquella noche pernoctamos en Thiron-Gardais, en muy buenas condiciones.

Nuestra patrona era joven y bonita; me obligó, pues, a ser con ella amable y galante.

Buena muchacha, me compadeció mucho al saber que tenía que marchar aquella misma noche, a caballo, en busca de órdenes: me prometió, a pesar de mis protestas, esperarme a la vuelta.

No había hombre en la casa.

Cuando volví, a la una de la mañana, la encontré sentada en una butaca, junto a una mesa, en la que ardía una lámpara. Dormía profundamente, y no me sintió entrar; para despertarla, no creí nada mejor que depositar un beso en su frente.

Se asustó un poco, o por lo menos lo aparentó, y dió un gritito, tan débil, que el general, que dormía en la habitación contigua, no se despertó.

Me alumbró, y nos separamos muy buenos amigos.

El 22 seguimos nuestra marcha sobre Nogent-le-Rotron. Todo el ejército del gran Duque de Mecklemburgo, completamente concentrado, estaba allí, dispuesto a marchar contra aquella población, que nos habían anunciado como muy sólidamente fortificada.

Encontramos, en efecto, baluartes, pero nadie para defenderlos; los franceses habían preferido rehacerse más allá, en los alrededores del Mans, y abandonarnos Nogent, sin la menor tentativa de resistencia.

Cuando nuestras tropas entraron, quedaron agolpadas en las estrechas calles.

Recibí la orden de llevar un informe escrito al Estado mayor del gran Duque. A fin de llegar antes, seguí una callejuela paralela, que había de hacerme ganar unos minutos.

En la plaza de la iglesia tuve que salir a la carretera; pero allí un obstáculo imprevisto me cerró el paso: una escalera de unos treinta peldaños separaba los dos caminos.

Al pie de la escalinata estaba parado un regimiento de húsares.

Pensé para mí que aquellos jinetes me observaban, y tuve vergüenza de apearme para bajar.

Afortunadamente, no tuve novedad.

Pero, no obstante, reflexionaría muy despacio hoy antes de realizar semejante locura; hubiera podido romperme la cabeza una docena de veces.

Esto no impide que las muestras de aprobación de aquellos señores húsares me causaran suma satisfacción, a mí, pobre teniente de infantería.

XIV

Una comisión de Estado mayor.

En Nogent-le-Rotron tuvimos la satisfacción de saber que nuestra 22.ª división, que se hallaba a la derecha del cuerpo de ejército de von der Tann, había alcanzado varios triunfos sobre diferentes grupos de móviles. Pero estos sucesos, por llenos de promesas que pudiesen estar, no cambiaban en gran cosa nuestra propia situación.

Como las cabezas de una hidra, las columnas de móviles y de franco-tiradores se renovaban cada vez que lográbamos ponerlas en fuga.

Y todo esto era la desagradabilísima consecuencia de nuestra retirada del 9 de Noviembre último.

Alzábanse a miles, y los reunían en seguida, aquellos voluntarios que ayer todavía batían el trigo en sus granjas, y que hoy, armados de escopetas viejas, tenían la pretensión de no descansar hasta que todos aquellos malditos diablos azules estuvieran muertos o expulsados del sagrado suelo de la patria.

Aparte sus hermosas frases pomposas, no hicieron gran cosa, pero nos molestaron a veces en ciertos detalles del servicio.

Nuestros ayudantes de órdenes, que tenían que ir a llevarlas o a buscarlas durante la noche, podían hablar largamente de aquella deplorable institución de los móviles y franco-tiradores.

Dos de aquéllos, ayudante de campo uno del general von der Tann, habían desaparecido, sin que se haya podido nunca descubrir sus huellas.

Debo decirlo: tanto como es envidiable morir como soldado, a la cabeza de su batallón, en pleno combate, en el transcurso de un brillante ataque, es lamentable ser asesinado o muerto a palos, de noche, en el rincón de un bosque, por un campesino anónimo; la frase *dulce est pro patria mori* cesa entonces de ser verdadera, a pesar de todo el entusiasmo de que pueda estarse animado.

Desgraciadamente, nada se puede hacer en tal estado de cosas, sino fiarse en la vista, en el caballo y en la suerte.

A mí, que era el más joven de los cinco oficiales de nuestro Estado mayor, tenía que incumbirme, naturalmente, más a menudo la misión de ir a llevar o buscar órdenes; así, más que ninguno, tenía que fiar por completo en mi buena estrella.

El combate de Nogent-le-Rotron había terminado; el enemigo se retiraba en dirección del Mans, donde había de formarse un nuevo ejército francés. Con el fin de perseguir enérgicamente a los vencidos y ganarles el mayor terreno posible, nuestra brigada recibió la orden, a pesar de estar anocheciendo, de avanzar hasta La Ferté-Bernard, distante 24 kilómetros, y apoderarse de aquella localidad.

Al oír esto, salté literalmente de contento, porque hasta entonces no había inscrito aún en mi diario un buen ataque nocturno.

Pero me había alegrado demasiado pronto.

—Teniente Tanera—me dijo el general,—usted se quedará

aquí en el Estado mayor de la división, y nos traerá las órdenes para mañana.

—Está bien, mi general.

Reinaba en donde estábamos un movimiento extraordinario; además de las 2.ª y 4.ª brigadas de infantería bávara, estaban allí todo el estado mayor del gran duque Mecklemburgo, el del general von der Tann y el nuestro de la división.

Encontré, sin embargo, para mi caballo y para el de mi ordenanza una buena cuadra, mientras que instalé mi lecho sobre un billar puesto en la antecámara del despacho de la división.

Inútil es decir que me dormí pronto. Cuando no se tienen más que veintiún años, se ha estado doce horas a caballo y se sabe muy bien que la orden que se ha de llevar no estará dispuesta hasta dentro de dos o tres horas, se duerme vestido, con sable y revólver, sobre un billar, tan bien como se dormiría en una cama en tiempos corrientes.

A la una de la mañana el ayudante de campo del general mandó llamar a los oficiales y les dictó las órdenes para el día siguiente; las de nuestra brigada eran la de estar dispuesta para la mañana siguiente, es decir, hoy, a las ocho, en Vitaines-la-Grosuais, a fin de oponerse allí, si se daba el caso, al avance de los franceses sobre el Mans.

Debía yo, de paso, entregar la orden que le concernía a un batallón de línea de la Guardia, que estaba en Mâle, y me puse en camino a la una y media.

La noche era tan oscura, que apenas se veía la mano puesta ante los ojos; no recuerdo una oscuridad semejante, a no ser durante la noche de Coulmiers.

Antes de montar a caballo consulté mi plano, y pregunté a mi ordenanza si llevaba cerillas.

Me contestó que sí, y nos pusimos en marcha.

Sabía, por haberlo visto en mi plano, que a menos de tres kilómetros de Nogent me encontraría un vasto bosque; luego,

al cabo de siete kilómetros, tendría que pasar por el poblado del Gibet, que tendría en seguida que tomar a la derecha, para salir al fin del bosque tras cosa de 11 kilómetros.

Salimos al trote, yo a tres o cuatro pasos delante de mi ordenanza; el camino era muy bueno, pero no había la menor estrella que lo alumbrase; no le reconocí sino por su tinte un poco claro, el cual concluyó por borrarse.

Tuve que pararme para consultar el plano y el reloj.

—Ordenanza, una cerilla.

Después de rozar varias infructuosamente, pudimos encender una; vi entonces que llevábamos catorce minutos de marcha, y que teníamos árboles a derecha e izquierda.

—Bien va; estamos en el bosque; ahora hay que aguzar los oídos; en cuanto oigas algo, avísame.

—Bien mi teniente.

—Adelante.

Fuimos primeramente al paso, luego intentamos trotar algo, pero en vano; nuestros caballos no veían el suelo y teníamos que llevarles con las bridas cortas para que no se cayeran.

Así seguimos cosa de media hora, unas veces al paso, otras al trote corto; por el ruido que hacían los cascos comprendía que no nos salíamos del camino.

Pero continuábamos por el bosque, como me lo indicaba la obscuridad todavía mayor, y la cosa no dejó de inquietarme; si mis cálculos eran exactos, en efecto, debíamos haber llegado hacía ya tiempo al pueblo del Gibet.

Encendimos otro fósforo, cuya luz no iluminó más que árboles.

Dije entonces a mi ordenanza que recorriese a pie la orilla del camino, mientras que yo me encargaba de su caballo, hasta que encontrara uno de esos mojones que hay cada 100 metros.

No tardó en descubrir uno que llevaba el núm. 2.

Si la numeración partía del Mans, el próximo tendría el

número 1, y el siguiente la cifra de kilómetros hasta el pueblo del que daría también el nombre.

Así fue.

A 200 metros de allí se encontraba una piedra kilométrica, una de cuyas caras llevaba el nombre de La Ferté-Bernard, y la otra el de Nogent-le-Rotron; pero el número de kilómetros estaba completamente borrado.

Sabía, pues, que estaba en el buen camino, si bien ignorase la situación exacta.

Seguimos adelante.

Al cabo de unos instantes nos paramos otra vez; a la luz de un fósforo vimos un cercado, y al final una casa.

Nos alegramos mucho.

Las ventanas de la casa estaban cerradas con persianas; me acerqué con mi caballo y empecé a llamar con la culata de mi revólver y gritando: «¡Eh, gente!», pero nadie me contestó.

El ordenanza consumió varias cerillas, y yo continué gritando: «¿Hay alguien dentro?» Nada de respuesta. Me puse entonces a pasear mi revólver a lo largo de las persianas, de arriba abajo y de abajo arriba, haciendo un ruido infernal, mientras que mi ordenanza juraba y se reía a carcajadas; la casa permaneció en silencio.

Exploramos los alrededores, siempre con la ayuda de nuestros pobres fósforos: no encontramos nada.

Cansados de esperar y de buscar, volví a mi ventana, decidido esta vez a concluir con mis dudas.

Puse el cañón de mi revólver entre dos tablillas de persiana, de manera que el tiro fuese al techo, y disparé; apenas lo hice, se oyeron gritos dentro de la casa: «¡Dios mío! Estamos perdidos. ¡Qué desgracia! ¡No tiren, no tiren!»

Retrocedí unos pasos y grité al propietario que saliera de su casa con una linterna; esperé empuñado el revólver.

Al cabo de un instante, y a pesar de las súplicas de su mujer, que se arrastraba a sus rodillas, apareció en la puerta un

campesino viejo, con una linterna en la mano; tenía, por toda vestimenta, una camisa, unos zuecos y el clásico gorro de algodón.

Se detuvo a unos pasos de mí, y gritó con acento pomposo:

—Ahora, ya estoy dispuesto.

No pude contener la risa al ver a aquel infeliz, que temblaba como una hoja, seguro de que había llegado su última hora.

Tranquilamente, y sin dejar mi revólver, le censuré severamente por no haber contestado a mis repetidas llamadas.

Pretextó que el miedo se lo había impedido.

Le pregunté cómo se llamaba su casa, y supe que pertenecía a Châteauroux; había, pues, pasado por El Gibet, del que solamente algunas casas estaban en el camino, sin darme cuenta.

En cuanto al camino de Mâle, estaba, al decir del campesino, a unos 400 metros a nuestra espalda.

A fin de llegar a él con mayor seguridad, obligué a nuestro hombre, que no cesaba de temblar a la vista de mi revólver, a que nos acompañara hasta allí. No se hizo rogar, y sin tomarse siquiera el trabajo de completar su indumentaria ligerísima, nos precedió para enseñarnos el camino.

El pobre diablo me daba lástima; estábamos entonces en Noviembre, es decir, a principios del rudo invierno de 1870; ser sacado de su cama bien caliente, para andar a la intemperie cerca de un kilómetro, con una camisa y un gorro por todo abrigo, era una broma cruel.

Pero, ¿qué remedio me quedaba?

Si hubiese dejado a mi hombre que se fuera a vestir, se habría marchado seguramente con su mujer por alguna puerta trasera, y no lo hubiera vuelto a ver.

Pronto llegamos al camino que buscábamos.

Luego de dar gracias al campesino por su complacencia, reanudamos la marcha, pero tuvimos que moderar el paso; una

rama colgante estuvo a punto de desmontarme, y la oscuridad se hizo tan completa, que tuvimos que atenernos al instinto de nuestros caballos.

Los pobres animales se portaron perfectamente y, al cabo de un cuarto de hora volví a distinguir el tono gríseo del camino, pues no debíamos estar muy lejos de Male.

De pronto, resonó a unos cincuenta metros de nosotros un violento «¡Alto! ¿Werda?»

Mi caballo, asustado, hizo un brusco movimiento; yo tuve la desgracia de no contestar bastante pronto, y «¡paf!» sonó un tiro, cuya bala, a juzgar por el silbido que oí, no pasó lejos de mi cabeza.

Me puse a jurar de tal manera, que el centinela, a pesar de su actitud primera, no dudó ya de que tenía delante un compatriota, y ni me exigió la consigna.

Había llegado a Mâle.

El disparo tuvo la ventaja de atraer a la carrera una patrulla que me condujo inmediatamente al cuartel del jefe del batallón.

Estaba despierto y había advertido la reciente alerta, pero no parecía nada inquieto.

Le entregué la orden.

Antes de ponerme de nuevo en marcha miré el reloj, que marcaba las tres y quince; luego consulté el plano.

Me hice conducir por un hombre del puesto hasta el camino de Beauvais, y torné al trote, seguido de mi ordenanza, que, antes de montar a caballo, pidió cerillas a un compañero.

A cincuenta metros escasos del pueblo volvimos al bosque, y con él a la oscuridad más completa. Al cabo de un rato habíamos vuelto a tomar el paso, que calculé en media hora; pensé que ya no debíamos estar lejos de la carretera.

—Ordenanza, una cerilla.

Miré el reloj; era un poco menos de las tres y treinta; no habíamos andado media hora, sino apenas diez minutos.

¡Qué largo se hace el tiempo cuando se viaja de noche por

un bosque y en país enemigo, con la responsabilidad de una orden muy importante que entregar y la esperanza de no encontrar a nadie, como no sea a algún franco-tirador mal intencionado!

No hablábamos palabra. De pronto, mi caballo enderezó las orejas y se paró en seco; algo acababa de moverse a unos diez pasos de nosotros en la maleza.

Traté de ver, pero la oscuridad era impenetrable.

Confieso que mi corazón latía descompasadamente.

Empuñé el revólver.

Al ruido que hizo el arma, algo se movió de nuevo; después, volvió el silencio.

Grité: «¿Quién vive?»

No contestaron.

Repetí: «¿Quién vive?»

Seguí sin respuesta.

Traté de hacer que mi caballo continuase; se negó. Le piqué espuelas; entonces dió un salto formidable, una rama me golpeó violentamente en la cara; involuntariamente disparé, por fortuna, al aire.

Mi caballo se excitó más, se encabritó y me arrojó contra las ramas. Mientras que forcejeaba así, oímos mi ordenanza y yo que alguien saltaba en la maleza.

—¡Alto!—grité.—¿Quién vive?

Silencio.

Un tiro en la dirección del ruido, un crujir de ramas, pasos rápidos y precipitados, luego, la calma más completa; no oímos ya nada.

—Tal vez fuese un gamo—dije al oído de mi compañero.

—No, mi teniente; he oído muy claramente pasos de hombre; y, además, un venado no se hubiera detenido tan cerca de nosotros, sino mucho más lejos.

Había, pues, alguien escondido a unos treinta pasos de nosotros.

¿Qué hacer? Apearnos y entrar en la maleza hubiera sido una locura, y, además, llevábamos prisa.

Más valía, ciertamente, continuar nuestro camino; tomé esta determinación, y dije a mi ordenanza que estuviese junto a mí.

Mi caballo se había pacificado y marchaba a paso lento.

Empuñaba mi revólver, pronto a hacer fuego al menor ruido; iba inclinado sobre la silla, a fin de ofrecer menos blanco si alguien nos tiraba a dar.

Permanecí en esta posición poco cómoda durante unos sesenta metros, esperando a cada instante una detonación.

—Si nuestro individuo—me decía yo,—ha tenido la buena idea de cargar sólo con bala, tendremos más probabilidades de librarnos.

La idea de que mi parte no podía llegar a su destino, me atormentaba en el más alto grado; sabía que el ejército del gran Duque de Mecklemburgo debía dirigirse al Este hacia Châteaudun, y que se había confiado a mi brigada la defensa del camino del Mans a Dreux y a París.

¿Qué pasaría si, al no recibir órdenes, tomara ella también la dirección Este? ¿Qué ocurriría si, no hallando nadie en su paso, se dirigiera adelante?

Todos estos pensamientos me cruzaban por el espíritu y me atormentaban.

Sin embargo, ya me encontraba bastante lejos del paso peligroso para poder respirar a gusto.

Quise trotar, pero mi caballo tropezaba en las raíces y podía caer a cada momento; seguimos, pues, avanzando muy lentamente.

De pronto, nuestro camino pareció elevarse algo, y oímos de nuevo el ruido de los cascos en la calzada resistente; al mismo tiempo pudimos distinguir a nuestros pies la línea grísea de un camino cuidado.

Nuestros caballos pudieron por fin trotar francamente.

Pero nuestra satisfacción duró poco; pronto nos detuvo un

cruzamiento de caminos que nos sumió en la mayor incertidumbre.

Pedí cerillas.

—Mi teniente, no encuentro la caja, debo haberla perdido en el camino.

¡Estábamos avíados!

Por añadidura, no me podía acordar de si había visto en el plano semejante cruce. ¡Cuánto lamenté en aquel momento no fumar y no llevar conmigo con qué satisfacer esta agradable pasión!

¿Qué hacer? Me apeé para observar de más cerca la naturaleza y anchura de los dos caminos; eran idénticamente iguales. Busqué un poste indicador, sabiendo que en Francia casi todos son de plomo con las inscripciones de relieve; esta particularidad me hubiera permitido buscar con mis dedos un nombre y leerlo al tacto.

Concluí por descubrir el poste soñado; pero, con gran decepción mía, advertí que no tenía placa.

Sin duda habían pasado por allí previsores franco-tiradores.

No sabiendo ya qué hacer, decidimos entregarnos de nuevo al instinto de nuestros caballos.

Los hicimos retroceder un poco, y los dejamos dirigirse con las riendas sueltas; el mío tomó por la derecha, siguiólo el otro y continuamos así.

No tenía la menor idea de nuestra situación presente, y ni siquiera sabía la hora que pudiera ser. Por añadidura, había empezado a llover y se sentía bastante frío.

Yo estaba de muy mal humor.

—Mi teniente.

—¿Qué?

—Allí, a la derecha, hay una luz.

Paré; había, en efecto, una luz. Nuestra situación era cada vez más crítica.

Días antes, nos habían hecho saber oficialmente que el prefecto del Perche había dado órdenes para que se pusieran lu-

ces en los campanarios de las iglesias, y no se quitasen hasta que los alemanes hubiesen entrado en las localidades así designadas.

Esta medida permitía a los franceses enterarse del punto hasta el que habíamos llegado; en cuanto nuestras tropas entraban en un pueblo, se apagaba la luz como por encanto.

De día, los molinos de viento prestaban los mismos servicios; sus alas giraban o permanecían inmóviles, según los casos, y esto duró hasta que las patrullas alemanas prendieron fuego a esas señales que se usaban contra nosotros.

La luz que acabábamos de percibir nos era, pues, muy desagradable.

Nos indicaba claramente que había allí, si no tropas francesas, por lo menos enemigos, en todo caso no alemanes.

¿Dónde estábamos? Dios lo sabía. ¿Para qué quebrarse la cabeza?

No había que pensar en retroceder hasta la intersección de los dos caminos; hubiera sido perder un tiempo precioso; de otra parte, la luz parecía a cosa de un kilómetro; tal vez estuviera del otro lado del Huisne.

Lo mejor era ciertamente continuar avanzando.

Reanudamos, pues, el trote, y así anduvimos un rato.

De pronto, mi caballo se detuvo y se negó a avanzar.

Traté de descubrir la causa, y miré atentamente alrededor; observé entonces que el tinte gris del camino estaba cortado, a unos cuantos pasos de nosotros, por una mancha negra que cruzaba parte de la anchura. Mi primera idea fue que había allí uno de esos fosos abiertos, como se encontraban no pocos en ciertas partes del Beance y del Perche, y me apeé para explorar los bordes y la profundidad.

Grande fue mi estupor al reconocer el cuerpo de un hombre; le toqué primeramente con la vaina de mi sable, después con las manos; estaba muerto y ya rígido; a su lado había una bayoneta, y cerca de la cabeza un kepis.

Este encuentro, sin embargo, me llenó de alegría, porque

me permitió suponer que habíamos seguido, casi con seguridad, la dirección buena; era, en efecto, evidente que los franceses no habían matado a uno de los suyos sencillamente por el gusto de dejarle en medio del camino.

Deduje que nuestra brigada debía haber encontrado al enemigo en aquel lugar, sosteniendo un combate más o menos importante.

Mi ordenanza, mientras tanto, había ido a darse cuenta del estado del camino; como lo reconoció practicable, volvimos a montar en seguida, y emprendimos el trote más alegres y desembarazados que antes.

La lluvia continuaba cayendo, más abundante de minuto en minuto; pero al mismo tiempo la oscuridad desaparecía y comenzaba a apuntar la grísea alba del naciente día.

Vimos una casita cercana. Ibamos a pasar de largo, cuando resonó un vigoroso: «¡Alto! ¿Werda?», que nos obligó a pararnos.

Hecho prudente desde lo de Mâle, contesté en seguida:

—Ayudante de órdenes de la 3.ª brigada.

—¿Consigna?

—Wall.

—Acérquese.

Obedecí.

—¿Santo?

—Jorge.

—Pase.

Grande era mi alegría al oír pronunciar de nuevo palabras alemanas.

—¿De cuál regimiento es usted?—pregunté al centinela.

—Del 12.°, mi teniente.

—Muy bien. ¿Estoy lejos todavía de La Ferté?

—No, mi teniente; la población está a un kilómetro de aquí. A la derecha de usted se halla San Antonio de Rochefert, donde ha acampado nuestro regimiento; luego nos trajeron aquí, porque han llevado al pueblo los prisioneros y los heridos.

—¿Los heridos? ¿Ha habido, pues, un combate serio?

—Sí, mi teniente; llegamos a estos lugares a eso de las once y media de la noche; ya habíamos encontrado, poco antes, algunos destacamentos de móviles, a los que hicimos huír; en el pueblo sorprendimos a cuatro batallones enemigos, e hicimos más de 700 prisioneros.

—¿Ha habido pérdidas serias?

—Nosotros, no; sólo el 1.er batallón de cazadores, que iba a la cabeza, ha sufrido bastante; pero son muchos los franceses que han caído.

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media, poco más o menos.

—¿Continúa recto el camino?

—Sí, mi teniente, hasta la Plaza Mayor de La Ferté; allí está el Estado mayor de la brigada.

—Gracias, adiós.

Contento, emprendí el trote hacia la ciudad, a la que no tardé en llegar; en cuanto me apeé, llamé al suboficial encargado de tomar las órdenes y le dicté lo que sigue: «A las siete de la mañana, la brigada se encontrará reunida, a la salida Sur de La Ferté, en el camino del Mans»; luego entregué la orden detallada al ayudante del general, que se retiró en seguida para ir a estudiarla.

Me invitó, antes de marchar, a tumbarme en su camastro, lo que me apresuré a hacer, y me dormí al momento completamente vestido, sin quitarme siquiera las espuelas.

No dormí mucho; me despertaron a la media hora escasaeran las seis y tres cuartos.

Mi ordenanza me trajo el caballo, y volví a montar sin haber podido descansar.

Desayuné a escape con un poco de pan y aguardiente.

Cuando formamos, el general estimó que, a pesar de todo, había yo tardado bastante en mi excursión de la noche anterior.

Pero cuando le expliqué que no había salido de Nogent

hasta las once y media, y que había tenido que ir a Mâle, pareció satisfecho; preguntóme entonces:

—¿Y encontró usted el nido en noche tan negra?

Ante mi respuesta afirmativa, no insistió, y no hubo más.

Mucho tuve que danzar todavía en el transcurso de las batallas de Diciembre, a veces hasta en medio de las balas enemigas; pero nunca, sin embargo, experimenté un sentimiento tan desagradable como aquella noche, en el bosque del Gibet, sobre el camino del Mans, cuando no sabía dónde me encontraba.

XV

Algunas anécdotas.

La misión que nos incumbía desde el 10 de Noviembre, y que consistía en cubrir el ejército sitiador de París, era por extremo difícil y estaba llena de responsabilidades.

Nuestro cuerpo de ejército estaba apoyado ahora, como ya lo he dicho, por dos divisiones prusianas, la 17.ª y la 32.ª, en vez de la última solamente; pero, no obstante, éramos pocos todavía para encontrarnos en todas partes a la vez, como nos pedían.

Así fue que tuvimos que renunciar a la ocupación simultánea de todos los puntos importantes, y contentarnos con ir y venir, acosar las vanguardias francesas, desalojar a pobres móviles, entorpecer el avance de una división enemiga, presentarnos pocos días después en un punto completamente distinto, con gran asombro de los franceses.

Debo decir, por lo demás, que estas numerosas marchas y contramarchas a través del Beance y del Perche eran interesantísimas; pero, pero...

Mi compañero Schmeckenbecher, teniente primero, marchaba lo más alegre del mundo sobre unas tablas que había cortado en forma de suelas, para reemplazar las de sus botas,

completamente destrozadas; muchos soldados llevaban zuecos, calzado tan poco elegante como tan poco práctico; otros se habían sencillamente envuelto los pies con paja, a fin de no chapotear en la nieve y el hielo.

Todos estos detalles pintan mejor el estado en que nos encontrábamos que las más sabias descripciones.

Teníamos nuestros bagajes en seguridad en Longjumeau, en sus furgones; pero estábamos tan lejos, que pensábamos con envidia en nuestros efectos, sin poder aprovechar ninguno.

Mis botas estaban en excelente estado, puesto que, siendo jinete, no tenía que andar; pero, en cambio, mis pantalones empezaban a ponerse inservibles por el sitio en que se tocan el jinete y el caballo; era que no tenía más que un pantalón de infantería, sin refuerzos de cuero, del que me servía desde el mes de Octubre, cuande fuí nombrado ayudante de órdenes. Fueron en vano los remedios urdidos por mi ordenanza.

También mi ropa blanca estaba hecha una lástima.

Hice entonces un descubrimiento, en el que todavía pienso hoy con legítima satisfacción; era en Mondcoubleau, el 26 de Noviembre; había llegado muerto de fatiga al alojamiento que me habían destinado, una casa abandonada, al cuidado de un antiguo criado.

Mi buen ordenanza me había reservado la habitación de una dama, en donde me dormí pronto con profundo sueño en excelente cama.

No me había atrevido a desnudarme, como ya llevábamos tiempo sin hacerlo, ante el temor de recibir de pronto noticias de las avanzadas que nos obligasen a marchar en el acto.

Pero aquella noche fue afortunadamente de las más tranquilas.

A la mañana siguiente tuve un famoso hallazgo, que me llenó de alegría: descubrí en mi cuarto un gran armario, lleno de ropa blanca de mujer, admirable e inmaculada; examiné todas las piezas una por una, para ver si encontraba con qué remendarme los calzoncillos, pero fue en vano.

Iba a renunciar, cuando vi unas magníficas camisas femeninas, muy largas y muy seductoras.

Me quité a escape mis harapos; corté una camisa por abajo y me la puse; me llegaba hasta los pies, pero me encontraba satisfechísimo dentro de aquella ropa limpia de exquisita frescura.

Solamente las mangas me molestaron algo; eran muy cortas, y me dejaban fríos los brazos, particularmente los codos.

No hay que decir que mi ordenanza hizo lo mismo que su amo, muy satisfecho también de su ropa limpia.

Aquel día marchamos muy temprano. La brigada tenía que tomar una posición de espera en la región de Chane, hasta el momento de que tuviéramos noticias más precisas sobre unas fuerzas enemigas señaladas cerca de Vendôme.

No tardé en tener hambre, porque no había desayunado más que unos terrones de azúcar y un trago de aguardiente.

Después de haber llevado órdenes a todas partes durante más de dos horas, tuve que apearme y acercarme a unos oficiales de cazadores, para ver si tenían algo que comer.

—Ven por aquí—me dijo uno.—Dentro de cinco minutos nos vamos a comer un pollo asado; es decir, un gallo que nos ha seguido desde Corcumoce, y Baungäitner está preparándolo con arreglo a una nueva receta (Baungäitner era un compañero que tenía disposiciones para la cocina).

—Pero ¿cómo crees asar un gallo al aire libre?—les pregunté.

—Eso es cosa de Baungäitner; nos ha prometido hacerlo, y cumplirá su palabra. También tenemos champaña.

—¡Bravo! Enseñádmelo.

Me lo trajeron y eché unos buenos tragos.

En esto volvió Baungäitner, gritándonos que nos preparásemos; seguíale un soldado con una enorme bola de arcilla cocida, que acababan de retirar del fuego.

—¿Dónde está el gallo?

—Ahí dentro.

—¿Dónde?

—Dentro de la arcilla.

—¿Te burlas de nosotros?

—De ninguna manera. Los que tengan sal que la aprovechen; yo he gastado la mía en el asado.

Rodeamos a Baungäitner, que con ayuda de una bayoneta se disponía abrir la famosa bola, la cual, con el cocimiento, se había puesto casi tan dura como un ladrillo, y era muy difícil de romper.

Un golpe más violento que los otros hizo una raja, de la que se escapó un perfume delicioso; luego la bola se partió en dos, y apareció el gallo, que contemplamos glotonamente.

No había que pensar en trincharle; lo despedazamos lo más hábilmente posible, y saboreamos el nuevo plato, que a todo el mundo pareció exquisito.

Los cinco convidados dieron un voto de gracias a Baungäitner, el cual ni siquiera se había olvidado de traernos pan; también dieron gracias a otro amable compañero que completó el festín distribuyendo sal a los que no la tenían.

Nuestro improvisado cocinero nos contó cómo se las había arreglado, y he aquí la receta que nos dió, recomendándonos que nos sirviéramos de ella llegado el caso:

«Ir con tiempo húmedo y frío a una región rica en arcilla, a la del Perche, por ejemplo, en Francia; encontrar un gallo que se digne acompañarle a uno por el camino; en un lugar propicio retorcerle el cuello, limpiarle, rellenarle de sal y pimienta, meterle luego en una espesa capa de arcilla, hacer de ésta una bola y echarla al fuego.

»Al cabo de una hora el cocimiento ha terminado; retirar entonces la bola del fuego, abrirla, sacar todo lo que no se halla carbonizado, añadir un poco de sal y, si es posible, un poco de manteca.

»Si habéis andado bastante o habéis estado sin comer veinticuatro horas, os parecerá mi asado delicioso, aunque sepa un poco a tierra húmeda. No olvidéis, sobre todo, de prescin-

dir de las plumas, y tirarlas con la arcilla a la cabeza de un franco-tirador.»

Tal es, en dos palabras, la famosa receta que recomiendo a las amas de casa.

No habíamos concluído de reírnos de los talentos culinarios de nuestro compañero, cuando llegó la orden de marchar inmediatamente, y dirigirnos por Saint-Agil a Courtalaine, donde se hallaba una fuerte división enemiga.

El tiempo era frío y lluvioso. Nos detuvimos a eso de las dos, y formamos en el acto en orden de batalla, por las alarmantes noticias procedentes de Brau y de Droué, que nos trajo nuestra caballería; noticias exactas, que pudimos comprobar pronto con la ayuda de los gemelos; vimos, en efecto, muy claramente unos regimientos de caballería francesa, que evolucionaban a cuatro o cinco kilómetros todo lo más de nuestro frente, imprudencia que seguramente no hubieran cometido de no haber estado apoyados por fuerzas importantes.

Pasaron así algunas horas sin que se produjese el menor acontecimiento; el enemigo no parecía decidido a querer tomar la ofensiva; en cuanto a nosotros, éramos poco numerosos para intentar el ataque.

Mientras que esperábamos de esta manera, tuve la satisfacción de asistir a una verdadera caza de gansos, y de aprender la manera práctica de poner mano en esta caza poco común.

Unos sesenta gansos se hallaban perdidos a cosa de un kilómetro de nosotros, sin ningún guardián que los vigilara.

Nuestros infantes no se atrevían a alejarse de sus puestos; pero los dragones no pudieron resistir la tentación de organizar una batida.

Un teniente mechlemburgués se puso á la cabeza, y procedió de la manera siguiente: envió un pelotón más allá de donde estaban los gansos, en dirección del enemigo, para evitar toda sospecha contra los que iban a avanzar; se puso luego al frente de otro pelotón, y partió al trote en columna de a

uno; dió orden de formar alrededor de los animales, que no sospechaban nada, un vasto círculo, muy separados unos de otros los jinetes.

Pero a poco se fueron juntando; el círculo se estrechó, y pronto los dragones se encontraron bota a bota para rodear y encerrar a los gansos.

Apeáronse entonces tres sargentos, y desvainando los sables, comenzaron a cortar cabezas. Los pobres animales ni siquiera trataron de abrirse paso a través de las patas de los caballos, y todos sucumbieron a manos de los dragones.

Si uno de ellos no le habían cortado la cabeza, le dejaban sin rematar hasta que todos los otros hubieran sido ejecutados; después se corrigió el trabajo mal hecho: se cortaron verdaderamente las cabezas, se dejó correr la sangre, y los dragones pudieron volverse con su botín.

Se hizo una distribución equitativa, en la que tuvo su parte el Estado mayor de nuestra brigada.

Nuestro general no tenía mucha confianza en la receta de la arcilla, y ordenó, como teníamos tiempo, desplumar el ganso que nos había tocado, cosa que mi ordenanza ejecutó en seguida.

Procedióse de la misma manera en todos los cuerpos de tropa, y cada cual se puso al trabajo sin tardar.

En el Estado mayor habíamos decidido conservar el ganso hasta que pudiéramos asarlo a nuestro gusto. Más adelante contaré cómo, en lugar de regalarnos con él, hubo que darlo a un soldado de caballería.

.....

Ya anochecía cuando de una brigada de húsares, que estaba en vanguardia, se nos llevó la noticia de que el enemigo se retiraba hacia Châteaudun y Cloyes.

Recibimos inmediatamente la orden de dirigirnos a Aron y Courtalaine, é instalarnos allí en acantonamiento de alerta.

Fui encargado, como de costumbre, de preparar nuestro alojamiento; me adelanté, pues, acompañado de un ordenan-

za, y me dirigí a Courtalaine, donde debía instalarse el Estado mayor de la brigada; iba descuidado por saber que en aquella localidad había un magnífico palacio, en el que seguramente estaríamos muy cómodos.

En el camino encontré a un teniente de caballería ligera de la landwehr, el Conde de Arco, encargado por su parte de preparar el alojamiento en Aron; continuamos nuestro camino juntos, seguidos a cinco o seis pasos por nuestros ordenanzas. Llevábamos los cuatro, como casi todos los jinetes, desde la toma de Orleans, unos capuchones franceses, de color azul, con ponchos, que nos hacían parecer en la obscuridad a cazadores franceses de caballería.

No había, en aquel momento, ni luna ni estrella para iluminar la noche; sólo la nieve daba un poco de claridad.

Al Norte de Aron tuvimos que pasar el Yeres, no poco profundo, pero que nos fue difícil atravesar, a causa del tiempo que empleamos en descubrir un vado.

Pasamos por fin, y pronto entrábamos en el pueblecito de Aron. Avanzábamos lentamente, pues nos habían hecho prudentes los acontecimientos.

Las calles estaban desiertas, y en pocas ventanas había luz.

En una plaza ardía una linterna, junto a la cual había tres hombres, que reconocí al punto por soldados franceses de infantería. Uno de ellos, cuyos galones iluminados por la linterna revelaban que era un sargento, tenía el fusil en su lugar descanso, y daba a los otros algunas explicaciones sobre un plano.

Indiqué al conde de Arco que se callase, y avanzamos hacia el grupo.

Los franceses estaban lejos de sospechar quiénes éramos; nos detuvimos a unos cuantos pasos, entregué mis riendas a Arco, me apeé, y echándome más el capuchón sobre la frente, me adelanté hacia los tres franceses.

—Buenas noches, cazador—me dijo el sargento.

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando le arranqué el fusil y asesté un culatazo tan vigoroso en el pecho de uno de los soldados, que cayó sin sentido al suelo.

El sargento y el otro individuo no tuvieron tiempo de reflexionar; nos volvieron la espalda y desaparecieron rápidos como un relámpago en una casa próxima, gritando: «¡Los prusianos! ¡Los prusianos!»

Acudieron los dos ordenanzas. Mandé a uno que se apease, cogí el fusil del herido, cuyas lamentaciones daban lástima, y ordené que le vigilase; luego rogué al Conde de Arco que permaneciese a caballo, así como su ordenanza, a fin de poder, llegado el caso, ir cuanto antes a avisar a los nuestros.

Hecho esto, me dirigí, revólver en mano, a la casa en que habían desaparecido los dos fugitivos, y entré; por una puerta lateral, vi en una habitación próxima a toda una familia, compuesta de un anciano, una mujer y dos niñas de unos diez a doce años, alrededor de una mesa, y comiendo, a la luz de una vela, algo que había en una marmita.

Mi aparición levantó un grito general de espanto, pero pronto se hizo el silencio a la vista de mi revólver, y el anciano me preguntó lo que deseaba. Le puse al corriente de lo que me llevaba a su casa, y le pedí que tomase una luz para ayudarme a encontrar a los dos franceses.

No se hizo rogar, pero me dió a entender que mi registro no conduciría probablemente a nada, en razón a que su casa estaba atravesada por un patio que servía de paso, y los fugitivos lo habrían utilizado para pasar de una calle a otra y sustraerse a nuestra persecución.

Pude inmediatamente darme cuenta de la sinceridad de estos dichos, y renuncié a mis pesquisas para volver al Conde de Arco.

Hice en seguida que mi ordenanza, ayudado por el anciano y la mujer, transportasen al herido a la casa, donde le tumbaron en un sofá; tenía, como después supe, alguna costilla rota.

A insistencia mía, el aldeano concluyó por confesar que media hora antes habían pasado por Aron, con dirección a Courtalain-Châteaudun, un regimiento francés de caballería y otro de cazadores de caballo. No creía que hubiera tropas en la localidad, y suponía que los tres hombres que habíamos encontrado debían de pertenecer a una patrulla perdida, lo que confirmó el herido, al que interrogamos a su vez.

Tranquilizado por esta parte, me despedí de Arco y emprendí el camino de Courtalain, no sin haber pedido previamente al aldeano de Aron que condujese a mi compañero a casa del alcalde.

El camino era bueno; íbamos con atención, para evitar toda sorpresa por parte de los jinetes enemigos.

Creo que este es el momento de relatar una aventura que ocurrió aquel mismo día a un ayudante de órdenes, como yo: el Barón de Adrián. También ese compañero estaba encargado de preparar el alojamiento y proseguir su camino, acompañado de un ordenanza.

En un pueblecillo, cuyo nombre he olvidado, tuvo que tomar, durante unos minutos, un camino oblicuo, para llegar algo más lejos a la carretera. En medio de ella vió una tropa de caballería francesa, que se dirigía hacia el Este.

Nuestro teniente, sin vacilar, se acercó, seguido por su compañero, y no se paró hasta estar a cuatro pasos de aquella tropa; tuvo la satisfacción de ver desfilar tranquilamente a los dos regimientos de caballería, sin que ni él ni su ordenanza fuesen reconocidos.

Digamos desde luego que este fue un nuevo servicio que nos prestaron los famosos capuchones.

. . . . . .

En cuanto a mí, llegué sin otra aventura a Courtalain, a las siete y treinta de la tarde.

Llamé a la primera casa, y dije a un individuo que me condujese al palacio.

Charló bastante durante el trayecto, a causa, sin duda, de

la vista de mi revólver, y me contó que hacía apenas unos instantes que la retaguardia francesa había salido para Châteaudun, donde habíase anunciado la llegada de los prusianos.

Hízome saber también, mientras que andábamos, que el propietario del palacio, el Conde de Gontant-Saint-Blancard, se hallaba actualmente en París, pero que su administrador debía estar presente.

Llegamos a la morada; tenía ante mí un magnífico edificio, cuyo esplendor me maravilló; todas las ventanas estaban iluminadas.

En el pórtico se me presentó el conserje; me apeé, entregué la brida a mi ordenanza, le ordené que se pusiera en busca de una buena cuadra, y luego dije al conserje que me llevase a ver al administrador.

Tocó por dos veces una antigua campana muy sonora, cuyas llamadas debían poner a mi disposición un criado. Y, en efecto, un lacayo, galoneado de oro, se presentó en seguida, me rogó que le siguiera y me condujo al primer piso, a un salón de recibir, por extremo elegante y profusamente iluminado, de donde se alejó para ir, me dijo, a llamar al administrador.

Mientras que aguardaba la llegada, oí en una habitación contigua choque de vasos. Quise saber lo que era, y abrí una puerta que daba a aquel aposento: una mesa lujosamente servida, cuya riqueza y refinamiento me dejaron absorto, se ofreció a mis ojos; unos criados estaban ocupados en quitar numerosas botellas, que la adornaban agradablemente.

—¡Alto!—les grité con el tono más autoritario;—dejen todas esas botellas en la mesa.

En el mismo momento apareció, por el otro extremo de la sala, un hombre muy elegante, que se me presentó como el administrador del palacio.

Le manifesté sin rodeos que estaba encargado de organizar el alojamiento del Estado mayor de la 3.ª brigada de infantería bávara, y que varios oficiales habían de alojarse en el cas-

tillo; añadí que deseaba que se aprovechasen de la cena que veía preparada, y que me oponía formalmente a que se quitase la menor botella de vino. El administrador puso a mal tiempo buena cara, y ordenó a los criados que pusieran todo en orden.

Supe, al hablar, que aquella opulenta comida había estado destinada a los oficiales de una brigada de caballería francesa del 17.° cuerpo, la brigada Gueprette, creo, la cual había recibido repentinamente la orden de dirigirse a otra parte.

Como tenía mucha hambre, me hice servir algunas frutas y pan, que regué con un excelente champaña, seguido de un *leoville* no menos bueno; hecho esto, pedí visitar las habitaciones, la del general primeramente; después, la de los otros oficiales.

El administrador se prestó de buen grado a todos mis deseos, dió órdenes a la servidumbre y me paseó por las diferentes partes del palacio. Era una mansión del siglo XVI, que había pertenecido al duque de Montmorency; muy bien conservada, estaba además lujosamente acondicionada por su propietario actual.

Admiré, sobre todo, una escalera de la época, verdadera maravilla, por la que se hubiera podido subir a caballo hasta los pisos superiores.

Apenas acababa de terminar la distribución de mis cuartos, todos muy cómodos, cuando mi general apareció en el patio del castillo; tuve el gusto de conducirle a caballo hasta la puerta del salón, y de allí al comedor.

Todo estaba dispuesto.

Unos lacayos, galoneados de oro y con guantes blancos, permanecían inmóviles a lo largo de las paredes; todo nos daba la impresión de hallarnos en una comida de corte más bien que en un alojamiento enemigo, a cuatro kilómetros apenas de las avanzadas francesas.

Mandamos nuestros ordenanzas al pueblo para que trajesen el mayor número de oficiales posible al palacio, donde los esperábamos con impaciencia; pronto nos encontramos unos

treinta sentados alrededor de la magnífica mesa, regalándonos como no nos ocurrió hacerlo nunca en el transcurso de la campaña. Lo mismo les ocurrió a nuestros hombres, e incluso a nuestros caballos, que no se olvidarán nunca de que el 26 de Noviembre de 1870 tuvieron la suerte de alojarse en el soberbio palacio de Courtalain.

Para no perder mis buenas costumbres, tuve que ir de órdenes aquella noche, como las anteriores; pero debo decir que, al montar a caballo, me sentí animado de un espíritu completamente distinto del ordinario; en primer término, había comido admirablemente; y, además, el champaña me había caldeado bastante la cabeza.

Acostumbrados estábamos a beber y a resistir bien, pero esta vez habíamos pasado con mucho la medida habitual.

En medio de lo superfluo, no nos habíamos olvidado del ganso, el ganso llamado de Estado mayor, que tan concienzudamente habíamos reservado para la comida; se lo regalamos a un soldado de caballería que, durante la noche, nos trajo noticias y nos declaró que afuera, en medio de la nieve, ni él ni sus compañeros habían encontrado nada que llevarse a la boca.

También pensamos en los que se encontraban en las avanzadas; les enviamos dos botellas de *laoville*, así como unos panecillos, que debieron de apreciar bien mientras saboreaban el ganso; los pobres no sospechaban el festín de que gozábamos en aquellos mismos momentos.

A principios de Diciembre viví, durante tres días, de un poco de chocolate, pan y aguardiente.

Así es la guerra.

Unas veces la opulencia, otras la miseria; aquí, se regala uno con Burdeos y Champaña; allí, no se encuentra ni un vaso de agua para apagar la sed; hay que tomar los días como vienen, y si hoy se encuentra uno sin recursos, se encuentra, sin embargo, con un mañana mejor.

Tal es la suerte de los soldados; la hemos experimentado más de una vez.

E. M.—*Diciembre 1914.*

XVI

Châteaudun y Varize (27 al 29 de Noviembre.)

Muy a mi pesar dejé nuestro hermoso castillo de Courtalain. ¿No estuve allí alojado como un príncipe? Y además, me hubiera gustado visitar más detenidamente aquel interesante edificio, con su torreón guarnecido de plantas verdes y su magnífico parque; en fin, la excelente comida de la víspera nos había hecho esperar para el día siguiente un regalo no menos suculento.

Desgraciadamente, los tenientes proponen y los generales disponen; tuvimos que reanudar nuestra marcha hacia el Este.

Al igual de verdaderos nómadas, no permanecíamos nunca quietos; todos los días cambiábamos de acantonamiento, felices cuando los encontrábamos libres de enemigos. Y aún tenía yo suerte; como llegaba, generalmente, a los pueblos al mismo tiempo que nuestra caballería de vanguardia, es decir, media hora, a veces una, antes que nuestra brigada, podia elegir para nuestro general y su Estado mayor los mejores alojamientos.

Me basaba, para no equivocarme, sobre el aspecto exterior de las casas; pero está manera de proceder me ocasionó más de una sorpresa, y ocurrió a veces que simples soldados estuvieron mejor alojados que nuestros oficiales. Me consolaba al pensar que, muy á menudo, los primeros veíanse obligados a pasar la noche en lás avanzadas y acampar a la intemperie, mientras que los segundos estaban cómodamente instalados al abrigo.

A este propósito, recuerdo una aventura que le ocurrió a uno de mis compañeros, el teniente Moser, del 1.er regimiento de artillería.

Recibió la orden su batería de ir a instalarse en cierto po-

blado al borde de la carretera, adonde había de seguirla un batallón de infantería; este último marchaba a la cola del grueso de la columna; la batería se encontraba a la altura de la vanguardia. Como eran ya cerca de las cuatro y media de la tarde, los artilleros no se cuidaron de esperar a los infantes y se dirigieron sin apoyo a su acantonamiento.

El teniente Moser, que mandaba la batería, se había adelantado bastante al trote, acompañado por un corneta, a fin de reconocer el lugar exacto en que había de colocar sus piezas. Empezaba a anochecer cuando llegó a las puertas del pueblo, cuyo nombre he olvidado hoy.

Resonó un grito: «¿Quién vive?», y dos individuos avanzaron provistos de fusiles, que amartillaron.

—¡Bah!—pensó Moser,—tienen fusiles anticuados, son móviles.

No insistió, volvió grupas y corrió con la rapidez del viento, seguido por el corneta.

Saludáronles algunos tiros, que no los alcanzaron, y no hubo más.

Cuando Moser llegó a los suyos, los mandó hacer alto en seguida, dió orden de ponerse en batería a las dos piezas de cabeza y abrir el fuego sin tardar. El tiempo de decirlo, y ya cuatro granadas estallaban en el pueblo.

Fue un espectáculo inaudito; por todas partes gritos y alaridos de espanto, mezclados con órdenes de todo género, tiros de fusil, que salían por sí mismos, desorden, confusión, tropel.

En medio de aquel alocamiento, dos nuevas granadas, lanzadas muy a punto, produjeron el silencio, y todo volvió a la calma como por encanto.

Prontamente se vió a un centenar de individuos armados huir a todo escape por el otro extremo del pueblo y desaparecer en la obscuridad; seguidos un instante por un oficial y algunos suboficiales que los observaban de lejos, no demostraron ningún espíritu de ofensivo regreso.

Moser hizo entonces que la batería tomara posesión del acantonamiento, y ya sus artilleros estaban tranquilamente instalados, cuando llegó por fin el batallón de infantería.

De los enemigos no quedaba rastro; nadie hubiera dicho que habían ocupado el pueblo, a no habernos abandonado a uno de los suyos, herido en el transcurso del combate.

Una vez más los pobres móviles debían decirse que aquellos bávaros del diablo eran energúmenos.

El 27 de Noviembre, por la mañana, empezamos la marcha sobre Logron, en dirección del Este; allí se reunía todo el cuerpo de ejército frente a Châteaudun y al Sureste; los días anteriores no habíamos cesado de avanzar hacia el Oeste sobre Dreux y Le Mans, dirección que abandonábamos hoy por la del Sureste.

—Tanto mejor—decíamos;—de esta manera tal vez volvamos un día u otro a Orleans.

Mientras que nuestro cuerpo de ejército se deslizaba lentamente, celebrábase, aparte de todo ruido, un consejo de guerra, del que yo formaba parte, y que estaba encargado de juzgar a un sacerdote; había sido apresado en medio de campesinos enemigos, cuando éstos tiraban sobre nuestros soldados; hasta le habían encontrado cartuchos en los bolsillos.

Los campesinos quedaron muertos en el sitio; en cuanto al sacerdote, nuestros soldados respetaron la sotana y le pusieron en nuestras manos. El desgraciado hacía una triste figura; cuando oyó que hablaba francés, se me acercó y me suplicó que no le abandonase. Traté de tranquilizarle, afirmándole que sería juzgado lealmente y con toda imparcialidad; no le consolaba esto; debía tener muy cargada la conciencia.

Sólo una cosa pareció tranquilizarle un poco: el saber que casi todos mis compañeros, y yo mismo, éramos católicos. ¡Lisonjera cosa para los protestantes!

Tuvo la suerte de no ser fusilado, y se le puso en manos del Estado mayor del ejército, donde no sé lo que fue de él.

Supimos a la tarde, por nuestra caballería, que el enemigo

visto en la región de Châteaudun se había retirado de pronto hacia el Sureste.

Nuestro cuerpo de ejército avanzó en el acto, y tuvimos la satisfacción de alojarnos aquella misma noche en la linda población de Châteaudun.

Por mi parte, no pude instalarme hasta las ocho, por haberme visto obligado de ir a Mezelle para transmitir órdenes.

Como tenía mucha prisa y mis caballos estaban muy cansados, tomé uno de tropa y lo monté tal como estaba, con su silla de ordenanza, equipo completo y estribos muy largos.

No olvidaré, en mucho tiempo, semejante paseo en tal montura; al día siguiente me parecía haber recibido una paliza.

De vuelta a mi alojamiento, tuve una agradabilísima sorpresa: habíamos de descansar toda la jornada del 28.

Ibamos, pues, a poder dormir una noche entera, y a lavarnos de pies a cabeza.

Y, además, íbamos a tener tiempo de visitar más a fondo la villa de Châteaudun con su interesante castillo del siglo XV, una de cuyas torres, construída por Trobaldo el Tramposo, databa del XII.

Debo decir de paso que la parte Este de la población había sufrido mucho durante el combate del 18 de Octubre por la artillería de la 22.ª división prusiana, y se parecía bastante a Bazeilles; pero lo restante estaba indemne, y hasta el barrio que daba al Loir, un afluente del Loire, ofrecía la más agradable perspectiva.

Mi alojamiento era bueno, y mi patrón un hombre bien educado, con el que se podía hablar. Por su parte, como es natural, no hacía más que aludir a la heroica defensa de Châteaudun por los franco-tiradores del teniente coronel Lipowski contra las fuerzas, muy superiores, del general von Wittich.

Una cosa, sobre todo, excitaba grandemente al buen hombre: era el pensar que los alemanes habían hecho uso de la

artillería gruesa para destruir una parte de la ciudad, cuando los franceses no tenían más que infantería. No acertaba a comprender que no se batiesen con armas iguales, y que se atreviesen a oponer artillería gruesa a la infantería.

Traté de calmarle ofreciéndole el razonamiento siguiente:

—Suponga usted, señor—le dije,—que mandara usted un ejército muy pequeño, cuya misión fuese la de ocupar y conservar una región sumamente extensa y surcada por todas partes por tropas enemigas. ¿Qué haría usted?

—Trataría—me contestó—de batirlas unas tras otras.

—Muy bien, tiene usted disposiciones para la táctica; pero si le fuera preciso pelear aquí un día, allí al siguiente, perder cada vez hombres, mientras que el enemigo resistiese sin cesar, ¿qué ocurriría al fin?

—Sucumbiría.

—Bueno; pero admita usted que no quisiera sucumbir; ¿qué haría usted?

Se calló.

—Pues voy yo a decirle lo que haría usted. Empezaría por economizar mucho la vida de sus soldados, para que le quedasen todavía bastantes en el momento del último combate. No hay, sépalo bien, material más precioso que nuestros hombres, y desgraciadamente perdemos demasiados todos los días. A este propósito, ¿cree usted que sufrimos grandes pérdidas cuando la artillería de nuestra 22.ª división cañoneó, desde las alturas de Jallans, a los franco-tiradores de Châteaudun?

—Estoy seguro de que no perdieron ustedes un hombre; los tiros de nuestra infantería no podían alcanzar tanto.

—Y, sin embargo, reconocerá usted que ese cañoneo nos sirvió de algo.

—Evidentemente, puesto que nuestros bravos franco-tiradores, a pesar de su desprecio de la muerte, no pudieron resistir la granizada de proyectiles que les enviaron.

—¿Comprende usted ahora que ahí está el secreto, merced al cual economizamos nuestro material viviente? Si usted hu-

biera tenido un hijo en las filas de nuestra infantería, habría usted dado muchas gracias al Jefe de la División por haber ahorrado a esa infantería un combate cuerpo a cuerpo, y haber obtenido el mismo resultado con el envío de unos cuantos proyectiles. Nosotros no tenemos miedo, bien lo saben ustedes, de batirnos al arma blanca cuando la necesidad se presente; lo demostramos bastante el 1.° de Setiembre en Bazeilles, y el 11 de Octubre en los arrabales de Orleans. ¿No está usted convencido ahora?

Lo estaba seguramente, pero no quería reconocerlo y me dió a entender que un general francés se las hubiera arreglado de otro modo.

—Es muy posible—repliqué;—pero conocemos su método y sabemos lo que vale.

Desde entonces evitamos este género de conversación, y con ello fuimos mejores amigos.

Por la tarde turbó nuestro reposo la orden de marchar inmediatamente a Jallans; pero esta marcha fue inútil, porque las columnas francesas, que habían avanzado al Oeste de Villampuy, pensaron que era más cuerdo ceder el paso a nuestra caballería de vanguardia y no llegar a un combate serio.

Así, pues, se nos había molestado en balde. Confieso que no he sido nunca muy partidario de estas especies de alarmas, que vienen a turbar sus días de reposo; el hombre no es una máquina de la que se pueda usar sin miramientos.

Me contestaréis que el enemigo no tiene que tener en cuenta todas estas consideraciones, y yo mismo sufrí la prueba el 26 de Agosto, cuando me encontraba en aquel excelente alojamiento de Chardogne, del que tan buen recuerdo he conservado.

Y aun ahora no pudimos quejarnos mucho, puesto que a las tres horas estábamos de vuelta en nuestros cuarteles; algunas tropas fueron menos privilegiadas; los primeros batallones de los regimientos de línea 3.° y 12.° y los cazadores, que fue-

ron designados para cubrir las avanzadas, y cuyas patrullas estuvieron toda la noche en contacto con el enemigo.

Estaban en Châteaudun, además del Estado mayor de nuestra brigada, el de la división y el del cuerpo de ejército; con esto mi tarea veíase aliviada. Pude dormir un poco antes de la entrega de las órdenes, hacerme despertar en el momento de transmitirlas, y reanudar el sueño inmediatamente después. Estábase habituado, en aquel tiempo, a dormir en todas partes y en todo momento; bastaba tumbarse y cerrar los ojos.

A la mañana siguiente, llevábamos dos horas de marcha, cuando empezó el fuego de fusilería en dirección de nuestra vanguardia. ¿Qué nos importaba?

¿No estábamos de nuevo en las llanuras del Beance, donde, más que en ninguna otra parte, teníamos conciencia de nuestra fuerza y de nuestra superioridad táctica?

No hay que decir que, en los países accidentados, a orillas del Huisne y de Loir, por ejemplo, sobre todo cuando se tienen en contra todos los hombres en estado de llevar armas, se experimenta siempre cierto malestar.

Los desgraciados ayudantes de órdenes, que recorrían noche y día aquellas regiones en todos sentidos, acompañados casi siempre por un ordenanza, sabían algo de eso. En las llanuras del Beance contábamos también con poder utilizar de otra manera nuestra caballería y nuestra artillería, de las que no habíamos podido hacer sino un uso muy difícil en terrenos absolutamente impropios para sus evoluciones.

—¿Qué pasará hoy?

—Seguramente poca cosa; tal vez encontremos a ese loco de Liponski con sus franco-tiradores.

Y en efecto, le encontramos; pero cuando se dió cuenta, al defender los pueblos de Vallière, Nobleville y Civry, que tenía que habérselas con todo un cuerpo de ejército, se batió prontamente en retirada y no dejó frente a nosotros más que a los «franco-tiradores girondinos».

Estos infelices fueron arrollados, pero les debo la justicia

de decir que se mostraron adversarios rudos. Eran muy distintos de los que hasta entonces habíamos encontrado.

Vestidos de elegantes uniformes grises, llevaban fusiles Winchester, así como buenos revólvers americanos, que tenían al cinto. Pertenecían en su mayor parte a muy buenas familias de Burdeos y de los alrededores; se batieron muy bravamente, y luego, cuando fueron hechos prisioneros, se comportaron con cordura y dignidad.

El combate fue de corta duración.

Gracias a nuestra artillería, que dirigía sus fuegos sobre los diferentes pueblos, los batallones de la 4.ª brigada desalojaron sin gran trabajo a quienes los ocupaban.

En el parque de Varize, donde se encontraban precisamente los franco-tiradores girondinos, fue donde encontramos la mayor resistencia.

No habían tenido tiempo de abrir troneras en los muros del cercado, cuando ya se les había echado encima el 7.° de cazadores.

De esto resultó una cantidad de pequeños combates aislados, entre el arbolado del parque, que terminaron a la bayoneta e incluso a culatazos.

En este momento se produjo una desgraciadísima escena, que costó la vida a uno de nuestros mejores oficiales, el teniente Manerer.

Manerer, a la cabeza de una veintena de cazadores, se había lanzado al asalto de un bosquecillo defendido por franco-tiradores. Estaba a punto de alcanzarlos, cuando varios de ellos, rindiendo los fusiles, agitaron sus pañuelos como para rendirse.

Nuestro compañero, al verlo, se volvió hacia sus hombres, y les gritó que respetaran a aquellos franceses, que ya no se defendían.

En este mismo momento cayó muerto; una bala de revólver le había atravesado la columna vertebral.

Ignoro si el franco-tirador autor de este crimen no vió la

señal de sus compañeros o no quiso rendirse como los demás; el caso es que el deplorable incidente costó la vida a uno de nuestros mejores oficiales, y, como es natural, a todos los que, voluntariamente o no, eran responsables.

Aquel día recibí una bala en la vaina de mi sable, cuando observaba el ataque del 7.° de cazadores, para dar cuenta a mi general.

Por la tarde me ocurrió, en Varize mismo, una historia bastante original.

En una callejuela habían reunido a todos los paisanos que durante el combate fueron cogidos con las armas en la mano; el pelotón de ejecución encargado de fusilarlos estaba ya formado.

Aquellos mismos paisanos, cuando las batallas de Octubre, nos habían obligado ya, con su actitud hostil, a incendiar una gran parte de la población de Varize; a pesar de este precedente, no se habían hecho más razonables.

Vi a aquellos hombres rodeados de sus guardianes, en el momento en que los iban a fusilar. En medio del grupo, un personaje muy bien vestido, de elevada estatura y gran corpulencia, hablaba con ellos.

En campaña se vuelve uno algo rudo, se adquiere el hábito de no guardar muchos miramientos, particularmente con aquellos que a diario nos hacen una guerra a puñaladas.

Cuando vi a aquel señor grueso, creyéndole también un prisionero, grité a mis hombres:

—¡Buen cerdo habéis cogido!

Antes de que el jefe del pelotón de ejecución hubiera podido decirme nada, el hombretón, dando un salto prodigioso, se me plantó delante, y, en impecable alemán, me dijo:

—Ruego a usted, señor teniente, que hable de mí en términos más corteses.

No podía dar crédito a mis oídos.

—¿Sería usted alemán, por acaso?—le pregunté.

—Ciertamente, señor, tan buen alemán como usted; me llamo Voget.

—Le ruego que me perdone, estaba lejos de sospecharlo; pero ¿cómo es que usted, un paisano alemán, se encuentra en un campo de batalla del Beance?

—Pertenezco al Estado mayor de Su Alteza el gran Duque de Mecklemburgo.

—Perfectamente. Una vez más, señor, acepte usted todas mis excusas.

—No le preocupe; no es la primera vez que me ocurre esto.

Todo se arregló bien, y nos separamos buenos amigos, dándonos la mano. Más adelante supe que el señor Voget era el corresponsal de guerra de la *Gaceta de Francfort* y de la *Nueva Prensa Libre*.

.....

Dejamos Varize por Cormainville y Orgères, donde nos alojamos.

Estaban en esta última localidad, además de nuestro Estado mayor, el del cuerpo de ejército, los dos de divisiones, diferentes Estados mayores de brigadas y tantas tropas como podían caber. Algunos regimientos, en marcha desde la mañana, no encontraron donde meterse y tuvieron que continuar hasta el pueblo próximo.

En esto, había empezado a nevar; un viento frío nos atravesaba de parte a parte y nos recordaba que estábamos a las puertas de Diciembre.

Como nuestra brigada iba a la cola de la columna, llegué demasiado tarde a Orgères para organizar el acantonamiento. Cada cuadra, cada granja estaba ocupada y tenía ya el odioso letrero en tiza: «Estado mayor del cuerpo de ejército, 6 caballos»; «Estado mayor de la 1.ª división, 14 caballos», y así sucesivamente.

Ahora bien; todo el mundo sabe que si a veces es posible desalojar a un inferior y ocupar su puesto, no es lo mismo cuando se trata de superiores; en rigor me hubiera sido posible alojar a nuestros oficiales sin sus caballos; pero, con aquella insoportable temperatura, los pobres animales, más toda-

vía que nosotros, tenían necesidad de abrigarse y descansar.

Se me ocurrió entonces una idea genial.

Había observado que una cuadra, ocupada por el Estado mayor de la 1.ª división, se hallaba justamente situada entre las que estaban reservadas para el Estado mayor del cuerpo de ejército, y que, en cambio, algunas cuadras del cuerpo de ejército estaban muy distantes y completamente separadas del cuartel general.

No vacilé; ir a buscar al jefe de acantonamiento del cuerpo de ejército fue para mí cosa de un momento.

Le expliqué que le convenía hacer un cambio conmigo, ocupando la cuadra de la división próxima a las suyas y dejándome la que de esta manera quedaba libre.

Abundó en mi opinión, y, en su apresuramiento por seguir mis consejos, no se le ocurrió ni por un instante la idea de que yo no pertenecía a la 1.ª división.

Dicho y hecho; borré yo mismo de la puerta de la cuadra: «1.ª división, 14 caballos», y escribí en su lugar: «Cuerpo de ejército, 14 caballos»; luego me fuí.

No hay que decir que, cuando me hube confortablemente establecido en mi nuevo local, me olvidé, como es natural, de escribir sobre mi puerta: «3.ª brigada de infantería», y dejé la primera inscripción: «Estado mayor del cuerpo de ejército.»

Nuestros bravos caballos descansaban desde hacía ya tiempo, cuando vi llegar furioso al jefe de acantonamiento de la división, que buscaba una cuadra desocupada. Cuando vió el letrero de nuestra puerta no insistió, y desapareció sin preguntar siquiera a nuestros hombres si verdaderamente pertenecían al cuerpo de ejército.

No sé quién se quedó fuera y durmió al aire libre; ignoro también cómo se arreglaron los jefes de acantonamientos de la división y del cuerpo de ejército.

Antes de encontrar las causas y las razones de aquella sustitución, estábamos ya lejos.

No me impidió esto el reirme mucho interiormente y estar

muy satisfecho, porque nada gusta tanto en campaña como lograr alojarse a costa de los compañeros, con golpes de ingenio y astucia...

A partir de aquel momento, estuvimos permanentemente en contacto con el enemigo.

El 30 de Noviembre me pasé el día trotando de una avanzada a otra; el 1.° de Diciembre fue el combate de Villepión, y al día siguiente la batalla de Loigny.

CAPITÁN TANERA

LAS REINAS DE LA ESPAÑA ANTIGUA

MARIANA DE AUSTRIA

Mientras el Príncipe Baltasar vivió, Felipe supo resistir todos los requerimientos que a contraer segundas nupcias se le hacían. Las primaveras y veranos los pasaba en Aragón, empeñado en la dificilísima empresa de rescatar sus dominios del poder de Francia. A las excitaciones que de una parte y otra se le hicieron para contraer nuevo enlace, denegó siempre amablemente, alegando el motivo de que sus esperanzas todas se concentraban en su hijo, a quien retenía a su lado, instruyéndole en los negocios del gobierno. Desprovisto lamentablemente de recursos materiales para continuar su campaña de Cataluña, no pudo por menos de ser infructífero su esfuerzo. Seguían unas derrotas a otras con prolija monotonía; y cuanto más hundido estaba Felipe en la desgracia, se hacía más melancólico y piadoso; su única consejera y confidente ahora era la monja María de Agreda, y su único recurso la oración del afligido. Cuando su hijo cayó enfermo en Pamplona (Mayo de 1646), al dirigirse al teatro de la guerra, las invocaciones de Felipe para implorar del cielo la salud de su hijo son algo que aterra por su intensidad apasionada (1). El joven sanó, y al llegar con su padre a Zaragoza, en Julio, los

(1) *Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y Felipe IV*, editadas por Silvela.

embajadores imperiales esperaban allí para ofrecer en matrimonio al heredero de España la mano de su prima la Archiduquesa de Austria, hija del Emperador.

Felipe no tenía que buscar en otra parte para procurarse una alianza. Francia era su enemiga mortal, aunque fuera gobernada por su hermana Ana como Regente, y probar si en esta dirección se podría elegir la alianza matrimonial, no había ni para qué pensarse en ello. Eso, aun cuando se encontrase princesa de esta nación que valiera la pena (1). El Emperador y España (para ruina de esta última), por lo demás, habían estado peleando juntos durante treinta años enteros en guerra que ahora se precipitaba hacia su conclusión. Firmóse, pues, inmediatamente el tratado de matrimonio de Baltasar, de edad de diez y siete años, con Mariana de Austria, tres años más joven. Con relación a estos desposorios, escribía Felipe a la monja: «Habiendo muerto mi hermana la Emperatriz, considero oportuno apretar los lazos entre el Emperador y nosotros de esta manera, puesta la mira en la exaltación de la fe; pues cierto es que cuanto más unidas estén las dos ramas de nuestra Casa, más firme será la religión en todo el orbe cristiano.»

No pasaron más de dos meses cuando a primeros de Octubre se abatió de nuevo la desgracia en la mansión de Felipe. El Príncipe murió de una invasión de viruela. Durante la enfermedad escribía el Rey a su confidente implorando la misericordia de Dios para que le ahorrara esta última prueba. Muerto el hijo, se percibe en las cartas de Felipe un tono de sombría desesperación. Dios no había oído sus preces, porque, sin duda, convenía así. El había hecho los posible por ofrecer a Dios esta tribulación; pero su corazón quedaba traspasado, y ahora no sabía si vivía o soñaba. Estaba resignado, pero no

(1) María Ana de Montpensier, hija de Gastón, Duque de Orleans (La Grande Demoiselle), fue propuesta, pero rechazada al punto como imposible, por franceses y españoles. Esto, en efecto, hubiera destruído, más bien que enderezado, la amistad entr la Regente y España.

confiaba en su propia constancia; y a este tenor cuanto escribía, revelaba en cada frase que casi dudaba de la eficacia de la oración y de la bondad del Omnipotente (1).

Desde entonces, por algún tiempo cambió su conducta. Había hecho cuanto podía pedírsele, y no había tenido duda de sí mismo. Había orado día y noche, acomodando su vida a los consejos monásticos. Pero las derrotas, las tribulaciones, pobreza y muerte de sus más íntimos afectos se habían desplomado sobre él a despecho de todo, y Felipe, en los intervalos de su contrición punzante, se hundió en una vida disoluta, que maravillaba con escándalo a las personas piadosas que le rodeaban. Tenía cuarenta y dos años, edad en que, como resultado de cierta continencia, se había desarrollado una corriente de devoción mística que muy de cerca tocaba a la locura. No tenía heredero varón, sino sólo una niña delicada, de ocho años, y sus excesos y calamidades le habían envejecído precozmente. Toda España le exigía un hijo varón que le sucediera en su poderío; y las recomendaciones de los eclesiásticos y monjas, por los escándalos de su vida, recibieron el refuerzo de los Embajadores del Emperador, que le daban prisa para que consintiera en desposarse con la sobrina destinada un día a ser mujer de su hijo Baltasar.

De esta suerte se repite la Historia: como sucedió a su abuelo Felipe II, el Rey hubo de aceptar por mujer a la Princesa austriaca, de quien primero se pensó había de ser su nuera. De sus muchos hijos naturales no había legitimado más que uno, Don Juan José de Austria, hijo de la comedianta María Calderón. Era distinguido y bello, y había interesado profundamente al padre; pero no podía ser Rey de España, y Felipe, con poco entusiasmo, consintió en casarse con una niña aún no formada, para poder dar un heredero a su nación, y para mantener la solidaridad de la Casa de Austria, que representaba el antiguo sueño de asumir España la misión de dictar la reli-

(1) *Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y Felipe IV.*

gión al mundo. Fue este consentimiento desastroso, y trajo aparejada la consumación de la ruina del país y de la causa que aspiraba a favorecer.

Felipe ponía en juego hasta lo último de sus fuerzas contra los franceses en Cataluña y en Flandes; en la medida de ellas atacó también a los portugueses en su frontera oriental; su reino de Nápoles estaba en rebelión. La prolongada guerra le había dejado exhausto, como exhausta a toda Europa también; había, para su propia ruina, combatido las batallas religiosas en la Europa central, al lado del Emperador, durante muchos años, y su nuevo matrimonio significaría una aproximación más íntima del Emperador a la causa de España. La impotencia de los enlaces matrimoniales para resistir a las fuerzas políticas, se comprobó una vez más cuando Felipe hubo de conocer a su prometida. El tratado de Westfalia (Octubre 1648) fue firmado por fin, y España, que con la guerra había sufrido tanto, quedó aún más sacrificada en la paz. La cuestión religiosa quedó en Alemania definida para siempre, y el sueño de Carlos V acabó totalmente de desvanecerse: la independencia de Holanda, que había arrastrado a la guerra y mantenido en ella a España por casi cien años, quedó reconocida por fin, siendo imposible ya que Felipe imaginara combatirla. Alsacia tocó a Francia y Pomerania a Suecia; las potencias del centro de Europa se dieron por satisfechas; el Emperador cesó de tener motivo de hacer la guerra, y España quedó frente a frente con su enemiga la Francia, y sin la ayuda imperial que Felipe había pagado tan cara.

Con ceremonias y pompas, que sería cansado referir, la joven Princesa salió de Viena en 13 de Noviembre de 1648, haciendo su camino lentamente, acompañada de su hermano el Rey de Hungría, hasta Trento, donde los representantes de Felipe se encargaron de acompañar a su vez a la nueva Reina. Lleváronse a efecto interminables festejos en Trento y en otras ciudades italianas (1), y en Madrid simultáneamente. Calles

(1) Los progresos y sucesos de aquella jornada refiérelos día por día E. M.—*Diciembre 1914*.

iluminadas, corridas de toros, y fiestas de Palacio, que presenciaba Felipe con semblante de desengaño y el corazón oprimido, celebraron el anuncio de las bodas, que coincidieron con la noticia de haberse recuperado Nápoles, merced a la diplomacia del joven Don Juan de Austria, hijo de Felipe, en el invierno de 1648. Pero hasta el 4 de Setiembre del siguiente año no llegaron a España la novia y su comitiva española, compuesta de ciento sesenta nobles. Aquel día desembarcaron en Denia, ciudad del reino de Valencia.

En Navalcarnero, pueblo situado a unas quince millas de Madrid, llegó la gran cabalgata el 6 de Octubre de 1649; y allí se había prevenido que Felipe esperara a su esposa (1). Durante muchos meses no había cesado de escribir a la monja, deplorando su incapacidad para resistir a las tentaciones de la carne, juzgando que por sus pecados venían las guerras, pestilencias y miseria que azotaban a su amado pueblo. Con tales escrúpulos de conciencia debería darse por satisfecho—agotado además por su vida de placeres—con entrar en una unión legítima que le pusiese a salvo de las tentaciones. Disfrazado fue a observar la entrada de su prometida en Navalcarnero, y luego se alojó en distinta población antes de hacer su visita de ceremonia. María tenía entonces quince años, y era una joven de complexión sanguínea y ánimo recio. Al salir de Denia, su camarera, la Condesa de Medellín, la había reconvenido severamente, porque había reído a los donaires de los bufones que trataban de divertirla, cosa que, según la etiqueta, no podía una Reina de España hacer en público. Pero Mariana, burlándose

---

Mascarenhas, obispo de Livia, que acompañaba a la Reina en su *Viaje de la Serenísima Reina Doña Margarita de Austria*. Madrid, 1650.

(1) Ha excitado la curiosidad de muchos investigadores averiguar por qué los casamientos reales han tenido lugar ordinariamente en lugares insignificantes y pobres, como Navalcarnero y Quintanapalla. La verdadera razón parece ser que cuando tal sucedía, aquel pueblo quedaba libre en lo sucesivo de pagar tributos. Y cuanto más pobre era el pueblo, menor era el sacrificio de la Hacienda pública.

de tal mogigatería con el desenfado propio de sus pocos años, se rió cuanto le vino en gana durante la representación cabal de una comedia que se hizo en Navalcarnero, hasta tanto que llegara la hora de la cena.

El Rey y la Reina se vieron por primera vez en el pequeño oratorio en que su casamiento había de ser confirmado por el Arzobispo de Toledo, y después de muchas comedias y corridas de toros, la real pareja se encaminó a El Escorial, iluminado entonces con no menos de 11.000 luces, y allí pasaron la luna de miel. Mariana hizo su entrada oficial en Madrid el 15 de Noviembre, partiendo del Retiro. La capital se superó a sí misma en muestra de regocijo, pues Felipe era popular en extremo, y sus súbditos anhelaban un heredero para su trono. Se cuenta que en toda la longitud que media entre el Retiro y el Palacio Real, que es como decir de un cabo al otro de Madrid, estaba el camino adornado de arcos de flores, construcciones monumentales, con divisas en que se expresaba la bienvenida a los desposados (1). La Reina cabalgaba en blanquísimo palafrén, y sonreía con amable manera a las demostraciones de alabanza que sus súbditos hacían, y que bien conocían al ver sus frescos colores, sus labios de carmín y su rostro retozón, como en aquel su juvenil pecho latía su corazón egoísta y glacial.

No tenía tiempo Felipe en aquellos días de su luna de miel tan solicitados por diversos placeres y regocijos, para escribir a la monja consejera, y aun se ha de pensar que le faltaba ahora motivo libre como estaba en las primeras semanas de aquellas tentaciones que tan frecuentemente deploraba. Mas el 17 de Noviembre vemos que escribía expresando la más viva satisfacción por tener tal ayuda. «Confieso a Vuestra Merced—decía,—que no sé cómo dar gracias a nuestro Señor por la merced que me ha hecho dándome tal compañera; pues todas

(1) Todo ello lo describe Amador de los Ríos en su *Historia de Madrid*, y menciona las sumas enormes que entonces se gastaron.

las dotes que hasta ahora he reconocido en mi sobrina son excelentes, y yo por ello me hallo harto contento y deseoso de mostrar que no soy ingrato a tanta merced, cambiando mi manera de vivir y sometiéndome en todo a su voluntad» (1). La monja, en respuesta, le exhorta a proseguir en esta nueva manera: «Buscando con todo empeño que a la Reina no le falten vuestras atenciones y obsequios, y no distrayendo los ojos de Vuestra Majestad en objetos extraños y curiosos.» «Toda España—prosigue Sor María,—anhela un heredero, y para que sea concedido no deja de rogar a Dios un momento.»

Felipe estaba lleno de buenas intenciones. Prometíase no pecar mas; pero, aunque tenía tanto deseo de sucesión como su pueblo, le asaltaba la duda de si su mujer había llegado ya a la madurez suficiente para tener hijos. «Por más que muchas de su edad, que es de quince años, los tienen. A Dios nuestro Señor le es fácil poner remedio en esto y espero en su misericordia que nos atenderá» (2). En este tiempo, la depositaria de todas estas esperanzas se entretenía cuanto podía en diversiones infantiles con la hija de su marido, que entonces tenía diez años, y que parece haber sido su compañía de siempre. Felipe, cuando escribe de ellas, habla de las dos diciendo: «las niñas», y muchas veces nos hace conocer la alegria de Mariana por los espectáculos y regocijos públicos. Otra vez volvió a animarse el Buen Retiro con frívolas fiestas. No había otra diversión para la Corte que comedias y mascaradas, mientras la peste flagelaba el país, Cataluña y Portugal desafiaban las tropas de Felipe, y los franceses en Flandes echaban a pique sus escuadras. El deleite, la alegría del vivir, absorbían la atención de la joven Reina; y pocos meses después de la boda, ya habla Felipe de ella con algo de pesadez, insistiendo en enumerar sus encantos o en sus esperanzas de sucesión. Después de un nuevo chasco, vino otra criatura en Julio de 1651, una

(1) *Cartas de Sor María*, etc.
(2) *Cartas de Sor María.*

niña que fué bautizada con la exagerada esplendidez de siempre, y se le puso el nombre de María Margarita (1). Concibiéronse alegres esperanzas nuevamente, que se vieron también chasqueadas, y Mariana cayó en profunda tristeza, porque Felipe había vuelto a sus malas costumbres a pesar de sus resoluciones y promesas, y la tardanza en venir un heredero aumentaba su frialdad para con ella. A veces la sacaban de su abatimiento los regocijados festejos del Buen Retiro (2), pero Felipe sentía ahora poquísimo gusto en estas diversiones brillantes; le acuitaba el no tener aquel hijo suspirado y el ver cómo la guerra y la peste azotaban a España, lo que consideraba efecto de sus culpas.

La vida de Palacio entró de lleno en la monotonía. Felipe, sumergido en sus asuntos «con la pluma constantemente en la mano», como él dice, tenía poco tiempo que gastar en frivolidades. Su continente, en público, era como de estatua, y se dice que cuando recibía a sus ministros o embajadores, no movía ni un solo músculo de su rostro, fuera de los labios. Todo movimiento estaba prevenido con anticipación, y era posible predecir con un año de antemano y con toda exactitud, dónde estaría le Corte en tal día y lo que el Rey estaría haciendo en tal hora. Mariana vivía a su manera, con pocas señales de afecto hacia su esposo, de edad tan diferente, o hacia la gente que le rodeaba. Por entonces (1657) había entrado en la rígida etiqueta de la Corte de España; y en los intervalos de su alegría bullanguera, desplegaba una altivez tan grande como la del mismo Felipe, sin la ternura recóndita de su resignación patética. Era alemana en todas sus simpatías, y pronto perdió el amor de los españoles, que había podido atraerse con el frescor de su juventud (3). Vestida con su bas-

(1) Casó, andando los años, con su primo el Emperador Leopoldo.

(2) *Reinas Católicas*: Flórez.

(3) Hasta llegó a introducir la etiqueta austriaca en sus recepciones, tal como obligar a las damas que se le presentaban, que entraran por una puerta y salieran por la opuesta. (*Avisos de Barrionuevo.*)

quiña tremenda de triple vuelo, su tocado rígido y acomodado en forma cuadrangular y con sus mejillas arreboladas, presentaba majestuosa apariencia en público; pero su rostro inflado, adusto, sus ojos mortecinos y prominentes mandíbulas, le daban un aspecto más repulsivo que atrayente.

La mojigatería superficial de su Corte velaba apenas un estado de inmoralidad espantosa entre todas las clases. Se llegaba a considerar como demérito particular, entre las damas viudas o casadas que en infinito número estaban afectas al servicio de Corte, no tener algún galán frenético, pronto a perderse por el capricho de ellas; y como resultado de esto, los asesinatos en la capital estaban a la orden del día; las cartas de novedades de aquel tiempo están llenas de historias escandalosas, en que figuran, por manera bien torpe, nobles, damas, actrices. La corrupción reinaba con más descaro que nunca, y mientras los barcos se pudrían en los arsenales, y los soldados sin paga se consumían de inedia en el campamento, se gastaban enormes caudales en espectáculos insensatos y diversiones de Corte. Felipe ahora se complacía poco en estas cosas, a las que asistía como un autómata de plomo, sólo para atormentarse con los remordimientos después; pero aun entonces, la costumbre o su misma flaqueza le hacían consentir escándalos, tales como la imposición de un tributo sobre el aceite para pagar la construcción de un nuevo teatro en el Buen Retiro, o el robo de un gran candelabro de plata del Santuario de Nuestra Señora de Atocha (que tanta veneración tenía) para iluminar el teatro (1).

En Setiembre de 1654 se anunció que otra vez estaba encinta Mariana. «Quiera Dios que así sea—escribía un cortesano;—pero si ha de venir una niña, poco vale. No hemos menester de más, que ya ha muchas mujeres» (2).

Descansaban las esperanzas del Rey en que por fin le nace-

(1) *Avisos de Barrionuevo*, vol. II, pág. 303 (Febrero 1656).
(2) *Ibid.*, vol. I.

ría varón, y Mariana, con muchas ansias, le pedía estuviera siempre a su lado, porque cuando no había fiestas, era presa de atroz melancolía, que aumentó aun más cuando a los pocos días le nació una niña. Los pronósticos de astrólogos y charlatanes decidieron, en el verano de 1655, que el anhelado varón estaba de veras en camino; y cuando el tiempo llegó, ya se habían prevenido inauditos aprestos para celebrar el acontecimiento. El Marqués de Heliche disponía de veintidós comedias escritas para representarse en las próximas fiestas, y se invirtieron grandes cantidades de dinero en las decoraciones. Los más ligeros caprichos de Mariana se tornaron en ley, y Felipe apenas se apartaba de su lado. El viejo palacio se iba descuidando; en cambio, el del Buen Retiro cada vez estaba más animado. Don Juan de Austria envío de Flandes tapices maravillosos y ropa de cama nunca vista. El catre era de bronce sobredorado, que costaba una fortuna; los paramentos de la alcoba eran un montón de perlas y bordados de oro sobre raso. «No hay que buscar a la Reina en otro sitio que el Retiro, porque en Palacio se entristece. Pasa las mañanas entre sus flores, los días en fiestas y las noches en comedias. Y esto sin cesar; yo no me explico cómo una vida tan llena de placeres no acaba por abatirla» (1). Pero los adivinos se engañaron una vez más, pues en Diciembre otra niña epiléptica nació, y murió al punto, «a pesar de San Cayetano» (2).

Mariana cayó enferma de gravedad después de este parto, y un leve ataque de parálisis, entre otras complicaciones, la tuvo varias semanas luchando entre la vida y la muerte; Felipe procuró con afán animarla, y habiendo pedido las Cortes que reconociera como heredera a su hija María Teresa, se opuso a ello, alegando que esto afligiría a la Reina, que, según decía,

(1) *Barrionuevo*, vol. II.

(2) La comedia de San Cayetano había sido representada por deseo especial de la Reina, pocos días antes, no sin dificultades, porque la Inquisición se oponía. Fue tal el concurso de gente, que varias personas murieron aplastadas.

tenía confianza en tener un heredero directamente suyo. Las cartas del Rey a la monja manifiestan que en este período estaba hundido en la más tétrica desesperación, a causa de sus muchas contrariedades; pues Crómwell se había apoderado de Jamaica, y España estaba en lucha por mar y por tierra, con Francia y con Inglaterra a la vez. Mientras tanto, Felipe entretenía a su mujer con diversiones tales, como mandar encerrar en unas cajas un centenar de ratas, que de improviso se soltaron en el teatro lleno de mujeres (1); era víctima de una debilidad morbosa, vecina a la locura, que le adelantaba la muerte, en medio de sus lágrimas por la ruina que envolvía a España y a él mismo, y por la falta de un hijo varón.

Uno de los caprichos extravagantes que le dominaban entonces era pasarse horas enteras solo en el nuevo mausoleo de jaspes de El Escorial, en que acababan de depositarse los restos de sus antepasados. Escribía después de una de estas visitas en 1654:

«He visto el cadáver del Emperador, que aún permanece incorrupto después de noventa y seis años, en lo que se ve que el Señor le ha querido recompensar por sus esfuerzos en favor de la fe cuando vivía. Esto me ha servido de mucho; en particular, cuando contemplo el sitio destinado para mí, cuando Dios me llame. Yo le ruego que no permita me olvide de lo que he visto» (2). Y poco tiempo después, un contemporáneo suyo nos recuerda que el Rey había pasado dos horas solo, arrodillado en las losas del mausoleo, orando ante su propia sepultura; y cuando salió, sus ojos estaban colorados y henchidos de lágrimas (3).

Otra vez, en Agosto de 1656, tuvo una niña Mariana, que también murió en el mismo día. La consternación más tremenda hizo presa en los Reyes, pues no veían ya relucir el más leve rayo de esperanza por ninguna parte. No había dinero

(1) *Barrionuevo*, vol. II, 308.
(2) *Cartas de la venerable Sor María de Agreda.*
(3) *Barrionuevo*, vol. III, 63.

para las necesidades más comunes. Los tesoros de las Indias caían con perfecta regularidad en poder de los ingleses, que llegaron a atacar a Cádiz mismo, en tanto que los franceses, en la frontera de Flandes y en Cataluña, hacían cuanto les venía en gana, sin casi encontrar resistencia, y los portugueses desafiaban su antigua soberanía. Felipe estaba pronto a hacer la paz a costa de cualquier sacrificio, por lo menos con los franceses; pero las exigencias de Mazarino eran demasiado humillantes para una potencia que había reclamado por tanto tiempo la soberanía de Europa. Por fin, en medio de tantas aflicciones renacieron las esperanzas, porque los astrólogos volvían a predecir que esta vez la Reina tendría hijo varón. No hubo antojo de Mariana que no fuera al punto contentado (1). Fiestas acuáticas en el estanque del Retiro, interminables representaciones cómicas como de costumbre, corridas de toros con ridículas suertes, y diversiones de toda clase que la solazaran y animaran. Don Juan envió esta vez un aderezo de cama aún más costoso que el del anterior regalo. Mientras en estas cosas se prodigaba tanto, aumentaron de tal manera los impuestos, que ahogaban la producción, con lo que se vino a tan gran penuria, que en el propio Palacio Real, Felipe, mismo en la víspera de la Presentación de la Virgen (20 Noviembre 1657) no tenía para comer más que huevos, sin pescado, ni su mayordomo tenía un real para mercar ninguna cosa (Barrionuevo). Justamente, cuando se hallaba en tales apuros nació el hijo de sus deseos. Venía por fin el heredero de aquel hombre agobiado a los cincuenta y dos años por una corona que le aplastaba.

Volvió como siempre Madrid a arder en fiestas, mientras Mariana, en su gravísimo trance luchaba entre la vida y la

(1) Cierto día (8 de Noviembre 1657) tuvo antojo repentino de comer buñuelos, y al momento se envió gente a buscarlos a la Plaza, que es donde se vendían. Llevároule un gran caldero de ocho libras, todo vahando con los buñuelos cubiertos de miel, y Mariana comió con codicia hasta hartarse.

muerte. No quedó banco ni mesa en el Palacio sin romper, ni bodegón o taberna en la población que se libraran de ser saqueados por una multitud de pícaros holgazanes que marchaban con músicas y cantando, y cuando podían, despojaban hasta de sus vestidos a las personas decentes para pagarse sus francachelas (1). Después hubo las corridas de siempre, mascaradas y comedias interminables, con nuevas tramoyas y efectos escénicos. No hubo noble de Castilla que omitiera felicitar al Rey. Los astrólogos, como solían, estaban en las plazuelas prediciendo, por lo que leían en las estrellas, que el recien nacido sería sabio, prudente y valeroso, y sobreviviría a sus hermanos y hermanas con próspera y afortunada carrera. El padre, orgulloso, sentía inmensa gratitud hacia el Altísimo por el señalado favor de El recibido. «Ayúdeme sor María—escribe a la monja—a darle gracias; porque yo por mí soy incapaz de hacerlo dignamente; y pídale me haga agradecido y justo, y me dé fuerzas en lo sucesivo para hacer su santa voluntad. El reciennacido está bien, y yo imploro a Vuestra Merced le tome bajo su protección, y ruegue a nuestro Señor y su Santa Madre le conserven para su servicio, exaltación de la fe y bienestar de estos reinos. Y si no ha de ser así, pídale me lo lleve antes de que llegue a la edad adulta» (2).

Felipe y sus cortesanos prorrumpieron en himnos de admiración por la belleza y perfecciones del niño que acababa de nacer. Nunca, con seguridad, se había visto ángel más hermoso que este pobre trozo, epiléptico de carne humana, que tan patéticas esperanzas sugería. El 6 de Diciembre, en fuerte potro napolitano, salió Felipe por las calles de Madrid a visitar a la Virgen de Atocha para darle gracias por el bien concedido.

Empezó en seguida en la Corte la serie de festejos oficiales. Fuentes que manaban vino, músicas y danzas día y noche,

(1) *Barrionuevo.*

(2) *Cartas de la venerable Sor María de Agreda.* La oración del Rey fue atendida, pues el niño murió a los cuatro años.

máscaras extravagantes en procesión, corridas de toros, y prolijas pantomimas y ridículos espectáculos, atestiguaban el placer que con el Rey compartía Madrid por el advenimiento del sucesor en el trono (1). Felipe mismo, estaba de mejor temple, permitiéndose chistes con su favorito D. Luis de Haro; y en la brillante ceremonia del bautizo del Príncipe Felipe Próspero, una semana más tarde, el Rey, escondido en su sillón confesonario, complacido y orgulloso de los recios chillidos de la criatura, le decía por lo bajo al mencionado Haro: «¡Ah!, cómo me gusta oirle; se nota en él lo varonil que es» (2). Felizmente, no podía el Rey prever que aquel niño, por quien había rogado con tanto fervor, llegaría a faltar cuatro años después, víctima de la degeneración de su linaje; y que el niño que le había de suceder realmente, fruto incestuoso, terminaría en imbecilidad decrépita la progenie del gran Emperador, en triste conformidad con la decadencia del país.

En tanto las fiestas costosas y continuas con que se celebraba la tardía convalecencia de la Reina, después del nacimiento de aquel hijo enfermizo, seguían escandalizando, pues los asuntos nacionales, tan necesitados de atención, iban de

---

(1) La extravagancia de estos regocijos valió al Rey una reprimenda de parte de la monja... «Está bien y es político en V. M. recibir las felicitaciones de los súbditos; pero yo os suplico con afán que no consintáis se gaste tanto dinero en estos festejos, cuando hay tanta falta de él para la misma defensa de vuestra corona. No permitáis que en estas fiestas se ofenda a Dios... Bien está regocijarse con el nacimiento del Príncipe... pero ello ha de ser con juicio.—*Cartas*.

(2) *Barrionuevo*. El mismo refiere una circunstancia curiosa del acto del bautismo. La doncella que tenía el niño se lo pasó, como era usanza, a la Infanta Margarita, de edad de seis años, su madrina. El único vestido que llevaba la criatura consistía en una túnica cortísima, que le dejaba desnudo de medio cuerpo hacia abajo. Sorprendida la Infanta de lo que, a su parecer, demostrada descuido irreverente, preguntó enojada a la doncella la causa, y le fue contestado que se hacía siempre así para que se pudiera cerciorar de que era varón.

mal en peor (1). Don Luis de Haro, primer Ministro de Felipe, había partido a socorrer a Badajoz, atacada ferozmente por la varonil Reina de Portugal, española por cierto, y fue derrotado lastimosamente por aquellos portugueses a quien en tan poco se les tenía. Humillación fue ésta que demostraba al mundo la completa impotencia de España; mas en Junio del mismo año aun debía sufrir España golpe más calamitoso que todos los pasados. La batalla de las Dunas, o de Dunquerque, en la cual D. Juan, Condé y el Duque de York, por la parte de España, fueron en contra de Turena, ayudado por las tropas de Crómwell fue una derrota desastrosa para las fuerzas de Felipe, que dejó Flandes a merced de los franceses. Era evidente que Felipe no podría ya combatir, porque España había sido sangrada hasta la muerte. La despoblación de Castilla era tal que se adoptó un proyecto—el cual no pudo llevarse a cabo por falta de dinero—para repoblar el país con católicos irlandeses y dálmatas.

Hubo otras circunstancias que favorecieron la paz, además del agotamiento de España. Los largos años de guerra habían gravado enormemente los recursos de la nación francesa. Los catalanes, por aquella sazón, estaban hartos inmensamente del rey culebrón de Francia, y suspiraban ya por la vuelta del rey zoquete de España. Mazarino, además, había echado miradas codiciosas a la sucesión del trono español, con que podía contarse en el caso probabilísimo de que llegara a faltar a Felipe descendencia en su segundo matrimonio. Muchos hacía que la Reina Regente Ana de Austria tenía empeño por la paz con su hermano; pero las circunstancias y su propio orgullo nacional habían frustrado sus propósitos. Los esfuerzos de los agentes

(1) *Barrionuevo* refiere (vol. IV, pág. 166) que un santo fraile franciscano, a quien Felipe hizo llamar para que rogara por la salud del niño, contestó que de buena gana lo haría, pero que mejor oración sería que el Rey diera de mano a tantas comedias y regocijos e hiciera oración él mismo. Esto aconteció en Junio de 1658, época en que la monja también le exhortaba en igual forma.

del Emperador en Madrid, ayudados poderosamente por Mariana, habían predispuesto también un acuerdo entre España y Francia. En 1656, M. de Lionne fué secretamente a Madrid, de parte de Mazarino, y allí pasó muchos meses en frecuentes conversaciones con Luis de Haro, tratando, mas sin éxito de negociar la paz.

En una de estas conferencias, Haro llevaba en su sombrero, como gala, una medalla con el retrato de la Infanta María Teresa, hija de Felipe y de su primera mujer. «Si vuestro rey diera a mi señor por mujer el original del retrato que lleváis—decía Lionne, aleccionado hábilmente por Mazarino,—la paz sería pronto un hecho.» Nada más se habló sobre ello en esta ocasión, porque en tanto no hubiera hijo varón, Felipe no osaba casar a la heredera de España con Luis XIV; pero al nacer el niño, la idea de tal matrimonio empezó a parecer realizable. Los intereses de Austria aún se interponían en el camino. Mariana, que era realmente tan embajadora de su hermano como el mismo embajador, empleó todas sus fuerzas para desbaratar el plan, y con toda actividad se abogó por un matrimonio entre María Teresa y Leopoldo, heredero del Imperio. Felipe por algún tiempo consintió en decidirse a favor de la causa austriaca, que tan ruinosa le había salido.

Así que el proyecto de enlace con la casa de Francia pareció viable, como consecuencia de muchas intrigas secretas entre Mazarino y Haro, el Emperador ofreció a Felipe un gran ejército en Flandes, para ayudarle a expulsar a los franceses; mas cuando Felipe aún vacilaba entre las instancias de su esposa y las de sus parientes, de la otra parte y la penuria le ahogaba, imposibilitándole para hacer la guerra, Mazarino jugó la carta que había de darle el triunfo. Llevárouse a Luis con toda pompa a Lyon para que hiciera la corte a la princesa de Saboya; temiendo entonces Felipe una coalición contra España, se apresuró a enviar a su Ministro Haro para que en persona negociase la paz con Mazarino, a orillas del Bidasoa. Durante el otoño de 1659, en la histórica isla de los Faisanes, de

aquel río, empeñóse aguda lucha diplomática, en que no se descuidó una minucia; muchas veces parecía que aquellos trabajos no conducirían a nada, porque los españoles eran tan soberbios como siempre y los franceses tan codiciosos. Pero la menguada salud de aquel pequeñuelo, que era el único tropiezo entre la Infanta y la herencia de la corona de España, motivó que Mazarino se moderase al fin en sus exigencias; pasóse por alto la mayor dificultad, que era la restauración de las posesiones confiscadas por Condé, y se concluyó uno de los tratados más decisivos de la Historia.

Lance poco favorable vino a ser para España, porque perdía mucho de sus dominios de Flandes y el Condado del Rosellón; pero al menos recobraba Cataluña, y, lo que es más, aseguraba la paz con Francia. Casaríase la Infanta con Luis XIV; pero los españoles insistieron en que había de renunciar a suceder en el trono a su padre, si bien Mazarino quitó eficacia a la cláusula ésta, estipulando que la renuncia llevaría aparejado como compensación el pago de 500.000 escudos de dote de la Infanta, cantidad que con toda probabilidad Felipe se vería imposibilitado de pagar (1). Por entonces Mariana había dado a luz otro niño, que murió en seguida. Cuando la Embajada pomposa del Duque de Grammont fué a Madrid a pedir la mano de la Infanta, la Reina no se cuidó de manifestar agrado a los visitantes, por considerar que le traían su derrota y la de su familia.

Uno de los que acompañaban la Embajada de Grammont nos ha dejado animada pintura de los Reyes y de las representaciones magníficas que tuvieron lugar en el Palacio con tal motivo (2). «El gran salón—escribía—estaba alumbrado con seis grandes hachas de cera en gigantescos candeleros de plata. A uno y otro lado se veían dos palcos o tribunas resguar-

(1) *Recueil des Instructions données aux ambassadeurs de France en Espagne*, vol. I. (Morel-Fatio.)

(2) *Journal du Voyage d'Espagne*. París, 1669.

dados por verjas de hierro. El uno estaba ocupado por las Infantas y algunos cortesanos, y el otro estaba destinado al Mariscal (Grammont). Dos bancos, uno enfrente del otro, cubiertos de alfombras de Persia, estaban a los lados de la sala. En ellos se sentaban algunas docenas de damas de la Corte, y nosotros, los caballeros franceses, estábamos en pie detrás de ellas..., luego la Reina y la pequeña Infanta entraron precedidas de una dama, que llevaba un hacha. Cuando apareció el Rey saludó a las damas, y tomó asiento en el palco, a la derecha de la Reina, y la Infanta se puso a la izquierda. El Rey estuvo sin hacer el menor movimiento durante la representación de toda la comedia, y sólo una vez dijo a la Reina una palabra, no sin mirar alrededor: tenía un enano cerca de sí. Cuando acabó la comedia, todas las damas se levantaron y se reunieron en medio, como la etiqueta prescribe. Luego juntaron las manos e hicieron sus reverencias, en lo que se pasaron siete u ocho minutos, pues cada una de las damas había de hacer las ceremonias por separado. En todo este tiempo el Rey estuvo en pie, y luego se inclinó ante la Reina, la que hizo otro tanto con la Infanta, y, por último, juntando todos las manos, se retiraron.»

En Abril de 1660 Felipe se despidió de Mariana, y se puso en camino para su famoso viaje a la frontera francesa para ratificar la paz de los Pirineos con su hermana Ana de Austria, a la que no había visto desde hacía cuarenta años, y para dar a su hija en matrimonio al joven Rey de Francia. Felipe, por economía, dispuso que le acompañara el menor séquito posible; pero aun así, era tan enorme el número de servidores y el de sus nobles, y tan descomunales los aprovisionamientos y bagaje, que toda la escolta ocupaba veinte millas de camino. En su lento viaje, a razón de seis millas por día, eran saludados por campesinos, demacrados, míseros, que se quedaban llorando de contento, pues aquello significaba la paz. Llegó por fin la comitiva al lugar ya histórico por tantas ceremonias y fiestas reales, las orillas del Bidasoa, a primeros de Junio. En

el insignificante islote de aquel río, en donde el año anterior se había celebrado la entrevista de Haro y Mazarino, aún subsistía intacto el palacio provisional que para aquel intento se había edificado, y en él se llevó a cabo la magnífica ceremonia de confiar a Luis XIV el acompañamiento de María Teresa, su futura esposa (1).

Los espectadores, franceses y españoles, de aquella escena, describen, con fastidiosa prolijidad, lo que vestían y cómo parecían todos y cada uno de los cortesanos; pero la persona más considerable de cuantas iban en aquella comitiva entre los españoles era el aposentador del Rey, cuyo gusto exquisito y conocimentos especiales habían dirigido los pormenores artísticos de la fiesta, Diego de Silva Velázquez, de quien describiré los vestidos como muestra de lo que debieran ser los de los demás. Era la ropa negra, enteramente cubierta con recamos de plata milaneses, y guarnecía su cuello una golilla, que había reemplazado a la valona, a instancias de Felipe, hacía muchos años, con la mira de ahorrar el excesivo gasto de almidón (2). En su ropilla iba bordada la gran cruz de Santiago, encarnada, y semejando algo a una espada, y a su costado llevaba la propia espada en vaina de finísimas labores de plata; y al pecho una pesada cadena de oro, de la que pendía un pequeño medallón de diamantes, que encuadraba la dicha cruz encarnada de la Orden de Santiago (3).

La restauración de los Estuardos en Inglaterra, después de la ratificación del tratado de los Pirineos, hizo fáciles las negociaciones de paz entre esta nación y España, y al comenzar el 1661 se vió Felipe por primera vez en paz, después de

(1) Castillo: *Viaje del Rey N. S. a la Frontera de Francia.* Madrid, 1667.

(2) La golilla tan característica de este reinado era un collar de carton rígido, guarnecido por abajo con paño y por arriba con seda muy delgada.

(3) Palomino: *Vida de Velázquez.* Todos los decretos sobre el lujo quedaron en suspenso. En esta ocasión cambia la moda española.

un reinado de cuarenta años, con todas las potencias de fuera de la Península.

Pero era preciso volver a conquistar al Portugal rebelde. Hirió nuevo desastre a los españoles. Don Juan, el hijo natural del Rey, fue derrotado en Amegial después de algunos sucesos parciales, porque Mariana había trabajado activamente en contra suya, procurando que se le negaran los refuerzos y municiones que necesitaba.

Mientras Don Juan luchaba contra los portugueses y sus favorecedores los ingleses, con fuerzas desiguales y heroísmo inútil, Felipe iba hundiéndose cada vez más en aquel achaque de fanatismo enfermizo que afligió en sus últimos años a tantos individuos de su raza. Su único hijo, Felipe Próspero, después de una vida de cuatro años de enfermedades continuas, falleció en los primeros días de Noviembre de 1661, como el año anterior murió también otro niño que naciera después. Desposeído el padre que había velado junto al lecho de su hijo hasta el último instante, no tuvo ya valor para resistir este golpe horroroso; de suerte que ni aun pudo en esta ocasión, como él mismo confiesa, recurrir a su último consuelo: la correspondencia con la monja Sor María de Agreda. Cuando pudo hacerlo, deja escapar como otras veces su grito de remordimiento. «Aseguro a Vuestra Merced—escribía,—que aún más, mucho más que mi desgracia, me apena el ver claramente que he ofendido a Dios, y que El me envía tantas tribulaciones como castigo de mis culpas. Solamente quiero saber qué tengo de hacer para enmendarme y cumplir del todo su santa voluntad. Hago y haré lo que en mí esté; porque antes quiero perder mi vida que ofenderle más. Ayúdeme como buena amiga, con sus oraciones, para aplacar la justa cólera de Dios e implorar al Señor que ha sido servido de llevarme el hijo, que bendiga ahora el nuevo alumbramiento de la Reina, que se espera de un día a otro, y mantenga su buena salud al hijo que ha de nacer si así conviene a su santo servicio, mas no si así no conviniere. La Reina ha sufrido este golpe con harta

tristeza, pero con resignación cristiana. No me maravilla, porque es un ángel. ¡Ah, Sor María! Si yo me hubiera dejado guiar de sus enseñanzas no me vería quizá en esta cuita» (1).

Pocos días después de ser escrita esta carta, Mariana dió a luz un niño raquítico, mezquino, que parecía amenazado de muerte prematura. Pero su nacimiento causó en España un torbellino de regocijos tan exagerados cual nunca se habían visto. Felipe, sin embargo, estaba ya sumamente abatido (la gente decía hechizado), para poderse reanimar gran cosa ni aun con el nacimiento de un hijo. A compás de su decadencia iba creciendo el poder de Mariana. Con las maniobras del jesuíta alemán Everardo Nithard, se las arregló para arrastrar otra vez a su infeliz esposo al ciclón de la política imperial, que ya había hecho naufragar a España, persuadiéndole a levantar un ejército para ayudar a Austria y Hungría en contra de las incursiones de los turcos. Mazarino había muerto al poco tiempo de la paz de los Pirineos, y los nuevos consejeros de Luis XIV estaban incitando a éste a que atajase la aproximación que se intentaba entre Austria y España, agrediendo repentinamente los Estados españoles de Flandes. Don Juan, que con toda severidad se había opuesto a los planes germanófilos de España, se retiró a Consuegra apesarado y en desgracia con el Rey. Los Gobiernos de Francia e Inglaterra, asumieron ahora para con España un tono dictatorial antes nunca oído en esta nación, y Felipe, maltrecho en su salud y en sus ánimos, no sabía adonde volver la vista para encontrar consuelo y amparo; su Ministro Haro había muerto, y la monja que por tantos años habían sido su refugio, había entrado en el del eterno descanso en la primavera de 1665. Nadie le quedaba como no fuera Mariana, que ya estaba trabajando para dominar sin oposición cuando su marido muriera, y su confesor Nithard que aspiraba a gastar en beneficio de Austria los pocos recursos que en España quedaban.

(1) *Carta de Sor María.*

Otros había que acechaban también lo que ocurriría a la muerte de Felipe. Sir Ricardo Fanshawe fue enviado a Madrid, de parte de Carlos II de Inglaterra, con motivo de negociar el reconocimiento de la independencia de Portugal, pero además con el de usar la mayor habilidad e industria en penetrar y descubrir bajo qué modelo y forma pretende su Majestad Católica dejar el gobierno cuando Dios sea servido de llamarle; lo que, considerando su gran decaimiento y achaques, puede presumirse que no tardará mucho (1). Cuando Felipe recibió por primera vez a Fanshawe en Junio de 1664, estaba tan débil y cansado, que sólo pudo pedirle le dejara por escrito su mensaje, y ya en lo sucesivo toda Europa consideró al Rey como un moribundo que no tiene más que hacer en el mundo.

Al paso que él declinaba iba subiendo la importancia de Mariana. Lady Fanshawe da una relación de su entrevista con la Reina en 27 de Junio de 1664, habida en el Buen Retiro, que manifiesta cómo Mariana era ya considerada casi como la única soberana de España: «Fué recibida en el Buen Retiro por la guardia, y luego, al subir la escalera, me recibió la Marquesa de Hinojosa, Camarera mayor de la Reina, que estaba aguardando. Por entre multitud de personas pasé a presencia de la Reina. Su Majestad estaba al final del salón, sentada bajo un dosel regio, sobre tres almohadones, y a la izquierda la Emperatriz (2), sobre otros tres. Las damas de asistencia estaban en pie. Después de hacer mi última reverencia, Su Majestad y la Emperatriz se levantaron, hicieron una leve inclinación de cabeza y tornaron a sentarse; luego, valiéndome de mi intérprete Sir Benjamín Wrigth, hice los cumplimientos debidos a Su Majestad, a los que ella contestó con graciosa y amable respuesta. Después, presenté a mis hijos, a quienes Su

(1) *Original Letters of Sir R. Fanshawe*. Enero, 1664.

(2) Esta era la Infanta Margarita, hija de Mariana, tan conocida por el retrato que de ella hizo Velázquez; tenía en esta sazón trece años, y estaba prometida a su primo el Emperador Leopoldo. Casóse dos años después y murió en 1673, a los veintidós años de edad.

Majestad recibió con no menos gracia y favor. Entonces Su Majestad dijo que me sentara, lo que hice en un almohadón dispuesto al efecto. Sentáronse todas las otras damas, pero en lugar inferior al de la Camarera mayor, ante quien ninguna mujer tiene precedencia fuera de las Princesas... Habiendo pasado así media hora en conversación, me despedí de Su Majestad y de la Emperatriz, haciendo, al pasar, mis saludos a las damas (1). Algunos meses después, la Reina envió a la dama inglesa muchos mensajes de consideración y estima, con un espléndido adorno de diamantes, evaluado en dos mil libras, que aceptó Lady Fanshawe con exageradas protestas de humildad, y tornó a darle las gracias en otra visita (8 de Abril 1665).

La derrota completa y final de los españoles en la frontera portuguesa, que ocurrió aquel mismo año, hizo perder las esperanzas de recobrar el perdido reino, y llenó de amargura a Felipe. Había escrito en la primavera a la monja moribunda que no deseaba más salud y vida que la que conviniera al servicio de Dios, y que estaba pronto a escuchar a su llamamiento. Este llamamiento tuvo efecto en Setiembre de 1665. Su enfermedad crónica habíase agravado en tales términos por la angustia y la melancolía, que al mediar dicho mes los médicos se declararon impotentes para salvarle. Entonces tuvo lugar una de aquellas mogigangas lúgubres, tan comunes en aquel tiempo en España. Susurróse en Palacio que el Rey estaba hechizado, y el Inquisidor general convocó una conferencia de eclesiásticos que estudiara los medios de exorcizar los malos espíritus que le esclavizaban. Felipe mismo concedió permiso al Inquisidor para que obrara conforme a su parecer; y un día, Fray Martínez, confesor Real, acompañado del Inquisidor general, se acercaron al lecho del enfermo y pidieron al Rey cierta bolsita de reliquias y amuletos que llevaba en el seno. Después de examinarla cuidadosamente, se la devolvieron, y por ciertas indicaciones que en ella encontraron, bus-

(1) *Memoirs of Lady Fanshawe.*

caron más, y encontraron un libro antiguo, negro, de magia y ciertas estampas con el retrato del Rey, traspasadas por alfileres. Todo esto fue solemnemente quemado después de una ceremonia de exorcismos por el Inquisidor general en la Capilla de Atocha; y luego, para asistir a la cura el grupo aquel de eclesiásticos administró al Rey, que padecía de varios achaques mortales, y principalmente de cálculo biliar, una confección de hojas de malvas con drogas y azúcar.

Este tratamiento empeoró el mal, y a las dos o tres días se encontró el Rey *in periculo mortis*, pues sobrevino un ataque de apoplejía. Produjose en toda la Corte confusión repentina, y ya la sala mortuoria había quedado desierta, cuando el Rey recobró sus sentidos de pronto, y alteró varias clásulas de su testamento, y entre ellas, una en que nombraba a Mariana Regente durante la menor edad de su hijo. El testamento fue, por orden de Felipe, cerrado con candado en un saco de cuero, juntamente con otros documentos de Estado importantes, mandando además el monarca moribundo que le fuera entregada la llave a su mujer. Aquella tarde, después de recibir los santos sacramentos, dió un lastimoso adiós a Mariana, y bendijo a sus dos hijos. Despidióse también afectuosamente del Duque de Medina de las Torres y de otros nobles, exhortándoles con irreprimible llanto a trabajar todos en concordia, y a prestar su auxilio a la viuda y al pobre niño a quien había de pasar la agobiadora herencia.

Felipe estuvo agonizando aquella noche, y al día siguiente pasaron por delante de las ventanas del palacio la imagen de Nuestra Señora de Atocha, y la llevaron al convento de Carmelitas Descalzas, no muy lejano; también se llevaron a la Capilla Real los cuerpos de San Diego y de San Isidro (1), para ser expuestos a la veneración pública; y en todas las iglesias y

(1) Refiérese que al ser preguntado Felipe si le llevarían a su aposento los restos de aquellos santos, contestó: «tanto pueden interceder en mi favor desde la capilla, como aquí.»

conventos de Madrid hubo rogativas y procesiones por la salud del Rey. En torno al lecho del moribundo se desencadenaron pronto las malas pasiones, porque la Corte estaba dividida en dos bandos, uno en favor de Mariana y el otro en el de Don Juan. El Duque de Medina de las Torres, Ministro principal, se despidió y marchó de Palacio, y entonces tuvo lugar una porfía inverosímil, casi pelea, en presencia del Rey, entre los frailes rivales, sobre si se le había de administrar el viático o no, hasta que les obligó a salir de la Cámara el Marqués de Aytona.

No había terminado aquella escena, cuando el Conde de Castrillo entró en el aposento, anunciando que Don Juan había llegado, y aguardaba licencia para ver a su padre. Felipe sabía, y por desgracia era verdad, que tan pronto como su espíritu abandonara a su cuerpo, sobrevendría atroz contienda entre su mujer y su hijo; pero el que Don Juan viniera del destierro sin ser llamado y osara desobedecer a su Rey aún en vida, produjo una centella de indignación soberana en aquel hombre moribundo. «Decidle—dijo—que vuelva al lugar de donde ha venido, hasta que sea llamado. No quiero verle, pues no tengo tiempo para otra cosa que para morir.» Al rayar el alba del viernes (17 Setiembre), el pobre Felipe el Grande exhaló su último aliento; y «cosa notable—escribe un contemporáneo,—en la Cámara de Su Majestad, cuando murió, no había más que el Marqués de Aytona y dos criados para llorar la muerte de su Rey y Señor». En los demás sitios de la Corte no hubo alma viviente que vertiera una lágrima por él. Terrible lección es ésta para el género humano; que un monarca que había dispensado tan grandes favores y encumbrado a tantas personas, no obtuviera de ellas un solo gemido por su muerte (1).

(1) Así que Felipe murió, el Marqués de Malpica, que era a quien atañía anunciar, como gentilhombre principal de la compañía del Rey y capitán de su guardia, fué al cuarto de los oficiales y dijo a éstos: «Compañeros,

Aquella noche, el cadáver del Rey fue vestido de un coleto magnífico de terciopelo negro bordado y entretejido de plata, con la gran cruz encarnada de Santiago, bordada en el peto, con que se había de presentar en la ceremonia de exponer el cadáver en la misma sala dorada del viejo Palacio de Madrid, donde las comedias de que el Rey gustaba tanto se habían representado ante su presencia. Mientras tanto, en un salón contiguo se habían reunido los Consejos de Castilla y de Estado, para escuchar la lectura del testamento, que hacía el Secretario Blasco de Loyola. En él se nombraba a Mariana Reina Regente de España, con la asistencia de los grandes dignatarios del Estado, faltando dos de los cuales, podía la Reina nombrar dos sustitutos, eventualidad que en parte ocurrió a las pocas horas de morir Felipe, pues Moscoso, Cardenal Arzobispo de Toledo, falleció entonces. Don Juan, que aparecía en el testamento recomendado a la viuda, tan pronto como supo la elevación de Mariana a la Regencia, no aguardó a oír más, y a toda prisa escapó a caballo a su seguro retiro de Ocaña. Pocos días después, acabadas las ceremonias de la exposición del cadáver y cambios de situación política, el cuerpo de «Felipe el Grande» fué trasladado en larga procesión a El Escorial, a reposar para siempre en aquel túmulo de jaspe, ante el cual se le pudo ver tantas veces en oración, llorando (1).

---

no hay más que hacer aquí. Subid a hacer la guardia al Rey nuestro Señor, Carlos II.» Felipe, en efecto, había muerto en una de las habitaciones de la planta baja del Palacio. El anterior relato ha sido extractado de un diario contemporáneo inédito. Ms., estante en la Biblioteca Nacional, c. XXIV, 4. Lady Fanshawe da también noticias precisas sobre el suceso, que difieren algo del Ms. mencionado.

(1) El autor del diario mencionado trae otro ejemplo de la impía conducta de los nobles después de la muerte del Rey. Cuando se hubo de trasladar el cadáver a El Escorial, cada uno de los chambelanes y oficiales se negaba, alegando que no le correspondía ayudar a la traslación del cadáver. Terminó esta cuestión el Duque de Medina, ordenando a su primo Montealegre que lo hiciera.

Mariana, a sus treinta años, quedaba como soberana de España, en nombre de su hijo Carlos II, de edad de cuatro años, y sin pérdida de tiempo dió a conocer sus propósitos. El fundamento de la mayor parte de las calamidades que afligían a España estaba en las tradiciones que la unían con la casa imperial. Todo lo que, aun entonces, necesitaba la nación era descanso, paz y libertarse de las complicaciones exteriores en que a los españoles no les iba nada. Pero Mariana era austriaca por los cuatro costados; y ya, antes de que la salud de Felipe empezara a flaquear, trabajaba ella por el predominio de sus deudos y por aflojar los lazos de amistad con Francia, anudados por el matrimonio de María Teresa con Luis XIV.

Existía ya un gran partido de nobles que, viendo la necesidad nacional de estar en paz, miraba con recelo aquella política que se preparaba a consumir aún más los recursos del país en combatir batallas por la causa imperial en el centro de Europa; así que, cuando en el Consejo de la Regencia ocurrían las vacantes de una plaza de Consejero y de Inquisidor general, por la muerte del Cardenal Moreno, según dijimos, y Mariana se apresuró a nombrar para cubrirlas a su confesor, el jesuíta austriaco Nithard, se sintió herida la altivez española, y se llegó a una protesta general. Nithard era, sin duda, un sacerdote digno, aunque no de gran capacidad; pero aun cuando hubiera sido un genio, hubiera sobrevenido igual aborrecimiento a su persona, porque era extranjero, y al punto se adivinaba que entre él y la Reina austriaca quedaría sacrificada España, como lo había sido anteriormente en asuntos que no interesaban en el país. Los que de lejos contemplaban la situación lo veían asimismo demasiado bien; tanto, que aunque el mensajero que de parte del Rey de Francia fué a dar el pésame a la Reina por la muerte de Felipe, la asegurara de los buenos deseos de Luis de sostener la amistad con ella, los primeros actos de la Regencia dieron pretexto al monarca francés para quebrantarla, afirmando los derechos de su mujer a la herencia de Flandes, pues no se le había pagado la dote estipulada, y la renuncia de

María Teresa, en consecuencia, había de estimarse como no válida.

En Mayo de 1667, Luis invadió a Flandes con cincuenta mil hombres, a los que no se pudo oponer más que tropas sin entusiasmos, mal pagadas, mandadas por el Virrey. Resultó, naturalmente, que los franceses hicieron incursiones y tomaron muchas de las principales ciudades. A toda prisa hubo que llamar a Don Juan de su destierro al Consejo de Estado en Madrid, y él y Mariana, su enemiga jurada, se dividieron las simpatías de la capital y de la nación. En el Mentidero y en la calle Mayor circulaban profusamente pasquines y pullas contra Nithard y la Reina, a quienes se echaba la culpa de la guerra; y las relaciones entre Don Juan y Mariana iban haciéndose cada vez más tirantes.

Siendo además de toda evidencia que España no era capaz de sujetar a Portugal, se firmó en Febrero de 1668 un tratado humillante, merced, sobre todo, a la influencia de Fanshawe (1) y Sandwich, en que se reconocía la independencia de la nación hermana. Luis XIV prosiguió sus ataques a Flandes con vigor y rechazó todas las conclusiones de paz que no llevaran aparejada la humillación de los españoles. En Febrero de 1668, el ejército francés ocupó el Franco Condado, que pertenecía a España; y entonces, con esfuerzo supremo, se logró allegar una hueste de nueve mil hombres en España para defender el propio territorio. La amistad de Austria fue de poco provecho para España, como siempre, y Castilla hubo de llevar otra vez adelante la guerra atenida a sus fuerzas. En estas circuntancias de peligro nacional, la influencia de Mariana y Nithard en el Consejo de Regencia procuró una orden en la que se disponía que Don Juan tomase el mando del ejército y lo condujera a Flandes contra los franceses, y de muy mala gana el real bastardo salió

(1) Fanshawe murió en España poco después de su revocación, y Lord Sandwich se encargó de continuar el tratado. Véanse «Letters of Earl of Sandwich y Fanshawe's Letters.»

de Madrid el Domingo de Ramos (1668), para dirigirse a la Coruña, donde se esperaba vendrían de Cádiz navíos cargados de oro, y se le juntarían las tropas. Don Juan vió en esta orden la intención de alejarle del centro del Gobierno, y esta sospecha fue reforzada con la noticia de haber sido desterradas o detenidas, con pretextos insignificantes, algunas de las personas más conocidas por sus simpatías hacia él, una de las cuales, Malladas, fue estrangulado en la cárcel por orden de Mariana.

Toda la primavera pasó Don Juan en la Coruña difiriendo con varios pretextos, uno de ellos el mal estado de su salud, el embarcarse; hasta que, finalmente, y gracias a la intervención de Bélgica y Holanda, Luis se determinó a firmar la paz con España, en Aquisgrán, Mayo de 1668, que le dejaba en posesión de los territorios de Flandes, conquistados por él. Aún siguieron Mariana y Nithard en su propósito de que marchara Don Juan y tomara posesión del gobierno en Flandes, y se le envió orden perentoria de embarcar. Negóse él a hacerlo, y un decreto de la Reina, publicado en Agosto, le intimó a retirarse a Consuegra y no acercarse a Madrid a una distancia de sesenta millas. Tenía Don Juan muchos amigos y parciales, especialmente en Aragón, y a ellos se comunicó su mal humor. Los que estaban en Madrid empezaron a clamorear que Mariana y Nithard tenían al Rey niño escondido y apartado de su pueblo y perseguían a los que podían servir mejor a la monarquía.

Carlos II tenía entonces siete años, y seguía tan desmedrado y débil como lo había sido siempre y como en los años sucesivos lo fue, confiado enteramente a manos de mujeres y tratado como un niño en mantillas. Era raquítico y ruin, con una pierna más corta que la otra; su andar vacilante, inseguro. La cara la tenía extraordinariamente luenga y de una palidez de espectro; la mandíbula inferior tan monstruosamente prominente, que le impedía morder o mascar y hablar de modo inteligible. Esta infeliz criatura, siempre al lado de su madre, por condescender con los clamores de los amigos de Don Juan, fue presentada al

público en una serie de visitas a los conventos e iglesias de Madrid, en el verano de 1668 (1). Cuando se disponían precisamente a salir el Rey y Mariana de su Palacio de Madrid a una de estas visitas, en Octubre 1668, llegó un oficial, todo agitado, a la puerta del aposento de la Reina, y pidió audiencia. Le habían dicho que el coche esperaba a Sus Majestades, y que la Reina no debería recibirle entonces, sino cuando volviera. Pidió que se le concediera mientras tanto permanecer en un lugar seguro del Palacio. Esta petición daba a su visita importancia bastante para que Mariana se dispensara de saber los motivos, y, en consecuencia, ordenó que le hicieran entrar. Al hacerlo se postró a los pies de la Reina, y suplicó le consintiera hablar con ella a solas, y por media hora estuvo encerrado con la Reina.

Lo que tenía que contarle era una vasta conspiración, tramada por Don Juan y sus partidarios, contra la Regencia, y, sin pérdida de tiempo, se hicieron diligencias, por virtud de las cuales cayó preso uno de los principales agentes de Don Juan en Madrid, Patiño, con toda su familia. Se despachó aquel día o al siguiente una compañía de tropas a Consuegra para detener a Don Juan, pero ya el pájaro había volado. Allí encontraron un documento dirigido a la Reina, en que denunciaba violentamente a Nithard como tirano y asesino, y contenía muchas protestas de su lealtad hacia el soberano, hermano suyo de padre. Madrid empezó de nuevo a murmurar contra la persecución de un Príncipe español en España mismo por un jesuíta extranjero, y tras de un fuego graneado de manifiestos y folletos recriminatorios, pudo apreciarse que la gran masa de la población estaba de parte de Don Juan y en contra de la Reina alemana y el jesuíta, su valido.

El Príncipe huyó a Barcelona, donde el P. Nithard era particularmente detestado, y el Gobierno de Madrid continuaba

(1) Relación muy detallada de los sucesos que acompañaron el pleito entre Mariana y Don Juan, ofrece un libro raro, titulado *Relación de las diferencias habidas en la Corte de España*. Londres, 1678.

siendo impopular, así que nobles y pueblo acogieron a Don Juan con entusiasmo. Enviáronle mensajes ofreciendo socorro de todas partes de España, y ayudaron su propaganda poderosamente el dinero y las simpatías de Francia, con lo que, al fin de aquel año, los asuntos de Mariana y su confesor tomaron aspecto por demás peligroso. La Reina y su camarilla se sobrecogieron de espanto e intentaron una reconciliación; pero Don Juan, dándose cuenta de que tenía el látigo en la mano, exigió en una carta, escrita en Noviembre a Mariana, la pronta destitución de Nithard, no dándole de plazo más de quince días. Los amigos de Mariana, en el Consejo de Regencia, votaron que se hiciera acusación de Don Juan por el crimen de alta traición, y por algún tiempo se creyó que pondrían en vigor medidas severas. Pero el Consejo de Castilla, suprema autoridad judicial, por instrumento de su miembro más influyente, aconsejó a la Reina que en la contienda entre el hermano del Rey y un jesuíta extranjero, los españoles, por necesidad, habían de ponerse al lado del primero, y la Reina debería usar de mucha cautela si no quería enajenarse la voluntad del país. Mariana, en consecuencia, escribió mansamente a Don Juan, instándole a que se acercara a Madrid para una entrevista de conciliación. Pero el Príncipe desconfiaba de Nithard, del que sabía había tramado su asesinato, y así renunciaba a pasar por tal riesgo, dejando el ir a Madrid para cuando se le ofreciera mejor coyuntura.

A principios de Febrero de 1669, Don Juan, con una buena escolta de doscientos jinetes, salió de Barcelona, pasando por Cataluña y Aragón, camino de Madrid. Mariana había enviado órdenes terminantes de que no se le rindieran honores; pero su viaje, a pesar de ello, fue triunfal, y al entrar en Zaragoza con toda pompa, la plebe le recibió con aclamaciones de: «¡Viva, viva Don Juan de Austria, y muera el P. Nithard!» Aragón agregó un regimiento de infantería a la escolta del Príncipe, y el 24 de Febrero Mariana y su valido supieron con espanto que Don Juan estaba a las puertas

de la capital con un ejército demasiado poderoso para poderlo contener.

Mientras se hacían a toda prisa preparativos de resistencia, ya todo Madrid manifestaba franco júbilo por la llegada de su Príncipe favorito. Las fuerzas de Don Juan aumentaban de hora en hora, y con ellas su altivez para con los poderes gubernativos. El Nuncio trató de aplacar los ánimos de Don Juan; los magnates del séquito de la Reina le escribieron suplicándole no hiciera uso de violencias; y, finalmente, la Reina misma escribió una carta de amable bienvenida. Pero a todas estas blanduras Don Juan se mantuvo firme. El P. Nithard había de marchar al punto y para siempre. El Consejo de Castilla pidió también su expulsión.

En la mañana del 25 de Febrero, estando Mariana en el lecho, se llenaron las galerías y patios del Palacio de grupos de caballeros y oficiales que se declararon abiertamente por Don Juan y por la expulsión del P. Nithard. Los Duques del Infantado y Pastrana pidieron una entrevista con la Reina para comunicarla la resolución general; pero se les rehusó acceso a la cámara real. Entonces encargaron al Secretario de la Reina, Loyola, que la informara de que si no firmaba inmediatamente un decreto de expulsión de Nithard, ellos mismos procederían contra él, pues Madrid estaba alborotado y peligraba el orden público. Mariana, con lágrimas de rabia, juró que no la obligarían a ello, y Nithard se opuso a salir. Antes del medio día se reunió aprisa el Consejo de Regencia, al que Nithard, cediendo únicamente a consejos del Nuncio, dejó de asistir, y allí se redactó, en la forma más suave posible, un decreto de expulsión, que se hizo presentar a la Reina para que lo firmara cuando acabara de comer.

Mariana estaba como atada de pies y manos. La Corte, la plebe y la soldadesca eran contra su favorito, y no tuvo más remedio que firmar el decreto. Pero si lo hizo, nunca perdonó a Don Juan por la humillación que le había hecho pasar, y desde entonces hubo guerra sin cuartel entre ellos. El Carde-

nal, gratificado con ricos presentes de la Reina, apenas pudo librarse de la multitud indignada que rodeaba su coche cuando se escabullía de la Corte; y Don Juan, triunfador, solicitó permiso para ir a saludar a la Reina y darle las gracias por haber firmado el decreto. Mariana, altiva, se opuso fríamente a recibirle, y Don Juan volvió a la carga pidiendo la reforma total de la administración del Gobierno, la enmienda del sistema tributario y otras muchas innovaciones que, en su entender, sólo Nithard había impedido. Mas los nobles españoles no eran amigos de reformas, y los requerimientos eficaces de Don Juan se interpretaron como camino indirecto para otros fines, en sentir de muchos. Sucedióse a esto una larga y acre correspondencia entre la Reina, desde Madrid, y Don Juan, en Guadalajara, durante la cual prometía la Reina la reforma de algunos puntos de Hacienda; pero mientras tanto, los amigos de Mariana habían ido formando un cuerpo de guardia para ella y su hijo, que fue en lo sucesivo famoso, con el nombre de regimiento *Chambergo*, a causa del uniforme que reproducía el de las tropas del Mariscal Schomberg. La formación de esta guardia permanente causó amargo sabor a los ciudadanos de Madrid y excitó nuevas simpatías en torno de Don Juan. Al fin tuvo lugar una media reconciliación, nombrando al Príncipe Virrey de Aragón, en Julio de 1669; y durante algunos años cuidó Don Juan de ir allegando caudales, merced a sus lucrativos cargos, para poder dar el golpe decisivo en la ocasión oportuna.

La debilidad extrema del Rey niño, de quien en 1670 se pensó que era un moribundo, había dividido a los cortesanos, no ya de España, sino de Europa, en dos bandos. Si Carlos II moría sin sucesión, como parecía probable, su hermana mayor, María Teresa, mujer de Luis XIV, sería la sucesora natural, pues el acto de la renuncia que había firmado el día de su matrimonio, por las condiciones en que se había discutido y acordado, tenía escasísima validez, y el mismo Felipe lo había estimado como una «patraña». Era seguro que Luis XIV,

cuyo poder y ambición aumentaban de día en día, no tenía intención de dar su beneplácito a la renuncia, atravesándose en el camino de las reclamaciones de su esposa si su hermano moría sin hijos; y todos los enemigos de Mariana en España, que eran en gran número, estaban prontos a apoyar las pretensiones de María Teresa, hija de Isabel de Borbón, tan amada en este país, caso que hubiese litigio sobre la sucesión.

Por su parte, Mariana, naturalmente, defendía la causa de su propia hija, la Infanta Margarita, casada con el Emperador Leopoldo, y sostenía la validez de la renuncia de María Teresa a la sucesión cuando se casó. Las relaciones con Austria no habían servido más que para perturbar a España, y los progresos brillantes de Francia, aun los obtenidos a costa de España, habían conquistado muchos admiradores en esta nación, que alababan el espíritu moderno difundido en los procedimientos de Luis XIV. Mariana, pues, para la mayor parte de los españoles, representaba, con sus exageradas propensiones austriacas, la amenaza de sujetar el país otra vez a tiempos ominosos, y atropellar los derechos legítimos de la Infanta primogénita para favorecer los de la Emperatriz Margarita, que contaba con menos simpatía popular.

La Reina madre, que se daba cuenta de lo fuerte que era el partido contrario, y que su enemigo principal, Don Juan, aguardaba la ocasión de descargar el golpe sobre ella, empleaba todos los recursos que podía para proveer a su propia defensa contra los enemigos del interior, dejando desprovistas de tropas las fortalezas de la frontera, para realizar un ataque de la parte de Francia; y, por otro lado, provocaba a Luis, enviando un contingente de fuerzas españolas, que en compañía de las tropas del Emperador ayudaran a Holanda en su guerra con Francia; y más tarde, en 1673, firmaba una alianza en regla con el Emperador y Holanda en contra de Luis XIV. Conducta imprudentísima en aquellas circunstancias, pues España estaba en peores condiciones que nunca, por lo que se refiere al agotamiento de recursos, y la esperanza de abatir a

Francia por la fuerza de las armas resultaba ilusoria desde hacía ya muchos años. El Franco Condado, antiguo patrimonio de Borgoña, pasó pronto a perpetuidad del poder de España a Francia; y aún no acabada la lucha en Flandes y en la frontera catalana, tuvo lugar en 1674 una nueva turbulencia contra el gobierno de Mariana. La isla de Sicilia se rebeló, e invitó a los franceses a que se hicieran cargo de su soberanía, invitación que fue inmediatamente aceptada. Treinta y siete años antes, cuando aún no era más que un adolescente, había Don Juan reconquistado Nápoles para España, en circunstancias semejantes; y Mariana, en el mayor apuro, sólo a su enemigo podía recurrir, y le pidió que dejara su gobierno de Zaragoza, y tomara el mando de las fuerzas hispano-holandesas que habían de atacar a los franceses en Sicilia.

Pero Don Juan, entreviendo su deseo de dejarla libre de su presencia, se resolvió a no moverse del centro de los asuntos, y se negó a aceptar el cargo brindado.

Sus razones estaban bien cimentadas, pues los acontecimientos que tuvieron lugar en el Palacio hicieron acrecentar la impopularidad de Mariana, y por el testamento de Felipe IV cesaba la Regencia al llegar su hijo a los quince años, cosa que ocurriría en el próximo de 1675. Se pudo haber creído que con la expulsión del P. Nithard y estar Don Juan ausente de la capital, cesaría la lucha de los partidos que tenían dividida la capital en estos últimos y pocos años que había de durar la Regencia; y quizá hubiera así sucedido si la Reina hubiese sido prudente. Su indiscreto favor al P. Nithard la había hecho harto impopular, además de que las Reinas extranjeras inspiraban recelos en España; pero ella no había escarmentado gran cosa con la ignominiosa expulsión del favorito, y no pasó mucho tiempo cuando ya un confidente, infinitamente menos digno que el P. Nithard, se había apoderado enteramente de la voluntad de la Reina. Fue el tal un caballero de menguado patrimonio, llamado Fernando de Valenzuela. Era uno de esos andaluces ligeros, amenos, natural de Ronda, que

había figurado con mucho lustre en la Corte de Felipe IV; y a Mariana, la facilidad para exponer en alambicados versos las ingeniosidades amatorias o improvisar un paso escénico o rematar punzantemente un epigrama, eran motivos bastantes para allanar a un hombre el camino de la fortuna. Había formado parte de la servidumbre en la casa del Duque del Infantado, y a la muerte de éste se había unido al bando del P. Nithard, que había menester de hombres tales.

Valenzuela era no sólo agudo e ingenioso, sino además un hombre en extremo gallardo con la hermosura de la gente morena, de ojos negros y demás cualidades heredadas de los moriscos españoles, que tanta fama ha dado a los habitantes de Ronda, y pronto se las arregló para conquistar la confianza plena de Nithard y la Reina, a quienes servía de correveidile, papel que siguió desempeñando después de la expulsión del jesuíta. Se había casado con una doncella favorita de la Reina, que tenía algo de alemana por sus ascendientes, y había sido nombrado caballerizo real; circunstancias ambas que le daban pretexto para estar continuamente en Palacio; y en los días de la agitación contra Nithard, y aun después, había hecho señalados servicios a la Reina, llevándole todos los comentarios que podía alcanzar de oídas en la calle Mayor, y en el Mentidero, o sea en el Pórtico, como ya se ha dicho, de la Iglesia de San Felipe. Súpose que los que hablaban sin cautela de la Reina eran luego denunciados y vejados; y los charlatanes sorprendidos por el espionaje de Valenzuela, le aplicaron el remoquete con que en lo sucesivo se le conoció de «el lindo de Palacio». Era osado, ambicioso y sin escrúpulos con lo que no tardó en ocupar la vacante del P. Nithard.

Los nobles y cortesanos, celosos, miraron con indignación el rápido encumbramiento de un simple aventurero de provincias a los más altos cargos del Estado. No sólo se le confirieron el Marquesado y altos mandos y empleos, sino que además, en tiempos en que España se hallaba en una guerra internacional que terminaría con reformar el mapa de Europa a su

costa, este favorito sin aptitud especial ni experiencia que lo explicara, fue nombrado por Mariana su Ministro universal, y Valenzuela llegó a ser el hombre más poderoso de España. Luchó varonilmente, mas sin resultado, porque era cordialmente detestado, por ganarse la popularidad en situación inoportuna, multiplicando en Madrid las fiestas y diversiones de que sus habitantes gustaban tanto, escribiendo él mismo comedias llenas de ingenio y malicia, que habían de ser representadas gratis en los teatros, reedificando construcciones públicas y embelleciendo por todos los medios la capital. Iba, además, rodeado de una nube de parásitos, nulidades como él, que cantaban sus alabanzas a precio de las liberalidades que derramaba sobre ellos.

Su encumbramiento fue demasiado rápido y harto oscuro su origen, para que se le pudiera olvidar en seguida, y no tardó en desencadenarse sobre él un diluvio completo de sátiras, versos, folletos y hojas sueltas, llenas de grueses ataques contra la Reina también, que se publicaban clandestinamente en todos los rincones de España. La opinión general le tenía por amante de la Reina, tanto como por Ministro; pero Madrid seguía siendo un foco de chismes, y aunque pudiera ello ser cierto, no se puede considerar como demostrado. Como ejemplo de lo que los contemporáneos entreveían en aquella relación, puede servir la siguiente descripción de un pliego de cordel que se encontró una mañana en las paredes del Palacio. Tenía un retrato de la Reina, en que se la representaba apuntando con una mano a su corazón y abajo el charrado o leyenda: «Este, fue dado.» A Valenzuela se le representaba señalando a las insignias y emblemas de sus muchos y altos empleos y las palabras: «Estos, vendidos.» Y aun parece que el valido tuvo interés en corroborar la fama pública que le atribuía la preferencia amorosa de la Reina viuda, pues en dos fiestas cortas de las muchas que había dispuesto, llevaba como divisas respectivamente: «Yo solo tengo licencia» y «A mí solo es permitido» (1).

(1) Montero de los Ríos: *Historia de Madrid.*

El favor escandaloso dispensado por la Reina a un aventurero semejante, sumó nuevos partidarios al bando de Don Juan; y algunos de ellos, que tenían facultad para hablar con el joven Rey que se iba acercando a su mayor edad, tuvieron cuidado de significarle la mísera condición del país con los más negros colores y culpar de la situación al mal Ministro de la Reina. El Rey, aunque ya lindaba en sus quince años, era todavía un chiquillo atrasadísimo y, por añadidura, casi imbécil. Apenas sabía leer y escribir, porque la debilidad de su espíritu y su degeneración física habían motivado el abandono completo de su educación, y fue por ello, ya grande, ignorante en grado sumo de las cosas más sencillas. Pero, como su padre, era de condición mansa, benigno y de buena intención, y se le movió pronto a compasión con el relato de las historias tristes que se le contaron de las tribulaciones de su pueblo, especialmente cuando las supo de labios de su confesor, el P. Montenegro, y su preceptor, Ramos del Manzano.

Estos y los nobles que les dirigían, comprendieron que había llegado el momento de entrar en acción, cuando, en otoño de 1675, Mariana y Valenzuela ordenaron a Don Juan que zarpara en la armada de Ruyter para Sicilia, para expulsar de allí a los franceses; y, lo que a ellos interesaba más, para que los dejara sin rivales al lado cuando el Rey cumpliera sus quince años. Carlos se dejó persuadir por su confesor, sin que su madre lo supiera, para firmar una carta llamando a su entrehermano a Madrid; y con ella en la mano, Don Juan podía negarse a salir para Sicilia, como así fue. La mañana del 6 de Noviembre de 1675, día en que Carlos cumplía quince años y terminaba la Regencia, el pueblo de Madrid, dominado de extraordinaria inquietud, sentía impaciencia por ver las ceremonias y actos con que se celebraría el nuevo reinado, aunque el país en su extremado abatimiento y miseria, no se sentía con ganas de holgarse ya.

Con general sorpresa se vió aparecer una carroza real que rápidamente se aproximaba al Palacio del Buen Retiro, y la

escolta que la rodeaba proclamaba que el que ocupaba el coche no era otro que Don Juan. Todo estaba preparado para el golpe de Estado. El Príncipe fué corriendo, sin que Mariana lo supiera, al aposento del joven Rey, y arrodillándose le besó la mano; en seguida se presentó al Rey un decreto, previamente redactado, en que se nombraba al Príncipe Ministro universal de la Corona. Mariana había pasado la noche en el otro Palacio; pero la llegada de su enemigo al Buen Retiro le había sorprendido antes de que él tuviera tiempo de apearse. Sin perder momento, voló hacia el Retiro y llegó a la habitación de su hijo precisamente cuando se ponía a firmar el decreto que había de perderla. Era mujer imperiosa y había sido Reina Regente de España diez años; el dominio que había ejercido sobre su débil hijo mientras estuvo con ella había sido supremo. Dió colérica orden de que despejaran la cámara, y fue obedecida sin réplica. Sola luego con su hijo, le llevó a una habitación particular, y allí, con lágrimas y reconvenciones furiosas, redujo al infeliz muchacho enteramente a su voluntad.

El Presidente del Consejo de Castilla dijo entonces a Mariana que como Don Juan había venido con el beneplácito y garantía de la Monarquía, sólo por orden del mismo podría obligársele a salir. Carlos tuvo que firmar un decreto ordenando al Príncipe que volviera al Gobierno de Aragón y no se moviera de allí hasta nuevas órdenes. Esta era la ocasión en que el valor del partido de Don Juan podía haber ganado la batalla, pues nobles, cortesanos y pueblo, en su mayor parte, le seguían e iban en contra de Valenzuela y la Reina, cuyos medios no les permitían entonces sobornar a nadie. Pero Don Juan resultó ser tan vano y fatuo como ambicioso, y dejó perder la ocasión. El carácter sacrosanto del Rey de Castilla seguía siendo tradición poderosa, y Don Juan, que conocía bien a sus compatriotas, no aspiraba a gobernar en lugar del Rey, sino en su representación. Así es que aquella noche, juntos en cónclave Don Juan y sus partidarios principales, decidieron apocadamente obedecer el nuevo mandato del Rey sin repli-

car, en vez de intentar otro golpe para desbaratar la influencia de Mariana sobre su hijo; y el Príncipe se volvió a Aragón lleno de confusión y chasqueado (1).

El triunfo de Mariana era completo, y no se tomó el trabajo de disimular su alegría asistiendo aquella noche al teatro del Buen Retiro, para celebrar la mayor edad del Rey. En pocos días todos aquellos que habían intervenido en la vana conspiración no tuvieron otro resultado que el destierro, y para cubrir las apariencias se le dió a Valenzuela el cargo pingüe de Almirante de las costas andaluzas, juntamente con un rico marquesado, y con ello pretexto para estar alejado de la capital durante las primeras semanas de la mayor edad del Rey. Pronto estuvo de regreso y empezó a cosechar honores del débil Rey, a instancias de Mariana y con indignación de los demás nobles. El gran cargo de Jefe de las Caballerizas, que de ordinario se adjudicaba a los principales magnates de España, le fue conferido a Valenzuela; y a las protestas de los Grandes se contestó con elevarlo a Grande de primera clase, para que pudiera conformarse a su nueva dignidad. Todo esto, juntamente con haber desposeído a Don Juan de su Virreinato, dice ciertamente mucho en pro de la decisión y osadía de Mariana; pero no dice menos en contra de su sensatez, pues todos los españoles, altos o bajos, se aunaron en contra suya, y Valenzuela era debilísima defensa enfrente a oposición tan poderosa.

Ya en esta sazón iba ganando fuerzas la conjura contra Mariana. Don Juan, entre sus adictos y fieles aragoneses, podía tramarla impunemente, colaborando al mismo fin, mientras tanto, los nobles de Madrid, sin cesar un punto. El intento era el destierro de Mariana y el proceso y castigo de Valenzuela. En Febrero de 1676, todos los Grandes principales firmaron el acuerdo de mantenerse unidos hasta conseguir es-

(1) *Diario de los sucesos de la Corte.* Ms. en la R. Academia de la Historia. Madrid.

tos propósitos; y como, merced a su posición, tenían acceso libre a la persona del Rey, que era ya nominalmente su señor, pronto pudo verse el resultado de sus esfuerzos.

Las conclusiones que habían de darle a conocer eran muy claras: las tropas españolas seguían derramando su sangre en los campos de batalla de Europa, sin beneficio para España; la miseria en la capital misma era aterradora; hasta en la mansión real faltaban a veces los alimentos o los medios de adquirirlos. Por todas partes se cernía la ruina sobre la gente. La industria había sucumbido bajo el peso de los impuestos, las provincias estaban despobladas, desiertas; ni la vida ni la propiedad estaban seguras de ataques de bandidos, que desafiaban a la ley en las ciudades y en los campos (1). España estaba casi tocando al término de su decadencia. Y aunque todas estas calamidades tuvieran por fundamento causas permanentemente ya estudiadas en anteriores páginas de este libro, se trataba de hacer creer al joven monarca que dependían del mal gobierno de su madre y de Valenzuela, y que Don Juan podía remediarlas y hacer nuevamente a España fuerte y feliz.

Los nobles de la conspiración cuidaron esta vez de no omitir precauciones conducentes al triunfo, y obtuvieron (27 Diciembre 1676) del Rey una orden, a que Mariana no pudo oponerse, en que se disponía el regreso de Don Juan a la Corte; y, al propio tiempo, con diversos pretextos, impedían que la Reina pudiera influir en su hijo. Valenzuela supo en seguida, como es natural, lo que pasaba, y, al darse cuenta de que la coalición era poderosa, lo bastante para aplastarle, huyó súbitamente a esconderse con algún tiempo. La noche del 14 de Enero do 1677, cuando el Rey se había retirado a su dormitorio y la Reina no podía pensar que hasta el día siguiente hubiera que temer nada, Carlos, acompañado de un intendente, y de acuerdo con los conspiradores, salió por las escaleras y

(1) De la situación de España en este período se da larga noticia, resumida de muchos testimonios contemporáneos, en *Spain Its Greatness and Decay*, por Martín Hume (Cambridge University Press).

callejones de servicio del antiguo Palacio al del Buen Retiro, donde los nobles y cortesanos esperaban reunidos. Mucho antes de la madrugada, se hizo llevar a manos de la Reina, que se encontraba en su aposento, un decreto en que se le ordenaba que no se moviera de sus habitaciones sin permiso escrito del Rey. La rabia y la indignación de Mariana no tuvieron límites, y todo el resto de la noche no hizo sino enviar cartas a toda prisa y sin descansar, recriminando su mala conducta y apelando a los sentimientos filiales de aquel prematuro viejo de diez y seis años que intentaba desempeñar el papel de Rey en la casa de placer del Buen Retiro. Ninguna de aquellas cartas logró ablandarle, si, en efecto, llegaron hasta él, lo que puede dudarse, y durante todo el día siguiente las antesalas del Palacio del Buen Retiro estaban rebosantes de cortesanos que aplaudían aquel golpe de su soberano, mientras en el viejo Palacio, en donde tanto tiempo había imperado, se encontraba la Reina madre abandonada ahora de sus aduladores, como prisionera.

Al día siguiente vino la noticia de que Don Juan, con gran escolta de gente de armas y séquito de nobles, llegaba a Hita, poco distante de la capital; y allí se encontró con el Cardenal Arzobispo de Toledo y una multitud de magnates que le traían un mensaje de parte del Rey pidiéndole que licenciara la escolta y fuera a la Corte a asumir la dirección de los asuntos públicos. Pero Don Juan tenía que proponer primero algunas condiciones: se negaba a entrar en la capital hasta tanto que Mariana saliera de ella, Valenzuela fuera encarcelado y el odioso regimiento de Chambergos suprimido. En todo se le satisfacía; pues aquella misma noche, Mariana, con rabia en el corazón, salió para su destierro a Toledo; los Chambergos fueron conducidos a toda prisa para ser embarcados con rumbo a Sicilia... Quedaba el asunto de Valenzuela. Con muchísima dificultad pudo sacársele al Rey que él había preparado la fuga del favorito de su madre, y sabía que estaba refugiado entre los frailes de El Escorial.

Desde sus ventanas, que miran a las desoladas sierras del Guadarrama, el fugitivo valido se consideraba, en el repentino oscurecer del 17 de Enero de 1677, con la ansiada seguridad, cuando, con grande abatimiento suyo, un respetable cuerpo de caballería entraba a galope por el atrio, y se adueñaba del palacio. Columbró entre ellos al Duque de Medina Sidonia, su enemigo, y otros varios nobles. Huyendo en busca de refugio por el sagrado recinto, imploró al Prior que le salvara. Cerráronse las puertas del monasterio, y el Prior salió a recibir a los nobles, preguntándoles qué querían. «No más, replicaron, sino que nos entreguéis al traidor Valenzuela.» «¿Tenéis orden de Su Majestad?, preguntó el Prior.» «Tenémosla de palabra, replicó D. Antonio de Toledo, hijo del Duque de Alba, que dirigía la partida.» «Entonces, replicó el fraile, alentado con las aprobaciones de sus hermanos que de dentro le llegaban, no os lo entregaremos sino de por fuerza, pues le amparamos por salvoconducto escrito del Rey.» No pudieron persuadir a los monjes ni insultos ni amenazas; al fin se iba llegando a un arreglo de entrevistarse el mismo Valenzuela en la Iglesia con el Duque de Medina Sidonia y Toledo; pero por la violencia de este último fracasó; y al ver el Prior que la soldadesca se disponía a forzar el santuario, hizo esconder a Valenzuela en un cuarto secreto, ideado para casos tales, en que podía estar bien libre de ser descubierto. Despechados nobles y soldadesca por el chasco, asaltaron el inmenso edificio, recorriéndolo habitación por habitación, trastornando altares, insultando y violando la clausura de los frailes, y cometiendo sacrilegios que durante siglos no hubieran podido concebirse en España, y de los que fueron severamente castigados después por la autoridad eclesiástica (1).

Finalmente, en la noche del 21 de Enero, Valenzuela sin-

(1) Los nobles y jefes fueron excomulgados, y la intercesión del Rey pudo ablandar al Papa hasta que se logró entera reparación con gastos tremendos, y se cumplieron las más infamantes penitencias.

tió espanto de voces que oyó cerca de él, y aturdido se dejó descolgar de la ventana de su refugio, valiéndose de las sábanas retorcidas de su lecho: y aunque un centinela lo dejó marchar y los monjes intentaron ocultarle con esfuerzos desesperados, fue aprehendido el 22 de Enero y conducido ignominiosamente a la fortaleza de Consuegra, que había sido cárcel de Don Juan; después de muchos ultrajes le despojaron de todos sus honores y posesiones, y le enviaron prisionero a Manila; más tarde a Méjico, donde murió. Su infeliz mujer era en tanto tratada con atroz brutalidad en Toledo, y se vió obligada a mendigar de puerta en puerta, hasta que sus padecimientos la redujeron a la demencia (1). Tan pronto como Valenzuela quedó asegurado en Consuegra, entró Don Juan de Austria en Madrid, con todos los honores, el 23 de Enero, aclamado por la plebe como el salvador de España, y recibido por el Rey como un Ministro enviado del cielo para hacer su reinado brillante y feliz. La venganza de Don Juan no conoció límites, ni su alma la generosidad. Cualesquiera que fueran los yerros de Mariana como Reina de España, o sus faltas como diplomática, la ignominia a que se vió reducida por orden de su hijo, a instancias de Don Juan, manifiesta la carencia de generosidad de éste, no menos que la miserable debilidad del Rey. Llegáronle otras alternativas a Mariana; pero su vida como Reina de España quedó finalizada con su destierro a Toledo. Aún vivió casi veinte años después de estos sucesos, si bien las vicisitudes de estos últimos tiempos ya deberán estudiarse más adecuadamente, en relación con la historia de las que le sucedieron, las consortes de su desdichado hijo.

MARTÍN HUME

(1) Un Ms. de la Biblioteca de El Escorial escrito por un fraile de aquel convento, suministra estas y otras noticias. Algunas de ellas vense citadas en la *Historia de España*, vol. XII, de D. Modesto Lafuente.

GUIA DEL BUEN DECIR

ESTUDIO DE LAS TRASGRESIONES GRAMATICALES MÁS COMUNES

CAPÍTULO XII

Acento de los nombres propios.

350. Tratándose de nombres propios, no presta ayuda alguna el *Dic.* de la Acad.; hay que recurrir a las enciclopedias o a los Diccionarios históricos y geográficos; y me toca advertir que la mayoría de éstos poco se cuidan de la prosodia. Tropiézase, a cada paso, con nombres de distinta acentuación que dejan a uno perpejo, sin saber cuál debe adoptar.

Como una de las pocas obras que pueden consultarse con entera confianza, he de citar la novísima *Enciclopedia Larousse*, edición de 1913, traducida por Miguel de Toro, quien es a la vez autor de una de las mejores producciones que tratan este asunto: me refiero a la *Ortología castellana de nombres propios.*

Nuestros más eruditos filólogos, Bello y Cuervo, y con ellos Caro, Conto, Isaza, Robles Dégano, Toro y Gómez, Toro Gisbert y otros de nuestros gramáticos eminentes, se muestran más partidarios de la acentuación etimológica en ciertos nombres propios que de la popular.

Será, para muchos, motivo de extrañeza el saber que estos autores piden que se pronuncie *Aristides*, *Arquimedes*, *Mitridates*, *Sardanapalo;* así, con acento grave, de acuerdo con la etimología.

La mayor dificultad para que se abra camino esta acentuación erudita está, a mi ver, en el hecho de que la mayoría de los libros de historia, geografía o literatura, que caen en manos de nuestra juventud estudiosa, sean como obras de texto o de consulta, y aun los mismos léxicos raramente la contienen.

Antes que consentirla, no pocos autores han dado en burlarse de ella..., y hasta en verso, que tal intención, poco plausible por cierto, puede advertirse en estas estrofas del poeta cubano Juan J. de Armas:

«Dirás *aneroídes, romboídes,*
Arteríola, égida, preságo,
Mitridátes, Eufrátes, Aristídes,
Sardanapálo, ambrósia, órgia, farrágo...
¡Cuán bella es la prosódica monserga
Que arroba el alma con tan dulce halago!

(Contra los malos críticos.)

Indudable es que la imposición del acento etimológico tiene sus ventajas, mayormente cuando viene a conceder uniformidad y facilidades en el empleo del acento; lo pide la misma evolución de la lengua; pero si en los nombres comunes sufre no pocas desviaciones, consentidas muchas de ellas caprichosamente por la Acad. como he tenido ocasión de mostrarlo en el capítulo anterior, no es raro que los nombres propios los soporten mayores, ya que éstos ruedan comúnmente sin sujetarse a norma alguna.

Cuando el uso, por ser vario, no puede indicar cuál es la acentuación que merece preferencia, bien puede concederse primacía a la que trae la palabra desde su origen, o será, al menos, caso en que convenga admitir la doble prosodia.

Entraré a examinar, siquiera sea someramente, el uso que ha correspondido a las voces que acabo de mentar.

Si bien, como lo prueba Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 23), léese *Aristides* en Argensola y en Lope de Vega; tiénese, en cambio, ocasión de hallar este nombre como esdrújulo en poe-

sías del mismo Lope, de Lista, de Bretón de los Herreros; en la *Filosofía de la Elocuencia*, por Capmani; en el *Dic. Etim.* de R. Barcia, en el *Dic. Universal* de Serrano, en el *Dic. de Historia, Biografía*, etc., de L. Gregoire (traducido al castellano por una sociedad de escritores); en el *Dic. Castellano* de Rodríguez Navas (Madrid, 1906); en el *Compendio de la Hist. Universal* de C. Cantú vertido al castellano por Juan B. Enseñat (pág. 64), en la traducción de esta misma *Historia*, por J. García Bravo; en la *Historia de Grecia*, por el abate Drioux y en la de Juan de la G. Artero, uno de los textos más usados en la enseñanza secundaria y normal; y, como en éstas, en todas o casi todas las historias universales, o en las que tratan particularmente de Grecia antigua. Cúmpleme agregar que como *Arístides* he conocido y he oído nombrar a muchas personas por estas tierras, y a ninguna como *Aristides*. Valera, en su *Historia de España*, que es continuación de la de Lafuente, cita el nombre de *Arístides Artiñano*, historiador distinguido; y podría dar otros ejemplos que prueban que el acento esdrújulo predomina también en la madre patria.

Argensola (B. L. de), Esquilache, Tirso de Molina, Lope de Vega y otras respetables autoridades escribieron *Arquimedes*, tal como lo piden los insignes prosodistas nombrados, viniéndose a uniformar el acento de este nombre con que el corresponde á *Diomedes*, *Ganimedes*, *Nicomedes*, *Palamedes* y otros nombres griegos terminados en *medes;* y así, con igual prosodia, aparece en el *Dic. Etim* de Barcia y en el *Dic.* de *Gregoire*. Con todo, no deja de haber motivos sobrados para seguir usando también la acentuación esdrújula desde que la emplea Maury en sus poesías, la trae el *Dic.* de la Acad. al definir la voz «rosca», y consta en el *Dic.* de Rodríguez Navas; en las *Historias de Grecia,* por Artero y por Drioux; en las traducciones ya citadas de la *Hist. Universal*, de C. Cantú; en la *Historia de la Literatura*, por Pompeyo Gener (pág. 190, y en otras obras, así antiguas como modernas, que sería largo enumerar.

En poesías de Jáuregui, Lope de Vega, F. de Herrera y

N. F. de Moratín puede leerse el *Mitridates* que piden Bello, Cuervo, Conto, Isaza, Caro, Toro y Gómez, Toro Gisbert y algún otro prosodista o gramático; pero no se anda tan desamparado el esdrújulo *Mitrídates*, que puede verse en obras de Rivadeneyra, Hermosilla y Monlau; así está estampado en los *Diccionarios* de Barcia, Domínguez, Gregoire y Rodríguez, Navas; así consta en las *Vidas Paralelas*, de Plutarco (trad. de Ranz Romanilos); en la *Historia Antigua* de Guillemón (traducción de Urrabieta); en las *Historias de Roma*, por Drioux y por Artero; en la *Historia Universal*, de C. Cantú (trad. de García Bravo, tomo X, pág. 81); en el *Compendio* de esta misma *Hist.*, por J. B. Enseñat (págs. 199, 180 y 181), y en otras obras.

Sardanapalo, que tan mal nos suena porque estamos habituados a nombrar como esdrújulo este rey asirio, modelo de glotonería y molicie, está abonado por clásicas autoridades, según lo muestran estos versos:

«Mientras yo tuviese aqueste
Con quien el alma regalo,
Lecho será el que me acueste
El tuyo, *Sardanapalo*»
(Cervantes. *Teatro. Los baños de Argel*, Jor 1.ª);

«Es su vil capitán *Sardanapalo*»
(Rufo. *La Austríada*, Canto III);

«Para uno solo bueno, muchos malos,
Un Curio y más de mil *Sardanapalos*»
(P. de Oña. *Arauco Domado*, C. V.);

y otros de Góngora, Valbuena, Villaviciosa, Castillejo y Moreto. Aparece *Sardanápalo* en los *Diccionarios* de Barcia, Gregoire, Rodríguez Navas, en la mayoría de los tratados de historia antigua, y esta misma acentuación usó J. Alcalá Galiano en su trad. del poema dramático de lord Byron, obra que se ha publicado con una carta-prólogo de M. M. Pelayo.

Bien estará, como se ve, el conceder a los nombres apunta-

dos doble prosodia, tal como lo reclama, para éstas como para otras voces, Rivodó (*Voces Nuevas*, pág. 227); así quedará siempre al arbitrio de cada cual el escoger la que mejor le parezca, la más erudita, la etimológica, o la esdrújula, que es, indiscutiblemente, la más popular.

351. He aquí una serie de nombres pertenecientes a la Historia antigua o a la Mitología, que andan por ahí con su acento revuelto y que han de contarse como voces esdrújulas si se quiere estar al tanto con lo escrito por las principales autoridades en materia de bien decir: *Agrícola*, *Alcínoo*, *Alcione*, *Anaxímenes*, *Androcles*, *Andrómaca*, *Andrómeda*, *Antígone*, *Antígono*, *Antínoo*, *Antioco*, *Antíope*, *Antípater*, *Antístenes*, *Aquémenes*, *Aqueménidas*, *Arbaces*, *Aristófanes*, *Aristómenes*, *Aristóxeno*, *Arquíloco*, *Asclepíades*, *Astíages*, *Átropos*, *Báratro*, *Bóreas*, *Calícrates*, *Calímaco*, *Caliope*, *Calístenes*, *Calístrato*, *Carnéades*, *Cécrope*, *Céfalo*, *Cleóbulo*, *Cleómenes*, *Clímaco*, *Clímenes*, *Clístenes*, *Crátero*, *Dálila*, *Dámocles*, *Dánae*, *Dánao*, *Dárdano*, *Dátames*, *Deífobo*, *Demóstenes*, *Dídimo*, *Dífilo*, *Dinócrates*, *Dioscórides*, *Dióscoro*, *Eácido*, *Éaco*, *Empédocles*, *Encélado*, *Epífanes*, *Epiménides*, *Erasístrato*, *Eratóstenes*, *Eróstrato*, *Estesícoro*, *Etéocles*, *Eubólides*, *Éricaris*, *Eufrósina*, *Euménides*, *Euríale*, *Eurídice*, *Eurípides*, *Euristenes*, *Fálaris*, *Fárnaces*, *Harpócatres*, *Hermócrates*, *Heródoto*, *Hesíodo*, *Hesíone*, *Hespérides*, *Hipócrates*, *Hipómenes*, *Ifícrates*, *Isócrates*, *Jenócrates*, *Jenófanes*, *Lépido*, *Lisímaco*, *Melpómene*, *Ménades*, *Mérope*, *Mnemósine*, *Némesis*, *Níobe*, *Orígenes*, *Pácoro*, *Parménides*, *Pasífae*, *Pélope Pelópidas*, *Penélope*, *Perséfone*, *Píades*, *Píndaro*, *Píramo*, *Pirítoo*, *Pisístrato*, *Polícrates*, *Príamo*, *Protógenes*, *Sémele*, *Semíramis*, *Sísifo*, *Sócrates*, *Sófocles*, *Sosígenes*, *Tántalo*, *Telémaco*, *Temístocles*, *Terámenes*, *Terpsícore*, *Timágenes*, *Tíndaro*, *Tisífone*, *Títiro*, *Triptólemo* y *Tucídides*. Si bien, en la compulsa realizada para fijar su acento a las voces precedentes, he dado preferencia al mayor uso y al más erudito a la vez, concediendo primacía al que traen Barcia, Bello, Cuervo, Benot, Isaza, Robles Dégano, Toro y Gómez,

Toro Gisbert, los clásicos y demás biógrafos y prosodistas, aparecen algunas que pudieran tener bien disculpada su doble prosodia, dándose en admitirles también con acentuación grave.

Así *Dálila*, que tiene amparado su acento esdrújulo por Cuervo (*Apunt.* pág. 79), por Robles Dégano (*Ortología Clásica*, pág. 202), con citas de Dueñas y Carrillo, y por Amunátegui Reyes (*Acent. Viciosas*, pág. 131), con citas del P. Scío, de Cervantes y de Capmay, circula mucho, especialmente en el habla popular, con acento grave; y así puede verse en el *Dic.* de Barcia, en el de Gregoire y en algunos otros.

Espártaco, que tiene a su favor la muy erudita autoridad de Cuervo (*Apunt.*), a quien apoyan Rivodó (*Voces Nuevas*), Conto e Isaza (*Dic. Ortográfico*), Toro y Gómez (*Diccionario Enciclop.*) y Toro Gisbert (*Ortología Cast. de nombres propios, Tesoro y Dic. Larousse*), aparece como grave en el *Dic.* de Barcia y en el de Gregoire, en la *Historia de Roma* por Arteo, en traducciones de la *Hist. Univ.* de Cantú y de la *de Roma* por Drioux, y en otras obras.

Heródoto, que, como digno padre de la Historia, debió merecer mejor atención, está así, con acento esdrújulo, en el *Diccionario* de Barcia, en obras del P. Isla, de Gómez Hermosilla, de Bello, de Rivodó, de Toro Gisbert, de Menéndez Pelayo, en la Historia de Artero, etc., lo que no impide que se muestre como grave en obras de Calderón, de Capmany, de Monlau, de Burgos, de Lafuente, de Ranz Romanillos (trad. de *Vidas Paralelas* de Plutarco), de Ferrer del Río (*Hist. Universal* de Cantú, *Introducción*), de J. B. Enseñat (*Comp. de la Hist. Univ.* de Cantú), en los tratados de *Literatura* por Gil y Zárate y por M. de la Revilla, en la *Hist. de la Literatura* por P. Gener, en los *Dic.* de Toro y Gómez y de Gregoire, etc. Con razón pide Robles Dégano (*Ortol. Clásica*) que se admitan las dos acentuaciones.

Hesíodo, a quien podríamos llamar el *padre de la poesía di-*

dáctica, no se anda más afortunado en su prosodia que el llamado padre de la Historia; Bello y Cuervo le dan como esdrújulo, y así puede leerse en la *Filosofía de la Eloc.* por Capmany; así lo quiere Robles Dégano (*Ortol. Clásica*, pág. 204) y así consta en el *Dic. Ortog.* de Conto e Isaza, en el *Dic.* de Toro y Gómez y en Toro Gisbert; pero pasa sin tilde alguno, como voz grave, en el *Arte de Hablar* por Gómez Hermosilla, en *Vidas paralelas* (trad. de Ranz Romanillos), en la *Literatura* de M. de la Revilla, en la *Hist. de la Lit.* por P. Gener, en la *Historia de Grecia* por Artero, en el *Dic.* de Gregoire y en otras muchas obras.

Bello, en su tratado de *Ortología* (2.ª parte, § IV, regla V), acentúa *Pasífae*, y condicen con tal prosodia Conto e Isaza (*Dic. Ortog.*, Amunátegui Reyes (*Acent. Vic.*) y Toro Gisbert, *Ortol.*, *Tesoro* y *Dic.*). En cambio, Sicilia, en sus *Lec. Elem. de Ortol.*, 2.ª parte, 9.ª lección), sostiene que es voz grave; y como tal la traen, desde que suprimen el tilde, Burgos, Ranz Romanillos y E. de Ochoa, según puede verse en citas que trascribe el mismo Amunátegui, y esta es la acentuación que se tiene en los *Dic.* de Barcia, Gregoire y Toro y Gómez.

352. Aun cuando Bello, consecuente con la acentuación etimológica, dijo *Ésquilo*, es innegable que ha prevalecido el acento grave (*Esquilo*). Otro tanto ocurre con Leonidas, que priva con acentuación grave desde que así lo anotan Barcia, Cuervo, Rivodó, Conto e Isaza y Toro Gisbert; desde que así lo quiere Robles Dégano (*Ortol. Clás.*), fundándose en ejemplos dejados por Meléndez, Cienfuegos y Lista, y desde que así se estila, al menos por estos mundos; con todo, hay que reconocer qua no deja de andar por algunas Historias y Diccionarios, entre éstos, el *Enciclopédico* de Toro y Gómez, el acento esdrújulo que está de acuerdo con la prosodia que tenía este nombre en griego y en latín, ni falta aun hoy día, quien dé en la flor de llamarse *Leónidas*, sin duda para parecerse más al héroe de las Termópilas.

Como graves han de nombrarse también Amílcar, Anfitri-

te, Aristipo, Aristodemo, Asdrúbal, Catulo (1), Coriolano, Crisipo, Diomedes, Epitecto, Epicuro, Esquilo, Euclides, Heracles, Heraclito, Herodías, Iturbide, Lisipo, Masinisa, Mecenas, Oscar, Pactolo, Patroclo, Pausanias, Perdicas, Pericles, Polifemo, Polinices, Porsena, Praxiteles, Priapo, Proserpina, Proteo, Selene, Sibila, Tibulo, etc. *Priapo* consta como esdrújulo, seguramente por la influencia de *Príamo*, en poesías de Castellano, Jáuregui y otros autores, y en los *Dic.* de Barcia, Domínguez, Gregoire y Toro y Gómez; no obstante, corresponde el acento grave que reclaman Cuervo (*Apunt.*), Conto e Isaza (*Dic. Ortog.*), Robles Dégano (*Ortol. Clás.*) y Toro Gisbert, autoridades que bastan para imponerlo. Y aunque Quevedo haya escrito *Cátulo*, Jovellanos *Tíbulo* (ortografía ésta que figura en el *Dic.* de Dominguez), y puedan citarse otros autores insignes que discrepan con la prosodia de los nombres que dejo anotados, debo advertir que he tomado las acentuaciones más autorizadas.

353. *Eolo* se ha pronunciado y está escrito como grave y como esdrújulo. Toro Gisbert afirma que *Éolo* es mejor que *Eolo*; esta última prosodia es la que más he oído; tenemos en el Plata un antiguo vapor, que todos llamamos el *Eolo*, y viene en nuestro apoyo Villaviciosa con estos versos de la *Mosquea* (Canto XI):

«Turbóse entonces la región de *Eolo*
Con tan súbita y grande vocería.
Entre nubes de polvo el claro Apolo
Metió su cara...»

(1) Advierte Bello en su *Ortol.* (2.ª parte), que «debe decirse *Catúlo*, grave, cuando se habla del poeta; y *Cátulo*, esdrújulo, cuando se designa algún individuo de la gente *Lutacia*, como el célebre vencedor de los cimbros.» Y quiere el ilustre maestro que *Lúculo* sea cónsono de *Catulo*, grave; pero bien está el acento esdrújulo aunque disienta con la prosodia latina; y si faltara la sanción del uso en pro de *Lúculo*—que, afortunadamente, no falta,—vendría a imponerse como eufemismo.

354. No pocos son los textos de Historia que olvidan el tilde que en la *i* ha de cargar *Darío*, y muchas son las *Eloísas* (antes *Heloísa*) que omiten indebidamente el que requiere su *i* para estar conforme con la pronunciación que reclaman los más eminentes prosodistas. Para estar según lo pide el habla más correcta, desatan también el diptongo que pudieran formar las dos vocales últimas, con el tilde que debe llevar la vocal débil, los nombres siguientes: *Abigaíl*, *Adonaí*, *Efraím*, *Esaú*, *Raúl*, *Saúl*, etc.

355. Cain dicen muchos, pero ha de tenerse buen cuidado en separar las vocales adyacentes dando su acento a la *i*, como puede verse en estos versos:

«Se estremeció *Caín* y, despertando
A su familia del dormir rehacio»,
(R. Palma. *La Conciencia*);

«¡Alarma! dicen; la oprobiosa llama
Que consumió a *Caín*, la torpe envidia
Contra nosotros su picar inflama»
G. G. de Armas. *Contra los malos críticos*).

356. Muchos de los textos de literatura que andan en manos de nuestra juventud estudiosa (Gil y Gárate, Soldevilla, M. de la Revilla, etc.), y con ellos Barcia (*Dic. Etim.*) (1) y otros autores distinguidos, anotan como grave la *Ilíada*, que en cambio veráse escrita como esdrújula por Iriarte, M. de la Rosa, Burgos, V. de los Ríos, Gómez Hermosilla, Bello, Cuervo y otros escritores y filólogos. Pompeyo Gener, en la *Hist. de la Liter.*, dice *Ilíada*, y en la misma obra se lee Lusiadas; lo mismo ocurre en la *Literatura*, de Coll y Vehí, donde se tiene *Ilíada*, y a la vez Lusiadas, Austriada, Cristiada, Enriada, Mensiada (pág. 278 y 280); no hay razón para tal inconsecuencio, que todas las voces de origen griego terminadas en *íada*,

(1) Estoy por creer que la omisión del tilde en el *Dic.* obedece simplemente a una errata, pues en la *Formación de la Leng. Españ.*, pág 69, escribe el mismo Barcia *Ilíada*.

en su mayoría nombres de poemas épicos, esdrújulas han de ser, según lo piden Bello (1), Cuervo, Conto, Isaza, Toro Gisbert y otros filólogos y gramáticos. Diráse, por tanto, *Austríada, Cristíada, Enríada, Ilíada, Lusíadas,* y más propio será *Los Lusíadas* que *Las Lusíadas*), *Mesíada*, etc.

357. En igual condición están los nombres griegos terminados en *íades*, que aparecen con tan variada prosodia en las historias; así, en la de Artero, p. ej., dice MILCÍADES y *Alcibíades*. Bien harán los profesores de esta asignatura si dan en uniformar la acentuación de estas palabras, prefiriendo la etimológica, que es sin duda alguna la más correcta; la piden Bello, Cuervo, Toro, Gisbert y otros autores de nota; se dirá *Alcibíades, Ciríades, Euribíades, Hamadríades, Heliades, Híades, Melquíades, Milcíades*, etc...

358. Para terminar estas ligeras notas, veamos algunos nombres geográficos de acento ambulante.

¿Cómo se dirá, *Dníeper* o *Dniéper*?... La R. Acad., que en materia de acentuación muestra admirable inconsecuencia, trae *Dníeper* en la definición de «ostrogodo» y *Dniéper* en «visigodo» (ediciones 12.ª y 13.ª del *Léxico*). Amunátegui Reyes se pliega a esta última, y a fe que es la más conveniente; como que resulta, ante todo, la más fácil de pronunciar, es la que anotan Toro y Gómez y Toro Gisbert en sus *Diccionarios* y la que se lee en la *Geografía Universal*, de E. Reclús (primer tomo), última edición, traducida por el eminente literato español V. Blasco Ibáñez. En los *Diccionarios* de Domínguez y Gregoire; en la *Hist. de España*, por M. Lafuente, en la Geografía Cortambert y en varias otras obras he visto esta voz sin tilde alguno, caso en que corresponde cargar la pronunciación sobre la última sílaba; y no es raro que exista tanta disparidad

(1) En la *Ortol.* (2.ª parte, Cap. V, edic. de 1890, Madrid) está escrito ILIADA; pero poco más adelante se lee la regla que pide el acento sobre la antepenúltima sílaba de los nombres, en *ada, ide, ida*, cuyo nominativo griego es en *as* ó en *is* (*tríada, dríada*, etc.); y es de creer que no tendría motivo el gran maestro para hacer excepción con las voces que cita.

prosódica en el nombre de este gran río, desde que suele a la vez perder la consonante inicial o la última vocal (*Niéper* o *Dniepr*); y lo mismo ocurre con el vecino río *Dniéster*.

359. Hasta la 12.ª edición traía el *Dic. Ac. Etiopia*, al definir la voz «etíope», y *Etiopía* en «troglodita». En los *Dic. Etim.* de Barcia y de Monlau, en las *Apunt.* de Cuervo, en las *Acent. Vic.* de Amunátegui Reyes, en las *Voces Nuevas* de Rivodó, en el *Tesoro* y *Dic.*, de Toro Gisbert, se registra este nombre sin tilde en la *i* o concediendo decidida preferencia a la pronunciación *Etiópia*; Robles Dégano (*Ortol. Clás.*) viene en apoyo de esta manera de acentuar, fundándose en ejemplos de Montesinos, Castellanos, Lope, Hojeda, Luis Ribera, Villaviciosa, Tirso, Alarcón, P. Céspedes, Rojas y otras autoridades fehacientes. La R. Acad., en la 13.ª edición de su *Dic.*, echa por tierra esta autorizada prosodia; pues, tanto al definir la voz «etíope», como en «etiópico», como en «troglodita», escribe *Etiopía*; así anota también esta palabra Toro y Gómez (*Dic.*); y estaba llamada a primar esta acentuación desde que consta en poemas del M. de Santillana, de Valbuena, en Salazar y Torres, en traducciones del C. de Cheste y de Baráibar, según lo anota el mismo Amunátegui, y además en poesías de Góngora, Calderón y Maury. De la Peña, en su notable *Gram.*, pide doble prosodia para esta voz, y a fe que con acierto.

360. Sorprendidos quedarán muchos si advertimos que es más propio y correcto decir *Eufrates* (grave) que *Éufrates* (esdrújulo). Vease la primera acentuación, que es la etimológica, en el *Dic. de la Acad.*, en la definición de la voz «nabateo»; en los *Dic.* de Toro y Gómez, de Gregoire y de Toro Gisbert, y además en el *Dic. Geográfico*, que está al final de la *Biblia* del P. Scío, en poesías de Jáuregui, Valbuena, Calderón, Mora, V. de la Vega, F. de Herrera, y de éste, aquel verso tan mentado, como ejemplo de sinalefa con cuatro vocales:

«Del Nilo a *Eufrates* fértil e Istro frío» (1)

(1) Tanto este verso, como este otro de Bello:

Es éste el acento reclamado por Bello, Cuervo, de la Peña y otros de los más insignes prosodistas; consta en el *Comp. de la Hist. Univ.* de Cantú, por J. B. Enseñat (pág. 79), y en varias otras obras de geografía e historia. Con todo, hay que reconocer que mucho ha cundido el esdrújulo *Éufrates*, que tal se lee en poesías de Lope de Vega, en *La Araucana* de Ercilla, en la *Geograf.* Cortambert y en algunos otros textos (lo que hace que nuestros estudiantes, y los maestros a las veces, usen generalmente esta popular acentuación), y es también la prosodia que consta en los *Dic.* de Domínguez y Rodríguez Navas.

361. La primer isla de América que vió Colón anda aún con acento inseguro; unos dicen GUANAHANI, y otros *Guanahaní*. Amunátegui Reyes, mediante nutrido acopio de citas, concluye decidiéndose por la acentuación aguda. Cuervo (*Apunt.*, pág. 28) pide el mismo acento agudo para *Misisipí* y *Haití*, fundándose en autoridades irrecusables; y débese poner en la misma cuenta a *Misurí*, ya que la más correcta prosodia exige tilde en la *i* final de todos estos nombres, y así los registran Toro y Gómez y Toro Gisbert en sus *Diccionarios*.

362. Rivodó (*Voces N.*) incluye entre las voces que pueden tener doble prosodia a *Guipúzcoa*. Si bien es cierto que algunos dicen GUIPUZCOA, el acento en la *u* es de rigor para quien pretenda ser bien hablado; tal lo pide Cuervo en sus *Apuntaciones* (pág. 30); así está en el *Dic. Ac.* en la definición de «Guipuzcoano», en Toro Gisbert y en Toro y Gómez.

363. No pocos son los que hablan de nuestra gran victoria, obtenida en 1827 sobre los brasileños, de nuestra bellísima marcha oficial, del departamento correntino y de su capital,

---

«Del helado Danubio a *Eufrates* fértil»,

donde se tiene un ejemplo de sinalefa con cinco vocales, están citados por el mismo Bello en su *Ortol.*, y se encuentran trascritos, dando *Eufrates* y no *Éufrates*, en la *Ortol. Clás.*, de Robles (pág, 88), y en los *Elementos de Literatura*, por C. Oyuela (pág. 256), texto muy usado en nuestra enseñanza secundaria y normal.

nombrando ITUZAINGO, y esta misma acentuación grave consta en el *Comp. de Historia Arg.* por N. Larrain (pág. 155), y en algunas otras obras. Si no bastara el título del inspirado poema de J. C. Varela: «*A la victoria de Ituzaingó*», donde siempre se ha repetido *Ituzaingó* y no ITUZAINGO, para venir en conocimiento del acento agudo, que corresponde a este nombre tan digno de recordación para los argentinos, tómese nota de lo que dicen estos versos:

«*¡Ituzaingó!...* Señor de las batallas,
¡oh, Dios de Sabahot omnipotente!»
(J. Zorrilla de San Martín. *La Leyenda Patria.)*

Y cuéntese que esta es la acentuación que dan el *Dic. Geográfico, Estadíst. Arg.*, por M. F. Paz Soldán (pág. 289); los *Dic.* de Toro y Gómez y Toro Gisbert; la *Historia Arg.*, por Pelliza (tomo III, págs. 215, 218, 221, 222, etc.); la de Martín García Merou (tomo II, pág. 285), y otras obras de importancia.

364. ¿Dónde carga el acento *Jujuy*, sobre la *u*, o sobre la *y*?... Los porteños lo llevamos generalmente a la *y;* pero los pocos jujeños que he tenido ocasión de tratar lo marcaban sobre la *u*, emitían como diptongo las concurrentes *uy* (*Ju-juy*), y ellos están en condiciones de saber mejor que nosotros cómo ha de decirse este nombre autóctono. Ocasiona tal disparidad prosódica la *y;* pues si diéramos en escribir como Bello, como Amunátegui Reyes y otros chilenos, y como Sarmiento, no existiría la dificultad desde que la hubiera salvado la presencia o la falta del tilde. Mi rebusca para dilucidar el punto ha sido afortunada: ha caído en mis manos la *Historia Civil*, por el Dr. Joaquín Carrillo, donde se dice o historia todo cuanto puede mentarse sobre esta provincia, y donde, gracias a la ortografía *sui generis* empleada por el ilustrado autor, catedrático hoy en la Universidad de La Plata (Buenos Aires), se adquiere el convencimiento de que ha de decirse *Jujui* y no JUJUÍ.

365. Miéntase como agudo el río que cruza la capital de los peruanos, brindando frescura y verdor: *Rimac* se lee en el *Dic.* de Gregoire; en la monumental *Geografía* de este mismo autor, traducida por el español N. Estévanez; en la *Geografía* de Malte-Brun, en la novísima versión castellana de la *Geog.* de Reclús, debida a Blasco Ibáñez (tomo V); en la *Geografía* de Cortambert; en la de *América*, por Cincinato Bollo; en otras obras y textos, y en estos versos de Bretón de los Herreros:

«¿Teñiste, como al Jauto un día en Troya,
al Niágara, al *Rimac* y al Orinoco?»

(*El Comercio.*)

Estaba por creer que esta vez, como cuando se trató de Jujuy, el acento ha podido ser trasladado de una letra a otra por quienes mal pueden dar fe de la genuina prosodia, como que oyen y ven desde lejos; mas, advierto en las *Tradiciones peruanas* del festivo Palma (tomo I, págs. 98, 159, etc.), que este esclarecido hablista y escritor dice también *Rimac*. Con todo, me permito afirmar que la etimolgía pide *Rímac*, ya que está demostrado que el nombre de la capital peruana no es más que una corrupción del nombre del río sobre que está asentada (1), y del agudo *Rimac* mal pudo resultar la grave Lima.

Y vienen a confirmarme en tal parecer estos versos:

«El cano y rubio *Rímac* resonante
Que de vejez en urna se recuesta»

P. de Oña. *Arauco domado*, C. V);

«Bebiendo, te adormeces
Del *Rímac* en las márgenes floridas»

(Miguel A. Caro. *A la estatua del Libertador);*

(1) Recúrrase á la *Historia de la Conquista del Perú* (ed. de Gaspar y Roig, Madrid, pág. 134), o a las obras de Garcilaso de la Vega, Herrera, etc.

«Que el Magdalena y *Rímac* bullicioso
Ya sabe el Tíber y el Eurotas ama»
(J. J. de Olmedo. *La Victoria de Junín*).

En la misma condición prosódica anda el torrentoso *Apurímac*, y es Olmedo otra vez quien se encarga de darnos la acentuación que creo más propia, acentuación que anotan en sus obras los eruditos lexicógrafos Toro y Gómez y Toro Gisbert. He aquí los ejemplos de Olmedo:

«Y las brillantes linfas de *Apurímac*
Y las fugaces linfas de Ucayale.
.....
Que en la fragosa margen de Apurímac
Con palmas os espera la Victoria»
(*La Victoria de Junín*).

366. Como en estas ligeras notas vengo siguiendo el orden alfabético, pondré ahora en la cuenta, aunque larga sea la distancia a recorrer, al célebre monte *Sinaí*, que tiene un acento muy andariego; algunos dicen, o escribieron SÍNAI, de acuerdo con la pronunciación hebraica; para otros es SINAI o *Siñá*; pero ha de primar *Sinaí*, como se pronunció en latín, y como lo reclama hoy el buen decir. Tal es la prosodia más usada en América, y lo prueban estas citas:

«El abrasado *Sinaí* parecía
Altísima pirámide de lumbre»
(M. Carpio. *El Monte Sinaí*);

«Del nuevo *Sinaí* sobre la espalda,
cual león que sacude la melena»
(J. Zorrilla de San Martín. *La Leyenda Patria*).

367. Para dar fin a este capítulo, séame permitido advertir a los que nombran VALPARAISO, ¡que no son pocos!, que *Valparaíso* ha de decirse; es de rigor el tilde en la *i*, como lo es en *paraíso*, y decididamente así lo reclama el distinguido filólogo chileno Amunátegui Reyes, en sus *Acent. viciosas* (pág. 464.)

CAPITULO XIII

Prosodia verbal.

368. El *Léx.* de la Acad. y la mayoría de los diccionarios, tratándose de los verbos, sólo anotan el infinitivo; para conocer la acentuación que corresponde a las distintas inflexiones, hay que recurrir a las gramáticas o a diccionarios especiales, donde muchas veces faltará o no ha de estar bien aclarada la indicación que se busca. Esto por una parte, y el poco cuidado que se pone en la colocación del tilde, por otra, motivan la mucha disparidad que reina en la acentuación de las formas verbales.

Sicilia, Bello, Cuervo, Benot, Isaza, Rivodó de la Peña, Robles Dégano, Toro Gisbert y otros gramáticos han estudiado esta prosodia, bien con verdadero detenimiento, bien incidentalmente, como de paso. Contrapesando el parecer de tan autorizados autores y las indicaciones que he podido recoger espigando los mejores campos de la literatura castellana, especialmente en poesía, intentaré determinar cuál es, en cada ejemplo ocasionado a duda o a yerro, la pronunciación que conviene, la que merece preferencia.

Voy al grano.

369. Bello (*Ortología*, Cap. II), dice: «En las dicciones que constan de enclíticos, el primer acento es el principal y el más fuerte; el débil o secundario cae constantemente sobre el último de los pronombres. Es un defecto pronunciar estas dicciones como si el acento principal cayera sobre el pronombre enclítico, bien que a los poetas se les permite hacerlo a beneficio del metro.»

Por mi tierra, y por otros puntos de América, muchos se toman la misma licencia, aunque no tengan ni pizca de poetas. Y como la plaga se ha propagado tanto, que alcanza hasta a la gente más culta, bueno es que se procure extirparla

desde los bancos de la escuela primaria, enseñando a los niños la correcta pronunciación: *dijéronme*, y no DIJERONMÉ; *llámelo*, y no LLAMELÓ; *váyase*, y no VAYASÉ, etc.

De esta tan reprobable tendencia a hacer agudos tales compuestos, nacen los muy vulgares DIJERONMELÓN, TRAIGANMELÓN... y otros-*melones*, o no melones, que ni en mercado o feria están bien.

370. Y a los que dicen o escriben CONTEMOSNÓS, ESCRIBAMOSNÓS, ESTIREMOSNÓS, etc.—¡y cuidado, que son legión!—adviértoles que cometen doble yerro, desde que sacan de quicio el acento y dejan una *s*, que por razones de eufonía debe suprimirse. Si quieren ser correctos, digan y escriban *contémonos*, *escribámonos*, *estirémonos*, etc., que tal se oye y se ve en quienes saben hablar y escribir correctamente:

> Y dijo: «El sacrificio ha terminado:
> ¡Ven! ¡*Vámonos* a casa!» y tendió el vuelo
> *(Elvira Tracy, Rafael Pombo)*.

«Pues *ocupémonos* de la sociedad... «Como de la sociedad de seguros, *ocupémonos* de la familia» (*Obras*, tomo IX, J. B. Alberdi).

371. Bello, Cuervo, Benot, Isaza, de la Peña y otros gramáticos y hablistas, están contestes en condenar el vicio prosódico en que incurren los que dicen HÁYAMOS, HÁYAIS, SÉAMOS, SÉAIS, VÁYAMOS, VÁYAIS; formas verbales que deben pronunciarse, de acuerdo con los demás verbos, *hayamos*, *hayáis*, *seamos*, *seáis*, *vayamos*, *vayáis*.

Como algunos de nuestros filólogos han creído que esta trasgresión es achaque de americanos solamente, conviene advertirles que ocurre también por España; Rivodó (*Entretenimientos Gram.*, tomo VII) recuerda haber oído pronunciar HÁYAMOS, no una vez, sino varias, nada menos que al fénix de los oradores iberos, al gran Castelar, en uno de sus más sonados discursos.

La verdad es que no hay razón alguna que permita á estos

verbos disentir con la prosodia, que es común a la primera y segunda persona, plural, del presente de indicativo, en todos los verbos. No echen esta advertencia en saco roto los que dicenMUÉRAMOS, MUÉRAIS, por *muramos*, *murdis*; QUIÉRAMOS, QUIÉRAIS, por *queramos*, *querdis*, etc.

Y para no dejar de citar siquiera un ejemplo que muestre la pronunciación correcta, vaya el siguiente:

«Juzgo que no hay precisión
De que tan lejos *vayamos*»
(*La ley de raza*. Hartzenbusch).

372. «Se me AGRÍA el estómago.» «¡Cómo CHIRRIA ese aceite!» «No ESPACÍE tanto la escritura», «TERCÍE en el debate», «SACIO la sed, y nada más»... sí, ¡y nada más!, que con los barbarismos prosódicos que apuntados quedan, recogidos por ahí, basta para tener colección.

La verdad es que a las veces pone en apuros a los mismos maestros la acentuación de los presentes de indicativo, imperativo (1) y subjuntivo de los verbos terminados en *iar y uar*.

Bello, Sicilia, Cuervo, Isaza, Benot, Robles Dégano, y otros prosodistas que han dedicado alguna atención á este punto, no siempre se muestran de acuerdo. La Academia no refleja mayor luz al respecto, pues se trata comúnmente de verbos regulares que no ha tenido ocasión de conjugar.

Para los terminados en *iar* establece Cuervo (*Apuntaciones*, pág. 172), que «si el verbo se compone o deriva de un nombre, se conserva el acento de éste»; y tanto es así, que basta en la mayoría de los casos la coexistencia de un nombre afín, aun cuando no sea el que haya venido a formar el verbo, para indicarnos la acentuación que corresponde. Esta norma resulta de acertada aplicación en los casos siguientes, que muchos equivocan:

(1) Daré como presente al imperativo, ya que así lo quiere la Academia; pero más de acuerdo estoy con los que ven en este modo un tiempo futuro y no presente.

Acopiar (de copia), *acopio, acopias,* etc.
Agraviar (de agravio), *agravio, agravias*, etc.
Agriar (de agrio), *agrio, agrias*, etc.
Asfixiar (de asfixia), *asfixio, asfixias,* etc.
Auxilar (de auxilio), *auxilio, auxilias*, etc. (1).
Calumniar (de calumnia), *calumnio, calumnias*, etc.
Columpiar (de columpio), *columpio, columpias*, etc.
Conciliar (de concilio), *concilio, concilias,* etc. (2).
Espaciar (de espacio), *espacio, espacias*, etc. (3).

(1) Bello da como incierta la prosodia de este verbo. Sicilia pretende establecer que *auxilio* equivale a «dar auxilio», y AUXILÍO al significado de «ayudar a bien morir». Cuervo, desacorde, como es lógico, con esta caprichosa distinción, aconseja seguir la norma que ofrece el nombre *auxilio*, y presenta ejemplos de Jovellanos y Hartzenbusch.

(2) En apoyo de que las formas que corresponden a *conciliar y reconciliar* han de acentuarse en *ci*, cita Cuervo (*Apunt.*, págs. 172 y 173) ejemplos de Iriarte, Moratín, Angel de Saavedra y Bretón; pudo agregar pasajes de Tirso, Moreto y otros clásicos que han tenido ocasión de usar el mismo acento.

No veo en qué ha podido fundarse Bello para conceder doble prosodia a estas voces (*concilio* y *concílio, concilias* y *concílias,* etc.

En América prima la acentuación que muestran estos versos:

«¿Quién la miseria y el amor *concilia?*
Esto, más que problema, es un misterio:
Para hablar de un asunto que es tan serio,
Hubo ayer un consejo de familia»
(*Un consejo de familia*. Juan de Dios Peza);

«Pues todo se *concilia*
Al calor celestial de tus cariños»
(*Agathias, Poemas griegos*. C. Guido y Spano);
«Que al hombre con el mundo *reconcilia*
El ver crecer en torno la familia»
(*At home*, C. Guido y Spano).

(3) En favor de *espacio, espacias, espacian,* etc., Cuervo cita á Lope, Arriaza y Angel Saavedra. Encuentro la misma acentuación en *El Bernardo*, de Valbuena (libro XV); en poesías de Reinoso y traducciones de J. de Burgos; y, para no dejar de citar siquiera un autor americano, vaya esta estrofa de Mitre:

Expatriar (de patria), *expatrio, expatrias*, etc. (1).
Foliar (de folio), *folio, folias*, etc.
Irradiar (de radio), *irradio, irradias*, etc.
Lidiar (de lid, lidia), *lidio, lidias*, etc. (2).
Negociar (de negocio), *negocio, negocias*, etc.
Obviar (de obvio), *obvio, obvias*, etc.
Paliar (de palio), *palio palias*, etc. (3).
Plagiar (de plagio), *plagio, plagias*, etc.
Premiar (de premio), *premio, premias*, etc.
Radiar (de radio), *radio, radias*, etc.

«Un corolario te daré por gracia,
Que no pienso te sea indiferente,
Si mi palabra para ti se *espacia*»
(Trad. de *La Divina Comedia*; *El Purgatorio*, Canto 28).

(1) Sicilia, en su *Tratado de Ortología*, acentúa *expatría*.

(2) He aquí algunos ejemplos que confirman la más correcta acentuación:

«Mas ¿qué no hará un pecho donde *lidia*
Ambición fiera y delsalmada envidia?»
(*La Cristiada*, L. III, Ojeda).

Hasta que en su ciudad se enclerren todos,
y con Héctor yo *lidie*, y con su lanza
él me atraviese el pecho...»
(*Iliada*, libro XXI, trad. de Hermosilla);

«—¡Calle usted por Dios, señora!
Se conoce que no *lidia*
Usted con ellos...»
(*La mancha de la mora*. Antonio de Trueba);

«...y á su sombra habitan
Las más heroicas tribus de la raza
Que por diez lustros contra España *lidian*»
(*Tribus del Avila*. Francisco G. Pardo).

(3) Benot (*Prosodia*, tomo II, pág. 75) cita a *palie* entre las voces de doble prosodia. Es indudable que la acentuación más correcta es la que anoto. Van en su apoyo estos vorsos del Duque de Rivas:

«¿Quién de tan grande ingenuidad blasona,
Que no disculpa o *palie* sus delitos?»

Repatriar (de patria), *repatrio, repatrias*, etc.
Sitiar (de sitio), *sitio, sitias*, etc. (1).
Tapiar (de tapia), *tapio, tapias*, etc.
Terciar (de tercio), *tercio, tercias*, etc.
Testimoniar (de testimonio), *testimonio, testimonias*, etc.
Viciar (de vicio), *vicio vicias*, etc.
Chirriar (de chirrío), *chirrío, chirrías*, etc. (2).
Desvariar (de desvarío), *desvarío, desvarías*, etc.
Estriar (de estría), *estrío, estrías*, etc.
Rociar (de rocío), *rocío, rocías*, etc.

373. Los verbos *ampliar, cariar, contrariar, gloriar, inventariar, variar* y *vidriar* pueden contarse como excepciones de la regla a que se ajustan los verbos precedentes; pues aun cuando en algunos de ellos el uso es incierto, compulsándose tanto el uso clásico como el moderno, y el parecer de los gramáticos que han dado en citarlos, viene a merecer preferencia la acentuación que se aparta de la que corresponde a los nombres o adjetivos de que se derivan; diráse por tanto, *amplío* (3), *caría* (la 1.ª persona y la 2.ª poco se emplean)(4), *contrario*, *glorío*(5),

(1) Para Benot puede ser *sitio* o *sitio*; pero no veo que haya quien apoye esta segunda pronunciación.

(2) Está de acuerdo con esta acentuación la Academia, que emplea este verbo en el Diccionario al definir las voces *chirriador*, *chirrión* y *gárrulo*.

(3) Así escribió Hartzenbusch en su *Prólogo* de la *Colección de Sinónimos* por J. J. Mora (pág. VI): «El Sr. Conde (de la Cortina) adopta muchas veces la doctrina de sus predecesores; otras, la *amplía* o corrige.

(4) Robles Dégano, en su *Ortología Clásica*, opta por CARIA, CARIAN.

(5) Hermosilla adoptó decididamente esta acentuación:

«Aunque nombraras
al mismo Agamenón, que se *gloría*
de ser en el ejército el primero»
(*Ilíada*, Libro 1.°);

«Egialea, que ahora se *gloría*
de tener por esposo al más valiente»
(Idem, Libro V);

inventario, *vario*, *vidrio* (1); *gloriar*, *inventariar* y *vidriar* recurre indistintamente a cualquiera de las dos acentuaciones, y creo que pueden tolerarse ambas sin mayor aspaviento; que si bien la una prima en los clásicos y en escritores modernos, la obra tiene en su pro el estar conforme con la regla general.

Vanagloriar no admite, como *gloriar*, la disolución del diptongo; tanto Bello, como Cuervo, Isaza, Rivodó, Amunátegui Reyes y otros gramáticos y hablistas, conjugan *vanaglorio*, *vanaglorias*, *vanagloria*, etc. *Engloriar* está en las mismas condiciones; Benot escribe *englorie* (*Prosodia*, 2.ª parte, página 168); y aquí es del caso advertir que este ilustre autor concede doble prosodia, así a *glorio* como a *vanaglorio* (*Pros.*, 2.ª parte, pág. 75).

374. Quédanse por considerar algunos otros casos de acentuación dudosa.

En el verbo *ansiar*, Bello (*Ortol. y Métrica*, pág. 37) se decide por la pronunciación que está de acuerdo con el nombre

---

«Pero de ser también yo me *glorio*
de esclarecida alcurnia»
(Idem, Libro XIV);

Y para no dejar de citar otros autores, vayan también estos ejemplos:

«Impaciente un moro alcaide
De que España se *glorie*
(*Marta la Piadosa*. Tirso de Molina);

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro, García,
A quien sigue el intrépido Lezcano,
Y Juanes, por quien Turia se *gloria*.
(*Las naves de Cortés destruídas*. N. Fernández de Moratín).

(1) He aquí un ejemplo que no se le olvida a quien llega a leerlo una vez:

Cuando la muerte *vidrie*
de mis ojos el cristal,
Mis párpados aun abiertos,
¿Quién los cerrará?»
(*Rima* de Becquer).

afín *ansia* (*ansio*, *ansias*, *ansia*, *ansian*, *ansie*, *ansies*, *ansien*), y lo mismo Sicilia (*Lec. de Ortología*), Salvá (*Gram. Cast.*), Robles Dégano (*Ortol. Clásica*, pág. 339) y Amunátegui Reyes (*Acentuaciones Vic.*, pág. 39). Benot usó también esta acentuación con preferencia, aunque anota este verbo en la cuenta de los que admiten doble prosodia (*Prosodia*, 2.ª parte, pág. 75). Cuervo, si bien opta por esta misma acentuación, con citas de Balmes, Martínez de la Rosa, Lista, Meléndez, Angel Saavedra y Quintana, autores a los que pudo agregar Maury, Arriaza, Gallego, Tapia, Marchena, el Duque de Rivas, Hartzenbusch, Burgos, J. Vargas y Ponce y otros, prueba de que también puede usarse el acento en la *i* disolvente del diptongo, que tal consta en Forner, Espronceda, Valera, López de Ayala y, además, en Alcalá Galiano, Antonio de Trueba y Núñez de Arce (citados por de la Peña, *Gramática Práct.*). En prueba de que bien pueden permitirse las dos acentuaciones, tiénese que las usaron indistintamente, acomodándolas a las exigencias del verso, José de Espronceda, el Conde de Cheste, Valera y José Zorrilla.

Parece que el uso moderno tiende a dar prefereucia a la prosodia que disuelve el diptongo.

En el bellísimo drama de Echegaray, *Enseñar al que no sabe*, se lee varias veces *ansío*; y predomina este verbo con igual acento en otras obras del insigne dramaturgo. La misma prosodia se tiene en *La Ricahembra*, escrita en colaboración por A. Fernández-Guerra y Orbe y M. Tamayo y Baus, como puede verse en este pasaje:

«Ramiro su grave yerro
En tierra lejana expíe;
Por su patria en vano *ansíe*:
También es muerte el destierro.»

Adopta también esta acentuación el académico D. Francisco Rodríguez Marín. Véanse estos versos de su soneto *Mensaje*:

«Dile, en fin, cuanto sueño y cuanto *ansío*...
Y que, pues has de ver sus lindos ojos,
Celos tengo de ti, soneto mío.»

Y estoy por creer que es esta misma la prosodia que prevalece en la Argentina. He aquí unos ejemplos:

«Después de la fatiga y del naufragio
Ansío rodearme de cariño»
(*At home*. C. Guido y Spano);

«Cuando falucho que *ansía*
Dar un viva a su manera»
(*El Negro Falucho*. Rafael Obligado).

375. «En *extasiarse*, dice Bello (*Ort.*), verbo recientemente introducido», no se puede decir que hay uso constante, y me parece más suave *extasío* que *extasío*.» Benot sólo anota la segunda acentuación en su *Dic. de Asonantes y Cons.*; pero acepta las dos en su *Prosodia* (2.ª parte, pág. 75). Cuervo opta por la pronunciación que disuelve el diptongo, apoyándose en ejemplos de Moratín y Bretón.

Si bien pueden tolerarse las dos prosodias, es indudable que resulta preferible la que desata el diptongo. Y para no dejar de añadir siquiera un ejemplo de mi cosecha de papeletas, vaya este:

«(¡*Se extasía*
Con ella!—¡Estoy impaciente!)»
(*El hombre de mundo*. Ac. III, Esc. XV. V. de la Vega.)

El uso más corriente en la Argentina, así popular como literario, está con este mismo acento; anotaré para muestra estos versos:

La deidad de la armonía
Soñadora
Que en sus himnos se *extasía*»
(*A una joven rusa*. C. Guido y Spano).

«¡Tú en cuyo noble rostro la opulenta
Llama del sol gozosa se *extasía*»
(*Patria*. C. Oyuela).

376. *Historiar* conviene con su afín *historia* (*historio, historias*, etc.); así le quieren Benot (*Dic. de Ason. y Cons.*), Isaza (*Dic. de la Conj. Cast.*) y Rivodó (*Entretenimientos Gram.*, tomo II, pág. 25). Y me parece ésta la pronunciación más aceptable, aunque de la Peña (*Gram.*, pág. 521) opte decididamente por HISTORÍO, ateniéndose a su analogía con *glorío*, aun cuando Bello se mantenga indeciso y Sicilia haya dado en aceptar dos acentuaciones, HISTORÍO, HISTORÍAS, HISTORÍA, HISTORÍAN, para el indicativo; e *historie, histories, historien*, para el subjuntivo; diversidad que no tiene razón de existir.

377. *Rumiar* se conjuga de acuerdo con el acento del sustantivo afín *rumia*. Salvá y Sicilia opinan por *rumía, rumían*, etcétera, podrían aducir a su favor estas palabras dirigidas por Don Quijote a Sancho: «Considera y RUMÍA las palabras antes que te salgan de la boca» (2.ª parte, C. XXXI), que vienen en el facsímile de la 1.ª edición del *Quijote*, publicada por la casa Montaner y Simón, de Barcelona, con tilde en la *i* de *rumia*. Pero nada menos que Bello, Cuervo, Benot, Robles Dégano, Isaza, Rivodó y de la Peña comprueban que se han de diptongar las dos vocales finales (*rumio, rumias, rumia, rumian, rumie, rumien*), y la misma Academia viene a resolver el punto desde que conjuga este verbo estampando *rumia*, al definir en el Dic. las voces *rumiador rumiante* y *rumión*. Y para mayor abundamiento de pruebas, me permiteré arrimar estos dos ejemplos de mi cosecha de papeletas:

«Huyen los ciervos, *rumian* los escobos
Las cabras, y en las peñas y agujeros
El conejo se esconde...»
(*El Bernardo*. Libro VIII, Valbuena);

«*Rumian* también de Cristo las grandezas,
Del mundo el venerable acatamiento»
(*La Cristíada*. Libro IV, Hojeda).

Y priva por estos mundos la pronunciación más correcta; vaya para muestra este ejemplo, que tomo de las *Lecturas*

selectas, por C. Oyuela: «Al suave resplandor de la luna *rumia* el ganado tranquilamente en la pradera» (*El Llanero*, R. M. Baralt). Con todo, no faltan quienes pronuncien RUMEA, RUMEAN, etc.; pero tal decir es propio de palurdos.

378. Aun cuando no faltan quienes conjuguen SACIO, SACIAS, etc., Bello, Isaza de la Peña, Rivodó, Benot y Peñalver no aceptan como correcta otra acentuación que la que mantiene el diptongo, de acuerdo con el adjetivo afín *sacio* (*sacio, sacias, sacia,* etc.). Si se quiere mayor comprobación, pásese la vista por estos ejemplos:

«Antes hará que los voraces buitres
Se *sacien* de la carne delicada»
(*La Ilíada*, Libro IV, trad. de Hermosilla);

«Y pronto espero la arrogante audacia
Castigar de los dos, o que a lo menos
postrado el uno, el furibundo Marte
Sacie la sed de sangre con la suya»
(*La Ilíada*. L. V., Hermosilla);

«¡No *sacio*
mi razón! Terrible pena!
El éter, no hay duda, llena
los ámbitos del espacio»
(*Un sol que nace y un sol que muere*. J. Echegaray);

«Más que todas las otras es sabrosa—
Si con esto tu sed aun no se se *sacia*,—
No puedo descubrirte yo otra cosa»
(*La Divina Comedia*, *El Purgatorio*, canto 28.°, versión de Mitre);

«Vemos que tanta podredumbre *sacia*»
(*La D. C., el Infierno,* último verso del canto 18.° Mitre).

379. Es indudable que el uso clásico apartó el verbo *vaciar* de la prosodia que corresponde a su nombre afín *vacío* (véase Menéndez Pidal, *Manual elemental de Gramática histórica española,* pág. 161; Cuervo, *Apuntaciones*, pág. 178; Robles Dégano, *Ortología clásica*, pág. 342; Rivodó, *Entret. Gram.*),

tomo II, pág. 26; Isaza, *Dic. de la Conj. Cast.*). Salvá se decidió por *vacío, vacías,* etc., aunque sin desconocer que muchos pronuncian *vacio, vacias,* etc., y Puigblanch, que le critica (*Opúsculos Gram.*), no deja de reconocer que la norma de *vacío* influye en sus paisanos tanto como ha podido influir en los de Salvá. Sicilia y de la Peña están con Salvá; en el *Dic. de la Rima* por Peñalver, sólo se halla la forma *vacíe*, que consuena con *contraríe, descarríe, rocíe, varíe, zurríe, caríe, gloríe* etc., y Benot (*Prosodia*, tomo I, pág. 277) cuenta este verbo como de acentuación indecisa.

En la Argentina se oyen las dos acentuaciones, y creo que la única forma intolerable de todo punto es el VACEO, VACEAS, VACEA, etc., que da en emplear el vulgo.

*
* *

380. *Afiliar, arriar, filiar, lisiar* y *zurriar* andan con su conjugación a mal traer, y no es de extrañarlo desde que carecen de un nombre afín que pueda darles norma prosódica.

Cuervo (*Apunt.*), Isaza *Dic. de la Conj.*), de la Peña (*Gramática Cast.*, pág. 522) y Robles Dégano (*Ortología clásica*), conjugan *afilio, afilias*, etc. Para Sicilia (*Lec. de Ort.*), es AFILÍO AFILÍAS, etc. Benot (*Dic. de Ason.* y *Cons.*, págs. 56 y 782) trae las dos acentuaciones, y Rivodó (*Entr. Gram.*, tomo 2.°, página 26) es del mismo parecer. He aquí un ejemplo que muestra la acentuación que merece preferencia: «Sin embargo, France no quiere que le *afílien* entre los escépticos á carga cerrada» (*Lecc. de Literatura,* pág. 34, Emilia Pardo Bazán).

La conjugación de *arriar* (bajar las velas o banderas), aun cuando haya podido suscitar alguna disparidad entre los prosodistas, está resuelta por la Acad. desde que anota, en el *Diccionario, arrían* al definir la voz «driza». Isaza, Cuervo y Benot están acordes en que debe caer el tilde sobre la *i*.

Según Isaza (*Dic. de la Conj.*), ha de pronunciarse *filio, filias*, etc., y tiene a su favor á Peñalver (*Dic. de la Rima*); Be-

llo opta por FILÍO (*Ortología*, § III, 3.ª regla), y están con él Sicilia (*Ortol.*, 2.ª parte, lec. IX), y Benot (*Dic. de Ason. y Cons.*, y *Prosodia*, 2.ª parte, pág. 168). Rivodó encuentra aceptables las dos prosodias; pero es indudable que goza de primacía la que conserva el diptongo (*filio*, *filias*, etc.).

Lisiar ha de conjugarse *lisio*, *lisias*, *lisia*, etc; así lo piden Benot (*Prosodia*, 2.ª parte, págs. 165 y 166), Isaza, Rivodó y otros autores.

Zurriar (sonar bronca, desapasible y confusamente alguna cosa) conjúgase, según Isaza (*Dic.*), *zurrío*, *zurrías*, etc, y con igual acentuación aparece este verbo en el *Dic. de la Rima* por Peñalver y en Sicilia. Rivodó conjuga ZURRIO, ZURRIAS, etcétera (*Entr. Gram.*, tomo 2.°, pág. 26); pero no veo en qué pueda fundar tal pronunciación.

381. «Esta sal se LICÚA rápidamente», dice un señor boticario, tan solícito con las fórmulas químicas como descuidado con los cánones gramaticales; «FRAGÚO nuevas combinaciones», oigo a un político que se tiene por muy leído»; «esta pared se OBLICÚA demasiado», observa un arquitecto muy entendido en construcciones, pero muy ignorante en cuanto a buen decir se refiere; «no *promiscúe*, que es día de ayuno»; y quien tal aconseja no repara en que *promiscua* con el idioma, que es peor, mil veces peor que promiscuar con carne y pescado.

Cuantos quieran evitarse trasgresiones de esta laya en toda la serie de los verbos terminados en *uar*, aprendan esta receta, que es infalible: «Si el infinitivo termina en *cuar* o *guar*, no carga el acento sobre la *u*; si termina de cualquier otro modo, carga sobre ella» (*Ortología* y *Métrica*, por Bello, pág. 172, edic. de 1890).

Y a fe que conviene tenerla siempre presente, porque a quien comienza por descuidar el simple acento, la insignificante virgulilla, le ocurre lo que al *joven filósofo* de la mentada fábula de Samaniego:

«De esta suerte los vicios se insinúan,
Crecen, se perpetúan»...

y a lo mejor se pasa una vergüenza de padre y muy señor mío.

382. «EMBAULO todo y me voy»... Sí, con la música a otra parte, con tal que quede en paz la gramática.

Las inflexiones del verbo *embaular* y *desembaular* deben conservar la acentuación que corresponde a *baúl* (que no es BAUL, como incorrectamente dicen algunos). En el primer *Dic.* académico (el de *Autoridades*, que es sin duda el mejor de cuantos ha publicado la docta Corp.) se lee *embaúlen*, y esta misma colocación del acento se tiene en el *Dic. de Ason. y Cons.*, por Benot, en el *Dic. de la Conj.* por Isaza, y es la que ha de adoptarse si se quiere hablar correctamente.

Embaucar se puede mantener en toda su conjugación como asonante de *embaular*; se tendrá en apoyo de tal decir la autoridad de Castillejo, de Villaviciosa, de Maury, de Benot (*Dic. de As. y Cons.*), del eminente filólogo Cuervo y del gramático Isaza. Con todo, los que dicen *embauco, embaucas*, etc., tienen a su favor la Acad., que así acentúa en la última edición de su *Léxico*, en «Embaucar»; así conjugó también alguna vez Tirso de Molina, y opta por esta misma acentuación Robles Dégano (*Ortología clás.*, pág. 174), ateniéndose a un ejemplo de Barbero.

383. Conservan, como en *embaular*, el acento de los nombres de que se derivan, y no el de sus infinitivos, las formas del presente *(indic., imp. y subj.)*: *aíro, aíras, aíra,* etc. *(ira)*; *aíslo, aíslas, aísla*, etc. *(isla); atraíllo, atraíllás, atraílla*, etc. *(traílla); aúno, aúnas, aúna*, etc., *(uno)*; *aúpo, aúpas, aúpa*, etc. *(upa)*; *reúno, reúnes, reúne*, etc. *(uno)*; y póngase atención en esto, ya que son tantos los que indebidamente pronuncian como diptongo las vocales concurrentes de estas formas verbales.

384. Desatan también, en los mismos tiempos, el diptongo que pudieran formar sus vocales adyacentes los verbos *aullar, baraustar y maullar;* se dirá, por tanto, *aúlla, baraústa, maúlla*, y no AULLA, BARAUSTA, MAULLA, como erróneamente conjugan algunos.

385. Como bien lo indica Benot (*Prosodia*, tomo III, página 29), han de pronunciarse distintamente las vocales que separa la *h* en *ahumar*, *desahuciar* y *sahumar*, y el acento corresponde a la *u* en las formas del *pres.* (*indic.*, *imp.* y *subj.*): *ahúmo* (1), *desahúcio* (2), *sahúmo*, etc.

386. *Alinear* y *delinear* resultan pésimamente conjugados, no sólo por el vulgo, sino hasta por personas muy cultas.

Es, ante todo, vicio muy común el olvidar las letras radicales de estos verbos regulares, dando en decir ALINIO, DELINIO, ALINIÉ, DELINIÉ, ALÍNIENSE, etc., como si existieran los infinitivos ALINIAR y DELINIAR. Las formas y prosodia que reclama el bien decir son *alineo*, *delineo* (entiéndase bien que con acento grave), *alineé*, *delineé*, *alinéense*, etc., y de más estará el aportar citas para comprobarlo, desde que están acordes con tal conjugación Bello, Cuervo, Rivodó, Conto, Isaza, y con ellos los más distinguidos hablitas y gramáticos.

JUAN B. SELVA,
Profesor en Dolores (República Argentina).

---

(1) La Acad., dado que no admite diptongo cuando hay *h* interpuesta, no marca el tilde en este caso.

Anotada esta salvedad, permítaseme colocar en este sitio un ejemplo que muestra la prosodia que corresponde:

«Tiende los pies, las manos desentume:
Mira, Pedro, ya tibio no te vea.
Quien a esa llama y resplandor te *ahume*»

(*La Cristiada*. L. IV. Hojeda).

(2) Es ésta la acentuación clásica, como que consuena con la forma arcaica que tuvo antaño, según se ve en este verso:

«Y como enfermo ya *desahuciado*»

(*La Austriada*. C. VIII. J. Rufo).

Sicilia, Bello, Cuervo, Benot, Amunátegui Reyes, Isaza y Robles Dégano están por la pronunciación que indico; pero no faltan quienes hayan llevado el acento a la *a*; tal Bretón de los Herreros, en el acto 4.°, esc. 2.ª de *El cuarto de hora*.

LA ESTATUA ECUESTRE DE FELIPE IV

Se ha dicho que el Papa Bonifacio VIII llamaba a los antiguos florentinos la *quinta essentia* de las naciones; ignoro si ha intentado ya alguien hacer la historia de su diáspora y seguir las huellas de su influencia en la evolución de la cultura.

Un importante capítulo de esa historia tendría que relacionarse con el arte plástico en España, desde el siglo XIV al XVII. Este período de tiempo abarca, próximamente, la prehistoria, el apogeo y la decadencia del movimiento de expansión de la raza española, que coincide con la más activa atracción y amalgamiento de elementos exóticos franceses primero, holandeses después y, por último, italianos; bien que en todos los tiempos anden unos y otros más o menos revueltos y mezclados.

El papel que desempeñara Florencia de cuna de nuestra moderna civilización, ¿no estará relacionado con la vocación por la mecánica y con esa concepción mecánica de los fenómenos en que estriba la superioridad de las modernas ciencias naturales sobre la ciencia antigua?

El genio de Galileo, reconstruyendo la máquina del Universo; la política realista del gran Secretario de Estado, la cúpula de la catedral, de Brunellesco; las efímeras maravillas de las maquinarias que montaban para sus fiestas y representaciones escénicas, muestran distintos aspectos de esta particular

aptitud; y en el genio de Leonardo de Vinci se halla reunido todo ello, combinándose lo más grande con lo más serio y más jocoso; mecánica, teórica y práctica, junto con aquellas divertidas chanzas, cuyas tradiciones ha conservado Vasari. Al declararse en su epitafio *Mirator veterum discipulusque memor*, probable es que tuviese presente a aquel Arquímedes que fue el más grande genio mecánico de la ántigüedad.

Estas consideraciones me las sugiere el recuerdo de un episodio de fines de aquel tiempo, que quiero referir. La gran escultura en bronce era una de las ramas del arte en la que los florentinos eran, sin disputa, en el siglo XVII, los primeros; y las dos estatuas ecuestres colosales de la escuela de Juan de Bologna, que en Madrid subsisten, son otros tantos hitos en esa historia secular de las importaciones florentinas en la Península.

El primer período de esas importaciones e influencias se inicia con Carlos V y termina con su biznieto. Su causa determinante fue la dependencia política en que, respecto a España, se encontró la Toscana. Los grandes Duques de la casa de Médicis—dice Badoer (1575)—deben a la casa de Austria, no sólo su dignidad, sino también su conservación y hasta la de su vida y Estados.» Y Morosini: «Francisco I depende en un todo de España, le presta al Rey sumas considerables, recluta soldados para su servicio, le regala navíos cargados de armas, consulta con él como consejero y embajador suyo, y considera como propios los enemigos del Monarca.»

Entre las esculturas italianas que se conservan en España, y que atestiguan el amor al fausto que a sus prelados, grandes y particulares caracterizó hasta el siglo XVI, se encuentran pocos bronces de mérito, y la mayor parte de ellos son anónimos. El relieve del embajador en Badajoz y el grupo de San Martín en Valencia, pueden llamarse únicos.

Fueron los Habsburgos los que en el país introdujeron la escultura en bronce. En 1549 sorprendía Ferrante Gonzaga al Emperador con una rara obra; era ésta su propia estatua,

con las furias domeñadas a sus pies; y en ella mostrábase el Emperador a la manera de los Césares, desnudo como los antiguos héroes, si bien llevaba sobre el cuerpo una armadura desmontable, gracias a la cual, el semidiós pagano podía convertirse en un armado caballero.

Esta obra maestra de Leon Leoni de Arezo le valió a su autor ser llamado a la corte como *scultore cesareo,* y señaló el comienzo de unas relaciones que duraron cincuenta años entre los Leoni, padre e hijo, y la Casa Imperial; relaciones que fueron un motivo de celos para el Tiziano, quien llegó a acusar al maestro, ante el Emperador, de haber querido asesinar a su hijo Horacio. El artista en cuestión traía ya de su país la finura con que sabía fundir el oro y las líneas características de los forjadores de medallones; pero más adelante supo apropiarse el estilo grandioso, libre y vibrante, que debe tener el escultor.

A su hijo Pompeyo Leoni le fue encomendada la mayor empresa que en materia de retratos plásticos monumentales se acometiera en España en el apogeo de su universal predominio: las diez estatuas colosales en bronce, del Emperador y de su hijo Felipe II con sus familias, que se encuentran en la Capilla mayor de El Escorial. La solemnidad del sitio, la pompa de las cajas doradas y esmaltadas, las evocaciones históricas que suscitan aquellas facciones, nada simpáticas, aúnanse allí para producir una impresión extraordinariamente persuasiva.

Dichas estatuas fueron trabajadas en Milán, y restauradas por Juan de Arfe de algunos deterioros que habían sufrido en el camino, quedaron colocadas en su sitio reinando Felipe III.

Siguieron a estas estatuas las de los grandes prelados. En Salas (Asturias) se eleva el monumento al gran Inquisidor Valdés, en el que hay numerosas figuras, y en un pueblecito de la provincia de Segovia se conserva la estatua yacente del cardenal Espinosa.

Venturini vió también en el estudio de Pompeyo, en Ma-

drid, en 1571, el busto del Duque de Alba, obra suya, que, juntamente con el que del mismo Duque hiciera Yongheling, y con los del Emperador y Felipe II, ornaban el palacio ducal de Alba de Tormes.

Destruído éste por las llamas en la guerra de la Independencia, emigraron las estatuas al palacio de Windsor.

Pompeyo murió en Madrid en 13 de Octubre de 1608.

La serie de las ofrendas hechas por los Médicis la abrió el Crucifijo de Benvenuto Cellini, que el Duque Francisco I envió, en 1576, a Felipe II, para El Escorial. Su padre Cosme había comprado al artista aquel mármol, que al principio destinaba para su propio mausoleo (1562), en 1.500 *scudi d'oro* (1565). Este presente fue muy estimado, pues aquella obra, empezada en el mismo año que la edificación de El Escorial, parecía predestinada para ornato del templo. Cuando en 15 de Octubre de 1576 llegó al Palacio del Pardo el carro que conducía la obra de arte, no pudo el Rey contener su impaciencia hasta que fuese llevada al lugar de su destino, y mandó abrir la caja en que venía encerrada. Pompeyo Leoni se halló presente al acto, para disgusto del Embajador toscano Orlandini, que tuvo que escuchar sus molestas observaciones (1). A decir verdad, sólo tuvo que afear Leoni ciertas manchas del mármol y la falta de sudario, que el Rey suplió con un velo, que ya quedó allí en definitiva; pero en aquel ligero examen no se escaparían a conocedor tan profundo otros detalles de más monta. Echase, con efecto, de menos, en aquel trabajo desprovisto de estilo, un tema claro y hasta la propiedad de un cuerpo inanimado. Aunque la figura del Cristo pudiera pasar

(1) Per mostrare d'essere un grande intendente nell'arte osservara ogni punto, et notava certa pocha rimessa di marmo che (era) in quel corpo, per non lo far apparire d'un pezzo intero, similmente non li pareva conveniente che mostrasse le vergogne. Et quanto alla prima osservazione, s'intese fo risposto, che il difetto non era stato dello Scultore, ma del marmo, et il secondo difetto molto bene si potere rimediare con un velo, et simili altre cose. (Despachos de Orlandini de 6 de Diciembre de 1576.)

por una visión del artista, lo más probable era que se tratase de un estudio, hecho sin alma, de un modelo de tórax estrecho, extendido en posición horizontal; la cabeza, para la que se requería un tipo ideal, es de fantasía, y, como el resto del cuerpo, ni viva ni muerto; y aunque tenga los ojos saltados, mantiene erguido el cuello. Sea como fuera, Pompeyo se quedó solo en su juicio; al Rey gustóle la obra, así como a su pintor, Juan Fernández Navarrete, apellidado el Mudo. En unas parihuelas, conducidas por cincuenta hombres, bajo la dirección del arquitecto Bartolomé Cabrera, fué llevada a El Escorial, en cuya sala capitular había de colocarse (1), y de donde más tarde fue llevada detrás del coro alto y puesta sobre un altar; el Mudo pintó para ella luego un díptico con San Juan y María en claroscuro, según el estilo flamenco del siglo XV.

La estatua ecuestre de Felipe III.

Todavía, mientras Pompeyo Leoni estaba en el pleno uso de sus facultades, llegaron a España, a título de ofrendas, obras en bronce de Juan de Bologna y sus discípulos. En 1598 regaló Fernando I al Cardenal Arzobispo de Sevilla, Rodrigo de Castro, un crucifijo semejante al de la catedral de Pisa, con destino a su mausoleo de Monforte de Lemus, provincia de la Coruña. Para el busto en bronce del Cardenal había dado el modelo en barro el pintor de Córdoba, Pablo de Céspedes, que a la sazón se encontraba en Sevilla. En 1602 llegó, a manos de Lerma, la Fontana que Juan de Bologna hiciera en 1759 para el Casino del Archiduque Francisco, con el grupo de Sansón y los Filisteos, y la taza sostenida por monstruos marinos; y formando juego al grupo referido, otro que representaba a Sansón con el león, de Cristóbal Stati: ambas obras mandó colocarlas el de Lerma en sus jardines de Valladolid. La hermana del

(1) A de servir en la pieça que se hiziere capitulo en el dicho monisterio. (Inventario de regalos de Felipe II en el Archivo de El Escorial.)

prócer, Condesa de Lemos, recibió en 1603 un Crucifijo con cuatro evangelistas, en bronce sobredorado, según sus diseños (1).

La fama de la estatua ecuestre que Juan de Bologna fundiera para los Médicis, dió por aquel tiempo la vuelta a Europa. Su carácter, de fría distinción, correspondíase a maravilla con el concepto que de la dignidad se tenía en la corte española. Los reyes contaban ya con pintores de cámara; pero si se les antojaba pasear en corceles de bronce por la capital, tenían que recurrir a Florencia. Apresurémonos a hacer constar que los Duques, ufanos de este privilegio, estaban prontos a hacer la corte con regalos de esta índole a los potentados, merced a cuya benevolencia seguían ejerciendo una sombra de soberanía (2).

La forma más presuntuosa de monumento público, la de una estatua ecuestre colosal—de que aún no había ejemplo en España,—tocóle en suerte a un monarca, cuya modestia rehuía, más que la de ningún otro, esos honores públicos (3). El motivo que dió pie para la idea de la estatua fue el acuerdo de trasladar nuevamente la corte de Valladelid a Madrid (1606), donde Felipe III había nacido. En Febrero de 1606 anunció ya el Embajador el envío del retrato de Sell, pintado por Pantoja de la Cruz.

Juan de Bologna tenía ya muy adelantada la obra, cuando le distrajo de ella el monumentoa Enrique IV. Falleció el 14 de Agosto de 1608. Por suerte dejaba un heredero de su arte, Pedro Tacca, que ya en todas sus grandes estatuas ecuestres pa-

(1) Baldinucci, professori del disegno II, 558. *Desjardins, Jian, Bologna*. París, 1882, pág. 122.

(2) Il Gran Duca, siccome si compiaceva que la Toscana fosse la maestra principale delle Belle Arti cosi donava generosamente a tutte le corti, e ai privati di qualità delle piu eleganti produzioni de questi artefici. Galluzi: *Istoria del Grad Ducato di Toscana*, vol. V.

(3) Schifo di questi segni esteriori d'honore e di lasciar memoria di se, le llama Orso d'Elci, 27 Setiembre 1616.

rece venía encargándose del principal trabajo técnico. Tacca había aplicado toda su energía a la fundición en bronce, dejando a sus ayudantes las estatuas de mármol, como la Dovizia del jardín Boboli (propiamente Juana de Austria, esposa de Francisco I, y que estuvo destinada para la Plaza de San Marcos). Desde 1609 era estatuario del Duque, que le tenía en gran estima. Había colaborado ya en la estatua ecuestre de Cosme I, que se alzaba en la plaza de la Señoría, y fundido en 1605 la de Fernando I, según la de la Annunziata (1603-8), habiendo hecho también más tarde la de Enrique IV para el Pontneuf (1611). Juan de Bologna le había nombrado en su testamento tutor de su heredero y administrador de su hacienda. Tacca encargóse, pues, del «cavallo» español. Siete años le llevó la obra. Pero el envío de la estatua se retardó de 1613 a 1615. Por fin, en el verano de 1616 llegó a Madrid su hermano Andrés, preboste de Massa, para anunciar el arribo del monumento. El 14 de Agosto llegaron de Cartagena cinco carros con los mármoles para el basamento; el 15 de Setiembre llegó el bronce, que se había retrasado porque ningún carretero se aventuraba a encargarse de su conducción; y, en fin, el 27 llegó el escultor Atilio Palmieri, con una carta del ministro, fecha 20 de Agosto.

Provisionalmente se colocó la estatua en el jardín del Palacio. El Príncipe heredero Felipe, que tenía entonces once años, fue el primero que la vió. «Preguntóme — refiere *Rafael Romena* — sobre ciertos detalles con mucho despejo (*con molta acutezza di spirito*)».

El 13 de Octubre fueron a verla, dando un paseo íntimo, el Rey con todos sus hijos, la Infanta María y sus damas, los Duques de Lerma y Uceda. El Rey contempló el coloso por espacio de un cuarto de hora, le miró y remiró por todos lados, de cerca y de lejos, y dió al cabo muestras de aprobación. Luego preguntóle a *Romena*: «¿Cuánto tiempo ha llevado la obra?— Siete años. Pero es superior a todas cuantas se hicieron antes.» El duque de Lerma trató de hacerle comprender todo el mérito de la ofrenda; *una singolarísima cosa*.

El 24 de Octubre fue entregada solemnemente en audiencia, como presente del Duque Cosme III: el de Lerma presentó al Rey al hermano de Tacca; hizo éste su discurso, y el Rey contestó: «Cierto estimo en mucho este regalo, y es como de mano del Gran Duque.» Tacca enviaba también al Monarca un crucifijo como obsequio propio. El Rey mandó que le diesen cuatro mil reales, que él partió con sus ayudantes. Al preboste de Massa le fue señalada una pensión de cuatrocientos escudos sobre la renta napolitana, de la que no llegó a cobrar ni un maravedí. Algunos años después, la Hacienda española ofrecióle un título de nobleza, que no quiso aceptar, porque los gastos de expedición del mismo eran superiores a la renta de muchos años.

Acerca del lugar en que había de emplazarse la estatua, hubo prolijas discusiones: el Embajador proponía el parque de Lerma, próximo a San Jerónimo, para que pudieran verla cuantos madrileños iban allí a cambiar de aires; pero al Rey no le parecía bien aquel sitio por esa misma razón. Provisionalmente se colocó, pues, la estatua en la Casa de Campo, allende el Manzanares, donde el Rey mismo eligió el sitio, en 2 de Enero de 1617. El Monarca solía dar allí su cotidiano paseo, en compañía de su familia, y así la estatua no perdía nada de su carácter íntimo. Más adelante se pensó en trasladarla al pequeño jardín anejo al Palacio, frente a la fachada construída de nueva planta; pero el propósito no llegó a realizarse, y la estatua quedó donde estaba. En 1876 vi yo en Granada una vista de la Casa de Campo, en la cual se hallaban representados Felipe IV e Isabel, y los hermanos Carlos y Fernando, en actitud de contemplar la estatua.

En tiempos de Isabel II fue trasladada a la Plaza Mayor de Madrid, llamada también de la Constitución (1848), «en atención a que Felipe III fue madrileño, volvió a traer la corte a Madrid y edificó esta misma plaza (1619).» Allí, desde los balcones del Palacio, reformado en 1674 por Carlos II, y ahora escuela municipal, presenció el Monarca en otro tiempo los

torneos, corridas de toros y autos de fe. Y allí se eleva ahora su imagen, sobre las platabandas floridas y las fuentes de aquel paseo público, como para evocar del fondo de la cámara de espectros del pasado las figuras y escenas características de esa plaza madrileña, tan llena de recuerdos. Durante la farsa de la República española, acordó el Ayuntamiento (1877) quitar de allí la estatua para poner en su lugar un «monumento republicano».

Es la estatua en cuestión una reproducción acabada de la de los Médicis: y el caballo tiene la misma andadura, si bien es algo más achaparrado, más flemático que aquel fogoso corcel de llameantes crines y resoplantes fauces que en 1605 fue regalado a los florentinos. Por lo demás, aquello está en el carácter del jinete que mira de lado, con inexpresivas pupilas, sin la arrogancia de aquel Cosme de aguda mirada, ni la actitud majestuosa y triunfal de un Fernando. Ese carácter lo copió probablemente Tacca del cuadro de Pantoja. La cabeza lisa, apática, con aquella frente estrecha, rematada por un piramidal copete, sobre la ancha gorguera de plato, se asemeja a una piña.

Madrid posee aún otra estatua de bronce, la de un contemporáneo de este Rey, en traje de caballero de la época, y que fue el hombre más genial de su tiempo, así como el Monarca era el más limitado; no obstante lo cual, la estatua del uno se erigía en el décimoctavo año de su glorioso reinado, y la del otro, a los tres siglos de haber alcanzado fama universal. ¿Por qué se pasa de ligero ante la estatua de Cervantes, cuando al atravesar la Plaza Mayor no hay más remedio que detenerse unos instantes ante la de aquel pobre *Roi faineant?* Es que la primera es una obra de arte de la «arqueología de la indumentaria», y no representa más que a un cortesanuelo de la antecámara de los Lermas, mientras la segunda es un retoño trasplantado del arte, siempre grande, de la ciudad del Arno, un fragmento de la crónica del pasado, al que va unido todo un mundo de reflexiones y recuerdos.

Aunque en la *época de Felipe IV* volvió a renacer, en literatura, en las artes y festejos públicos, el gusto nacional que, durante un período de tiempo, había estado sometido a la influencia del renacimiento italiano, y el desdén hacia lo exótico llegó a ser más grande que lo fuera nunca, Florencia continuó sirviendo de modelo para las más altas diversiones palatinas. El Rey mismo decía al Comendador Serrano, invitado por él a una representación teatral en Palacio, que «este pasatiempo le parecería muy ordinario, comparado con los que se estilan en Florencia» (28 Febrero 1632). El joven Fernando II (1621 a 1670) se interesaba, y no poco, por las cosas de Madrid, donde las creaciones florentinas se mezclaban tan a maravilla con los elementos medioevales españoles; y para comprender bien cuál era la vida de los madrileños por aquella época, no hay fuente más instructiva que los relatos de sus embajadores.

Nunca la colonia toscana, a un tiempo pasajera y estable, había formado un más abigarrado conjunto. La corte de Felipe IV recuerda por más de un concepto la de Agusto III, en Dresde. A Clarendon chocóle que en 1650, aparte Inglaterra, Dinamarca y Venecia, todos los Estados europeos, desde el Imperio y el Papado hasta el reino de Polonia, estuviesen representados por Embajadores que eran súbditos netos del Gran Duque. A no haber llegado Velázquez a la corte, también hubieran desempeñado allí el primer papel aquellos pintores florentinos, los Carducho, Cajes, Nardi y otros, que ante él tuvieron que eclipsarse, si bien continuaron disfrutando de supremacía en lo tocante a la gran pintura de muros y techumbres en palacios e iglesias, rama del arte por la que no sentía afición el pintor palatino. El lujo que por entonces se desplegaba en jardines, pinacotecas y esculturas se ajustaba al patrón florentino.

El teatro era el que menos necesitaba en aquel tiempo de extraños impulsos y colaboraciones, y los comediantes españoles llevaban sus compañías a Nápoles, Florencia, Milán y Roma; pero desde el decorado y la tramoya hasta la música,

toda esa parte del arreglo escénico se hacía con sujeción a los modelos de Florencia, y a florentinos estaba su dirección encomendada. En muchas obras mitológicas y románticas de Calderón se contaba mucho con la destreza de aquéllos. La Florencia de Fernando I fue la cuna de la *Opera italiana*; allí fue donde Emilio de Cavalieri, incitado por los estudios clásicos, introdujo por vez primera la sucesión alternada de diálogos y arias, y allí donde Bartolotti ideó las mágicas artes de la escena. Las cartas del año treinta del siglo están llenas de nombres de músicos italianos. Los ingenieros, que traían este aparato a Madrid, Cosme Loti (desde 1628) y Baccio del Bianco (desde 1650), discípulo este último de Galilei, habíalos escogido el mismo Médicis para Felipe IV. En la inauguración del teatro del Buen Retiro, cuya construcción dirigió Loti, así como el arreglo de los jardines, se representó la comedia *Dafne,* la primera ópera que, cuarenta años antes (1594), había puesto en escena, en Florencia, Octavio Rinuccini. Baccio del Bianco fue quien, en Mayo de 1653, discurrió cómo había de llevarse a la escena el *Perseo* de Calderón, siendo muy celebrado por su acierto. A juzgar por las descripciones de los contemporáneos (1), habría que creer que la mecánica, aliada a lo fantástico, había llegado al máximum en el Buen Retiro; pero el Marqués del Borro opinaba, con motivo de las fiestas nupciales celebradas en otoño de 1650, que lo que allí parecía una maravilla quedaba muy por debajo de lo que se hacía en Florencia en la *stanzone de commedianti* (2).

Un noble florentino, Rutilio Gazi de Castiglione († 1635), dió el modelo para las fuentes de mármol y bronce que se colocaron en Madrid. El Rey, sin duda para tenerle siempre consigo, le había conferido el cargo de Acroy, que existía en la

(1) V. *Schack, Geschichte des span. Theaters*, III, 10 s.

(2) Vi furono molte machine, stimate miracolose, ma al Sr. March, del Borro e a me parono assai inferiori, a quelle che si fanno colá allo stanzone de Commedianti, 5 Marzo 1650.

antigua corte burgúndica, y que le obligaba a acompañar a Su Majestad cuando iba a la iglesia o cuando salía de viaje (con tres caballos). Gazi desempeñaba aquí el mismo papel que Tomás Franzini, el constructor de la Fontana de Pratolino en Saint-Germain. El residente florentino le llama *Intendente di statue piccole*. En el palacio Pitti se encuentran dos estatuítas de plata de un caballo y una mula. Según *Pacheco*, nadie estudió como Gazi el caballo español, ni nadie tampoco supo reproducir sus formas con maestría semejante (1). También sus retratos, hechos de realce sobre cera y pintados luego, eran en Madrid muy estimados. Sin embargo, ni *Baldinucci* ni *Ceán* hablan de él.

La estatua de Felipe IV.

Diez y ocho años después de erigida la estatua de Felipe III, teniendo trece años su hijo, nació la idea de elevar otro monumento en honor de este último. La estatua de Felipe IV fue, no sólo la última obra notable de la escuela de Juan de Bologna y la más atrevida fundición de su más inspirado discípulo, sino que además entraña un especial interés para la historia de la plástica en bronce, por haber sido el primer ensayo que se hizo de una gran estatua ecuestre, sostenida únicamente sobre las patas traseras del caballo. Velázquez y Rubens, el escultor Montañés y el gran Galilei, tuvieron mediata o inmediatamente más o menos participación en el carácter y acierto de esta obra.

La idea primera parece la tuvieron Velázquez y el ministro Olivares, que la relacionaba con su creación favorita, el Parque y el Palacio del Buen Retiro, cuya fundación tuvo lugar a principios del año 30. Todos los encantos de los antiguos sitios de recreo de los monarcas españoles habían de reunirse

(1) Pacheco: *Arte de la Pintura*, I, 360. Acroy de Su Majestad, pero más estimado por famoso escultor.

en el nuevo palacio, que debía superarlos a todos, ya que para embellecerlo se les había despojado de sus más preciosos ornamentos. A este fin, se había recogido cuantos cuadros y objetos valiosos, producciones de la industria artística, se pudo haber a mano; se había saqueado, con fórmulas corteses, los palacios de los grandes y embargado la actividad de los pintores de cámara. Así, en Agosto de 1634 fue traída al nuevo parque la «estatua en bronce de Carlos V con la herejía», obra de L. Leoni, que se hallaba en Aranjuez, y colocada «en el primer teatro, a la entrada». En efecto; de no haber buscado algo que hiciera juego con el coloso en bronce de la Casa de Campo, hubiérale faltado su coronamiento a la obra de Don Gaspar. El favorito tenía que demostrar que también él podía hacer en honor de Felipe tanto, por lo menos, como el odiado Lerma, cuyo papel había heredado, hiciera por el rey difunto.

Baldinucci y Cean Bermúdez, en la *Vida de Velázquez*, refieren de distinto modo la génesis de la estatua, pero ateniéndose a datos insuficientes y a meras conjeturas. El trámite de aquel asunto puede verse de modo incompleto, pero auténtico, en la correspondencia del archivo de los Médicis, publicada por Gualandi y Gaye, y en la cual hemos espigado los siguientes detalles:

En 2 de Mayo de 1634, recibió el embajador florentino, Comendador di Serrano, una carta del Conde de Olivares, fechada en Aranjuez, la cual le fue entregada por su secretario Pedro de Arze: «Su Majestad, que Dios guarde, ha expresado deseos de que se haga una medalla o efigie, a caballo, de su real persona; que sea de bronce, conforme a los retratos de Pedro Pablo Rubens y de la traza de la que está en la Casa de Campo. Y como es notorio que en Florencia hay los más insignes escultores, he tenido a bien solicitar de Su Señoría tenga la benevolencia de hacer, valiéndose de su autoridad, que esta obra sea encargada al oficial más hábil en este arte en Florencia, y que, con la aprobación de Su Señoría, se fijen los gastos de la misma, para disponer cuanto antes lo necesario, etc.»

Esta carta puso al Embajador en cierta perplejidad (1). «*Medalla* o *efigie a caballo*... ¿qué era en definitiva lo que deseaban? ¿Un medallón, un relieve o una estatua? Como en España había pocas esculturas, sucedía que un término de la plástica del relieve como el de *medalla*, podía aplicarse como denominación genérica a todas las figuras plásticas; la estatua es un relieve que se ha salido del marco, una acepción que, por cierto, no se halla registrada en el Diccionario de la Lengua. Además, ¿de qué tamaño había de ser la estatua? Las expresiones de la carta parecían escogidas con especial cuidado. ¿Quién podía presumir si la palabra *traza* se refería exclusivamente a las dimensiones y aquello de *los retratos de Rubens* a la andadura del caballo? El secretario del Conde no supo aclararle sus dudas. Serrano creía muerto a Pedro Tacca, y, siendo así, difícil es que hubiera todavía en Florencia discípulos *di valore* de Juan de Bologna. Apresuróse, pues, Serrano a avistarse con Olivares, no bien hubo regresado éste a la corte, y el privado le especificó entonces que la referida estatua había de tener las mismas dimensiones que la de Felipe III, y que el sitio a que se la destinaba era uno de los parterres del Buen Retiro. Apenas tuvo Serrano la seguridad de que había aún en Florencia quien pudiera encargarse de la obra, quiso Olivares mandar allá un diseño o boceto. Según sus expresiones verbales y escritas, creía el Embajador poder asegurar al Balí Juan Bautista Cioli que presente semejante sería extraordinariamente grato, tanto al Rey como al Conde de Olivares: *accettissimo; ne sentirebbono un gusto extremo* (26 Julio).

Esta y otras varias misivas por el estilo quedaron sin contestación; pero en 24 de Setiembre anunció Cioli que Tacca, según ha podido ver, no dejará de hacer la obra *(non sfuggirá di fare quella statua)* sólo que, por razones políticas, no se debe dar aún una contestación categórica. Sin embargo, en el verano de 1635 ya se está trabajando en el modelo; el caballo

(1) Carta de 13 Mayo 1634. Falta en la obra de Gualandi.

está muy adelantado (*ridotto a buon termine*, 30 de Agosto); y Tacca necesita el retrato del Rey, y un diseño del traje y la armadura. Este retrato se está haciendo ya en 22 de Setiembre, y Olivares le promete a Serrano enviarlo con el diseño pedido.

Pronto le fue expedido a Tacca el retrato, y entonces, según parece, a la vista del mismo, fue cuando comprendió la actitud que querían se le diese al caballo. Por una carta de Tacca, de Marzo de 1688 (véase *Gaye III*, 542), vemos que había terminado ya un modelo de caballo al paso (*di passeggio*), no el modelo pequeño en cera, sino el grande en barro. Este trabajo, tasado en mil escudos, resultaba ahora inútil.

Aunque el cuadro de Rubens haya desaparecido (probablemente en el incendio del Alcázar, 1734), y en el inventario de 1636 (1) no se hace ningún reparo sobre la actitud de la cabalgadura, es, sin embargo, indudable que el caballo en cuestión, así como su modelo pintado en los Uffizzi, se alzaba sobre sus patas traseras. Olivares estaba tan aferrado a este detalle, que él mismo escribió a Tacca (Serrano, 20 Setiembre de 1636) sobre el particular, y Serrano añadía, para aclarar toda sombra de duda, que el caballo debía estar en tren de galopar, con las patas delanteras tan levantadas del suelo, que pareciera más bien saltar y hacer corvetas (2). En estos saltos se ponía de manifiesto la elegancia del regio jinete:

> Deteniéndose en el aire,
> con brincas y con corvetas.
> (Calderón: *El pintor de su deshonra.*)

(1) Está armado a caballo en un caballo castaño; tiene banda carmesí, bastón en la mano, sombrero negro y plumas blancas; en lo alto un globo terrestre, que lo sustentan dos ángeles, y la Fe, que tiene encima una cruz, y ofrecen a Sella una corona de laurel, y a un lado la divina Justicia, que fulmina rayos contra los enemigos; y al otro lado, en el suelo, un indio, que lleva la celada. Villaamil, Rubens, 334. Inventario V, 1636.

(2) Sopra tutto li ricordi che il Cavallo stia in atto di *galoppare*, e che si alzi tanto da terra con piedi, che apparisca piu tosto che *salti* e faccia *corvette*.

Tanto cuidado se tenía de este detalle, que ya en 15 de Octubre se recuerdan las indicaciones referidas, y en 11 de Diciembre se piden noticias sobre el estado en que se halla la obra; en cuanto esté modelado el caballo, deberán enviar su dibujo en una hoja de papel; ese dibujo es esperado con impaciencia, pues importa mucho que el caballo se sustente solamente sobre sus patas traseras (1).

Por consiguiente, Pedro Tacca no tuvo más remedio que volver a hacer el caballo (había de ser su última obra); en 8 de Marzo ya estaba el modelo muy adelantado, y hacía concebir grandes esperanzas.

El Bali Cioli escribía: «Ha de ser una obra tan hermosa, y todos cuantos la ven la alaban tanto, que seguramente quedará S. M. contento de ella.» Al recibirse en Madrid el dibujo del modelo, mostróse sorprendido Olivares de que tan gran *machina* pudiese sustentarse sobre piernas tan finas.

En 30 de Setiembre quedó terminado el modelo, y en una carta de 17 de Setiembre de 1638 expresa Tacca su esperanza de poder dar cima a la fundición en menos de un año. El artista cumplió su palabra, pues el 10 de Diciembre se presentaba Juan di Erato al actual Embajador Gabriel Riccardi, y le suplicaba enviase a Tacca un retrato del Rey, que aquél aguardaba con impaciencia, pues desde el mes de Marzo, por lo menos, terminado el caballo, andaba ya ocupado con la forma para la figura del jinete. Este retrato había de servirle al escultor para modelar las facciones. En 27 de Enero recibiólo al cabo Riccardi, y enviólo, metido en una cajita recubierta de hule, a los Fornari, de Génova, por medio de un correo. También se había pedido a la corte de España un basamento marmóreo. En 26 de Setiembre de 1640 salían las cajas con todas las piezas para Liorna.

---

(1) Che si vedrebbe con molto gusto, premendosi grandemte, ch'egli si regga solo sui piedi di dietro et resti in atto di galoppare.

Los cuadros para la estatua.

¿Qué ha sido de los retratos que se enviaron a Tacca para que le facilitasen su trabajo?

Según las cartas del Embajador desde Madrid, en el verano de 1635 estaba ya empezado un cuadro, que parece haber sido enviado el mismo año; en Enero de 1640 se envió un segundo retrato, que debía servir como *exemplar* para modelar las facciones del rostro. Ambos cuadros no pudo pintarlos nadie, sino Velázquez, que por entonces era el único que retrataba a Felipe IV, y había, además, concertado con Olivares y el Rey el plan de la estatua. Según Cean, de quien copiamos estos detalles, eran esos cuadros una figura ecuestre y una gran figura de busto.

Tacca tenía en su casa (*Casa i Serrati*), donde después de su muerte pudo verlos todavía Baldinucci, entrambos cuadros, una figura ecuestre, de vara y media de largo, como muestra para el caballo, y un busto de tamaño natural. El los tenía (como todos los florentinos) por obra de Rubens, y hasta parece que los pidiera para aprovechar la ocasión de tener en su poder originales del celebrado holandés.

Los cuadros de Velázquez han sido confundidos en Italia con los de Rubens; prueba de ello, los retratos de Módena que hay en Dresde.

Hoy todavía se encuentran en Florencia dos retratos ecuestres de Felipe IV: uno, pequeño, en el Palacio Pitti (243), de Velázquez; el otro, de tamaño natural en los Uffizzi, sala de Barocci (210). Del grande puede afirmarse, con seguridad, que no es ninguno de los *ejemplares* que se enviaron a Tacca, y otro tanto puede decirse del pequeño. La actitud del caballo es, en cambio, como en los demás retratos conocidos de Felipe IV, muy otra que en la estatua ecuestre.

El primero de esos cuadros es una copia en pequeño del re-

trato ecuestre de la juventud del Monarca, que se conserva en el Museo del Prado, y que probablemente debió enviarse a Florencia, como regalo de la corte.

El gran retrato ecuestre de los Uffizzi es mucho más posterior; representa a Felipe ya muy entrado en años, y se pintó en Madrid; pero sólo la cabeza fue tomada del natural, siendo el resto copia del gran lienzo perdido, que Rubens pintó en su visita a la corte en 1628; con razón se ha dicho que, al leer la descripción de este lienzo, se cree tener ante los ojos el lienzo florentino. La relación de tiempo entre la estatua y el cuadro resulta también invertida; pues el pintor de Madrid tuvo a la vista, al pintar su cuadro, la estatua de Tacca, que llevaba ya lo menos diez años de estar colocada en el Buen Retiro.

El cuadro grande ha producido en todo tiempo una gran impresión. *Poderoso* le llama *Burckhardt*, «con increíble dominio del tono y el color». De la fusión del elemento español con el flamenco salió, en cierto modo, un metal nuevo de maravilloso sonido.

La estrella de Felipe se había eclipsado por entonces, y los golpes que el año cuarenta descargaron sobre su casa y sus estados no habían dejado de hacer mella en su espíritu. Así, en ese retrato se nos muestra sombrío, abotargado, apoplético. Pero el lienzo no alegórico que para unos principios henchidos de esperanzas se compuso, se encuentra repetido allí: la Belona cristiana fulminando rayos; aquella Victoria-Fides, plantando la cruz sobre el globo terráqueo; el moro con la celada, las sierpes holladas bajo los cascos del corcel; todas estas alegorías reflejan el gusto que se advierte en aquel San Miguel de bronce, de Rubens, grabado por Vorstermans, y dedicado antaño al mismo Felipe, en el año de su advenimiento al trono (1621). Felipe había de ser siempre, como Olivares le pronosticó, cuando era todavía casi un niño, Felipe el Grande, predestinado para dar cima a aquello en que Felipe II se había estrellado. Aquellas hinchadas alegorías en latín flamenco se referían entonces a la herética Holanda. Ahora que se había

concertado la paz, podían aplicarse a Portugal: la serpiente entre la hierba podía simbolizar al Duque de Braganza.

En el centro, en medio de toda esta pompa arrolladora y relampagueante, ciérnese, como ajena a ella, la figura del Rey, formando con ella un raro contraste la inmovilidad de sus facciones, su flemática arrogancia, su abotargada melancolía; la figura firme, regia siempre sobre el fogoso, encabritado corcel, tomada del natural y vista con los ojos de un observador irreprochable. Dijérase la estatua de un sombrío César, en medio de una fiesta moderna, cercada de abigarrada pompa y alumbrada con los resplandores de un fuego de artificio, bajo los cuales el rígido mármol resultase aún más extraño e inhumano.

Al paso que Velázquez daba a sus cuadros ecuestres un fondo de montañas solitarias o de campos desiertos, el fondo lo constituye aquí una vista de Madrid, tomada del Palacio Real. Vese allí el Manzanares con el puente que lleva al parque de la Casa de Campo; la alameda; a la derecha, el cerro de La Florida y la actual Montaña del Príncipe Pío; en el fondo, la cordillera del Guadarrama. Por lo demás, este cuadro figuraba ya en el siglo XVII, en la Galería Pitti, como un *Velasco*.

¡Cuántos pasos, cuántos errores, cuánto trabajo inútil se hubieran ahorrado, si el mismo Velázquez, de quien sin duda alguna partió la idea al hacer aquél su viaje a Italia, hubiese concertado el plan con Pedro Tacca! El hecho de que Velázquez pasara, en 1629, casi sin detenerse por Florencia, demuestra que aún no se pensaba por entonces en la estatua. Esa idea debió surgir de pronto, traída por la fundación de los nuevos jardines. Pero, ¿por qué pasó Velázquez tan de ligero por Florencia? ¿Es que la excursión a Loreto era para él más importante que una visita a la Tribuna y a la Capilla de San Lorenzo? Llevaba consigo cartas de recomendación del Embajador Averardo Médicis; en una carta para el Arzobispo de Pisa, de 22 de Setiembre, le recomendaba aquél para que el Gran Duque consintiese en dejarse retratar por el artista, y le hi-

ciese presente de un collar con su medalla. Probablemente evitó Velázquez pasar por la corte del Gran Duque. Harto tenía con el servicio de la corte española; en Italia sólo quería servir al arte.

Además de estos cuadros, se envió en 1636 a Florencia un modelo, de tamaño colosal, de Felipe IV, de busto, obra del escultor sevillano Montañés, llamado a Madrid con este objeto. En el retrato tan espiritual que de él hizo Velázquez (Prado, 1901) le vemos ocupado en modelar del natural aquel busto de barro.

El caballo de bronce.

El *caballo sobre dos piernas* (como puede llamársele para abreviar) fue el tormento de los escultores italianos durante más de un siglo; y no es la primera prueba del *baraccume* abriéndose paso por el movimiento a toda costa. La primera idea partió de donde también salieron los dos conocidos colosos del *quattrocento*, los caballos de Donatello y Verrocchio. Leonardo de Vinci, que tan bien conocía el caballo, desde el punto de vista anatómico y práctico, fue el primero en preocuparse seriamente de este problema. Dos estatuas ecuestres colosales acometió el gran artista: la del Duque Francisco Sforza y la del Mariscal Juan Jacome Trivulzi. Los numerosos bocetos demuestran también que había premeditado la representación plástica del caballo saltando, y estudiado su realización mecánica. Pero los objetos escogidos en estos bocetos para apoyo de las piernas delanteras, el guerrero caído que se cubre con el escudo, el vaso derribado (intempestivo en una estatua o relieve), parecen como otros tantos testimonios de su incapacidad. Se ve, sin embargo, que trata de suprimir estos apoyos, como se infiere del boceto, donde el centro de gravedad se halla situado en la parte trasera del caballo, que tiene, por lo tanto, las piernas posteriores arqueadas, formando un ángulo muy agudo y apegadas al vientre. Pues en este boceto sólo se advierte

como apoyo para las patas delanteras un leve y escueto arbolillo, que nada significa para la impresión del conjunto.

El tema, más pictórico que plástico, era tentador para el artista, que consideraba tanto más importante a la escultura, cuanto más a la pintura se acercaba; en el boceto para la batalla ecuestre resolvió luego el más atrevido tema de movimiento. El primero que acometió este tema era pintor, mecánico y escultor, todo en una pieza; un siglo más tarde, al darse por primera vez solución al problema, las distintas fases de su ejecución parecen haberse repartido entre varios.

A partir del siglo XVI, se tiene noticia de distintas imitaciones del caballo de Leonardo, pero con aplicación a trabajos de carácter decorativo, de duración efímera. Con ocasión de la entrada de León X en Florencia (1514), hizo Jacopo Sansovino, para la plaza de Santa María Novella, un colosal caballo de mármol en actitud de saltar, de barro, con una figura de nueve varas de largo a sus pies; y, con motivo de la boda de Cosme con Leonor de Toledo (1539), hizo Eriboli otro semejante para la plaza de San Marcos, de doce varas de alto, con la efigie de Juan de Médicis y un revoltijo de muertos y heridos a sus pies.

Tacca fue, por lo tanto, el primero que, por iniciativa propia, concibió el pensamiento de representar un caballo *haciendo corvetas*, de tamaño natural. Esta idea alcanza al año 1617. En aquella época había planeado una estatua en pequeño, para una obra de orfebrería: una estatuíta del rey Luis XIII de Francia. Los dos caballos pequeños de bronce del Bargello, uno de ellos con el jinete, eran modelos según los cuales había de hacerse luego la estatuílla, batiendo con el martillo (1). Dos años más tarde, volvió a tomar aquella idea, al encargarle su estatua el Duque Carlos Manuel de Saboya (* 1562 † 1630).

El de 1619 fue el año en que el Duque solicitó la corona de

(1) Cavalli: «Fatti per inpromtari sopra le plastre del cavallino d'oro.» Carta a Tacca, 10 Marzo 1617. *Archivo Pal. Pitti*, núm. 330, pág. 220.

Bohemia y la imperial corona, y urdió en Nápoles con Osuna aquellos ardides contra el rey de España. Tacca hizo para el caballo profundos estudios anatómicos e hipológicos, sirviéndole de guía en estos últimos el caballerizo de Cosme II, Lorenzino. El modelo auxiliar, de una vara y media de alto, obtuvo la plena aprobación del Duque. Pero su ejecución en tamaño natural quedó suspendida, en consideración a lo difícil que hubiera sido transportar una masa semejante a través del mar, de las montañas y del Po, y en atención también a las circunstancias que impedían al escultor aceptar la invitación que se le hizo de trasladarse a Turín para dar cima allí a la obra. Posible es que mediasen razones de carácter político en la corte de los Médicis. El artista, sin embargo, quiso dejar recuerdo de su hermoso proyecto, consolando al par al Duque del desconcierto de sus planes, y a este fin, resolvió dedicarle un vaciado en bronce de aquel modelo auxiliar, cincelado con delicadeza suprema.

Esta ofrenda, la estatuílla de Loewenbury, cerca de Cassel, fue llevada, pues, a Turín. El Duque condujo al maestro ante un pequeño armario; tomó de un cajón cuantos doblones cabían en sus dos manos, y vació todo aquel oro en un saquito. «Una obra como ésta—exclamó—no puede pagarse a ningún precio.» No contento con esto aún, le escribió de su puño y letra una carta de gracias, en que le decía: «*Ho avuto molto caro il cavallino*»; añadiendo que siempre guardaría un grato recuerdo del artista, al que excitaba a poner mano en la obra grande (5 Octubre 1621).

Andando el tiempo, llegó a París la estatuílla, y allí la adquirió el landgrave Federico II de Hesse Cassel, amante de las artes. En aquella época pasaba, según parece, por retrato del sucesor de Carlos Manuel, Víctor Amadeo (1630-37), por lo menos esa denominación se le dió al trasladarla en 1803 del Museo Principesco a Loewenburg, junto a Cassel. Aquí forma juego con una estatua ecuestre del Duque Alberto de Austria, esposo de la hija de Felipe II, la Infanta Isabel Clara Eugenia,

cuñada de Carlos Manuel, casado con su hermana Catalina (en 1585).

Las facciones de la estatua concuerdan con las de los demás retratos conocidos, por ejemplo, el de la Iconografía de Van Dyck y el busto en mármol de la Galería de Turín, hasta en detalles, como el del *moustache au vent*. Por desgracia, el casco con la visera levantada viene a tapar la alta y ancha frente, noblemente abombada, en él característica, con el cabello irradiando a manera de llamas por todos lados; solamente las arrugas horizontales de esta dura frente, asiento de los dilatados proyectos y planes de su incansable ambición, sobresalen en aquella penumbra por encima de los ardientes ojos de perspicaz mirada.

También se le reconoce, en lo insignificante de la figura—era subido de espaldas—que en él, como en otro vástago, aún más esclarecido, de su casa, el Príncipe Eugenio, encubría una voluntad indomable y un ánimo violento de soldado nato.

El monumento del Duque de Saboya, que en un principio estuvo llamado a ser una estatua colosal, representaría, por lo tanto, el primer intento de apoyar una masa metálica de tales proporciones únicamente sobre las patas traseras del caballo. La estatua de Felipe IV, en Madrid, es tan sólo la repetición del proyecto que se tuvo para la de Turín, y acaso de ahí le viniera la inspiración de su plan al Ministro español. Por lo demás, esa arrogante actitud conveníale mejor al Príncipe turinés que a aquel Felipe que nunca mandó ejércitos, mientras aquél, en los cincuenta años de su reinado, dirigió sus tropas por espacio de treinta y defendió su país contra cinco invasiones. Italia no ha olvidado á quien por vez primera osó oponerse al predominio hispánico. Ese era el hombre que se vanagloriaba de tener tantos soldados como súbditos; el que afirmaba que un Estado sólo puede sostenerse cuando se conserva en una situación de activo progreso; el pequeño soberano que alargó su garra hacia los más altos tronos de Europa, el «hombre de la violencia y de la astucia» que, aunque maltratado

siempre por la suerte, ha merecido ser contado en el número de aquellos que, por su ardiente ánimo, se adelantaron largo trecho a su generación.

El estímulo para la realización final llegó, por lo tanto, de Madrid. La cuestión de si lo que se pedía era imposible, preocupó allí mucho los ánimos. La dificultad consistía menos en motivos del arte plástico que de la equitación. La época de Felipe IV marcó la edad de oro de la alta escuela española, más que nada, porque el Rey mismo era en ella un virtuoso, y, según los testimonios competentes de los diplomáticos extranjeros y las entusiastas descripciones de los autores dramáticos, aventajaba a todos los caballeros de su corte. Los pintores de España, Francia y Holanda, aun los instruídos en el arte de la jineta, representaban a los emperadores, reyes y generales, en las correctas actitudes de esta alta escuela. De ahí que al ponerse sobre el tapete la cuestión de la estatua de Felipe IV, resultara casi natural para aquellos señores la idea de representar al Rey como artista de la *jineta*, y precisamente en la «escuela sobre la tierra», porque en ella habían de resaltar «la fuerza y agilidad del caballo, al par que la destreza del jinete» (1). De no haber especificado lo que se quería, seguramente hubiesen enviado de Florencia la segunda edición de la estatua de Felipe III que se había indicado como modelo para el tamaño, y hubiera pasado lo que con los caballos de Cosme, de Fernando y de Enrique IV, que todos se parecen. Es probable que el caballo de Felipe III no entusiasmase a los madrileños. No sólo es flemático en su movimiento y más pesado que cuantos le precedieron, sino que además su andadura es descompasada. Su boceto pictórico le fue encomendado al más rígido de todos los retratistas principescos, a Pantoja de la Cruz. Es, por último, innegable que la pesadez de ese caballo, fruto de un cruzamiento hispano-brabantino, destinado a un jinete armado, resulta intempestiva en actitud de reposo, mientras de-

(1) Th. Heinze: *Pferd un Reiter*. Leipzig, 1877, pág. 334.

bía resultar imponente cuando la equitación avivaba su oculto fuego y ponía en movimiento acompasado su aparatosa mole.

Para juzgar la obra de Tacca, el punto capital lo constituye la actitud del caballo.

Claro es que la idea de la corte era que el caballo tuviese levantada la pata delantera del cuerpo y se sustentase sobre las patas traseras. Cuánto gustaba esta actitud, puede inferirse del hecho de que invariablemente se la encuentra en todas las pinturas ecuestres de Madrid: Felipe III, Felipe IV y Olivares; sólo los caballos de las damas van al paso. Pero sobre el modo cómo había de elevarse el corcel, ya no eran tan explícitos ni unánimes. *Che salti o faccia corvette*; es decir, que se tenga erguido, y para dar una idea, se citan las corvetas. Pero también otras veces se dice que ha de galopar. (Cartas de Serrano, de 20 de Setiembre y 11 de Diciembre de 1636). Baldinucci comprende todas estas elevaciones posibles—galope, pesada, corveta, parada, etc.—bajo el concepto de la *levata*.

La corveta en la que Calderón describe a Felipe IV pertenecía a este *maneggio in aria*, o «escuela sobre la tierra», especialmente indicado para la representación plástica. La parte delantera del caballo no se eleva tanto en la corveta como en la parada o pesada; pero se mantiene erguida por más tiempo, en tanto que la pierna posterior se arquea cuanto es posible, viniendo a quedar en ella el centro de gravedad de todo el cuerpo. Corresponde, por tanto, la corveta al principio plástico del descanso y, especialmente, al del punto crítico de flexión entre dos clases de movimiento, a saber: entre la retracción del peso del cuerpo sobre las ancas y el impulso que a ella se sigue del peso del tronco hacia arriba y hacia adelante. Además, la sólida conformación de la parte trasera que han de tener los caballos destinados a la práctica de esta escuela, se prestaba también a la representación plástica desde el punto de vista técnico. Esta clase de marcha es, por último, más recogida que el galope por la disposición paralela de la base, ya que en aquél también toman parte las patas delanteras.

Ahora bien; para nuestra estatua no se eligió ni la corveta ni ninguna otra actitud correcta y definida. La marcha del caballo es una marcha mixta, inclasificable. Su actitud no corresponde a ninguna clase de *levata*. Tacca escogió, en beneficio de lo *gracioso*, una actitud intermedia, entre galope, corveta y parada, que podría designarse, mejor que con ningún otro nombre, con el sencillo de *levata*. Corveta no es, porque si bien el caballo tiene levantadas las patas delanteras, no se sustenta del todo sobre las ancas, ni tiene lo bastante erguidos el tronco y la cabeza, así como tampoco lo bastante caída la pata trasera. Parada no es tampoco, pues desde el ojo hasta la punta de la cruz describe una línea casi recta, en vez de una línea curva; y no es, por último, galope, porque tiene levantadas paralelamente las patas y poco tendida la cabeza. El caballo aquel tiene levantadas las patas delanteras, como si se hallase entre un obstáculo elevado.

Esa desviación de todas las actitudes ecuestres conocidas consiste, para decirlo con una sola palabra, en que la pata trasera no descansa arqueada, sino ya tendida y como para seguir adelante. En esta actitud no puede imaginarse uno que ha de estar el caballo mucho tiempo, sino que se le ve ya a punto de dejar caer el cuerpo hacia adelante. Esta actitud tiene un triple inconveniente, hipológico, estético y técnico. En el sentir de los entendidos en equitación, no es correcta; es una posición «fea, espontánea, no sujeta a los preceptos» (1).

Es censurable desde el punto de vista plástico, porque el punto crítico de flexión resulta rebasado; porque el momento elegido de las ancas, prontas ya a dejarse caer, es una de las posiciones que no pueden ser retenidas por la vista, como se ve por la fotografía instantánea.

Por último, el centro de gravedad de la parte posterior que sirve de apoyo se encuentra sacado de quicio, resultando de ahí un enorme sobrepeso en la parte delantera. Pero, ¡láncese

(1) Dir. A. v. Rueff: Comunicado por carta. Véase su *Anleitung zur Kenntnis des Aeussern des Pferdes*. Berlín, 1870, pág. 208 y s.

una mirada sobre la arrogante apostura del caballero, que casi se echa fuera! A semejante actitud del jinete parece cuadrarle mejor un movimiento ya elevatorio del caballo, que aquella posición en que le han colocado como caído hacia atrás. Asimismo, la línea horizontal del lomo del caballo, que esa otra actitud requiere, se presta más que la oblicua para asiento de un regio jinete.

La dificultad técnica que entrañaba el sobrepeso de la parte delantera del caballo, completamente echada hacia delante, considerábase al principio en Florencia como insuperable. «La exigencia de la corte de que se coloque en el estrecho espacio de dos cascos una masa que tendrá sus buenas diez y ocho mil libras, y que ha de estar inclinada hacia adelante», parecía una «idea quimérica». ¿Cómo habría de encontrarse fuera de la figura del caballo, debajo o encima de la tierra, un contrapeso suficiente a equilibrar aquel avance?

Hay que distinguir aquí entre dos clases de dificultades. La primera, es inherente a la construcción de cualquier caballo de bronce, aunque descanse en su centro de gravedad; la segunda, es exclusiva del caso que estudiamos. Un gran peso amenazará siempre aplastar, torcer y hasta quebrar las patas traseras del caballo, y siempre, por lo tanto, habrá que reforzar la resistencia de las mismas por medios artificiales. A este fin se emplean fuertes barras de acero, que se colocan allí, y que al fundir el bronce se derriten. Tacca hizo macizas las piernas traseras, y disminuyó o aumentó proporcionalmente el espesor de las demás partes del cuerpo. El tronco lo formó de dos mitades: las partes pequeñas la fundió por separado, como tenía por costumbre hacer con las partes cóncavas y socavadas. El caballo, pues, vino a constar de catorce piezas de fundición.

La otra dificultad y el otro peligro se produjeron sólo por la desviación del centro de gravedad. De esta desviación hacia delante nace la tendencia a un movimiento de rotación que lleva a lo alto, como dice Baldinucci, el punto de apoyo en la dirección opuesta a la parte delantera que tiende hacia delan-

te. También Galileo se hace eco de la perplejidad de Tacca; según documentos manuscritos, que Baldinucci estima fidedignos, hubo quien le indicó un medio de dar sólido apoyo a la estatua. Debía, según el consejero, dejar que las patas traseras descansasen sobre una plancha colocada en posición oblicua, y afianzar junto a ella una barra de bronce (*travetta*), que cogiese toda la extensión de la prominencia del caballo. La presión de aquel sobrepeso había de empujar la barra hacia abajo, donde el basamento en que iba encerrada habría de oponerle suficiente resistencia.

El caballo resultó menos pesado que aquellos machuchos caballotes que vemos en los cuadros de Velázquez, y que, sin duda alguna, eran retratos. Pero algunos detalles característicos, como, por ejemplo, aquellas cruces que casi tocan el suelo, indican que se les quiso imitar. Para una copia fiel faltábanle a Tacca modelos de raza cordobesa, que probablemente no habría en las caballerizas de Fernando II.

Los caballos reales de Madrid, no sólo eran poderosos y de huesos duros, sino también cargados de carnes. Ningún caballo que una vez tan sólo hubiera el Rey montado, podía montarle ya nadie en adelante. De ahí que estos caballos hacían poquísimo ejercicio, y «se llenaban de grasa por su ociosidad en las caballerizas».

«Acaso sea ésta la mejor estatua ecuestre que el arte moderno ha producido... Idea atrevida, belleza de ejecución, viviente animación del corcel y el jinete.» Así juzga W. Stirling (1) esta obra, y cuenta que no ha exagerado. La atrevida obra ha sido objeto, desde entonces, de muchas imitaciones; pero la mayor parte de éstas adolecen de más defectos que los que deslucen este primer ensayo. ¡Cuánto no se ha hablado del monumente erigido en el otro extremo de Europa casi medio siglo después, en honor de Pedro el Grande, por Falconnet!

Puede considerarse como una ironía del arte el que nuestro

(1) *Annals of te Artists of Spain*, II, 125.

apocado Monarca, «el caballero más modesto de su reino», fuese representado plásticamente a cáballo, con aquel aspecto de soberana arrogancia, en tanto que la estatua de aquel enérgico creador del reino de los Zares, que «dominó toda flaqueza», reposa su cabeza en unas manos femeninas.

Transporte y colocación.

De todos los elementos que en este mundo material y contingente debieron colaborar para la creación de una obra artística de tantas circunstancias: ministros, caballerizos, duques, pintores, mecánicos, fundidores, canteros, sólo faltaban ya los carreteros, gobernadores y cajeros españoles, que habían de obrar como elementos retardadores.

La estatua, ya acabada, permaneció algún tiempo expuesta en la loggia de la casa de Tacca. Los florentinos quedaron muy satisfechos de ella, pareciéndoles que todos los caballos de Juan de Bolonia y de sus discípulos no eran nada en su comparación (1). La estatua de Felipe IV fue la última obra de Pedro Tacca. Sobre una de las correas del caballo se lee: *Petrus Tacca fecit Florentiae anno salutis MDCXXXX,* fecha de su muerte. Trabajando en la estatua, ya había dicho a Crinelli, un día que visitaba el estudio, que no esperaba verla concluída. No había tocado aquélla todavía tierra española, cuando fallecía el artista (en 26 de Octubre), según dice Baldinucci, apesadumbrado por las desazones que le hicieron sufrir los ministros. Según la información abierta por sus herederos, y que Domenico M. Manni ha publicado (Florencia, 1774), ni por la estatua de Felipe IV, ni por las de Cosme y Enrique IV, el Esclavón de Liorno y la Dovizia había recibido más que el metal de la fundición y el sueldo de sus gentes; sólo en 1625

(1) «Sebene stimo che questo sia per valere qualche cosa piu degli altri quattro suddetti» observa *Arringhetti* en una carta de 14 de Marzo de 1639, en la cual compara el coste de una y otra: Cosme, 5.500 escudos; ésta, 8.070. En un inventario español se la tasa en 40.000 doblas.

empezó a percibir 25 escudos mensuales. Según una nota del hijo de Tacca, que Zolfanelli exhumó del archivo de Carrara (véase *Zahns Jahrb.*, IV, 95), de los 10.000 escudos que se fijaron como sus honorarios, sólo 900 pudo cobrar el artista.

Para dirigir la colocación de la estatua en el Parque había enviado Tacca a su hijo Fernando. Este era el mayor de los dos que tenía, nacido en 1619, de Lucrecia Pellegrini, habiendo sido su padrino el Príncipe Fernando, heredero del Trono. El fue quien construyó el frontal en bronce del altar de San Estéfano, de Florencia. De dirigir la conducción de la estatua hasta Madrid se encargó Atilio Palmieri, con dos ayudantes. En primeros de Marzo llegó la expedición a la rada de Alicante, y de allí continuó su viaje a Cartagena, donde debía procederse al desembarco de la estatua. Siempre se pensó que ésta había de ser considerada como regalo del Gran Duque; pero que, al llegar al puerto, se incautarían de ella los funcionarios españoles, y a expensas de la corte cuidarían de que fuese llevada al punto de destino.

Pero no se había tenido la previsión de instruir sobre este punto al Embajador Gabriel Riccardi (1). Ahora bien; como Olivares, gozoso por la noticia del feliz desembarco de la estatua, instase a Riccardi para que llevase personalmente la noticia a S. M., sumióle en perplejidad no pequeña. El Embajador discurría subterfugios que no venían bien al caso. Resolvióse, por último, a prescindir de la orden de su Príncipe; pero, «a fin de no tener que pedir audiencia para cuatro palabras», llevó consigo al joven Tacca, que presentó al Rey. Este paso disgustó mucho al Gran Duque. El Monarca pareció interesarse por el joven artista, y en 29 de Mayo se le dió a éste el encargo de hacer cuatro leones de bronce para la base del monumento a expensas de S. M., y asimismo cuatro evangelistas para la Real Capilla.

Olivares confió además a Fernando Tacca otra comisión,

(1) Tampoco con questa lettera mi vien detto se questo cavallo passi per donativo, o altro. (6 Marzo 1641.)

acreditando así la alta idea que tenían los españoles de la competencia de sus primos los italianos en un arte menos glorioso. Debía el joven, según las instrucciones de Olivares, facilitarle dos venenos: un extracto de nicotina y una mixtura arsenical. Ricardi opina que esos venenos estaban destinados para el Duque de Medina Sidonia, convicto de alta traición, caso que no requería, a la verdad, remedios tan enérgicos. Al Ministro de Florencia no le sentó bien el que Tacca se hubiese mostrado dispuesto a ejecutar los designios del privado (1).

No se pasó menos de un año antes que la caja pudiese salir de la atarazana de Cartagena, y eso que el Rey y su omnipotente Ministro ardían de impaciencia por ver la estatua colocada en su sitio. El Ministro aseguraba cada semana haber dado las órdenes necesarias para su envío, pero se olvidaba siempre de la fuerza motriz más importante: del dinero. A los italianos no les faltaba motivo para exclamar a cada instante: ¡*pazienza*!... Ricardi les había recomendado esta virtud, que debía compartir también Su Alteza, sobre quien había de recaer los gastos de la larga estancia en España de los italianos (18 de Setiembre: *siccome l'haverá Su Alteza della spesa*).

El *Proveedor de la Casa de Su Majestad* en Cartagena no se quería meter en nada, ni siquiera en procurar que estuviesen preparados los dos carros de cuatro ruedas, necesarios para la conducción, alegando que ni tenía orden ni dinero para empeñarse en tal empresa. Así se fueron pasando meses y más meses. Riccardi proveyó con cien ducados para que no pereciesen de hambre los tres enviados de Tacca. «Este regalo—decía—llegó en mal hora, pues, al fin y al cabo, vamos a tener que cargar también con los gastos de transporte.» No quedaba, al parecer, más recurso que éste, si no se quería que los tres enviados muriesen de puro viejos en Cartagena. Entretanto, se había dado la orden de hacer los cimientos en el parque del Buen

(1) In ogni maniera, escribe, si da causa al confermarsi sempre il concetto dell'essere noi altri italiani (*maestri* subrayado) esperti in simile arte.

Retiro. Y aunque pasaron meses antes que se pusiera mano en ello, ya estaban puestos los cimientos cuando aún no se había movido de Cartagena la estatua. Alguien discurrió entonces que podían aplicarse a estos gastos los fondos destinados para renovar las libreas regias. Pero estos fondos ya se venían aplicando a remediar tantos apuros, que las libreas regias no podían renovarse sino de diez en diez años. Por último, tras cinco meses de espera, en el mes de Julio, presentóse el Gobernador de Murcia con la orden de Madrid en la mano—pero sin dinero. «¡Una *ordine di burla*!», exclamaba Palmieri. Se escribió, sin embargo, un *bando* al encargado del transporte; se ajustó éste en 53.000 reales, y se mandó un correo a Madrid para que se trajese la venia y el dinero. Pero aunque el Gobernador escribía a cada correo ordinario y extraordinario, la contestación no llegaba. En esto se aproximaba ya el otoño con sus tropicales lluvias, que hacían impracticables las carreteras de la Mancha. Y entonces ya no habría quien, por diez mil ducados, se arriesgase a vadear dos días y cruzar incontables pantanos. A todo esto, nuestro confeccionador de venenos permanecía ocioso en Madrid, y se consumía pensando lo que podría trabajar en su patria, para bien suyo y del arte, recordando las cosas que su padre había dejado sin concluir, y que ahora quedaban abandonadas a los cuatro vientos. Al cabo le dieron permiso desde Florencia para despedirse. Pero no en serio, porque entonces, ¿quién iba a encargarse de la colocación del coloso? El anuncio de su despedida había de servir para que avivasen el asunto, puesto que bien sabían que no podían prescindir de él; pero, por lo demás, no podía volverse hasta no dejar colocada la estatua.

En Noviembre se había adelantado ya tanto, que todo estaba acomodado en los carros. Algunas piezas pequeñas, la base de mármol, iban delante en once carros. Pero para el cargamento principal faltaban bestias de tiro. A principios de Año Nuevo (1642) retornó el Gobernador a Cartagena, donde, como *Veedor general del Armada*, debía aprestar para la gue-

rra diez galeras. Juró no moverse de allí hasta no verlo todo camino de Madrid. Entonces empezó la lucha con los carreteros. Uno pedía 38.000 reales, pero no podía hacer la expedición hasta Mayo, y no en Marzo, como se quería. Otro ofrecía cuarenta y dos pares de bueyes para el acarreo. Pero el Gobernador, cuya paciencia tocaba ya a su fin, insistió en que debía ponerse inmediatamente en marcha, exponiéndole el riesgo que corría de quedarse luego con sus bestias colgadas. Así estuvieron en Cartagena los carros hasta primeros de Marzo; los cartageneros estaban convencidos de que harían por quedarse allí. Pero el día 5 ya se pusieron en movimiento por la carretera de Madrid. El 17 escribe Palmieri desde Molina, dos leguas acá de Murcia, donde había que vadear el Segura, peligroso por aquel sitio. El 10 de Junio, después de catorce semanas de marcha, llegó por fin todo a Madrid, *sin novedad*.

Pero en la corte el horizonte era muy otro que al principio del largo viaje, veintiún meses atrás. En el Buen Retiro reinaba un melancólico silencio, por la *calle Mayor* no se veían ya coquetones cortesanos, sino una turbia soldadesca, y en vez de los sonidos acordados de guitarras y cimbales, escuchábase el redoble del tambor. El Rey había marchado al teatro de la guerra. «En estos tiempos—escribe Tacca, el 26 de Abril,—más que monumentos de triunfo, convendría haber traído armas de guerrar.» Con su carta para Olivares, tuvo el joven que seguir a la corte, a Cuenca primero y después a Molina de Aragón. Allí se gano lo perdido, y la obra fue presentada solemnemente al Rey, como regalo de Fernando II. Riccardi creyó conveniente agregar, atendiendo a lo grave de la situación: «Mientras en esta *niñería* sirve a S. M. con toda diligencia, desea poderle servir en cosas de mayor importancia.»

La última parte de la empresa, la colocación de la estatua, se verificó con arreglo al axioma de la alta escuela española: el camino más corto es el tiempo más largo. Todos los esfuerzos de Tacca y de Palmieri fueron «incapaces a cambiar la índole de estos trabajadores».

A Tacca se le había dado alojamiento en el Buen Retiro, y para proveer a su manutención se vendieron las cosechas de frutas que daba el parque. Pero el pobre tenía muchos gastos sólo para verse libre al fin (spedirsi) de esta gente, que con su gravedad y flema «era capaz de volverle loco». Además de soldar las piezas de fundición y del cincelado, corrigió las facciones del Rey después que le hubo visto en persona (1), y con tal fortuna, que la Reina misma encontró a su esposo muy parecido. (*Naturalissimo.*) Las facciones de la estatua son más agudas, la expresión más viva que en ningún otro retrato del Monarca. La figura toda respira heroísmo. Ningún reparo puede ponerse a estas alabanzas.

El acaso dispuso que un monumento que hubiera estado bien después de una campaña feliz, llegase en el momento en que el Estado, tras veinte años de desgobierno, empezaba a cosechar rebeliones al Este y al Oeste. Esta catástrofe pareció sacar al Rey de su vida de placeres, y, desechando la dura oposición de su Ministro, propúsose seguir al ejército enviado para operar contra Cataluña. El viaje, las revistas de tropas, la idea de tener que combatir contra una provincia de su reino, le conmovieron en lo hondo, y pareció dispuesto a emprender nueva vida. Olivares no pudo sostenerse más tiempo en su privanza; aquella estatua fue su última obra; tres meses más tarde, recibió la regia esquela que ponía el sello a su caída (17 Enero 1643).

Es curioso ver cómo todo pasó con esta estatua lo mismo que veintiséis años antes con la de Felipe III. También ahora fue el Príncipe heredero, que ya había preguntado por ella muchas veces, el primero en verla; en Setiembre le presentaron el caballo en su embalaje de tablas. Durante dos horas enteras estuvo el Príncipe haciendo preguntas a Tacca y enterándose detalladamente de la técnica de la fundición, no dejando el ita-

(1) E vero che io li ho fatto qualche cosa dopo aver visto S. Mg.ª, 18 Octubre 1642.

liano, por su parte, de hacerle comprender que aquella era una *cosa única*. Don Baltasar puso término al coloquio con las mismas palabras que su abuelo, es decir, con aquel cumplido ajustado a la etiqueta. *Basta que sea enviado del Gran Duque de Florencia para ser cosa singular;* cumplido tributado a la ciudad de Florencia, así como a la magnificencia y gusto de los Médicis. El 29 de Octubre quedó colocada la estatua.

En las vistas del Buen Retiro, que con frecuencia se encuentran en las galerías españolas de particulares, se aparece la estatua colocada en el centro del Parterre; así se advierte en una de las vistas de la galería Salamanca (sacada a subasta dos veces, 1867 y 1875, en el Hotel Drouot, núms. 40 y 46), y lo mismo en el cuadro de *Los dos enanos de Palacio con el perrazo*, de Jan van Kassel, en la antigua galería Raczynski, de Berlín. Aquí se ve la estatua en el fondo, delante de la pared revocada y pintada de rojo, del teatro con sus hornacinas y estatuas, y rodeada de jarrones con flores.

Diez años después, como quisiese el Gran Duque testimoniar de nuevo su gratitud a la corte española, no se halló otro presente más a propósito que una nueva estatua ecuestre de Felipe IV. La circunstancia que dió pie para ello fue la siguiente: el Embajador toscano Incontri había realizado unos manejos afortunados contra los genoveses, cuyas secretas maquinaciones tendían a conseguir la anexión de Pontremoli, evitando que llegasen al logro de sus designios, y conservando para el Gran Duque, merced a su influencia en la corte, esta importante plaza. Ahora bien; el entonces Ministro D. Luis de Haro tenía fama de no aceptar regalos. Pero ahí estaba aquella estatuíta de Luis XIII, de oro macizo, que ya no había razones para enviarla a su primitivo destino; se cambió, pues, la figura del jinete por la de su regio cuñado, y se le presentó a D. Luis la estatua «para que también en casa, cuando no tuviera la dicha de conversar con S. M., pudiese gozar de la vista de su amado señor». Haro se apresuró a ofrecer la estatuíta a su Rey. Tenía aquélla por base un rico mosaico floren-

tino. El Rey dispuso al punto que se la colocase en la sala ochavada, recién restaurada, una especie de Tribuna de Madrid. La joven Reina Mariana y la Princesa María Teresa manifestaron vivos deseos de poseer la joya o de tener, al menos, una promesa del Rey sobre este punto. La Reina pidióla para el Príncipe heredero, con el cual esperaba regalar aún a su esposo; la Infanta reclamóla como regalo de boda, en ocasión de sus nupcias con el Delfín. Y el Rey, prorrumpiendo por una vez en franca risa, dijo: «Echáis vuestras cuentas sin contar con la huéspeda; pues el caballo con su zócalo (*tavolina*) está ya en la Tribuna, de modo que no me pertenece; pues todo lo que hay en esta cámara se considera como vinculado en la Corona.»

Durante la menor edad de Carlos II, el favorito de la Regente, Valenzuela, quitó del Parque la estatua grande y mandó colocarla en el centro sobre la fachada del Mediodía, la principal del Regio Alcázar. Allí estuvo varios años hasta la llegada de Don Juan de Austria (1677), que retiró la estatua de aquel sitio tan expuesto, restituyéndola al Buen Retiro. En 1844, fue trasladada a la Plaza de Oriente, delante del Palacio que hasta entonces había sido un desierto, y que luego se adornó con hermosos jardines. La elección de la plaza para la colocación del monumento estuvo acertada desde el punto de vista histórico; en aquel mismo sitio y en la misma dirección, era costumbre ver al Rey, cuando *bizarramente* se dirigía a caballo desde Palacio hasta el Buen Retiro, rodeado de sus cortesanos. Un escultor, Francisco Elías, hizo los relieves para la base, que es bastante elevada. Felipe IV, entregando a Velázquez la cruz de Santiago, una Fama que presenta a Quevedo una corona de laurel, y por debajo, dos fuentes y cuatro leones de bronce. La inscripción deja leer entre líneas que esta vez (así cambian los tiempos) la instalación del monumento se hizo más en honor de Tacca que de Felipe IV, pues dice así: «Por la gloria de las Artes y ornamento de esta capital.»

CARLOS JUSTI

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Manuale coloniale, pel Dott. Paolo Revelli, con prefazione del senatore Pippo Vigoni e cinque carte geografiche colorate.—Milano; Ulrico Hoepli, editore, 1914.—Volumen de XII-240 págs., publicado por iniciativa y encargo de la *Sociedad de exploraciones geográficas*, de Milán; 3,50 liras.

Como las condiciones históricas modernas, y no sólo el ansia de poderío y grandeza, según muchos dicen, han engendrado el imperialismo y la consiguiente expansión territorial y el prurito colonizador que todo el mundo puede advertir en la mayoría de los países civilizados de nuestros días, el problema de la colonización tiene que preocupar, no sólo a los gobernantes y a los políticos en general, sino también a los estudiosos que pretenden orientarles y dirigirles. Italia, después de conseguir su unidad, ha entrado también por estas vías; y no teniendo aún un tratado donde se examinase el asunto en sus líneas fundamentales y con especial referencia a la misma Italia, ha procurado ahora acudir a esa necesidad con la publicación del *Manual* del Dr. Revelli, profesor de Geografía en la Universidad de Génova.

Consta dicho *Manual* de tres partes. En la primera (*La colonización y sus problemas*) estudia el autor los elementos constitutivos de las colonias, la variedad de tipos de éstas y la de los sistemas de colonización: admitiendo una diferencia fundamental entre colonización y conquista, y la necesidad de

considerar en sí toda colonia que se individualiza por características y vicisitudes exclusivamente suyas. La emigración de personas y la de capitales son los verdaderos factores de la colonización que demuestran su utilidad, y al mismo tiempo determinan el problema colonial por su aspecto sociológico y por el económico. El profesor Revelli se ocupa de uno y otro problema con relación a la madre patria, a los colonos y a los indígenas; es decir, examina la cuestión del trato de estos últimos y la de la administración de las colonias, defendiendo la necesidad de un especial régimen de éstas, en conformidad con la naturaleza de las mismas, y a la vez enlaza el problema económico al triple movimiento de los capitales, a saber: de los metropolitanos hacia las colonias; de los metropolitanos y coloniales hacia el comercio y las industrias; de los coloniales hacia la madre patria en forma de tributos y prestaciones.

La segunda parte (*Desarrollo y distribución geográfica del dominio colonial*) resume la historia de la colonización e ilustra brevemente la repartición geográfica del imperio colonial, fijándose especialmente en la India británica, en la Argelia, Túnez y Egipto.

Y en la tercera parte (*El dominio colonial italiano*), después de recordar las diferentes tentativas de expansión colonial hechas a continuación de haberse constituído el nuevo reino de Italia, y la importancia que la corriente emigratoria tiene para la vida del país, hace el autor una rápida referencia a las condiciones físicas y antropológicas de la Libia, de la Colonia Eritrea y de la Somalia italiana, parándose a considerar el particular aspecto que en cada una de estas regiones ofrece el problema colonial.

El libro, de una irreprochable limpieza tipográfica, va ilustrado con varios mapas de las colonias italianas y con uno más relativo a la distribución geográfica de los dominios coloniales pertenecientes a los distintos Estados contemporáneos.

P. Dorado

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año de 1914.

Alvarez de Toledo (R.).—*La crisis del régimen monetario argentino*. Agosto, pág. 95.

André (Eloy L.).—*El problema de la educación cívica*. Abril, página 91.

Andreief (Leónidas).—*Lázaro* (novela). Junio, pág. 67.—*El discípulo traidor* (novela). Julio, pág. 80; Agosto, pág. 16; Setiembre, página 45.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 149; Febrero, pág. 161; Marzo, pág. 180; Abril, pág. 160; Mayo, pág. 157; Junio, pág. 171; Julio, pág. 169; Agosto, pág. 169; Setiembre, página 185; Noviembre, pág. 109.

Baumann (Emilio).—*Santiago de Compostela*. Julio, pág. 118; Agosto, pág. 146.

Beruete y Moret (A. de).—*Exposición de antiguos maestros españoles en Londres*. Marzo, pág. 118.

Bordeaux (Enrique).—*Julio Lemaître*. Setiembre, pág. 120.

Cambronero (Carlos).—*La Reina Gobernadora*. Mayo, pág. 52; Julio, pág. 105; Octubre, pág. 105; Diciembre, pág. 5.

Capitán Tanera (El).—*La guerra franco-alemana de 1870 y 1871*. Setiembre, pág. 160; Octubre, pág. 52; Noviembre, pág. 5, Diciembre, pág. 25.

Dorado (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Febrero, pág. 189; Mayo, página 184; Junio, pág. 189; Agosto, pág. 198; Noviembre, página 204; Diciembre, pág. 204.

Durrer (Robert).—*El «Retrato de un Cardenal»*. Junio, pág. 120.

Espinosa y G. Pérez (Francisco).—*El Catastro parcelario y los Registros de la propiedad*. Abril, pág. 37.

Fernández de Bethencourt (Francisco).—*Relaciones existentes entre la Real Academia de la Lengua y la alta aristocracia española*. Julio, pág. 130.

Gay (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 186; Febrero, página 137; Marzo, pág. 161; Abril, pág. 185; Mayo, pág. 134; Junio, pág. 148; Julio, pág. 154; Agosto, pág. 159.

Gosse (Edmundo).—*Padre e hijo* (novela): estudio de dos temperamentos. Enero, pág. 18; Febrero, pág. 92.

Guixé (Juan).—*La filosofía de la Historia y la moderna sociología objetiva*. Febrero, pág. 26.—*La «Idea» de España*. Marzo, página 58.—*España futura: La inquietud pesimista*. Abril, pág. 5.

Hume (Martín).—*Reinas de la España antigua: Isabel la Católica*. Marzo, pág. 64; Abril, pág. 111; Mayo, pág. 23.—*Juana la Loca*. Junio pág. 91; Julio, pág. 48.—*María Tudor*. Agosto, pág. 129; Setiembre, pág. 90.—*Isabel de la Paz*. Octubre, pág. 156.—*Isabel de Borbón*. Noviembre, pág. 165.—*Mariana de Austria*. Diciembre, pág. 94.

Justi (Carlos).—*El Tesoro de la Reina Isabel*. Enero, pág. 91.—*Felipe II amigo del arte*. Marzo, pág. 133; Abril, pág. 18.—*Retratos de Don Carlos: El Palacio Real de Madrid*. Mayo, pág. 82.—*Jerónimo Bosch*. Junio, pág. 5.—*Los retablos Leonardescos de Valencia*. Julio, pág. 34.—*La pintura portuguesa en el siglo XVI*. Agosto, pág. 41.—*El Tiziano y Alfonso de Este*. Setiembre, página 74.—*Laura de Dianti: Garcilaso de la Vega*. Octubre, página 120.—*Los comienzos de El Greco*. Noviembre, pág. 66.—*La estatua ecuestre de Felipe IV*. Diciembre, pág. 168.

Loga (Valeriano von).—*Los comienzos de El Greco*. Mayo, pág. 109.

Lynch (Jeremías).—*El Clondic y la vida de los buscadores de oro*. Enero, pág. 54; Febrero, pág. 57.

Olmedilla y Puig (Joaquín).—*El poeta Francisco Zea*. Agosto, página 5.

Pérez de Guzmán (Juan).—*Un nuevo Guzmán el Bueno*. Enero, página 5.—*Los encantos de la novia*. Marzo, pág. 42.—*El Marqués de Miraflores y la Condesa del Montijo en Palacio*. Abril, página 51.—*La defensa del fraile*. Mayo, pág. 118.—*Las recompensas a los expedicionarios españoles al Norte de Europa con el Marqués de la Romana*. Setiembre, pág. 5.

Ruiz de Obregón y Retortillo (Juan).—*Nuevas orientaciones de la Historia*. Julio, pág. 5.

Selva (Juan B.).—*Guía del buen decir*. Enero, pág. 120; Febrero, página 5; Marzo, pág. 5; Abril, pág. 75; Mayo, pág. 5; Junio, página 42; Julio, pág. 18; Agosto, pág. 79; Setiembre, pág. 26.—*Acepciones nuevas*. Octubre, pág. 27.—*Guía del buen decir*. Noviembre, pág. 130; Diciembre, pág. 138.

Taxonera (Luciano).—*Una nueva modalidad literaria*. Marzo, página 29.

208

ÍNDICE

	Págs.
La Reina Gobernadora, por Carlos Cambronero.	5
La guerra franco-alemana de 1870 y 1871, por el Capitán Tanera.	25
Reinas de la España antigua, por Martín Hume.	94
Guía del buen decir, por Juan B. Selva.....	138
La estatua ecuestre de Felipe IV, por Carlos Justi.	168
Notas bibliográficas, por P. Dorado.....	204
Indice por orden alfabètico de autores.....	206

Giddings.—Principios de Sociología 10 pts. —Sociología inductiva, 6 pesetas.
Gladstone.—Vida de Lord Macaulay, 1 p.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Gómez Villafranca.—Indices de LA ESPAÑA MODERNA, tomos 1 á 264, formados aplicando el sistema de clasificación bibliográfica decimal, 12 pesetas.
Gonbinau.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Las Favoritas de Luis XV, 8 pesetas.—LA DU-BARRY, 4 pesetas.—Querida, 3 pesetas.—René Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—LA ELISA, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La Clairon, 6 pts.—La mujer en el siglo XVIII, 5 pts.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 12 pesetas.
González.—Derecho usual 5 pesetas.
Goschen. Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Gosse.—Padre é hijo. Estudio de dos temperamentos, 3 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Green.—Historia del pueblo inglés, 4 t., 25 ps.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Guizot.—Abelardo y Eloisa, 7 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 ptas. Compendio de Sociología, 9 pts. La Sociología y la política, 4 pts.
Guyau.—La Educación y la herencia 8 ptas —La Moral inglesa Contemporánea, 12 ptas.
Hallman.—Il.ª de la Pedagogía, 2 pesetas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 ptas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
Helberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.—Memorias, 3 p.
Höffding: Psicología Experimental, 9 ptas.
Hume.—Historia del Pueblo Español, 9 ptas. —Historia de la España Contemporánea, 8.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 pts.
Huxley.—La Educación y las Ciencias Naturales, 6 ptas.
Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas.—Los aparecidos, 3 pesetas.
Jitta.—Método de Derecho internacional, 9.
Justi.—Estudios de arte español, 6 pesetas.
Kelis Ingram.—Historia de la Economía Política, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Wirzburg. —Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Karolenko.—El desertor de Sajalin, 2,50.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres 6.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho Romano, 7 pesetas.
Lagerlof.—El esclavo de su finca, 3 ptas.
Lange.—Luis Vives, 2'50 pesetas.
Larcher.—Las mujeres juzgadas por las malas lenguas, 4 pesetas.
Larcher y P. J. Jullien.—Opiniones acerca del matrimonio y del celibato, 5 ptas.
Laveleye.—Economía política, 7 ptas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pts.
Leray-Beaulieu.—Economía política, 8 pts.
Lester-ward.—Factores Psíquicos de la Civilización, 7 pesetas
Lewis-Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 ptas.
Liesse.—El Trabajo, 9 pesetas.
Lombroso.—Medicina legal, dos tomos con multitud de grabados, 12 pesetas.
Lombroso, Ferry, Garofalo y Florettl.—La Escuela Criminológica Positivista, 7 pesetas.
Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.
Lynch.—Viaje al Clondic, 4 pesetas.
Macaulay.—La educación, 7 ptas.—Vida, Memorias y Cartas, dos tomos, 14 ptas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
Mac-Donald.—El criminal tipo, 3 pesetas.
Manduca.—Procedimiento penal, 5 pesetas.
Marie.—Misticismo y locura, 5 pesetas.
Marshall.—Economía política, tres tomos, 21 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, 4 t., 30 p.
Martín.—La moral en China, 4 pesetas.
Mattirolo.—Instituciones de Derecho Procesal Civil, 10 pesetas.
Maupassant y Alexis.—Vida de Zola, 1 p.
Max-Müller.—Historia de las Religiones, 8 ptas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 ptas.—Origen y desarrollo de la religión, 6 ptas.
Menéndez y Pelayo.—Vida de Núñez de Arce, 1 peseta.—Vida de Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Meneval y Chantelauze.—María Estuardo, 6 pesetas.
Mercier.—Lógica, 8 pesetas. — Psicología, 2 tomos, 12 pesetas. — Ontología, 10 pesetas. —Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.
Merejkowsky.—La Muerte de los Dioses, 2
Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.
Meyer.—Derecho administrativo, 4 pts.
Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.
Mollus.—Vida de Bretón, 1 peseta.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pts Derecho penal romano, dos tomos, 18 pts.
Mortey.—Estudios sobre grandes hombres, 5 pesetas.—Voltaire, 6 pesetas.
Monton.—El deber de castigar, 4 ptas.
Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 5 pesetas.
Nardi-Greco.—Sociología jurídica, 9 ptas.
Necra.—Teresa, 3 pesetas.
Nemmann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas. —La Genealogía de la Moral, 3 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.— Ultimos opúsculos, 5 ptas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6 ptas.
Nisard.—Los cuatro grandes historiadores latinos, 4 pesetas.
Nourrison.—Maquiavelo, 3 pesetas.
Novicow.—Los despilfarros de las Sociedades modernas, 5 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.—La guerra y sus pretendidos beneficios, 1,50 pesetas
Papini.—Lo trágico cotidiano y El Piloto ciego, 3 pesetas.—El crepúsculo de los Filósofos, 3 ptas.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Vida de Campoamor, 1 peseta.—De Alarcón, 1
Passarge.—Vida de Ibsen, 1 peseta.
Pepin. La reforma de la Magistratura, y **Rawsson,** El Arte de juzgar, las dos obras en un volumen, 6 pesetas.
Perrot.—El derecho público en Atenas, 4 p.
Picón (J. O.).—Vida de Ayala, 1 peseta.
Piepers.—La reforma del Derecho, dos tomos, 10 pesetas.
Potapenko.—La Novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
Prévost-Paradol.—Historia Universal 3 tomos, 16 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Rawsson, El Arte de juzgar, y **Pepin,** La Reforma de la Magistratura, ambas obras en un volumen, 6 pesetas.
Renan.—Estudios de Historia Religiosa, 6.
Ribbing.—La higiene sexual, 3 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pts.—Derecho Civil, 20 tomos, 140 ptas.
Rocco.—La sentencia civil, 4 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia 10 pesetas.
Rod.—El silencio, 3 pesetas.
Roguin.—Las reglas jurídicas, 8 pesetas.
Roosevelt.—Nueva-York, 4 pesetas.
Rossi.—Sociología y Psicología colectiva, 6.
Rozan.—Locuciones, proverbios, dichos y frases, 3 pesetas.
Ruskin.—Las siete lámparas de la Arquitectura, 7 pesetas.—Obras escogidas, 2 tomos, 13 ptas.—Las piedras de Venecia, 6 pts.
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, pesetas.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retra-

tos de mujeres, 3 pesetas.

Saisset.—Descartes, sus precursores y sus discípulos, 7 pesetas.

Sausonetti.—Derecho Constitucional, 9 ptas.

Sarcey.—Crónica del sitio de París, 6 ptas

Sardou.—La perla negra, 3 pesetas.

Scheel y Mombert.—La explotación de las riquezas por el Estado y por el Municipio, 4 pesetas.

Schopenhauer. Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, 3 vols. 30 pesetas.—Eudemonologia (tratado de felicidad ó arte de bien vivir), 5 pts.—Estudios de Historia Filosófica, 4 pesetas.—La Nigromancia, 3 ptas.—Ensayos sobre Religión, Estética y Arqueología, 4 ptas.

Schorn.—El pianista Listz, 7 pesetas.

Schuré.—Historia del drama musical, 5 pesetas.—Ricardo Wagner, sus obras y sus ideas, 6 ptas.

Sienkiewicz.—Orso. En vano, 2 pesetas.

Sieroszewski.—Yang-Hum-Tay, novela, 2.

Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 ptas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas. El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las Leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 8 ptas.—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 ptas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 pesetas.—Instituciones Industriales, 8 pesetas

Solm.—Derecho privado romano, 14 ps.

Squillace.—Las Doctrinas sociológicas, 2 tomos, 10 pesetas.—Problemas constitucionales de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stirner.—El Unico y su propiedad, 8 ptas.

Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ps.

Strafforello.—Después de la muerte, 3 ps.

Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4.

Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho Internacional, 4 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho Mercantil, 2 tomos, 12 p.

Suttner.—High-Life, 3 pesetas.

Taine.—Historia de la literatura inglesa: 5 tomos 34 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 6 tomos, 40 ptas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 ptas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Tito Livio, 4 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho 6 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Filosofía penal, dos tomos, 14 ps.

Tchekhof.—Un duelo, 1 pta.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.

Tolstoy.—Los hambrientos, 3 pesetas.—¿Qué hacer?, 3 pesetas.—Lo que debe hacerse, 3 pesetas.—Mi infancia, 3 pesetas.—La sonata de Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—Los cosacos, 3 pesetas.—Iván el imbecil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—El trabajo, 3 pesetas.

Tougan-Baranowski.—Las crisis industriales en Inglaterra, 8 pesetas.

Turgueneff.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Vaccaro.—Las bases sociológicas del Derecho y del Estado, 9 pesetas.

Valera.—Vida de Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Varios autores.—*El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 ptas.

Idem.—Novelas y Caprichos, 3 pesetas.—Rumillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 ps.

Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos, 7 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

Vivante.—Derecho Mercantil, 10 pesetas.

Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, dos tomos, 10 pesetas.

Wadleigh Chandler.—La novela picaresca en España, 4 pesetas.

Wallace.—Rusia, 4 pesetas.

Wharton.—Los millonarios de los Estados Unidos ó el país del placer, 5 pesetas.

White.—Historia de la lucha entre la ciencia y la teología, 8 pesetas

Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.

Waliszewski.—Historia de la Literatura rusa, 9 pesetas.

Wentworth.—Historia de los Estados Unidos, 6 pesetas.

Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Whitman.—La Alemania Imperial, 5 ptas.

Willoughby.—La legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.

Wilson.—El Gobierno Congresional, 5 ptas.

Wundt.—Compendio de Psicología, 9 ptas, —Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.—Principios de Filosofía, 9 pesetas.

Zahm.—Biblia, Ciencia y Fé, 6 pesetas.

Zola.—Vidas de personajes ilustres: Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta —Sardou, 1 peseta.—Dumas (hijo), 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Teófilo Gautier, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Estudios literarios, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas —Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.

OBRAS RECIÉN PUBLICADAS por LA ESPAÑA MODERNA

Squillace: Problemas constitucionales de la Sociología, dos tomos, *12 pesetas*.—**Lynch:** Viaje al Ghadic, *4 pesetas*.—**Gosse:** Padre e hijo. Estudio de dos temperamentos, *3 pesetas*.—**Justi:** Estudios de arte español, *6 pesetas*.—**Tougan Baranowski:** Las crisis industriales en Inglaterra, *8 pesetas*.—**Depoige:** El conflicto de la Moral y de la Sociología, *7 pesetas*.—**Schorn:** El pianista Listz, *7 pesetas*.—**Andinet:** Derecho Internacional privado, 2 tomos, *12 pesetas*.—**Pepin y Ransson:** La reforma de la Magistratura y el Arte de juzgar, *6 pesetas*.—**Andreief:** Los ahorcados, *3 pesetas*.

LA ESPAÑA MODERNA

Los 312 tomos que forman la colección completa de esta magnífica enciclopedia, en la cual va resumido el movimiento intelectual del mundo en los últimos veintiséis años, con un Indice general de autores y materias clasificadas con todo detalle, magnífico volumen de 375 páginas a dos columnas, total 313 tomos, se venden por 600 pesetas.

AP
60
E8
año 26
no.310-12

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY